LA RELIGIÓN CATÓLICA VINDICADA POR LA IMPOSTURA RACIONALISTA

SEGUNDA PARTE DEL LIBRO

P. JOSÉ MENDIVE SJ

estudio sobre los trilobites del terreno silúrico, diciendo que entre estos crustáceos, los más perfectos de la fauna primitiva y el eozoon canadiense, debieran haber aparecido, conforme á la teoría del transformismo, primero los foraminíferos, despues los protozoarios, luégo los zoófitos, más tarde los equinodermos; á los cuales debieron seguir en el órden cronológico los bryozoarios, los diferentes órdenes de moluscos, los anélidos, y finalmente los crustáceos, inferiores en perfeccion á los trilobites, y haciendo ver con el breve resúmen que allí pone de todo su trabajo cómo las cosas han pasado de una manera totalmente diversa. Pulverizada así con tan fuerte argumentacion la hipótesis de los darwinistas, no duda en escribir el sabio geólogo en el último párrafo de su obra las palabras siguientes: "Sobre una de las primeras páginas de estos estudios hemos recordado que la observacion directa había maravillosamente confirmado las previsiones de las teorías astronómicas en órden al planeta Neptuno. Por consiguiente, estas teorías se hallan en armonía con la realidad. En contraposicion á esto debemos hacer constar, como resultado final de nuestros estudios, que la observacion directa *contradice radicalmente á todas las previsiones de las teorías paleontológicas en lo que atañe á la composicion de las primeras fases de la fauna primordial silúrica*. En efecto, el estudio especial de cada uno de los elementos zoológicos que constituyen estas fases nos ha demostrado que las previsiones teóricas están en completo desacuerdo con los hechos observados por la Paleontología. Estos desacuerdos son tan numerosos y tan marcados, que cualquiera diría haber sido hecha la composicion de la fauna real *con el determinado designio de contradecir en todo á lo enseñado por las teorías* (de nuestros transformistas) sobre la primera aparicion y sobre la evolucion primitiva de las formas de la vida animal en el globo. Por tanto, las teorías paleontológicas se hallan completamente destruidas por la realidad, cuya prueba son incapaces de resistir. Estos resultados están en perfecta armonía con los que nosotros hemos colegido de nuestros estudios sobre la primera aparicion y sobre la distribucion de los cefalópodos en los terrenos silúricos" [1].

A tan abrumadores argumentos responden los darwinistas diciendo que, efectivamente, la continuidad del progreso vital no se ha encontrado todavía en cuanto llevan observado los geólogos, pero que ya aparecerá más tarde ó más temprano, pues deben hallarse

1 Barrande, *Trilobites*, pág. 281.

los anillos intermedios en el fondo de los mares, siendo cosa sabida que con las visicitudes de los tiempos la forma de los continentes ha sufrido inmensas transformaciones. Y á lo de la aparicion repentina de las diferentes faunas, contestan que el tal fenómeno no ha sido debido sinó á las emigraciones de los animales; lo cual, continúan, explica tambien cómo los séres más perfectos en cada tipo aparecen cronológicamente los primeros; porque ellos, como mejor constituidos, fueron los únicos que pudieron salvarse de las influencias mortíferas que sobrevinieron al terreno en que habitaban, huyendo á otros climas mejor acondicionados, y dejando á sus compañeros ménos fuertes que pereciesen en su antigua vivienda bajo la accion de los nuevos agentes externos. "Por esta causa, concluye Credner despues de haber expuesto sumariamente las razones sobredichas, en la mayor parte de los casos antepasados de una forma animal y los anillos con que se hallan unidos no deben ser buscados en un sentido vertical, ó sea los unos sobre los otros, como ordinariamente suele hacerse, sinó sobre una línea inclinada que puede ser rota en forma de zeta por la irregularidad de las oscilaciones. Un corte vertical por una série de capas hecho en estas condiciones, áun sobre depósitos separados por un débil espesor, pondría en exhibicion estadios de desenvolvimiento de una forma animal muy apartados los unos de los otros. Los primeros que llegan á un terreno en estas emigraciones de que vamos hablando, aparecen tan aislados entre las especies de la fauna hasta entónces dominante en aquella localidad, tan perfectamente separados de todo lo que allí les rodea, que se ha dado el nombre de *colonias* á las regiones muy limitadas donde se han establecido estos gastadores" [1].

Como se ve, con semejante manera de defender la evolucion darwiniana no se hace en sustancia sinó confesar rotundamente que, aunque opuesta á la realidad de los hechos, hay que defenderla á todo trance, porque así lo reclama la filosofía materialista de nuestra época. Aplastados los partidarios del naturalista inglés con la evidencia de los hechos, ¿qué otra cosa podían excogitar sinó la peregrina explicacion que acabamos de oir? ¿La pretendida continuidad no se encuentra? ¿Los anillos intermedios que debían justificar la imaginada hipótesis no aparecen? Pues se responde que están

1 Credner, *Traité de Géologie et de Paléontologie*, traducido del alemán por R. Monier. Sixième partie. *Géologie historique*. Introduction, par. 4, pág. 329. Paris, 1879.

en el fondo de los mares; ó mejor aún, para que la escapatoria sea más segura, se dice que han sido destruidos por las revoluciones del globo los terrenos en que debían encontrarse. ¿Las faunas y las floras de los tiempos pasados, mirados los terrenos en el sentido vertical, por todas partes claman contra la soñada transformacion darwiniana? Pues se escribe que hay que mirarlos de otro modo, ó sea " en una línea inclinada que puede ser rota en forma de zeta por la irregularidad de las oscilaciones terrestres. " ¿No es esto echarse á idear por puro capricho? ¿En qué linaje de filosofía está permitido hacinar una sobre otra las hipótesis para sostener una doctrina á su vez hipotética é incierta? " Cuando las hipótesis descansan sobre un principio meramente conjetural, escribe sábiamente Cuvier, y luégo por otra parte necesitan de otras nuevas conjeturas para dar razon en particular de cada uno de los hechos, entónces no existe en ellas cosa alguna científica, sinó que son un *mero juguete del espíritu*, que nada tiene de comun con la ciencia sinó solamente el *nombre* " [1].

El acudir siempre á lo desconocido y problemático para soltar las dificultades sin cuento que, á manera de torrente devastador, se echan sobre una doctrina problemática é incierta, me parece muy semejante á aquello que todo el mundo conoce con el nombre de: *El mentir por las estrellas*. Acuérdome haber leido en Constantino James un cuento que viene aquí muy á pelo, y que fué referido por dicho autor con el fin de refutar el tal recurso de los darwinistas á lo desconocido. Era un artista que había tenido la humorada de pintar un cuadro relativo al paso de los israelitas por el mar Rojo en tiempo de Moises. A este fin tomó un grandísimo lienzo que fijó en su correspondiente marco; y habiéndole dado de blanco, se contentó con poner al pié de él las palabras siguientes:

Paso de los israelitas por el Mar Rojo.

Todos cuantos se llegaban á contemplar aquella grande obra del ingenio humano preguntaban llenos de sorpresa: *¿Pero dónde están los israelitas?* A lo cual respondía muy sério nuestro hombre: *Ya han pasado*. Y preguntando ellos en seguida por los egipcios, que tampoco aparecían en la pintura: *los egipcios*, contestaba, *no han llegado todavía*. Finalmente, como tampoco se viese allí el más

1 Cuvier, *Dictionnaire des sciences naturelles*, 1829. Art. *Géologie*.

mínimo vestigio de paso alguno de ninguna clase, y esto produjese naturalmente en los espectadores más admiracion y extrañeza que todas las demas circunstancias del cuadro: *No se extrañen ustedes*, les decía, *que, como las aguas del mar lo cubrieron todo al tiempo de la terrible catástrofe, no ha quedado nada á la vista, y así el paso se supone estar en el fondo de las aguas*. Esto es cabalmente al pié de la letra lo que hacen nuestros darwinistas para pintarnos el cuadro de la evolucion lenta y progresiva: ni los más mínimos vestigios de fenómeno semejante aparecen en el cuadro de la naturaleza, ninguno de los anillos intermedios que unan inmediatamente á unos séres con otros, y que indiquen el paso de la evolucion por aquella parte. Pero nuestros sabios no se espantan por eso; el espanto suyo está más bien en que nosotros, los católicos, no nos demos á partido, dejando á un lado nuestra extrañeza y cantando con ellos un himno fervoroso en loór de la materia bruta.

El mismo Constantino James trae, á propósito de la conducta darwiniana que ahora estamos censurando, el siguiente diálogo, que por ser muy corto y expresar perfectísimamente nuestro pensamiento, vamos á transcribir aquí, traduciéndolo del original francés. Los interlocutores son Darwin por una parte, y por otra un amigo suyo que admira grandemente la multitud de sus conocimientos en materia de ciencias naturales. Dice así:

" *Darwin.* — Es preciso confesar que no me favorece la fortuna: tenía un libro que yo apreciaba muchísimo, y me lo acaban de devolver todo destrozado.

" *El amigo.* — Esto no me admira; lo mismo suele hacerse con todos los demas.

" *Darwin.* — Sí; pero lo que hay de más extraño es que las hojas impares son las únicas que faltan, hallándose, por el contrario, intactas las que tienen el número par.

" *El amigo.* — No te entiendo.

" *Darwin.* — ¡No me entiendes! Pues es la cosa más inteligible del mundo. De cada dos páginas una ha desaparecido. El *recto* existe, pero no el *verso*. ¿Entiendes ahora? Mas no es esto todo. Figúrate que, para colmo de burla, las páginas conservadas son precisamente las que condenan mi sistema, miéntras que las restantes, donde debía hallarse asegurado mi triunfo, son las que han desaparecido por completo. "

" El amigo, continúa el autor citado, reflexiona un instante, mira á su interlocutor para asegurarse si habla de veras, y viendo que,

en efecto, nó se chancea, se despide de él lleno de tristeza con un pretexto cualquiera, murmurando entre dientes: *Está hecho; estos sabios todos tienen alguna caida de las suyas* „ [1].

Los darwinistas, en efecto, siguiendo las huellas de su maestro, usan precisamente el mismo lenguaje que acabamos de ver en este diálogo; y tan léjos están de chancearse, que ántes por el contrario se sirven de él con mucha formalidad para explicar la ausencia de la continuidad referida. " No podemos, escribe Credner á este propósito, tener conocimiento sinó de una parte sumamente limitada é incompleta de los animales y de las plantas pertenecientes á los períodos antiguos; y para hablar con Lyell y Darwin, la historia de la tierra que tenemos á nuestra disposicion se halla escrita en un dialecto que ha ido variando progresivamente, y del cual no poseemos sinó el último volúmen, relativo á algunas partes aisladas del globo, y áun este volúmen no lo conocemos sinó por algunos capítulos en los cuales se han conservado algunas pocas líneas correspondientes á cada una de sus páginas „ [2].

Pero poco les vale tan miserable escapatoria: el camino está cerrado por todas partes, y no les queda otro recurso sinó confesar de plano la futilidad de sus cavilaciones. " Los darwinistas, escribe sábiamente M. de la Vallée Poussin, abusan de los vacíos de la Paleontología, no sólo por su importuna costumbre de acudir á cada paso á lo desconocido, afirmando que más tarde ó más temprano se hallarán las pruebas de sus ideas, que no han aparecido hasta ahora, sinó tambien exagerando los mismos vacíos. No hay duda que mirando una carta geográfica del globo entero, como el planisferio de M. Marcou, se admira uno de la poca extension relativa que ocupan las regiones más ó ménos exploradas por los geólogos...

„ Sin embargo, aunque todo esto es muy verdadero, existen circunstancias geognósticas con las cuales queda justificada la confianza que deben inspirar los resultados obtenidos por la observacion. Atendiendo á ellas, podemos muy bien pensar que los tales resultados no variarán jamás, no obstante las modificaciones secundarias que no dejarán de introducirse en los tiempos venideros con el progreso de los conocimientos „ [3]. Luego enumera y prueba largamente el sabio profesor estas circunstancias en términos que ningun enten-

1 Constantin. James, *L'homme singe*, pág. 162.

2 Credner, *l. cit.*, par. 2, pág. 328.

3 De la Vallée Poussin, *Paléontologie et darwinisme*, pár. 5, publicado en la *Revue des quest. scientif.*, Janvier. 1877, pág. 307.

dimiento recto y no cegado por la pasion puede dejar de rendirse á la verdad de la proposicion por él enunciada, diciendo que es manifiesta la suficiencia de los datos ya obtenidos por la observacion para formar un juicio cierto y decisivo en contra del darwinismo. Nuestros lectores nos permitirán que pongamos aquí algunos trozos en que está resumida, por decirlo así, toda la sustancia de su vigoroso razonamiento. " La primera circunstancia, dice, consiste en que en las capas fosilíferas accesibles, y que constituyen el suelo de los dos continentes, están representadas todas las fases esenciales de la historia de la vida sobre el globo, siendo estas capas donde la variacion de las circunstancias físicas ha debido dar orígen á la mayor variedad posible en el número de las existencias. Las mayores autoridades de la geología contemporánea piensan que las profundas depresiones del Atlántico, del Pacífico y de los otros Océanos se remontan hasta las primeras edades de la tierra, y que las protuberancias sobre las cuales descansan los continentes son tan antiguas como las hondonadas que las separan [1]. Los lineamentos de la América y de la Europa estaban ya trazados en la época cámbrica. Las vicisitudes tan varias de las épocas fosilíferas, las retiradas y los movimientos alternativos de la mar, evidenciados con la estructura de los terrenos, se han realizado principalmente en una zona litoral de anchura varia y sujeta á oscilaciones frecuentes. Estas especies de mesetas submarinas, pedestales de los continentes, son las que con sus movimientos verticales en sentidos contrarios han producido los cambios en los contornos de las tierras emergentes. A causa de estas mudanzas, ya se encontró el continente europeo cortado por los mares interiores, como el que en la época miocena unía los lagos de Kronstad y de Viena con los de Constanza y de Berna; ya formaron parte de la tierra firme ciertas islas, Inglaterra se unió con Francia, Irlanda con Escocia, y probablemente el Spitzberg con la Laponia. Los geólogos americanos llegan á conclusiones análogas á éstas en el estudio de su propio país. De donde se sigue que casi la totalidad de las capas sedimentarias, por las cuales están constituidos nuestros sistemas geológicos, se han formado en los mares, á una profundidad que raras veces va más allá de cuatrocientos ó quinientos metros, y con frecuencia no llegan aún á tanto " [2].

1 Credner, *Elements der geologie*, 2.ª edic., 1872, pág. 135.

2 De la Vallée Poussin, *l. cit.*, pág. 308.

La segunda circunstancia, continúa el citado escritor, proviene del área en que se han ejecutado ya las investigaciones de los sabios. Darwin, preocupado por las necesidades de su causa, ha exagerado extraordinariamente los efectos de la erosion causada por los mares. Consúltense los documentos del suelo, y se verá que si ciertas capas han sido demolidas y destruidas para siempre con los fósiles en ellas contenidos, estas mismas capas atestadas de restos orgánicos subsisten un poco más léjos y cubren la superficie de países enteros. Aquí han desaparecido mármoles calizos, allí piedras areniscas; más adelante han sido respetadas las márgas fáciles de desmenuzar, pertenecientes á una misma época geológica. Tal es la irregularidad de los agentes que cincelan la superficie del globo: si no hay privilegio absoluto para la duracion, tampoco existe para la destruccion. Todo hombre entendido en geología sabe que existen, no sólo pisos poderosos, sinó tambien capas muy delgadas extendidas sobre superficies inmensas. El gran lecho hullero de Pittsburg en el lago de los Apalaches, cuyo espesor no pasa de uno ó dos metros por término medio, ha sido reconocido y explotado en una gran multitud de lugares que forman la superficie de cincuenta mil kilómetros cuadrados. El esquisto cuprífero de la Turingia, raras veces pasa de sesenta ó setenta centímetros de espesor; sin embargo, se le encuentra con su aspecto mineralógico, con su riqueza de minerales, con sus numerosas huellas de ganóides á más de trescientos kilómetros de distancia. El lecho pudingiforme con huesos de peces que pone fin al piso rético del trias, es todavía más admirable, porque se le encuentra poco más ó ménos el mismo en Inglaterra, en el Dorset, en la Lorena, en la Borgoña y hasta en Suabia, á pesar de que no pasa frecuentemente su espesor de una ó dos pulgadas inglesas.

Vanamente, por tanto, recurren los darwinistas á los vacíos de los terrenos geológicos causados por la erosion de las aguas y por otros accidentes terrestres; vanamente tambien se excusan con lo limitado de las observaciones practicadas por los sabios; y vanamente, por fin, añaden que los anillos intermedios de su soñada cadena existen ocultos en el fondo de los mares. Lo observado hasta aquí es más que suficiente para convencerse de que los tales anillos no existen sinó en la imaginacion de quien todavia los acaricia con el fin de sostener una idea hoy puesta en boga por los

1 M. de la Vallée Poussin, *l. c.*, pág. 311.

secuaces de la filosofía incrédula y atea. Si el libro de la historia natural es un libro á que ha sido arrancada una multitud de hojas, tambien es verdad que de él no ha sido sacado un ejemplar único, sinó un número incalculable, habiendo sido escritas cada una de estas hojas simultáneamente en muchísimos lugares. Así es que con todas estas hojas borradas aquí y acullá, pero repetidas en gran cantidad, se puede adquirir, y se ha adquirido en efecto, una idea general bastante completa de lo sustancialmente contenido en él, siquiera haya mucho que desear todavía con respecto á algunos puntos particulares de menor importancia.

Pero aunque no se tuviera una idea tan cabal como la que se ha adquirido ya con respecto á los terrenos geológicos, el solo hecho de no encontrarse en ninguna parte ese paso insensible de una forma orgánica á otra es por sí un argumento suficiente para echar por tierra todo el castillo aéreo del transformismo que en su loca imaginacion se han fabricado los secuaces de Darwin. Si la naturaleza hubiera formado los séres vivientes de esa manera lenta é insensible que se pretende, la tal manera debiera hallarse claramente esculpida en todas y cada una de las etapas de la vida terrestre, antiguas y modernas; de suerte que lo ordinario en el mundo orgánico patente á nuestra vista, así de los terrenos recientes como de los antiguos, deberia ser ese tránsito lento é insensible, y lo extraordinario el paso repentino. La razon de ello es muy clara: porque lo natural es lo ordinario, y lo ordinario sólo por accidente suele faltar en todo género de cosas; que las perturbaciones del globo, por grandes que se las quiera suponer, no son capaces de alterar la fisonomía general de la naturaleza viviente. ¿No han quedado perfectamente delineados los períodos de la vida, á pesar de todas estas perturbaciones pasajeras y, por decirlo así, momentáneas? ¿No se reconocen clarísimamente los terrenos que se han sucedido en el tiempo, de suerte que puedan ser colocados por los geólogos en una série vertical, no obstante las referidas perturbaciones? ¿Y por qué esto, sinó porque los tales terrenos constituyen la marcha general llevada por la naturaleza en todo el globo? Pues lo mismo hubiera sucedido con las transformaciones lentas de la vida orgánica, si éstas hubieran sido el camino comun y ordinario por donde ha pasado la naturaleza en los largos años de continuo trabajo que lleva desde la aparicion de los primeros organismos.

Y con esto queda destruida tambien la razon que alegan los darwinistas para explicar la aparicion repentina de los diferentes orga-

nismos en cada una de las épocas de la vida sobre el globo. Demos á los tales escritores que los animales hayan emigrado en los tiempos antiguos de un punto á otro, como sabemos haberlo ejecutado en períodos más recientes. ¿Se habrá salvado con esto la doctrina fundamental del darwinismo, consistente en la transformacion lenta y gradual de los organismos? De ninguna manera: lo que se habrá conseguido únicamente será destruir uno de los fundamentos de la cronología geológica en que habian puesto su confianza muchos sabios de los años pasados: el silurio de una region no corresponderá, *cronológicamente hablando*, al silurio de otras muy apartadas, y lo mismo se entienda del devónico, del carbonífero, del pérmico, etc., etc., lo cual se halla en perfectísima armonía con lo que nosotros dejamos observado al hablar de los días genesíacos citando unas palabras de Credner. Pero por lo que atañe á la transformacion indicada, la aparicion repentina de los tales vivientes no deja de ser un argumento que la derrota por completo. Cuando hicieron sus emigraciones los mencionados animales, ¿cómo no se llevaron consigo la cadena biológica de nuestros sabios, que en ninguna parte aparece? Por ventura, al trasladarse ellos á aquellas regiones huyendo de la influencia mortífera que se iba introduciendo en el país habitado á la sazon, ¿no se sintieron impulsados á hacer otro tanto los innumerables séres de órden inferior que con ellos vivían? ¿Cómo es, pues, que llegaron ellos solos, rompiéndose así *siempre y por todas partes* la cadena, y no dejando en el mundo sinó anillos sueltos, incapaces de unirse inmediatamente sinó por medio de otros *que nadie ha visto y que se finge estar en el fondo de los mares, ó haber sido destruidos por los agentes de la naturaleza*? ¡Cosa particular! En ese continuo pelear por la vida, *siempre y en todas partes* salen libres de la batalla una sola clase de combatientes: los sargentos solos son los que se salvan; todos los cabos que están junto á ellos perecen; de los soldados rasos no queda jamás ni uno solo para muestra. ¿Y al ménos no se les encontrará muertos siquiera en el terreno donde han tenido la desgracia de perecer? De esta suerte reanudaríamos los anillos de la cadena rota, y hallaríamos por fin el tránsito de la naturaleza en el desarrollo de la vida. Pero nada de esto aparece; sabemos cuál ha sido realmente el órden cronológico de los terrenos desde el principio de la vida orgánica hasta nuestros días; sabemos, por consiguiente, dónde debieran encontrarse los anillos de cada órden que faltan, y que buscamos con tantó anhelo para unirlos á los que ya poseemos, y formar así una cadena conti-

nua tal como la fabricó la madre naturaleza; pero esta pícara dueña ha tenido *siempre y en todas partes* la malísima maña de ocultarnos sus desperdicios.

Á lo que acabamos de escribir, no faltará ciertamente entre los adversarios quien responda que continuamente va caminando la ciencia con sus nuevos inventos hácia el lugar desde donde se descubran esos preciosos anillos; porque á cada paso se están encontrando en los terrenos geológicos nuevas especies intermedias entre las ya conocidas, lo cual da fundado motivo para esperar que por fin se llegará á encontrar la cadena continua ideada por el darwinismo. Sí; como añadiendo puntos y más puntos, y colocándolos entre dos determinados extremos, se llegará por fin á formar una línea continua. La línea verdadera y matemática no es un mero agregado de puntos yuxtapuestos, por pequeña que se quiera suponer la distancia con que distan unos de otros; y así, intercalando puntos entre los ya existentes, y poniéndolos en una misma direccion jamás se podrá obtener la línea dotada de verdadera continuidad. Pues esto mismo sucederá siempre en el mundo orgánico con respecto á la soñada cadena de los darwinistas, por más que den con nuevas especies capaces de ser intercaladas entre las ya conocidas. Los anillos que faltan para formar la pretendida cadena han de adaptarse de tal modo á los ya conocidos que se continúen con ellos perfectísimamente, como si todos juntos constituyeran una sola pieza; esto es lo que pide la ley de continuidad invocada por los tales naturalistas. ¿Se obtiene esto intercalando nuevas especies entre las ya conocidas? De ninguna manera; como no se obtiene jamás una circunferencia aumentando los lados de un polígono. Miéntras haya especies intercaladas, faltará la continuidad apetecida; como no habrá circunferencia en ninguna línea cerrada que esté compuesta de verdaderos lados. ¿Qué importa por consiguiente el que nuestros transformistas nos traigan el *archaeopterix* y el *odontornix*, especies intermedias, el primero entre las aves y los anfibios, y el segundo entre las aves y los mamíferos, novísimamente descubiertas? ¿Qué hacen al propósito de que vamos tratando, ni el mastodonsauro, ni el ornithocéfalo, ni otro animal cualquiera de alguna determinada especie? ¿Todos estos animales no tienen sus caractéres bien propios y marcados, por los cuales cada uno de ellos se halla constituido en su particular especie sin poder ser confundido con los demas? Pues entónces, ¿qué tiene que ver ninguno de ellos con la soñada cadena de los darwinistas? Lo que hacen, sí, es protestar contra ella, porque todos tie-

nen sus formas propias y bien determinadas, contra lo exigido por la hipótesis transformista. Fuera de que estas especies intermedias, que tanto cacarean los de la nueva escuela para sacar triunfante su transformismo, las más de las veces han vivido simultáneamente con las otras, á que sirven de vínculo comun, y por lo mismo ningun parentesco real pueden tener con ellas, exigiendo la teoría de la evolucion que la especie transeunte deje de existir cuando ha tomado una nueva forma en la especie transformada.

Es verdad que sobre algunos séres organizados andan dudosos los naturalistas, sin saber á punto fijo si deben ser colocados en tal ó cual especie, de lo cual han pretendido tomar fundamento algunos partidarios del transformismo para negar rotundamente la existencia de las verdaderas especies. Pero esta indecision por parte de los hombres nada más prueba sinó lo corto de nuestros conocimientos: examinen los sabios con diligencia los organismos en cuestion, y si llegan á adquirir con este exámen un conocimiento pleno de los mismos, bien pronto sabrán el lugar que á cada uno de ellos corresponde en el cuadro de la creacion entera. Los que, apoyados en semejante ignorancia de las cosas, toman de ella pié para negar en absoluto la existencia de las especies, se parecen en su manera de razonar á los que negasen la existencia de la moneda, porque en algunos casos es difícil discernir la verdadera de la falsa, ó al que confundiese en absoluto los hombres con los árboles, porque no puede establecerse entre unos y otros una diferencia clara y precisa con la tenue luz del crepúsculo. Si fuera verdadera la hipótesis de Darwin, la indecision de los sabios no debería versar sobre estos puntos, sinó sobre otros enteramente contrarios; es decir, lo ordinario entónces debería ser que halláramos confundidos los organismos sin poderlos discernir sustancialmente unos de otros, porque, en realidad, así estarían en la naturaleza, y que sólo por accidente se nos representasen alguna que otra vez revestidos de cierta apariencia de distincion que nos moviese á juzgar equivocadamente sobre ellos. Porque nuestro entendimiento, en el juicio que hace de las cosas contenidas dentro de la esfera de su propio objeto, cuales son ciertamente los séres vivientes del mundo sensible, de ordinario juzga con rectitud y sólo se equivoca por accidente. El error no es sinó una desviacion accidental de la verdad, y ésta el camino recto y trillado por donde caminan las inteligencias abandonadas á su propio impulso.

Todo esto está bien, responden á lo que acabamos de escribir contra Darwin los defensores de la transformacion repentina mala-

mente llamados *heterogenistas*; ¿pero por qué no podremos admitir que la naturaleza, ya sea por ciertas circunstancias raras y excepcionales, ya por la intervencion libre de alguna inteligencia angélica que imprimió una direccion determinada á ciertos agentes físicos, avanzó en el camino de la vida, no con un movimiento continuo, sinó por saltos, criando de repente nuevas especies que se moviesen en curvas cerradas y perfectamente distintas de las demas, y luégo permaneciendo constante en la nueva etapa hasta que una feliz casualidad ó un empellon repentino causado por alguna sabia inteligencia le hiciese dar un paso más en la senda del progreso? Porque es cosa clara que este progreso ha existido: basta echar una simple ojeada sobre las diferentes épocas de la historia natural para convencerse de que la vida ha seguido en el globo una línea ascendente, comenzando por los organismos más sencillos hasta llegar á la organizacion del hombre, la más complicada entre todas y la última de todas ellas en el sucesivo órden de los tiempos. Este fenómeno sin duda ha debido ser causado, como los demás fenómenos de la naturaleza, á saber: por la fuerza de los solos agentes naturales; de otra suerte, nos veríamos precisados á sacar á la escena á cada paso la accion creadora del Todopoderoso, y atribuir á Dios mismo la produccion de unos séres que viven en continua guerra para devorarse los unos á los otros, siendo así que Dios no ama la guerra, sinó la paz, ni se entretiene en producir séres para destruirlos.

A este género de transformismo semiespiritualista han apelado algunos darwinistas mitigados, deseosos de explicar con él sin tropezar por una parte con las dificultades del darwinismo rígido que acabamos de refutar, y sin acudir por otra á la accion enteramente sobrenatural de la divina Inteligencia. Uno de éstos es Hartmann, quien, despues de haber refutado el transformismo lento y gradual, ya por la falta de continuidad que se advierte entre los diversos séres del mundo orgánico, ya porque, áun cuando existiese, podría ser *meramente sistemática é ideal y no genética*, ó sea producida por la descendencia física, escribe que "la hipótesis más probable es que el primer huevo de la especie nueva nace en el ovario de una especie madre, debiendo su existencia á la modificacion de las circunstancias embriogénicas acaecidas en la primera etapa de la evolucion"[1]. El fundamento en que se apoya, no es ciertamente, la

[1] V. de Hartmann, *Le darwinisme, ce qu'il y a de vrai et de faux dans cette doctrine*, traduit de l'allemand par Georges Guéroult. Paris, 1878, pág. 26.

observacion de los hechos, pues éstos en nada le favorecen, sinó el principio filosófico de que *omne vivum ex ovo et omne ovum ex ovario*, y por consiguiente debe ser rechazado el dogma de la creacion *ex nihilo*. Esta opinion empero se halla todavía más destituida de verdaderos fundamentos que la defendida por el autor del *Origen de las especies*, y va, no ménos que ella, contra los principios de la sana filosofía. De ella, escribe Quatrefages las siguientes palabras: "Todas cuantas teorías partan de la transformacion repentina merecen una censura todavía más grave, cual es, dejar sin explicacion de ninguna clase los grandes hechos generales que presenta el imperio orgánico. No basta explicar con una hipótesis cualquiera la multiplicacion y la sucesion de los tipos principales ó secundarios. Es preciso sobre todo dar cuenta de las relaciones que unen á estos tipos entre sí, del órden que reina en todo este conjunto de cosas, el cual se ha conservado desde los tiempos geológicos hasta los nuestros al través de las revoluciones del globo y á despecho de los cambios sufridos por las faunas y las floras.

„ El accidente sin regla, sin ley, invocado como causa inmediata de las transformaciones específicas, es evidentemente incapaz de interpretar este grande hecho; y no explica tampoco la generalidad de los tipos fundamentales, ni las afinidades directas ó laterales que existen entre sus derivados„ [1].

A estas graves palabras del ilustre naturalista, que bastan por sí solas para refutar la hipótesis mencionada, tenemos nosotros que añadir algunas otras, encaminadas á este mismo objeto de hacer ver su nulidad é insubsistencia. Por de pronto salta á la vista que todo cuanto hemos escrito contra Darwin atacando el orígen casual de los organismos, se presenta aquí con toda su fuerza contra los que explican estos *saltos generadores* por medio de una feliz casualidad de los agentes naturales. La naturaleza sensible no es capaz de semejantes casualidades, máxime cuando se hallan éstas repetidas en una escala tan enorme, cual se nos presenta en el gran panorama del universo con toda la inmensa multitud de sus complicadísimos organismos, y con todo el admirable conjunto de sus leyes, perfectamente estables. Atribuir todo esto á la ciega casualidad, es propio de quien, ó no sabe lo que se dice, ó ha perdido rematadamente el juicio, que para el caso viene á ser lo mismo. Sería, pues, necesario atribuir estos saltos á la Naturaleza en cuanto dirigida

1 De Quatrefages, *L'Espèce humaine*, lib. II, chap. x, pág. 66. Paris, 1880.

por la sabia mano de alguna inteligencia ordenadora. Mas ni con esto se adelanta nada, porque, como ya lo hemos advertido más arriba, este linaje de fenómenos tan extraños no lo puede producir la Naturaleza con solas sus fuerzas propias, áun puestas bajo la accion de una sabia inteligencia que las gobierne. La razon de ello es muy clara: porque ni la naturaleza sensible ni nadie se puede levantar con sus solas fuerzas más arriba de su propia esfera; el progreso no es posible á criatura alguna sinó dentro de la órbita que de su propia condicion le pertenece. ¿Se dirá, por ventura, que estas órbitas no son absolutamente cerradas de suyo, y que los agentes naturales pueden, rigurosamente hablando, pasar de la una á la otra, á causa de no mediar entre ellas diferencia alguna *verdaderamente esencial é intrínseca*? Pero esta afirmacion es contraria á toda sana filosofía: la persistencia perenne de las especies que hemos observado en lo que dejamos escrito; su esfuerzo inmenso para conservarse cada una en su propio sér, no obstante la accion continua de los agentes exteriores que tienden á modificarlas; su empeño constante, universal y uniforme en perecer del todo ántes que sujetarse á las mencionadas leyes del transformismo, están diciendo á grandes voces que en cada una de ellas existe una naturaleza intrínsecamente diversa. La razon humana no puede conocer la naturaleza interna de la cosas sinó por los fenómenos externos con que éstas desenvuelven su interna actividad y se dan á conocer al exterior: por los efectos juzgamos de las causas, y á efectos diferentes no podemos ménos de asignar causas tambien diferentes; obrar de otra manera sería arruinar por completo la filosofía y caer en el más absurdo pirronismo. Ahora bien; los efectos constantes, universales y uniformes que vemos producirse por cada una de las diferentes especies de séres, siempre que se halla libre su propia actividad, y no impedida por ningun obstáculo, son propios y exclusivos de cada una de ellas: por donde legítimamente concluimos que tambien la actividad interna y la sustancia misma en que ella radica deben serles propias y peculiares, en términos que jamás puedan refundirse las unas en las otras.

Es, pues, evidente á todas luces que las causas naturales no pueden producir con la sola eficacia de su propia virtud transformacion alguna del género indicado, ora se considere esta eficacia abandonada á sí misma, ora se la suponga colocada bajo la simple direccion de una inteligencia ordenadora. Las felices casualidades ó los repentinos empellones que experimenten estas causas, nunca

podrán sacarlas fuera de sus propias órbitas. Dentro de estas órbitas, merced á lo anormal de sus circunstancias, ejecutarán ellas ciertos movimientos irregulares que tendrán por último resultado lo que vulgarmente conocemos con el nombre de *mónstruos*; pero estos mismos mónstruos atestiguarán la estabilidad de la Naturaleza, permaneciendo á despecho de los transformistas en la órbita misma de sus propios padres. Examínense cuanto se quiera los mónstruos que hasta el presente han producido los agentes del universo, y nunca se verá en ellos el nacimiento de una especie verdaderamente nueva: el fondo siempre queda en ellos el mismo, áun cuando la forma exterior, consistente en ciertas propiedades accidentales, sufra alguna variacion más ó ménos profunda. Los mismos cruzamientos monstruosos y preternaturales llevados á efecto entre séres de especies diferentes, dejan siempre el fruto espurio de ellos resultante dentro de la órbita genérica en que se mueven sus progenitores; y para que no pueda resultar de ellos un cambio radical en el mundo orgánico, borrándose los límites con que cada especie está contenida dentro de su propia esfera, la Naturaleza hiere á estos séres extraños con el rayo de la esterilidad, y les impide propagarse por sí solos en línea recta y con el movimiento característico de las especies verdaderas. La vecindad suma en que se hallan colocadas algunas especies, conforme al plan infinitamente múltiple y perfectísimamente uno del Criador, hace posibles esta suerte de cruzamientos monstruosos y no enteramente infecundos; porque entre las especies de un mismo género hay una cierta semejanza de parentesco por lo muy parecido de la constitucion orgánica que reina entre ellas; de donde es natural que resulte tambien esa fecundidad limitada que da orígen al *híbrido*, especie aparente y verdadero simulacro de las reales y exactas.

Produce una grande ilusion en los transformistas la marcha ascendente de la Naturaleza en la produccion de los organismos, cada vez más perfectos, que, en general, han poblado sucesivamente el mundo desde el aparecimiento de la vida hasta nuestros dias. Porque ven que esta marcha ascendente ha existido, al instante concluyen que en la produccion de este fenómeno no han intervenido sino las solas causas naturales, sin reflexionar sobre si estas causas tienen en sí ó no suficiente virtud para un efecto de esta clase, y sin advertir que la fijeza absoluta de las especies, proclamada en cada una de las páginas de la historia del mundo orgánico por los fenómenos de la Naturaleza, nos prohibe raciocinar de esta manera tan

absurda: El *hoc post hoc... ergo propter hoc*, tan frecuente en la boca y escritos de los que, ó ignoran las leyes de la argumentacion legítima, ó, conociéndolas, no hacen ningun uso de ellas al confeccionar sus argumentos, hace en las obras de estos escritores un juego maravilloso. *En la Naturaleza ha habido este movimiento ascendente; luego la Naturaleza sola la ha producido!* ¿En qué reglas de lógica se funda tan extraño modo de discurrir? ¿Tiene la Naturaleza poder para llevar á cabo por sí sola tamaña empresa? La filosofía nos dice de la manera más terminante que en las causas naturales no existe una virtud tan portentosa.

Viene muy bien aquí lo que dice Agassiz á este propósito.

"Es verdad, escribe, que la especie está limitada á un período geológico determinado: es verdad tambien que, en todas las formaciones geológicas, las especies de los períodos sucesivos difieren entre sí. Mas porque difieran, ¿se sigue de aquí que se hayan ellas modificado á sí mismas? ¿No han sido sustituidas, reemplazadas por otras? El espacio de tiempo necesario para la operacion no hace nada á la cosa. Concédase para cada período millones de años; la cuestion siempre quedará reducida á lo siguiente: cuando se ejecuta un cambio en la Naturaleza, ¿este cambio se ha realizado espontáneamente bajo la accion de las fuerzas físicas y segun la ley de estas fuerzas, ó bien ha sido producido por la intervencion de un agente, cuya actividad ni ántes ni despues se ejerció sobre este objeto? Una comparacion aclarará más mi pensamiento. Supongamos que un aficionado á la pintura visita un museo donde los lienzos están colocados sistemáticamente, y donde los cuadros de las diferentes escuelas se hallan dispuestos en órden cronológico. Al pasar de un salon á otro, verá cambios tan grandes como los observados por los paleontólogos cuando pasan de un sistema de rocas á otro. Mas porque estas obras tienen mucha semejanza entre sí, puesto que pertenecen á tal ó cual escuela, ó son de épocas muy vecinas, ¿tendrá el crítico suficiente motivo para suponer que los cuadros antiguos se han metamorfoseado para convertirse en cuadros modernos, ó para negar que los unos y los otros sean verdaderos artefactos de los artistas que vivian y obraban en el momento de ser pintadas estas telas? La cuestion de la inmutabilidad de las especies es absolutamente la misma que la del caso supuesto. No porque las especies hayan tenido una duracion más ó ménos larga en las edades pasadas las considera el naturalista como inmutables, sinó porque en la série entera de los tiempos geológicos y en toda la dura-

cion de los siglos que han transcurrido desde que fueron introducidos en el mundo los animales y las plantas, no aparece ni la más mínima señal de que una especie se haya transformado en otra. Lo que únicamente sabemos es que hay diferencia de especies en las diferentes épocas, cabalmente como sucede á los cuadros de diferentes siglos y de épocas diversas. Pero miéntras no tengamos sobre este punto otros datos que los suministrados hasta aquí por la Geología, siempre será contrario á la filosofía y á la lógica suponer, á causa de estas diferencias, que las especies cambian ó han cambiado, que se transforman ó se han transformado » [1].

Hasta aquí el ilustre naturalista, el cual harto tímido por cierto anduvo en la última consecuencia de su discurso. La filosofía y la lógica no sólo nos impiden de una manera provisional é interina, hasta nuevos descubrimientos, el que atribuyamos á la transformacion materialista la diferencia de las especies orgánicas, que han existido sucesivamente en el globo durante la dilatada série de los tiempos, sinó absolutamente y sin restriccion alguna. El conocimiento que tenemos ya adquirido con los datos de la Geología y de la Historia sobre los fenómenos de la vida orgánica nos autoriza completamente á concluir de la manera más absoluta que cada una de las diferentes especies orgánicas que han poblado y pueblan el universo tienen en sí su esencia propia é inmutable, y que por consiguiente no ha podido existir en el mundo la transformacion soñada por los secuaces del materialismo. Si transformacion ha habido, ella no ha podido tener lugar sinó en virtud de la diestra del Altísimo.

Pero entónces, se dirá, habremos de traer á cada paso la accion creadora del Dios omnipotente, poniendo en el mundo una série continua de verdaderos milagros. ¿Y de dónde sacan los transformistas tan peregrina consecuencia? ¿No podemos explicar el fenómeno en cuestion, diciendo con varios católicos [2] que las especies

1 Agassiz, *De l'espèce*, pár. 15, pág. 78-79, nota.

2 Véase *Institutiones Philosophiae naturalis* del P. Pesch, S. J., núm. 615. El mismo autor, en el núm. 601 de la misma obra, escribe de esta opinion lo siguiente: « Neque illis obloquimur, qui species superiores transiisse defendunt per certa stadia inferiora, in quibus perfectio speciei superioris virtualiter contineretur. Ea enim evolutio non est vera unius ex diversa specie *descendentia*, sed *transformatio* tantum stadii inferioris intra unam eamdemque speciem in stadium superioris peracta. Et nos quidem nullum plane momentum videmus, quo ad respuendam huius generis transformationem cogamur. »

fueron criadas todas, excepto el hombre, en un principio, pero que no pudieron desenvolver sinó gradualmente, y en conformidad con las circunstancias externas del medio en que vivieron, su virtud interna? De esta suerte tendríamos realizado el referido progreso con la evolucion sucesiva de los organismos, sin necesidad de poner frecuentemente en escena la accion creadora del Todopoderoso, y sin abrazar tampoco la falsa doctrina del transformismo. ¿Se distingue sustancialmente una rana de un renacuajo, ó una mariposa del gusano á cuya transformacion debe su orígen? Claro está que no: el sér no varía en estos casos sustancialmente; lo que hace es pasar por las diferentes etapas de su vida toda y entera, necesarias para la perpetuacion de su propia especie. Pues una cosa semejante habrá sucedido en la hipótesis indicada á los diversos séres vivientes que en la actualidad pueblan el universo. Todos ellos, excepto el hombre, habrán recorrido, con su virtud interna y esencialmente peculiar de cada uno, los diferentes estadios del camino ya andado antes de llegar al que actualmente ocupan: nada de accion creadora para este movimiento; la misma fuerza interior que corresponde á su esencia particular lo habrá ejecutado, acomodándose al medio externo en que haya funcionado, y transformando en consecuencia el organismo. Exceptuamos de esta ley general al hombre, porque, en órden á la especie humana, ya sabemos por la divina Escritura que fué criada en estado de perfecto desarrollo, y que no ha pasado primero por los estadios inferiores, en que se ejercitan solamente las fuerzas animales, permaneciendo las espirituales como dormidas por falta de disposicion conveniente en el sujeto.

Pero áun cuando supongamos las especies introducidas una en pos de otra por la fuerza creadora del Todopoderoso, ¿qué razon hay para espantarse de una proposicion semejante? ¿Acaso porque interviéne el Criador de una manera directa y sobrenatural en las obras del universo? Cada dia está interviniendo de este modo para sacar de la nada las almas humanas, y para unirlas sustancialmente á la materia por ellas informada, y ningun filósofo de recto juicio hallará en tal clase de acciones una cosa contraria á las reglas de la sana razon. Si la naturaleza no puede por sí sola producir ciertos fenómenos que son necesarios para el desarrollo del plan divino en la marcha general de las cosas criadas, ¿por qué no podrá intervenir directamente, y de una manera sobrenatural, para ejecutarlos la accion de la divina Omnipotencia? Ántes el no intervenir en estos casos sería contrario á la infinita Sabiduría; porque en tal caso pre-

tendería Dios el conseguimiento de un fin, y luégo en la ejecucion no querría echar mano de los medios necesarios para realizarlo. Dígase lo que se quiera, si en el desarrollo de la vida terrestre no han obrado las fuerzas naturales propias y peculiares de cada especie de séres, en la forma que con varios sabios católicos acabamos de indicar, la aparicion sucesiva de las especies ha debido verificarse por una accion directa y sobrenatural de la Omnipotencia divina. El Criador se habrá servido en estos actos de los organismos inferiores para transformarlos sustancialmente con su omnipotente virtud, é introducir en ellos un principio vital de un órden superior y más en consonancia con las condiciones de vida que con el discurso del tiempo se hayan producido en el globo; ó bien, si este modo de produccion defendido por algunos católicos no gusta á los que quieren otro más elevado, Dios habrá dado el sér á cada uno de ellos, de la misma manera que introdujo en un principio la vida en el mundo. Pero, sea cual fuere el modo que se quiera escoger, es preciso siempre recurrir á la accion directa y sobrenatural del Todopoderoso. Esta accion es exigida perentoriamente por las mismas condiciones intrínsecas de las causas criadas, que no pueden realizar el plan de la divina Sabiduría en el mundo sin este género de creaciones sucesivas por parte de la divina Omnipotencia. Y por esta misma razon malamente se da por los fautores del transformismo el nombre de *milagros* á esta clase de acciones, porque no van en ninguna manera contra las exigencias de la naturaleza, como no fué milagro la accion con que fué criada la materia y la vida en un principio, y con que todos los dias son llamadas á la existencia las almas de cuantos hombres son concebidos sobre la tierra.

CAPITULO XXVI

RESPÓNDESE Á LAS PRINCIPALES OBJECIONES DE LOS TRANSFORMISTAS.

Si bien se observa, la razon principal que secretamente mueve á ciertos naturalistas á defender á todo trance la antifilosófica doctrina del transformismo, es el horror grande que sienten al pensar que Dios intervenga con su accion sobrenatural en la produccion de los fenómenos sensibles. ¡Pero cuán necia é infundada no es semejante manera de proceder! "¿Os espanta lo sobrenatural? podemos decir con Agassiz[1] á esta clase de sabios: pues negadlo completamente, y proclamad con los ateos la independencia absoluta de la materia. Si confesais que Dios ha intervenido sobrenaturalmente en la creacion del mundo inorgánico y en el establecimiento de las leyes que en él rigen, porque sin esto no es posible la misma existencia de la materia, ¿por qué no confesais tambien esa misma intervencion sobrenatural en la produccion de cada uno de los grados de la vida, siendo una cosa manifiesta que la vida en general, y cada uno de los grados de ella en particular, no han podido venir al mundo sinó por la accion omnipotente de Aquel que es fuente y orígen de todos los séres y fundamento universal de todas las esencias?" ¿Pero y hemos de suponer, exclaman algunos muy confiados en su novísima filosofía, que el Criador del universo emplea su omnipotente virtud para producir unos séres que se hacen la guerra continuamente y que necesitan para vivir la destruccion de otros? ¡Vana dificultad! De valer algo este argumento, echaría por tierra la misma creacion del mundo inorgánico, sacando triunfante la causa del ateismo. Los séres inorgánicos no ejercen ordinaria-

1 Agassiz, *De l'espèce de la classification en Géologie*, pág. 85. Paris, 1869.

mente sus acciones sinó atacando con la eficacia de su virtud á las sustancias que les rodean, para asimilárselas y acomodárselas en la manera más conveniente á su propia naturaleza. Mirad lo què hace el fuego en un combustible cualquiera para imprimirle su propia forma: observad el efecto producido por las combinaciones químicas en los séres inorgánicos, y vereis si podeis ó no aplicar contra ellos vuestro argumento diciendo que Dios no puede ser autor de esta clase de séres, porque, al crearlos, hubiera introducido la guerra en el reino de la materia. Dios produjo así estos como todos los demás séres del mundo organizado para que todos ellos, cada uno con la virtud propia de su específica naturaleza, conspirasen armónicamente al fin universal de la creacion entera. Lo inferior lo subordinó sabiamente á lo superior, el reino mineral al vegetal, éste al animal, y el animal, finalmente, al hombre. Cada especie debe, segun esto, mantener la vida de sus individuos á expensas de los pertenecientes á las especies inferiores: por esto el Criador proveyó con larga mano gran copia de indivíduos en cada especie, para que cada una de ellas ofreciese con generosidad la materia de su alimento á las de los órdenes más elevados sin temor de quedar destruida. Aquí no hay guerra ninguna entre las diferentes especies del mundo universo; lo que hay, sí, es subordinacion y armonía entre las diversas partes de un todo heterogéneo, en que lo inferior debe estar sujeto á lo superior, y prestarle los servicios que proporcionalmente le corresponden. Estos servicios duelen, como es natural, á cada uno de los indivíduos que hayan de ser por causa de ellos sacrificados; pero ¿no duelen tambien en la sociedad humana los sacrificios que deben hacer por precision cada uno de sus miembros para el bien y conservacion de la misma, sin embargo de ser el estado social en el hombre una cosa natural y consiguientemente intentado por el mismo Dios?

Pero estas son ya consideraciones metafísicas, que no suelen gustar de ordinario á la clase de gentes que vamos combatiendo. Ellos, como buenos físicos y naturalistas, atienden más á otro linaje de argumentos más asequibles para establecer sus sistemas; y esotro de las metafísicas lo tienen por puro juego de personas ociosas, que pasan vanamente el tiempo en formar sus ideales *a priori*. Sigámosles, pues, diligentemente los pasos por el terreno de la física, que estos señores se han escogido; aunque en eso de forjarse ideales *a priori* pocos hay ciertamente que igualen á los transformistas, pues ya ántes hemos observado que el transformismo todo entero

es una mera especulacion *a priori*, y de ninguna manera fundada en los hechos, los cuales no cesan de protestar contra ella [1].

Dicen, pues, los defensores de esta humillante opinion:

1.° En la doctrina de las creaciones independientes, ¿cómo explicar la conformacion sobre un plan comun de la mano del hombre, del pié del perro, del ala del murciélago y de la paleta de la foca? Ahora bien; en el principio de la descendencia, unido á las modificaciones producidas por la seleccion natural, tiene esto una explicacion satisfactoria.

2.° Tanto más, que á afirmar esta descendencia nos induce el curso progresivo que sigue el embrion en la naturaleza humana, pasando por todas las etapas de la vida orgánica ántes de pararse en la última y más perfecta, que definitivamente ocupa. ¿No significa esto claramente que el hombre, ántes de obtener en la escala de los séres el sublime grado que en la actualidad posee, vivió en épocas muy lejanas, primero confundido con los gusanos, despues con los peces, más tarde con los mamíferos terrestres, y finalmente con nuestros abuelos los monos catarrinos? Si no, ¿á qué hacer ahora ese camino en el útero donde es concebido?

3.° Añádase á esto que los órganos, ora rudimentarios, ora inútiles, que se notan en ciertos animales y en el mismo hombre, dan á conocer muy á las claras que aquéllos estuvieron en otro tiempo desarrollados y éstos en ejercicio. Por lo cual debemos concluir que el hombre en los tiempos pasados tuvo la cola y las orejas movibles de los monos sus hermanos; porque la primera la posee ahora en un estado rudimentario y atrofiado, y de la movilidad y conformacion puntiaguda de las segundas da buen testimonio por una parte el músculo que todos tenemos para moverlas, sin utilidad alguna en los tiempos actuales, y por otra la curvatura reentrante de la oreja misma en su parte superior, que no puede provenir sinó de haberse ido poco á poco encogiendo y redondeando, á medida que perdía su movilidad primera.

4.° Además, la distribucion geográfica de los séres organizados prueba esto mismo. Porque, ¿de dónde, sinó de la descendencia transformista, proviene el que las floras y las faunas de los continentes conserven cierta afinidad con las de las islas, siempre que éstas se hallan separadas de aquéllos por una parte de mar poco

1 Esto mismo nota tambien Agassiz en su importante obra *De l'espèce*, al examinar en el art. 3.°, pár. 7, la teoría darwinista.

profunda, aunque ancha á veces y dilatada, sucediendo todo lo contrario cuando la distancia intermedia está formada por un valle submarino sumamente hondo? En el caso primero, ha debido transcurrir un tiempo relativamente breve desde que fué interceptada la comunicacion entre una y otra parte de la tierra seca por las aguas del mar; y así, las floras y las faunas que proceden en ambos lugares de un mismo tronco comun no han podido formar todavía en las ramas separadas la divergencia suficiente para que desaparezca por completo la afinidad dicha; en el caso segundo, el tiempo transcurrido despues de la interceptacion ha sido inmenso, y por consiguiente bastantemente largo para que la seleccion natural pudiese borrar todas las señales de parentesco. Lo mismo ha sucedido en varios puntos de la tierra, en los cuales se crian hoy plantas y animales pertenecientes á una misma familia, á pesar de que en los lugares intermedios, que suelen ser tan distantes como los Alpes y las regiones polares, es físicamente imposible la procreacion de los tales vivientes. ¿No es esto prueba de que en tiempos muy lejanos á los nuestros todos esos lugares intermedios gozaban de las mismas condiciones climatológicas que actualmente reinan en los puntos extremos?

5.° Finalmente, los fenómenos del transformismo y del dimorfismo, así como tambien los pertenecientes á las generaciones alternantes, vienen en confirmacion de esta doctrina. Porque por ellos vemos de qué acciones es capaz la seleccion natural, si le dan el tiempo suficiente para que pueda introducir en los séres una transformacion más radical y más profunda; ellos nos indican ademas la tendencia de la naturaleza á variar y á salirse de las curvas cerradas, propias de las creaciones independientes.

Con estos y otros semejantes argumentos discurren los partidarios de la teoría transformista, teniéndola muchos de ellos por únicamente admisible, y calificando de ignorantes y atrasados á los que todavía están por la antigua doctrina de las creaciones independientes. Pero en lo que suelen apoyarse con más insistencia, es en la sucesion de las diferentes faunas y floras que ha habido en el mundo desde el primer aparecimiento de la vida hasta la época presente. Este fenómeno es para ellos una señal cierta de que la fauna y la flora de cada época se han transformado espontáneamente, y por la sola virtud de las fuerzas físicas, en la fauna y en la flora de la época inmediata, como si las solas fuerzas físicas hubieran podido intervenir en su produccion, y no la causa primera.

ó como si todas las demas circunstancias que concurren á declararnos la naturaleza de este fenómeno nos indujeran á considerarlo como un signo cierto de la transformacion sobredicha. Estas circunstancias ya hemos visto cómo nos llevan á afirmar lo contrario, y á atribuir la produccion de tal fenómeno á la accion inmediata y sobrenatural del Criador de todas las cosas. Por eso no insistirémos aquí en probar de nuevo esta verdad con otros argumentos: bastan los aducidos para que una inteligencia recta y enemiga de superficialidades quede completamente convencida de la futilidad de esta hipótesis materialista. Véamos de responder ahora brevemente á los otros argumentos, que son los que en realidad constituyen la parte más firme del sistema, á pesar de ser ellos tambien de muy poca consistencia.

El primero de ellos, sin embargo, parece tan satisfactorio al famoso Darwin, que, apoyado en su soñada eficacia, no duda este naturalista en poder atribuir *con seguridad* las referidas estructuras á la descendencia hereditaria [1], y no repara en tener por *rematadamente perdida* (hopeless) la causa de los que pretenden explicarlas por la doctrina de las causas finales [2]. Ya se vé; segun este escritor, los que tratan de fundar la homología de las extremidades anteriores del hombre, del perro, del murciélago y de la foca, en razones de utilidad ó en la doctrina de las causas finales, en resolucion no vienen á decir otra cosa sinó que los tales organismos han sido hechos así porque ésta fué la libérrima voluntad del Artífice Supremo [3]. Si así fuera, le sobraría razon para afirmar lo que allí mismo escribe, diciendo que *semejante explicacion no tiene nada de científica* [4]; pero en esto el sabio inglés ha padecido una equivocacion muy lastimosa. Si al querer dar razon por la doctrina de las causas finales de las diferentes ruedas que componen un reloj, dijéramos sencillamente que el fundamento de todas ellas está en la libérrima voluntad del relojero que así ha querido construirlas, profeririamos un solemne disparate, digno de ser recibido entre las personas inteligentes con una no ménos solemne carcajada. El relojero será libre

1 "We may *safely* attribute these structures to inheritance." (Darwin, *On the origin of species*, pág. 244. London, 1869.)

2 Idem, pág. 516.

3 Idem, ibid.

4 "We can only say that so it is; that it has pleased the Creator to construct all the animals and plants in each great class on a uniform plan; but this is not a scientific explanation." (Darwin, *l. cit.*)

en construir ó no el reloj, ó sea la máquina medidora del tiempo que designamos con este nombre; pero, una vez que se decida á construirlo, no es libre en introducir en él las piezas que se le antojen, ni en prescindir de otras absolutamente necesarias para la consecucion de su intento. El tal artífice, para la realizacion de su plan, se ha de acomodar por fuerza á las leyes mecánicas, á que se halla sujeta la materia de su artefacto por disposicion de la misma naturaleza. Segun que se conforme á ellas con mayor ó menor exactitud, la máquina será más ó ménos perfecta; y si se empeña en querer prescindir de ellas absolutamente, no logrará fabricar reloj alguno en los dias de su vida.

Siendo, pues, esto así, ¿carecerá por ventura de carácter científico la explicacion razonada que quiera yo dar sobre cada una de las piezas que componen un reloj, siguiendo para ello la doctrina de las causas finales? Antes bien, ¿no será ésta la *única* explicacion científica que se pueda dar de este artefacto; pues, en sustancia, no se hace con ella sinó *resolver un caso de la mecánica aplicada?* Pues aplique el naturalista inglés este ejemplo á la homología de las extremidades sobredichas, y verá si el explicar esta homología por la doctrina de las causas finales tiene ó no algo de científico. El Artífice Supremo tambien, en la construccion de sus artefactos, tiene reglas que observar dictadas por la eterna Sabiduría; y á ellas no puede faltar, siendo infinitamente prudente en cuantas acciones libres ejecuta, y no careciendo de ciencia ó de poder para poner en práctica lo que conviene á la sabia realizacion de sus planes. En intentar una cosa ú otra de cuantas puede producir su omnipotencia goza de libertad plena y completa, como es libre el relojero en querer fabricar ó no sus relojes, pero en la manera de ejecutar estos intentos tiene por precision que acomodarse á las reglas del arte divino, las cuales se hallan finalmente fundadas, no en la voluntad libre de Dios, sinó en su soberana esencia, fuente y manantial inagotable de todas las particulares esencias. Estas reglas le dicen que en la produccion de los organismos debe tener muy presentes las leyes mecánicas, á que por razon de su misma naturaleza están sometidos todos los cuerpos; porque los organismos, aunque vivos, no dejan por esto de ser sustancias materiales, sujetas por consiguiente á las leyes físicas y materiales que rigen toda esta gran máquina del universo. El Soberano Artífice por tanto, en la construccion de sus máquinas vivientes, obra en conformidad con las leyes de la mecánica, no ménos que el artífice humano en la fa-

bricacion de las suyas, puramente inertes, y así como procedemos científicamente examinando los artefactos humanos según las leyes sobredichas, de la misma manera seguimos un método racional y científico, juzgando de los artefactos divinos guiados por estas mismas leyes. Examine el naturalista inglés á la luz de estos principios, algo más racionales por cierto que el de su ciega seleccion natural, y verá si la doctrina de las causas finales explica ó no científicamente la homología de los miembros mencionados. Y si despues de haber practicado este exámen todavía *no puede creer que la homología de los huesos en el brazo del mono, en la pierna anterior del caballo, en el ala del murciélago y en la paleta de la foca, sirva de un uso particular* á estos animales [1], consulte sobre el caso con ánimo desapasionado la excelente obra que en forma de carta le dirigió hace algunos años el ilustre Bianconi, respondiendo á sus jactanciosas afirmaciones sobre este asunto; y su atenta lectura le convencerá de que la tal homología no ha sido efecto de la *unidad de plan* soñada por los transformistas, sinó de la *necesidad mecánica* importada en la naturaleza misma de todo artefacto producido en conformidad con las leyes físicas de la materia. Si las extremidades anteriores de los animales dichos poseen cierta semejanza en la conformacion y modo con que todas ellas tienen constituidas cada una de sus partes, esto no ha provenido ciertamente de que la naturaleza ciega, con sus transformaciones sucesivas, haya ido lentamente desviando estos séres del tronco comun, en que se hallaran confundidos en algun tiempo. La naturaleza ciega y destituida de toda idea de órden no tiene virtud en sí misma para producir tan maravillosos artefactos, en que brilla con vivísimos resplandores el concepto ordenador de un Artífice sapientísimo. La razon de dicha homología se encuentra, por una parte, en la semejanza general de las funciones que debian practicar los séres mencionados con los tales miembros para asegurarse los medios de subsistencia, y por otra en el maravilloso cuidado que tiene el Artífice divino de acomodar perfectísimamente sus artefactos á las leyes generales de la mecánica.

Por lo demas, aparte de esta homología y semejanza general, los tales miembros varían muchísimo en cada uno de los séres sobredichos, como no podia ser ménos hallándose ordenados cada uno de ellos á fines muy distintos. Las manos en el hombre son instrumen-

1 Darwin, *On the origin of species*, pág. 244.

tos de sola aprehension, en el perro de aprehension y de locomocion, en la foca de aprehension y de natacion, en el murciélago, finalmente, de aprehension y de locomocion, y más que todo de vuelo. En todos ellos están destinadas á ejecutar movimientos, y por lo mismo en todos tambien deben tener las mismas condiciones generales reclamadas para este efecto por la mecánica; pero como estos movimientos en cada uno de estos séres habia de ser específicamente distinto, así tambien la conformacion interna de los órganos motores nó podía ménos de ser en cada uno específicamente diversa. Es como si un relojero quisiera hacer un reloj de pared y otro de bolsillo. Para uno y otro artefacto apelaría á las ruedas, puesto que sin ellas no es posible fabricar una máquina reguladora del tiempo; y así, forzado por las leyes de la mecánica, no podría ménos de producir en ellos una cierta homología general de las partes, que no por eso sería señal cierta de haber salido un reloj de las entrañas del otro, ni ambos de las de un tercero más antiguo y distinto de ellos.

Pero con esta homología tendría buen cuidado de juntar otras cualidades propias y características de cada una de las máquinas dichas, arreglando en una y otra las piezas de una manera particular, y poniendo en cada una aquellas solamente que fuesen reclamadas por las leyes de la mecánica.

Y á propósito de lo que acabamos de escribir, nos ocurre ahora mismo una idea que no podemos ménos de presentar á la consideracion de nuestros lectores. Hablan mucho los darwinistas de ciertos tipos generales é indeterminados, en los cuales se hallaban confundidas algun tiempo las especies actuales. ¿Qué clase de séres eran éstos? ¿á qué especie pertenecian? Un reloj que ni sea de pared ni de bolsillo, ¿á qué clase de relojes puede pertenecer? ¿Nó son por consiguiente los decantados tipos unos séres puramente imaginarios que no pueden existir sinó en la fantasía de quien se complace en inventarlos? ¿Y cómo realizar el paso de un sér á otro por medio de la descendencia, á que siempre apelan los transformistas? "El problema de los *intermedios*, escribe sabiamente Bianconi, no ha sido profundizado todavía suficientemente, que yo sepa; pero yo creo que hay muchos casos en los cuales la *transicion genética* encuentra un obstáculo insuperable para conciliarse con la transicion *funcional* ó *instrumental*... ¿Qué transicion, ó mejor dicho, qué estado intermedio imaginaremos entre el último animal *no rumiante* y el primero que rumie? Si la rumia exige varios sacos estomacales puestos

en dos hileras diferentes, y la ausencia de esta funcion reclama uno o varios colocados en una sola, ¿qué forma se dará al estómago del *semi-rumiante*, de un animal que se halla en la aurora de la rumia? (1)

Como este caso de los rumiantes y no rumiantes se podrían aducir otros infinitos, imposibles de explicar con la doctrina de la transicion referida; pero tiempo es ya de que pasemos á la solucion de las otras dificultades propuestas. La que ahora nos toca discutir es la fundada en los fenómenos de la embriología; en ella confian tanto los transformistas, que muchos de ellos la consideran como la razon más principal de su sistema. Sin embargo, ¡cuán fútil es y cuán nula, mirada, como debe mirarse, con los ojos desapasionados del filósofo! El embrion, en ese camino que recorre desde que es concebido hasta que llega al término de su último desarrollo, ¿tiene acaso *alguna* de esas formas propiamente dichas que se dicen haber caracterizado á sus innumerables ascendientes en la larga carrera de los siglos pasados? Ninguna absolutamente: lo único que en él se observa es cierta semejanza *en general* con cada una de ellas; lo cual nada tiene de extraño, puesto que la virtud plástica de la naturaleza no puede producir su obra sinó sucesivamente y por grados, pasando de lo ménos perfecto á lo más perfecto. Esta semejanza genérica y vaga no quita el que cada organismo, *desde sus mismos principios*, se muestre perfectamente distinto de los demas y con los caractéres de su propia especie, como la semejanza imperfecta que tiene el mono con el hombre no impide el que éste se distinga de aquél hasta en las más pequeñas fibras de su constitucion orgánica. ¿Quién podrá decir jamás que un leño pasa sucesivamente por las fases correspondientes á las formas definitivas de varios animales, cuando sometido á la accion formadora del artista que lo modela, va adquiriendo poco á poco la figura de la persona humana á cuya representacion se le destina? Claro está que es un absurdo el pensar de este modo: sin embargo, el leño mencionado, durante los diversos períodos de su transformacion no deja de *traer á la memoria*, por cierta especie de semejanza que tiene con ellas, las formas de varios séres inferiores al hombre. La semejanza del embrion humano con algunos animales en los sucesivos estados de su desarrollo evolutivo, cuando más, probará lo que

(1) Bianconi, *La théorie darwinienne et la Création*, 3.e partie, I, *Transitions*, páginas 267-268.

con el Stagirita habían enseñado ya hace tiempo los Escolásticos, diciendo que la materia no llega al último grado de perfeccion que puede adquirir bajo el influjo de las diversas formas sustanciales sin haber pasado primero ordenadamente por todos los otros inferiores; y que, por consiguiente, en la generacion humana el feto, ántes de adquirir definitivamente la vida intelectiva del hombre, ha vivido algun tiempo con *sola* la vida de las plantas, y más tarde con *sola* la vida de los animales. Oigamos al angélico Doctor exponer esta doctrina: "Cum quaelibet res mota, escribe, in quantum movetur, tendat in divinam similitudinem ut sit in se perfecta; perfectum autem sit unumquodque in quantum fit actu; oportet quod intentio cujuslibet in potentia existentis sit ut per motum tendat in actum. Quanto igitur aliquis actus est posterior et magis perfectus, tanto principalius in id ipsum appetitus materiae fertur. Unde oportet quod in ulteriorem et perfectissimum actum, quem materia consequi potest, tendat appetitus materiae, quo appetit formam, sicut in ultimum terminum generationis. In actibus autem formarum gradus quidam inveniuntur. Nam materia prima est in potentia primum ad formam elementi; sub forma vero elementi existens est in potentia ad formam mixti, propter quod elementa sunt materia mixti; sub forma autem mixti considerata, est in potentia ad animam vegetabilem, nam talis corporis anima actus est; itemque anima vegetabilis est in potentia ad sensitivam; sensitiva vero ad intellectivam: quod processus generationis ostendit. Primo enim in generatione est fetus vivens vita plantae, postmodum vero vita animalis, demum vita hominis." [1]

Pretender algo más que este proceso gradual del embrion, y sostener con los transformistas que el feto humano pasa por ciertas fases que corresponden respectivamente á ciertas formas definitivas de tipos ménos elevados, es asentar una proposicion que no tiene ningun fundamento en la naturaleza de los hechos. El conocimiento incompleto de éstos es, como dice Agassiz [2], el que ha dado orígen á una asercion tan absurda. No se puede negar que hay *cierta* semejanza entre los animales jóvenes de un órden superior y los adultos de los tipos inferiores; pero esta no es tanta que llegue al grado adonde la pretenden levantar ciertos transformistas. Toda ella está reducida á que los primeros poseen *transitoriamente* en

[1] S. Thom., *Cont. Gent.*, lib. III, cap. XXII.
[2] Agassiz, *De l'espèce*, pár. 28, pág. 185.

algun miembro determinado una cierta propiedad que en los segundos es *fija y permanente*; como sucede, v. gr., en las aves, que todas ellas sin excepcion tienen durante su edad primera unidos los dedos por medio de una membrana que caracteriza á las *palmípedas* durante toda su vida. ¿Es esto decir que todas las aves, al pasar por la primera fase de su vida, poseen la misma forma de las palmípedas, de suerte que sea imposible discernirlas de ellas? Las aves todas desde sus primeros dias muestran muy bien la especie á que pertenecen, y se distinguen por lo mismo de aquellas especies particulares á quienes dotó próvidamente la naturaleza de verdaderos remos para su vida acuática, uniendo los dedos de sus plantas por medio de una membrana muy acomodada al efecto.

Mas aunque así fuese, que las fases del embrion correspondieran verdaderamente á ciertas formas definitivas que se hallan en algunos animales inferiores, ¿habría derecho para inferir de aquí la doctrina de la evolucion, como imaginan los transformistas? ¿No podría el tal fenómeno ser efecto de la virtud propia y peculiar de las semillas dispuestas de este modo por la voluntad omnipotente, para que así cada generacion de un órden superior fuese como un trasunto de las varias generaciones practicadas en los órdenes inferiores? Véase, pues, por cuántos lados peca el tan decantado raciocinio de nuestros adversarios. Pero no es esto todo: los fenómenos del mundo orgánico son tales que, aun cuando nos constase con certeza la sucesion de las fases mencionadas, nos impedirían ellos mismos atribuirla á la evolucion de que vamos tratando. La naturaleza no puede ejecutar las operaciones de que nos hablan los transformistas sin formar en el mundo orgánico una serie simple de animales sucesivamente más perfectos, puesto que ha debido ir siempre completando su obra por medio de la seleccion natural, sin volver nunca atrás en la via del progreso. Ahora bien; esta série simple se halla positivamente negada por los hechos, los cuales por consiguiente nos obligan á rechazarla. Como quiera que intentemos colocar los diferentes reinos en que se halla dividido el mundo entero de la Historia Natural, es imposible poner los animales de todos estos reinos en una sola série ascendente, cuyos miembros vayan siempre creciendo en perfeccion, y conserven una perfectísima semejanza con los que inmediatamente les siguen y anteceden. Es este un hecho cuya evidencia no deja el más pequeño lugar á la duda. "Por evidente que pueda parecer, escribe Agassiz, la inferioridad de los radiados cuando se les compara con el conjunto de los

moluscos ó de los articulados, y por mucho que ella resalte cuando el término de comparacion se coloca en los vertebrados, es preciso no olvidar que la estructura de la mayor parte de los equinodermos es mucho más complicada que la de un bryozoario ó de un ascidio, ambos pertenecientes al tipo de los moluscos, ó que la de un helminto del tipo de los articulados, y que la misma es quizá superior aun á la del *amphioxus*, que es un vertebrado»[1]. "Es evidente, continúa el mismo autor en el lugar citado, que cuantas veces se pretenda formar una série simple de todos los animales, á medida que subamos en el arreglo interior de cada reino á un grado más alto de perfeccion se irá exagerando más y más la diferencia entre las dos extremidades vecinas de la série intermedia y de la que sigue ó antecede. No creo que ningun naturalista tenga en nuestros dias nada que objetar contra el siguiente arreglo de los radiados: los pólipos en lo más bajo de la escala, los acalefos en el escalon intermedio, los equinodermos en el superior; ni contra esta agrupacion de los moluscos: los acéfalos en el grado inferior, los gasterópodos en el medio, los cefalópodos en el más alto; ni contra ésta de los articulados: primero los gusanos, luégo los crustáceos, y finalmente los insectos; ó esta otra de los vertebrados: los peces en la base, los reptiles y las aves en medio, y los mamíferos en la parte más elevada. De intento he evitado toda alusion á los puntos controvertidos. Por consiguiente, si los moluscos hubieran de seguir á los radiados en una série simple, los acéfalos estarían formando continuidad con los equinodermos; ó si este segundo lugar lo atribuimos á los articulados, entónces, despues de los equinodermos, irán inmediatamente los gusanos. De la misma manera la série comenzada por los radiados acabaría por los cefalópodos ó por los insectos, segun que se continuase inmediatamente con el grupo de los moluscos ó con el de los articulados. En el primer caso, á los cefalópodos se seguirían los gusanos, en el segundo á los insectos los acéfalos. Finalmente, la union con los vertebrados se haría, ya sea por medio de los cefalópodos, siendo colocada la agrupacion de los moluscos en el tercer lugar de la série, ya por los insectos, si este tercer lugar se reserva para la agrupacion de los articulados. ¿Quién no ve, por consiguiente, que cuanto mejor conocemos las verdaderas afinidades de los animales, son tanto más convincentes las pruebas que vemos acumularse contra la idea de que el reino animal está

1 Agassiz, *De l'espèce*, párrafo 8.°, pág. 39.

constituido por una série simple?„ [1]. Hasta aquí el referido escritor.

¿Por qué camino, pues, irá la madre Naturaleza para desarrollar esta série simple y perfectamente progresiva que fingen nuestros transformistas para no caer bajo el imperio de las causas finales? ¿Por el de los radiados, moluscos, articulados y vertebrados? Este es ciertamente el órden que asignan más comunmente los zoólogos á los diferentes grupos en que se halla dividido el reino de los animales, mirado de una manera general. Pues ya la tenemos fabricando en la primera jornada cierta clase de séres que superan en perfeccion á varios fabricados en las jornadas siguientes, ¿cómo se olvidó de su querido progreso al obrar de esta suerte, haciendo armas con los retrógrados que no queremos entrar por la nueva via de la transmutacion darwiniana? ¡Y luégo de los equinodermos pasamos á los acéfalos, de los cefalópodos á los gusanos, de los insectos á los peces! ¿A quién se le ocurre dar saltos de esta clase, tan contrarios al movimiento reposado y continuo que conviene á tan caracterizada señora? Pero dejemos esto á un lado, y vengamos ya á la solucion de la tercera dificultad.

Consiste ésta en suponer que ciertos animales poseen algunas partes rudimentarias, *residuos inútiles* de otra organizacion que pertenecio en tiempos muy remotos á sus antepasados, pero que con la seleccion natural se ha ido transformando lentamente y por grados hasta mudarse en otra muy distinta. De esta clase juzgan los transformistas que son las últimas vértebras de la columna dorsal en el hombre, y las partes de la oreja arriba mencionadas, infiriendo de aquí que nuestros abuelos debieron parecerse á los actuales monos, así en lo de la cola como en lo de tener las orejas puntiagudas y movibles. Esta doctrina de las *partes rudimentarias* en los animales es cosa puesta muy en boga entre los naturalistas modernos; tanto que hasta los enemigos de la transmutacion darwiniana toman sin escrúpulo alguno en boca la palabra *rudimentos*, como si realmente la naturaleza tuviera en sí tendencia á producir en todos los animales, donde aparecen las tales estructuras, la otra parte que ellos imaginan faltar, y no pudiese conseguirlo por razon de ciertos obstáculos accidentales; ó como si el Supremo Hacedor, procurando la simetría y buen órden en todas sus obras, hubiese querido poner en algunos séres ciertas partes de *puro adorno*, que ningun influjo fisiológico ejercen en la economía del animal. Ya hemos visto en otro

[1] Idem, *Ibid.*, págs. 40-41.

capítulo cómo entre los mismos católicos no faltan quienes, movidos por este linaje de fenómenos, pretenden establecer entre las diferentes especies del mundo orgánico un verdadero lazo genético, en términos que unas hayan sido derivadas de otras; no ciertamente por la virtud natural de estas causas físicas y materiales que obran en el universo sensible, sinó mediante el poder sobrenatural de la primera Causa, que, ó por sí misma ó por medio de sus ángeles, ha transformado unos organismos en otros. Los sabios que así discurren piensan que, en efecto, es preciso reconocer en ciertos animales algunas partes inútiles, como afirman los transformistas, y conceden á estos autores la consecuencia de que las tales superfluidades no deben ser sinó *restos de otra estructura* muy distinta, negando empero que el tránsito de una organizacion á otra se haya podido ejecutar con las solas fuerzas de la naturaleza. Á otros sin embargo no parece muy sólido el fundamento en que descansa esta opinion, y juzgan más conveniente afirmar que la naturaleza nunca produce parte alguna inútil en los diferentes organismos.

De este parecer es el ilustre ex-profesor Bianconi, quien, despues de haber demostrado con evidentes argumentos que en las extremidades del cerdo no existe parte alguna verdaderamente superflua, como falsamente habian afirmado ciertos naturalistas muy notables, se expresa en los siguientes términos: «Wallace nos dice, á propósito de los órganos rudimentarios, que existen órganos de esta especie y que en general no desempeñan funcion alguna particular en la vida del animal, estando sobre ello conformes las primeras autoridades en anatomía comparada [1]. A decir verdad, creo que se resuelve demasiado pronto una cuestion de tan grande importancia, como es ésta en que se trata de saber si hay ó no partes inútiles en algunos animales. Me parece que no es grande el número de *primeras autoridades* que estén por la doctrina indicada. Ántes de hacer entrar en la ciencia esta opinion es preciso traer hechos, y lo que es más, hechos bien estudiados. No basta repetir perpétuamente, *pecudum more*, las mismas aserciones, ni seguir el consejo de algunos sabios distinguidos de que para dejar asentada una verdad nueva es necesario tener paciencia y más paciencia. No, esto no basta; porque ante todas cosas es necesario tener á la mano la misma verdad, y despues son necesarias pruebas bien claras y bien exactas tanto para adquirir certeza de haberla encontrado.

1 Wallace, *La sélection naturelle. Essais.* Paris, 1872, pág. 24.

como para hacérselo entender á los demas. Yo no sé si se podrán dar explicaciones de los otros casos que se citan *de partes inútiles;* pero me inclino á creer que todos ellos se prestan lo mismo que el presente á un estudio profundo de los mismos.[1]

De lo dicho se infiere que, sin recurrir á la falsa doctrina del transformismo materialista, tenemos tres maneras probables de explicar los fenómenos de que vamos tratando: *primera,* suponiéndolos *objetos de ornato* y *partes integrantes de la simetría universal* que debe reinar en la *unidad de plan del Criador; segunda,* considerándolos como *restos de estructuras anteriores,* transformadas en las actuales por la virtud sobrenatural del Dios Omnipotente; *tercera,* finalmente, atribuyendo á estas partes del animal funciones verdaderamente útiles á la economía del compuesto, y negando por lo mismo que sean superfluidades ú objetos de puro adorno. Cualquiera de estas tres explicaciones es sin comparacion más razonable que la excogitada por los transformistas, porque todas ellas recurren á una inteligencia ordenadora, que se propone un fin por determinados medios con suficiente poder para llevar á cabo sus intentos: miéntras que la hipótesis transformista todo lo funda en el ciego acaso, ó atribuye á las causas físicas efectos á los cuales no llega su propia virtud por ser de un órden inferior á ellos. Por consiguiente, los fenómenos en cuestion no tienen fuerza alguna para demostrar la doctrina en cuyo favor se invocan, teniendo otras explicaciones más sencillas y más razonables. Sobre todo, la última nos parece muy digna de ser tomada en consideracion. Por lo que conocemos bien de la naturaleza podemos conjeturar lo que no conocemos de la misma, y decir que *nada absolutamente* hay en ella supérfluo ó destituido de una funcion propia. Lo que sucede con respecto á muchas cosas de este mundo, así orgánicas como inorgánicas, es que nosotros con nuestra flaca inteligencia, por falta de observacion ó por otra causa cualquiera, no conocemos el fin propio á que están destinadas, y así nos sentimos movidos á tenerlas por superfluidades en la gran máquina del universo. Pero harto claro nos dicen las obras de Dios, con su órden admirable y universal, que *la naturaleza nada hace en vano* en cuanto ejecuta. Dice muy bien á este propósito San Agustin: «Si in alicuius opificis officinam imperitus intraverit, videt ibi multa instrumenta, quorum causas ignorat, et si multum est insipiens, superflua putat. Jam vero, si in fornacem incautus ceciderit aut ferramento aliquo

[1] Bianconi, *La théorie darwinienne et la Création,* pág. 176, Bologne, 1874.

acuto se vulneraverit, nocia existimat ibi esse multa, quorum usum quia novit artifex, insipientiam eius irridet. Sic in hoc mundo quidam audent multa reprehendere quorum causas non vident.[1]

Examinen con diligencia los sabios las obras de la naturaleza, y en particular eso que han dado ellos en llamar rudimentos, residuos ó *superfluidades*, y verán las más de las veces que nada hay allí de lo que se imaginan, sinó un modo de estructura sapientísimamente escogido por el divino Artífice para la fabricacion de su artefacto. ¿Cuántas cosas han pasado de esta suerte á ser consideradas como utilísimas al animal ó á la planta en que se encuentran, despues de haberlas tenido largo tiempo por superfluas la ignorancia de los hombres? Ahora mismo acabo de leer en *La Controverse*[2] un hecho que confirma plenísimamente lo que acabo de escribir. El hecho es el siguiente: durante mucho tiempo se habia creido por los sabios que el néctar depositado en el cáliz de ciertas flores era una mera superfluidad de la planta, inútil para las funciones fisiológicas de la misma. Más tarde, á fines del siglo pasado, Sprengel coligió de sus observaciones que esta sustancia debia servir para la fecundacion de la planta misma, atrayendo hácia sí con su azúcar á los insectos para que estos animalitos con sus movimientos hiciesen llegar el *pólen* á los *estigmas*. Los darwinistas se apoderaron de esta doctrina haciéndola servir á sus particulares intentos; pero M. Gaston Bonnier, aunque partidario tambien del transformismo, acaba de evidenciar con pruebas concluyentes la falsedad de la opinion emitida por el botánico aleman. Observaciones más exactas y completas han demostrado últimamente que el referido néctar tiene por objeto suministrar el alimento al gérmen durante el periodo de su desenvolvimiento. «Hoy dia, escribe el autor de la revista de donde tomamos estas noticias, M. Arduin, está ya demostrado que el azúcar producido por los néctares sirve de alimento al fruto durante su desarrollo. Este es un alimento elaborado por la planta en atencion al grano. cuando el grano ha adquirido su completo desarrollo, cesa la secrecion del néctar. De la misma manera el azúcar contenido en la remolacha es utilizado el año siguiente para la nutricion del tronco y de las hojas. Por tanto, segun el pensamiento de Claudio Bernard, la finalidad de los séres ha de buscarse en ellos mismos; en el organis-

1 S. August., *in 1 super Genes. cont. Manic.*, cap. XVI.

2 Véase la revista parisiense intitulada: *La Controverse, revue des objections et des réponses en matière de Religion.* Mai 1881, pág. 729 y siguientes.

mo cada parte está construida y presta su concurso para el bien del conjunto.[1] Todavía se ignora para qué sirve el bazo en el hombre; ¿se dirá por eso que esta víscera es una superfluidad, un residuo, un órgano inútil? Seamos más rectos apreciadores de las cosas.

Segun esto, ¿cuál será la finalidad de las partes del cuerpo humano aludidas en la objecion? Difícil parece, en el estado actual de la ciencia, hallar una respuesta completamente satisfactoria á esta pregunta: esperemos que algun sabio se encargue de dárnosla, haciendo un estudio detenido y profundo sobre estos objetos, como lo ha practicado Bianconi sobre las uñas del cerdo. Miéntras tanto, ¿por qué no diremos que la conformacion de las últimas vértebras de nuestra columna dorsal contribuye perfectamente, no ménos que los otros huesos circunvecinos, á sustentar los músculos de aquella region? Dichas vértebras son necesarias en aquel lugar para el oficio que ejercen; hacerlas mayores ó aumentar su número sería nocivo á la economía del cuerpo humano, trayendo al hombre mil incomodidades y molestias sin utilidad alguna. Por eso son lo que deben ser y nada más; impropiamente por tanto se llaman rudimentarias, porque el soberano Artífice las hizo así para que desempeñasen el oficio mencionado. Dígase otro tanto del pabellon de la oreja, cuya forma elíptica, desigual, inclinada y elástica, contribuye en gran manera á que los sonidos se propaguen, y concurriendo en un foco comun, hagan vibrar el tímpano en una manera conveniente. Inventen los hombres con todo el aparato de su ciencia un órgano mejor que éste para el oficio de recibir las ondas sonoras y transmitirlas al oido, y entónces convendremos con Darwin que la parte superior de nuestra oreja es una prueba de que nuestros abuelos tuvieron las suyas puntiagudas. Nada diremos del músculo motor de este órgano: todo el mundo sabe que hay hombres dotados de la facultad de mover las orejas, lo cual no podrían practicar sin músculos motores. Unos tienen este músculo más desarrollado que otros; lo cual nada tiene de particular, pues sucede lo propio con todos los demas. ¿Para qué ha dado Dios á algunos esta facultad de poder mover las orejas? Quizá un cierto individuo muy conocido en la ciudad de Sevilla, á quien le valió mucho en la revolucion del 69 el poder moverlas, librándose con ello de las uñas liberalescas, sabría responder muy bien á esta pregunta. Nosotros no alcanzamos á tanto. ¿Quién sabe si en un principio todos los

1 Revista citada, pág. 33.

hombres podían moverlas, y luégo han perdido esta facultad con la falta de uso? El poderlas dirigir hácia la parte de donde viene el sonido sin necesidad de mover la cabeza no parece que deje de traer su utilidad. Ésta, empero, no puede ménos de ser para nosotros muy pequeña, porque la facilidad grande que tenemos de mover á todos lados la cabeza nos excusa de hacer esa operacion. Despues de todo, más razonable parece el afirmar que los músculos de la oreja no son para moverla, sinó para mantenerla firme en su posicion natural, porque sin ellos fácilmente se podría torcer á un lado ó á otro.

Pero sea de esto lo que fuere, todo el mundo ve que la hipótesis darwiniana es completamente inútil para explicar el fenómeno que actualmente nos ocupa. Para que la doctrina del sabio inglés fuese aceptable por esta parte, sería preciso que se nos explicára con ella, no sólo la manera con que en el hombre tienen en estado rudimentario las partes sobredichas, sinó tambien cómo adquirieron su estado de desarrollo en sus antecesores; pues no cabe la menor duda de que éstos á su vez habrán debido proceder de otros, que ni tenían orejas puntiagudas ni gozaban del privilegio de la cola. ¿Cómo, pues, y por qué adquirieron estas preciosidades? Por los beneficios de la seleccion natural, responde Darwin, la cual se las fué fabricando poco á poco en el grande discurso de los siglos, las primeras para que sintiesen los ruidos externos, la segunda para que se defendiesen de los insectos. ¡Pues anduvo muy despierta la diosa de nuestro filósofo! Ántes que estos antepasados nuestros pudiesen sentir los ruidos externos y librarse con la cola de los insectos, años y años debieron pasar. Durante todo ese tiempo, ¿cómo buscaba la referida diosa la utilidad de sus predestinados, pues no hacía sinó fabricarles trastos inútiles? Cuando la cola del mono, por ejemplo, no tenía sinó dos dedos de larga, ¿de qué servía para apartar las moscas? Vamos, que estos sabios dan á veces con su sabiduría en unos disparates tan mayúsculos que ni un necio los cometiera mayores. Pasemos ya á la dificultad fundada en la distribucion geográfica de los animales y de las plantas, que á ella le toca ahora su turno.

Los transformistas, al invocar en su favor los fenómenos aquí aludidos, parten de la suposicion de que todas las especies de un mismo género, así como tambien todos los géneros de una misma tribu, y todas las tribus de una misma familia, etc., etc., han salido de un mismo centro. Mas ¿dónde están los argumentos que justifiquen semejante modo de opinar? Ninguna necesidad tenemos de

recurrir á una doctrina como esta. Los Escolásticos, algo más dignos por cierto de atencion que nuestros modernos sabios en materia de prudencia, no se atrevieron á hacer una suposicion tan aventurada: ántes juzgaron ser más conforme á la experiencia admitir distintos centros de creacion. "No sabemos, escribe sabiamente el eximio Suarez, cuántos individuos crió Dios en cada especie de plantas; tambien nos es desconocido si en todas las regiones y provincias del Universo fueron producidas ó no todas las especies. Pero por lo que podemos colegir de la experiencia, es verosímil que no todas las especies de vegetales fueron producidas en todas partes, sinó unas en un hemisferio y otras en otro, y unas en una region y otras en otra de cada hemisferio, segun la distribucion que tuvo por más conveniente el Criador. Porque Dios conoce muy bien los varios climas de las tierras, las influencias de los astros, las disposiciones de los lugares que guardan más proporcion con estos ó aquellos frutos de la tierra. Y si existen algunas plantas que con facilidad se pueden conservar ó propagar en todas partes, de éstas lo más razonable es pensar que Dios las crió en todas las regiones, ó al ménos en aquellas adonde por su mucha distancia no era fácil su traslacion [1].

Esto es discurrir con tino y sabiduría, no el echarse á idear vanas hipótesis que manifiestamente se oponen á la sana filosofía. En la misma forma se expresa el doctor granadino con respecto á la creacion de los animales, diciendo: "Lo que parece más verosímil en esta materia, es que Dios no produjo los animales en un solo lugar, sinó por todo el mundo. Porque si para un reino ó region bastaba una sola pareja, no sucedia esto mismo con respecto á la diversidad de lugares, como es cosa manifiesta, y así, lo más natural era que en cada uno de ellos se comenzase por parejas distintas, y esto es tambien lo que hemos escrito hablando de las plantas... Y lo que

1 "Quot vero individua Deus in unaquaque istarum specierum produxerit, incertum nobis est. Jam an omnes istae species in omnibus regionibus et provinciis universi produxerit, etiam est incognitum. Quantum vero experientia docet, verisimile est non omnes vegetabilium species ubique esse productas, sed quasdam in hoc hemisphaerio et alias in alio, et simili modo in variis utriusque regionibus juxta sapientissimam Dei distributionem productas fuisse; quia Deus optime novit varia terrarum climata, et sydereum influentias, ac regionum dispositiones his vel illis fructibus terrae magis accommodatas. Si vero aliquae sunt plantae, quae ubique facile conservari et propagari possunt, fortasse illas in omnibus regionibus, vel saltem in valde distantibus, ad quas non poterant facile ex aliis transferri, simul productas fuisse credibilius est." (Suarez, *De opere sex dierum*, lib. II, cap. VII, n. 8.)

de ellas decíamos, tiene tambien aquí su aplicacion; porque entre los diversos animales, unos se procrean mejor en unas regiones y otros en otras, y dentro de la misma especie unos son más fuertes y más grandes en un lugar que en otro, y tienen distintas calidades segun las regiones. Y así es verosímil que la sabiduría divina se acomodó en la produccion de estos séres á la produccion y variedad de los mismos en la forma indicada más arriba„ [1].

Tanto los animales como las plantas tienen su área natural de habitacion, fuera de la cual no pueden conservarse, y por lo mismo es físicamente imposible que las especies existentes en regiones muy apartadas la una de la otra, ó separadas por lugares contrarios á las condiciones de su organismo, hayan procedido de un mismo tronco. Sólo el hombre con la luz preciosa de su inteligencia ha podido inventar medios de conservarse en todos los lugares del mundo, logrando con la fuerza de su ingenio hacerse cosmopolita. Entre los animales, pocos hay que puedan salir de una zona muy reducida, y ésta se estrecha tanto más para cada especie cuanto mayor es la perfeccion orgánica de que están dotados sus indivíduos.

Si pues es mucho más conforme á razon, científicamente hablando, admitir pluralidad de centros de dispersion para los animales y plantas, ¿qué puede valer, en favor de la hipótesis transformista, el argumento que estamos examinando, cuando todo él se halla fundado en la unidad de centro? Nada absolutamente: su aparente fuerza queda destruida por completo, como que todo el aparato de su construccion se halla minado por la base. ¿Pero y la correspondencia que tienen en cada region las faunas y las floras de unas edades con las de las precedentes? ¿No prueba este fenómeno que los tales organismos han procedido unos de otros por via de descendencia modificada? Supongamos que sea así, que en el *Nuevo Mundo*, por ejemplo, las faunas y las floras de las diferentes edades

1 " Quod ex alia interrogatione potest pendere, scilicet, an Deus produxerit haec animalia tantum in uno loco terrae, vel per totum orbem. Nam pro uno loco, id est, pro uno regno vel alio similia bina sufficere potuerunt; pro diversis autem plura necessaria erant, ut per se clarum est: et quamvis res incerta sit, haec posterior pars verisimilior videtur, sicut et de plantis diximus... Verumtamen, sicut de plantis diximus, ita hic considerari potest ex animalibus quaedam melius seu commodius in quibusdam regionibus quam in aliis procreari, et intra eamdem etiam speciem quaedam esse maiora vel fortiora, vel aliis huiusmodi qualitatibus affecta in una regione quam in alia. Ad hunc ergo modum verisimile est divinam sapientiam proportionem et varietatem in hac animalium productione observasse. „ (Idem, *ibid.*, cap. x, n. 5.)

hayan sido derivadas unas de otras al modo dicho, y que esto mismo haya sucedido en Europa, Asia, Africa y Oceanía. ¿Habrán conseguido con esto algo los adversarios con quienes venimos disputando? No, ciertamente: la seleccion natural, con sus acciones ciegas y regidas por el puro azar, no es capaz de producir un órden tan admirable, tan universal y tan constante como en la sucesion de las referidas faunas y floras se encuentra; ni tienen tampoco las fuerzas de la naturaleza orgánica suficiente poder para producir especies de séres nuevas y superiores en perfeccion á las ya existentes, áun cuando se las suponga obrar bajo la direccion de las inteligencias angélicas. La transformacion, por consiguiente, de las faunas y de las floras no podrá, en tal caso, ser atribuida sinó á la virtud omnipotente del Altísimo, que habrá querido derivar con su accion sobrenatural y creadora unas especies de otras, y no sacarlas inmediatamente de la materia bruta; lo cual nada tiene que ver con el transformismo materialista, contra quien únicamente dirigimos nuestros tiros, y en ninguna manera pugna con las enseñanzas de la Iglesia católica, segun lo dejamos ya apuntado más arriba.

Vanamente acuden los transformistas á la localizacion de los tipos en las edades pasadas, y á la correlacion universal que en ellos se observa en órden á los que actualmente pueblan las mismas regiones, para confirmar con esto su teoría. Examinada bien la naturaleza de este fenómeno con todas las circunstancias que lo acompañan, léjos de favorecerles los confunde y condena. A ser verdad lo que ellos afirman sobre el continuo variar de los organismos producidos por la seleccion natural, esta misma correlacion se debía haber borrado, desapareciendo la semejanza entre unas y otras faunas con el largo proceso de los siglos. Oigamos al ilustre Agassiz discurrir sabiamente sobre este asunto, y sacar de su consideracion nuevos argumentos para rebatir á los materialistas. "Es evidente, escribe, que ciertos tipos particulares de animales, ántes del actual arreglo de cosas, estaban ya encerrados dentro de áreas determinadas. Ellos han seguido ocupando el mismo terreno ó un territorio análogo en la época presente, aunque ningun lazo genético podemos suponer entre los animales de los dos períodos consecutivos. En efecto, los representantes de estos tipos, en las formaciones diferentes, no se hallan necesariamente contenidos dentro de un mismo género. Semejantes hechos están en plena contradiccion con toda hipótesis que de una manera cualquiera pretenda atribuir su orígen á los agentes físicos. A primera vista, el hecho de hallarse encerrados

estos animales en áreas geográficamente constantes parece favorable á una interpretacion de este género; pero es preciso no olvidar que los séres así localizados viven ó han vivido en compañía de otros tipos que ocupan superficies mucho más considerables. Todavía es más significativo el que estos séres pertenecen á períodos geológicamente diversos, entre los cuales han tenido lugar, sin duda alguna, grandes mudanzas físicas. Así, pues, estos hechos indican lo contrario de lo que supone la teoría. Ellos prueban que la semejanza se continúa entre los séres organizados durante la sucesion de períodos geológicos y á despecho de los cambios considerables que en estas épocas diversas han acaecido á las circunstancias predominantes de los países habitados por estos animales. Por donde quiera que tomemos la teoría que atribuye á los agentes físicos el orígen de los séres organizados, la hallamos impotente para sufrir ni nuestro exámen, ni nuestra crítica. Sólo la intervencion deliberada de una Inteligencia que obre continuamente conforme á un plan único, puede dar razon de los fenómenos de esta especie „ [1].

Pero demasiado complacientes hemos estado con nuestros adversarios concediéndoles por un momento que la mencionada correlacion entre las diferentes faunas de algunas determinadas regiones indique haber provenido las unas de las otras por vía de descendencia transformada, áun cuando la transformacion haya sido efectuada por la diestra soberana del Altísimo. Dios Nuestro Señor, en la produccion de las faunas subsiguientes, pudo emplear el mismo género de accion que había usado al crear con su omnipotente *fiat* la primera. Ninguna necesidad tenía de derivar unas especies de otras, transformándolas y amoldándolas, por decirlo así, á las nuevas condiciones del globo, sobrevenidas con las perturbaciones físicas. Este nuevo órden de cosas lo pudo obtener produciendo en cada region, sin servirse de organismo alguno antecedente, aquel género de animales y de plantas que mejor se avenían con las condiciones topográficas de la misma, conforme á lo que había ejecutado en la introduccion de los primeros organismos. Y es muy verosímil que de esta manera, y no por transformacion de los organismos precedentes, haya llevado á cabo el Criador la produccion de las faunas y de las floras sobredichas; porque este modo de obrar es muy digno de la Majestad soberana y se acerca mucho á la verdadera creacion, que es la accion más propia de la divina Omnipotencia.

1 Agassiz, *De l'espèce et de la classification en Zoologie*, pár. 23, págs. 161-162.

Pero de cualquier manera que esto haya sucedido, siempre tenemos que la correlacion de las faunas subsiguientes con las que inmediatamente les han precedido en alguna determinada region queda perfectamente explicada con la doctrina de las creaciones independientes; ántes esta doctrina es la única que puede dar de ella una explicacion satisfactoria. En ella los medios físicos de cada terreno influyen tambien *á su modo* en la produccion de las nuevas faunas y de las nuevas floras, á saber: presentando ciertas y determinadas condiciones de vida que se adaptan mejor á ciertos y determinados animales, y anunciando con esto al Artífice divino el género de organismos que conviene introducir allí para que puedan convenientemente desarrollarse. Esta es la causa de que en algunos lugares aparezcan, durante las sucesivas edades geológicas, un género de estructuras orgánicas que no se encuentran sinó en aquella determinada region; porque el Criador, como nota muy bien Suarez en las palabras que hemos citado más arriba, se acomodó sapientísimamente en la produccion de los séres organizados á las condiciones del medio en que estos séres se habían de conservar bajo el influjo de las leyes físicas, no de otra suerte que un hortelano prudente y sabio se acomoda á las condiciones del terreno donde ha de sembrar sus semillas, para escoger entre ellas las que más han de prosperar en aquella determinada localidad. Que en América, por tanto, haya diferentes animales y plantas que en Europa, Africa y Oceanía; que en los Alpes se encuentren ciertos organismos que tambien viven en las altas latitudes del Norte; que en algunas islas, si bien esto es cosa muy rara, aparezcan séres organizados muy distintos de los que habitan en los continentes cercanos, ¿esto qué tiene de particular? En cada uno de estos lugares produjo el Criador los animales y las plantas que mejor se adaptaban á sus condiciones físicas, y nada más; cuando estas condiciones son análogas en dos determinadas regiones, las plantas y los animales allí puestos por la mano del Omnipotente tambien guardan entre sí la misma analogía; cuando empero son diferentes, tambien los animales y las plantas presentan esta misma proporcion. Por eso es tan difícil sacar ningun animal ó planta de su propio terreno sin que, ó perezca totalmente, ó lleve una vida lánguida y enfermiza en la nueva habitacion. Sábenlo muy bien cuantos se dedican á la aclimatacion de los animales y de las plantas, pues con dificultad suelen salir victoriosos en sus empresas cuando la diferencia de terrenos y de climas es muy notable. Quede, pues, asentado que este argumento,

lo mismo que todos los demás hasta aquí examinados, no tiene la menor fuerza para hacer de alguna manera probable la doctrina del transformismo. ¿Es más poderoso el que se funda en los fenómenos del metamorfismo, de las generaciones alternantes y del poliformismo sexual? Esto es lo que vamos ahora á examinar ántes de poner fin á este capítulo.

Son curiosos sobremanera los hechos que nos ofrece la naturaleza por el lado de la múltiple variedad que nunca se olvida de imprimir en todas sus obras. En medio de la constante unidad y fijeza con que las ejecuta, hace que brille siempre la variedad de una manera admirable, evitando con diligencia la fastidiosa monotonía de las repeticiones, para que el hombre, á cuya utilidad y provecho han sido dirigidas, halle siempre en ellas nuevos raudales de hermosura al contemplarlas, é incentivos cada vez más poderosos para alabar, servir y engrandecer á aquel soberano Señor, de quien las ha recibido. Los tipos en cada una de las especies son siempre fijos é invariables; pero dentro de todos ellos los indivíduos varían indefinidamente, sin poderse decir jamás que hay dos perfectamente iguales. Lo que sucede con los indivíduos de un mismo tipo tiene tambien proporcionalmente lugar en los de especies y géneros diferentes; todos se asemejan en algo, pero al mismo tiempo tienen en aquella misma semejanza un cierto principio de distincion que los caracteriza y separa de los demas. Así, viniendo al caso particular de que ahora tratamos, todos los séres organizados convienen en pasar por los fenómenos del metamorfismo, pero se diferencian en la manera con que cada uno de ellos practica sus evoluciones; unos las tienen dentro del seno de sus madres y ántes de nacer, otros despues de haber venido á la luz de este mundo; unos con transformacion simple verificada en un mismo sujeto, otros con generaciones alternantes que hacen entrar un cierto número de indivíduos diferentes en el ciclo de la evolucion entera. Traigamos algunos ejemplos que aclaren estas ideas, poniéndolas al alcance de todo género de lectores. Una rana pone sus huevos, y los abandona en un pantano: estos huevos, empollados, dan á luz unos animalillos llamados *renacuajos*, que se alimentan de materias vegetales, y llevan branquias y cola en lugar de patas, como si fuesen peces, miéntras que la rana, su madre, vive de insectos, tiene pulmones y patas, y carece de cola, como si fuera un animal terrestre. Mas bien pronto el renacuajo deja esa forma y hábitos transeuntes, con que se presentó por vez primera en la escena del mundo, para tomar la

forma y hábitos definitivos de su madre; las branquias se le van atrofiando lo mismo que la cola y en su lugar le van saliendo las patas características de su especie, al paso que crecen los pulmones, y con ellos aparece la respiracion aérea acompañada de todas las costumbres de la verdadera rana. El renacuajo ha llegado al último término de su desarrollo: ya es rana como su madre, y podrá en su tiempo poner huevos como ella, que pasen por las mismas vicisitudes á que él ha estado sujeto, y obtengan finalmente la perfeccion de todos sus antepasados. Aquí tenemos un caso de transformacion simple, lo que con otro nombre se llama *metamorfósis;* el mismo indivíduo ha pasado sucesivamente por las etapas de huevo, renacuajo y rana, sin salirse jamás de la órbita trazada por Dios á todos los representantes de su especie.

Una cosa parecida podemos encontrar en otros muchísimos séres de otras especies, aunque siempre se nos presentará tambien el modo propio y característico con que en cada una de ellas se verifica el ciclo indicado. La abeja, por ejemplo, ántes de llegar á la perfeccion que posee en el último término de su carrera, ha debido recorrer los estadios de *huevo, larva* y *crisálida,* y esto mismo podemos decir de otros infinítos insectos.

Pero hay otra clase de séres, en la cual las diferentes etapas del ciclo metamórfico están repartidas entre distintos indivíduos de la misma; como si dijéramos que el huevo, la larva, la crisálida y la mariposa, en los cuales se halla contenido todo el ciclo de las transformaciones de un animal, son cuatro indivíduos diferentes, producidos con generacion *heterogénea* cada uno por el que inmediatamente le antecede. Cuando esto sucede, la metamorfósis total es, no ya simple, sinó compuesta de partes heterogéneas, que son verdaderas generaciones; y porque cada una de estas partes alterna con las demas, siendo condicion necesaria para su existencia, por eso se dice que este género de metamorfósis se realiza por medio de generaciones *alternantes.* La medusa, por ejemplo, pone huevos, cada uno de los cuales da orígen á una larva movible, que se transforma en un pólipo arborescente y se propaga por *gemacion* como las plantas: estas yemas á su vez se desarrollan, pero su producto no es un pólipo, sinó una medusa. Aquí tenemos dos clases de generaciones prévias á la generacion de la medusa: la generacion de la oruga y la del pólipo; cada una de ellas es condicion necesaria y esencial para las demas: sin medusas no hay orugas, sin orugas no hay pólipos, y sin pólipos no son posibles las medusas. Todas estas gene-

raciones, por consiguiente, *alternan* entre sí, y unidas representan la generacion *total* de la especie, en la cual se verifica lo que en toda generacion verdadera, á saber: que el último término del movimiento generador es perfectamente semejante al principio engendrante. La medusa, con todo el ciclo de las transformaciones mencionadas, llega por fin á producir otra medusa, como el hombre con todo el ciclo de transformaciones por donde, en sentir de los Escolásticos, pasa el embrion dentro del seno de su madre, engendra por fin á otro hombre.

Se podrían poner acerca de este particular otros muchos ejemplos de generaciones alternantes, á pesar de que la invencion de este fenómeno tiene una data muy reciente. La ténia es uno de ellos: sus gérmenes, depositados en la yerba, pasan, juntamente con ésta, al estómago de un animal herbívoro; desarrollados en sus intestinos con el nombre de cænuros, crecen y se propagan por gemacion; introducidos, finalmente, estos cænuros en el estómago de un animal carnívoro, que se los ha tragado comiendo la carne cruda por ellos inficionada, adquieren la forma definitiva de la ténia, la cual pone á su vez los gérmenes sobredichos, comenzando de nuevo el ciclo de las generaciones alternantes.

Como se ve, cada uno de los indivíduos producidos por estas generaciones es una parte esencial de la especie, ninguno de ellos representa por sí solo la especie entera. Esto mismo acontece siempre que la conservacion de la especie está encomendada á séres de diferente género: el macho y la hembra en este caso representan dos formas contrapuestas del mismo tipo, hechas entrambas para una misma cosa, aunque muy diferentes entre sí por las cualidades propias y características de cada una. Algunas veces estas cualidades producen una diferencia tan honda entre los dos sexos, que cualquiera los creería de diferente especie, á no haber sido averiguado lo contrario con pruebas ciertas é irrefragables. En el gusano de luz, por ejemplo, el macho es un animal volador, miéntras que la hembra se arrastra por el suelo como una oruga, señalando á su compañero con la fosforescencia de su cuerpo el lugar donde ella se encuentra. El polimorfismo sexual por lo tanto es, donde existe, un hecho que entra en la constitucion de la misma especie, y sin el cual no es posible, naturalmente hablando, que la especie subsista. Algunas veces este polimorfismo llega á tal grado, que los indivíduos sexualmente diversos pasan de dos; pues unos son machos, otros hembras y otros neutros. En la abeja, por ejemplo, tenemos

la hembra ó reina, que pone los huevos; el zángano ó macho, que los fecunda; las neutras, que no engendran, pero están encargadas de la procreacion de la prole, ora fabricándole la casa, y acarreando del campo las cosas necesarias para la vida, como las *obreras*, ora propinándole el alimento, como las *nodrizas*.

Otro tanto sucede á las hormigas, entre las cuales hay machos, hembras y neutras, dividiéndose estas últimas en dos clases, la primera para las labores pacíficas, la segunda para el trabajo de la guerra. Este número de cuatro todavía está doblado en las hormigas blancas, pues en ellas se encuentran reyes, reinas, obreras y soldados de primero y segundo órden, teniendo cada una de estas clases los instintos y la estructura de los órganos perfectísimamente adaptados al oficio que ha de desempeñar en la familia.

Aquí tenemos los hechos del metamorfismo, de las generaciones alternantes y del polimorfismo sexual. Pregunto yo ahora: ¿hay en ellos la más mínima cosa que favorezca á las ideas transformistas de nuestros modernos sabios? Nada absolutamente: digo mas; no sólo no presentan estos fenómenos cosa alguna que favorezca al transformismo, sinó, por el contrario, nos suministran una de las pruebas más fuertes con que podemos perseguirlo y derrotarlo. En efecto, ¿qué vemos en todos ellos, sinó la ley fija y constante de la naturaleza? Tan constantes son y regulares como las estaciones del año en la Tierra, y como los menguantes y crecientes de la Luna; nada de alteracion, nada de mudanza, nada de tendencia al progreso. Los fenómenos indicados se verifican hoy de la misma manera que en los remotísimos tiempos de las edades geológicas, pues en los terrenos de aquellas formaciones aparecen los diferentes términos del ciclo metamórfico compuesto de generaciones alternantes. Aristóteles describe los fenómenos del metamorfismo como lo pudieran hacer los naturalistas de nuestros días. El polimorfismo sexual es tan antiguo como las mismas especies donde se encuentra. ¿No es éste el argumento más evidente de que las especies no cambian con el tiempo, y de que la variedad de sus individuos se halla siempre encerrada en los términos de la unidad absoluta propia de cada tipo? Cada uno de los fenómenos indicados es condicion esencial para el mantenimiento y conservacion del tipo á que pertenecen todos ellos: sin mariposas no hay huevos, sin huevos no tenemos larva, quitada ésta, falta la crisálida, y sin crisálida no es posible la mariposa. Huevo, larva, crisálida, mariposa; hé aquí un círculo que se repite perpétuamente de la misma manera. Nunca la

larva ha dado orígen á una nueva especie que no haya necesitado de mariposas; nunca la mariposa ha podido propagarse sin pasar por el humilde estado de larva.

Esto mismo hay que decir así de las generaciones alternantes como del polimorfismo sexual; todas estas generaciones son partes esenciales de la especie, todas ellas deben repetirse indefinidamente en el mismo órden que las vemos sucederse para que los términos diversos del perenne ciclo puedan seguir viviendo en el mundo.

Asimismo, todos los indivíduos diversos de una especie polimórfica se exigen mútuamente para poder vivir en el mundo; sin reina que ponga los huevos y sin macho que los fecunde, no son posibles las abejas neutras, y sin abejas neutras no son tampoco posibles las reinas, ni sus consortes; porque, no acarreando la obrera la miel y el pólen á la colmena, y no suministrando la nodriza el alimento á las larvas, éstas perecerán irremisiblemente; y pereciendo las larvas, se acabó la colmena entera.

¿Y cómo explicar sin la idea de una inteligencia ordenadora el instinto admirable que trae impreso en sus entrañas cada uno de estos animalitos para hacer lo que hace, y solamente lo que hace, y con la perfeccion acabada con que lo hace desde el primer dia en que pone manos á la obra? ¿Es posible esto sin una fuerza interna, propia y peculiar de cada uno de estos séres, dirigida á un determinado fin por el Artífice Supremo? ¿Puede producir tan estupenda maravilla de órden y perfectísima armonía la ciega y monótona seleccion de la naturaleza?

Pero aún hay en los fenómenos indicados otro argumento invencible en contra de la hipótesis transformista. El polimorfismo sexual nos ofrece una variedad de formas pertenecientes á un mismo tipo y perfectamente distintas entre sí; ¿cómo ha obtenido este último resultado la seleccion natural, sin dejarnos el menor rastro de los diferentes anillos con que deben estar unidas todas ellas? En las abejas, por ejemplo, nunca aparecen sinó reinas, zánganos y neutras ¿Dónde están los anillos que juntan en uno estas tres clases de insectos, haciendo de ellos una série perfectamente continua? Aún más; las neutras, unas son obreras, otras nodrizas, teniendo por lo mismo cada una sus caractéres propios en la organizacion; ¿qué se han hecho, pues, los anillos intermedios, que por precision han debido existir entre uno y otro extremo, entre la obrera y la nodriza? Darwin, haciéndose cargo de esta dificultad, responde que la seleccion natural los eliminó, porque era útil á la familia abejuna no

quedarse sinó con los dos extremos de la clase neutra. Despierta señora es esa diosa, que, áun con los ojos vendados y sin ser más que un ciego, pues en realidad no se distingue del ciego acaso, atiende por una parte tan perfectamente á las necesidades de la familia, y por otra oculta con diligencia tan exquisita los desperdicios que le pudieran producir algun sonrojo. ¿Y cómo se le ha antojado producir ese género neutro, que por su incapacidad de engendrar no puede ménos de ser una imperfeccion del tipo? ¿Más qué digo *antojado?* ¿Cómo ha podido crear esa clase de *neutras* y fijarla definitivamente en la familia, cuando para esto era necesario que la seleccion sexual fijase é hiciese permanentes los progresos obtenidos con la seleccion individual? No engendrando las neutras, ¿cómo han podido crearse definitivamente, por medio de la seleccion sexual, las dos formas de obreras y nodrizas que ahora existen? Darwin encarga este oficio á las reinas y á los zánganos, para que esta pareja fecunda, empujada por la pretendida seleccion de que vamos hablando, busque la utilidad, no sólo de las parejas futuras, sinó tambien de la *familia* donde han de imperar estas parejas, si bien no deja de confesar que las clases neutras de los insectos constituyen una verdadera dificultad contra su sistema. No se puede negar que el sabio naturalista es agudo para inventar hipótesis cuando le hacen falta para la solucion de sus dudas; pero tambien es cierto que proceder de este modo no es filosofar en sério, sinó fingir meras idealidades con la imaginacion del poeta. ¡Cuánto más sabio y razonable es afirmar que las neutras, así como las reinas y los zánganos, y todos los demas elementos esenciales de cada especie, son obra del Artífice divino, artísticamente trabajada y perfectísimamente dispuesta para el oficio que todos estos animales habían de desempeñar en la naturaleza! Concluyamos, pues, diciendo que el materialismo, tanto en ésta como en todas las demas cuestiones de que trata, no puede presentarse ante el tribunal de la sana razon sin sufrir la más completa é ignominiosa derrota [1].

[1] Véase sobre esta materia á Faivre, *La variabilité des espèces*, etc., chap. 1, y á Quatrefages, *Métamorphoses de l'homme et des animaux*, Paris, 1862, pág. 315 y siguientes. Tambien el P. Haté ha escrito y publicado, en la revista intitulada: *Études religieuses*, etc., 6.ª série, t. III, dos importantes artículos sobre esta materia del polimorfismo.

CAPÍTULO XXVII

RECHÁZASE EL ORÍGEN TERRENO DEL HOMBRE CON LA CONSIDERACION DE LA SOLA ESTRUCTURA DEL CUERPO HUMANO.

Lo dicho en los dos capítulos anteriores nos parece más que suficiente para que todo hombre juicioso y amigo de la verdad considere la doctrina del transformismo como una hipótesis enteramente infundada y contraria á la realidad de los hechos. Con esto, sin otra clase de reflexiones, podríamos ya con toda justicia afirmar que cuanto nos refieren los partidarios de la nueva escuela sobre el orígen puramente natural del linaje humano, es sobremanera irracional y contrario á toda sana filosofía. Pero aún tenemos otro género de argumentos poderosos con que rebatir esta proposicion tan humillante para la noble razon humana, y agradable tan sólo para aquellos que quisieran ver rebajado el hombre á la humilde condicion de los brutos, para vivir aquí, como ellos, entregados á la vida de los sentidos. Nuestra naturaleza se halla colocada á tan grande distancia de todas cuantas cosas la rodean sobre la tierra, que sólo la torpe y menguada filosofía de los materialistas la ha podido imaginar como derivada por vía de descendencia de los séres irracionales é inferiores á ella. Por fuerza había de ser así: Dios Nuestro Señor, al criar al hombre, lo dotó de un alma racional é infinitamente superior á las de los brutos, y destinada por su propia condicion á vivir la vida de los espíritus. Obrando de esta suerte puso bajo sus plantas todo esto material y terreno; hízolo rey del universo sensible, para que, á imitacion de su soberana grandeza, tuviese dominio sobre los peces del mar y se enseñorease así de los animales como de las plantas de la tierra; y dióle este mundo por habitacion temporal, donde, viviendo conforme á razon

y ajustado á las reglas de la sana prudencia, se pudiese labrar una corona de inmortalidad en la gloria, mansion de dicha inenarrable que tiene reservada para sus fieles servidores. El que ensalzaba al hombre, poniéndolo muy cerca de los Ángeles y haciéndolo á imágen y semejanza suya; ¿cómo lo había de abatir hasta el extremo de confundirlo con una miserable bestezuela, haciéndolo de la misma condicion del mono, y no separándolo de él sinó por ciertos grados accidentales de inteligencia?

Sin embargo, esto es lo que enseñan los flamantes doctores de la filosofía moderna: el hombre, segun ellos, no es más que un mono pulimentado, un saco de materia llevado á su última perfeccion por la fuerza plástica de la naturaleza, despues de haber recorrido todos los estadios inferiores que existen entre los animales más imperfectos y el mono. Ya Lamark había consagrado todo un capítulo de su *Filosofía zoológica*[1] á probar cómo, en virtud de su *teoría del hábito*, puede ser considerado el hombre como un chimpanzé transformado; aunque, como observa Godron[2], no se atrevió á asignar al hombre este orígen por no oponerse á las ideas generalmente recibidas entónces sobre esta materia. Los transformistas de nuestros tiempos han debido hallar sin duda el terreno mejor preparado; todos ellos, sin rebozo de ninguna clase, dan por cierto que el hombre ha debido proceder, por via de evolucion natural, de alguna de las especies de animales inferiores que han poblado el mundo en los tiempos pasados, sólo que en la designacion de esta especie no convienen todavía. Vogt, en su *Memoria sobre los microcéfalos*, cree que tanto el tipo de los monos como el de los hombres han sido derivados de otro anterior y diferente de entrambos, miéntras que los darwinistas, generalmente, piensan que el tronco comun al hombre y al mono de los tiempos presentes fué un mono distinto de los actuales. Haeckel se expresa sobre este particular en los siguientes términos: „El género humano es una ramificacion del grupo de los catarrinos; se ha desenvuelto en el *Antiguo Mundo*, y dimana de los monos de este grupo, há ya largo tiempo extinguidos.„ Darwin opina lo mismo que su discípulo Haeckel; tanto que al hablar sobre esto se remite á la tabla genealógica del género humano trazada por este autor. En esta tabla se

1 Lamark, *Philosophie zoologique*. Paris, 1809, t. I, pág. 349 y siguientes.

2 D. A. Godron, *De l'espèce et des races dans les êtres organisés*, t. II, pág. 117, Paris, 1872.

encuentran nada ménos que veintiuna etapas por donde se dice haber pasado el hombre ántes de llegar á la que actualmente ocupa. La primera de ellas es la *monera*, organismo sin órganos, como la llama Haeckel, y tan imaginaria como el *hombre-mono* ó *andrapitheco*, que es la última. Este andrapitheco, verdadero padre del género humano, segun opinan los dos naturalistas citados, era un mono antropomorfo, incapaz de formar palabras articuladas, y de inteligencia tan poco desarrollada que ni siquiera tenía conciencia de sí mismo; vivía en los árboles, trepando por ellos y saltando de uno á otro, como suelen hacer los monos actuales. En esto convienen Darwin y Haeckel; sólo que éste segundo le niega la cola, y aquél se la concede poniéndolo en la clase de los monos antropomorfos armados de este apéndice. Con esto Darwin hace á nuestro primer padre más imperfecto de lo que se lo ha imaginado su discípulo Haeckel, pues es cosa sabida que los monos rabudos distan más de nosotros por su constitucion orgánica que los antropomorfos sin cola.

Esto es lo que enseñan nuestros sapientísimos filósofos sobre el orígen y naturaleza del hombre. ¿Qué decir ahora de tan humillantes teorías? La respuesta que á esta pregunta se nos ofrece es que todas ellas son dignas de la vilísima filosofía adoptada por estos autores. *Homo, cum in honore esset*, nos dice el Espíritu Santo, *non intellexit: comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis* [1]. Se han empeñado estos señores en bajarse del trono, en que los colocó el Altísimo, para formar sociedad amistosa con los jumentos insipientes, haciéndose semejantes á ellos y hasta llamándolos sus parientes y hermanos. ¿Qué mayor locura? A estos extremos conduce el abandono de la fe sacrosanta, que tan maravillosos fulgores despide sobre el orígen nobilísimo y sobre la altísima naturaleza del hombre. Meditemos un poco sobre esta naturaleza sublime, para sacar de ella argumentos contundentes con que caiga por tierra el ruinoso edificio levantado por estos autores sobre el fango de las humanas concupiscencias.

Dos son los elementos que constituyen la naturaleza humana: uno material y terreno, en el cual convenimos con los brutos; otro espiritual é inorgánico, por el cual nos asemejamos á las criaturas angélicas, y pertenecemos á un mundo superior é invisible, al mundo de los espíritus. En cada uno de estos dos elementos hallamos ra-

1 Ps. XLVIII, v. 21.

zones poderosas para rebatir satisfactoriamente la antifilosófica doctrina del transformismo: comencemos por el primero.

No cabe la menor duda de que el hombre, por lo que hace á su organismo material, presenta no pocos puntos de contacto con el tipo de los vertebrados, y muchísimos más todavía con todos aquellos animales que se hallan más próximos á él en la escala de los séres sensibles. Los monos, principalmente los antropomorfos, cuales son el gorilla, el chimpanzé, el orangutan y el gibbon, tienen un cuerpo muy semejante al nuestro. Como el hombre es el anillo que junta el mundo espiritual con el material, naturalmente debía poseer un cuerpo que fuese por una parte perfectísimo instrumento del alma inteligente y libre, miéntras que por otra se hallaba en la requerida proporcion con los demás cuerpos del mundo terreno. Su organismo, por consiguiente, se debía parecer muchísimo á los de aquellos animales que tuviesen un grado más sublime en la escala de la creacion; para que de esta suerte, formando perfectísima armonía con ellos, presentase esa especie de continuidad que debe reinar en todo el conjunto del universo, obra maestra del Artífice divino y espejo clarísimo donde brillan con maravilloso fulgor las infinitas perfecciones de la soberana inteligencia. Pero en medio de esta consonancia los organismos dichos no pueden ménos de ofrecer grandísimas diferencias, como no puede ménos de haberlas entre los diversos instrumentos de un artista que quiere ejecutar con ellos muy diferentes operaciones. El cuerpo del hombre está ordenado, por construccion del soberano Artífice, á las funciones de la vida espiritual y suprasensible del alma racional que lo informa; y así, por precision, ha de tener hasta sus más pequeñas partecillas encaminadas al conveniente ejercicio de estas funciones; el cuerpo de los irracionales, por el contrario, no puede tener otro objeto que el de ayudar á las operaciones de la vida animal, única que corresponde á estos séres, y por tanto todo él debe estar dirigido á este determinado fin.

De aquí resulta que áun entre los mismos monos antropomorfos y el hombre ha de reinar por precision una diferencia enorme por parte del organismo con que á entrambos dotó el Autor de la naturaleza. Al hombre, por razon de su inteligencia, le convenía la estacion vertical, para que así pudiese tener en la parte más elevada de su cuerpo todos los órganos pertenecientes á la vida de relacion y cognoscitiva, y le quedasen expeditas las manos, que había de emplear así en los trabajos mecánicos como en las obras de arte. El mono, por el contrario, había de ser un animal *trepador;* toda su

vida la habia de emplear en acciones puramente mecánicas, sirviéndose de sus piés y de sus manos para encaramarse por los árboles y saltar del uno al otro como verdadero cuadrumano, á quien corresponde la estacion *horizontal*, con el vientre inclinado hácia la tierra. Divinamente expone el angélico doctor Santo Tomás esta diferencia enorme que, por razon de la naturaleza intelectual del hombre, debia existir entre el cuerpo de éste y el de los irracionales aún más próximos á él en perfeccion. No quiero dejar de poner aquí sus palabras para que vean nuestros modernos sabios cómo sabian discurrir atinadamente los Escolásticos cuando se ponian á estudiar con detencion las obras de la naturaleza. "Por cuatro motivos, dice, fué conveniente al hombre tener la estacion recta. Primero, porque los sentidos han sido dados al hombre, no sólo para procurarse las cosas necesarias á la vida, como acontece á los demás animales; sinó tambien para adquirir conocimiento de los objetos. De donde nace que, miéntras los demas animales no reciben deleite de las cosas sensibles sinó cuando éstas contribuyen á la satisfaccion de sus necesidades corporales y del apetito venéreo, sólo el hombre se deleita en la hermosura de ellas por sí mismas y por su mérito intrínseco. Y porque los sentidos ostentan su vigor principalmente en la cara, ésta en los demás animales se halla vuelta hácia la tierra, como para ayudarles á buscar la comida y á procurarse el sustento: mas el hombre la tiene levantada para que por medio de los sentidos, principalmente el de la vista, que es el más sutil y el que nos presenta mayor variedad de objetos, pueda expeditamente conocer por todas partes las cosas sensibles, así las del cielo como las de la tierra, y colija de todas ellas la verdad inteligible.

„ En segundo lugar, le es conveniente esta posicion para que las fuerzas interiores ejerzan con más libertad sus operaciones, hallándose el cerebro, donde en cierta manera se ejecutan, no deprimido, sinó levantado sobre todas las otras partes del cuerpo.

„ La tercera razon es porque si el hombre tuviera su estacion al modo de los cuadrúpedos, las manos le deberian servir de piés delanteros, y así no podrian ser de utilidad alguna para los trabajos mecánicos.

La cuarta, finalmente, consiste en que, teniendo la posicion inclinada y sirviéndose de las manos para el oficio de los piés, se veria precisado á tomar la comida con la boca; la cual, por lo mismo, deberia ser oblonga, con labios duros y gruesos y con una lengua de esta misma clase, para que no recibiese lesion de las cosas externas,

como se ve en los otros animales. Y con esta disposicion quedaria impedida el habla, que es obra propia y exclusiva de la razon„.[1]

Esta es la construccion propia y verdadera del cuerpo humano, enteramente distinta de la estructura de todo otro animal, inclusa la de los monos antropomorfos, y por consiguiente imposible de ser derivada de alguna otra inferior por via de natural descendencia. Considerando Quatrefages esta diferencia radical de estructuras, no ha podido ménos de pronunciarse altamente contra la doctrina de Darwin, y ha demostrado victoriosamente con los mismos principios proclamados por el naturalista inglés que el hombre no puede haber procedido del mono. Oigamos al ilustre profesor de Antropología, cuyo raciocinio, claro y conciso, no deja nada que desear en esta materia. "En la teoría de Darwin, escribe, las transformaciones no se efectúan como quiera y en todos sentidos, sinó que son imperadas por ciertas necesidades que lleva consigo la organizacion misma. Una vez modificado el organismo en un sentido determinado, podrá muy bien sufrir transformaciones secundarias, terciarias, etc., pero nunca dejará de conservar los rasgos del tipo original. Esta es la *ley de caracterisacion permanente*, única que permite á Darwin dar cuenta de la filiacion de los grupos, de su caracterizacion, de sus relaciones múltiples. En virtud de esta ley es como todos los descendientes del primer molusco han sido moluscos, y vertebrados *todos* los descendientes del primer vertebrado. Ya se ve que ella constituye uno de los fundamentos de la doctrina.

1 "Habere staturam rectam conveniens fuit homini propter *quatuor*. *Primo* quidem, quia sensus sunt dati homini non solum ad vitae necessaria procuranda, sicut aliis animalibus, sed etiam ad cognoscendum. Unde cum cetera animalia non delectentur in sensibilibus nisi per ordinem ad cibos et venerea, solus homo delectatur in ipsa pulchritudine sensibilium secundum seipsam. Et ideo quia sensus praecipue vigent in facie, alia animalia habent faciem pronam ad terram, quasi ad cibum quaerendum, et providendum sibi de victu: homo vero habet faciem erectam, ut per sensus et praecipue per visum, qui est subtilior et plures differentias rerum ostendit, libere possit ex omni parte sensibilia cognoscere, et coelestia et terrena: ut ex omnibus intelligibilem colligat veritatem. *Secundo*, ut interiores vires liberius suas operationes habeant: dum cerebrum, in quo quodammodo perficiuntur, non est depressum sed super omnes partes corporis elevatum. *Tertio*, quia oporteret, si homo haberet pronam staturam, quod uteretur manibus loco anteriorum pedum: et sic utilitas manuum ad diversa opera perficienda cessaret. *Quarto*, quia si haberet pronam staturam et uteretur manibus loco anteriorum pedum, oporteret quod cibum caperet ore: et ita haberet os oblongum, et labia dura et grossa, et linguam etiam duram, ne ab exterioribus laederetur, sicut patet in aliis animalibus. Et talis dispositio omnino impediret locutionem, quae est proprium opus rationis." (S. Thom., 1. p., q. 91, art. 3, ad 3.)

„Síguese de aquí que dos séres pertenecientes á dos tipos distintos pueden muy bien retroceder hasta un *antepasado comun*, cuyos caractéres no estaban todavía bien definidos, pero no descender el uno del otro. Ahora bien; el hombre y los monos, en general, presentan, desde el *punto de vista del tipo*, un contraste muy marcado. Los órganos que los constituyen se corresponden, como ya lo dejamos indicado, casi rigurosamente, término por término. Mas estos órganos se hallan dispuestos conforme á un plan muy diferente. En el hombre su coordinacion es tal que de ella resulta por fuerza un *andador*, y la del mono produce necesariamente un *trepador*. Esta es una distincion anatómica y mecánica que habían ya puesto muy de relieve, en órden á los monos, los trabajos de Vicq d'Azyr, de Lawrence, de Serres, etc. Los estudios de Duvernoy sobre el gorilla, los de Gratiolet y de M. Alix sobre el chimpanzé, han puesto fuera de duda la conveniencia absoluta de los antropomorfos en este carácter fundamental. Basta por otra parte poner los ojos en el grabado presentado por Huxley, donde figuran los esqueletos de los monos más perfectos al lado del esqueleto del hombre, para convencerse de esta verdad.

„La consecuencia de estos hechos, en órden á la aplicacion lógica *de la ley de caracterizacion* permanente, es que el hombre no puede descender de un antepasado caracterizado ya como mono, ya sea éste un catarrino sin cola ó ya con ella. Un animal *andador* no puede descender de un animal *trepador*. Esto lo ha entendido muy bien Vogt; quien, colocando al hombre en el número de los *primates*, no duda en declarar que los monos más inferiores han pasado más allá del jalon (*del antepasado comun*), de donde han salido con direccion divergente los diversos tipos de esta familia„ [1].

Sólo podrían negar los darwinistas la exactitud de este discurso diciendo que ni los monos son por necesidad trepadores ni el hombre andador, puesto que tambien los monos suelen andar en dos piés como el hombre, y éste en cuatro, como el mono, cuando se les antoja. Pero esta réplica es absolutamente de ningun valor: en el estado presente de la ciencia ya nadie puede acudir á tan vanos subterfugios como éste. La conformacion del hombre es tal que sólo puede andar bien y cómodamente guardando la línea vertical, miéntras que al mono sucede todo lo contrario. Si el hombre quisiera andar como los animales, por fuerza tendría que llevar la

1 De Quatrefages, *L'Espèce humaine*, chap. XI, n. 4. Paris, 1880.

cabeza junto al suelo, vueltos los ojos hácia atras y mirando por entre los brazos y las piernas, siendo éstas más largas que los brazos; ademas, en esta posicion la sangre se le bajaría á la cabeza y no podría vivir así largo tiempo. Por esta causa los niños, cuando la blandura de sus huesos no les permite todavía andar en dos piés, se ponen á gatas, con piés y manos en el suelo; pero no apoyan su cuerpo en los piés propiamente, sinó en las rodillas, para mantenerse en equilibrio estable y tomar la postura ménos incómoda que puede tener aquella edad incipiente al tiempo de ejecutar sus movimientos de traslacion. Y áun el andar á gatas es para ellos sumamente molesto, porque la cabeza les pesa enormemente, siendo ésta muy voluminosa en el hombre y casi nulo el tendon cervical que sirve para sostenerla; razon por la cual no suelen conservar esta posicion mucho tiempo, sinó que buscan bien pronto otra más descansada, ora sentados, ora tendiéndose á lo largo en el suelo.

Todo lo opuesto acontece á los cuadrumanos; su posicion, natural y descansada al ejecutar sus movimientos de traslacion por el suelo, es la de todos los cuadrúpedos; así es que entónces tienen la cabeza en el estado que les corresponde, sin que por lo mismo reciban de ello molestia alguna. El tendon cervical, que llevan muy fuerte y robusto para sustentarla en conformidad con todo el tipo cuadrupedil, les libra de todo trabajo en este estado, impidiéndoles sentir su peso; y por otra parte, siendo en estos animales mas largas las extremidades anteriores que las posteriores, la actitud que toma todo su cuerpo al poner sus cuatro manos en el suelo es verdaderamente airosa con la cabeza levantada, libre de todo golpe de sangre y perfectamente dispuesta para las funciones de relacion. Por el contrario, la actitud bípeda les es violenta, no pudiendo andar largo tiempo en dos piés, y áun entónces no van rectos como el hombre, sino inclinados hácia adelante, empuñando gustosos un baston para no caerse; si quisieran ir enteramente rectos, darían un tumbo hácia atrás.

Todo esto indica que la posicion natural en el hombre, cuando ejecuta sus movimientos de traslacion, es la bípeda, y en los monos, por el contrario, la cuadrúpeda. Pero aún hay otros caractéres muy expresivos que revelan esto mismo con toda claridad; notemos siquiera algunos de ellos. Primeramente, la cabeza en el hombre, sumamente pesada por la gran cantidad de masa cerebral que le era necesaria para los actos de la vida cognoscitiva, descansa poco más ó ménos por la mitad de su base sobre el extremo superior del

espinazo, sin necesidad de ser sostenida por el tendon cervical de los cuadrúpedos, ni por músculo alguno poderoso destinado á este efecto. En los monos, por el contrario, tiene una posicion muy diferente; no se une con la columna dorsal sinó por un extremo de su base, necesitando para ser sostenida el tendon cervical dicho, á pesar de ser muy poco pesada relativamente á la nuestra. Por donde se ve que no está fabricada en el mono, como en el hombre, para descansar sobre el espinazo colocado en el sentido vertical, sinó para estar pendiente de él por medio de los músculos y del sobredicho tendon; lo cual, en otros términos, quiere decir que la relacion anatómica de la cabeza con el espinazo reclama para la marcha en el hombre la estacion vertical, y en el mono la que corresponde á los cuadrúpedos.

En segundo lugar, la conformacion del bacinete y de los muslos en una y otra especie de séres, está diciendo esto mismo en términos tan expresos que no consienten la menor duda. El bacinete en el hombre, ancho y sólidamente construido, al paso que sirve de apoyo seguro á la columna vertebral, permite á las piernas ensancharse convenientemente para que la base de sustentacion en el suelo sea mayor, hallándose los piés separados uno de otro; las cavidades semiesféricas que presenta en el lado derecho y en el izquierdo para que en ellas encaje la cabeza de uno y otro fémur, están mirando al suelo cuando el hombre se encuentra de pié; de suerte que las piernas quedan perfectamente perpendiculares al horizonte, y pueden servir de columnas á todo el resto del cuerpo. El hueso del muslo, ó sea el fémur, se halla de tal manera encajado en la cavidad iliaca que puede moverse libremente en diversos sentidos para sustentar en diferentes posiciones el peso del cuerpo, sin que por eso corra ordinariamente peligro de dislocacion por ser muy fuertes las ligaduras que lo tienen muy amarrado, é impedírselo la conformacion de la misma cavidad donde se mueve. Además, del centro de esta cavidad sale un tendon robusto que se adhiere fuertemente á la coronilla de la cabeza del fémur, haciendo que este hueso no pueda girar á ningun lado dentro de la referida cavidad, sinó en ciertos límites muy marcados. Este es el oficio del mencionado tendon, no el de sustentar el peso de la pierna, como pudiera parecer á primera vista; pues la pierna se mantiene unida á lo restante del cuerpo, adhiriéndose fuertemente la cabeza del fémur á la cavidad iliaca por la accion constante de la atmósfera que por todas partes nos rodea. Así consta de las observaciones de Weber,

profesor de Leipzig, segun lo hallo escrito en la obra de Zimmermann, intitulada: *L'homme*, al párrafo que tiene por epígrafe las siguientes palabras: *Mode d'affermissement de la jambe de l'homme*.

Esta es la estructura del bacinete y de los fémures en el hombre, la cual prueba con toda evidencia haber sido hecho nuestro cuerpo para llevar en la marcha la posicion vertical; porque sólo así pueden servir las piernas de columnas firmes para la sustentacion del tronco, al revés de lo que sucede á los cuadrumanos, en los cuales el bacinete es estrecho y oblícuo, y no dirige hácia el suelo las cavidades iliacas sinó cuando el espinazo del animal se halla puesto en el sentido del horizonte; señal manifiesta de que ésta y no otra es la posicion que le conviene para la marcha.

Pero todavía se ve esto con más claridad considerando los piés del hombre y las manos posteriores del mono; pues al paso que aquéllos están construidos para sustentar sobre sí como bases firmes el peso de todo el cuerpo, éstas no sirven sinó como instrumentos de aprehension, siendo por esta causa verdaderas *manos* y no piés, como en el hombre. " En el hombre, escribe sabiamente Godron[1], el pié es ancho, la pierna cae perpendicularmente sobre él, el talon es abultado en su parte inferior, y los huesos del tarso y del metatarso forman una especie de bóveda que protege contra la compresion los músculos de la planta del pié; los dedos son cortos y con movimientos muy limitados; el pulgar, más grueso que los otros, está colocado sobre el mismo plano de los demas y no les es *oponible*. Este pié, por consiguiente, está admirablemente construido para recibir sobre sí el peso del cuerpo, pero no puede servir ni para agarrar las cosas ni para trepar; no se parece en nada á las extremidades superiores, que son las manos, instrumentos perfectos de aprehension, pero no dispuestas para la locomocion. Por tanto, el hombre debe sostenerse sobre sus dos piés únicamente, conservando así la libertad entera de sus manos, instrumentos admirables por la extension, por la variedad y por la precision de sus movimientos, las cuales se hallan en esta forma perfectamente ordenadas al servicio de la inteligencia. " Y para que estas bases del cuerpo humano no flaqueasen dejando salir de su lugar ó inclinarse hácia adelante las dos columnas que en ellas descansan, y dando así con toda la carga del cuerpo en tierra, proveyólas el Criador de

[1] Godron, *De l'espèce et des races dans les êtres organisés*, tom. II, liv. III, chapitre I, pág. 122. Paris, 1872.

fuertes ligaduras que impidiesen estas desviaciones y que mantuviesen fijas las tibias en los tarsos como una columna en su pedestal. La accion poderosa de los músculos gemelos y del sóleo hace que el peso del cuerpo no pueda doblegar la pierna sobre el pié, dando así al hombre, colocado en la estacion vertical, las condiciones de seguro equilibrio.

Muy otra es ciertamente la construccion de las manos posteriores del mono, pues toda ella está dirigida á hacer de esta parte del cuerpo un instrumento de aprehension, y no una base de sustentacion, hallándose el cuerpo en la estacion vertical. La pierna del orangutan no cae perpendicularmente sobre la planta de la mano posterior, sinó con cierta oblicuidad; de suerte que el animal no pisa el suelo con la misma planta, sinó con el borde exterior de ella, en un modo semejante al que suele acontecer á los hombres que tienen el pié contrahecho. El pulgar no está en el mismo plano que los otros dedos, ni tiene tampoco la misma direccion, sinó que forma casi un ángulo recto con todos ellos, y presenta cierta curvatura hácia adentro en forma de gancho, quedando al aire cuando el animal se pone á imitar la marcha del hombre. La misma curvatura se observa en los otros dedos, que tampoco prestan auxilio alguno para la estacion bípeda, pues todos están encogidos y sin tocar la tierra, sinó es el más pequeño, que la toca oblícuamente por su borde exterior. Esta conformacion de la mano posterior del orangutan manifiestamente está diciendo que no ha sido hecha para sustentar al cuerpo en la estacion bípeda, sinó para mantenerlo asido por medio de la aprehension de los objétos como verdadera mano; puesto que, estando el animal sobre sus dos piés, los dedós de éstos quedan libres sin apoyarse sobre el suelo, lo cual no sucede cuando el animal trepa por los árboles agarrándose á las ramas con sus cuatro manos. Y esto se hace todavía mucho más evidente al considerar que el músculo de la planta, destinado á doblar los dedos, es en el hombre de poca consistencia, porque los dedos del pié humano no son para asir las cosas y tenerlas fuertemente apretadas, sinó para dar flexibilidad al pié; y en el orangutan, por el contrario, es sumamente fuerte y poderoso, y ademas pasa por la parte más prominente del talon; lo cual significa que la estructura de este hueso no es para sostener sobre sí todo el peso del cuerpo, porque de esta suerte el tendon flexor de los dedos quedaría oprimido é inhabilitado para su funcion propia, sinó para otro objeto muy diferente.

En el chimpanzé se nota una conformacion semejante; cuando el animal camina imitando la manera del hombre, se apoya sobre el talon, sobre el dedo pulgar y sobre el borde externo del pié, teniendo sus cuatro dedos fuertemente cerrados, en términos que no tocan la tierra sinó por su parte externa. Dígase otro tanto del gorilla y del gibbon. Del primero de estos dos cuadrumanos, llamado *hombre salvaje de los bosques* por los africanos, y tenido por verdadero hombre entre los antiguos, se han creido cosas fabulosas; pero el inglés Du Chaillu, que ha tenido ocasion de observar sus costumbres, puesto que se ha internado en los bosques del África para darle caza, y lo ha perseguido hasta en el fondo de sus cavernas, logrando salir con su intento, las desmiente de una manera expresa, en especial lo de llevarse las mujeres y vivir con ellas maritalmente largo tiempo sin hacerles ningun daño. Hé aquí cómo describe las cualidades características de este feroz animal, verdadero rey de las selvas africanas por la fuerza colosal de sus brazos: "El gorilla, dice, habita pareado en los cañaverales de las ciénagas africanas; no vive sinó de plantas, trepa poco, duerme sobre el duro suelo, apoyada la espalda sobre algun peñasco ó algun árbol. Sólo en su menor edad busca los árboles para dormir en ellos. Su marcha natural es la del cuadrúpedo, ó al ménos el ir en dos piés le causa mucha incomodidad, y sus piernas no le permiten andar sinó lentamente. Si quiere correr, pone en tierra sus manos delanteras. Éstas son muy largas, como tambien los brazos; ademas, el gorilla encoge en la carrera las manos posteriores, haciéndolas así más pequeñas; de suerte que viéndolo de léjos y por detrás agazapado, fácilmente se le podría tomar por un negro contrahecho. Los que tienen poca edad huyen cuando se les persigue; mas los viejos, sobre todo si son machos, se ponen derechos, extienden sus enormes y nervudos brazos, y se lanzan balanceándolos contra el cazador. Frecuentemente se golpean tambien el pecho con el puño, causando con esto un sonido cavernoso que resuena á lo léjos" [1].

Pero no es sólo la estacion vertical la que separa al hombre del mono aun en la misma parte material y orgánica que pone entre uno y otro alguna semejanza; la conformacion, así de la cabeza como de la mano, que son los órganos de que el hombre se sirve

1 Du Chaillu, *Explorations and Adventures in Equatorial Africa*. London, 1861. (Citado por Zimmermann en su obra intitulada: *L'homme*, etc., pág. 132-133.)

para concebir sus pensamientos y ponerlos en obra, establecen una barrera inmensa, que hace imposible por completo el parentesco real y genético de entrambos séres. Nuestra mano no es un simple instrumento de aprehension mecánica, que tenga por objeto solamente satisfacer las necesidades de la vida animal, como sucede en el mono, sinó que está hecha muy principalmente para las obras de ingenio en que tanto habia de florecer la industria humana, y en que era necesario al hombre ejercitarse para sujetar á su imperio la materia y hacerse dueño de la creacion entera. Considerado físicamente el hombre, nace ménos provisto que los demas animales de armas suficientes para defenderse contra todos los elementos que puedan poner algun obstáculo á la conservacion y propagacion de su especie. Viene desnudo al mundo, sin tener con que cubrir sus carnes para defenderlas de las inclemencias del tiempo; siendo así que todos los demas animales traen su manto de plumas ó de pelo, segun las necesidades de cada uno: tampoco tiene armas poderosas con que rechazar los asaltos de las bestias fieras; las cuales, llevándole grandísima ventaja en la fortaleza de sus miembros, y en lo acabado de su armamento, pronto hubieran concluido con todos los individuos del género humano á no haber sido éstos proveidos por el Autor de la naturaleza con un instrumento *sui generis*, capaz de hacer frente á todas ellas. Este instrumento admirable y portentoso es la *mano*, puesta bajo el influjo de la razon que la gobierna, por medio de la cual fabrica el hombre obras de industria que le hacen infinitamente superior á cuantas bestias feroces han poblado y pueblan la redondez de la tierra. Con ella ha vencido la fiereza de los leones, persiguiéndolos en los bosques, matándolos en sus mismas madrigueras, ó cogiéndolos vivos para aprisionarlos y hacerlos servir á sus gustos y caprichos; con ella ha acorralado á ese grande coloso de los mares, la ballena, en los helados mares del Norte, haciéndole huir de su temible presencia, y aun allí mismo lo persigue con su mortífero arpon para darle caza y sacarle la enjundia que necesita para los usos y comodidades de la vida; con ella se construye elegantes viviendas y se teje riquísimas telas, que no solo le libran de las inclemencias del tiempo, mas aún, le granjean el regalo y dulce bienandanza en este suelo; con ella deja esculpidas en el bronce y entalladas en el mármol las sublimes concepciones de su fantasía, é imprime en luminosos libros los altos conceptos que han brotado de su inteligencia al calor de la meditacion sosegada sobre los grandes objetos de la Metafísica, para que

vean los venideros en todo ello los purísimos goces de la vida del espíritu; con ella, finalmente, taladra las montañas y pone en comunicacion unos mares con otros, puebla el Océano de vapores que osen desafiar la braveza de sus encrespadas olas, y tiende por todo el mundo una red inmensa de ferrocarriles en la tierra, y otra de hilos telegráficos en el aire, para hacer de las naciones humanas una sola ciudad, esparcida por todos los confines del globo.

Esta es la mano del hombre, éste es el instrumento de que le dotó el Supremo Hacedor al criarle, para que él mismo con la industria de su ingenio supiese aplicarla á las obras de arte y hacerse de este modo cien veces más poderoso que las bestias más fuertes de la tierra; instrumento mucho más admirable que cuantos otros le pudiera dar el soberano Autor, porque en él se hallan encerrados todos ellos por una manera eminentísima, con grandes creces y ventajas para quien lo posee. Por eso en *esta obra maestra de mecánica*, como la llama M. Cruveilhier [1], se hallan tan maravillosamente dispuestas todas las partes, que podemos ejercer con ella toda suerte de movimientos, ora fuertes, ora suaves, ya en un sentido, ya en otro, no habiendo ni una sola parte de nuestro cuerpo á donde no podamos llegar con nuestras manos. La estructura del metacarpo nos habilita para producir acciones poderosas con nuestros brazos y la delicadeza de los dedos, unida á su flexibilidad maravillosa y á la propiedad que tiene el pulgar de poder ser *opuesto* á cada uno de ellos, hace de nuestra mano el instrumento más apto de cuantos se pudieran imaginar para el fin de servir á la inteligencia en la elaboracion de sus artefactos. Nada de esto se encuentra en la mano del mono; ella puede servir muy bien, lo mismo que el brazo, de fuertes tenazas para prender y tener asidos los objetos, porque este es el fin único á que la destinó el Criador poniéndola en el cuerpo de un animal, cuyas acciones nunca habían de pasar la raya de la actividad sensible; pero es incapaz de toda obra verdaderamente artística. El pulgar, mucho más pequeño proporcionalmente que el del hombre, no es oponible á los otros, y éstos sólo pueden abrirse y cerrarse moviéndose siempre en un mismo sentido, como una máquina destinada á una sola operacion; por donde claramente se ve que en el mono las manos anteriores no son más

[1] Cruveilhier, *Traité d'Anatom. descript.*, tomo 1, pág. 264. (Citado por Bianconi en su preciosa obra intitulada: *La théorie darwinienne et la création*, pág. 52.)

perfectas que las posteriores, y que de ellas á las del hombre media una distancia verdaderamente inmensa.

Veamos ahora la diferencia que existe entre la cabeza del hombre y la del mono; lo cual importa mucho en la cuestion que al presente nos ocupa, pues todo el mundo confiesa que se hallan íntimamente relacionadas en los diferentes animales las condiciones del cerebro con las operaciones del alma. Para hacerse cargo de ella basta echar una simple ojeada sobre el cráneo del hombre y el de los monos antropomorfos más perfectos. Al instante se observará que, miéntras todos estos cuadrumanos se asemejan maravillosamente unos á otros en la configuracion general de esta notable parte del cuerpo, con el hombre no guardan la más mínima proporcion en esta parte. La cabeza del hombre se aproxima mucho á la figura esférica; la del mono se presenta bajo una forma oblonga y angular: en el hombre las dos terceras partes, cuando ménos, constituyen la region del cerebro; en el mono estas dos terceras partes están reservadas para las mandíbulas: como que la vida del primero es principalmente espiritual é intelectiva, y la del segundo puramente animal. Oigamos á M. Godron trazar breve y circunstanciadamente estas diferencias; aunque mucho mejor sería ver con los ojos del cuerpo la figura de todos estos animales y la del hombre puestas una enfrente de la otra, segun andan impresas en los libros que tratan de estas materias. Las diferencias entónces aparecerian con toda su grandeza natural, y harian más evidente la verdad de nuestro aserto. Dice, pues, el citado escritor: " La conformacion del cráneo del hombre adulto, áun de raza prognata *(ó sea de cerebro deprimido)* comparada con la de los monos antropormofos que han adquirido ya su entero desarrollo, presenta una diferencia enorme, y de seguro que esta comparacion no ha sido hecha sobre las mismas piezas anatómicas por el autor que escribía, no ha mucho, esta frase: " Hay casi tanta diferencia entre el cráneo de un europeo y el de un etíope, como entre el de éste y el de un mono. „ La cara del orangutan ó del gorilla, por ejemplo, en lugar de formar, como en el hombre, apénas la tercera parte del volumen total de la cabeza, forma más de sus dos terceras partes. El cráneo del hombre es liso y redondeado en su superficie; el de los monos antropomorfos adultos está levantado con crestas huesosas muy salientes, que limitan casi en todo su contorno la cavidad de la sien, la cual en su parte posterior se extiende muchísimo y es muy profunda por delante y por debajo á causa de la desviacion de los arcos cigomáti-

cos; en esta cavidad se encuentra un músculo temporal muy poderoso y destinado á mover la enorme mandíbula inferior. Si se mira el cráneo del hombre por su cara inferior, siguiendo el método de Owen, se advierte que, cortando por medio en ángulo recto el diámetro longitudinal presentado por esta cara, esta línea transversal toca el borde anterior del agujero occipital, miéntras que en el orangutan este agujero queda en medio del tercio posterior de dicho diámetro. Los arcos cigomáticos en el hombre se hallan enteramente comprendidos en el tercio anterior del plano formado por la base de la cabeza; al paso que en el orangutan estos arcos, mucho más salientes hacia afuera, están cortados en su mitad por el diámetro transversal. El occipucio, muy combo en nuestra especie, está deprimido en nuestro pretendido pariente. Por fin, en el hombre el ángulo facial varía de 70 á 85°, y en el orangutan adulto no pasa de 40°. Ciertos autores le dan hasta 60°, pero hablan del orangutan jóven, y áun esta medida nos parece exagerada. Tambien el hombre al tiempo de nacer tiene el ángulo facial más abierto que en la edad adulta, y llega ordinariamente á los 90°. La comparacion, para ser exacta, no debe hacerse sinó en la edad del completo desarrollo... Segun Owen, el ángulo facial del chimpanzé adulto no pasa de 30 á 35°, y el cráneo en esta especie parece colocado más bien detrás de la cara que encima.

„ El cerebro de los monos antropomorfos presenta circunvoluciones mucho ménos numerosas y mucho ménos profundas que en el hombre. En cuanto al volúmen relativo de este órgano tan importante, las diferencias son enormes. Yo he medido la capacidad de un cráneo europeo de magnitud media, valiéndome de un medio análogo al que ha sido puesto en uso por Tiedemann; lo he llenado de arena fina perfectamente seca, hallando ser su medida de 1 litro, 53; la cavidad del cráneo del orangutan adulto, por el contrario, no ha podido contener sinó 0 litros, 44. Si bien este procedimiento no es riguroso, tiene sin embargo lo bastante para darnos una aproximacion muy grande respecto de la verdad. Ahora bien; de la experiencia que acabo de citar resulta que la capacidad del cráneo del hombre, y por consecuencia el volúmen de su cerebro, son casi tres veces y media mayores que la del cráneo del orangutan „ [1].

[1] Godron, *De l'espèce et des races dans les êtres organisés*, tomo II, liv. III, chap. I, página 127-128. Paris, 1872.

En vista de tan enormes diferencias como median entre la cabeza del hombre y la del mono, no es de maravillar que hasta los mismos transformistas hayan reconocido la existencia de un inmenso vacío entre una y otra clase de séres, hallándose todo lo restante del cuerpo en constante armonía con esta parte tan principal, y que áun hayan confesado rotundamente no poder ser considerado el hombre como una derivacion natural de los monos hoy dia existentes en el mundo.

Para que vean bien nuestros lectores esta importante confesion que acabamos de mencionar, vamos á poner aquí algunos testimonios de estos escritores, tomándolos de *La Civiltà Cattolica*, donde los hallamos reunidos [1]. "Las diferencias que existen, escribe Huxley, entre el cráneo de un hombre y el del gorila, son enormes. Las desemejanzas entre el hombre y aquellos mismos monos que tienen una organizacion más perfecta son grandes é importantes. Todos los huesos del gorila llevan señales por las cuales se pueden fácilmente distinguir de los huesos análogos del hombre „ [2]. En los mismos términos se expresa Büchner diciendo: " Guardémonos de disminuir demasiado las diferencias anatómicas que existen entre el hombre y sus afines de la clase de los mamíferos. Estas diferencias son tales, que basta al experto anatomista echar una mirada sobre cualquiera parte un poco característica del cuerpo, por ejemplo, el esqueleto, para distinguir al hombre del animal „ [3]. Y Moleschot: "El cerebro del hombre, escribe, tanto por la mole como por la forma de sus circunvoluciones, se distingue de cualquier cerebro de mono, y mucho más del de los otros animales „ [4]. El mismo lenguaje se observa en el libro de Darwin sobre el *Origen del hombre* [5]. Y el Canestrini: " No conocemos, dice, especie alguna de mono que sirva de tránsito á la nuestra. Si quisiéramos forzadamente derivar al hombre del mono, sería necesario buscar su cabeza en aquellos pequeños monos que se agrupan en torno de los cebos y de los uistitis, la mano en el chimpanzé, el esqueleto en el siamang, el cerebro en el orangután, el pié en el gorila. Si no se toman en cuenta los dientes, es cierto que en el aspecto general la cabeza del

1 Véase el número de 20 de Abril de 1872 de la citada revista, á que nos referimos en el texto.

2 *Zeugnisse*, etc., pág. 115.

3 *El hombre considerado segun los resultados de la ciencia*. Parte segunda.

4 *Der Kreislauf des Lebens*, pág. 413 y siguientes.

5 Cap. IV.

cebo, de los uistitís y de las especies afines se asemeja, aunque en miniatura, al cráneo del hombre bastante más que el cráneo del gorilla adulto, del chimpanzé y del orangutan; el cuerpo del chimpanzé y del gorilla tiene el mismo número de huesos que el cuerpo del hombre, al paso que el orangutan tiene un hueso intermedio particular, que se encuentra en todos los otros monos; el esqueleto del siamang se asemeja al humano en el esternon, en la forma del tórax, en las costillas y en el bacinete bastante más que el del gorilla, del chimpanzé y del orangutan; nuestros estudios han demostrado que el cerebro del orangutan tiene más afinidad con el humano que el del chimpanzé. Deberíamos por consiguiente buscar los delineamentos del hombre en cinco monos diversos, uno de América, dos de África, uno de Borneo, otro de Sumatra. Los primeros progenitores del hombre estarían tan esparcidos por el globo, que con dificultad se podría pensar en un orígen semejante„ [1]. Vogt, finalmente, preguntando si " podemos encontrar algunos grados intermedios con que llenar el vacio que siempre aparece entre el mono y el negro, „ " es posible, dice, que el hombre halle en algun lugar algun mono que se acerque más al hombre que el gorilla; pero fundar una conclusion sobre esta posibilidad sería una locura „ [2].

Así hablan los transformistas, no pudiendo ménos de dar testimonio á una verdad tan palpable, como es la diferencia inmensa que separa al hombre del mono. Sin embargo, como dejar la cosa en este estado sería lo mismo que dar al traste con toda la teoría de la evolucion en órden á la naturaleza humana, ya tienen buen cuidado los referidos autores de advertir que todas estas diferencias dejan todavía en pié la doctrina por ellos defendida; porque á una misma clase, añaden, pertenecen todas las especies de monos que existen hoy día en el mundo, y sin embargo, algunos de estos animales distan más entre sí por razon de su estructura corporal de lo que distan mútuamente el negro y el mono más perfecto. " Si hay diferencias de conformacion, escribe Huxley, por las cuales se distingue el hombre del gorilla y del chimpanzé, no son empero tan esenciales como las que existen entre estos monos y los inferiores „ [3]. " El hombre, dice Haeckel, no puede ser separado de los verdade-

1 *Origine dell' uomo*, cap. IX.
3 *Vorlesungen*, I, pág. 244.
2 *Evidence as to man's place in nature.*

ros monos, porque bajo todos respectos tiene él más afinidad con los más elevados entre éstos que ellos mismos con los más ínfimos de su grupo „ [1]. Lo mismo exactamente afirma Darwin en el capítulo primero de su libro sobre el *Orígen del hombre*, citando las palabras de Vulpiano; y por lo que hace á las diferencias originadas de la estacion vertical, añade allí mismo que todas ellas son *caractéres de adaptacion*, y por consiguiente inútiles para establecer una diferencia esencial entre el hombre y el mono [2].

Vanas respuestas. En primer lugar, áun cuando supusiéramos ser verdadero lo que estos autores falsamente afirman sobre que es mayor la distancia con respecto á la estructura corporal de algunos monos muy perfectos á otros del mismo grupo que la que separa al hombre del mono, ¿tendrían razon para asegurar que nuestras razones nada prueban en contra de su teoría? De ninguna manera. Lo único que se inferiría de la sobredicha suposicion es que con todas esas diferencias podrían muy bien pertenecer los monos y los hombres á una misma especie, si no hubiese otros motivos concluyentes que lo impiden. Pero la cuestion que traemos ahora con los transformistas no es ésta, sinó otra muy diferente, aunque estrechamente ligada con ella por lo que hace al derecho que nuestra conclusion nos confiere en este debate, en órden á inferir de ella la diferencia esencial entre el hombre y el mono. Si el hombre no ha provenido por via de descendencia natural de mono alguno, tenemos justísima razon para afirmar que su esencia no es la de un mono modificado. Pero ahora no tratamos *directamente* de esto segundo, sinó de averiguar si la estructura corporal del hombre ha podido ó no ser derivada, por via de descendencia natural, de la estructura propia de los monos. Para esto importa muy poco sostener que la diferencia corporal entre varios monos es mayor ó menor que la observada entre algunos de estos animales y el hombre. Lo que deberían probar nuestros adversarios es que con todas esas diferencias tan profundas como ellos suponen entre una y otra variedad de monos, todos ellos sin embargo han *brotado de un mismo tronco*, siendo lenta y gradualmente separados unos de otros por la accion ciega de la seleccion natural. ¿Cómo prueban esta proposicion? La suponen simplemente como una consecuencia del sistema, y ninguna razon sólida aducen para comprobarla. Mas esta suposicion está en

1 *Del orígen y de la genealogía del género humano.*

2 Darwin, *The descent of man*, vol. I, p. 190.

pugna abierta con los hechos, no ménos que todo el sistema general. La seleccion ciega no tiene virtud para producir tan maravillosas transformaciones; cada uno de los monos, perfectos ó imperfectos en su clase, tiene todas sus partes perfectísimamente adaptadas al género de vida que le caracteriza y á las condiciones locales del suelo en que vive. ¿Cómo ha podido el puro acaso, sin conocimiento alguno de órden, y sin propósito por consiguiente de realizarlo, producir tan ordenados artefactos, y tantos en número y tan constantemente distintos? Para creer que todas estas maravillas del arte se han ejecutado por el puro azar, se necesita ciertamente una buena dósis de voluntad transformista. La razon filosófica encuentra en esto mil veces más dificultad que en decir que todas las diferentes especies de monos han salido directamente de las manos del Supremo Hacedor. Tanto más que nuestros sabios no nos presentan los anillos intermedios que por fuerza han debido existir, á ser verdad lo que ellos nos aseguran, sobre que todos los monos proceden de un mismo tronco comun. Cada uno de ellos se ha presentado siempre perfectamente definido y distinto de los demás; así, por ejemplo, tomemos por prueba de ello el orangutan. Este animal, segun las teorías darwinianas, debe ser oriundo, lo mismo que el hombre, el chimpanzé y el gorilla, de algun mono ménos perfecto; pues aunque conviene con estas tres especies de séres en carecer del hueso intermedio del carpo, y en distinguirse por este lado de los demas pitecos á quienes dotó de este hueso la naturaleza, sin embargo, en todo el arreglo general de la estructura orgánica es un verdadero mono. Pero es el caso que el orangutan, ademas de este carácter distintivo con respecto á los otros monos inferiores, y comun con respecto al hombre, al chimpanzé y al gorilla, posee otros enteramente suyos y peculiares que no se encuentran ni en el hombre ni en otro mono alguno. Estos caractéres son el tener diez y seis vértebras dorso-lumbares, el faltarle la uña del dedo pulgar en sus cuatro manos, el estar privado del ligamento redondo que todos los primates, así actuales como fósiles, llevan en la pierna, y el no habérsele dividido los pulmones como al hombre y á los demas pitecos, pues mientras que el hombre tiene cinco lóbulos pulmonares, tres á la derecha y dos á la izquierda, y siete los otros primates, cuatro á la derecha y tres á la izquierda, sólo el orangutan presenta sus pulmones sin lóbulo alguno, hallándose cada uno de ellos perfectamente indiviso.

Ahora bien; ningun mono se encuentra que pueda servir de inter-

medio para establecer el paso de los otros pitecos al orangutan, todos cuantos existen en la actualidad, y han existido en los tiempos anteriores, están destituidos de los tres caractéres enteramente exclusivos de este cuadrumano. Lo cual quiere decir, en otros términos, que el orangutan desde un principio ya tenía todos estos caractéres, y por consiguiente no los ha ido recibiendo lenta y gradualmente, uno en pos de otro, por medio de la seleccion natural.

Pero hemos dicho que es falsa la proposicion en que afirman estos autores que son más hondas las diferencias por las cuales se distingue un mono de otro, que las que median entre el negro y los monos antropomorfos. Esta es la segunda razon que pone de manifiesto la vanidad de la respuesta dada por los transformistas á lo que dejamos escrito sobre la inmensa distancia que separa al hombre del mono. Si paramos la atencion solamente en algun miembro particular, es fácil que se nos presente la cosa como quieren los transformistas. La cola prehensil del guariba, por ejemplo, coloca á este animal á grande distancia del gorila, el cual en esto se halla más cerca del hombre, que carece, como él, de este apéndice. Pero no es ésta la manera como deben mirarse los séres para hallar la relacion en que verdaderamente se encuentran; para esto es preciso comparar la totalidad de los organismos que corresponden á cada uno. Mirados de esta suerte los organismos del mono y del hombre, áun del negro más bozal, no cabe la menor duda sinó que la diferencia entre estos dos términos de comparacion aparece incomparablemente más profunda que cuantas existen entre dos individuos cualesquiera de la familia de los pitecos. Basta ponerlos unos enfrente de otros para que esta verdad se le éntre inmediatamente por los ojos á cualquiera que con un poco de atencion los considere. Apénas fije la vista en los extremos de la serie, afirmará, sin poderse contener, diciendo del negro que es un hombre, y de los otros dos animales que son verdaderamente monos; señal manifiesta de que la diferencia entre el mono y el hombre es profundísima, sustancial, pues los coloca en tipos enteramente diversos, al paso que la otra no es sinó accidental, como realizada *dentro* de un mismo tipo. Lo cual no quiere decir, sin embargo, que el un mono tenga parentesco real y efectivo con el otro, pues ambas variedades han podido ser producidas inmediatamente por la causa primera, y no hay duda que tal haya sido su procedencia siempre que la diferencia entre una y otra haya sido verdaderamente específica.

Esta observacion que acabamos de hacer tocante á la *identidad*

típica ó esencial de todos los monos en cuanto á la estructura del cuerpo; al paso que ninguno de ellos tiene sinó cierta especie de *analogía* en esta parte con respecto al hombre, es cosa que salta á los ojos á primera vista; y así no podemos entender cómo el juicioso Quatrefages, opugnador acérrimo de la teoría transformista, en una obra en que con argumentos tan concluyentes demuestra, por los mismos principios del darwinismo, no haber podido ser derivado el hombre del mono, ha escrito las palabras siguientes: " Mirado el hombre desde el punto de vista anatómico, se diferencia ménos de los monos superiores que éstos de los monos inferiores " [1]. En esto el ilustre profesor de Antropología ha padecido una evidente equivocacion, rindiendo inconsciente su tributo á las seductoras ideas de sus adversarios. Por mucha que sea la distancia que medie entre los monos superiores y los inferiores, áun mirados anatómicamente, siempre estarán todos ellos contenidos en el mismo cuadro; variarán los accidentes, pero el fondo siempre aparecerá el mismo; que tenga uno de ellos tal ó cual miembro particular que ó falta en otro ó se halla en él diversamente conformado, esto poco dañará ciertamente á la *unidad de tipo*, por la cual la estructura general de todos sin distincion revelará la naturaleza de un *trepador*, ocupado enteramente en la vida animal é inhábil para las acciones industriales. Por el contrario, el negro con toda la compresion de su cráneo, estrechez de su ángulo facial y prominencia de sus arcos cigomáticos no dejará jamás de presentar en la estructura general de su cuerpo el *bimano andador*, que descansa sobre sus dos piés puesto en la estacion vertical, y tiene libre sus maravillosas manos para toda suerte de industria.

Aún más: el solo estudio comparativo de los cráneos del hombre y del mono, practicado con exquisita diligencia y envidiable pulso por los señores Bischoff y Aeby, ha bastado á estos ilustres sabios para evidenciar la enorme diferencia que existe entre el hombre y el animal, mucho mayor que la que se puede imaginar entre el negro y el mono más perfecto. Nadie como estos autores ha examinado con tanta detencion, con tan inquebrantable paciencia y en tan grande número de ejemplares las diferentes partes por las cuales están constituidos los cráneos de entrambas especies; nadie, por con-

1 Au point de vue anatomique, l'homme diffère moins des singes supérieurs que ceux-ci ne diffèrent des singes inférieurs. (De Quatrefages, *L'espèce humaine*, liv. I, chapitre I, par. VII. Paris, 1880.)

siguiente, puede dar sobre esta materia un voto tan decisivo como el suyo. Y ciertamente este voto ha sido tal, y las razones en que lo han apoyado han sido tan concluyentes, que ningun transformista se ha atrevido hasta ahora á intentar rebatirlas. Mas ¿qué digo rebatirlas? Ni áun siquiera mencionar sus obras han querido, cuando se han puesto á publicar algun nuevo escrito en favor de su decantado evolucionismo; temerosos sin duda de que el lector, al verlas citadas, se sintiese tentado á leerlas y viese derribado por tierra todo el aparato de sus falsas afirmaciones [1]. Hé aquí cómo se expresa el primero de los sobredichos autores: "Póngase en parangon el cerebro de un hombre con el de un orangutan, el de éste con el de un chimpanzé, el de éste con el de un atele, y continuando en la serie, el de un atele con el de un ilobato, el de un ilobato con el de un semnopiteco, y así hasta los últimos géneros de monos, y en ninguna parte se encontrará una distancia tan grande entre los miembros de esta serie, aunque se ponga atencion tan sólo en las circunvoluciones y en el desarrollo de los lóbulos, como es la que existe entre el cerebro del hombre y el del orangutan ó el del chimpanzé. El vacío entre el desenvolvimiento de las circunvoluciones cerebrales del hombre y el de las circunvoluciones del orangutan ó del chimpanzé no puede llenarse, ni ser comparado con el que divide al orangutan ó al chimpanzé de los lemurídeos. Este lo llenan las especies de monos existentes en el espacio intermedio: el modo de llenar la primera está todavía por encontrarse " [2].

El segundo, despues de haber tomado medidas en cientos y áun en miles de cráneos pertenecientes á diversas razas, así de hombres como de monos, escribe con plena seguridad las siguientes palabras: " Resulta del conjunto (de comparaciones practicadas) que la diferencia total del hombre al mono más cercano es más considera-

1 "Chose remarquable! escribe Leçomte (*Le darwinisme et l'origine de l'homme*, pág. 245, nota. Paris, 1873). Tandis que les publications les plus insignifiantes, du moment où elles sont favorables à ses idées, sont parfaitement renseignées par Darwin avec leurs titres, l'ouvrage considerable d'Aeby ne se trouve pas même nommé dans *l'Origine de l'homme*, comme si le naturaliste anglais craignait de faciliter à ses lecteurs le recours personnel au travail du savant professeur de Berne. " Büchner y Haeckel ni siquiera citan el nombre de Aeby: el primero en sus *Conferencias sobre la teoría darwiniana*, y el segundo en la segunda edicion de su *Historia natural de la creacion*, á pesar de que ambos han dado á luz sus escritos posteriormente á la publicacion del sabio bernés, ni palabra han dicho de la importante obra del autor citado.

2 Bischoff, *Ueber die Verschiedenheit in der Schädelbildung des Gorilla*, etc., página 88, München, 1867.

ble que la que separa á los monos entre sí; por tanto no dudo un solo instante en afirmar que el tipo del cráneo humano se diferencia del de los monos en la manera más completa, y que señaladamente los monos antropomorfos se acercan, bajo este respecto, de una manera mucho más estrecha sin comparacion á sus aliados naturales y áun á los mamíferos inferiores que al hombre „[1]. „ Para formarse una justa idea de los diferentes cráneos y comparar debidamente las medidas de sus formas, no basta mirarlos por un solo punto ó un solo lado, sinó que es preciso observarlos en todo su conjunto. Examinando de esta manera el mono y el hombre, vemos ciertamente que en el plan fundamental convienen con todos los vertebrados; mas tambien advertimos que los edificios levantados sobre este plan comun son enteramente diversos. Raras veces concuerdan ni áun en un solo punto particular; lo ordinario es que la semejanza tenga mucho más de aparente que de real: en cuanto al conjunto, no tienen nada de comun entre sí. En toda la serie de los mamíferos no se encuentra un vacío que pueda comparársele, ni áun de léjos siquiera, al que media entre el mono y el hombre. Áun los cráneos humanos más degradados están á grande distancia de los cráneos de los monos más perfectos; y tienen tan estrecho enlace con los más perfectos de la misma especie, que por sola esta diferencia de conformacion puramente morfológica deberíamos desterrar para siempre de nuestro lenguaje estas odiosas palabras de semejanza monesca. En ninguna manera se puede justificar la ostentacion con que tan repetidas veces se hace uso de estos vocablos, porque no guarda la más mínima conformidad con las verdaderas relaciones de las cosas y sólo sirve para producir en los entendimientos ideas absolutamente erróneas. Ni áun la semejanza superficial es nunca tan grande como se la ha querido frecuentemente suponer. Si quisiéramos sin embargo tomarla en cuenta, en vano la buscaríamos en los monos antropomorfos, sinó que nos sería preciso volver los ojos al gibbon ó á alguno de los pequeños monos americanos. Éstos por la forma de todo el cráneo merecen, entre todos los demás, el primer lugar, si bien por otros respectos se les coloca más abajo. „ Hasta aquí el autor citado.

Efectivamente, el cráneo del gibbon es el que más se asemeja entre todos los de los animales, al cráneo del hombre, como lo puede cada uno observar echando una simple ojeada sobre el cuadro

[1] Aeby, *Die Schädelformen*, pág. 77.

sinóptico publicado por Huxley, donde se hallan dibujados los cráneos del hombre, del gorilla, del chimpanzé, del orangutan y del gibbon. Pero este animal tiene otros varios caractéres, por los cuales es considerado por los naturalistas como inferior á los tres próximamente citados, y ménos semejante que ellos al hombre. Pequeño de estatura, tiene las extremidades anteriores tan excesivamente largas que toca con ellas el suelo estando en pié y sin tener dobladas las rodillas.

Vése por lo dicho que nosotros no podemos tener por padre natural á mono alguno de ninguna clase, ni de los existentes ni de los pasados. Por consiguiente, los darwinistas, para que puedan derivar al hombre de algun tipo inferior cualquiera, deben por fuerza retroceder todavía más en la escala de nuestros progenitores. Tanto Darwin como Haeckel hacen á los lemurídeos inmediatamente anteriores á los antropomorfos; de modo que, no hallándose estos últimos en la línea de nuestros antepasados, naturalmente han de concluir que nuestros primeros padres fueron los lemurídeos de las edades pasadas. Pero ni áun esto pueden legítimamente afirmar, segun sus principios, por dos razones á cada cual más concluyentes. La primera de ellas es, porque los lemurídeos son tambien trepadores como los antropomorfos, y por consiguiente son tan incapaces como ellos de dar principio á la especie humana por la via de la seleccion natural. La segunda, porque para esto debieran venir al mundo con la *placenta discoidal y la caduca* propias del hombre y de los monos, y así se lo había imaginado *a priori* Haeckel al considerar á los lemurídeos como padres inmediatos de los antropomorfos: mas los lemurídeos carecen de la mencionada caduca, y la placenta que les cubre en la matriz ántes de ser dados á luz, ni es discoidal, ni tiene siquiera la figura de zona, sinó que se halla difundida por todo el envoltorio del feto, como sucede á los ungulados, á los desdentados, á los cetáceos.

Suban, pues, los dos atrevidos acróbatas todavía un grado más arriba en la escala de su imaginado transformismo para hallar á nuestros primeros padres, y digan que, en efecto, éstos han sido ciertos *didelfos* de las edades pasadas. ¡Los didelfos! ¡Bellísimos progenitores! ¡Pues no se nos parecen poco los buenos didelfos! Les falta la placenta, pero en cambio pasan los primeros días de su vida envueltos en *la bolsa marsupial* de su madre, de la cual todavía deben conservar alguna reminiscencia nuestras famosas pasiegas, que suelen llevar á sus hijuelos en el cuévano de sus mercancías.

¿Y dónde están los grados por donde han pasado lenta é insensiblemente hasta el que ahora poseemos? Desde el canguro, armado de sus dos fuertes extremidades posteriores y de su cola robusta, que le sirve de tercer pié, hasta nosotros, ya hay una distancia respetable. Preséntennos, pues, Darwin y Haeckel los innumerables anillos de esta larguísima cadena, de los cuales hasta ahora no han parecido sinó el primero y el último, si quieren que tengamos por nuestros verdaderos padres á los marsupiales. Hasta tanto que hayan conseguido esto, la ciencia nos dará completo derecho para afirmar que sus teorías no tienen otro fundamento que la fecunda imaginacion de sus autores.

¿Y qué decir de la respuesta del naturalista inglés, encaminada á deshacer el argumento sacado de nuestra estacion vertical? ¿Con afirmar que la estructura anatómica en el hombre se halla toda ella dirigida á la estacion vertical, y en el mono á la horizontal por un simple efecto de adaptacion, ya le parece que está resuelto todo el problema? ¿Quién es esa señora *Seleccion* para que, con todos sus palos de ciego, adapte tan maravillosamente, y de una manera tan universal y constante, las estructuras, que ni el artífice más portentoso de cuantos han conocido los mortales le pueda llegar á cien leguas de distancia en lo perfecto y acabado de sus obras? ¿Y cómo ha podido producir las tales adaptaciones con tanta facilidad, cuando el tránsito de una á otra estructura es mil veces más difícil que el paso de las Termópilas? "El pié ambulatorio del hombre, escribe sabiamente Bianconi, y el pié aprehensor del mono, son dos instrumentos mecánicamente apartados el uno del otro. Los instrumentos intermedios ó de transicion no tienen posibilidad mecánica. Un pié que cesa de ser aprehensor y va á ser ambulatorio, no es ni lo uno ni lo otro: el animal entónces ni puede arrastrarse, ni andar, ni es acróbata, ni pedestre. Su construccion sería un absurdo, y el animal no tendria las *condiciones de existencia.* Es preciso que sea decididamente ó rastrero ó ambulatorio. — Estas nociones son harto claras en verdad. No es culpa mia el que algun naturalista las haya juzgado indignas de todo aprecio, y es de lamentar que no haya podido subir hasta estos primeros datos de la mecánica" [1].

Lamentable es ciertamente el que los hombres den en precipicios como éstos por su loco empeño de buscar cosas nuevas en este

1 Bianconi, *La théorie darwinienne et la Création*, pág. 267.

mundo, y por el temerario deseo de librar á nuestras almas de toda responsabilidad en el otro. Pero ésta es la mísera condicion del hombre, y desde que ha habido filósofos en el mundo se han notado siempre este género de extravíos en los que debieran ser por su ciencia y talentos modelo de cordura á los demas. Mas dejemos á un lado estas reflexiones, y pongamos fin á todo lo dicho sobre la estructura del cuerpo humano con un argumento fortísimo, traido por M. de Quatrefages para rechazar, no sólo la descendencia, más áun, toda suerte de parentesco real de nuestra especie con los monos. El argumento, en sustancia, es el siguiente: El desarrollo orgánico en el hombre y en el mono proceden en un órden enteramente inverso; luego es absolutamente imposible que sus organismos estén unidos con vínculo genético de ninguna clase, ora derivándose el uno del otro por vía de natural descendencia, ora procediendo entrambos de un tronco comun cualquiera, áun cuando á este tronco se le quiera suponer sumamente apartado de uno y otro tipo. Oigamos razonar sobre este punto al ilustre profesor de Antropología en el Museo de Historia natural de París, pues sus palabras tienen un gran peso en esta materia. "M. Pruner-Bey, escribe, resumiendo los trabajos descriptivos y anatómicos hechos hasta estos últimos años, ha hecho ver cómo la comparacion del hombre con los antropomorfos pone de manifiesto un hecho general, sujeto á muy pocas excepciones, á saber: la existencia de un *órden inverso* en el desarrollo de los principales aparatos orgánicos. Las investigaciones de Welker sobre el ángulo esfenoidal de Virchow conducen á la misma conclusion; porque este ángulo disminuye en el hombre comenzando desde su nacimiento, miéntras que en el mono siempre va creciendo hasta el punto de borrarse algunas veces. Sobre la base del cráneo es cómo el sabio aleman ha averiguado esta marcha inversa. M. Broca acaba de probar la verdad de otros hechos semejantes estudiando el ángulo órbito-occipital. Un contraste del todo semejante ha sido descubierto por Gratiolet en el cerebro mismo. Hé aquí cómo resume sus observaciones sobre este punto: "En el mono las circunvoluciones témporo-esfenoidales, que forman el lóbulo medio, aparecen y reciben su último desarrollo ántes que las circunvoluciones anteriores por las cuales está formado el lóbulo frontal. En el hombre, al revés, las circunvoluciones frontales son las primeras en presentarse, y las del lóbulo medio aparecen más tarde.„ Es evidente, sobre todo segun los principios más fundamentales de la doctrina darwiniana,

que un sér organizado no puede descender de otro cuyo desenvolvimiento siga una marcha inversa á la suya propia. Por consiguiente, el hombre no puede, segun estos mismos principios, contar entre sus antepasados ningun tipo de monos, sea el que fuere„ [1].

[1] De Quatrefages, *L'espèce humaine*, chap, xi, par. 6.

CAPÍTULO XXVIII

RECHÁZASE EL ORÍGEN TERRENO DEL HOMBRE CON LA CONSIDERACION DE SUS CARACTÉRES INTELECTUALES, RELIGIOSOS Y MORALES.

PASEMOS ahora a considerar el elemento más principal del hombre, que es el que con todo rigor nos separa específicamente de los brutos; pues él constituye la parte *formal* de nuestra especie y nos hace verdaderamente *racionales*, levantándonos sobre todas las sustancias del mundo sensible. Esta diferencia es tan radical y tan honda, que ha dado suficiente motivo á los naturalistas más eminentes para hacer del hombre *un reino aparte*, si bien idealmente unido con los demás por los caractéres físicos en que conviene con ellos, así en lo perteneciente á las leyes generales de la materia, como en las cosas relativas a la vida orgánica y a la sensibilidad de los animales [1]. En efecto, el hombre por la *razon* se eleva sobre todas las condiciones de la materia, penetra en el mundo espiritual, descubre allí las cualidades de *honestidad*, de *obligacion* y de *justicia*, que no se hallan sinó en el reino de los espíritus; y penetrando hasta en la fuente primera de todo órden, de toda hermosura y de toda moralidad, que es Dios, se postra humilde ante las plantas de la majestad soberana y le rinde ardoroso el tributo de adoracion que le es debido. Nada de esto se encuentra ni se puede encontrar en bruto alguno, por excelente y subido que sea el grado de perfeccion con que le dotó el Autor de la naturaleza; porque sus facultades orgánicas, esencialmente ligadas á la materia, no pueden ejercer sus actos sinó sobre objetos enteramente materiales. El bruto percibe tambien los objetos, y juzga y discurre

1 V. de Quatrefages, *l. cit.*, chap. 1.

sobre ellos á su manera; pero en todos estos actos no sale jamás del mundo de la materia. Entre la percepcion, juicio y discurso del bruto, y la percepcion, juicio y discurso del hombre, hay una distancia verdaderamente inmensa. El bruto no tiene ideas universales; sus juicios, por lo mismo, no son como los nuestros, en los cuales siempre se encuentra algun concepto suprasensible; dígase otro tanto de sus raciocinios [1]. M. de Quatrefages, atendiendo á estos actos de los animales, ha escrito, en su notable libro sobre la *Especie humana*, que entre la razon del hombre y la del bruto no existe diferencia esencial, sinó de grados [2]. Esto podrá ser verdad hablando de la razon del hombre, que Santo Tomás llama *cogitativa*, y tambien *razon particular*, pero no tratándose de la razon propiamente dicha, donde residen los conceptos más elevados de nuestra inteligencia. La razon particular, en sentir del Angélico Doctor, es una potencia orgánica más perfecta que la misma imaginacion ó fantasía, pero muy inferior á la razon ó inteligencia propiamente dicha, la cual es enteramente espiritual y no usa de órgano alguno en sus actos. Por eso los actos producidos por ella versan siempre sobre objetos materiales, mientras que la inteligencia tiene por objeto propio lo universal, y sólo de una manera indirecta adquiere conocimiento de los particulares. Esta doctrina del Aquinense no es seguida de todos los Escolásticos, pues entre ellos hay varios que atribuyen á la inteligencia las dos funciones indicadas, ó sea el conocimiento directo, así de los objetos particulares como de los universales. Uno de ellos es el ilustre P. Suarez, quien en el tratado *De Anima*, libro IV, cap. III, trata de esta materia largamente, esforzando las razones que militan en favor de esta segunda sentencia. Nos-

1 Algunos mirarán quizá con malos ojos esta manera de hablar, tratándose de los animales; pero adviertan que el Angel de las Escuelas, mirado como nadie en sus palabras, usa tambien este mismo lenguaje en diferentes lugares de sus obras. « Unusquisque autem horum sensuum, escribe comentando á Aristóteles (lib. II *De Anima*, lect. 13), judicat de propriis sensibilibus et non decipitur... sensu enim communi percipimus nos vivere et *discernimus* inter sensibilia diversorum sensuum, scilicet album et dulce. » « Quaedam agunt, dice en la *Suma Teológica* (1. p., q. 83, art. 1), judicio sed non libero, sicut animalia bruta. Judicat enim ovis videns lupum, eum esse fugiendum, naturali judicio et non libero, quia non ex collatione, sed ex naturali instinctu hoc judicat: et simile est de quolibet judicio brutorum animalium. »

2 Plus je réfléchis, plus je me confirme dans la conviction que l'homme et l'animal pensent et raisonnent en vertu d'une faculté qui leur est commune et qui est seulement énormément plus développée dans le premier que dans le second. (De Quatrefages, *L'espèce humaine*, chap. I, par. 8.º, pág. 15.)

otros no entraremos aquí en esta cuestion, que para nada necesitamos; bástanos saber tan sólo que nuestras facultades cognoscitivas no serán inorgánicas ó espirituales porque perciban objetos materiales concretos ó juzguen sobre ellos, sinó por la virtud de formar conceptos universales que en ellas residan.

Por tanto, si queremos decir con Suarez que la razon particular y la universal no son en nosotros dos facultades distintas, sinó una sola con dos funciones diferentes, no le atribuiremos la espiritualidad por *todos* los actos que ejecute, sinó por solos los del órden suprasensible, conocidos con los nombres de *ideas y conceptos universales*. Por lo que hace, pues, á nuestro propósito, bien podemos poner en nosotros dos clases de razones, una particular y orgánica de suyo, y otra universal é inorgánica. De esta razon particular decimos que podrá no distinguirse esencialmente de la estimativa de los brutos sinó por algunos grados de mayor perfeccion contenidos dentro de la misma especie, porque es muy probable que ambas sean orgánicas é intrínsecamente dependientes de la materia en todos sus actos. Pero la razon universal es propia y exclusiva del hombre; ningun mono, por perfecto que sea, llegará jamás á producir conceptos universales y pertenecientes á la elevada region de las *ideas*, porque le falta esta facultad inorgánica con que nos levantamos nosotros al órden suprasensible y subimos al orígen de las cosas, creando lo que se llama la *ciencia*, ó sea el conocimiento *a priori* de los objetos. ¿Cuándo se ha visto á animal alguno entregarse á la meditacion, filosofar sobre los objetos inmateriales, ó discurrir *a priori* sobre los sucesos futuros, como hacen los físicos y los matemáticos, merced al estudio de las causas de la naturaleza? Ni áun puesta bajo la direccion del hombre la estimativa del mono, es capaz de practicar lo que hace nuestra razon particular; ¿cuánto ménos lo que ejecutamos con la razon universal? El mono con su estimativa no juzga de los objetas sinó por cierto impulso natural, llamado *instinto*, el cual le lleva á mirarlos siempre del lado de la utilidad propia ó de la especie; nuestra razon particular, por el contrario, considera los objetos en cuanto dicen órden á la razon universal, y así juzga de los objetos materiales en manera conveniente para que pueda esta facultad nobilísima formar sobre ellos mismos sus conceptos universales; y así como la imaginacion en el hombre, por la direccion que recibe de la inteligencia bajo el influjo de la libertad, se convierte de pura potencia natural en *creadora fantasía;* así tambien la razon particular, puesta bajo el influjo de la razon universal y del libre albedrío,

se levanta sobre el instinto de los brutos y compara unas cosas con otras, *creando* combinaciones de juicios de que es enteramente incapaz la imaginativa del animal. Oigamos al Angélico Doctor, quien con breves palabras, como suele, ha derramado mucha luz sobre esta materia: "Quod sensu proprio, escribe, non cognoscitur, si sit aliquid universale, apprehenditur intellectu... si vero apprehendatur in singulari, ut puta, cum video coloratum, percipio hunc hominem vel hoc animal, huiusmodi quidem apprehensio in homine fit per vim cogitativam, quae dicitur etiam *ratio particularis*, eo quod est collativa intentionum individualium, sicut ratio universalis est collativa rationum universalium. Nihilominus tamen haec vis est in parte sensitiva [1], quia vis sensitiva in sui supremo participat aliquid de vi intellectiva in homine, in quo sensus intellectui coniungitur. In animali irrationali fit apprehensio intentionis individualis per *aestimativam* naturalem, secundum quod ovis per auditum vel visum cognoscit filium, vel aliquid huiusmodi. Differenter tamen circa haec se habet cogitativa et aestimativa. Nam cogitativa apprehendit individuum, ut existens sub natura communi, quod contingit ei in quantum unitur intellectivae in eodem subjecto; unde cognoscit hunc hominem prout est hic homo, hoc lignum prout est hoc lignum. Aestimativa autem non apprehendit aliquod individuum, secundum quod est sub natura communi, sed solum secundum quod est terminus alicuius actionis vel passionis, sicut ovis cognoscit hunc agnum, non in quantum est hic agnus, sed in quantum est ab ea lactabilis; et hanc herbam in quantum est eius cibus. Unde alia individua, ad quae se non extendit eius actio vel passio, nullo modo apprehendit sua aestimativa naturali. Naturalis enim aestimativa datur animalibus, ut per eam ordinentur ad actiones proprias vel passiones prosequendas vel fugiendas„ [2].

Poco adelantaría ciertamente M. de Quatrefages diciendo á los transformistas que en el hombre, ademas de la inteligencia, existe tambien el sentido *moral y el de la religiosidad*, cosas nunca notadas en los animales. Si nuestra inteligencia no se distingue sustan-

1 Santo Tomás, como ya hemos dicho más arriba, juzga ser *realmente* distinta la razon particular de la universal. Quien, como Suarez, la crea sólo *virtualmente* distinta, deberá decir que por sola esta virtualidad no se distinguiria sustancialmente nuestra razon de la del bruto, no requiriéndose de suyo para actos de esta especie, más que una facultad orgánica; pero que á causa de la otra virtualidad, mucho más excelente y subida, es inorgánica y esencialmente diversa de la estimativa de los brutos.

2 S. Thomas, *Comment. in 2 lib. Aristot. de anima*, lec. 13, edicion de Parma, 1866, tom. xx, pág. 68-69.

cialmente de la inteligencia de los brutos, siendo sólo una simple diferencia de grados contenidos dentro de una misma especie la que separa á una de otra, los transformistas quedan perfectamente victoriosos por esta parte; porque á lo del sentido moral y religioso podrán responder con justísimo derecho que esta fuerza en el bruto se halla como adormecida hasta que la razon haya obtenido el desarrollo propio de la especie humana. Efectivamente, en nosotros el sentido moral y religioso no aparece sino como una consecuencia del conocimiento intelectual: quítese al hombre la nocion de la Divinidad y despójesele de los conceptos universales, y se verán desaparecer en él la moralidad y religiosidad al instante. El niño que todavía no ha salido de la esfera de los sentidos y no puede levantarse con la inteligencia al mundo de los conceptos universales, tampoco da señal alguna de moralidad ó religiosidad, porque ni conoce la ley moral ni al Autor de ella, que es Dios, objetos ambos muy superiores á toda facultad orgánica.

Es, pues, necesario reconocer en el hombre una inteligencia esencialmente diversa de la facultad cognoscitiva de los brutos; de suerte que por más que los tales séres de un órden inferior hagan con cuanta perfeccion se quiera sus propios actos, éstos se quedan siempre en su humilde esfera de materiales, tanto por razon del objeto puramente concreto á que miran, como de la potencia meramente orgánica de donde emanan. Obsérvese con atencion el constante modo de obrar de los brutos, y se verá que en sus acciones faltan siempre los conceptos universales: mucha regularidad, mucha perfeccion en todos sus actos, pero tambien mucha pasividad, mucho automatismo bajo la impresion de los agentes de la naturaleza. Siempre hacen las cosas de la misma manera sin poder dar un solo paso en la via del progreso, como si fueran meras máquinas movidas siempre con el mismo resorte merced al impulso del artista. Si tuvieran conceptos universales, esta inmovilidad sería imposible; cada universal es en su género un verdadero *ideal*, un *infinito*, al cual podemos ir siempre aproximándonos sin agotar jamás el contenido indeficiente de sus perfecciones, cada vez más excelsas. Ademas, un ideal llama á otro en virtud de la conexion intrínseca que guardan entre sí todos los conceptos universales; por donde comparándolos, ora entre sí, ora con los particulares artefactos que conforme á ellos continuamente producimos, vamos caminando de perfeccion en perfeccion y haciendo cada vez mejores nuestras obras.

Esto es lo que indica el Angélico Doctor con la distincion que pone entre la *cogitativa*, ó razon particular del hombre, y la *estimativa* de los brutos, diciendo que aquélla, bajo el influjo de la inteligencia á que está naturalmente unida, obra activamente comparando un objeto individual con otro, miéntras que esta segunda no hace más que percibir estos objetos individuales como útiles ó nocivos, sin ejercicio de actividad alguna en comparar uno con otro y por sólo el peso de su propia naturaleza cognoscitiva. "Considerandum est, escribe en la *Suma Teológica*, quod quantum ad formas sensibiles non est differentia inter hominem et alia animalia: similiter enim immutantur a sensibilibus exterioribus; sed quantum ad intentiones praedictas (á saber: las percepciones de objetos concretos, convenientes ó nocivos, no al sentido, sino al animal ó á la especie, como cuando la oveja, por ejemplo, percibe al lobo como enemigo suyo y destructor de su especie), differentia est. Nam alia animalia percipiunt huiusmodi intentiones solum naturali quodam instinctu, homo autem per quandam collationem. Et ideo quae in aliis animalibus dicitur *aestimativa naturalis*, in homine dicitur *cogitativa*, quae per collationem quandam huiusmodi intentiones adinvenit," [1]. Este comparar un objeto concreto con otro, ejercido por la cogitativa bajo el influjo de la inteligencia y de la voluntad libre, hace que esta facultad orgánica de suyo *halle otros nuevos objetos concretos*, como si realmente formara verdaderos silogismos, comparando dos extremos con un medio comun y universal, lo cual propiamente no lo puede practicar sinó la inteligencia, donde únicamente residen los conceptos universales. Por eso, el mismo nombre de *cogitativa* expresa esa elaboracion de conceptos materiales; pues, como nota muy bien San Agustin, *cogitare est unum cum altero cognoscendo agitare.* El bruto no revuelve un pensamiento con otro, no compara uno con otro esos objetos que dicen relacion de conveniencia ó disconveniencia al individuo ó á la especie; porque le faltan los conceptos universales y el dominio de sus actos para aplicarse á hacer la tal comparacion. Por eso "non *adinvenit huiusmodi intentiones*," no inventa nada, sinó que por instinto de su naturaleza juzga, desde que comienza á vivir en el mundo, qué es lo que le conviene hacer ó evitar para el bién suyo ó el de su especie. Cuando la zorra, por ejemplo, ve las gallinas, se agazapa instintivamente para atraparlas, porque conoce aquellos

1 S. Thom. 1 p., q. 78, art. 4.

objetos, no bajo la razon de gallinas precisamente, sino de cosas comestibles: y cuando las gallinas la sienten, todas huyen de ella sin reflexion alguna; en ella ven al enemigo de su naturaleza. De aquí es que lo mismo practican estas acciones al principio que al fin de su vida: nada aprenden con el estudio y reflexion libres; todo cuanto necesitan para su propia conservacion y la de la especie lo traen aprendido desde el vientre de sus madres. El patito, apénas nace, corre á zabullirse en el agua como sus padres: los polluelos de la perdiz, con el cascaron todavía en el cuerpo, echan á andar como su madre, y así hacen todos los demas animales.

M. de Quatrefages piensa que los Escolásticos, ó los Teólogos, como él los llama, negaron la inteligencia propiamente dicha á las bestias por falta de observacion, y se pone á combatirlos muy sériamente porque niegan á los brutos el *sentido íntimo*, *la conciencia* de sus acciones y la razon. Permítanos el bueno del señor de Quatrefages, tan honrado, franco y sincero en todas sus afirmaciones, y tan apreciable por el amor que muestra siempre á la verdad, áun yendo contra las turbias corrientes de la moda, que le digamos que no ha entendido á los Escolásticos. Esto nada tiene de extraño: el ilustre autor de *La especie humana* no es filósofo, sinó naturalista, y así no es milagro que no haya penetrado bien los términos usados por los Escolásticos. Cuando éstos dicen que el bruto no tiene sentido íntimo, ni conciencia de sus acciones, ni razon propiamente dicha, están muy léjos de negarle los actos que el naturalista francés les atribuye. Los Escolásticos confiesan paladinamente que al bruto no le es desconocida su propia existencia, ni tampoco las acciones que ejecuta, así como tambien es cosa clara que le conceden la facultad de percibir los objetos materiales, y de emitir sus juicios sobre ellos, y hasta la de proveer á las necesidades así propias como de la especie. Vamos á dar á M. de Quatrefages pruebas irrefragables de estos asertos. No iremos á buscarlos en los libros de todos estos autores; esto sería muy largo, porque los Escolásticos han escrito mucho y muy bien, mal que les pese á ciertos incrédulos, que desearían ver desterrada del mundo la Metafísica; las tomaremos del doctor de Aquino, á quien todos ellos, casi generalmente, siguen. ¿Qué dice, pues, el gran maestro de los Escolásticos? [1]. En primer lugar, hablando del *sentido comun, fuente primera de la sensibilidad*

[1] S. Thom. in 3 Aristot. *De Anima*, lec. 3, pág. 106 (edic. de Parma, 1866), 1 p., q. 78, a. 4 ad 2.

interna y externa, y último término de las inmutaciones orgánicas. como él lo define, escribe que es una facultad sensitiva por la cual discierne el animal entre los diferentes y opuestos objetos sensibles, como son lo blanco y lo negro, por ejemplo, lo colorado y lo dulce, añadiendo que con él *percibe su propia vida* [1].

Además, en la primera parte de la *Suma Teológica*, cuestion 78, artículos 3.° y 4.°, enumera las facultades cognoscitivas del animal, diciendo que en él se encuentran, ademas de los sentidos externos por los cuales se pone en comunicacion directa con los objetos que le rodean, cuatro sentidos interiores, á saber:

1.° El *sentido comun*, destinado á percibir las inmutaciones de los sentidos externos, á discernir uno de otro los objetos que á todos ellos corresponden, y á dar al animal conocimiento de su propia vida.

2.° La *imaginacion ó fantasía*, cuyo oficio es retener ó conservar las imágenes adquiridas por medio de los sentidos internos y externos, comun y particulares, razon por la cual es llamada esta facultad *archivo de las especies sensibles: thesaurus quidam formarum per sensum acceptarum.*

3.° La *estimativa*, *oscura resonancia* de la inteligencia humana, como la llama en otra parte [2], que tiene por objeto proporcionar el conocimiento de aquellas cosas que dicen relacion á la conservacion del individuo y á la propagacion de la especie, sin que encierren dentro de sí deleite ó desagrado respecto del sentido; como cuando, por ejemplo, la oveja conoce en el lobo al enemigo de su naturaleza, ó como cuando el ave, llegado el tiempo de la cría, percibe la necesidad de hacer el nido para empollar los huevos [3].

1 Sensu enim communi percipimus nos vivere et discernimus inter sensibilia diversorum sensuum, scilicet album et dulce. (S. Thom. in 2 Aristot. *De Anima*, l. 13.)

2 S. Thom. in 3 Sentent., dist. 27, q. 1, art. 4 ad 1.

3 Hé aquí cómo prueba el Santo Doctor la necesidad de esta facultad en los brutos: «Rursus considerandum est, dice, quod si animal moveretur solum propter delectabile et contristabile secundum sensum, non esset necessarium ponere in animali nisi apprehensionem formarum, quas percipit sensus in quibus delectatur aut horret. Sed necessarium est animali ut quaerat aliqua vel fugiat, non solum quia sunt convenientia vel non convenientia ad sentiendum, sed etiam propter aliquas alias commoditates et utilitates, sive nocumenta. Sicut ovis videns lupum venientem fugit, non propter indecentiam coloris vel figurae, sed quasi inimicum naturae. Et similiter avis colligit paleam, non quia delectet sensum, sed quia est utilis ad nidificandum. Necessarium est ergo animali, quod percipiat hujusmodi intentiones, quas non percipit sensus exterior. Et huius perceptionis oportet esse aliquod aliud princi-

4.° Finalmente, la *memoria*, á la cual está encomendado el cuidado de retener y conservar las especies de la estimativa, como se infiere, añade el Santo Doctor, del hecho incontestable de no poner el animal en juego esta facultad sinó cuando se siente excitado por la percepcion de algun objeto conveniente ó nocivo al individuo ó á la especie.

Esto en verdad es más que suficiente para probar cómo los Escolásticos atribuían clara y terminantemente á los brutos conocimiento de las acciones por ellos ejecutadas, sentimiento de su propia vida y una cierta especie de juicio práctico sobre lo que les conviene buscar ó huir en las determinadas circunstancias para conservarse á sí propios y para propagar la especie. Sin embargo, á pesar de todo esto, Santo Tomás y con él los Escolásticos, por carecer el bruto de ideas universales, le niegan la inteligencia propiamente dicha, no obstante ver en todas sus obras señales manifiestas de perfectísimo arte. La inteligencia la ponen en el Soberano Hacedor, que dió á cada uno de ellos un cierto y determinado instinto para que se moviese, guiado por su percepcion concreta é individual, hácia aquel punto que en cada momento les conviene, no de otra suerte que el ballestero imprime á la saeta un cierto y determinado impulso para que llegue al blanco á donde se propuso arrojarla. Hé aquí como se expresa el Angélico Doctor sobre este particular: "La virtud del motor, escribe, se manifiesta en el movimiento del móvil. Por esto, en todas aquellas cosas que son movidas por la razon se descubre el órden de la razon que las mueve, aunque las cosas así movidas carezcan ellas mismas de razon. Así sucede que la saeta va directamente al blanco arrojada por el saetero, como si ella misma estuviera dotada de razon que la dirija: y esto mismo se observa en los movimientos de los relojes y de cuantas obras ingeniosas son debidas al arte humano. Ahora bien; todas las cosas naturales son, respecto del arte divino, lo que respecto del humano son las artificiales. De aquí nace el que se vea órden en los movimientos de las causas naturales no ménos que en los de cualquiera obra mecánica fabricada por el hombre, como se dice en el libro segundo de los Físicos (text. 49, tomo II). Y de aquí proviene tambien que en las acciones de los brutos aparezcan algunas *astucias*, por cuanto estos séres tienen inclinacion natural á ciertas evoluciones sumamente

pium; cum perceptio formarum sensibilium sit ex immutatione sensibili, non autem perceptio intentionum praedictarum.. (S. Thom., 1. p., q. 78, art. 4.).

ordenadas, como originadas del sumo arte divino. Y por esta misma causa se dice de algunos animales que son *prudentes* ó *sagaces*, no porque en ellos haya razon alguna ó eleccion. Lo cual bien se echa de ver con sólo considerar que todos cuantos pertenecen á una misma especie obran de un mismo modo „ [1].

La carencia de ideas universales que advertian en los brutos, y no la falta de observacion, es la que movió á aquellos grandes doctores á privar de inteligencia á las bestias. No negamos que los modernos hayan descubierto en esta clase de séres cosas muy preciosas, que á ellos les fueron desconocidas; pero tambien es cierto que no estaban tan en ayunas sobre esta materia, que á la ignorancia de los efectos maravillosos ejecutados por los brutos se deba el haberles negado estos autores la inteligencia. Lo que realmente conocian de algunos animales y lo que suponian ser verdadero en órden á las industrias de otros, es tal que no tiene nada que envidiar en materia de arte é ingenio á cuanto han descubierto posteriormente nuestros modernos sabios. Basta leer el *Símbolo de la Fe* de nuestro compatricio Fr. Luis de Granada, para convencerse plenísimamente de esta verdad. ¿Qué señal tan expresiva de inteligencia nos puede dar bruto alguno entre cuantos han sido observados en los tiempos modernos, como las que vemos descritas por dicho autor hablando de la zorra, del pulpo, del tigre, del gato, del leon, del lobo, de la araña y de otras varias alimañas?

Hé aquí lo que, entre otras cosas, cuenta de la zorra: "Tiene, pues, artificio este animal, dice, para despedir de sí las pulgas cuando la molestan. ¿Mas de qué manera? Toma en la boca un ramillo, y metiéndose en el agua de algun rio ó de la ribera de la mar, y tirándose del agua poco á poco hácia atrás, las pulgas, huyendo de

[1] Virtus moventis apparet in motu mobilis. Et propter hoc in omnibus, quae moventur a ratione, apparet ordo rationis moventis; licet ipsa, quae a ratione moventur, rationem non habeant. Sic enim sagitta directe tendit ad signum ex motione sagittantis, ac si ipsa rationem haberet dirigentem: et idem apparet in motibus horologiorum, et omnium ingeniorum humanorum, quae arte fiunt. Sicut autem comparantur artificialia ad artem humanam, ita comparantur omnia naturalia ad artem divinam. Et ideo ordo apparet in his, quae moventur secundum naturam, ut dicitur in 2 Physic. (ex tex. 49, tomo II). Et ex hoc contingit, quod in operibus brutorum animalium apparent quaedam sagacitates in quantum habent inclinationem naturalem ad quosdam ordinatissimos processus, utpote a summa arte ordinatos. Et propter hoc etiam quaedam animalia dicuntur prudentia, vel sagacia, non quod in eis sit aliqua ratio, vel electio. Quod ex hoc apparet, quod omnia, quae sunt unius naturae, similiter operantur (1. 2., q. 13, art. 2. ad 3).

la parte del cuerpo que se está mojando á la que está enjuta, proceden de esta manera, metiéndose ella poco á poco en el agua hasta llegar á ponérselas todas en la cabeza; la cual ella tambien de tal modo zabulle en el agua que no le queda más que los ojos y la boca fuera. Entónces, saltando ellas en el ramillo que dijimos tener en la boca, suelta el ramo y salta fuera del agua, libre ya de los enemigos que le fatigaban „ [1]. Del gato escribe lo siguiente: " Pues las astucias y asechanzas que el gato tiene para cazar y para hurtar, cada día las vemos. Bien sabe él á veces quitar la cobertera de la olla que está recien puesta al fuego, y meter las garras y sacar la carne y huir con ella. Mas yo soy testigo de otra astucia que aquí diré. Andaba por cima del lomo de una pared en pos de una lagartija, la cual huyendo de él, se metió debajo de una teja que acaso estaba allí boca abajo. ¿Qué hizo entónces él? Hizo esta cuenta: Si meto por aquí la mano, háme de huir por la otra boca de la teja: Pues yo acudiré á eso. —¿Mas de qué manera? Puso la una mano á la boca de la teja más estrecha, y por la otra ancha metió la otra, y de esta manera, como por entre puertas, alcanzó la caza que buscaba. ¿Pues qué más hiciera si tuviera razon? „ [2]. " Otras hay, escribe hablando de cierta clase de arañas, que hacen sus telas en el aire, echando los hilos sobre que la han de fundar en las ramas de algun árbol, y sobre éstas hacen una perfectísima red con sus mallas como las de un pescador ó cazador, y puestas ellas en medio esperan el lance de la caza, y corren por aquellos hilos tan delgados como si corriesen por alguna maroma, y así prenden la caza. Donde es mucho para considerar el puesto y lugar en que se ponen, que es en el punto ó centro de aquella circunferencia donde van á fenecer y juntarse todas las líneas que ella tiene echadas alrededor. De donde viene á ser que en ninguna de ellas puede tocar la mosca que ella en ese punto no lo sienta, y corriendo por la misma línea no la prenda „ [3].

Hasta el mismo ejemplo traido por M. de Quatrefages para probar á sus lectores la inteligencia de los animales, lo hallamos citado por el referido autor. Dice este ilustre naturalista que muchas veces, jugando con su perro, fingía éste ponerse muy furioso, pero sin morderle jamás ni hacerle daño. Y muy satisfecho de su argumento

1 Fr. Luis de Granada, *Símbolo de la fe*, primera parte, cap. XIV, pár. 1.
2 El mismo, *l. cit.*, pár. 2.
3 El mismo, *l. cit.*, cap. XVIII, pár. 3.

concluye con estas palabras: " En realidad él *hácia la comedia*, y la comedia no se puede hacer sin tener conciencia de ello " [1]. Pues bien; Fray Luis de Granada escribe sobre esto mismo las palabras siguientes: " Y cuando vemos juguetear entre sí los gatillos y los perrillos, y luchar los unos con los otros, y caer, ya debajo, ya encima, y *morderse blandamente sin hacerse daño*, ¿quién no ve allí el contentamiento con que esto hacen? " [2]. Podría citar tambien aquí lo que en los libros de los Escolásticos he leido sobre el artificio verdaderamente ingenioso de que se valieron dos lobos para matar á un perro y comérselo. Dos cazadores de nuestra especie no obrarían con más astucia para conseguir su intento; pero lo dicho basta para hacer ver á nuestros modernos sabios que, si los Escolásticos negaban la inteligencia á los brutos, su negacion no procedía de falta de observacion, sinó de otra cosa, en que no se fijan nuestros nuevos doctores porque les falta el estudio de la Filosofía.

No basta ver las cosas de cerca para adquirir un conocimiento exacto de ellas; es preciso ademas que la mirada sea cual conviene, si se quiere evitar que no nos abulte los objetos en términos que los confundamos con otros. La mirada en esta ocasion no puede tener las condiciones debidas si, al mismo tiempo que considera las circunstancias materiales del fenómeno, no fija tambien su atencion en la parte formal y filosófica del mismo. Obrando de otra suerte, nos sentiríamos inclinados á conceder inteligencia, no sólo á los brutos, sinó tambien á las mismas plantas, pues muchas de ellas ejecutan acciones no menos ingeniosas que las que vemos en varios animales. Tanto en las obras de aquéllas como en las de éstos aparece ciertamente órden, pero tambien se deja ver perpétua é indeclinable monotonía; lo cual da á conocer bien á las claras que el órden allí es debido á la inteligencia del Soberano Artífice, y la monotonía á la naturaleza material y orgánica del artefacto. Los animales, en efecto, tienen sus percepciones, sus juicios y hasta tambien su cierta sombra de raciocinio; pero estos actos no salen de la esfera de lo material y concreto, para lo cual no es necesaria una facultad espiritual é inorgánica que produzca conceptos universales. Los brutos ponen, por decirlo así, la menor y la consecuencia del raciocinio concreto y particular; pero la mayor, donde están contenidas las ideas universales, no la ponen ellos, porque

1 M. de Quatrefages, *L'espèce humaine*, chap. 1, n. 8, pág. 15.
2 Fr. Luis de Granada, *l. cit.*, cap. XII, pár. 3.

son incapaces de tan elevados pensamientos, sinó aquel Soberano Señor que con su inteligencia suma los ha armado de tal género de conocimientos materiales para que obren convenientemente sus acciones.

Por eso, aunque conocen que viven, no tienen, propiamente hablando, *conciencia* de sí mismos, ó sea el acto espiritual y libre con que, dejando á un lado el mundo exterior, nos tomamos á nosotros mismos por objeto de nuestra propia consideracion. Este acto es de todo punto imposible á los brutos, porque sus facultades cognoscitivas son orgánicas, y ninguna potencia de este género es capaz de una reflexion total y completa. El conocimiento que tienen de sí, es sensible y no espiritual; y así podríamos decir que están dotados de *sentido intimo*, entendiendo por *sentido* lo que suena la misma palabra. Tampoco habría inconveniente en afirmar que tienen *inteligencia y razon* con tal que, al hacer uso de estas palabras, se indicase con claridad que se las toma en sentido metafórico y no riguroso, para significar que en los brutos hay ciertos actos cognoscitivos que imitan en cierta manera los actos espirituales de nuestra razon, si bien estos actos son en sí materiales ú orgánicos, y no se levantan sobre las condiciones concretas de la materia. Los Escolásticos, sin embargo, con justísimo motivo, nunca quisieron aplicar á los brutos estas palabras, temerosos de que con esto se viniese á caer en el error en que ha incurrido desgraciadamente el autor francés arriba citado, no poniendo sino *diferencia de grados* entre el conocimiento del hombre y el de los animales. Los nombres de *inteligencia* y de *razon* los reservaron para designar nuestra facultad cognoscitiva inorgánica y espiritual, capaz por lo mismo de formar con su actividad propia conceptos universales; y á la sombra de inteligencia y razon que se descubre en los brutos, y es una facultad intrínsecamente orgánica, como apta para conocer tan sólo los objetos materiales, le dieron el calificativo de *estimativa*. Por la misma razon no pensaron que al lenguaje de los animales se le debía confundir con el lenguaje propio del hombre; ántes procuraron con suma diligencia distinguir uno y otro, empleando el nombre de *palabra* para designar la manifestacion externa de nuestros pensamientos, ejecutada por medio de sonidos articulados, y dejando los sonidos inarticulados para la manifestacion de los afectos de los brutos. El que un sonido sea articulado no constituye la diferencia esencial del lenguaje humano con respecto al de los animales, pues bestias hay que aprenden á producir sonidos de esta

clase, y sin embargo no por éso tienen el dón de la palabra. "La oveja dice *bé*, y no decimos que habla," escribian sabiamente los gramáticos antiguos en la nota décima al *Libro tercero* del Nebrija. Y es que la oveja, al proferir este sonido no enuncia *una idea*, *un concepto* de la inteligencia *universal*, sinó un simple afecto del apetito sensitivo. La palabra del hombre es el vehículo de la idea, es un signo, no meramente natural como el sonido inarticulado de los brutos, sino convencional y libremente escogido por la voluntad humana. Antes porque es libre el hombre y obra guiado por la razon, potencia verdaderamente espiritual, por eso se sirve de sonidos articulados para expresar sus pensamientos, no contentándose con el lenguaje del corazon, expresado con los sonidos inarticulados de las interjecciones.

Este uso de la palabra, propio y exclusivo de los indivíduos de la especie humana, revela clarísimamente la naturaleza espiritual de nuestras almas y esencialmente diversa, por consiguiente, del alma de los brutos. Si el alma humana y la del mono no son de diferente especie, como pretenden los transformistas; si nuestro principio inteligente es el mismo de estos repugnantes animales, llevado á un cierto mayor desarrollo por una feliz reunion de circunstancias casuales, ¿cómo es que los monos no aprenden á hablar viviendo con los hombres? No les falta ciertamente inclinacion á imitar las acciones humanas; tampoco carecen de órgano conveniente para ello; fáltales tan sólo el dón precioso de la inteligencia, la capacidad de producir conceptos universales, la libertad, fundada en esta misma capacidad, para imperar á la lengua aquella clase de sonidos que constituyen la verdadera palabra. Careciendo de *ideas*, ¿cómo han de poder adquirir la facultad de *transmitirlas* á nadie por medio de la voz articulada? *Cerebrum non habet*, se puede decir aquí de este linaje de vivientes, aplicando á ellos lo de la *persona* de la fábula. La mona siempre será mona, por mucho que acicalen los hombres el magin de esta ridícula bestezuela.

¿Y cómo adquirimos nosotros la palabra, si es verdad lo que dicen los transformistas, que nuestro espíritu no es sinó el mismo principio inteligente del mono pulimentado? Desde el *grito* de nuestros *trepadores* abuelos, destinado á indicar los afectos del apetito sensible y terreno por medio de voces inarticuladas, hasta la *palabra* con que expresamos en la actualidad los sublimes conceptos de la inteligencia envueltos en voces articuladas, hay una distancia verdaderamente inmensa. ¿Cómo se ha ejecutado este salto portentoso

por las solas fuerzas de la seleccion natural, tan portentoso que en su comparacion es nada la intervencion sobrenatural del Criador á que acuden los defensores de las creaciones independientes para explicar el orígen del hombre, así como tambien el de las otras especies? ¿Y dónde están los anillos intermedios que junten con sus voces semi-articuladas, con sus palabras semi-inteligentes y semi-sabias los dos extremos tan distantes, como son el hombre *parlante* y el mono *aullador*? Oigamos al famoso Darwin hablar sobre esta interesante materia: "Como los monos, escribe, entienden bien cuanto el hombre les dice, y en el estado natural dan gritos de alarma á sus compañeros, no parece del todo increible que algun animal de éstos, extraordinariamente sabio, hubiese *pensado* en imitar él refunfuño de una bestia de presa con el fin de indicar á sus compañeros la naturaleza del esperado peligro. Y esta habría sido la primera etapa en lo formacion del lenguaje" [1].

Hé aquí con qué desenfado se desembaraza nuestro filósofo de esta enorme dificultad. Los monos son muy amigos de imitar: un dia hubo un mono extraordinariamente *sabio*, á quien se le antojó remedar el gemido de la presa que iba á devorar; despues se sirvió de este remedo para avisar á sus compañeros que afilasen el diente, porque pronto lo iban á hincar en el apetecido botin; y ya con esto tenemos andada la primera etapa del lenguaje humano. ¡Magnífica explicacion! No tiene sinó una pequeña dificultad, á saber: la de que ni el sonido remedado era una voz articulada, ni el remedo era en sí mismo expresion de *idea* alguna verdaderamente universal. Pero esto, ¿qué vale? En comenzando á imitar el mono, imitará lo que se quiera, sobre todo siendo tan *sabio*.

Yo, sin embargo, no entiendo cómo pudo pasar despues la bestezuela, á pesar de toda su *sabiduría*, á proferir sonidos que fuesen signos meramente *convencionales* y no *naturales*, como es éste que propone el naturalista inglés. Imitar el llanto de la presa bien puede el mono, y con esto excitar el apetito de sus compañeros, como puede imitar otras cien mil cosas que ve hacer cada dia á los animales con quienes vive; pero de aquí á *articular palabras* hay la misma distancia que existe entre el lenguaje *natural*, hijo de la espontaneidad bruta, y el arbitrario, fruto de la razon y libertad. ¿Y cómo al cabo de tantos años en que han seguido vegetando los monos desde aquel dia tan lejano, no ha podido la madre Naturaleza

1 Darwin, *The descent of man*, vol. 1, pág. 57. London, 1871.

aupar á estas pobres criaturas para que aprendiesen ahora á hablar como los hombres, sus hermanos? Sin duda se quedó rendida con el esfuerzo hercúleo que entónces debió practicar, y por eso á todos los demás parientes de aquel mono feliz, *extraordinariamente sabio*, los ha dejado en su rudeza primera, no obstante la propension irresistible de estos animalitos á imitar cuanto ven ejecutado por el hombre. Pero así y todo, no se concibe cómo tan desmesurado cansancio le dejó fuerzas para acabar con todos los términos intermedios que han debido existir entre los dos remotísimos extremos representados por el mono *aullador* y el hombre *parlante*. Mucho debe importar esta gatesca operacion á tan remilgada dueña, cuando tan diligente ha andado en ocultar á nuestros ojos esos desperdicios sacando fuerzas de flaqueza.

Pero aún hay otras dificultades muy gordas contra la teoría transformista, basadas en otras dos clases de actos que vemos acompañar por todas partes á la naturaleza humana, sin antecedente alguno en cuantos animales le han precedido en la larga série de los siglos. La *moralidad* y la *religiosidad* son dos fenómenos que siempre van juntos con la *palabra* en el género humano, y solamente en el hombre han podido jamás hallar cabida. El mono no conoce otro principio de accion que el de la *utilidad sensible;* no sabe lo que es *honestidad*, ni *justicia*. ¿Cómo ha podido producir la seleccion natural ese salto tan enorme, salvando victoriosa el abismo insondable que media entre el obrar conforme á las animalescas reglas del *placer*, y vivir segun los severos dictámenes de la *conciencia moral*, absolutamente desinteresada y ocupada solamente en dar á cada uno lo que *es debido*, aunque para ello hayan de arrostrarse mil sacrificios, incluso el de la misma vida? El mono jamás se ha puesto á pensar en otra vida diferente de la actual, ni adora otra divinidad que sus apetitos sensuales. ¿De dónde, pues, y cómo ha nacido en todo el género humano esa idea tan universal, tan constante y tan indestructible de otra vida posterior á la presente, donde cada uno ha de recibir el *premio* ó *castigo* debido á sus acciones de mano de aquel soberano Rey que tiene suspendida de sus tres dedos la grande máquina del universo, que gobierna con su inescrutable providencia las cosas humanas, y que inexorablemente ha de juzgar un dia las mismas justicias? ¿Por qué especie de mágia incomprensible se ha verificado en nosotros una transformacion tan sorprendente, que de animales puramente terrenos, destituidos de todo conocimiento suprasensible, y aficionados únicamente á los deleites de la carne, nos

hemos convertido de repente en séres espirituales, despreciadores de lo material y visible, adoradores de un Dios criador, señor nuestro y gobernador del mundo, admiradores de lo honesto y de lo justo; ciudadanos, en una palabra, de aquella ciudad invisible que pertenece al mundo de los espíritus? Explíquennos los transformistas estas maravillas de la seleccion natural; maravillas que superan con mucho á los prodigios de las creaciones independientes, y que á Wallace, co-fundador con Darwin del sistema de las transformaciones lentas, le han parecido rayar ya en el absurdo.

Sabido es que Wallace, con todo su amor al transformismo darwinista, ha proclamado abiertamente la impotencia de la seleccion natural para producir en el hombre las cualidades morales é inteligentes que le distinguen de todos los demas animales. Las concepciones ideales del espacio y del tiempo, de la eternidad y del infinito, el sentimiento artístico, las nociones abstractas de los números y de la cantidad continua, no pueden, segun este sabio, ser fruto de la seleccion natural, buscadora tan sólo de la *utilidad inmediata* del individuo, y mucho menos sin comparacion el sentimiento de la honestidad y justicia, enteramente contrario á la utilidad individual y perfectamente desarrollado hasta en los mismos salvajes. Aún más: apoyándose en sus propias observaciones sobre los cráneos humanos pertenecientes á diversas razas, y en las cifras de Galton, concluye que miéntras el cerebro del hombre salvaje está en la proporcion de 5 á 6 al cerebro del hombre civilizado, las manifestaciones de la inteligencia se hallan en la proporcion de 1 á 1.000. Lo cual, observa este sabio con mucha razon, no puede tener lugar en los fenómenos de la seleccion natural; porque, por una parte, ésta no sólo no produce jamás nada nocivo, pero ni tampoco cosa alguna *inútil* al animal, y por otra inútil permanece en el salvaje tanta cantidad de masa encefálica que tan pequeños efectos produce relativamente á los causados por el cerebro del hombre civilizado.

Este último argumento, fundado en los mismos principios del darwinismo, demuestra con toda evidencia lo que contra Darwin intenta Wallace, pues derriba por el suelo la doctrina de este naturalista relativa á la formacion lenta de nuestra especie por medio de la seleccion natural; pero ningun auxilio presta á la sostenida por él mismo, juzgando que las solas fuerzas naturales puestas bajo la sabia direccion de alguna inteligencia invisible han podido ejecutar de una manera súbita la transformacion invocada por el autor del *Origen*

de las especies: Vallace cree, con todos los materialistas y con su compañero Darwin, que la mayor ó menor inteligencia es debida únicamente á la mayor ó menor cantidad de masa que llena la cavidad del cráneo, y piensa, lo mismo que todos los transformistas, que entre el mono y el hombre no existe diferencia alguna *esencial*, sinó aquella tan sólo que suele mediar entre los individuos de una raza primitiva y otros de la misma especie obtenidos por medio de la seleccion artificial.

Esta peregrina manera de explicar el orígen de los organismos ya queda refutada en lo que llevamos escrito en uno de los capítulos anteriores; pero por lo que hace al orígen de nuestra inteligencia, todavía tenemos que hacer aquí contra ella alguna ligera reflexion. Por mucho que intervengan las inteligencias angélicas en la formacion de un nuevo cerebro, más voluminoso que el de sus padres, en el feto de un mono producido con las solas fuerzas de la naturaleza, siempre el nuevo sér estará informado por un principio viviente de la misma especie y condicion intrínseca que el que anima á sus padres; es decir, que el sér así producido por medio de esta seleccion artificial angélica será un mono, y nada más. La cantidad del cerebro poco hace si no se pone ademas en el animal un principio inteligente de una naturaleza más elevada, para que de él resulten los conceptos universales y suprasensibles, y las ideas enteramente espirituales de honestidad y justicia, honor, castigo, etc., que constituyen la base de la sociedad humana, juntamente con la idea, tambien espiritual y suprasensible, de un Dios próvido remunerador de los buenos y castigador de los malos en otra vida más duradera. El alma del mono, puesta en un cuerpo fabricado por el puro juego de las causas naturales, al modo que se lo imagina Wallace, obrará, si se quiere, con más perfeccion sus actos, pero nunca podrá traspasar con ninguno de ellos los mezquinos y estrechos límites de la materia. Los actos cognoscitivos del animal así formado siempre versarán sobre objetos materiales concretos, y no serán capaces de representar la más mínima parte del mundo suprasensible, donde habitan los conceptos puros de órden, honestidad, justicia, honor, deber, religiosidad y cosas parecidas; porque su principio cognoscitivo siempre será una potencia orgánica ligada á las condiciones individuantes de la materia, é incapaz por consiguiente de percibir otros objetos que los materiales del mundo sensible. ¿Cuándo ha llegado la seleccion artificial á mudar la esencia de las cosas, haciendo de un alma material, ó sea esencialmente depen-

diente del organismo en sus actos, cual es el alma de los monos, un alma espiritual é independiente de él por naturaleza en la produccion de los suyos, cual es la nuestra? Desengáñese el señor Wallace: el alma humana se diferencia esencialmente del alma de los brutos, como se diferencian los espíritus de los cuerpos, la vida del movimiento local, lo universal é insensible de lo particular y material; el gozo producido por la virtud y honestidad, del bajo y egoista placer de los sentidos. ¿Cuándo, por más que se alambique un placer sensual, esencialmente utilitario y rastrero, se podrá transformar en el deleite puro y desinteresado del espíritu producido por el amor de la virtud y honestidad? Cuando esta transformacion se haya verificado, merced á algun juego de cubiletes empleado por algun espíritu, entónces creeré que de un alma esencialmente dependiente de la materia en el existir y en el obrar, cual es el alma de los monos, se puede sacar un alma espiritual superior al tiempo y al espacio, libre é inmortal por naturaleza, como es la nuestra. Hasta que llegue el momento de este suceso, portentoso hasta lo sumo, el naturalista inglés nos permitirá que sigamos adhiriéndonos á la doctrina de los antiguos sobre esta materia, y que tengamos la profesada por él, con grande gozo de la piara de Epicuro, por un vano sueño de un filósofo que se echa á andar por el mundo de los fantasmas, creyendo que camina por el campo de las realidades.

Resolvamos, ántes de acabar este capítulo, algunas insignificantes dificultades que contra lo dicho levantan los transformistas: ellas servirán para poner más de manifiesto la verdad de nuestra tésis. En primer lugar, dicen algunos darwinistas que la *línea áspera* del fémur, y el desarrollo poderoso del *peroné* observado en algunos hombres de la época cuaternaria, así como tambien la forma craneana propia de aquellos tiempos antiguos, indican la cercanía en que á la sazon se hallaba nuestra especie de todos esos nuestros parientes los monos; pues todos estos caractéres los encontramos todavía en los referidos animales perteneciendo á la especie entera. Pero, ¿saben los darwinistas cuáles eran *generalmente* los hombres de la época cuaternaria? Se han encontrado algunos restos de *cierta clase* de personas, que pasaban la vida entregadas á la caza y al duro ejercicio corporal que son á ella consiguientes, y nada más; pero al mismo tiempo se ignora completamente cuál era el género de vida que tenían entónces los *demas* hombres existentes en las demas partes del globo, y cuál era la conformacion de su cuerpo. Andando continuamente ocupados en los duros trabajos de la caza, propia

de aquellos tiempos cuaternarios en que abundaban las fieras, ¿qué mucho que fuesen los huesos de aquellos hombres más recios que los nuestros, que la línea áspera del fémur la tuviesen más pronunciada, y que gozase de una fortaleza muy grande el hueso de la pierna llamado *peroné*? Todos sabemos que los órganos del cuerpo se desarrollan á proporcion de su ejercicio, y la vida nómada que llevaban aquellos valientes cazadores era muy propia para este decantado desarrollo. La forma craneana de los tiempos cuaternarios, léjos de favorecer á los transformistas, protesta, por el contrario, altamente contra todas sus teorías. Los cráneos más antiguos que se conocen son el de Engis, en Bélgica; los de Cro-Magnon, en Francia, y los de Stangenas en Suecia. Ahora bien; todos ellos son completamente regulares y tan perfectos como la generalidad de los europeos actuales. "Yo confieso, dice Huxley hablando del cráneo de Engis, que si este cráneo fuera reciente en lugar de ser fósil, me sería harto difícil determinar á qué raza pertenece. Sus formas y sus dimensiones responden bastante bien á los cráneos de algunos australianos que yo he examinado. Particularmente se descubre en él este aplanamiento del occipucio que los distingue. Pero no todos los cráneos australianos presentan esta particularidad, y los arcos de las cejas del cráneo citado difieren enteramente de los del tipo del anterior. Por otra parte, sus dimensiones corresponden con no menor perfeccion á las de los cráneos europeos, y no hay ciertamente señal alguna de degradacion en ninguna parte de su estructura. En suma, es un tipo medio de cráneos humanos, *que lo mismo puede ser atribuido á un filósofo que á un hombre salvaje*" [1]. De los cráneos de Cro-Magnon escribe Broca lo siguiente: "Los trogloditas de Cro-Magnon eran salvajes. Mas estos salvajes eran inteligentes y perfectibles; al lado de estos caractéres de inferioridad que acabo de señalar, hallamos en ellos los signos inequívocos de una poderosa organizacion cerebral. Los cráneos son grandes; sus diámetros, sus curvas, su capacidad, alcanzan y *aun pasan la medida proporcional de los actuales*" [2]. Finalmente, sobre el de Stangenas se expresa Hamy en estos términos: "La pieza que estamos estudiando, dice, no es ménos interesante por sus dimensiones absolutas que por las relativas. En efecto, las dimensiones absolutas de estos cráneos están

1 Huxley, citado por Pozzy en *La terre et le récit biblique de la création*, libro III cap. XI, pág. 377. Paris, 1874.

2 Broca, *Les troglodytes de la Vezère*. — *Revue Scientifique*, 16 Nov. 1872, pág. 473.

muy desarrolladas, puesto que el diámetro iniaco[1] es de 200 milímetros, y la curva total horizontal llega á 550. La capacidad cerebral que indican estas cifras es *sensiblemente superior á la de los cráneos actuales*; este hecho no se encuentra aislado y solitario; constituye una de las objeciones más sérias que se pueden poner á las doctrinas transformistas[2]. » El testimonio de estos autores no puede ser más poderoso, habida consideracion de su ciencia y de las ideas que profesan; así es que bien podemos decir con toda verdad que la Paleontología está en pugna abierta con el transformismo.

El cráneo de Neanderthal es más imperfecto que los precedentes, y á él han apelado con grande instancia los transformistas, á falta de otros mejores argumentos para confirmar su sistema. Lo excesivamente abultado de los arcos de las cejas, y el notable aplanamiento de la frente que en él se observa, le dan algo de excepcional y extraordinario; pero no por eso tiene nada de comun con el cráneo del gorilla, como han intentado algunos suponer. Sus senos frontales, sumamente desarrollados, no significan otra cosa sinó que toda esa fuerte contextura de los referidos arcos es debida á la robustez general de todo el cuerpo, la cual bien se puede compadecer con una inteligencia penetrante y comprehensiva. Y en verdad que si por la cantidad de masa encefálica hemos de juzgar de la inteligencia de los hombres, el dueño de dicho cráneo la poseyó muy buena. Prüner-Bey lo ha examinado con exquisita diligencia, y ha averiguado ser mayor de la que suelen tener hoy dia los hombres por término medio, notando ademas que toda la superficie de este encéfalo, sin excepcion alguna, está perfectamente ajustada al tipo del cráneo humano[3]. Ademas, cualquiera que fuese la forma de esta pieza aislada, ¿qué podria hacer ella sola, no teniendo otras compañeras del mismo género que indicasen ser debida la tal conformacion á alguna causa general, y no á ciertas circunstancias excepcionales que en todos tiempos suelen dar orígen á fenómenos monstruosos? ¿No vemos hoy dia entre los mismos europeos cráneos tan excesivamente raros que, á juzgar por ellos solamente, los tendríamos por pertenecientes á una raza degradada, siendo así que debe-

1 Llama *iniaco* al diámetro trazado desde la protuberancia externa del occipucio hasta el punto de encuentro de los dos arcos de las cejas, en la línea intermedia de la cabeza.

2 E. T. Hamy, *Précis de Paléontologie humaine*, pág. 129-130. Paris, 1870.

3 Prüner-Bey, *Congrès international d'Anthropologie*, etc., páginas 358-359. — Paris, 1868.

juzgarse de ellos todo lo contrario? Fuera de que la antigüedad de dicho cráneo está muy distante de tener en su favor argumentos ciertos é irrefragables: razones poderosas inducen á creer que el cuerpo á que el tal cráneo perteneció fué sepultado mucho despues de formada la capa de tierra cuaternaria que con levísimo espesor lo cubria. Y ciertamente, el haber sido hallado el esqueleto á solos dos piés de profundidad en una gruta, donde el esqueleto entero estaba colocado de tal manera que, ocupando la mitad del espacio, tenía dirigida la cabeza hácia el punto de entrada, da grave motivo para sospechar que el hombre de Neanderthal fué enterrado en aquel lugar en tiempos quizá muy posteriores á la época cuaternaria. Ni nos mueve por fuerza á pensar de otro modo la suma consistencia de la tierra cuaternaria que lo cubría, porque esta consistencia bien podria haberla adquirido la tierra posteriormente con el transcurso de los años y con las vicisitudes de los tiempos. Por otra parte, la naturaleza de las irregularidades orgánicas de este cráneo no es tal que no se encuentren hoy dia, otros semejantes entre los mismos europeos: "De tiempo en tiempo, escribe Hamy hablando de estas irregularidades, se pueden observar estos caractéres, ya aislados, ya reunidos, en cráneos modernos, y no es cosa rara hallarlos en individuos vivientes. MM. B. Davis, Carter-Blake, etc., en Inglaterra y en Irlanda; MM. R. Wagner, G. Busk, C. Vogt, Schaaffhausen, en Holanda, Alemania y Dinamarca; Broca, Prüner-Bey, Gervais, etc., en Francia, han recogido hechos de este género„ [1]. Pozzy termina la discusion de este famoso cráneo con las siguientes palabras: "Digamos, finalmente, para acabar, que la particularidad más sobresaliente de este cráneo, ó sea el desarrollo de los senos frontales, se encuentra, segun M. Prüner-Bey, de una manera, si no absolutamente idéntica, al ménos análoga, en cráneos aislados de todas las épocas y áun entre nuestros contemporáneos. Tal es el caso del hijo del general Grouchi, poco há finado, y del Dr. Buffalini, una de las celebridades médicas de Italia„ [2]. Podría citaros, decía Vogt en el Congreso internacional de Paris celebrado en 1867, uno de mis amigos, el Dr. Emmayer, médico alienista aleman, cuyo cráneo es verdaderamente del tipo de Neanderthal; y añadiré que la vista de estas prominencias enormes de las cejas, debajo de las cuales brillan dos ojos chispeantes, contribuye á darle una grande influencia sobre sus

[1] E. T. Hamy, *Précis de Paléontologie humaine*, cap. VIII, pág. 241.—Paris, 1870.
[2] Pozzy, *La terre et le récit biblique*, etc., liv. III, chap. XI, pág. 387.

enfermos„ [1]. Lo mismo escribe Quatrefages en la *Revue Scientifique*, en su número de 10 de Febrero de 1872, y en el Congreso de Bruselas, celebrado en el mismo año, añade lo siguiente: "La forma dólico-plati-cefálica (oblonga y aplanada, precisamente como la del cráneo de Neanderthal) del cráneo no es incompatible con un desarrollo intelectual tan perfecto como el que suele acompañar á otras formas ménos excepcionales. Entre los dolicocéfalos modernos figuran personas que se han distinguido por su saber y que han adquirido celebridad histórica: citaremos tan sólo á Kay-Lukka, gentilhombre dinamarqués, á quien ha cabido un lugar muy principal en la política del siglo xvii, y cuya cabeza hemos reproducido nosotros en nuestros dibujos (*Crania ethnica*); á San Masuy, obispo de Toul en el siglo iv, cuyo cráneo puede tambien verse delineado en nuestra obra; y finalmente, al héroe escocés Roberto Bruce. Estos hechos demuestran una vez más cómo se cometería un error atribuyendo exclusivamente á ciertas formas craneanas ideas absolutas de superioridad ó inferioridad en el órden intelectual ó en el moral.„

Véase, pues, cuán sin sustancia es el argumento que han querido formar algunos transformistas sobre el cráneo de Neanderthal. Vogt y Haeckel han acudido á otra clase de razones, aunque no ciertamente más poderosas. El primero de estos dos escritores compara el cerebro de los microcéfalos (*hombres de pequeña cabeza*) al de los monos antropomorfos; el segundo hace figurar en su cuadro genealógico á los idiotas, á los afectados de cretinismo y á los microcéfalos; ambos finalmente, consideran á esta clase de séres como otros tantos casos de *atavismo*, en que se reproduce incidentalmente una forma que en otros tiempos fué vulgar y comun á toda la especie. ¡Pero cuán contrarios á la sana filosofía se muestran estos pretendidos sabios al proferir tamaños dislates! El idiotismo, el cretinismo y la microcefalia, son meros casos de enfermedad física en que toda la organizacion padece. ¿Qué tienen, pues, que ver estos hechos, puramente teratológicos y patológicos, con el atavismo? Y si al atavismo los hemos de referir, ¿por qué no atribuir tambien á esta causa la infecundidad con que todos estos séres vienen al mundo? Es que, obrando de esta suerte, la seleccion natural quedaría derribada por el suelo; y así, obrando con la mayor arbitrariedad del mundo, se toman de estas personas enfermizas y raquíticas solamente los caractéres que podrían convenir al sistema. "La

1 Vogt, citado por Pozzy en el lugar que acabamos de referir.

microcefalia, escribe de Quatrefages refutando estas inepcias de Vogt y de Haeckel, no es otra cosa sinó una especie de detenimiento en la marcha evolutiva, sufrido por el cráneo y por la materia en él encerrada. Este *detenimiento* empero no es una cosa aislada: Otros órganos, otras funciones, han sufrido tambien en los microcéfalos. Todos ellos se han mostrado siempre infecundos, y cierto que la infecundidad no puede ser considerada como un caso de atavismo „ [1].

Fuera de que, si al atavismo hubieran de ser agregados los referidos fenómenos, nuestros padres no serían los que pretendian Haeckel y Darwin, sinó otros muy diferentes. "No son los monos más perfectos, continúa de Quatrefages en el lugar citado, aquellos á quienes se van asemejando los hombres cuando caen en las enfermedades sobredichas, sinó los de cola prehensil del *nuevo continente*, es decir, esos *platirrinos* excluidos por Haeckel y Darwin de la genealogía humana. Por donde se ve que la misma doctrina darwiniana protesta contra este linaje de aproximacion que se quiere establecer entre los microcéfalos y nuestros pretendidos abuelos, los pitecoideos. „

Y despues de todo, la microcefalia no altera la forma del cerebro; lo que hace únicamente es detener su marcha por un impedimento físico que se ha atravesado incidentalmente en el organismo. Por consiguiente, los microcéfalos, con todo su raquitismo, nada tienen que ver con la doctrina monesca de nuestros transformistas, y así éstos gastan inútilmente el tiempo trayendo á la escena semejantes paparruchas. "Las relaciones de que se trata, escribe el ya mencionado de Quatrefages, no llegan á presentar una semejanza suficiente para autorizar las conclusiones del sabio genovés. Aunque con frecuencia son ménos voluminosos y ménos plegados que los de los monos antropoideos los cerebros de los microcéfalos, ha dicho Gratiolet, sin embargo, no se tornan en modo alguno semejantes á ellos. Esta proposicion queda en toda su verdad y entereza aun despues del trabajo de Vogt „ [2].

No son más felices los transformistas en la otra clase de argumentos psicológicos y morales que aducen en confirmacion de su doctrina. " No se puede negar, dice Darwin, que entre la inteligencia del hombre y la del mono hay una diferencia inmensa; pero ésta

1 De Quatrefages, *L'espèce humaine*, chap. xi, n. 7.
2 Idem., *l. cit.*

es todavía mayor entre un mono y una lamprea „ [1]. " ¿Quién duda, añade, que el perro discurre lo mismo que nosotros, fundando sus raciocinios en el principio de causalidad? Yo mismo vi en cierta ocasion al mio ponerse á ladrar de repente contra un imaginado sér invisible que venia á invadir su territorio. Porque ¿cómo, sino de este modo, se pueden explicar los ladridos que daba contra una sombrilla puesta de improviso en movimiento por el viento? *El perro, al ver aquel fenómeno, se debió decir á sí mismo, por un raciocinio rápido é inconsciente, que un movimiento sin causa alguna visible era indicio de hallarse allí presente algun agente vivo desconocido, y que sin embargo ningun extranjero tenia derecho de meterse en su territorio* „ [2]. " ¿Y no es ésta, continúa argumentando el mismo sabio, la manera como los hombres se han formado la idea de Dios? Primero se figuraron, cuando todavía se hallaban en el estado salvaje, que miéntras dormian venia un sér invisible á visitarlos, ó que su alma salía del cuerpo para hacer sus excursiones por el mundo, y luégo volvía á su morada ántes de comenzada la vigilia. De aquí nació en ellos la idea de los espíritus, *siendo sumamente difícil á la rudeza de aquellos ingenios discernir entre las impresiones subjetivas y las objetivas* „ [3]. " Más tarde, con el mayor desarrollo de la inteligencia, llegaron á formarse por este camino la idea de Dios. Porque *de la creencia* en los espíritus invisibles á la de uno ó varios dioses el tránsito es fácil „ [4]. " Finalmente, por lo que hace al sentido moral, escribe el nuevo moralista, con razon lo podemos considerar *como un instinto social llevado á su última perfeccion* [5]. Como el hombre no puede impedir que sus pasadas impresiones vuelvan continuamente á su espíritu, se verá forzado á comparar las impresiones más débiles, del hambre y de la venganza, por ejemplo, que satisfizo ó del peligro que evitó á expensas de los demas hombres, con el instinto de simpatía y de benevolencia hácia sus semejantes que actualmente se hace sentir en él, y nunca deja de obrar en el ánimo con algun grado de actividad. Entónces sentirá en su imaginacion que un instinto más poderoso ha cedido á otro, el cual ahora parece comparativamente débil, y á consecuencia de esto nacerá en él inevitablemente este sentimiento de des-

1 Darwin, *The descent of man*, vol. 1, pág. 35.
2 Idem., *l. cit.*, pág. 67.
3 Idem., *l. cit.*, pág. 66.
4 Idem., *l. cit.*, pág. 67.
5 Idem., *l. cit.*, pág. 106.

agrado (*remordimiento*), á que están sujetos, así los hombres como todos los animales, en órden á la satisfaccion de sus instintos „[1].

Aquí tenemos toda la filosofía darwinista puesta enfrente de la filosofía cristiana: el sensismo brutal que en ella rebosa por todas partes, la tiene juzgada ántes de ser llamada á exámen. ¡Qué manera tan indigna de tratar al hombre, diciendo que entre la inteligencia de éste y la del mono hay menor distancia que entre la inteligencia de la lamprea y la de este mismo animal! No: toda la filosofía protestará indignada contra tan repugnante desvarío; la distancia que media entre el mono y la lamprea por esta parte es la que separa á un cuerpo de otro, puestos ambos sobre la superficie terrestre, miéntras que la interpuesta entre el hombre y el mono es la que separa al cielo de la tierra. La facultad perceptiva, tanto del mono como de todo otro animal, es material y orgánica, como contenida dentro de la esfera de lo puramente sensible; la inteligencia del hombre, por el contrario, es inorgánica y espiritual, levantándose con ella nuestras almas á la elevada region de lo invisible y eterno. Bien es verdad que Darwin opina que *un animal cualquiera, dotado de instintos sociales bien marcados, adquiriria infaliblemente el sentido moral* ó conciencia tan pronto como sus facultades intelectuales llegasen al mismo grado de desarrollo, ó poco ménos, que tienen las nuestras [2]. Pero esta opinion es solemnemente absurda, porque los instintos de los animales, sea cual fuere el grado de perfeccion á que se les quiera elevar, nunca podrán versar sobre otra cosa sinó sobre objetos sensibles, materiales y concretos, miéntras que el sentido moral del hombre se cierne en la region pura de lo espiritual, inmaterial é inteligible. El sentido moral ó conciencia del hombre, aunque versa sobre acciones concretas y sobre objetos sensibles, no por eso es material y orgánico, como el de los brutos. Las ideas universales y de un órden puramente intelectual que entran en el juicio de la conciencia no pueden ser formadas por facultad alguna orgánica, sinó que pertenecen á otra de un órden muy superior, á la inteligencia, á la razon pura, por la cual pertenecemos al mundo de los espíritus. Los remordimientos de la conciencia nacen en nosotros de no haber obrado conforme á un *ideal*, de que es absolutamente incapaz la imaginacion del bruto, y cuya norma nos *manda* seguir el Supremo Legislador, intimándonos sus divinos *pre-*

1 Darwin, *l. cit*, pág. 90.
2 El mismo, *l. cit.*, pág. 71-72.

ceptos por medio de nuestra propia razon. ¿Qué tiene que ver toda esta serie de conceptos universales, puros y suprasensibles, que entran esencialmente en los dictámenes de la conciencia humana, con la comparacion de opuestas impresiones orgánicas, habidas en diferentes tiempos, á que pretende reducir nuestra conciencia el nuevo proclamador del sensismo?

¡Donosa moral por cierto la de este sabio, que aniquila por completo la libertad humana y hace de nuestro espíritu un mero autómata, condenado á juzgar de la honestidad de un acto segun la impresion material del momento! ¿Qué me importa á mí que, pasado el encendimiento de la pasion, sienta más vivamente las impresiones benévolas del instinto social, perennes y constantes, que las otras malévolas é individuales, presentes ahora á mi espíritu sólo por vía de recuerdo; si cuando me hallaba bajo el influjo de estas segundas no era dueño de oponerme á ellas, ántes juzgaba, sin poder hacer otra cosa, que debia seguir su impulso y obedecerlas, porque *entónces* su intensidad superaba á la de sus contrarias? En este malhadado sistema todas nuestras acciones son necesariamente *buenas*, porque por una parte siempre obramos arrebatados por la corriente más intensa que *en cada momento* nos arrastra, y por otra en seguir esta corriente está precisamente toda la honestidad de nuestros actos. El desagrado sentido más tarde no es un remordimiento moral propiamente dicho, sinó una mera necesidad física, semejante á la tristeza que experimenta un hombre poseido de una vehemente pasion y convencido al mismo tiempo de que le es imposible satisfacerla. En ambos casos hay tristeza y desagrado por la falta de un bien apetecible en este momento dado, pero tristeza física y nada más. Déjate que varíen las impresiones y que el simple recuerdo de una accion se convierta en actual apasionamiento por ella: entónces lo bueno y honesto será obrar conforme á este nuevo estado de cosas, porque bajo su influjo soberano será imposible tener por verdadero bien sinó aquello á que la pasion arrastra. Esto es precisamente lo que hacen los brutos; y si ésta es la moral que nos quieren introducir los secuaces de la nueva doctrina, en verdad que progresamos en la senda de la perfeccion á las mil maravillas; en lugar de aproximarse los monos á nosotros, nosotros seremos, por el contrario, los que á grandes jornadas vamos caminando hacia ellos. No há mucho que me escribia de América un cierto sujeto las siguientes palabras: «El darwinismo enseña que el hombre es una derivacion del mono, adonde ha llegado esta

repugnante bestezuela por el camino del progreso; yo creo que sería mucho más racional afirmar todo lo contrario, diciendo que el mono es una degradacion del hombre, á la cual nos pretenden llevar nuestros modernos sabios por la via del retroceso. Esto es, ni más ni ménos, lo que intentan los transformistas en su loco empeño de emparentarnos con el mono; la moral monesca es lo que buscan estos señores; nada de Dios, nada de otra vida; los goces presentes: hé aquí la verdadera honestidad de todas sus obras.

¿Y quién puede aguantar la manera con que Darwin hace nacer en nosotros la idea de Dios despues de haber vivido nuestros abuelos largos años con la misma y sola moral independiente que ahora nos quieren regalar los partidarios del materialismo? ¿No es esto decir en puridad que dicha idea es hija del mero subjetivismo, fruto espontáneo de nuestras ilusiones imaginarias, sin saber si le corresponde ó no algo real y verdadero en el órden de las cosas? En verdad que el autor del *Origen de las especies*, al hablar de este modo sobre *La descendencia del hombre* en órden á la idea de un Sér Supremo y gobernador del mundo, que todos los mortales poseen sobre la tierra con mayor ó menor perfeccion, ha dado á sus lectores justísimos motivos para sospechar que el deismo proclamado por él es un simple acomodamiento con las ideas generales de la sociedad en que vive. Si al conocimiento de Dios no ha llegado el hombre sinó por una serie de ilusiones producida al través de los estados de la vigilia y del sueño, ¿por qué camino ha llegado á saber el naturalista inglés que un Dios así imaginado y fantaseado es una verdadera realidad, y no una simple creacion de nuestro espíritu? El ateismo se impone necesariamente en la suposicion darwiniana, ó al ménos el razonable juicio de que el Sér invisible y supremo gobernador del universo creido por todos los hombres es un mero fantasma de nuestra imaginacion, como fueron fantasmas los espíritus soñados de nuestros abuelos al pensar que un sér invisible les visitaba miéntras dormían, ó que su alma hacía una excursion fuera del cuerpo á los diferentes países de la tierra. Para el caso todo es lo mismo: Dios será un sér fantástico ó problemático, y los hombres podrán vivir ya en el mundo sin esperanza ni temor de ese espantajo que tan ahilados trajo á nuestros antepasados.

No; ni la idea de los espíritus, ni la de un Espíritu Sumo, creador del mundo, y próvido gobernador de todas las cosas, han sido debidas á la imaginacion del hombre, sinó á su razon espiritual é

incorruptible. Basta poner los ojos en esta admirable máquina del universo para concluir inmediatamente que ella no se ha hecho á sí misma, sinó que debe la existencia, conservacion y movimiento á la inteligencia y poder de un Artífice Soberano adornado de inteligencia suma. Por eso esta idea la adquieren todos los hombres, más ó ménos clara, segun sea más ó ménos penetrante su razon, al ponerse ésta en inmediato contacto con el mundo sensible. Asimismo la idea de nuestra inmortalidad nace en nosotros espontáneamente con el conocimiento claro así de nuestra libertad como de los actos espirituales que practicamos á cada momento, levantándonos sobre la materia, y elevándonos á la esfera inmortal de lo inteligible. No necesitamos de sueños ni de ilusiones fantásticas para persuadirnos de que despues de esta vida nos espera otra, más duradera, donde han de ser recompensadas largamente las acciones buenas de la presente, y castigadas las malas. Piensen así los que no ponen diferencia esencial entre el alma de un hombre y la del perro que le acompaña.

Nosotros, por el contrario, sin degradarnos de esta suerte, veremos siempre la existencia de la otra vida en la necesidad de una sancion eficaz que nos haga vivir en este mundo conforme á los preceptos de la ley divina. Sin la sancion de los premios y castigos de la otra vida la ley natural queda desarmada por completo, y cualquiera puede despreciarla impunemente, siendo muy leves é insignificantes para este objeto, así el castigo del remordimiento como el galardon del gozo que suelen acompañar aquí á las malas y buenas acciones. Por eso vemos que cuantos desprecian los premios y los castigos de la otra vida son gente, por lo regular, entregada á toda suerte de vicios; y áun los que creen en estas cosas son tanto ménos cuidadosos de guardar la ley natural, cuanto más olvidados están de los premios y castigos reservados en la otra vida.

Esto es algo más sólido ciertamente que la peregrina ocurrencia de igualar la humana filosofía á la de un pobre perro espantado por el movimiento extraño de una sombrilla. Las imaginaciones del perro-filósofo que levantan todo un sistema de metafísica sobre las ondulantes sombras de un quitasol, dando en su magin alborotado cuerpo y consistencia á los espíritus invisibles, son verdaderamente una cosa digna del siglo XIX. ¿No diremos nosotros con mucha más razon que las ilusiones imaginarias tienen su asiento y lugar en el cerebro de aquellos que, echándose á fantasear nuevas doctrinas, deseosos de decir cosas que nadie ha pensado en este mundo, dan

al traste con toda la herencia del sentido comun que les imprimió al criarlos el Autor de la naturaleza? Todo el que todavía conserve un poco de buen juicio dirá sin titubear que el perro de Darwin no ladró contra sér alguno invisible, sinó contra el *muy palpable de la sombrilla,* que con sus movimientos insólitos se le representó como una cosa monstruosa y nunca vista en los dias de su vida.

Como conclusion de todo lo que llevamos escrito sobre la teoría transformista con la mira de defender el divino orígen del hombre enseñado por la Religion cristiana, séanos permitido poner fin á este capítulo con las siguientes palabras del profesor Faivre, que sirven de remate á su interesante obra sobre la variabilidad de las especies: "Esta hipótesis (de la *variabilidad indefinida*) no se legitima, ni por su principio, que es una conjetura, ni por sus deducciones, que en ninguna manera confirma la realidad, ni por sus demostraciones directas, que apénas llegan á verosimilitudes, ni por estas dos consecuencias extremas, que así la ciencia como la dignidad humana nos prohiben aceptar, á saber: la generacion espontánea, y el parentesco íntimo y degradante del hombre con el bruto. A pesar de toda la habilidad é ingenio con que ilustres sabios se han esforzado en defender esta doctrina, la razon y la experiencia han dejado en pleno vigor el juicio tan reservado como justo que sobre ella ha proferido Cuvier, diciendo que *entre los diversos sistemas relativos al orígen de los séres organizados, no hay ninguno ménos verosímil que el que hace nacer de la variabilidad dicha, uno tras otro, los diferentes géneros por via de desenvolvimiento y de metamorfósis graduales*". (Cuvier, *Recherches sur les ossemments fossiles,* t. III, página 297, 3.ª edicion.) [1]

1 Faivre. *La variabilité des espèces et ses limites,* par Ernest Faivre, professeur à la Faculté des Sciences de Lyon, Paris, 1868.

CAPÍTULO XXIX

UNIDAD DE LA ESPECIE HUMANA.

DEMOSTRADO ya el orígen divino del hombre, resta ahora averiguar si todos los pueblos que se hallan derramados sobre la superficie de la tierra pertenecen ó no á una misma especie. Este es un punto de la mas alta importancia por las consecuencias prácticas que lleva consigo en la vida social, donde va mucho de considerar á todos los hombres como iguales en dignidad, por la comunidad de naturaleza que en todos se encuentra uniforme, ó ver en ellos especies diferentes y séres destinados por su misma condicion interna á vivir bajo el dominio y posesion de otros. La escuela americana, que en estos últimos tiempos ha abogado tan ardorosamente por la esclavitud, en la diversidad de especies humanas ha pretendido hallar el principal fundamento de sus asertos. Para ella el negro debe ser mirado como una mera propiedad del blanco, al cual la misma superioridad de naturaleza le hace su propio y legítimo señor, no de otra suerte que lo es de los perros y demas alimañas de la tierra. En Nueva-Holanda algunos ingleses, llevados de esas funestas ideas, han llegado hasta á cazar como fieras á los habitantes del país, descargando sobre ellos sus escopetas para proporcionar de esta suerte alimento á sus propios perros. ¡Cuánto más agradable es en esta parte la benéfica y esencialmente civilizadora doctrina de la Iglesia católica, la cual, apoyada en las enseñanzas de la divina revelacion, nos manda mirar á todos los hombres del globo terrestre, sean blancos ó negros, civilizados ó salvajes, como verdaderos hermanos é hijos de un mismo padre! La revolucion francesa, á fines del siglo pasado, creyó haber llegado á lo sumo de la sabiduría humana cuando, resumiendo en breves palabras los imprescriptibles derechos del hombre, puso con orgullo en su ban-

dera aquel famoso lema de: *Libertad, igualdad y fraternidad,* que tan mágico influjo ha ejercido en los pueblos para corromperlos. Mucho ántes que la revolucion francesa había ya hecho resonar en la Judea el fundador del Cristianismo estas mismas palabras, entendiéndolas en su verdadero sentido, y había encomendado á sus discípulos la mision de predicarlas por todo el mundo. Y en tiempos más remotos todavía el inspirado autor del Pentateuco nos dejó escrito que todos los hombres son hijos de Adan, y pertenecen á la familia de Noé, la cual fué preservada por Dios de la catástrofe universal para que poblase la tierra despues del diluvio.

Esta comunidad de orígen proclamada en las divinas letras, no es ciertamente necesaria para que los hombres todos del universo formen una sola especie; aunque no deja de ser claro indicio de que, en efecto, la constituyen. La especie ha sido definida por el sabio naturalista M. de Quatrefages en términos que hacen de ella "una coleccion de individuos más ó ménos semejantes entre sí, pero capaces de ser considerados como descendientes de una sola pareja por una sucesion de familias natural y nunca interrumpida " [1]; y ésta es tambien la idea que sobre ella han tenido en sustancia los sabios de todos los tiempos, á partir de la época del Stagirita, si bien en la expresion de la misma ha podido existir alguna variedad de poca ó ninguna importancia. La *posibilidad* del parentesco, no el parentesco *efectivo*, es lo que entra en la definicion general de la especie. Por eso, áun cuando los individuos del linaje humano reconociesen *diferentes centros de creacion*, y, en lugar de proceder todos de Adan ó de Noé, perteneciesen á distintas familias primitivamente criadas por Dios; todavía no dejarían de formar una sola especie, si la naturaleza de todos ellos es una misma, y tiene, por consiguiente, intrínseca virtud para transmitirse de los unos á los otros por vía de natural descendencia. En la produccion de los animales no sabemos que Dios haya empleado el mismo modo que en la creacion del hombre, haciendo descender á cada especie de individuos de una sola pareja primitiva; ántes bien, como sabiamente observan los Escolásticos, lo natural parece que haya seguido el camino contrario, para que con mayor facilidad y rapidez fuese poblado el globo de aquellas clases de animales y plantas que guardaban mayor armonía con las condiciones especiales de cada terreno. Sin embargo, no por eso pertenecerán ménos á una misma especie

1 De Quatrefages, *L'espèce humaine*, liv. I, chap. III, n. 2.

las diferentes variedades de cada tipo, siempre que estas variedades sean tales que dejen á los individuos dentro del cuadro de la misma naturaleza, capaz por sí sola de haber dado á todos ellos el mismo origen, haciéndolos nacer de un mismo tronco.

Esto es lo que no quieren entender ciertos *poligenistas*, ó sea defensores de la multiplicidad de especies humanas, al atacar el dogma católico de la unidad de nuestra especie con cierta clase de argumentos que sólo miran á la comunidad de origen. La unidad en cuestion hay que combatirla, no con la multiplicidad de obstáculos externos que hayan podido experimentar los primeros hombres en el difundirse por el globo, sinó con la imposibilidad física de ser atribuidos á un mismo tipo los internos caractéres que distinguen á los diferentes pueblos de la tierra. Dejémos, pues, para el capítulo siguiente lo relativo á la comunidad de orígen: ahora sólo versará nuestra consideracion sobre los argumentos científicos que militan en favor de la unidad de especie. Estos argumentos no serán quizá de tal naturaleza que *demuestren por sí solos* la verdad del dogma cristiano: lo cual nada importa para nuestra fe, pues nosotros no creemos los dogmas de nuestra sagrada Religion porque se presente clara á nuestros ojos la intrínseca evidencia de los mismos, sinó porque nos consta con certeza el *hecho* de su revelacion divina. Su valor, no obstante, es tan grande, y su fuerza tan poderosa, que, si no llevan al ánimo la conviccion, al ménos la persuaden en términos que, áun científicamente hablando, no obraría con prudencia quien á ellos no se rindiese, ántes tratase de abogar por la causa del poligenismo, defendiendo la variedad de especies humanas. Buffon, Camper, J. Hunter, Blumenbach, Forster, Cuvier, Weber, Tiedemann, Prichard, Humboldt, J. Müller, Flourens, Serres, Quatrefages, Godron, y en general las más altas autoridades de la ciencia, se han pronunciado por esta doctrina, teniéndola por la única admisible en esta materia. "El monogenismo, escribe de Quatrefages, cuenta entre sus partidarios á casi todos los naturalistas que han fijado su atencion en los fenómenos de la vida, y entre ellos á los más ilustres. No obstante la diferencia de doctrinas profesadas por Buffon y Linneo, Cuvier y Lamark, Blainville y los dos Geoffroy, el fisiólogo Müller y el viajero Humboldt, todos estos autores están de acuerdo sobre este punto" [1]. Y el sabio Godron, despues de traer en favor de nuestra tésis los nombres que poco há

[1] De Quatrefages, *L'espèce humaine*, liv. I, chap. II, n. I.

hemos escrito, se expresa juiciosamente en estos términos: " Es notable que, en una cuestion científica y ardorosamente debatida, se pronuncien con unanimidad en favor de la unidad primitiva del género humano una coleccion de hombres tan ilustres y tan especiales por la naturaleza de sus estudios; y si todavía no podemos considerar como definitivamente resuelta una cuestion que cortan mas bien que resuelven los maestros de la ciencia, parécenos sin embargo que el acuerdo de estos autores constituye ya por sí sólo una grave presuncion en favor de su doctrina, y que sería una temeridad casi pueril acusarlos de error sin haber estudiado á fondo esta difícil materia " [1].

A tres clases podemos reducir los argumentos referidos: la primera comprende los designados con el nombre de *morfológicos*; en la segunda están contenidos los *fisiológicos*, y en la tercera, finalmente, los *psicológicos*. De ellos trataremos con alguna detencion, cuidando sin embargo de no traspasar los límites que nos hemos prefijado en este escrito. Y en primer lugar, comenzando por los caractéres de forma que corresponden á los diferentes pueblos esparcidos por el globo, ellos son tales que, si bien á primera vista inducen á creer la multiplicidad de especies, mirados no obstante con diligencia nos revelan una simple variedad de *razas*. Todo el mundo sabe lo que entendemos con esta palabra que acabamos de subrayar. La raza es un conjunto de individuos que heredan por medio de la generacion ciertas particularidades *accidentales* que no alteran *sustancialmente* la unidad del tipo. Tal es, por ejemplo, entre los animales la raza merina de las ovejas españolas, y la árabe de los caballos andaluces, las cuales se pueden conservar indefinidamente con tal que se impida el cruzamiento de ellas con otras de la misma especie. Ciertamente, comparado un indivíduo de la raza caucásica con otro de la etiópica ó de la mogola, á primera vista parecerá que no es posible hayan brotado todos ellos de un mismo tronco, con tal de que se tenga cuidado en elegir aquellos en que más señaladamente impresos se presentan los caractéres de su propia raza. Pero haciendo despues sobre esto un estudio particular, y comparando, no los que sobresalen más en cada grupo, sinó otros en quienes no se hallan tan marcados los referidos caractéres, entonces el juicio no puede ménos de experimentar una variacion

1 Godron, *De l'espèce et des races dans les êtres organisés*, tomo II, chap. V, páginas 371-372.

notable; porque las diferencias de raza á raza llegan á disminuir en términos, que con dificultad se puede establecer el punto de division entre una y otra; indicio manifiesto de que todas aquellas modificaciones accidentales y accesorias han sido introducidas lentamente con el proceso de los siglos, merced á los agentes de la naturaleza, en un tipo primitivamente uniforme, y ahora alterado solamente en algunas cualidades secundarias. Tomemos, por ejemplo, las razas entre sí más opuestas, á saber: la caucásica y la etiópica, en las cuales, por consiguiente, más que en ninguna otra debiera aparecer la línea divisoria de una manera clara y precisa entre todos los individuos pertenecientes á una y otra, á ser verdadera la doctrina de los poligenistas. Claro está que si comparamos solamente el individuo más hermoso de la primera con el más feo de la segunda, como suele hacerse cuando se quiere dar una somera idea de entrambas, entónces la línea divisoria no será muy difícil de trazar; hasta los más lerdos podrán describirla, siendo tan grande la diferencia que media entre un georgiano bien conformado y un negro bozal. Pero éste no es modo de estudiar á fondo las cosas; para ello hay que poner en parangon el conjunto de caractéres de una raza con el conjunto correspondiente de los de la otra, haciendo esta comparacion en muchos indivíduos. ¿Cuáles son, pues, estos caractéres? Los principales se refieren al color de la piel, á la coloracion y estructura del cabello, á la fisonomía del rostro, á la conformacion del cráneo y del bacinete, al sudor, finalmente, despedido por los indivíduos de una y otra raza. Veamos de decir algo sobre cada una de estas propiedades.

El color de la piel es lo que más suele llamar la atencion de los ignorantes. Voltaire, el pensador más profundo de los filósofos superficiales, como en cierto lugar le llama el conde de Maistre, escribió por esta causa las siguientes palabras: "El primer blanco que vió á un negro debió quedar con su vista bien admirado; el pensador, empero, que me asegura haber sido producido éste de aquél, me causa á mí mayor admiracion todavía." No hubiera tenido ciertamente por qué admirarse el incrédulo filósofo de Ferney si, en lugar de gastar su tiempo en burlas y sarcasmos contra el Cristianismo, hubiera estudiado á fondo la cuestion para no hablar con tanta confianza de lo que no sabía. El color negro no es tan exclusivamente propio de la raza etiópica, ni el blanco de la caucásica, que no hayan aparecido repetidas veces invertidos. Hipócrates cuenta de una señora, casada con un hombre blanco como ella que tuvo un

hijo negro como un etíope, siendo por esta causa acusada de adulterio y defendida por él mismo, á quien le debió la vida. Lepelletier refiere un caso semejante, diciendo que de padres manifiestamente blancos y en quienes no era posible sospechar comercio alguno ilícito con algun negro, nació un niño con el pelo lanoso y crespo del negro, y con la tinta, fisonomía y formas del mulato.

4. Estos dos ejemplos no son en verdad decisivos para el propósito de que vamos tratando, porque al fin y al cabo podemos tener en ellos un simple caso de *atavismo*, no sabiendo cuáles fueron los antecesores del padre ó de la madre de los mencionados niños; pero no faltan otros que no pueden admitir la menor réplica por parte de nuestros adversarios. Los abisinios son negros, morenos y casi blancos, sin embargo de pertenecer al tipo semítico, cuya fisonomía conservan, cuya lengua hablan y cuyos caractéres usan en su modo de escribir á lo fenicio. Los tuariks, piratas del Sahara, descendientes de los antiguos libios, en algunas comarcas son blancos, y en otras partes, por el contrario, tienen la piel amarillenta y áun negra, sin que en ellos se adviertan ni los cabellos lanosos ni los rasgos característicos del negro; lo cual no es muy de extrañar, sin embargo, porque ellos ningun comercio tienen con los negros, á quienes desprecian, ni admiten para la procreacion de sus hijos alianza alguna con los de otros pueblos. Los judíos en los países septentrionales de Europa son blancos; en Portugal atezados; en la provincia de Cochin y en Africa, en el reino de Haussa, negros completamente; sin que esto se pueda atribuir á su cruzamiento con otras razas, porque ellos no se casan sinó con los de su nacion, conservando en todas partes los mismos instintos, las mismas costumbres. Finalmente, de los fellatahs, pueblos que ocupan la vasta region que se extiende desde el Niger hasta el fin de la Senegambia, escribe Godron lo siguiente: «El color de su piel es generalmente oscuro, pero pasando por los variados matices del trigueño, rojizo, cobrizo, bronceado, y algunas veces simplemente blanco oscuro. En el wauwon su tinte no es más prieto que el de los españoles y portugueses de la clase inferior, y por otra parte, á veces obtiene un grado decididamente negro. Richard y John Lander, que han vivido durante un tiempo bastante largo en medio de los fellatahs del Niger, dicen positivamente que tienen un tinte moreno ó un negro de hollin. Denham y Claperton han visto tambien un fellatah, de edad de unos cincuenta años, negro como el carbon, con una nariz encorvada, los ojos grandes y la barba muy espesa. Y sin embargo, esta colora-

cion se muestra independientemente de toda alianza con los negros sus vecinos; porque se distinguen muy bien, por la conformacion tan característica del cráneo y de la cara, los fellatahs de raza pura de aquellos cuyos caractéres han sido alterados con la mezcla de sangre negra „[1]

Véase, pues, qué valor puede tener el color de la piel en órden á la distincion de especies humanas, cuando en una misma raza se notan todos los matices que pasan desde el blanco hasta el negro de una manera insensible; cuando esto mismo sucede en el pueblo judío, de quien consta con certeza haber tenido por único padre á Jacob. Sea cual fuere la causa física que hace transformar el color de la piel, sobre lo cual no se puede dar una razon satisfactoria todavía en el estado actual de la ciencia, es lo cierto que esta transformacion es un efecto natural, sin que por él nos sea lícito recurrir á la multiplicidad de especies. Lo mismo sucede en los animales, entre los cuales las gallinas, por ejemplo, pasan con la mayor facilidad del color blanco al negro, si no se tiene cuidado de impedirlo. " Por esta falta de precaucion, escribe Quatrefages, se ha desarrollado este linaje de gallinas negras en varios puntos del globo, entre otros en las Filipinas, en Java, en las islas de Cabo-Verde y sobre la meseta de Bogotá, donde todos estos animales proceden de orígen europeo „[2].

Todos venimos al mundo provistos del aparato secretorio del *pigmentum*, ó materia colorante depositada entre la dérmis y la epidérmis, materia á la cual se debe el color especial de la piel; pero esta sustancia en unas razas toma un color y en otras otro, merced á las particulares circunstancias á que se hallan sometidos los hombres en las distintas regiones del globo. " Las diferencias de coloracion, dice el citado profesor de Antropología, se explican con bastante facilidad. Hoy es ya cosa sabida, sin que pueda haber lugar á la duda, que la piel del negro tiene exactamente la misma composicion que la del blanco. En uno y otro se encuentran las mismas capas, la *dérmis*, el *cuerpo mucoso* y la *epidérmis*, con la misma estructura en todas ellas: sólo que estas capas son más gruesas en el negro. En estas dos grandes razas, el cuerpo mucoso, colocado entre los otros dos, es el asiento de la coloracion. Hállase formado por celdillas de un amarillo pálido en el *blanco-rojo*, de

1 Godron, *De l'espèce et des races*, etc., t. II, págs. 164-165.
2 De Quatrefages, *L'espèce humaine*, liv. I, chap. V, n. 2.

un amarillo más ó ménos oscuro en el *blanco-moreno*, de un moreno negruzco en el negro. Como por otra parte influyen en el órgano las causas exteriores, se modifica con esto la secrecion colorada. Simon ha demostrado que las pecas no son sinó puntos de la piel del *blanco* que presentan los caractéres de la piel del *negro*, y ya se sabe que una insolacion desacostumbrada en los hombres y en las mujeres de nuestra raza, así como tambien la preñez entre estas últimas, son suficientes para determinar la aparicion de estas manchas[1]. "¿Qué tiene de extraño, continúa el mismo autor, el que un conjunto de circunstancias, entre las cuales figuran un calor constante, una luz viva, etc., extienda al cuerpo entero y haga durables estas modificaciones, circunscritas y pasajeras entre nosotros? En resolucion, el color de la piel depende de cierta secrecion que puede ser modificada por una multitud de circunstancias, como sucede en otras muchas cosas. Hé aquí por qué el indio *(ario)*, el bichari y el moro *(semitas)*, aunque *de raza blanca*, toman el mismo tinte y áun un tinte más subido que el negro propiamente dicho. Hé aquí tambien por qué éste se acerca en ciertos casos á los pueblos más ó ménos morenos que pertenesen al tipo blanco, ó toma un color que tira mucho al de las razas amarillas[2]."

Efectivamente, la preñez suele producir algunas veces en la piel de las mujeres el género de coloracion arriba dicho; así como tambien da mayores proporciones á la aureola negra del pezon mamilar, y áun es causa alguna rara vez de fenómenos mucho más maravillosos. Camper cuenta de una señora distinguida y de muy blanca tez que, cuantas veces quedaba embarazada, se iba inmediatamente ennegreciendo hasta el punto de convertirse en una verdadera negra, desapareciendo despues con el parto este color temporal, y volviendo á mostrarse de nuevo el primitivo; y Bohmare, citado por Blumenbach, hace mencion de una mujer francesa en quien tuvo lugar un ejemplo semejante[3].

Lo contrario suele suceder á los negros, que, perdiendo su color ordinario, se ven á veces atacados del *albinismo*, tomando todo su cuerpo y áun sus cabellos un color blanco mate, que les dura toda su vida, y que áun es transmitido por la generacion á los hijos. Mas no se crea que este fenómeno se verifica entre los negros solamen-

1 De Quatrefages, *L'espèce humaine*, cap. v.

2 Idem, *ibid.*, chap. v, n. 2.

3 Pozzy, *La terre*, etc. Appendice, pár. 2. D. *La couleur de la peau*, etc.

te; es comun á todos los pueblos del género humano, aunque entre los negros suele suceder con más frecuencia. Blumenbach hace mencion de una familia de albinos en Montet, en el canton de Friburgo[1]; y segun Godron[2], no hace muchos años que existia aun en Choisy-le-Roy, cerca de Paris, una familia cuyos individuos presentaban en la piel la coloracion albina. El difunto cardenal Wiseman[3] refiere un ejemplo semejante observado en una familia muy distinguida que vivia en las cercanías de Roma y contaba muchos individuos de esta clase.

Lo dicho basta para persuadirse de que el color de la piel nada tiene que ver con la multiplicidad de especies, y de que sólo sirve para probar la diversidad de razas, sea cual fuere el modo en que la naturaleza ejecuta en los hombres este tránsito de un color á otro. La coloracion y la naturaleza del cabello, que suelen ser tambien varias en las diferentes razas del género humano, ¿tendrán acaso alguna mayor fuerza demostrativa en favor del poligenismo? De ninguna manera: ántes bien su estudio atento y diligente nos conduce en la misma forma á no ver en ellas sinó el signo distintivo de la diversidad de razas. Por lo que hace á la primera, nada tenemos que observar distinto de lo que acabamos de escribir con respecto á la coloracion de la piel. Ambas dependen de una misma causa, del *pigmentum* arriba mencionado, y por lo mismo suelen guardar entre sí constante relacion. Sin embargo, todavía es más variable la coloracion en el cabello que en la piel, puesto que en una misma persona pasa á veces del negro al blanco, ya por razon de la edad, ya tambien á consecuencia de alguna afeccion moral profunda, como una tristeza suma ó un temor repentino. Los hombres de una misma raza presentan la variedad más completa en los colores del cabello, tanto que con ellos podemos formar una serie continua de matices que principie en el blanco y acabe en el negro. Los cabellos del hombre son rubios, castaños, rútilos, rojos, pardos y negros, y tienen otros mil matices con que se unen estos colores entre sí. Ninguno de estos colores son propios y exclusivos de raza alguna, ninguno por consiguiente forma carácter específico, sinó, cuando más, de raza solamente.

1 Blumenbach, *Medicinische Bibliothek*, tomo II, pág. 545. (Citado por Godron *De l'espèce*, etc., tomo II, pág. 151.)

2 Godron, *l. cit.*

3 Wiseman, *Discursos sobre las relaciones*, etc., libro I, discurso tercero, primera parte.

En cuanto á la naturaleza del cabello, alguna mayor dificultad se podria ofrecer; pues el carácter lanudo y ensortijado del cabello de los negros parece muy distinto del largo y ahebrado de los blancos. Pero esta dificultad se disipa al momento con sólo poner alguna mayor atencion en el asunto. En primer lugar, no se debe creer que el pelo de los negros sea verdadera lana. Prichard lo ha examinado cuidadosamente á la luz del microscopio, advirtiendo en él la falta de angulosidades y asperezas que dan á la verdadera lana la forma de sierra. "De las observaciones practicadas, dice, resulta con perfecta evidencia que el negro tiene cabellos propiamente dichos, y no lana. La principal diferencia entre los cabellos del negro y los del europeo consiste simplemente en que los unos son más rizados y más crespos que los otros; y ésta no es realmente sinó una diferencia de más á ménos, puesto que en algunos europeos tambien los cabellos se presentan excesivamente crespos. Hay tambien otra diferencia, á saber: la mayor cantidad de sustancia colorante que se nota en los cabellos del negro. Es muy probable que esta particularidad se halle íntimamente relacionada con la anterior, en términos de que quizá hasta debe ser considerada como su verdadera causa„ [1]. Ademas, aunque fuera verdadera lana, no por eso habria razon para hacer de esto una propiedad específica. En los animales el pelo se convierte en lana, y viceversa, segun sean diferentes las circunstancias del medio en que se les coloca; por consiguiente, lo mismo podrá acaecer esto en el hombre, sin que por ello haya necesidad de recurrir á la diversidad de especies. "El vellon lanoso de nuestros carneros, escribe Quatrefages, es reemplazado por un pelo corto y liso en una parte del África. En América sucede lo mismo con los carneros del Magdalena cuando no se les esquila; y, por el contrario, en las altas montañas de los Andes los jabalíes adquieren una especie de lana basta„ [2]. Finalmente, comparando uno con otro el pelo de las diferentes variedades humanas, se encuentra una serie continua desde el cabello del blanco hasta el del negro, pasando por cambios verdaderamente insensibles; lo cual indica con toda claridad que las diferencias están muy léjos de ser específicas por esta parte. Lo mismo podríamos decir acerca de la barba, que en unas razas es muy poblada y en otras muy tenue, en unas de un color y

1 Prichard, citado por Pozzy en su excelente obra: *La terre et le récit biblique* Appendice, pár. 2, D, pág. 479.

2 Quatrefages, *l. cit.*, liv. 1, ch. v, n. 3.

en otras de otro. Ciertos pueblos tienen la costumbre de arrancarse los pelos de ella, razon por la cual se imaginaron erróneamente algunos viajeros que estas gentes eran naturalmente imberbes. Algun fundamento, sin embargo, no faltaría para calificarlos de este modo, porque de suyo tienen la barba muy poco poblada. Esto empero en nada perjudica á nuestra tésis, puesto que entre los mismos europeos no faltan tampoco barbilampiños, siquiera sean pocos en número; así como tambien hay pueblos entre los americanos puros á quienes crece la barba como á los blancos de Europa. Los chepewyanos en la América septentrional, los patagones, los guatos, los guaranis y los guarayos en la meridional pertenecen á esta clase, sin que pueda ser atribuido este fenómeno al cruzamiento de sus razas con las de los blancos.

En esto, como en las demas cosas, la naturaleza es muy varia segun son varias tambien las circunstancias en que obra. Así como en unas partes cria gentes desprovistas casi totalmente de materia cabelluda, en otras les reparte esta sustancia con verdadera profusion. Todos sabemos cuán extraordinario debió ser el vello de Esaú, pues su hermano Jacob pudo engañar á Isaac, padre de entrambos, ya ciego por la vejez, cubriéndose la cara y las manos con las pieles de los cabritos que acababa de matar para prepararle la cena. En 1774 vió el célebre Buffon un ruso que tenia cubierta de pelo toda la cara y hasta la frente misma; y los ainos, hombres de la raza kuriliana, suelen ser tan peludos que á algunos de ellos casi todo el cuerpo se les cubre de pelo, llegando á brotar esta sustancia hasta en el mismo espinazo.

Pero vengamos ya á las facciones del rostro, que suelen llamar tanto la atencion de los observadores, y en las cuales han pretendido algunos hallar una diferencia verdaderamente específica entre el negro y el blanco. En ellas tambien tenemos lo mismo que acabamos de escribir acerca del cabello y del color de la piel. Si todos los negros estuvieran cortados segun el mismo tipo, de suerte que sus facciones fuesen propias y exclusivas de esta raza, y ningun individuo se encontrase en las otras que en una manera ú otra las imitase, entónces habría razon para dudar por esta parte. Pero nada de esto sucede; ántes hay negros á quienes la forma de la cara, si no fuera por el color distintivo de su raza, los colocaria entre los verdaderos blancos. Blumenbach observa que entre los etiopes de pura raza hay cierta clase de hombres *de forma tan hermosa y elegante que, hecha abstraccion del color, con dificultad se les podria*

distinguir de los europeos[1]. Prichard, hablando de un negro del Africa central, escribe tambien estas palabras: "Si en lugar de ser negro fuera blanco el color de la piel, nada habria en su cara por donde se le pudiese discernir de un europeo"[2]. Este mismo autor dice tambien con referencia á Barbot, que en ciertas poblaciones negras de la Costa de Oro "los hombres son generalmente bien formados y tienen la cara agradablemente ovalada, los ojos brillantes, pequeñas las orejas, los dientes menudos, blancos y bien dispuestos, los labios frescos y encarnados, mucho menos gruesos y colgantes que los negros de la costa de Angola, sucediendo lo propio á la anchura de su nariz"[3]. De los habitantes de Timbuctu, pertenecientes á la Nigricia, hace Caillié la pintura siguiente: "Son de estatura regular, bien formados y derechos, y andan con paso firme: su color es de un hermoso negro subido, y la nariz algo más aguileña que la de los mandingos, y tienen, como éstos, los labios delgados y los ojos negros"[4]. Lo mismo escribe Godron de los yoloffs, los mandingos, y otros pueblos negros del África. "Hay poblaciones casi enteras de negros, dice, que no tienen la cara comprimida, cuales son los yoloffs, los mandingos, los habitantes de Hausa y de Kachena, los del curso superior del Niger, etc. Segun Bowdich, la nacion de los ashantis ofrece, sobre todo entre los hombres de la clase superior, no sólo bellas formas, mas tambien con frecuencia rasgos comparables á los del tipo griego. Bien léjos están ellos de llevar el hocico de mono que gratuitamente se atribuye á todos los negros. Finalmente, Bory de Saint-Vincent, durante su exploracion de Argelia, ha hecho pintar negros que, para servirme de sus mismas palabras, serían blancos si se les pudiera cambiar el color de la piel. La ausencia del *prognatismo*[5], lleva consigo en los negros la posicion vertical de los dientes incisivos, y modifica profundamente la abertura del ángulo facial, en términos que este ángulo no puede ya, como se lo habia imaginado Virey, suministrar un carácter de gran distincion entre ellos y los europeos.

1 Blumenbach, *Decas prima collectionis suae craniorum diversarum gentium illustrata.* Gottingae, 1820.

2 Prichard, *Histoire naturelle de l'homme*, trad. franc., tomo 1, pág. 400.

3 El mismo, *l. cit.*, tomo II, pág. 12.

4 Caillié, *Travels through central Africa*, London, 1830. (Citado por Wiseman, discurso tercero, segunda parte.)

5 El prognatismo consiste en la prominencia de las mandíbulas, la cual hace tomar á los dientes incisivos la posicion oblicua.

Por otra parte, en la raza caucásica hay hombres que tienen inclinados los dientes incisivos, como yo mismo los he podido observar, y otros se distinguen por la nariz remachada ó por los labios gruesos de los negros „ [1].

Sobre esto del ángulo facial, que tanto ruido ha metido en el mundo, y á que han apelado tambien los poligenistas para hacer del negro una especie humana distinta de la blanca, escribe sabiamente Pozzy: "Observemos, finalmente, en órden á las modificaciones que presentan los diferentes tipos humanos por razon del ángulo facial, que estas modificaciones dependen esencialmente de la posicion de la mandíbula superior, y no de la direccion más ó ménos oblícua que pueda tener la línea frontal, porque bajo este último aspecto las diferencias nacionales ó típicas son harto menores que las diferencias individuales. Si en lugar de hacer llegar hasta la parte más prominente de la mandíbula superior la línea bajada desde la raíz de la frente, como quería Camper, la pasáramos por el punto de encuentro de la base de la nariz y del labio superior, se vería que esta línea se halla tan levantada en las cabezas de los negros como en la mayor parte de las cabezas europeas „ [2].

De lo dicho se infiere que en las facciones del rostro no presenta la raza negra carácter alguno por el cual la hayamos de considerar como una cierta especie separada; veamos ahora si la conformacion del cráneo ofrece algun motivo más poderoso para seguir la doctrina del poligenismo. Tres cosas principalmente se encierran en esta cuestion: *Primera,* la capacidad del cráneo; *segunda,* su forma; *tercera,* la posicion del orificio occipital. En cuanto á lo primero, Tiedemann, sirviéndose de un procedimiento muy exacto, comparó 47 cráneos etiópicos con 71 de la raza caucásica, deduciendo de estos estudios que la capacidad media de los unos no es inferior á la media de los otros. Brocca, Morton y otros han llegado á un resultado opuesto, hallando ser algo mayor la capacidad de los cráneos europeos. Pero las observaciones de estos mismos sabios demuestran que es muy varia por una parte la capacidad de los cráneos de la raza negra, y por otra que en algunos negros sobrepuja á la que se encuentra en varios europeos. "El doctor Morton, que ha medido por el método de Tiedemann 256 cráneos de las principales variedades del hombre, escribe Godron, ha llegado á la con-

1 Godron, *De l'espèce et des races,* etc., tom. II, liv. III, chap. V, pág. 385.
2 Pozzy, *La terre et le récit biblique.* Apéndice, par. 2, A, pág. 463.

clusion de que los cráneos pertenecientes á la raza blanca le han dado un mínimum de capacidad evaluado en 75, y los cráneos de los negros un máximum de 94. De donde resulta que hay negros cuyo cerebro se halla más desarrollado que el de algunos europeos „ [1]. Este resultado, como se ve, es enteramente contrario al poligenismo, puesto que revela existir una cierta especie de fusion entre la raza blanca y la negra por este lado. Quatrefages todavía pone más en claro esta consecuencia, disponiendo en série decreciente las cantidades *medias* obtenidas por Morton. Despues de trazar el cuadro donde aparecen estas medidas en la forma dicha, escribe las siguientes líneas: "Este cuadro, tomado de uno de los apóstoles más eminentes del poligenismo, me parece bastante eficaz para hacer reflexionar á todo el que desea guiarse por los hechos. En él vemos á los chinos colocados por su capacidad media del cráneo debajo de los polinesios, de los negros de África, de las tribus salvajes de la América del Norte. ¿Es éste el punto que les asigna su civilizacion? Ademas, en el cuadro de Morton los negros criollos de América quedan debajo de los negros de África por el menor desenvolvimiento de la misma cavidad. Meigs ha confirmado este hecho curioso por muchos títulos, y da números todavía más distantes: 80,8 para los primeros, 83,7 para los segundos. Y sin embargo, todos los testimonios están unánimes en reconocer que los negros nacidos en América son intelectualmente superiores á sus hermanos de África. El mismo Nott lo confiesa tambien. Entre ellos, por consiguiente, la inteligencia crece cuando la capacidad craneana disminuye „ [2].

La forma del cráneo de la raza negra es generalmente alongada, deprimida en la region frontal y comprimida por las sienes; pero no carece de numerosas excepciones que quitan á este carácter toda su importancia, y le hacen entrar en la esfera de las meras variedades de raza. "Si es verdad, escribe á este propósito Godron, que la forma craneana de la raza negra se aproxima á los caractéres que los autores le han señalado, las excepciones son tan numerosas entre una y otra nacion negra, y todavía más en un solo y mismo pueblo, que bajo este aspecto estamos muy léjos de hallar aquella estabilidad tan notable que se advierte en los cráneos de los animales adultos pertenecientes á una misma especie salvaje. No varía ménos

1 Godron, *De l'espèce et des races*, etc., tomo II, pág. 388.
2 De Quatrefages, *L'espèce humaine*, liv. IX, chap. XXX, n. 2, pág. 284.

el cráneo del europeo: no faltan tampoco entre los europeos cráneos alongados, estrechos por la parte de las sienes, y con la frente echada hácia atrás. E. Geoffroy Saint-Hilaire y M. Serres han hallado, como yo mismo lo he visto, el primero en las catacumbas de Páris, y el segundo en un cementerio antiguo que rodeaba á la torre de Saint-Jacques-la-Boucherie, ejemplares de cráneos que parecian pertenecer á casi todas las razas humanas conocidas. Weber ha llegado, por el estudio de los cráneos de diferentes naciones, á demostrar el hecho de que en ninguna nacion existe un caracter permanente tocante á la conformacion del cráneo. Alc. d'Orbigny y el doctor Parchappe han sacado de sus observaciones y estudios las mismas conclusiones „ [1].

La relacion que guardan entre sí los dos diámetros del cráneo, antero-posterior y transversal, pertenece tambien al punto que estamos ahora examinando, y de esta relacion, no ménos que de lo ya dicho, se desprenden conclusiones contrarias á la doctrina del poligenismo. El mismo Quatrefages presenta un resúmen de todas ellas, despues de haber copiado los dos cuadros de índices cefálicos de las razas humanas trazados por M. Pruner Bey y por M. Broca.

« De la inspeccion de los dos cuadros, escribe, resulta que entre los índices 0,74 y 0,79 está encerrado el número mayor de razas pertenecientes á los tres tipos fundamentales y originarias de todos los países del mundo. Juzgo que la verdadera mesaticefalia debe estar comprendida entre estos límites; no intento, sin embargo, se cambien los ya adoptados. Estos cuadros dan harta materia para otras reflexiones, de las cuales indicaré tan sólo las principales. M. Pruner Bey ha llevado sus cálculos hasta las milésimas, y M. Brocca los ha extendido hasta las diezmilésimas. Yo me he quedado en las centésimas para que el ojo perciba más fácilmente la série formada por estos números, tan importantes en la diferencia característica de las razas. Téngase bien presente que la mayor parte de las diferencias son medias, tomadas sobre un cierto número de cráneos. Si de cada raza se tuviera un número suficiente de sujetos, y se pusiera en série el índice de cada uno de ellos, á buen seguro que la distancia del uno al otro no sólo no sería mayor de 0,01, sino que bajaría hasta 0,001 y más allá. El paso de un individuo á otro por grados insensibles está aquí puesto fuera de toda duda, lo mismo que en las diferencias de talla.

1 Godron, *l. cit.*, págs. 386-387.

"Es inútil insistir largamente sobre el entretejimiento de las diferentes razas, puesto en tan grande evidencia por los dos cuadros. Vése que el mismo índice pone una junto á otra á las razas apartadas, al aleman del Sud junto al annamita, al breton junto al kalmuk, al belga junto al tagalo, al parisiense junto al malayo, al italiano junto al maori, etc., y que por sus índices diversos las razas blancas se hallan dispersas en medio de casi todas las razas de color. No necesito entrar de nuevo en consideraciones sobre las consecuencias que de estos hechos se desprenden en órden á la cuestion del monogenismo „ [1].

En efecto, las consecuencias no pueden ser más evidentes, y así no necesitan de ulterior explicacion; la doctrina de la unidad de la especie humana está aquí altamente proclamada por los hechos. Otro hecho que tambien la pregona es el relativo á la posicion que ocupa el orificio occipital por donde la cabeza se comunica con la cavidad de la médula espinal. Sœmmering habia emitido la idea de que este agujero se halla más atrás en los negros que en los blancos, recibiendo de ello gran contento algunos transformistas, que veían en esta supuesta propiedad de la raza negra una cierta aproximacion hácia los monos. Pero Brocca ha puesto las cosas en su verdadero punto, haciendo ver que, por el contrario, el referido agujero está más adelante en los negros que en los blancos, medida la cabeza como se debe medir, esto es, descontando la distancia que nace de la prominencia de la mandíbula superior, la cual no pertenece propiamente al cráneo, sinó al prognatismo de la cara.

„Sœmmering, escribe Quatrefages, expresó el pensamiento de que el agujero occipital está en el negro más atrás que en el blanco, y esta opinion, que parecía ser confirmada por ciertas medidas, fué fácilmente aceptada por ciertos antropólogos, que veían en este hecho un *carácter monesco*. Pero no se llegó á este resultado sinó apreciando la posicion del orificio con relacion á la longitud total de la cabeza, sin excluir de ella la cara. Ahora bien; es cosa evidente que, desarrollándose ésta hácia adelante por efecto del prognatismo, habia de parecer echarse otro tanto hácia atrás el mencionado orificio.

„Las investigaciones de M. Brocca sobre las *proyecciones craneanas* permiten plantear en modo conveniente este pequeño problema, y dar de él una solucion satisfactoria. M. Brocca ha comparado 60

[1] Quatrefages, *L'espèce humaine*, liv. IX, chap. XXX, n. 2, pág. 277.

europeos con 35 negros. Representando por 1.000 la *proyeccion total*, halló que en los primeros la *proyeccion anterior* está representada por 475, y por 498 en los segundos. Por consiguiente, el borde anterior del agujero occipital dista más en el negro que en el blanco del borde de los alvéolos, y la diferencia es de 23. Pero en esta proyeccion se halla comprendida tambien la *facial* ademas de la *craneana anterior*, y la facial es de 65 para el europeo y de 138 para el negro; por donde, descontada ésta, queda superior el negro al blanco en la otra, siendo la diferencia de 50. Estos números nos enseñan que el orificio occipital, relativamente al cráneo á que pertenece, está colocado más adelante en el negro que en el blanco „ [1].

En la conformacion del bacinete de los negros han querido tambien algunos poligenistas fundar sus teorías; pero esta parte del esqueleto humano no les es más favorable que cuanto acabamos de escribir sobre las demas propiedades de la raza negra. " Aunque el bacinete, escribe Godron, sea generalmente más oblícuo, y esté ménos ensanchado en los negros, sin embargo, este carácter no es constante entre ellos y se halla ademas en otros grupos humanos, cuales son los bosquimanos, los botocudos, etc. Por lo demas, no es posible, despues de los trabajos de Vrolik y de Weber, atribuir una importancia exagerada á la configuracion de esta parte del cuerpo, que varía tanto como la cabeza en cada una de las agrupaciones de la especie humana „ [2]. En la misma forma se expresa tambien de Quatrefages, diciendo: " Háse insistido principalmente en la verticalidad de los íleons y en la extension del diámetro antero-posterior del bacinete negro, con aire de querer recordar lo que se ve entre los mamíferos en general y entre los monos en particular. Pero los mismos rasgos anatómicos se encuentran extremadamente delineados en los fetos y en los niños áun de los mismos blancos. Estos rasgos persisten, sobre todo el primero, hasta la edad de siete años y áun más adelante. Por tanto, su existencia en el negro no es otra cosa sinó el resultado de una paralizacion relativa en la evolucion de esta parte del esqueleto. Aquí tambien hay un *carácter fetal*, un *carácter infantil*, y no un carácter de animalidad „ [3].

Este decantado *carácter animalesco* tambien lo han pretendido hallar algunos transformistas en la mayor longitud del brazo de los

1 Quatrefages, *L'espèce humaine*, n. 2, págs. 280-281.
2 Godron, *l. cit.*, pág. 389.
3 Quatrefages, *l. cit.*, liv. IX, chap. XXX, n. 5, págs. 294-295.

negros, en la conformacion de la pantorrilla y en la prominencia del talon. Pero nada de esto sirve á los tales novadores, como ni tampoco á los secuaces del poligenismo, porque todas estas particularidades se encuentran tambien á veces en indivíduos de la raza caucásica, al paso que hay negros que carecen de ellas. Por donde con justísima razon podemos concluir que todos estos fenómenos son debidos únicamente á las circunstancias especiales de los tiempos y lugares en que obran las fuerzas de la naturaleza humana, abandonada á sí propia y no guiada por seleccion alguna. "Hay muchos negros, escribe el ya citado Godron, que en la proporcion de los miembros y del tronco no se diferencian de la mayoría de los europeos, y entre éstos no faltan personas, y nosotros conocemos algunas de ellas, que tienen los miembros superiores desproporcionadamente largos. La conformacion de la pantorrilla de los negros se halla en casi todos los polinesios, en muchos americanos, y áun en hombres de la raza caucásica, por ejemplo, en los indios. Por lo que hace al talon saliente de los negros, falta mucho para que esta particularidad se pueda atribuir á todos ellos, y por otra parte no deja de aparecer tambien alguna vez entre los europeos„ [1].

En efecto; en la costa occidental del África hay tribus negras en quienes no aparece el talon saliente hácia atrás. "En sus extremos, escribe Quatrefages comparando á los negros con los blancos, estas dos razas son perfectamente distintas. Mas en la Abisinia, por ejemplo, donde se han encontrado y mezclado desde muy antiguo, no es ya ni el tinte, ni las facciones de la cara, ni la cabellera, lo que caracteriza á los negros, sinó únicamente la prominencia exagerada del talon. Mas á su vez este carácter pierde todo su valor en la costa occidental del África, donde tribus negras enteras tienen el pié conformado lo mismo que nosotros„ [2].

Finalmente, por lo que toca al olor particular de los negros, tan insoportable en algunos de ellos, no hay cosa que merezca especial refutacion. Todos y cada uno de los hombres despiden su olor propio, y de ello son buenos testigos los perros, que distinguen á sus amos por el olfato. Por consiguiente, el olor particular de los negros no es sinó una manera determinada de traspiracion, que puede provenir de ciertas circunstancias especiales. Y de ellas proviene en efecto, porque los negros trasportados de África á los Estados-Uni-

1 Godron, *l. cit.*, pág. 390.

2 Quatrefages, *l. cit.*, liv. I, chap. VI, pág. 43.

dos lo pierden con el tiempo. Quatrefages escribe de Lyell que, visitando este geólogo las iglesias de negros en Savannah, observó que "el olor característico de la raza negra no se dejaba allí sentir en manera alguna." [1] Cada raza parece que tiene su olor propio: los indios del Perú distinguen por el olfato el olor despedido por los europeos, por los indígenas de América y por los negros, y tienen nombres para designar cada uno de estos olores. El de los europeos lo señalan con el nombre de *olor de pezuña*, el de los indígenas americanos con el de *posco*, y el de los negros con el de *grajo*. Los chinos sienten en los europeos un olor especial que á nosotros se nos pasa desapercibido, al ménos cuando no suda el cuerpo. Ellos, á su vez, así como tambien los malayos, los tártaros, los tibetanos, los indios de América, los caraibas, y áun los árabes tienen el suyo propio. Entre los mismos europeos, los que son rojos despiden un olor fuerte y distinto del ordinario cuando sudan [2].

Por otra parte, el perro turco, con su traspiracion abundante y distinta de la de los otros perros, nos está diciendo abiertamente que en esta materia puede tambien caber una variedad suma *dentro* de la especie; pues sabido es que todos los perros del mundo, en sentir de los mejores naturalistas, pertenecen á una misma y sola especie, sin que con esto queramos decir que todos ellos han salido de un solo y mismo vientre.

Con la traspiracion particular de los negros se junta otro fenómeno que tambien han querido aprovechar algunos en favor del poligenismo. Nos referimos al *pediculus nigritarum*, que tambien Darwin ha sacado á relucir con la mira de corroborar los argumentos de su doctrina transformista. Los negros, en efecto, crian un parásito que sólo en ellos se desarrolla; esto, empero, nada dice que á mil leguas se aproxime á lo que tanto los poligenistas como los discípulos de Darwin sustentan en órden á la naturaleza del hombre. "Para responder á esto, dice el sabio cardenal Wiseman escribiendo sobre esta materia, me contentaré con afirmar que hay otros ejemplos de naturaleza análoga en que es imposible explicar la existencia de cierta clase de insectos ántes que haya existido la cosa misma que les sirve de morada y de alimento; por ejemplo, el *tinea* ó tiña que aparece en la lana peinada y no la toca jamás cuando está *en sucio*. ¿Dónde existia el animal ántes que hubiese lana lava-

1 El mismo, *l. cit.*, liv. VII, chap. XXII, n. II, pág. 191.
2 V. Godron, *l. cit.*, págs. 216-217.

da y peinada? ¿Debemos considerar la lana lavada y no lavada como dos especies diferentes porque el mismo animal no puede vivir en las dos? La larva del *oinopota cellaris* no puede vivir mas que en el vino ó en la cerveza: otro insecto descrito por Reaumur desprecia todos los alimentos ménos el chocolate. (Véase á Kirby y Spence, *Introd. to Entomologie*, 4.ª edic.). ¿Cómo y dónde vivian estos animalitos ántes que se fabricase lo que es ahora su alimento exclusivo? Porque nadie supondrá que se hayan hallado jamás estas sustancias preparadas anticipadamente de manos de la naturaleza. Estos casos son exactamente de la misma especie que el que se ha objetado; mas hay un ejemplo de todo punto semejante, de un insecto que causa una enfermedad al cerdo doméstico, y que no se halla en el montes, aunque es cosa averiguada que el primero ha procedido del segundo" [1].

Sabido es que la sangre de algunos hombres mata ó daña á algunas sabandijas que se alimentan con la de otros muy á su placer mortificándolos con sus picaduras. ¿Qué tiene, pues, de extraño que el *pediculus nigritarum* se nutra con la sustancia de la raza negra, y no guste de la nuestra? Unas mismas sanguijuelas se agarran bien á unos, y no quieren chupar la sangre de otros. ¿Serán por eso los tales hombres de especies diferentes? Refiere el Dr. Constantino James que lo que acabamos de observar sobre las sanguijuelas le sucedió á él mismo con dos hermanas gemelas, las cuales habían tenido la desgracia de herirse cayendo juntas de una altura respetable. Llamado á curarlas, á las dos les recetó el mismo remedio: la aplicacion de las sanguijuelas á la parte dañada. Los animalitos se echaron en la una, y no quisieron ni siquiera picar en la otra. ¿Eran por eso estas dos gemelas de diferente especie? Vean, pues, los poligenistas qué gran fuerza podrá tener en su favor el *pediculus nigritarum*.

De lo dicho resulta que comparada, no en globo y á la ligera, sinó particular y circunstancialmente la raza negra con la blanca, ningun carácter determinado presenta que se pueda llamar verdaderamente *específico*. El mismo resultado obtendríamos si quisiéramos proseguir esta comparacion entre la raza negra y la mogola, ó entre esta y la blanca; con lo cual se ve clarísimamente que las variedades humanas son meros carácteres de raza y no de especie. Pero lo

[1] Wiseman, *Discursos*, etc., Discurso cuarto, segunda parte, nota. Hemos tomado la traduccion como se halla en las *Vindicias de la Biblia* de Du-Clot, pág. 834.

escrito basta para convencerse de esta verdad, y no hemos de fatigarnos en balde, cansando ademas con nuevas explicaciones á nuestros lectores.

Una cosa, sin embargo, quiero advertir ántes de pasar al argumento psicológico, porque es de suma importancia y esclarece, por otra parte, grandemente lo que hasta aquí llevamos razonado. El ilustre monogenista Quatrefages aduce tres muy notables reflexiones en confirmacion de nuestra doctrina, las cuales nos parece conveniente reproducir aquí, siquiera sea de una manera breve y circunscrita. La primera consiste en la analogía que se observa entre los demas reinos del mundo orgánico y el humano, por la parte en que éste comunica con aquél. "Tanto los animales como las plantas, dice, están sujetos á una variedad grandísima de razas contenidas *dentro* de la unidad del *tipo específico*: por donde la razon de analogía nos debe mover á afirmar esto mismo de los hombres, sin acudir á la no justificada variedad de especies. En el reino vegetal, la berza sola cuenta 47 razas principales, algunas de ellas muy diferentes entre sí, como el repollo, la nabicol y la coliflor. En el reino animal la sola especie de palomas nos ofrece lo ménos 150 razas, derivadas todas ellas de la paloma torcaz; y de la especie canina se encontraron en Francia 77 bien puras y marcadas el año de 1863, en tiempo de una exposicion perruna. ¿Por qué, pues, no ha de suceder lo mismo con la especie humana, debiéndose esta variedad de razas, así en el reino animal como en el vegetal, por la mayor parte á los actos libres del hombre, y siendo éste libre en aplicar á sí mismo el género de vida que hace variar á las plantas y á los animales? „

La segunda consideracion de Quatrefages está sacada de la extension que abarcan las variaciones del género humano, la cual es mucho más reducida que la de las plantas y de los animales de una misma especie. "Poco más ó ménos, escribe, todos los argumentos de los poligenistas vienen á refundirse en el siguiente: *Hay demasiada diferencia entre el negro y el blanco para que puedan pertenecer ambos á una misma especie.* Estos dos tipos son los términos más apartados de la série humana. Luego si se demuestra que *de razas á razas* extremas hay constantemente más distancia en las especies de los reinos vegetal y animal, quedará derribada por su base la doctrina poligenista. Ahora bien; áun dejando á un lado los vegetales, sobre los cuales no puede caber ninguna duda, y comparando solamente los animales con el hombre, órgano por órgano, y fun-

cion por funcion, no es difícil convencerse de que la cosa es así en efecto, en términos que llega uno á preguntarse por qué la variabilidad ha de ser ménos grande entre nosotros que entre los animales„ [1].

Efectivamente, si entre los hombres hay unos de color negro y otros de color blanco, este mismo hecho se halla mucho más amplificado en las gallinas y en los perros; si el cerebro del negro presenta una coloracion más oscura que el del blanco, en las gallinas tambien penetra el melanismo hasta el interior, y no sólo en el cerebro, mas tambien en las mucosas y en los planos fibrosos, llegando á tomar la carne una apariencia repugnante, lo cual no sucede en el negro. Si en el negro toman los cabellos una forma como de lana, en los carneros trasladados de Europa sucede mucho más; porque se les convierte la lana en verdadero pelo, al paso que á los jabalíes de las altas montañas de los Andes el pelo se les muda en verdadera lana. Si hay ciertas razas de hombres barbilampiños, tambien se dan bueyes y caballos enteramente destituidos de pelo. En América, donde todos los bueyes son de origen europeo, se crían bueyes *pelones y calongos*, aquéllos vestidos de un pelo muy fino y muy ralo, y éstos enteramente pelados. Si entre los hombres hay algunos altos, como los patagones, y otros pequeños, como los bosquimanos, esta desigualdad de talla, fuera de que entre los hombres de una misma raza suele tener tambien lugar, se presenta con proporciones mucho más considerables en otras especies de animales. Porque no mediando entre el bosquimano y el patagon sinó la diferencia de $0^{m},023$, la que existe entre el caballo de Shetlandia y el del cervecero es de $1^{m},04$, y $1^{m},023$ la que separa al perrito faldero del perro de montaña. Si á las mujeres de los bosquimanos les sale debajo de los lomos una cierta almohadilla sebácea, esta particularidad, que por otra parte se encuentra tambien en algunas tribus negras situadas muy al norte de la raza humana y áun comienza á invadir á ciertas mujeres africanas de raza holandesa, se encuentra mucho más exagerada en ciertos carneros del Asia central, á los cuales se les acorta naturalmente la cola de una manera extraordinaria y se les forman á los dos lados de ella dos grandes bolas de sebo que pesan unas treinta ó cuarenta libras, las cuales desaparecen de sus hijos al cabo de algunas generaciones, cuando se les saca de su país natal y se les traslada á otras regiones diferentes.

1 Quatrefages, *L'espèce humaine*, liv. 1, chap. v, n. 1.

A veces se ven hombres con seis dedos, tanto en los piés como en las manos; pero tambien aparecen perros con cuatro dedos solamente ó con los cinco igualmente desarrollados en los piés de atrás; y lo que es más extraordinario todavía, á algunas razas de puercos se les forma un tercer dedo en medio de los otros dos, y todo este conjunto se les recubre con una sola pezuña, convirtiéndose de *fisípedos* en *solípedos*. En algunos casos muy excepcionales vienen al mundo individuos de nuestra especie con una vértebra de más; esto empero es nada comparado con los bueyes de Placentino, que ordinariamente tienen 13 vértebras dorsales en lugar de 12; con los puercos examinados por Eyton, en los cuales variaban las vértebras dorsales de 13 á 15, las lumbares de 4 á 6, las sacras de 4 á 5, y las caudales de 13 á 23[1].

En vista de tan grande variedad presentada por las vértebras de la region caudal en los animales, no duda Quatrefages en afirmar que, aun cuando hubiese alguna raza especial de hombres con cola, no por eso habría motivo suficiente para hacer de ellos una especie separada. "Cada dia, escribe, vamos conociendo mejor á qué debemos atenernos en lo que algunos han dicho sobre la pretendida cola de ciertas gentes. Las variaciones empero que presenta la region caudal en los animales nos enseñan que ni aun la prolongacion considerable del coxis en un grupo humano con el aumento consiguiente de las vértebras que lo componen, sería suficiente para hacer *à priori* de este grupo una especie separada[2]."

Finalmente, la cabeza en los hombres está en verdad sujeta á considerables mudanzas; mas este fenómeno se presenta en los animales mucho más grande y sorprendente. Porque no sólo dista el uno del otro por la conformacion de su cabeza cuanto el hombre

1 La fábula de los hombres caudatos es ya en nuestros días estimada en su justo valor. Los últimos á quienes se había regalado este honroso apéndice eran los Nyam-Nyam, habitantes del Soudan en África; pero el viajero M. Dejean, que en 1860 los ha visto muy de cerca con sus propios ojos, ha sacado á los demasiado crédulos de este error escribiendo que la pretendida cola no era sinó un aparato destinado á cubrir lo que debe ir cubierto por honestidad y terminado por detrás en forma de abanico. Zimmermann, en su obra titulada: *L'Homme*, etc., pág. 139, pone el dibujo de este aparato causador del engaño en otros viajeros menos advertidos. La *Controverse* de 1.º de Enero del año 1880, en la pág. 59, trae los testimonios de Denikér y de *La République Française*, ambos muy poco sospechosos en esta parte, donde se confiesa paladinamente que "no hay observacion alguna indiscutible en favor de la cola del hombre parecida á la de los animales."

2 Quatrefages, *L'espèce humaine*, liv. 1, chap. V, n. 7.

negro del blanco, como sucede al jabalí salvaje respecto del domesticado ó puerco, sinó que la tal diferencia pasa más allá de esta medida entre el alano, el lebrel y el perro de aguas. Ademas, el buey, como de Buenos-Aires y de la Plata, se ha apartado tambien inmensamente por este lado de los bueyes ordinarios españoles, de quienes procede. "Este buey, escribe Quatrefages, reproduce en su especie las modificaciones análogas á las que presenta el alano en la especie canina. Todas las formas están más abreviadas y más gruesas. La cabeza, en particular, parece haber experimentado un movimiento general de concentracion. La mandíbula inferior, aunque acortada tambien, pasa más allá de la superior, en términos que el animal no puede pastar en los árboles. El cráneo está tan deformado como la cara. No son las formas de los huesos las únicas que han sufrido alteracion, pues aun hasta las relaciones de las mismas han sido modificadas, no quedando casi ninguna en su primitivo estado, como dice M. R. Owen. Esta raza, perfectamente asentada, no por eso deja de tener un orígen harto reciente; porque, como há poco decía, todos los bueyes americanos son oriundos de Europa. Esta raza se ha dividido ya en el Nuevo-Mundo en dos subrazas, de las cuales la una se encuentra en Buenos-Aires y tiene cuernos, al paso que la otra, existente en Méjico, carece de ellos„ [1].

Finalmente, la tercera consideracion del ilustre monogenista francés versa sobre el cruzamiento y fusion de los caractéres correspondientes á las múltiples agrupaciones del género humano; cruzamiento y fusion que á todos ellos les quita las condiciones de *específicos*, dejándolos en el grado inferior de *individuales*. "Se sabe, escribe, que todos los naturalistas miran como pertenecientes á una misma especie toda coleccion de individuos que pasan de un extremo á otro por grados insensibles, por muy distantes que estos extremos se hallen entre sí„ [2]. Despues hace ver cómo este paso lento é insensible se encuentra en los individuos de la familia humana, trayendo á colacion varias propiedades de sus numerosos individuos, y haciendo ver cómo ninguna de ellas es propia y exclusiva de una agrupacion sola. Así, por ejemplo, nota que en Abisinia el negro no se diferencia del blanco sinó por la exagerada prominencia del talon, pero que esta misma prominencia falta en varias tribus de África dotadas de piés iguales á los nuestros; y advierte que, po-

1 Idem, *Ibid.*, liv. I, chap. V, n. 8.
2 El mismo, *l. cit.*, chap. VI, pág. 42.

niendo la atencion solamente en el color, vendrian á refundirse en una sola raza las que son clarísimamente distintas, así como fijándose en la *fosa olecraniana* [1] habría que confundir en uno á los negros, á los antiguos habitantes de Egipto, á muchos europeos, tanto de la época neolítica como de la presente, puesto que en todos ellos se encuentra esta particularidad, sin embargo de pertenecer todas estas agrupaciones á individuos de razas muy distantes.

Pero lo que trata con más detencion es lo perteneciente á la talla de los diferentes pueblos del globo. Despues de reproducir el cuadro sinóptico del Dr. Weisbach, hace observar cómo, mirados los hombres por el lado de la talla solamente, habría que admitir las aproximaciones más absurdas de unos á otros, sucediendo otro tanto cuando se consideran por separado la capacidad del cránco, los índices cefálicos y el peso del cerebro. "Y si comparamos, concluye el sabio naturalista, no los grupos, sinó los individuos, colocándolos por órden de talla, ¿no es evidente que pasaríamos del uno al otro por diferencias menores que un milímetro, y que la confusion de los diferentes pueblos vendria á ser muchísimo más grande todavía de lo que aparece en el adjunto cuadro? Yo pregunto á todo el que se ha ocupado algun tanto en zoología y zootecnia: ¿Será una coleccion de *especies* aquella donde las afinidades más evidentes quedan rotas con la aplicacion de este procedimiento? ¿No es, por el contrario, el conjunto de diversas razas donde aparecen hechos de esta clase, como por ejemplo en los perros?" [2]

De aquí es que ninguno ha podido dar una enumeracion circunstanciada de las especies humanas; unos han puesto muchas, otros pocas; unos han tenido por carácter *específico* lo que á otros ha parecido simplemente *individual*; y es que ninguno de ellos tiene un criterio fijo para distinguir las *razas* de las *especies*, atenidos como están todos ellos *al puro morfologismo*, sin tomar para nada en cuenta los fenómenos fisiológicos. La naturaleza humana, en todo lo relativo á las formas con que se presenta en sus individuos, ofrece una verdadera *continuidad*, por la cual se pasa insensiblemente de un extremo al otro más opuesto; y así és imposible querer ver en ella multiplicidad de especies sin verse precisado á multiplicarlas hasta el infinito.

Pasemos ya á tratar de los argumentos fisiológicos, donde apa-

1 El ὀλέκρανον es lo mismo que la cabeza saliente del codo.

2 Quatrefages, *l. cit.*, pág. 45.

rece todavía con muchísima más evidencia la unidad específica de las diferentes agrupaciones humanas. Los caractéres fisiológicos los encuentro yo en ciertas acciones del género humano que ponen de manifiesto la verdad de la tésis aquí sostenida. Estos caractéres son: 1.°, la espontaneidad de los cruzamientos que tienen lugar cada dia entre todas las agrupaciones del humano linaje sin la menor repugnancia natural que tienda á impedirlos: 2.°, la fecundidad indefinida del fruto obtenido por medio de estos cruzamientos. Ambos caractéres revelan muy á las claras la identidad del tipo existente en todos los individuos de la familia humana; porque consta, no ménos por la experiencia que por el raciocinio filosófico, que tales propiedades no corresponden sinó á séres de una misma especie. Hablemos de cada uno de ellos en particular.

La espontaneidad de los cruzamientos, así en el reino animal como en el vegetal, es un indicio manifiesto de la comunidad de especie; por eso Cuvier la puso entre los distintivos específicos más seguros y evidentes que podemos tener en esta materia. Los séres organizados, para perpetuarse conservando su naturaleza intacta y en ninguna manera confundida con las de los otros que les rodean, no tienen otro recurso sinó el de reproducirse por vía de generacion *homogénea*. Todo otro medio distinto de éste acabaría irremisiblemente con ellos; porque sin generacion no hay perpetuidad posible, y sin homogeneidad en los séres engendrantes el fruto engendrado no puede ménos de degenerar del tipo primitivo, siguiéndose de aquí la confusion general de todos los organismos, los cuales se refundirían en uno solo, á ser posible la generacion *equívoca*. Por eso la naturaleza ha provisto bien á estos inconvenientes; guardadora inquebrantable así de la variedad como de la unidad que deben formar la hermosura del mundo orgánico, empuja fuertemente á los séres á reproducirse de suerte que no se alteren los caractéres esenciales de su particular especie. Para lo cual, al paso que les imprime una repugnancia suma á juntarse con los de especie diversa, los aguijonea á formar uniones con los de la suya propia, siendo éste el impulso que más fuertemente suelen sentir todos ellos, si se exceptúan las necesidades imperiosas de la vida propia é individual de cada uno.

De aquí es que, en el estado salvaje, el cruzamiento de una especie con otra es un fenómeno sumamente raro; tanto, que naturalistas muy distinguidos han creido no haberse verificado nunca, si bien otros afirman que esto debe entenderse solamente del reino

animal, pero no del vegetal, donde por circunstancias muy excepcionales, se han dado algunos pocos casos de cruzamientos espontáneos.

No sucede así entre los séres del humano linaje: la union sexual de éstos es por todas partes y en todos sentidos fácil y sumamente voluntaria, debiéndose tan sólo á algunas circunstancias muy accidentales, nacidas más bien de los actos de la libertad que de los instintos naturales de los individuos, el que algunos experimenten repugnancia en unirse con los de raza diferente. Los odios de raza, las guerras, las persecuciones sufridas por los vencidos de parte de los vencedores; el orgullo de creerse algunos superiores á los de otra tribu ó nacion ménos estimable, y otras cosas parecidas, son las que únicamente impiden los cruzamientos buenos y legítimos de unas razas con otras, oponiéndose como fuerte barrera á la formacion de alianzas matrimoniales. Pero estos mismos obstáculos *adventicios* no son bastantes á estorbar las uniones ilegítimas y pasajeras, en que se da bien á conocer la fuerza poderosa de los instintos *innatos* causadores de la grande facilidad que en sí mismos experimentan todos los hombres para unirse sexualmente con los de toda clase de razas.

" Desde que Colon abrió la era de los grandes descubrimientos geográficos, escribe el ilustre Quatrefages, el blanco, este término superior extremo de la humanidad, ha penetrado en todos los países del globo. Por todas partes ha encontrado grupos humanos que diferian considerablemente del suyo por toda suerte de caractéres. Sin embargo, en todas partes ha mezclado su sangre con la de ellos, dando orígen á razas mestizas "[1]. " En la América meridional, continúa en el mismo capítulo, donde los blancos, los negros y los indígenas se hallan desde muy antiguo en contacto, y donde la union de los unos con los otros ha sido mayor que en otros países, hay estados enteros que tienen en mayoría los mestizos, y en que es muy difícil hallar un indivíduo de pura raza. ¿Ha sido necesario usar de subterfugios y de precauciones para producir estas uniones, y asegurar la fecundidad de los productos? Bien al contrario por cierto. ¿Son éstas la facilidad y seguridad con que se obtienen las *ovicabras* y los *lepórides*? Si se necesitára una prueba más para atestiguar con cuán grande facilidad se mezclan y confunden los grupos humanos, yo la encontraría en uno de estos testimonios, cuyo valor

1. Quatrefages, *l. cit.*, cap. IX, n. I.

no puede ser puesto en duda, porque revelan el resultado de una experiencia cotidiana. En 1861, la legislatura californiana declaró privado de sus derechos, y sometido á todas las incapacidades constitucionales impuestas á los hombres de color, á todo individuo blanco que quedára convencido de haber cohabitado ó vivido maritalmente con un individuo negro, mulato, chino ó indio. La prensa local ha proclamado bien alto que esta medida tenía por objeto impedir la fusion de las razas.

„ ¿Es de especie á especie como se ven obligados nuestros educadores de animales á tomar precauciones semejantes? ¿O sucede esto tan sólo de raza á raza?„

El argumento del sabio francés no puede ser más concluyente. La espontaneidad suma en la union de las referidas agrupaciones, y el resultado cierto y constante de irse ellas confundiendo hasta llegar finalmente á perderse y quedar fundidas en una sola, son fenómenos que tienen siempre lugar en las razas, pero nunca en las especies. Si las razas de perros, de gallinas, de caballos, etc., etc., se conservan puras, esto no es debido sinó al sumo cuidado y precaucion del hombre, que tiene interés ó gusto en conservarlas, impidiendo el cruzamiento de unas con otras. Por el contrario, cuando se trata de cruzamientos de especies, el cuidado y diligencia se necesitan, no para impedirlos, sinó para producirlos.

Esta razon, tomada de la facilidad suma con que se ejecutan los cruzamientos entre todas clases de agrupaciones humanas, es, como se ve, convincente, pero todavía recibe mayor fuerza cuando se la considera acompañada de otra tambien muy poderosa, fundada en la fecundidad perenne del fruto obtenido con las tales uniones. Facilidad suma en la union sexual y fecundidad constante, son señales inequívocas de la unidad de especie. Con todos los esfuerzos humanos, que han sido grandes á maravilla, no se ha podido obtener nunca esta fecundidad, tratándose de especies. El fruto obtenido por el tal cruzamiento, ó es absolutamente estéril, ó tiene una fecundidad efímera, que desaparece al cabo de algunas generaciones, volviendo los séres así producidos á uno de los dos tipos primitivos, ó bien á los dos; de forma que ya no tiene en sus venas sinó la sangre de una sola especie. En los casos de *atavismo* el producto conserva alguna sangre de sus antepasados, puesto que es capaz de dar origen á séres semejantes á ellos; mas en los de *vuelta espontánea* al tipo primitivo, observado en los híbridos, no sucede así. Jamás se han visto nacer *cabritillos* de la union del morueco con la

oveja, ni corderos de la del cabron con la cabra, siendo así que á veces de dos blancos sale un negro, y de dos negros ó de dos mulatos un blanco.

¿Con qué certeza, pues, no debemos afirmar que todos los individuos de la familia humana pertenecen á una misma especie, cuando á la facilidad suma con que todos ellos se juntan indistintamente, sin artificio alguno por parte de la razon calculadora, vemos agregarse la fecundidad como fruto constante de estas uniones? Todo el mundo sabe que la union del negro con el blanco es siempre y en todas partes fecunda. Por donde quiera que ha pasado el blanco, y ha pasado por casi todos los lugares de la tierra, ha dejado rastros de su presencia en las razas *mestisas*, debidas en gran parte á su ilícito comercio con los naturales del pais. En la América central y meridional existen uno junto á otro los tres tipos principales del género humano, y estos tres tipos se han unido de todos los modos posibles, resultando siempre las alianzas fecundas. Allí se ve *nacer* al *zambo* junto al *mulato* y al *mameluco*, todos ellos *mestizos* de pueblos diferentes. Donde quiera que se halla una raza en contacto con otra, se verifica este mismo fenómeno, ya por medio de alianzas matrimoniales, cuando á ellas no se oponen las preocupaciones de razas ó las creencias religiosas, ya al través de acciones ilegítimas y reprobadas por la moral.

No han pasado todavía cuatro siglos desde que comenzó el cruzamiento moderno de las razas humanas, y ya M. d'Omalius, hace algunos años, computaba en unos diez y ocho millones el número de mestizos á la sazon existentes, los cuales forman una parte muy considerable de la poblacion total del globo [1]. Y eso que en este cálculo no entraban sinó los mestizos de orígen reciente conocidos históricamente como tales, dejando aparte otros muchos pertenecientes á otras edades, y cuyo orígen no es tan manifiesto. De los documentos publicados por Richard en 1824 y 1830, resulta que la poblacion total de Méjico, de Guatemala, de la Colombia, de la Plata y del Brasil era entónces de diez y seis millones cuarenta y seis mil y cien habitantes, y que el número de mestizos pasaba de la quinta parte de todos ellos. Aún más: en Méjico el número de mestizos iguala al de los blancos; en la Colombia es sensiblemente mayor, y en Guatemala mas que doble [2]. En órden á los mestizos

1 V. De Quatrefages, *L'espèce humaine*, chap. XXIII, n. 2.

2 Pozzy, *La terre et le récit biblique*, Appendice, pár. 3e, pág. 509.

de los Estados Unidos, dice M. Brocca, rechazando los vanos temores manifestados por algunos poligenistas, de que una tan grande mezcla de razas como allí tiene lugar traería consigo la extincion de la República por medio de la esterilidad de las mujeres, las siguientes palabras: "Cuando la poblacion, la prosperidad y la pujanza de esta nueva Europa van tomando continuas creces con una rapidez sin igual en la historia, no es tiempo muy oportuno para poder prestar fe á un pronóstico semejante [1].

„Los poligenistas, sin embargo, á pesar de estos hechos tan palpables, gritan contra la fecundidad indefinida de los tales cruzamientos, y mientras, contra toda razon, se empeñan en proclamar la existencia de verdaderas razas de *híbridos* entre los animales, niegan rotundamente la de los *mestizos* entre los hombres. La decantada fecundidad de los mestizos, dicen, no es mas que aparente, porque continuamente se está renovando la sangre de los mismos con el advenimiento de nuevos europeos á los lugares en que ellos moran, y no faltan casos en que la esterilidad de los matrimonios contraidos por personas de diferentes razas habla muy alto en contra del monogenismo."

Estas son en sustancia las reclamaciones que hacen estos autores en contra de los hechos poco ha mencionados. Pero abundan los argumentos con que podamos responder satisfactoriamente á estos infundados asertos. Los *griquas*, mestizos de holandeses y hotentotes, se conservaron y propagaron puros sin mezcla ni renovacion de sangre durante siglo y medio, ó sea desde el año 1650 hasta principios de este siglo, en que se unieron y formaron un solo pueblo en Griqua-town con varias agrupaciones de koranas, namaquois y hotentotes, convertidos como ellos al Cristianismo. He aquí un caso bien patente de una verdadera *raza* de mestizos capaces de propagarse indefinidamente sin renovar su sangre acudiendo á los troncos primitivos.

En el Brasil habitan los *cafusos*, hijos de indias y de negros escapados de los establecimientos europeos. Estos mestizos conservan y propagan su raza sin mezclarla con otra ninguna, viviendo solos y separados en las solitarias llanuras que les hizo buscar el amor de su propia libertad. Spix y Martius, viajeros alemanes muy inteligentes que los han visitado, hacen de ellos la descripcion siguiente: " Su aspecto, dicen, tiene algo de extraño, que no puede ménos de

1 Brocca, *Recherches sur l'hibridité*, pág. 595, traido por Pozzy en el lugar citado.

chocar fuertemente á un europeo. Tienen el talle esbelto, y sin embargo, su cuerpo es musculoso. Su tinte es de un color cobrizo que tira á moreno. En general, sus facciones se aproximan más á la raza africana que á la americana. Tienen la cara ovalada, altos los juanetes de las mejillas, pero no tan anchos como los de los indios; la nariz ancha y achatada, pero no arremangada ni muy arqueada; la boca grande, con lábios gruesos pero iguales y nada salientes, cosa que tambien acaece á la mandíbula inferior. Mas lo que á estos mestizos comunica un aire sumamente extraño es la enorme cabellera crespa, que se levanta perpendicularmente cosa de pié y medio sobre la altura de la cabeza, formando una especie de peluca tan extraordinaria como sucia. Este tocado singular, que á primera vista parece más bien un producto del arte que no una cosa natural, excita la idea de la plica polonesa; y sin embargo, no encierra en sí enfermedad alguna, sino que es un simple efecto del doble orígen de los cafusos. Su cabellera, en efecto, ocupa un lugar medio entre la lana del negro y los cabellos largos y tiesos del americano.[1] » Ya tenemos otro caso de una raza nueva de mestizos humanos dotados de fecundidad indefinida sin renovacion de sangre. Los *papuas* en la Nueva-Guinea ofrecen un ejemplo semejante: las islas llamadas Marquesas, despobladas de sus antiguos habitantes por un mal misterioso que ataca á los moradores de la Polinesia, son pobladas de nuevo por mestizos de otras partes. En toda la zona litoral del Sud las poblaciones mestizas se desarrollan rápidamente, sin dar el más mínimo indicio de la esterilidad imaginada por los poligenistas.

Pero lo que con más claridad prueba la verdad de la doctrina que al presente nos ocupa, es lo sucedido en el islote Pitcairn. «En 1789, escribe de Quatrefages, á consecuencia de una revuelta, nueve marineros ingleses fueron á establecerse en el pequeño islote de Pitcairn, en el Océano Pacífico, acompañados de seis tahitianos y de quince tahitianas. Allí los blancos se condujeron como tiranos, y en consecuencia de esto estalló la guerra de razas. En 1793, la poblacion habia quedado reducida á cuatro blancos y á diez tahitianas. Bien pronto se volvió á encender la guerra entre los cuatro jefes de la colonia; por fin, Adams fué el único que quedó de todos ellos. Mas las uniones habían sido fecundas: los primeros mestizos crecieron y se casaron entre sí, á lo cual se siguió numerosa prole. En 1825, el capitan Becchey halló en Pitcairn sesenta y seis indivíduos.

1 Prichard, *Hist. nat. de l'homme*, t. 1, pág. 271.

Hácia el fin de 1830 habían subido éstos hasta ochenta y siete. En 1856 se contaban ya ciento noventa y tres. No obstante las condiciones deplorables del principio, la raza mestiza de Pitcairn se había por consiguiente doblado en veinticinco años, y casi triplicado en treinta y tres. Ahora bien; la Inglaterra, que es el país más afortunado de Europa por esta parte, no dobla su poblacion sino en cuarenta y nueve años. Así los mestizos de las polinesianas y de los ingleses expatriados han pululado en Pictcairn cerca de dos veces más que los anglo-sajones puros colocados en su país natal [1].

En vista de esto, poco pueden valer las objeciones de nuestros adversarios cuando dicen que en la Carolina del Sur, en la Jamáica y en Java los mulatos son endebles y enfermizos, y que su fecundidad es en tales términos limitada, que sólo se extiende á tres ó cuatro generaciones. La explicacion de este fenómeno es muy fácil, debiendo ser atribuido, no á una diferencia específica entre el blanco y el negro, sinó á *meras circunstancias locales.* Los mismos autores que nos objetan estas cosas confiesan que en otros lugares se observa todo lo contrário. Nott advierte que sus observaciones no habían sido hechas sinó en la Carolina del Sur, y que en la Luisiana, la Florida y la Alabama los mulatos son robustos y fecundos, no sólo en sus alianzas cruzadas, mas tambien en las directas. El doctor Ivan, que es quien había notado el mismo fenómeno de esterilidad en los mulatos de Java, escribió á M. de Quatrefages, que él no había señalado este hecho sinó como una mera excepcion, en contra de la cual está la fecundidad general de otros países [2]. M. Hombron, aunque partidario de la pluralidad de especies, escribe diciendo: "En nuestras colonias, las negras y los blancos ofrecen una fecundidad mediocre; " pero " las mulatas y los blancos son extremadamente fecundos, así como tambien los mulatos y las mulatas " [3]. " Aun en el mismo golfo de Méjico, prosigue Quatrefages despues de transcribir este testimonio, los mulatos, segun M. Rufz, están bien desarrollados, son fuertes, despiertos, más aptos que los negros para los trabajos industriales y muy lascivos. " Segun M. Andain, en la República de Santo-Domingo " la tercera parte es de negros, y las otras dos de mulatos con un insignificante número de blancos; "

1 Quatrefages, *L'espèce humaine*, chap. XXIII, n. 2, pág. 197.
2 El mismo, *l. cit*, n. 3, pág. 198.
3 Hombron, *De l'homme dans ses rapports avec la création* (citado por Quatrefages en el lugar que acabamos de mencionar).

desde muy largos años esta poblacion no es alimentada por extranjero alguno que vaya á ella de ninguna parte; ella se basta á sí misma [1].

Es muy natural que en Java, en la Jamáica y en otros lugares análogos sean los mulatos débiles y poco fecundos. Todos estos países son muy malsanos para los extranjeros. ¿Qué maravilla, pues, que el blanco y el negro, ambos extraños á los referidos lugares, crien en ellos unos hijos endebles y poco ó nada fecundos? Los mismos holandeses no perpetúan su raza en Batavia, y se hacen estériles algunas veces desde la segunda generacion. Este fenómeno de esterilidad acontece tambien en Egipto con los mamelucos originarios del Cáucaso, los cuales nunca han podido naturalizarse en aquella region. «Al verles subsistir por espacio ya de algunos siglos, escribe Volney á este propósito, cualquiera creería que se han reproducido allí por medio de la generacion; mas si su primer establecimiento en aquellos lugares fué una cosa singular, el modo que tienen de perpetuarse no es ménos extraño. En los 150 años que llevan ya los mamelucos en Egipto, ni uno sólo ha tenido línea subsistente, no habiendo entre ellos familia que pase de la segunda generacion: todos sus hijos perecen en la primera ó en la segunda edad. Los otomanos están casi en el mismo caso, y se observa que no tienen otro medio para precaverse contra él sinó tomar esposas del país, cosa que los mamelucos no han querido hacer nunca por cierta especie de orgullo. Sus mujeres son, como ellos, esclavas georgianas, mingrelianas, etc., transportadas de su país natal á aquellas regiones. Explíquese cómo unos hombres bien formados, casados con esposas sanas, no pueden naturalizar á orillas del Nilo una sangre formada al pié del Cáucaso, y téngase presente al mismo tiempo que las plantas de Europa se niegan igualmente á conservar allí su especie [2].»

En cambio en otros lugares el cruzamiento de razas es extraordinariamente fecundo. Si en Malaca las alianzas de los holandeses con las malayas prosperan muy poco, en el Cabo de Buena-Esperanza estos mismos holandeses, unidos á las hotentotas, han dado orígen á los griquas, que se desarrollan prodigiosamente. En el mismo Malaca y en todas sus colonias intertropicales, los portugue-

1 Quatrefages, *l. cit.*

2 Volney, *Voyage en Syrie et en Egypte*. Paris, an VII in 8.º, tomo I, pág. 94. (Citado por Poey, *La terre*, etc., pág. 520.)

ses, para valerme de la misma frase usada por M. Godron [1], han pululado como langostas.

No son las causas físicas solamente las que han influido en la esterilidad de las uniones arriba indicadas. La inmoralidad de los jamaiquesés y de las otras colonias europeas han contribuido no poco á producir este efecto. «Tómense en cuenta, escribe á este propósito M. de Quatrefages, los pormenores poco numerosos, pero muy significativos, dados por algunos viajeros sobre la existencia de los europeos en las colonias, señaladamente en la Jamaica; confróntense estos datos con los que suministra la observacion cotidiana, y las cuestiones de *cruzamiento* y de *aclimatacion* se esclarecerán á maravilla. Al fulgor de la lumbre así producida, será bien forzoso reconocer que la muerte de los padres, la extincion de sus descendientes, no son sinó la consecuencia y el castigo del deplorable *medio moral* que ellos se han formado y donde ellos han vivido» [2]. Esto es lo que ha sucedido con el pequeño número de indígenas que han quedado en Nueva-Holanda despues de la horrible carnicería que con una guerra de exterminio hicieron en aquella region los europeos. En su estado de miseria y de envilecimiento se entregan á la prostitucion y al infanticidio, trayendo en torno suyo la esterilidad desoladora [3].

Pero aún hay otros caractéres fisiológicos que vienen en confirmacion de la tésis que estamos defendiendo. Las principales funciones de los séres vivientes tienen su modo comun y uniforme en todas las variedades de cada especie, pero no en las especies diferentes. Así, entre los mamíferos, por ejemplo, cada especie tiene su época propia para la generacion, sus días marcados para la gestacion, su número de hijos en cada cría, su tiempo determinado para amamantarlos, etc., etc., sin que en esto sea posible confundir una especie con otra; al paso que todas las variedades de una sola especie concuerdan perfectamente entre sí. Ahora bien; en todas las razas humanas se observa una perfectísima armonía por esta parte. La mujer de todos los climas y países es capaz de concebir en cualquiera parte del año: el tiempo medio de la gestacion es en todas partes de nueve meses [4], el de la pubertad, aunque algun tanto vario segun

[1] Godron, *De l'espèce et des races*, tomo II, chap. IV, pág. 362.

[2] Quatrefages, *l. cit.*, n. 4, pág. 198-199.

[3] Pozzy, *La terre*, etc. Appendice, pár. 3.º, pág. 521.

[4] Alex. d'Humboldt, *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent*, tomo III, pág. 293.

los lugares y los climas, es tambien, con poca diferencia, el mismo en todos ellos, si bien en todas las razas se encuentran ejemplos de precocidad y de retraso: el intervalo que separa las épocas catameniales es tambien entre ellas generalmente el mismo, siendo en esta parte mayor la diferencia de persona á persona que de pueblo á pueblo.

Además, la temperatura del cuerpo humano, el término medio de su crecimiento, la duracion media de la vida, nos suministran el mismo argumento. "De las laboriosas investigaciones del doctor John Davy, escribe Godron, resulta que "los hombres de diversas razas, colocados en circunstancias semejantes, tienen exactamente la misma temperatura, ora se alimenten exclusivamente de carne, como los vaidas, ora no coman sinó legumbres, como los sacerdotes de Buddha, ora, finalmente, usen estas dos clases de alimentos como los europeos. Estas observaciones han sido hechas en Inglaterra, en el Cabo de Buena Esperanza, en la Isla de Francia, en la India y en Ceilan, en soldados ingleses, en hotentotes, en negros de Mozambique, y en la costa occidental del África, en negros albinos, en sacerdotes de Buddha, en vaidas, en cipayos, en cingaleses y en malayos. El término del crecimiento completo varía en los animales de una especie á otra; en todas las razas humanas es fijo. La duracion media de la vida es en todas las variedades humanas la misma, y se encuentran en todas, aun en las intertropicales, ejemplos de longevidad extremadamente notables. Prichard cita un gran número de ellos entre los negros."

Viniendo ahora á los caractéres psicológicos, es cosa manifiesta que en ellos no hay diferencia alguna *esencial* entre los numerosos pueblos de la tierra: nueva razon para concluir que todos los individuos humanos pertenecen á una misma especie. Los Escolásticos en estos solos caractéres se fundaban para afirmar que todos los hombres son *específicamente unos*, y procediendo de este modo obraban con profunda filosofía. El elemento *formal* es el que especifica á los séres, no el *material*, que es determinable de suyo y sujeto á variaciones continuas. Por eso decian tambien los antiguos que la *forma da el sér á la cosa*, y que ella en sí misma es el *principio de las*

1 Robertson, *Edinburgh medical and surgical journal*, 1832, tomo XXXVIII.
2 Buffon, *Hist. nat.*, tomo II, pág. 490.
3 John Davy, *Annales de chimie et de physique*, 1826, tomo XXXIII, pág. 181.
4 Godron, *l. cit.*, pág. 399-400.

fuerzas y de las propiedades del sér: Forma dat esse rei: forma est principium virium et proprietatum entis.

Todos los caractéres psicológicos de las diferentes agrupaciones humanas los podemos comprender bajo los nombres de *facultades perceptivas* y *afectivas*, porque con ellos vienen significados así los actos de los sentidos como los de la inteligencia, y no ménos los afectos espontáneos del corazon que las acciones libres de la voluntad, en lo cual está encerrado cuanto sobre esta materia podemos imaginar é inquirir.

Comenzando, pues, por las facultades perceptivas, los enemigos del monogenismo han exagerado extraordinariamente el embrutecimiento de algunos pueblos, pretendiendo inferir de este fenómeno que algunas razas son incapaces de civilizacion, y por consecuencia diferentes tambien de la nuestra. Los negros, los bosquimanos y los australianos, son los que más abundante materia han prestado á sus apasionados discursos. Al pintar con tan negros colores á los infelices individuos de estas razas degradadas, olvidan estos escritores las lecciones de la historia, y apartan voluntariamente los ojos del estado lamentable en que se encontraban al advenimiento del Cristianismo, y áun algunos siglos más tarde, los pueblos que ahora brillan con todos los esplendores de la civilizacion europea. ¿Qué eran los galos en tiempo de los romanos? ¿qué los alemanes y los prusianos? Hordas salvajes que algun poligenista de entónces habría calificado de especies *naturalmente* inferiores á la nuestra. Ahora caminan tan ufanos todos ellos por la senda del progreso, que se tienen por la gente más civilizada del mundo entero. Los pueblos tienen sus altos y bajos en el camino de la civilizacion, como los tienen las familias en los bienes de fortuna y los individuos en la salud de sus cuerpos.

Mas no se crea que las gentes poco ha mencionadas hayan llegado á un grado tal de estupidez, que no den señal alguna de inteligencia. Ellas tambien, como todos los hombres de todos los tiempos, saben progresar y hacer cada dia con perfeccion mayor las obras á que especialmente se dedican. No tienen Universidades, ni grandes fábricas como los europeos, pero trabajan con admirable arte los instrumentos que les convienen, y hacen otras muchas cosas que ningun europeo es capaz de ejecutar. Yo mismo he visto con mis propios ojos la cabeza de un indio reducida á las pequeñas dimensiones del puño de un hombre sin perder su hermosa cabellera, ni borrársele las facciones con que era caracterizada en vida. ¿Quién

enseñó al salvaje, que así hizo contraer sus dimensiones por medio del fuego, á reducir á menor volúmen la cabeza del hombre sin desfigurarla siquiera? El ejercicio de su razon, que, aplicada á un solo objeto determinado, sabe encontrar medios para obtener lo que desea. Los salvajes del Ecuador, para ostentar la fuerza de su brazo, suelen conservar las cabezas de sus enemigos vencidos cuando éstos han sido muy notables; y como las tales cabezas en su magnitud natural les serian muy engorrosas, procuran reducirlas á menor volúmen, lo cual consiguen maravillosamente sirviéndose de un procedimiento á ellos solos conocido. ¿Puede hacerse esto sin inteligencia, y sin una inteligencia tan penetrante como la del artista europeo? Otro tanto sucede con ciertas obras de industria de los australianos. "M. Perron, escribe Pozzy, trajo de Australia una hacha de piedra unida á un mango por medio de una masa tan dura y fuerte, que excitó la admiracion y el asombro de todos nuestros químicos[1]."

El mismo M. Berard, cuyo testimonio á nadie puede ser sospechoso en esta materia, hablando de M. Schoelcher, diligente observador de la raza negra, se expresa en estos términos: "Su arsenal, donde tuvo la amabilidad de introducirme, podia pasar por una suerte de bazar ó exposicion de los progresos de la industria negra. Dificilmente podria yo decir ahora todo cuanto vi en aquel lugar; instrumentos de labranza armados de hierro; telas, unas elegantes y ligeras, otras más sólidas, todas finalmente tejidas y pintadas con los más brillantes colores; ornamentos diversos; brazaletes de oro macizo trabajado con bastante habilidad; empleo frecuente del cuero barnizado para el vestido y para el calzado; sables de hierro, manuscritos, etc.; hé aquí lo que será presentado en testimonio de la civilizacion de ciertas tribus negras. En verdad (continúa M. Berard), se objetará á M. Schoelcher, que no todos los que tienen el color negro son de raza negra ó etiópica; que los ashantis, los mandingos, los yolofs, los habitantes de Tombuctú, de Haussa, de Kachena, etc., no deben confundirse con "esos negros de mandíbulas salientes, de cabellos cortos y crespos, de barba rala, de frente aplanada, de miembros desmesuradamente largos, de pantorrilla plana, de dorso encorvado, de talon prominente, verdaderos elementos de la poblacion africana que están sin civilizar." Yo mismo he hecho á M. Schoelcher esta objecion; pero él me

1 Pozzy, *La terre*, etc. Appendice, pág. 487.

ha respondido que *los negros, entre quienes habia él recogido todos los productos citados, tenian las mandíbulas salientes, el ángulo facial agudo y los cabellos lanosos.*[1]

La mayor parte de los juicios desfavorables que se han formado sobre la raza negra han provenido del estado deplorable en que tienen los europeos en sus colonias á estos infelices, tratándolos como bestias de carga, y no teniendo el menor cuidado de su educacion moral. No sucede así en sus lugares propios, donde habitan las gentes de este color; pues allí no faltan hombres de despierto entendimiento, si bien otros no han sido en esto tan afortunados. «Es cosa bien cierta, escribe el sabio naturalista Giedros, hablando de la isla de Haiti, que los habitantes de la antigua parte española de esta reina de las Antillas son muy superiores á los de la parte francesa, y esta preeminencia debe ser atribuida á las maneras infinitamente más suaves y más paternales de los amos españoles en órden al tratamiento de sus esclavos. Los documentos presentados en 19 de Mayo de 1829 al Parlamento inglés prueban la inmensa superioridad de inteligencia que tienen los hijos negros nacidos de los libertos en la colonia de Sierra-Leona en comparacion de los que todavía son esclavos. Sin embargo, unos y otros habitan un mismo país; mas unos se han quedado en el estado de esclavitud y de ignorancia, y los otros han recibido un comienzo de educacion moral y religiosa. Véase claramente en esta primera edad de la civilizacion, no sólo adquirir más desarrollo las cualidades intelectuales, mas tambien hacerse transmisibles estas cualidades, en cierta manera, por medio de la generacion. Los negros nacidos en el Brasil tienen una inteligencia mucho más desarrollada que la de sus paisanos que son transportados allí desde el África. M. de Lisboa ha conocido negros criollos dotados de las más felices cualidades, así intelectuales como afectivas, y capaces del más alto y acendrado amor á sus amos. Pero esto proviene de que se les trata con humanidad, y su superioridad intelectual y moral merecen tanto más nuestra atencion, cuanto que no es hija del estudio, puesto que generalmente estas gentes suelen carecer de instruccion. Toda ella está fundada en el contacto que tienen estos negros con un medio más civilizado. Los que logran allí la rara ocasion de instruirse en las artes y en las ciencias muestran aptitud natural para ellas y una perseverancia notable. En las colonias inglesas de América, los jóvenes

1 Berard, *Cours de Physiologie*, pág. 411. (Citado por Pouzy, pág. 484.)

negros se muestran tan estudiosos y tan capaces como los blancos. En Tombuctu los negros se hallan en estado de leer el Alcoran, y aun lo aprenden de memoria; para su correspondencia comercial con Jenne, hacen uso de la escritura. Esta raza de hombres, que algunos se complacen en presentárnosla tan embrutecida, ha producido, sin embargo, hombres distinguidos. Blumenbach y Bory de Saint-Vincent hacen una enumeracion de ellos; nosotros citaremos solamente á Amo, á Capitan, á Santos Louverture, á Cristóbal y á Manzano. A esta lista podemos añadir el negro Eillet-Geoffroy, hábil matemático, corresponsal de la Academia de Ciencias de París. Para juzgar de la inteligencia de la raza negra, se puede consultar con interés la obra del abate Grégoire sobre la literatura de los negros. Pero donde principalmente conviene estudiar las naciones negras, es el lugar donde ellas tienen su propio asiento y donde gozan de su natural independencia. Entónces es cuando se advierte que hay entre ellas tanta variedad como entre nosotros; que las diversas agrupaciones negras presentan diferencias importantes entre sí, tanto en lo moral como en lo físico; que algunas de ellas tienen sus facultades muy poco desbastadas y otras muy bien educadas; y por consiguiente, que hay entre ellas variedades inferiores y superiores »[1]. Hasta aquí las palabras de M. Godron.

Los que así obran y en tales actos se ejercitan, bien podemos decir con toda verdad que son tan hombres como nosotros, y que no pertenecen á una especie inferior á la nuestra, siquiera se hallen generalmente en un grado de civilizacion que no llega con mucho al de los europeos. ¿Quién sabe si, andando los tiempos, abrirán un dia los ojos á la luz de la verdad cristiana, y entónces al calor benéfico de nuestra sagrada Religion producirán aquellas almas ahora inertes los frutos de bendicion que ennoblecen las inteligencias, y las levantan á la sublime altura de los pueblos civilizados? Quizá cuando esto suceda, la ilustrada Europa, que tan ufana se muestra hoy dia en sus adelantamientos materiales, al paso que mira con desprecio las verdaderas fuentes de la civilizacion, colocadas en el seno del Catolicismo, habrá recorrido el círculo de las humanas miserias y se encontrará en un estado semejante al que ahora agobia así al Egipto como á los pueblos de Oriente. Tambien estos brillaron cuando la Europa entera estaba sumida en la rudeza de la barbarie, y cayeron despues de su altura por haberse obstinado en seguir la

1 Godron, *De l'espèce et des variétés*, etc., tomo II, pág. 329.

senda del vicio, por donde corre ahora ella desenfrenada sin hacer caso de la religion y de la moral.

Ciertamente los pueblos africanos no carecen absolutamente de aptitud para recibir el Evangelio. Son generalmente buenos y muy hospitalarios, y consideran los actos de esta especie como imperados por el deber más bien que recomendados por la virtud. Por naturaleza son de costumbres suaves, cuando á lo contrario no les empujan las injusticias y los artificios de los europeos. Antes de la llegada de éstos al territorio africano, no conocian el robo, según Isert [1]. Tanto los hijos á los padres, como éstos á sus hijos, les profesan un amor entrañable y verdaderamente apasionado. Condiciones son éstas muy buenas para entrar en la senda de la verdadera civilizacion, harto mejores por cierto que las de la culta Europa, quien, hastiada de todo lo espiritual y divino, corre ardorosa en pos de todos los placeres mundanales, como si no hubiera otra cosa mejor que desear sobre la tierra.

Los negros, finalmente, creen en la Divinidad como todos los demas pueblos de la tierra, siquiera se formen con su ignorancia y vanas supersticiones falso concepto de ella.

Todo este conjunto de cualidades psicológicas de la raza negra está indicando con toda claridad que los negros pertenecen á nuestra misma especie, y son capaces de ir creciendo en la verdadera civilizacion como nosotros. Si bien por lo que hace á la cuestion de la unidad específica de que vamos tratando, ninguna necesidad tenemos para demostrarla de probar que los negros son tan aptos y tan dispuestos para las ciencias como los europeos. ¿Cuántos hay entre estos segundos que son naturalmente incapaces en materia de ciencias, y sin embargo, de ninguna manera los podemos poner en una especie diferente de la blanca?

A juzgar de otro modo, los egipcios hubieran podido afirmar en los tiempos pasados que los negros son *por naturaleza* superiores á los blancos. "Todos los europeos, escribe sabiamente Quatrefages, eran unos verdaderos salvajes cuando ya los chinos y egipcios estaban civilizados. Si estos últimos hubieran juzgado de nuestros antepasados como nosotros juzgamos con harta frecuencia de las razas extranjeras, hubieran hallado entre ellos no pocas señales de inferioridad, comenzando por este tinte blanco de que nosotros

1 Isert, *Voyages en Guinée et dans les îles Caraïbes en Amérique*, trad. franc. Paris, 1793, pág. 200.

tanto nos gloriamos, y que ellos habrian podido mirar como una especie de enfermedad irremediable[1].

Los bosquimanos, es verdad, se hallan actualmente en un estado de degradacion notable. Pero para juzgarlos convenientemente es preciso mirarlos, no como se encuentran hoy dia, sino como eran al tiempo de establecerse por primera vez los holandeses en el cabo de Buena-Esperanza. En aquella época los bosquimanos formaban una simple rama de la nacion, entónces muy numerosa, de los hotentotes, y vivian, como ellos, muy cómodamente dedicados al pastoreo de sus ganados, y divididos en diversas tribus, regidas cada una con el gobierno patriarcal de sus jefes. Mas perseguidos por una parte como bestias fieras durante largo tiempo por los holandeses, y oprimidos por otra con continuas guerras por los cafres, capitales enemigos suyos, se han visto precisados á retirarse á lo interior de los desiertos, y á llevar allí entre rocas y zarzales una vida pobre y desgraciada. Esto ha dado orígen al mismo nombre que ahora llevan, que no quiere decir otra cosa sino *hombres que habitan en las breñas.* Esta vida miserable y llena de continuas privaciones es la que los ha traido al estado de degradacion presente; que sabido es cuánto influye el género de vida para producir degradaciones de esta especie.

Mas no se crea que la degradacion de estos hombres es tan grande que no se encuentren entre ellos personas de despejada inteligencia. El viajero Kolbe, que ha tenido ocasion de observarlos, no los cree en esta parte inferiores á la generalidad de los otros mortales. Entre otras cosas, asegura haber conocido á varios que entendian perfectamente el holandes, el ingles y el portugues; esto no se hace sino con un grado mas que mediano de inteligencia. Ademas, dice este autor las palabras siguientes: "Todos los dias vemos á estos hombres empleados por los europeos en negocios para los cuales son necesarios talento y juicio. Así, un hotentote llamado Cloos era á quien M. Van der Stel, el último gobernador del Cabo, empleaba en el negocio de comprar ganado en las tribus mas apartadas, y rara era la vez que volvia este hombre de su comision sin haber obtenido felices resultados"[2]. Una cosa semejante escribe Godron de otro gobernador llamado Genssens. "El jóven bosquimano, dice, á quien dió acogida en su casa este gobernador, estaba dotado de

1 Quatrefages, *l. cit.*, chap. XXIX, pág. 260.

2 V. Pozzy, *l. cit.*, pág. 486.

una inteligencia bastante notable, y llegó á aprender con la mayor facilidad el holandés y aun un poco de inglés.

En vano se respondería á esto con Berard que nada prueban estas excepciones, como no prueba el talento de Newton y de Voltaire que todos los ingleses y todos los franceses son hombres de gran inteligencia; porque, á quien así arguyese, fácilmente le replicaríamos que así como el talento de Newton y de Voltaire no es bastante para hacer de estos dos hombres una especie distinta de la nuestra, así tampoco el de los dos bosquimanos mencionados lo será para distinguirlos de la especie hotentota. Por donde, constando con toda evidencia que estas dos personas del Cabo son de nuestra misma especie, con la misma evidencia se ve tambien que todos los de su raza se hallan con respecto á nosotros en las mismas relaciones, segun aquel principio que dice: *Las cosas que son iguales á una tercera, son tambien iguales.*

Por lo que toca á los australianos, la miseria grande en que ordinariamente viven ha hecho de ellos una raza no muy diversa de la de los bosquimanos en lo perteneciente á la conformacion del cuerpo. Sin tener apénas con qué vivir, famélicos casi siempre, y muriendo á veces acabados de hambre, ¿qué habia de suceder á estos infelices, sinó lo que suele acontecer á los pueblos que por largo tiempo se hallan en circunstancias semejantes? "Siempre buscando alimentos, escribe á este propósito Godron, no llegan á procurárselos sinó á costa de grandes dificultades y extraordinarias fatigas, pues viven en un país que ningun fruto comestible presenta á su vista, ninguna planta nutritiva de esas que crecen en los trópicos sin cultura y aseguran la existencia á sus moradores. Su alimento lo forman los mariscos, las arañas, las hormigas, las langostas, las larvas de los insectos, los lagartos, las culebras, las raíces de la *Pteris esculenta* y los bulbos de las orquídeas. De tarde en tarde la caza les procura alguno que otro canguro ó casoard, ambos ya muy raros á causa de la continua guerra que se les hace. La pesca les podría proporcionar alimentos más abundantes; mas las continuas tempestades de la Nueva-Holanda, y sobre todo las emigraciones de los peces, les hacen incierto este modo de subsistencia. Entónces es cuando se manifiesta entre ellos el hambre con todos sus horrores [2], reduciéndolos a un estado tal de macilencia, que

1 Godron, *l. cit.*, tomo II, pág. 218.

2 Godron, *l. cit.*, tomo II, pág. 219-220.

parecen esqueletos ambulantes próximos á perecer por inanicion."

No sucede así á los habitantes de las islas del estrecho de Torres, vecinos á los australianos, á pesar de pertenecer unos y otros á una misma familia. Y la razon es, porque con la abundante pesca que recogen viven holgadamente; y no tienen que padecer las hambres ni los trabajos que á los otros continuamente afligen.

Pero hablemos de su inteligencia y de los actos que á ella pertenecen. Los que tenían interés en que los australianos no fuesen hombres como nosotros, sinó fieras ó animales estúpidos, los han pintado en este punto con los colores más negros que pueden imaginarse, y así los han tratado en consecuencia como se trata á las fieras del bosque, que se pretende aniquilar por completo. Mucho se ha hablado por los extranjeros contra las injusticias de nuestros primeros colonos que fueron á poblar las Américas; pero todo ello, con toda la inmensa multitud de mentiras y exageraciones, que no han andado ciertamente escasas en boca de nuestros detractores, no llega ni con mucho á la realidad que han tenido que experimentar los miserables australianos por parte de sus conquistadores. "En ningun punto del globo quizá, escribe M. de Quatrefages, se ha mostrado el blanco tan despiadado con las razas inferiores como en Australia; y en ninguna parte tampoco se ha calumniado con tanta audacia á aquellos mismos á quienes se les llevaba la expoliacion y el exterminio. Para él los australianos no han sido hombres, sinó séres que "reunen en sí todo cuanto malo se ve en los más corrompidos miembros del género humano, y añaden á esto otras varias cosas que podrían llenar de rubor á los monos, sus hermanos." (Butler Earp...) "Conocido es el resultado que han tenido estas lecciones en la Tasmania y en la Australia; y los que deseen informarse más al por menudo de estas cosas pueden consultar á los viajeros de todas las naciones, así á Darwin como á Petit-Touars" [1].

Había interés en deprimirlos y se los deprimió, poniéndolos por debajo de los mismos irracionales; pero la verdad sabe abrirse paso al través de todas las calumnias y de todos los embustes, y los australianos han aparecido cuales existen en la naturaleza, es decir, dotados de un entendimiento como la generalidad de todos los demas, capaces de instruccion como ellos, afectuosos, sensibles, reconocidos y áun accesibles á las sublimes influencias del heroismo. Ni les falta ingenio para las obras de industria, puesto que ántes de llegar

1 Quatrefages, *L'espèce humaine*, chap. XXIII, pág. 334.

á su territorio los blancos ya sabían mostrar sus habilidades en las cosas de la caza y de la pesca, en la domesticacion del perro, su perpétuo compañero, y en la buena construccion de sus viviendas. Lo que les faltó, sí, ántes de dicha época, fué la ocasion de desarrollarse con la instruccion ajena y con la presencia de plantas fértiles que les incitasen á promover la industria propia. Puestos en disposiciones convenientes los australianos, se muestran tan hábiles para las obras manuales y áun para las letras, como la generalidad de las gentes incultas. «La carestía de jornaleros, dice M. de Brosseville en su *Historia de la colonizacion penal y de los establecimientos de Inglaterra en Australia*, ha hecho estimable el trabajo de estos miserables pueblos, hasta entónces poco conocido. Se ha caido en la cuenta, cuando el interés lo ha demandado, de que ellos no eran incapaces de ejercitarse en las artes útiles, de que sus barracas y ajuares presentaban una disposicion bien ordenada. Desde 1853, doscientos mil carneros tenían por pastores á hombres naturales del país. De ellos se sacaba con ventaja gente para hacer ladrillos, y áun para desempeñar el oficio de gobernadores con los de su propia tribu. En las escuelas de Puerto-Jackson fundadas por el gobernador Macquarie, los niños astralianos que acudían á ellas aprendian á leer y á escribir, y áun cuentas y dibujo, no ménos que los europeos. Y segun Prichard [1], dos australianos que fueron llevados á Inglaterra presentaban sus facultades tan desarrolladas como los niños ingleses de la misma edad y tanta capacidad como ellos para ser instruidos.

«Sostener hoy todavía, escribe el ilustre profesor de Antropología en el Museo de Historia Natural de Paris, que los australianos son lo que han querido hacer de ellos Bory de Saint-Vincent y los antropólogos de esta escuela, es negar los hechos evidentes, atestiguados por una multitud de viajeros de toda especie. Lo mismo que las otras razas humanas, la australiana no se ha mostrado absolutamente salvaje. Sus instituciones eran propias de un pueblo cazador: la familia, la tribu, la nacion, estaban en ella organizadas y distribuidas en verdaderas agrupaciones dotadas de su propio catastro. Los australianos, más avanzados en este punto que los de Tahiti, sabían dividirse el suelo, y respetar religiosamente los límites trazados, fuera de los casos de guerra. Más adelante hablaré de sus caractéres morales y religiosos. Aquí no se trata sinó de los intelec-

[1] Prichard, *Researches into the physical history of mankind*, tomo IV, pág. 266. V. Godron, *l. cit.*, pág. 222 y siguientes.

tuales, y yo me limito á añadir que estos salvajes tenian pueblos de ochocientos á mil habitantes, que sabian fabricarse canoas, que tejian sus redes para la caza y para la pesca, tan grandes que tenian á veces ochenta piés de largo, y tan fuertes que podian resistir á los esfuerzos del canguro.

„Léanse los escritos de Dawson, que habia hecho de estos salvajes una cierta especie de arrendatarios; los de Salvado, que ha hallado en ellos obreros tan fieles como útiles: los de Blosseville, quien confiesa que se tuvo por feliz con poder recurrir á ellos cuando la fiebre amarilla hizo que faltasen los brazos europeos, y quedará patentizado todo cuanto hay de inexacto en las aserciones emitidas á propósito de la incapacidad radical de los australianos. En fin, quien conserve todavía alguna duda, fije por algunos momentos su atencion sobre esas tribus ya asentadas y *civilizadas* por William Buckley, soldado desertor, y le será bien forzoso confesar que la facilidad de levantarse sobre su estado pasado existe entre los australianos no ménos que entre otras gentes cualesquiera „ [1].

Para remate de este capítulo, observemos que todas las gentes de la tierra tienen cierta propension innata á asociarse entre sí y á comunicarse mútuamente sus ideas y afectos, ya valiéndose de signos naturales, ya por medio del *habla*. Esta cualidad prueba con toda evidencia la comunidad específica que á todos ellos les une, porque sólo entre animales de una misma especie se observan fenómenos semejantes. Los pájaros, por ejemplo, no se juntan sinó con los de su misma especie, ni entienden el género de lenguaje informe que todos los animales tienen para manifestar sus afectos, sinó á los que participan de su misma naturaleza. Esto mismo se observa en todos cuantos hombres existen sobre la superficie del globo, los cuales, apénas se ven juntos, al instante tienden á comunicarse sus ideas y sentimientos, sirviéndose de signos acomodados al efecto para ponerse en ese linaje de relacion que sólo es propio de los séres de una misma especie. Esto es, pues, lo que de todos ellos debemos afirmar, á saber: que en todos sin excepcion se encuentra una misma naturaleza específica. Y esto baste para lo que nos habíamos propuesto tratar en este capítulo.

Veamos ahora si á la unidad específica es preciso añadir además la unidad de origen; pero esto ya es cosa que pertenece al capítulo siguiente.

1. Quatrefages, *loc. cit.*, núm. 11, cap. XXIII, págs. 334 y 335.

CAPÍTULO XXX

UNIDAD DE ORÍGEN DEL GÉNERO HUMANO

Dejamos al fin del capítulo pasado entablada la cuestion sobre si á la unidad específica, que manifiestamente reune dentro de sí á todos los hombres del globo, hay que añadir además la unidad de origen. Nuestra sagrada Religion, segun lo tenemos ya observado, nos enseña en esta parte, como un dogma de fe revelado por Dios, que todos los hombres existentes sobre la tierra, blancos y negros, y á cualquier raza que pertenezcan, son verdaderamente hermanos y salidos de un mismo vientre.

Esta bellísima doctrina, que tan poderosa virtud encierra para establecer en el mundo la paz universal, uniendo estrechamente los vínculos que ligan á unos hombres con otros, y amonestándoles los deberes dulcísimos que á todos ellos trae la consanguinidad, ha sido negada, sin embargo, no sólo por los poligenistas, sinó tambien por Agassiz, quien conviene con nosotros en admitir la unidad de especie. Para este célebre naturalista, los hombres todos del género humano participan de una misma naturaleza ideal y filosófica, pero han debido proceder originariamente de distintos troncos. Adan, por consiguiente, no es el padre comun de todos los hombres, aunque todos se hallen unidos por las relaciones de una misma naturaleza específica, sinó solamente de los judíos y de cuantos en un principio estuvieron unidos con vínculos de sangre en la familia de Noé. Así ha renovado Agassiz en la Antropología lo que La Peyrère profirió en Teología, siendo al instante condenado por la Iglesia. El fundamento á que apela el profesor de Cambridge para establecer su sistema no es otro que el invocado por los poligenistas, á saber: la fijeza absoluta de los tipos, que impide á los individuos de una misma especie pasar de un extremo á otro, cuando estos extre-

mos se hallan tan distantes como el blanco y el negro. Si en lugar de recurrir á la esencia misma de las cosas hubiera el ilustre naturalista imitado al protestante La Peyrère, pretendiendo derivar sus afirmaciones de la sola palabra divina, entónces hubiéramos dicho que Agassiz negó simplemente el *hecho* de la comunidad de orígen, sin meterse en la posibilidad absoluta de lo contrario. Pero Agassiz procede como filósofo y no como teólogo, y funda su teoría, no en la libre voluntad de Dios, que podia haber establecido en un principio diferentes centros de creacion para el hombre, como estableció uno solo, sinó en la imposibilidad física que atribuye á la naturaleza humana de modificarse tan ampliamente con sus solas fuerzas, haciendo pasar á sus indivíduos desde las hermosas facciones del blanco hasta la repugnante figura del negro.

Por eso amigos y enemigos han tenido á Agassiz por un poligenista moderado, y ciertamente con razon; porque asentar *à priori* que la constitucion interna del blanco, por ejemplo, no puede desenvolverse en tales términos que venga á resultar de este desarrollo un indivíduo negro, sabiendo de cuántas variaciones accidentales es capaz la naturaleza humana en todas sus agrupaciones, es afirmar implícitamente que tanto en el blanco como en el negro hay una cierta cosa *esencial* é inamisible que conviene á él solo, y que no puede ser atribuida á circunstancias especiales de lugar ó de tiempo, en lo cual precisamente consiste la esencia del poligenismo.

Nosotros probaremos en este capítulo el *hecho* de la referida unidad, y haremos ver á Agassiz, así lo infundado de su sistema, como lo anticientífico de sus afirmaciones; á lo cual añadiremos, por via de respuesta á los argumentos principales de todos los poligenistas, la enumeracion de hechos reales é incontrovertibles, en los cuales se da á conocer la aptitud intrínseca que nuestra naturaleza tiene de modificarse en sus diferentes indivíduos, haciéndoles pasar en circunstancias oportunas de una raza á otra, aun á las mas opuestas y distantes.

Y comenzando por lo primero, el hecho de la comunidad de orígen para todos los hombres de la tierra lo hallamos atestiguado en cuantas tradiciones de los pueblos han quedado esparcidas por todo el mundo tocante á los tres dogmas católicos del estado feliz del primer hombre, de la ruina que con su caida trajo á todo el género humano, y del castigo formidable del diluvio. Todas estas tradiciones no pueden ser otra cosa sinó el eco de la revelacion divina, comunicada por Dios á los primeros hombres, y luégo desfigurada por

ellos á medida que se iban separando unos de otros. Si no, ¿cómo convenir todos ellos en la creencia de unos mismos hechos tan extraordinarios y de ningun modo contenidos en las simples leyes de la naturaleza? La universalidad de un efecto de esta clase no puede ser convenientemente explicada sinó recurriendo á una causa tambien universal; ahora bien; en la materia de que tratamos, la única causa universal asignable es la realidad de los hechos así universalmente creidos.

Diráse quizá que este argumento no encierra en sí una razon científica, por cuanto no está tomado de las entrañas mismas de las cosas, sinó de la historia. Pero en materia de hechos libremente ejecutados por el Criador, cual es ciertamente el de la unidad de orígen para todo el género humano, no sé qué otra clase de argumentos científicos se puedan aducir sinó los pertenecientes a la historia. Los hechos libres no se demuestran *a priori* como si fueran teoremas matemáticos, sinó por la íntima relacion que tienen con otros hechos patentes á nuestra vista y capaces de llevarnos al conocimiento de ellos. Pues de esta naturaleza son las tradiciones universales relativas á los primeros orígenes del género humano; ellas son tales, que en la sola unidad de orígen enseñada por la Biblia pueden tener una explicacion satisfactoria.

Otro hecho que tambien tiende á probar la unidad de orígen de que vamos hablando es la afinidad que guardan entre sí la mayor parte de las lenguas del género humano, pudiéndose decir con razon que tambien las otras, cuyo parentesco no se ha hecho patente todavía, lo tienen sin embargo en realidad, siquiera esté ménos descubierto, ya por la falta suficiente de datos para conocerlo, ya por la pérdida quizá de los anillos intermedios con que en el proceso histórico se halla unida una lengua con otra; pues sabido es que las lenguas muertas pueden perderse totalmente, sin que sea dado á los hombres desenterrarlas ó descubrirlas, lo cual no sucede así á los anillos de la cadena darwiniana. Es cosa ya averiguada entre los filólogos que todas las lenguas de la familia indo-europea, las cuales se extienden por casi toda Europa y por gran parte del Asia, deben su primitivo orígen á una sola lengua madre, de la cual han recibido, así la construccion gramatical, como una cierta cantidad de nombres encaminados á significar objetos muy usuales, y difíciles por lo mismo de ser sustituidos por otros en la transformacion continua que sufren las lenguas. Por último, "se demostró claramente, escribe el cardenal Wiseman, que una sola lengua, en la acepcion

esencial de esta palabra, se extendia á una porcion considerable de Europa y Asia, y atravesando por una ancha zona de Ceilan á Islandia, estrechaba con un vínculo de unidad á los mismos que profesaban las religiones más incompatibles, que poseian las instituciones más opuestas, y que casi no presentaban ninguna semejanza de color y fisonomía. La lengua, ó más bien la familia de lenguas, cuya marcha acabo de diseñar, ha recibido el nombre de indo-europea „ [1].

Estas mismas afinidades existen en las lenguas de la familia siro-arábiga habladas por los caldeos, asirios, sirios, árabes, fenicios, abisinios, etc. "De donde, escribe Moigno, se podria concluir por analogía que tambien existe una tercera lengua egipto-africana, comun á una tercera familia, la familia de Cam, que comprende á los egipcios, á los libios, á los kabilas, á los thuaregs, á los etiopes, á los bucharis, á los africanos, „ etc., etc. [2].

Estas tres lenguas corresponden á las tres grandes ramas en que se dividió la familia de Noé despues que el Señor, para castigar su soberbia, confundió su lengua, haciendo que no se entendiesen los unos á los otros, y dando con esto orígen á que cada uno se fuese por su lado. La indo-europea pertenece á la raza jafética, la siro-arábiga á la semítica, y la egipto-africana á la maldita raza de Cam, que tuvo sus tiempos de gloria en Egipto, como lo demuestra la historia, en conformidad con la Biblia, pero que ordinariamente lleva sobre sí el peso de la maldicion de Noé, viéndose siempre sometida á sus hermanas.

Por el mismo método de comparacion lingüística han sido descubiertas las referidas afinidades entre otras lenguas del antiguo y del nuevo continente, pudiendo escribir con toda razon Humboldt: "Por más aisladas que puedan parecer á primera vista ciertas lenguas, por singulares que sean sus caprichos y sus particularidades, todas ellas tienen una analogía entre sí, y sus numerosas relaciones se descubren con más facilidad á medida que la historia filosófica de las naciones y el estudio de las lenguas caminan hácia su perfeccion „ [3].

Los poligenistas, como ya era de suponer, pretenden que ciertas familias de lenguas son *irreducibles*, para sacar de aquí la consecuencia con Crawford, Hovelacque y otros, de que las razas á

1 Wiseman, *Discursos*. Discurso primero, pág. 783. *De las Vindicias de la Biblia.*
2 Moigno, *Les splendeurs de la foi*, tomo II, pág. 584.
3 *Asia polyglotta* de Klaproth, pág. 6.

quienes pertenecen son tambien en sí originarias, y no tienen vínculo alguno genético con las demas. Pero la generalidad de los sabios no está por esta manera de pensar; y por lo que hace á la consecuencia referida, el absurdo no puede ser más manifiesto. Dios, al confundir en Babilonia la lengua de los hijos de Noé, que hasta entónces habia sido para todos una misma, bien pudo hacer de manera que las lenguas repentinamente formadas no tuviesen entre sí analogía alguna, y fuesen por lo mismo irreducibles. Por tanto, de que una familia de lenguas no tenga vínculo alguno genético con otra no se sigue legítimamente que tampoco lo tengan los hombres cuyas son las sobredichas lenguas. Antes lo que parece más natural, supuesta la narracion del Génesis, es que las lenguas repentinamente formadas por Dios en la confusion de Babilonia debieron ser en cierta manera irreductibles. Porque no fueron derivadas unas de otras, como suele suceder cuando con el discurso del tiempo las forman espontáneamente los hombres, sinó inmediatamente infundidas por Dios para que no se pudiesen entender los hijos de Noé en su loca empresa de fabricar la torre, y tomasen de allí ocasion de desparramarse por el mundo entero.

Esta repentina formacion de las lenguas se halla en tan grande armonía con la unidad primitiva del lenguaje, que con dificultad podria ésta explicarse sin aquélla. "En realidad, escribe el ilustre cardenal Wiseman, si admitimos una vez la unidad originaria del lenguaje, apenas podremos explicar sus divisiones subsiguientes sin algun fenómeno semejante. Esto lo notó el sabio y juicioso Niebuhr en una de las excursiones que hallamos por casualidad en su libro. Este error, dice Niebuhr, se escapó á la atencion de los antiguos, probablemente porque admitian muchas estirpes primitivas de la especie humana. Los que las niegan y suben á una pareja única deben suponer un milagro para explicar la existencia de idiomas de estructuras diferentes; y respecto de aquellas lenguas que se diferencian por sus raíces y otras cualidades esenciales, hay que admitir el prodigio de la confusion de las lenguas. La admision de semejante milagro no ofende á la razon; porque, una vez que los restos del antiguo mundo nos demuestran evidentemente que ántes de este órden de cosas existia otro, es muy creible que duró íntegro desde el principio, y que en cierto período sufrió una mudanza esencial„ [1].

1 Wiseman, *Discursos.* Discurso segundo, en las *Vindicias de la Biblia,* página 801-804.

Esta diferencia esencial la manifiestan ciertamente las tres grandes familias á que se hallan reducidas las diferentes lenguas del universo; pues la analogía que entre sí guardan no está basada en lo que tienen de accidental y variable, sinó en lo que constituye su misma naturaleza intrínseca. Diríase que en cierto modo proviene más bien de la misma naturaleza del entendimiento humano, á cuyo servicio está consagrado el lenguaje, que de otras causas inherentes al lenguaje mismo. Dios, al infundir á los hijos de Noé sus lenguas diferentes, se acomodó de seguro á la naturaleza intrínseca del humano entendimiento, que en todos ellos era una misma; de donde por fuerza habia de resultar una cierta analogía entre las lenguas de todos; pero estas lenguas las hizo esencialmente irreducibles, como que todas ellas eran *primarias* é independientes.

Sin embargo, bien pudo hacer el Criador que los hijos todos de Noé conservasen, cada uno en la lengua propia que le habia tocado, algunos vestigios del habla primitiva, para que de esta manera en el mismo fenómeno maravilloso de la confusion de las lenguas llevasen impresa los hombres la marca de lo que habia sido el habla de sus antepasados antes de producirse la confusion dicha. Estos vestigios existen en efecto, y ellos son los que han movido á la generalidad de los filólogos á considerarlas como relacionadas todas ellas entre sí con propio y verdadero parentesco. Wiseman, en los dos sabios discursos poco há citados, hace ver la existencia de este vínculo comun, y trae en favor de esta doctrina las grandes autoridades de Alejandro de Humboldt, de la Academia de San Petersburgo, de Merian, Klaproth, Federico Schlegel, Herder, Turner, Abel Remusat, Niebuhr y Balbi, copiando sus mismas palabras y notando que algunos de ellos tenian por un mero cuento oriental, segun consta de sus mismos escritos, cuanto la Escritura refiere en órden á la confusion milagrosa de las lenguas verificada en Babilonia, y por consiguiente, no podian ser movidos á abrazar la referida doctrina por la autoridad de la Biblia.

Vea quien guste estos dos discursos; nosotros no nos detendremos más largamente en esta materia. Nos contentaremos con observar que la réplica de Agassiz contra la afinidad sobredicha es indigna verdaderamente de un hombre de su esclarecido entendimiento. Dice este distinguido escritor: "Los que sostienen la unidad primitiva de la especie humana atribuyen una grande importancia á la afinidad de las lenguas, teniéndola por un testimonio comprobante del parentesco directo y efectivo entre todos los hombres. Pero esta

importancia, sea cual fuere, se la puede encontrar tambien en la familia animal, aun de aquellas que cuentan numerosas especies y géneros. Sígase sobre una *carta* la distribucion geográfica de los osos, de los gatos, de los rumiantes de cuernos huecos, de las gallináceas, de los patos, ó de cualquiera otra familia. Con la misma evidencia que lo pueden hacer con respecto á las lenguas humanas las investigaciones filológicas, sean las que fueren, se probará que el bramido de los osos del Kamtchatka tiene parentesco con el de los osos del Thibet, de las indias orientales, de las islas de la Sonda, del Nepaul, de Siria, de Europa, de Siberia, de los Estados-Unidos, de las montañas Roquellas y de los Andes. Sin embargo, todos estos osos son mirados como especies distintas, que no han heredado de otro alguno la voz con que expresan sus sentimientos. No la han heredado mas las razas humanas. Otro tanto se puede decir del maullido de los gatos de Europa, de Asia, de Africa ó de América; y del bramido de los bueyes, cuyas especies están latamente extendidas por todo el globo,

¿Qué tiene que ver el informe lenguaje de los animales con la espiritual é inteligente palabra del hombre? Las voces de los brutos son meros gritos lanzados por la ciega naturaleza, destituida de verdadera libertad en sus actos, é incapaz de producir otros signos que los puramente *naturales*; miéntras que la palabra del hombre es el vehículo del pensamiento, verdadero signo *arbitrario* que no puede significar sinó porque libremente lo ha escogido el hombre para desempeñar este oficio. De aquí es que la afinidad en la voz con que los diversos osos, gatos, toros y demas animales manifiestan sus sentimientos, no puede ménos de existir en todos ellos como fruto espontáneo de una naturaleza afin y semejante; mas la afinidad que encuentran los filólogos en las lenguas es cosa que pudiera haber dejado de existir, siendo dependiente, como lo es, del humano albedrío.

Por esto ha podido escribir con razon el filólogo y matemático Young las siguientes palabras: "Parece que no podria deducirse nada, relativamente al grado de parentesco entre dos lenguas, de la coincidencia de sentido de una palabra única que se encontrase en estas dos lenguas, y que las probabilidades serian tres contra una, sobre que las dos voces no concordaban. Pero si tres palabras parecen idénticas, entónces habrá diez contra una que deben ser

1 Agassiz, *Lettre à Nott et à Gliddon.*

derivadas en uno y otro caso de alguna lengua madre, ó introducidas de algun otro modo. Seis palabras darian más de setecientas mil probabilidades contra una, y ocho, cerca de diez mil; de tal suerte que en semejantes casos la probabilidad se diferencia poquísimo de una certeza absoluta. En el vascuence, por ejemplo, ó antiguo idioma de España, hallamos en el vocabulario que acompaña al elegante ensayo del baron G. de Humboldt, las palabras *beria*, nuevo; *ora*, un perro; *guchi*, pequeño; *oguia*, pan; *otsoa*, un lobo, de donde el español *onza*, y *sarsi* (ó *shashpi*, como lo escribe Lacroze), siete. Pues en el antiguo egipcio, nuevo es *beri*; un perro, *whor*; pequeño, *kudchi*; pan, *oik*; un lobo, *ounsh*, y siete, *shashf*. Y si consideramos estas palabras como bastante idénticas para admitir que pueda calcularse por ellas, las probabilidades serán más de mil contra una, que en algun período muy remoto se estableció en España una colonia egipcia *(ó tuvieron ambos idiomas en el origen un mismo punto de procedencia, conservando cada uno por su parte algunos fragmentos de la lengua primitiva, diremos nosotros con el cardenal Wiseman)*, porque ningun dialecto de las naciones vecinas ha conservado vestigios de haber sido el intermedio por el cual se hayan transmitido estas voces [1].

En ayuda del argumento filológico viene el histórico, pues todas las historias están acordes en afirmar las emigraciones de los pueblos que irradiaron del Asia, del Egipto y de la Fenicia á las otras partes del mundo, y se extendieron así por todo él en la misma forma que lo cuenta el Génesis. Tres fueron los hijos de Noé, y las familias de estos tres grandes troncos se fueron esparciendo por todo el globo, dando nombre á los diferentes pueblos de la tierra. Hé aquí cómo hace la enumeracion de estos pueblos Riancey, derivando sus nombres de los pertenecientes á los hijos de las tres familias citadas: "Nombremos, dice, primeramente á Sem: éste es el hijo primogénito del gran Patriarca, abuelo de Heber, y tronco de los hebreos, cepa de Israel y padre del pueblo escogido. Su hijo primogénito es *Elam*, el segundo *Asur*, el tercero *Arphaxad*, el cuarto *Lud*, el quinto *Aram*. A esta rama semítica corresponden los pueblos más antiguos y más ilustres del Asia. *Elam* ha dado su

1 Joung, *Remarks on the reduction of experiments of the pendulum. Philosoph. transact.*, vol. cix, pág. 1819. (Citado por Wiseman en el discurso segundo, pág. 796 de las *Vindicias de la Biblia*.)

nombre á los *elamitas*, y así es como se llaman ellos mismos los primitivos persas. *Asur* es el fundador deificado de la nacion caldea y del imperio de Asiria. El nombre de *Lud* se reconoce en los *lydios* del Asia Menor, y figura sobre los monumentos egipcios, como significando los pueblos de color ménos oscuro que habitaban el Asia. *Aram* ha tenido por descendientes á los *arameos*, antigua denominacion de los pueblos de Siria. Finalmente, *Arphaxad* es el padre de Salé, abuelo de Héber, quien tuvo por hijo á Phaleg, padre de los israelitas, y á Joctan, cabeza de los árabes joctanidas.

Cuatro fueron los hijos de *Cham*: *Kush*, *Mezraim*, *Phut* y *Chanaan*. El nombre de Cham es el que tomára para sí Egipto, llamándose *Cheme*; encuéntrasele bajo la forma de *Ham* ó *Hamman*, en el nombre genérico del África. Kush es el jefe de la gran familia kushita, que reinó en las grandes llanuras de Senaar, y que llevó sus descendientes hasta la Etiopía. La figura que más descuella en esta raza es el primer fundador de imperios, *Nemrod*, el violento cazador, el rey de Babilonia. Mezraim está tambien á la cabeza de la raza egipcia. Phut aparece como padre de los que han poblado la Lybia, y Chanaan ocupó la tierra prometida y las riberas del Mediterráneo, hasta que Josué se apoderó de estos lugares.

Cham anda errante por el mundo. Japhet es viajero y dominador. Sus hijos son: *Gomer*, *Magog*, *Madai*, *Javan*, *Thubal*, *Mosoch* y *Thiras*. En el primero, cuyo nombre se escribe *Gmr* ó *Gimr*, está por comun consentimiento designado el jefe de la gran familia de los *kimr* ó *kymris*, de donde han venido los celtas y los germanos. Los hijos de Gomer son: *Ascenes*, origen quizá del nombre de Ascania, en el Asia Menor, del nombre de la mar *ascania* (Ponto Euxino); *Riphat*, de donde descendia el pueblo nunca domado de los montes Ripheos; *Thogorm* ó *Thogorma*, padre así de los antiguos frigios (*thygramioi*) como de los modernos *turkomanos*. De *Gog* ó *Magog* descienden los pueblos escitas; los *medos* vienen de *Madai*: *Javan* reconoce por suyos á todos los *javanas*, á todos los *junos*, á todos los jonios ó griegos del Asia Menor y de Europa, y sus hijos *Elisat*, *Tharsis*, *Cethim* y *Dodanim* han dejado impresa su memoria en la *Ellas* (Grecia); en la Cilicia, donde está la ciudad de Tharsis; en la isla de Chipre, donde está Kitium; en la Tracia, donde estaban los Cithios (*kethioi*), finalmente, en el santuario de Dodona. Túbal pasa por ser el padre de los *thobelianos*, nombre primitivo de los iberos, de los eúskaros, del "pueblo del cordero."

Los moscovitas deben pertenecer á Mosoch ó Moshk, los tracios á Thiras [1].

De estos pueblos descienden todos los demas, si bien, como nota el mismo Riancey [2], todavía reina gran oscuridad sobre la explicacion completa de esta genealogía. Sin embargo, no se puede dudar sinó que en la admirable enumeracion de Moisés es donde se halla " la memoria más auténtica de la filiacion de los pueblos, „ como se expresan los órganos más acreditados de la ciencia moderna [3].

Al argumento histórico debemos juntar el antropogénico, tomado del orígen que señalan al hombre los antiguos historiadores y poetas. Sanchoniaton, segun consta de un escrito suyo que nos ha conservado Eusebio Cesariense, copiándolo de las obras del judío Filon [4], asigna al género humano el mismo modo de nacimiento que señala Moisés, diciendo que Aion y Primogénito fueron procreados del viento Kolpia, y añadiendo que de ellos nacieron despues todos los hombres, los cuales fueron enseñados por Aion á alimentarse del fruto de los árboles. Aion y Primogénito, el primero tomando la fruta del árbol, y los dos siendo procreados del viento, manifiestamente nos están diciendo que aquí se trata de Eva y Adan, primeros padres del género humano, criados por el *soplo del espíritu de Dios* [5], y alimentados con el fruto de los árboles del Paraíso. Lo mismo viene á decir en sustancia el caldeo Beroso, segun se colige de un fragmento suyo que nos ha trasmitido Syncello; lo mismo tambien Diodoro Sículo en las teogonías de los egipcios y de los griegos. Orfeo canta la adoracion del *primer hombre producido:* Aristófanes llama á los hombres *obras lúteas*, aludiendo á la creacion de Adan, formado del barro de la tierra; Horacio celebra el *linaje audaz de Japhet*, y Ovidio cuenta, casi copiando del Génesis, en sus *Metamorfósis* la creacion del mundo y la de nuestros primeros padres, los pecados de los hombres, que atrajeron á la tierra el diluvio universal, y la repoblacion del mundo por medio de la familia de Pirra y Deucalion, providencialmente preservada de las aguas vengadoras.

1 Riancey, *Hist. univ.*, tom. 1, lib. 1, pág. 90-96. Paris, 1870.

2 El mismo, *l. cit.*, p. 90.

3 Rawlinson, *The five great monarchies of the ancient Eastern World*, tomo 1.

4 Euseb. César., *Praeparat. evang.*, lib. 1, cap. x. (Edic. de Migne, Pat. gr., tomo xxi, pág. 78.)

5 *Et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitae, et factus est homo in animam viventem*, dice la Escritura (Génes., cap. II, vers. 7).

Tenemos, pues, en favor del dogma cristiano las tradiciones de los pueblos, los inventos de la filología, las narraciones de los historiadores más antiguos, incluso el autorizadísimo autor del *Pentateuco*, muy superior á todos ellos, así en antigüedad como en autoridad histórica; finalmente, los cantos de los más celebrados poetas. ¿Qué traen los poligenistas, qué el famoso Agassiz, para que derribemos ahora por el suelo tan respetables testimonios, y sigamos ardorosos la nueva doctrina del *cosmopolismo inicial*, estableciendo tantos *centros de creacion* cuantas son las infinitas agrupaciones humanas? Los hechos de la Historia natural, nos responden todos ellos unánimemente. Veámos qué nos dicen estos hechos de la moderna ciencia.

«La naturaleza no cambia nunca, dice en sustancia el ilustre profesor de Cambridge; es preciso reconocer en ella una fijeza absoluta. Las especies vegetales y animales no han podido comenzar á existir en un solo punto de la tierra; la razon nos obliga á establecer para ellas diversos puntos de creacion; esto mismo debemos afirmar con respecto á la especie humana. Cada region de la tierra tiene sus especies vegetales y animales, así como su propio hombre; en éste y en aquéllas han influido las mismas causas locales, dando á todos los organismos de cada país una cierta especie de uniformidad ó sello que los caracteriza y distingue. Así es que al tinte particular del malayo corresponde el pelaje del orang existente en la misma region, y al de los negritos y telingas el del gibbon, propio de los lugares donde ellos habitan.»

Comencemos por esto último. En la isla de Sumatra, donde los hombres, en sentir de Agassiz, tienen el mismo color rojo del orang, vive tambien el gibbon, cuyo color negro corresponde, por confesion del mismo Agassiz, al color negro de los negritos y telingas. ¡He aquí cómo unas mismas causas locales imprimen á todos los organismos de una region un cierto sello comun que los caracteriza y distingue!

¿Y cómo dice Agassiz que la naturaleza permanece siempre fija, cuando la vemos variar á cada instante, no en los caractéres específicos y fundamentales ciertamente, que éstos siempre quedan los mismos, sinó en los accidentales y secundarios? Basta citar para convencerse de ello las variaciones introducidas con el discurso del tiempo en los perros, en las palomas, en los bueyes y en las otras especies domésticas de que hemos hecho mencion en el capítulo pasado. La naturaleza de cada sér permanece siempre fija, es verdad,

dentro de la órbita que con mano fuerte le trazára al criarla el supremo Hacedór; pero dentro de esta órbita puede variar, y varía en efecto, sobre todo cuando se halla sometida á la influencia libre del hombre. La produccion de las *razas* contenida dentro de un mismo tipo específico, es cosa que ningun hombre medianamente instruido puede poner en duda. Lo que no se puede producir son las *especies*, las cuales necesariamente tienen que venir de la mano misma del Criador. Pero Agassiz, identificándose en esto con Darwin, niega la distincion entre la especie y la raza, y no admite otra diferencia verdadera que la de individuo á individuo. "Despues de haber rechazado una vez más este autor, escribe Quatrefages, el criterio basado en el crecimiento y en los diversos grados de fecundidad, añade lo siguiente: *Con él desaparece tambien la pretendida realidad de la especie, opuesta al modo de existencia propio de los géneros, de las familias, de los órdenes, de los reinos. Lo que en efecto posee la realidad de la existencia son los individuos*" [1].

Es decir, que, en sentir de Agassiz, las especies no son tipos reales, sino meramente lógicos, como los géneros, las familias, los órdenes, etc., cosas todas que dependen en gran parte del punto subjetivo escogido por el observador del mundo físico, para dar á los individuos algun órden en sus ideas. Pero esta idea peregrina se halla en pugna abierta con el sentido comun y con la ciencia; pues, como advierte allí mismo el sabio que acabamos de citar, hay un hecho conocido por el buen sentido del vulgo, y demostrado por la ciencia, el cual todo lo domina é invade, así en zoología como en botánica, y consiste en que todos los séres organizados se dividen en grupos elementales, fundamentales, que se propagan en el espacio y en el tiempo.

—¿Que las especies vegetales y animales reconocen diferentes centros de aparicion? "Concedido, responde á esto el mismo Quatrefages; pero si yo acepto esta doctrina, única conciliable con los hechos, es con la condicion de tomarla toda entera, y tal como resulta de los estudios practicados sobre la distribucion geográfica de todos los séres vivientes" [2]. Ahora bien; estos estudios, añade, los cuales son ya al presente muy numerosos, y revelan con bastante claridad la marcha general de la naturaleza en órden á la cuestion que nos ocupa, pugnan manifiestamente con el principio de Agassiz,

[1] Quatrefages, *l. cit.*, cap. XIV, núm. 2, pág. 118.
[2] Idem, *ibid.*, pág. 180.

de que cada localidad tiene su fauna y su flora propias, así como tambien su propio hombre. "Del conjunto de las investigaciones hechas, escribe, se desprenden un cierto número de hechos generales que nosotros llamamos *leyes*. Si la concepcion de Agassiz es verdadera, debe concordar con estas leyes. Ahora bien; el desacuerdo se manifiesta desde el principio. Asentemos en primer lugar que esta concepcion encierra dos ideas muy distintas: la del cosmopolitismo originario de la especie humana, y la de un lazo geográfico entre la raza humana y los grupos de animales y vegetales hallados en un mismo terreno. Veamos lo que puede tener de verdadero ó falso esta segunda. Para Agassiz, la influencia del centro de aparicion es general y absoluta. Ella se extiende á todos los productos, así á los del suelo como á los de las aguas dulces ó saladas. Una comarca está tan bien caracterizada por sus vegetales como por sus animales y por su hombre. A su juicio, una fuerza esencialmente local parece haber producido todos los séres, ó á lo ménos haberles impreso un sello comun. Esta generalizacion era inevitable. Todo el que intente unir una raza humana á un centro de aparicion, debe con mayor motivo localizar en cada uno de ellos la causa original de todas las formas animales ó vegetales que lo pueblan. Para todos los séres vivientes la coincidencia geográfica debe ser absoluta. Ahora bien; lo que sucede con más frecuencia es que la tal coincidencia no existe. Entre las aguas de un rio y las riberas que lo encauzan, puede nacer un contraste muy notable. Esto es lo que muestran los descubrimientos del mismo Agassiz sobre la fauna ictiológica del rio de las Amazonas. Para quien admite los resultados publicados por el ilustre viajero es evidente que esta fauna se divide en grupos mucho más acantonados que los de las faunas terrestres. El mismo hecho se muestra sobre las orillas de los dos mares, separados por una misma tierra muy angosta. La fauna y la flora terrestres del istmo de Suez son las mismas en toda su extension, miéntras que Mr. Edwars no ha hallado una sola especie de crustáceos comun al Mediterráneo y al mar Rojo, y miéntras que el estudio de los anélidos me ha conducido á mi al mismo resultado. Aún hay más: la misma region puede ser centro de aparicion para una clase de animales, y no para otra. La Australia, por ejemplo, es un centro de los más caracterizados para los mamíferos, y se aisla en este sentido de todas las tierras vecinas. Cuando se trata de insectos, se confunde, por el contrario, con la Nueva-Zelandia, con la Nueva-Caledonia y con las islas adyacentes. Este último hecho ha

sido anunciado por Lacordaire, y tiene una fuerza demostrativa tanto mayor, cuanto que este entomologista ha multiplicado los centros de aparicion mucho más que Agassiz, y ha hecho de esta suerte más fácil la caracterizacion. Así, la coincidencia admitida por Agassiz, léjos de extenderse á todos los séres organizados de una region, no existe en ciertos casos entre diversas clases de solos los animales » [1].

Este argumento de Quatrefages, como se ve, demuestra completamente lo infundado y lo anticientífico que es el sistema de Agassiz. Mas no se contenta con esto el ilustre francés, sinó que todavía pasa más adelante. No sólo hace ver con razones incontestables que es falsa y contraria á los hechos la division que hace Agassiz de toda la superficie terrestre en nueve reinos diferentes, para la creacion de otros tantos hombres primitivos; mas tambien demuestra cómo, siguiendo las leyes generales del *acantonamiento progresivo* de los séres organizados, el hombre en un principio ha debido habitar un espacio de tierra sumamente reducido, de forma que su cosmopolitismo no lo ha debido adquirir sinó con el ejercicio de su industria y con el uso de su libertad, mediante las cuales ha podido salvar los poderosos obstáculos de la naturaleza que á los demas séres organizados los tiene invenciblemente contenidos dentro de áreas más ó ménos estrechas, y esparcirse desde allí por todos los lugares de la tierra. Su raciocinio no puede ser más concluyente ni más demostrativo, y está fundado así en la razon metafísica de las cosas, como en la observacion de los hechos. La primera nos dice que cuanto más perfecto es un sér organizado, el mecanismo de sus órganos debe crecer en complicacion y delicadeza, resultando de aquí ser ménos acomodada su constitucion física para conservarse en muchas partes de la tierra, y por consiguiente haber recibido de la naturaleza una área de habitacion muy reducida. La segunda nos enseña que, en efecto, esto és lo que se verifica en el órden de los hechos, á saber: que los séres vivientes, á medida que van creciendo en perfeccion, se muestran encerrados en espacios más pequeños, siendo por esta causa los monos los que ménos extension ocupan en la superficie del globo.

« Esta reduccion de las áreas geográficas de los grupos animales, escribe el citado autor despues de haber demostrado con hechos evidentes el estrechamiento dicho, es un hecho general que se en-

1 Quatrefages, *l. cit.*, cap. XIV, pág. 120-121.

cuenta tambien entre los vegetales. Escuchemos sobre este punto lo que dice Ad. de Candolle: „ " El área media de las especies se presenta tanto más limitada, cuanto más completa, más desarrollada, ó en otros términos, más perfecta es la organizacion de la clase á que ellas pertenecen. „ Por consiguiente, el *acantonamiento progresivo* de los séres organizados, que aumenta á medida que van creciendo éstos en perfeccion, es una ley general. La fisiología da razon de este hecho. El perfeccionamiento de los organismos se ejecuta con la division del trabajo, y éste requiere una multiplicacion de aparatos operativos. A medida que los instrumentos anatómicos se hacen más numerosos y especiales, se especializan tambien sus funciones. Por esto mismo las condiciones de armonía entre el sér viviente y el medio que le rodea se determinan más y más. Por consiguiente, el vegetal ó el animal no halla ya sus verdaderas condiciones de bienestar sinó en un área cada vez más restringida. Más allá de ella el medio es diferente, la lucha por la existencia se hace más mortífera, y la extension de la especie, del género, de la familia ó del órden mismo, se encuentra detenida.

„ Sólo el hombre, armado contra el medio con su *inteligencia* y su *industria*, és capaz de sobreponerse á las condiciones de existencia, que serían una barrera invencible *para su organizacion material.*

" La ley del acantonamiento progresivo está en oposicion absoluta con la doctrina del cosmopolitismo inicial de la especie humana. No haciendo caso de ella, los poligenistas propiamente dichos podrian invocar la difusion de los géneros *delfin* y *rorcal*, los monogenistas-poligenistas de la escuela de Agassiz podrian argumentar con los hechos anteriormente citados y pertenecientes á los géneros *megáptera* y *sibaldio*. Los unos y los otros podrian decir: La ley general de acantonamiento presenta dos excepciones; ¿por qué no será el hombre una tercera? La analogía, ya se ve, pecaria por la base. Los delfines, los rorcales, los megápteras, los sibaldios, pertenecen al último órden de los mamíferos; el hombre, áun no tomando en cuenta sinó su cuerpo, pertenece incontestablemente á un órden más elevado. Si no queremos hacer de él una excepcion única; á las leyes de los animales superiores, y no á las del grupo inferior, es á las que ha debido estar sujeto. Por consiguiente, podémos afirmar ya desde ahora que el hombre no ha podido ser originariamente cosmopolita. Pero todavía podemos ir más adelante.

„ Sin haber comenzado su existencia en todos los puntos donde hoy día se encuentra, pudiera el hombre haber tenido varios cen-

tros de aparicion. Examinemos este último punto. Las leyes del acantonamiento progresivo y de la caracterizacion de los centros permiten entablar esta cuestion y resolverla. Examinémos de nuevo á este fin los grupos animales, dejemos á un lado todos los tipos inferiores, y no tomemos en cuenta sinó los antropomorfos. En esta familia, la más próxima al hombre por su organizacion, hay tambien grados. La ley de acantonamiento progresivo se aplica á este grupo particular, lo mismo que á la totalidad del reino. La familia, mirada en todo su conjunto, se encuentra en Asia, en la península de Malaca, en el Assam hasta el 26° N., en Sumatra, en Java, en Borneo y en las Filipinas; en el África occidental, desde el 10° Sur hasta el 15° N. Pero el género gibbon, el más inferior de todos, ocupa él solo el área asiática entera: el género orang está confinado en Borneo y Sumatra. En África el género chimpanzé va, poco más ó ménos, desde el Zaira hasta el Senegal; el gorilla no ha sido hallado sinó en Gabon y quizá entre los aschantis. Aunque ocupara todo el espacio que los viajeros han dejado todavía en blanco sobre esta parte de nuestras cartas, su área de habitacion no por eso dejaria de ser bien reducida. Así, á medida que el tipo antropomorfo se eleva, el área de habitacion se restringe.

„ El tipo humano, considerado únicamente su organismo material, es incontestablemente superior al del orang y del gorilla. Por consiguiente, en un principio ha debido estar tan acantonado como éstos dos tipos de animales. Se objetará quizá que los grandes moños están en vía de desaparecer, y que los pocos que quedan no son sinó los *testigos* de la poblacion numerosa de los tiempos pasados. Esto seria una hipótesis absolutamente gratuita, desposeida de todo hecho que hable en su favor, y es permitido responder por lo ménos que el gorilla y el orang no hubieran podido durar donde viven todavía el chimpanzé y el gibbon. Ahora bien; ¿qué son las áreas ocupadas por ellos comparadas con la humana?

„ Hasta aquí he dejado á un lado los tipos excepcionales, tales como los marsupiales, los desdentados, los makis, etc. No queria fundar mi argumento en las formas desviadas del camino comun; tenia puesto todo mi empeño en mostrar la accion de las *leyes* en las especies de organismo, por decirlo así, normal. Mas los tipos aberrantes son de un valor muy subido y nos proporcionan otra nueva clase de enseñanzas. Estos tipos caracterizan casi siempre, ya sea los centros de aparicion, ya sea los centros secundarios ó regiones geográficas. Para no hablar sinó de los mamíferos, recor-

daré que la Australia tiene sus marsupiales; la Australia meridional, el ornithoringo; la América boreal, el buey moscado; la América central, los desdentados; el África, la jirafa; el Asia, el yack; el Cabo, el gnu; Madagascar, los makis y el aye-aye; Gabon, el gorilla, etc. El hombre tambien es evidentemente un tipo excepcional ó aberrante entre los mamíferos. El solo está construido para la estacion vertical; él sólo tiene verdaderos piés y verdaderas manos; él solo presenta un desarrollo cerebral llevado al más alto grado; él solo posee esa superioridad de inteligencia que le hace dueño y señor de todo cuanto le rodea. Admitir que el tipo humano, el tipo más perfecto de todos, este género excepcional entre todos, ha tenido su nacimiento en varios centros de aparicion, sin haber caracterizado ninguno de ellos, sería hacer de él una excepcion única. Por más poligenista que uno sea, y por más especies humanas que quiera admitir, siempre se verá precisado á reconocer que el acantonamiento primitivo del *género humano* en un solo centro de aparicion, y la caracterizacion de este centro por él mismo, son la consecuencia lógica de todos los hechos atestiguados por la geografía geológica. Con mucha más razon verá todo monogenista en la especie privilegiada que domina á todas las otras uno de estos tipos especiales que caracterizan el centro, la region donde ellos han aparecido, como el ornithoringo, el aye-aye, el gnu, caracterizan la Australia meridional, Madagascar, el Cabo.

„En resúmen, las leyes de la geografía zoológica conducen á ver con certeza en la especie humana el rasgo característico de un centro único de aparicion, y permiten añadir que este centro no ha sido más extenso que el del gorilla y el del orang „ [1].

Hemos querido traer este largo trozo de Quatrefages, porque con él queda pulverizada por completo la teoría del célebre profesor de Cambridge y de todos los poligenistas, relativa á la pluralidad de centros de aparicion asignados por ellos al género humano. Los hechos, pues, de la Historia natural, no sólo no van contra lo que creemos los Católicos en órden á la unidad de origen de todos los hombres, sino por el contrario lo declaran altamente conforme con los resultados de la ciencia. Ellos no dicen precisamente que todos hayamos venido de una sola pareja, porque esto no puede ser objeto de la Historia natural; pero aseguran con la mayor firmeza que tal linaje de procedencia es verdaderamente muy posible, porque

(1) Quatrefages, *l. cit.*, cap. XV, núm. 517, pág. 127-130.

una es la especie á que todos pertenecemos, y *uno* tambien el centro desde donde se han ido esparciendo los primeros individuos poco á poco por todos los puntos de la tierra. Aún más: los naturalistas todavía pasan más adelante y señalan á la especie humana un centro de aparicion que casi concuerda con el señalado en la Biblia.

Advirtiendo por una parte que al rededor de la gran meseta central del Asia se encuentran así los tres tipos fundamentales humanos, el blanco, el negro y el amarillo, como las tres formas tambien fundamentales de todas las lenguas, á saber: el monosilabismo puro, el polisilabismo por aglutinacion y el polisilabismo por flexion, y observando por otra que todos los animales domesticados en los tiempos más remotos nos han venido del Asia, concluyen que esta region ha debido ser la cuna del género humano, y probablemente la meseta central sobredicha. En esto último no tienen razon, pero se acercan mucho á la verdad, porque sabemos por la Biblia que el verdadero centro de aparicion del género humano despues del diluvio está en el terreno comprendido entre la Armenia y el campo de Sennaar, en Babilonia, donde vivieron juntos los hijos de Noé hasta que se dispersaron con la confusion de las lenguas. *Yendo de Oriente,* dice el Génesis de los hijos de Noé, *hallaron un campo en la tierra de Sennaar, y allí fijaron su morada. Y dijeron los unos á los otros: "Venid, hagamos ladrillos,* etc. " [1]. La

1 Génes., cap. XI, vers. 2. En este texto de la Escritura, donde se dice que los hijos de Noé *marcharon* de Oriente al Sennaar, se funda Lenormant para opinar, con Bohlen y otros varios críticos, que el Ararat nombrado por Moisés no es el mismo lugar que más tarde designaban los judíos con este nombre, ó sea la Armenia, sinó el Aryavarta, "Tierra Santa" de los iranios, situados al norte del Indostan, porque la Armenia no está al oriente del Sennaar, sinó al norte. Esta opinion, á la cual no deja Vigouroux en *La Bible et les découvertes,* etc. (tom. 1, lib. I, cap. IV, pág. 181), de reconocer algun grado de probabilidad, coincide más perfectamente que la comun y ordinaria con la de los naturalistas dichos, porque hace parar el arca de Noé en uno de los extremos de la meseta oriental arriba mencionada; pero no se halla suficientemente justificada para que por ella hayamos de abandonar la otra, generalmente seguida. Los hebreos bien sabian que la Armenia cae al norte de Babilonia, y no al oriente, y sin embargo siempre estuvieron en la persuasion, lo mismo que los babilonios, de que el arca salvadora paró en Armenia, y no en otra parte. Por consiguiente, el texto en que funda toda su teoría el orientalista citado no debia hacerles á ellos gran fuerza para creer que el punto de donde partieron los hijos de Noé hácia Babilonia eran los montes del Indo-Kusch, y no los de Armenia. Lo que para ellos sonaban las palabras *nas'am miqquedem (profecti sunt de oriente),* no era que el Ararat estuviese al oriente de Babilonia, sinó que la marcha emprendida por la familia de Noé se hizo en un lugar puesto á la parte oriental de la Judea, donde habitaban los

multiplicacion de las lenguas no tuvo lugar hasta el tiempo de la dispersion de las naciones, porque la Escritura nos dice terminantemente que ántes de este acontecimiento toda la tierra habitada por la familia de Noé era de un solo labio: *erat autem terra labii unius et sermonum eorumdem.* La multiplicacion de los tipos es probable que tampoco principió hasta esa misma época, porque hasta entónces todos los hombres estaban sujetos á las influencias externas de un mismo clima; y por otra parte, las costumbres y el régimen de vida, que es lo que más influye en la mudanza física de los cuerpos humanos, eran tambien para todos unos mismos. Por consiguiente, bien pudo ser que los hombres, una vez separados unos de otros en el campo de Sennaar, formasen el centro de aparicion *polimórfico* al rededor de la referida meseta; que no se hallan tan léjos todos aquellos lugares del campo de Sennaar que no hayan podido suceder las cosas de este modo.

Pero aquí se levantan los poligenistas, diciendo que la derivacion de una tan grande multitud de razas de una sola no parece posible, sobre todo si se toma en cuenta la poca cantidad de tiempo que generalmente admitimos los católicos para formarlas, no habiendo transcurrido, segun la cronología de la Biblia, desde el diluvio hasta Moisés, en cuyo tiempo estaban ya bien definidos los tipos, sinó el espacio de unos cuantos siglos. Las esculturas, exclaman, y los dibujos que han sido hallados en el antiguo Egipto, nos presentan ya tipos perfectamente reconocibles; en la gran procesion de Totmes IV, la cual data de unos mil setecientos años ántes de Jesucristo, se discierne perfectamente la cabeza lanosa y prognata del negro de Etiopía, con su frente aplanada, con su nariz remachada, con sus dientes oblícuos, con sus labios salientes y con su ángulo facial propio y característico. En el cuadro que representa la victoria de Ramsés II sobre los negros, segun se ve en el templo de Beyt-el-Walee, en la Nubia, Ramsés se distingue perfectamente de los negros vencidos, como se distinguiría un griego moderno en

juflos. En este mismo sentido están tomadas las palabras referidas un poco más adelante en el mismo Génesis, cuando, al hablar Moisés de la separacion de Abraham y de Lot, dice de este último (cap. XIII, vers. 11) que se apartó del oriente, *vaissa' mic-quedem (recessit ab oriente)*, puesto que Lot, para separarse de Abraham, caminó de poniente á oriente, y no de oriente á poniente. El movimiento lo ejecutó en una region colocada al oriente de la Judea, punto de mira del inspirado autor del Génesis, y esto bastó para que Moisés dijese que Lot *vaissa' micquedem (et recessit ab oriente).* Véase sobre esto á Vigouroux, en el lugar arriba citado.

medio de una poblacion del Congo. En el ótro, donde se halla representado el combate de Sesóstris con los escitas, aparece entre estos últimos una tropa aliada con todos los caractéres de los actuales mogoles del Asia central [1]. Añádase á esto, continúan, que todos estos tipos han persistido constantes hasta nuestros dias, sin que el transcurso de tantos años los haya podido alterar aún lo más mínimo. Esto mismo podemos decir de los judíos, los cuales conservan por todo el mundo y bajo todos los climas sus mismas facciones. Aún más: en unas mismas latitudes, y codeándose los unos con los otros, hallamos hombres que desde épocas remotísimas han vivido siempre con la diversidad de colores que ahora presentan. "Comparad, escribe Berard, los habitantes de las islas de Viti, Salomon, Nuevas-Hébridas, con los polinesios de las islas de Tonga, Otaiti y Nuka-Hiva. Los primeros son de color de hollin; sus vecinos, quizá desde hace ya tres ó cuatro mil años, no han tomado todavía el color de los etíopes„ [2]. "La zona del Soldan, dice Brocca, encierra dentro de sí á la raza blanca de los tuaricos, la cobriza de los fellahs, y otras varias de color de ébano... El negro más puro y más oscuro se observa al norte del Senegal, en los yolofs, en torno de los cuales están los moros, nada más que morenos, los fulahs, de color cobrizo, y los mandingos, de color de tabaco. Los hotentotes, tan amarillos que se ha tratado de identificarlos con los mogoles, tienen por vecinos á los cafres, que son verdaderos negros; y en la otra extremidad del África, los negros lanosos del Sahara septentrional, los descendientes de los antiguos melano-gétulos están enclavados en medio de los mozabicos, de los biscaries, de los tuaricos y de otros berberes de piel blanca„ [3].

Finalmente, concluyen, ejemplo de esta persistencia de los tipos humanos tenemos en los europeos que han ido á América y á otras regiones despues del descubrimiento del Nuevo Mundo. "Casi todas las naciones de Europa han enviado á regiones lejanas una parte de su poblacion; ahora bien: sea cuál fuere el tiempo transcurrido, ni Inglaterra, ni Francia, ni España desconocen en los rasgos de sus colonos las facciones de los habitantes de la madre patria„ [4].

Examinemos estas razones de nuestros adversarios, dirigidas á

1 Brocca, *Recherches sur l'hybridité*, pág. 453.
2 Berard, *Cours de physiologie*, tomo I, pág. 457.
3 Brocca, *l. cit.*, pág. 475.
4 Berard, *l. cit.*, pág. 461.

probar la persistencia absoluta de los tipos, pero que sólo indican una permanencia relativa de los mismos, siempre que permanezcan las circunstancias que los han producido. Y comenzando por la que ha sido puesta en primer lugar, toda ella se reduce á que ya en tiempo de Ramsés II estaban formados los principales tipos de la familia humana. ¿Y cómo prueban esto nuestros adversarios? Las pinturas y esculturas en que fundan todo el aparato de su argumentacion podrían haber sido hechas muchos años despues de los acontecimientos por ellas representados. En tal caso, ya no habría necesidad de decir que en tiempo de Ramsés II existían los tales tipos. Y que así haya sucedido bien lo podemos pensar sin temeridad alguna: los pueblos nunca suelen andar tan solícitos en perpetuar sus glorias como cuando han perdido su grandeza primera, y comienzan á representar un papel secundario en el mundo. Entónces es cuando, acordándose de lo que fueron en tiempos pasados, y comparando su antiguo esplendor con su presente abatimiento, procuran consolarse grabando en piedras y pintando en lienzos las hazañas de sus mayores. Esto es lo que pudo haber acontecido á los egipcios, que tambien tuvieron sus épocas de decadencia y renacimiento como los demas pueblos.

Pero demos que las pinturas y esculturas en cuestion sean del tiempo de Ramsés II ó de Moises, que viene á ser lo mismo; pues el famoso conquistador egipcio parece haber sido contemporáneo del caudillo de los israelitas. Esto sucedió cuando ménos 700 años despues de la dispersion sobredicha, y en 700 años ya tenían tiempo los hombres para formar diferentes razas con la variedad suma de costumbres y género de vida que debió nacer en todos ellos al verse en lugares tan diversos. En el poco tiempo que ha transcurrido desde la llegada de los portugueses á Calicut á fines del siglo xv hasta nuestros días se ha formado en Malaça una raza enteramente nueva; de suerte que, si no fuera por los documentos históricos y por otras circunstancias que acompañan á sus individuos, sería muy difícil reconocer su procedencia. Hé aquí lo que de estos hombres miserables y degradados nos refiere el doctor Ivan en las siguientes palabras: "Por la mayor parte son *(estos hombres)* los descendientes de los antiguos conquistadores de la Malaisia; sus padres fueron los compañeros de Vasco de Gama y de Alburquerque. Muy semejantes á los monumentos que elevaron sus abuelos y que cubren el suelo con sus ruinas, ellos tambien han sido heridos de la degradacion y de la vetustez. En medio del pueblo malayo con quienes se

han aliado hace ya largo tiempo, los 3.000 descendientes de los antiguos portugueses son lo que hay de más feo en lo físico, y de más degradado en lo moral. Imposible sería confundirlos con los malayos de pura raza; no tienen ni en la mirada, ni en la actitud, la salvaje energía de estos hombres. Diríase más bien que han tomado de las razas etiópicas el carácter que les distingue; sus facciones tienen algo de bestial. En una palabra, sobre su frente estrecha y aceitosa llevan la señal de un rebajamiento moral. Las pobres gentes no tienen idea alguna de sus gloriosos antepasados: la tradicion, recuerdo consolador de las razas caidas, se ha borrado de la memoria de este pueblo. La mayor parte de ellos llevan nombres ilustres, é ignoran quiénes fueron sus padres, y con qué luz de los tiempos pasados están iluminadas sus tinieblas... Causa verdaderamente espanto calcular las pérdidas que estos hombres han sufrido. En el espacio de medio siglo quizá se han borrado de su memoria religion, moral, tradicion, lenguaje, escritura. La pereza más repugnante y la ausencia de toda necesidad se han sucedido en ellos á los goces laboriosamente adquiridos „ [1].

Otro ejemplo: la mudanza pronta en sentido opuesto al precedente nos la ofrecen los negros de los Estados-Unidos; los cuales, con sólo participar de la civilizacion americana, y sin mezclar su sangre con ninguna otra, han formado ya una raza nueva diferente de la africana. " No queremos tocar, escribía M. Eliseo Reclus en la *Revue de Deux Mondes* en 1.° de Agosto de 1859, la cuestion candente de la esclavitud; no haremos sinó consignar un hecho cierto: el progreso constante de los negros en la escala social. Aun bajo el aspecto físico tienden sin cesar á acercarse á sus señores. Los negros de los Estados-Unidos no tienen ya el mismo tipo que los negros de África. Su piel raras veces es de un negro aterciopelado, á pesar de que todos sus antepasados han sido comprados en la costa de Guinea. No tienen los juanetes tan salientes, ni los labios tan gruesos, ni la nariz tan remachada, ni la lana tan crespa, ni la fisonomía tan bestial, ni el ángulo facial tan agudo como sus hermanos del antiguo continente. En el espacio de 150 años han salvado bajo este aspecto una buena cuarta parte de la distancia que les separa de los blancos. „ En la misma forma se expresa Reiset, citado por Quatrefages en el *Boletin de la sociedad etnológica*, diciendo: " El africano llega á las Antillas con todos los caractéres del negro. El criollo,

1 Ivan, *De France en Chine*. Paris, 1855, pág. 224-227.

hijo de negro y negra puros, reproduce sus caractéres, pero atenuados. La cara en particular pierde su caracter de *hocico*. Los cabellos y el color persisten; mas bajo todos los otros aspectos, el criollo se va aproximando cada vez mas y más al blanco. „ Y el mismo Quatrefages añade lo siguiente: " M. Lyell tambien, despues de haber practicado numerosas investigaciones, ya preguntando á los médicos que vivian en los lugares donde habia esclavos, ya recibiendo el testimonio de aquellos que habian fijado su atencion sobre este objeto, halló que, sin mezcla alguna de razas, la cabeza y el cuerpo de los negros, por el solo contacto íntimo que tienen con los blancos, se acerca en cada generacion mas y más á la configuracion europea „ [1].

Y no son los negros solamente los que así se transforman en los Estados-Unidos con el nuevo género de vida que allí llevan: este fenómeno se observa tambien en los mismos blancos que van á establecerse allí desde Inglaterra; pues de ellos ha salido una raza enteramente nueva y distinta de la inglesa así en lo físico como en lo moral, la raza *yankee*. " Allí tambien, escribe Pozzy á este propósito, bajo la influencia del medio se ha formado una nueva raza blanca, derivada de la inglesa, y que podemos llamar con el nombre de raza *yankee*. Los testimonios son demasiado numerosos, demasiado positivos, para que sea posible ponerlos en duda. Los poligenistas mas decididos, áun los señores Nott y Gliddon, se han visto obligados á reconocer el hecho, si bien no han dejado de esforzarse para disminuir sus dimensiones. El aumento de la talla, el ensanche de las órbitas, la diminucion de los tejidos adiposos y de los aparatos glandulosos, el alargamiento del cuello: tales son entre otras las modificaciones profundas que ha recibido el tipo inglés en el medio americano. Edwards, Smith, Carpenter, M. Desor, el mismo Knox, con todo su poligenismo, están unánimes en reconocerlo„ [2]. Luégo cita en el mismo lugar el testimonio del abate Brasseur, quien se expresa sobre esta materia en los siguientes términos: " Un pequeño número de años ha bastado para establecer una distincion ya muy marcada entre los americanos modernos y los ingleses, de quienes ellos descienden. Nosotros rogaremos al viajero que con ojo atento haya recorrido los Estados-Unidos, nos diga qué es lo que piensa acerca de ciertas familias de Nueva-York y de la Pensilvania que

1 Pozzy, *La terre et le récit biblique*. Appendice, pág. 548-549.
2 Idem, *loc. cit.* Appendice, pár. 5.°, pág. 553-554.

han conservado pura su sangre durante uno ó dos siglos, y acerca de las poblaciones en tiempos más remotos establecidas en el Kentucky y en las riberas del Mississipí. ¿No ha observado, lo mismo que nosotros, una alteracion sensible, no sólo en las facciones, mas tambien en el carácter? Aparte de la civilizacion europea que ha ido en pos de ellos, se hallan ya en unos, juntamente con el ángulo facial, la fiereza y astucia propias de los iroqueses, y en otros el exterior, la aspereza, sinceridad é independencia de los ilineses y del Cherokee„ [1].

En los turcos hoy dia existentes tenemos otro ejemplo de transformacion física verificada en pocos años. Tanto los *kirghis* como los *osmanlis* descienden de la raza antigua de los turcos que ya ántes de la era cristiana se hallaban establecidos en la Tartaria, al norte de la China. Los kirghis, que han permanecido con su vida pastoril de siempre, conservan la fisonomía y los caractéres generales que los autores asignan á los turcos primitivos. Son pequeños y por extremo feos; en sus facciones presentan los rasgos característicos de la raza mogola, á la cual pertenecen; tienen la barba rala y el tinte moreno, y se señalan sobre todo por lo muy piramidal de su cabeza. Algunos siglos han bastado para que todas estas cualidades hayan desaparecido de los osmanlis, que hace ocho siglos forman parte del Imperio otomano, entrando en su lugar otras muy diferentes. "Los turcos osmanlis, dice Godron, constituyen una raza muy hermosa: tienen la barba espesa y larga, los ojos cortados en forma de almendra, y no enfrenados: ademas, en el conjunto de su organizacion y en su fisonomía se encuentran muchos caractéres propios del tipo europeo, áun en la conformacion de la cabeza, que ha dejado de ser piramidal„ [2]. Aquí tenemos que los turcos osmanlis, con algunos siglos de vida civilizada semejante á la nuestra, han dejado su forma mogola para tomar la caucásica ó europea.

En vano pretenden algunos que esta transformacion es debida al cruzamiento de los turcos con las circasianas guardadas por ellos en sus harems; porque la transformacion es comun á toda la raza y los harems son cosas de los ricos y de los grandes solamente. La masa del pueblo no se une sinó con los de su propia raza, porque los turcos y los griegos se odian mútuamente, y las creencias religiosas que

1 Brasseur, *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique centrale durant les siècles antérieurs à Christophe Colomb.*

2 Godron, *De l'espèce et des races*, tomo II, pág. 321-322.

profesan unos y otros los alejan sobremanera, y no permiten que se verifiquen entre ellos uniones de esta especie.

Finalmente, los colonos ingleses, que tan breve tiempo llevan en Australia, ya han sufrido allí una transformacion notable. "Los *currencys*, ó criollos australianos, escribia Cunninghan en 1826, se hacen grandes y esbeltos como los americanos, y son en general notables por la propiedad sajona de los cabellos rojos y de los ojos azules; pero su color, áun cuando jóvenes, es de un *amarillo pálido*. En una edad más avanzada, fácilmente se les distingue de los nacidos en Inglaterra. Las mejillas rosadas no son de este clima, así como tampoco de América, donde un color fresco traerá sobre sí indudablemente esta observacion: *Usted es del viejo mundo.* „

Hasta el mismo color de la piel, que es lo que parece ofrecer más tenaz resistencia á las transformaciones, ha sufrido tambien en algunos pueblos notable mudanza en breve espacio de tiempo. " Si no hubiese otras circunstancias, escribe M. Reclus en los artículos arriba citados, que contrabalanceasen á las del clima, podria suceder muy bien que los americanos, al cabo de algunos siglos tuviesen el color de los naturales, sea el que fuere el lugar de su procedencia, Irlanda, Francia ó el Congo. „ La misma observacion se halla escrita en la *Revue de deux Mondes*, correspondiente al dia 15 de Diciembre de 1850, con respecto á los criollos del Canadá. " Una larga permanencia de estos criollos en América en el sobredicho lugar, se dice en ella, les ha hecho perder los vivos colores de su propia encarnacion. Su color ha tomado un matiz de gris subido. Sus cabellos negros caen absolutamente sobre las sienes como los del indio. Ya no se reconoce en ellos el tipo europeo, y mucho ménos el tipo galo. „

Ni para llegar á un alto grado de civilizacion se necesitan más de los siete siglos arriba referidos; porque los hombres no comenzaron despues del diluvio por el estado salvaje, sino que heredaron por medio de Noé, padre comun de todos ellos, la civilizacion antigua de los antediluvianos; y buena prueba de ello tenemos en la misma torre de Babel, que intentaron edificar tan alta como las nubes. Fuera de que áun cuando quisiéramos suponer á los egipcios ménos adelantados en la civilizacion ántes de la invasion de los hicsos y en tiempo del primer Imperio, una vez asentados á las riberas del Nilo bien pudieron hacer rápidos progresos; que la persistencia en un mismo estado de abyeccion sólo acompaña á los pueblos sumidos en la barbárie, y el pueblo egipcio desde un principio aparece civi-

lizado en la historia. Una vez comenzado el progreso, la rapidez en desenvolverse no suele ser difícil: la dificultad siempre está en el comienzo, el cual siempre viene de fuera. ¿No vemos á los antiguos mejicanos llegar en breve tiempo á un alto grado de civilizacion, una vez puestos en este camino por los que habian invadido su territorio? Ciento treinta años contaba solamente de vida propiamente civil aquel pueblo ilustrado á la llegada de los españoles, y Motezuma era el noveno rey del imperio [1]. Los darwinistas se complacen en pintar la razon del hombre lenta y perezosa en su desarrollo, pero nada de esto sucede cuando hay uno que la instruya, prendiendo en ella la llama del saber, y este uno siempre ha existido en la tierra despues que Dios instruyó al primer hombre en el paraiso.

Todo esto sea dicho, no porque nosotros queramos defender que desde la dispersion de las gentes pasaron siete siglos solamente; sino porque vean nuestros adversarios cuán sin sustancia es el argumento que contra la unidad de origen del género humano pretenden fundar en la antigua formacion de los tipos humanos. La historia de los tiempos recientes, que todavía casi podemos nosotros tocar con las manos, nos está diciendo á voz en grito que la naturaleza humana, puesta en convenientes circunstancias, es muy capaz de formar los referidos tipos en el tiempo por ellos imaginado. Tanto más que nuestra naturaleza ahora obra sobre tipos ya asentados y en circunstancias mucho ménos propicias que las que se debieron ofrecer despues del diluvio. Con aquella catástrofe espantosa la tierra debió quedar muy saturada de humedad por todas partes, y llena de otros agentes muy activos que debieron influir muy poderosamente en el organismo del hombre. Ademas, la variedad de costumbres, causa principal de la formacion de las razas humanas, como con argumentos muy eficaces prueba M. Godron [2], no pudo

1 J. Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, Sevilla. 1590, lib. VI, capítulo VII.

2 Godron, *l. cit.*, t. II, lib. III, cap. III. Entre otras cosas, hace ver esto en los germanos y en los antiguos galos. Sobre los primeros escribe: « Los germanos de Tácito, estos patagones de la Europa antigua, no se encuentran ya en Alemania con los caractéres que este eminente historiador les atribuye diciendo: *Truces* et coerulei oculi, rutilae comae, magna corpora et tantum ad impetum valida; laboris atque operum non eadem patientia; minimeque sitim aestumque *tolerare frigora atque inediam coelo solove assueverunt.* (Tacitus, *De moribus germanorum libellus*, cap. IV.) Hoy dia no es posible reconocer por medio de estos caractéres á los habitantes de estos mismos países. Mas tambien ¡cuán grande es la diferencia que media entre la Germania salvaje y la Alemania civilizada! Quizá se atribuyan estos caractéres á los cruzamientos

ménos entónces de ser muy grande, estando los pueblos en el período de su esparcimiento sujetos á muy variadas impresiones, segun eran muy diferentes los lugares que iban ocupando en el globo con las emigraciones continuas.

Por lo demas, la sagrada Escritura no nos obliga á encerrarnos en un período tan estrecho como es el de 700 años para esplicar los acontecimientos verificados entre la dispersion de las gentes, y la salida de Egipto del pueblo hebreo. Sin faltar á la Biblia podemos suponer, no 700, no 900 años, sino aun 1,000 y 2,000, y cuantos se necesiten para el desarrollo histórico de los hijos de Adan, como lo haremos ver en el capítulo siguiente.

Vengamos ahora á la segunda dificultad, fundada en la persistencia de los tipos durante una larga duracion de siglos. Esta persistencia no es sinó una consecuencia natural del género de vida que han llevado siempre los pueblos en quienes se descubre el tal fenómeno. Así, por ejemplo, los judíos, donde quiera que han fijado su domicilio, han conservado los rasgos fundamentales de su raza; pero tambien han sido siempre constantes en permanecer adheridos á sus creencias religiosas, y con esto en guardar cuidadosamente las mismas costumbres causadoras de los caractéres sobredichos. A los colonos ingleses, españoles y holandeses, les ha sucedido otro tanto: han seguido siempre con los mismos caractéres físicos en sus nuevas moradas, porque no han variado en sus caractéres morales;

con razas extrañas; pero ya veremos más adelante en qué clase de circunstancias modifica este linaje de causas los caractéres de una raza. „ (Pág. 314.)

Sobre los segundos se expresa en estos términos: "Tampoco se encuentran estos antiguos galos de las provincias belgas, tan perfectamente conocidos de Amiano Marcelino, que vivió largo tiempo en medio de ellos, y nos ha dejado el retrato siguiente: *Celsioris staturae et candidi pene galli sunt omnes et rutili, luminumque torvitate terribiles, avidi jurgiorum et sublatius insolescentes. Nec enim eorum quemquam adhibita uxore rixantem multo fortiore et glauca, peregrinorum ferre poterit globus: tum maxime cum illa inflata cervice suffrendens, ponderansque niveas ulnas et vastas, admixtis calcibus, emittere coeperit pugnos ut catapultas tortilibus nervis excussas. Metuendae voces complurium et minaces placatorum juxta et irascentium.*„ (Amm. Marcell., *Rerum gestarum*, lib. xv, cap. xii.) Ninguno de estos caractéres puede ser atribuido á los franceses de nuestros dias, y mucho ménos á las señoras francesas. Pero tambien se ha obrado una transformacion completa en las costumbres de nuestra nacion desde los tiempos de Amiano Marcelino.

Para hallar hoy dia los originales de estos retratos, que con mano maestra nos han trazado los autores latinos, sería preciso ir á la península escandinava; allí es donde se encuentran todavía entre las gentes del campo, las cuales han conservado la vida sencilla de sus antepasados. (Godron, *l. cit.*, pág. 314-315.)

cada uno de ellos ha sido firme y constante en vivir con los mismos usos y costumbres que habia recibido de su madre patria, y así, naturalmente, la mudanza física que han experimentado ha sido muy pequeña. No ha sucedido lo mismo á los portugueses establecidos en Malaca por la razon contraria arriba expuesta. Y esto se ve muy claramente por lo que acontece á los individuos de esta misma nacion en el Brasil: allí han sido fieles en guardar los usos de la madre patria, y su físico tambien ha permanecido en consecuencia sustancialmente el mismo.

En los polinesios se observa el mismo fenómeno que acabamos de indicar. Todos ellos, exceptuando los pertenecientes á la raza negra oceánica, pertenecen evidentemente á un mismo tronco, como lo prueba la identidad de caractéres físicos y lingüísticos en ellos reinante, pues en todos se ven los mismos rasgos fundamentales y se oye hablar la misma lengua. Sin embargo, segun el género de vida que cada uno de ellos está obligado á llevar por las condiciones topográficas del país en que reside, así tambien las modificaciones físicas resultantes son diversas. Los jefes se diferencian mucho de la gente plebeya, así en la talla como en otras propiedades físicas, y los habitantes de las islas fértiles son mucho mejor conformados que los que viven en las pobres y estériles. "Esta verdad se hace evidente, escribe Godron, si se ponen en parangon los polinesios de los archipiélagos de la Sociedad, de las Marquesas, de los Amigos, etc., con los desgraciados habitantes de las islas Pomotu, á quienes la pobreza de su estrecha morada mantiene en el estado de la más profunda barbárie, y la escasez de recursos obliga á vivir desnudos, y á buscar en los inciertos productos de la pesca los medios principales de su subsistencia. Hecha esta comparacion, se verá que estos infelices reciben de su miseria un aire triste y salvaje, y que se apartan de los taitianos y nukahibianos, ménos quizá en los rasgos principales de su fisonomía, que en sus formas corporales desgraciadas y desproporcionadas"[1].

Por lo que toca á la diferente coloracion de las dos razas existentes en la Oceanía, ántes de hablar de ella los poligenistas nos debenian probar que la existencia de entrambas razas en la misma region data de muy antiguo. Mas esto es lo que no pueden ellos hacer, porque ha habido transmigraciones á estas islas en diferentes tiempos. "Sin que pretendamos resolver el difícil problema relativo al

1 Godron, *l. cit*, pag. 327.

orígen de las gentes de la Polinesia, escribe á este propósito Pozzy, estamos autorizados para creer, por lo que se infiere de ciertos hechos, que se han hecho emigraciones á ella en épocas indeterminadas, las cuales explican la diferencia de tipos en medio de circunstancias idénticas. Un ejemplo entre otros varios. La isla de las Pascuas forma parte del archipiélago polinesio. Sus habitantes, como los de las islas de Tonga, Otaiti y Nuka-Hiva, no tienen el tinte etiópico que caracteriza á sus vecinos de la Melanesia. Esta diferencia á primera vista nos causa sorpresa; pero esta sorpresa se disminuye con la noticia de que la isla de las Pascuas, lo mismo que la de Taiti, ha sido poblada por malayos. Al ménos esto es lo que se ha concluido de un hecho que llena de admiracion á todos los viajeros, á saber: de las enormes plataformas con que están recubiertos los sepulcros, y de las gigantescas estátuas colocadas encima de ellas. La opinion mas probable es que los escultores de estas estátuas y los constructores de estas plataformas no son procedentes de la Malaisia, sinó de la misma India. Efectivamente, sólo en estas islas, en Java por ejemplo, se encuentran monumentos de este género y de una importancia aproximativa „ [1].

La misma consideracion puede aplicarse á los diversos pueblos del Soldan. ¿Quién sabe desde cuándo están viviendo los unos junto á los otros? Fuera de que tambien se ignora en qué condiciones fueron á establecerse en aquellos lugares, y qué clase de conformacion física llevaban cuando llegaron á ellos, lo cual sin embargo era necesario conocer para que pudiese averiguarse si el medio ha obrado ó no en ellos alguna transformacion notable. ¿Y si dijéramos con M. Godron que las causas de la coloracion de la piel no son extrínsecas al sujeto, sinó intrínsecas? En este caso, aunque estén en una misma region dos pueblos, bien podrá suceder que el uno adquiera el color negro, y el otro se quede con el blanco, ó con el amarillo ú otro cualquiera. Una enfermedad, una afeccion interna, moral ó fisiológica, en algunas circunstancias especiales habrá determinado en un sujeto cualquiera un modo de coloracion particular, que luégo habrá transmitido á sus hijos por medio de la generacion [2]. ¿Cómo se verifica esta transformacion de colores en los animales? El modo

1 Pozzy, *l. cit.*, pág. 544-545.

2 La revista intitulada *Les Mondes*, en el número de 13 de Octubre de 1881, página 183, trae un caso reciente de un francés convertido en negro por efecto de unas calenturas intermitentes contraidas el año 60 de este siglo en la campiña romana, cuando era soldado del emperador Napoleon III.

para nosotros es un misterio, si bien el hecho ninguno que esté en sano juicio lo puede poner en duda. Dígase, pues, otro tanto de los hombres, los cuales en su parte inferior y animalesca están regidos por las reglas generales de los organismos corpóreos. Dice á este propósito Godron, despues de haber refutado todas las opiniones que ponen las causas de la coloracion de la piel en los agentes físicos exteriores al sujeto: "Por otro lado, con observaciones numerosas hechas en los animales, principalmente domésticos, hemos demostrado que el melanismo, el erythrismo, el albinismo, desempeñan el papel principal en la coloracion de los mismos, y podemos concluir con todo rigor demostrativo que lo propio debe suceder tambien en el hombre, hallándose sujeto como ellos á las mismas leyes fisiológicas. Las coloraciones diversas que distinguen á las diferentes variedades de la especie humana, están mucho ménos relacionadas con los agentes físicos que con los fenómenos más íntimos de la organizacion, los cuales, en el estado actual de la ciencia, se nos escapan, y permanecerán quizá siempre cubiertos con un velo impenetrable á la ciencia„ [1].

¿Quién sabe si la raza de Cham, en castigo del ignominioso pecado que cometió este mal hijo contra su padre, quedó degradada ya desde un principio, y fué invadida del color negro, oyendo el Señor la maldicion que sobre ella habia echado Noé? Pero tiempo es ya de que soltemos la otra dificultad de los poligenistas, basada en los obstáculos externos que debieron experimentar los hombres para difundirse por el globo, en la suposicion de que todos ellos hayan salido de un solo centro.

No hay punto de la tierra, dicen, ni en las islas ni en los continentes, donde no haya aparecido alguna clase de hombres al ser descubierto. ¿Cómo es posible que desde la Armenia se hayan difundido los hombres por todos ellos, ocupando la Polinesia, la Australia y toda la inmensa extension del continente americano en el espacio de unos cuatro ó seis mil años?

Este es el otro argumento fundamental que en favor de su sistema aducen los secuaces del poligenismo, teniendo por imposible la unidad de origen creida por los Católicos, y por contraria además al instinto natural que tienen todos los hombres de vivir en el país de su nacimiento. Veamos de responder á él con la mayor brevedad posible.

1 Godron, *De l'espèce et des races*, tomo II, pág. 296.

En primer lugar, por lo que toca al instinto no puede haber ninguna dificultad. El hombre, ademas del instinto sobredicho, tiene otros más poderosos que le hacen con frecuencia abandonar el país natal para no volver á verlo jamás en todos los dias de su vida. La curiosidad, el deseo de descubrir nuevas tierras para enriquecerse ó para hallar un modo de vivir más acomodado y ménos trabajoso, el amor á la vida puesta en peligro con la invasion de algun pueblo vecino feroz y sanguinario, y otras muchas cosas semejantes, son otros tantos motivos suficientes para que el hombre abandone presuroso la tierra en que se crió, y vaya á buscar en el mundo otras más pacíficas y deleitables.

Y en lo de trasladarse de un lugar á otro, ora por tierra, ora por mar, ¿quién hay que, en el estado presente de la ciencia, pueda poner sériamente algun impedimento? La Polinesia, sin género alguno de duda, ha sido poblada por gente malaya salida del Asia, como con argumentos claros lo demuestra Quatrefages [1]. Todos los habitantes de la Polinesia, desde la isla de las Pascuas hasta las islas de Viti, y desde Sandwich hasta las islas Bajas, pertenecen á un mismo tronco, constando esto por las tradiciones universales de los tales isleños, y siendo por otra parte cosa averiguada que todos ellos tienen los mismos caractéres físicos, los mismos usos y costumbres, y la misma lengua. El punto de partida, segun dichas tradiciones, fué la isla de Buro, situada no muy léjos del Ecuador, en las Molucas. De allí se extendieron hasta Nueva-Guinea, donde hallaron ya establecida la raza negra, la cual los rechazó hácia las islas de Salomon. Llegado que hubieron á estos lugares, fueron avanzando hácia el Oriente de isla en isla, hasta que se hallaron en Viti, Tonga y Samoa, desde donde se esparcieron por un lado hasta la Nueva-Zelandia, por otro hasta las Marquesas y hasta la isla de las Pascuas, y por otro, finalmente, hasta Sandwich.

Hasta hace poco tiempo se habia creido este derrotero imposible, por no estar todavía bien conocidos los alisios y monzones que visitan en determinadas épocas aquella region, y por no tenerse noticia de otros fenómenos que suelen acaecer en el Pacífico; pero al presente ya se ha adquirido un conocimiento más completo de todas estas cosas, quedando disipadas con él todas las dificultades. Oigamos al sabio Quatrefages exponer con brevedad y maestría este asunto, como persona que lo ha estudiado muy á fondo, dando

[1] Quatrefages, *L'espèce humaine*, cap. XVII.

sobre él á luz un libro con el título de *Les polinésiens et leurs migrations*. " La Polinesia, escribe, no está precisamente tan aislada como se la ha querido suponer. La sola inspeccion de las cartas hubiera dado á cualquiera derecho para pensar que un pueblo marítimo, habituado á recorrer el Archipiélago malayo, ha debido extender más de una vez sus correrías más allá de la Nueva-Guinea. Este hecho está hoy dia puesto fuera de toda controversia. Más allá los Archipiélagos de Nueva-Bretaña y de las islas de Salomon, ponen, por decirlo así, á los navegantes un poco aventureros en la ruta de las islas Fijis. Una vez llegados á este Archipiélago, por poco acometidos que se sintiesen del deseo de descubrir nuevas tierras, debieron llegar á la Polinesia propiamente dicha. La Nueva-Zelandia al Sud, sin embargo, y las Sandwich al Norte, quedan todavía fuera de este itinerario indicado por la geografía.

„ Para que los marinos intrépidos fueran detenidos en este camino, hubiera sido necesario que los vientos y las corrientes les fuesen contrarios é irresistibles. Miéntras se ha creido en la universalidad y constancia absoluta de los vientos *alisios*, se les ha podido atribuir este papel. Mas los estudios llevados á cabo con la mira de facilitar el comercio, los escritos del comandante Maury, las cartas del capitan Kerhallet, nos han enseñado que el *cloud-ring* pasea sus vientos variables sobre 20 grados en la área marítima de que se trata. Sabemos sobre todo que cada año el *monson* se sobrepone á los alisios y sopla hasta más allá de Sandwich y de Taiti; tanto que, en lugar de tener vientos contrarios los que navegan hácia Oriente, lo tienen muy favorable durante varios meses.

„ Las consideraciones sacadas de las corrientes conducen poco más ó ménos á los mismos resultados. En el Pacífico, la corriente ecuatorial que va de Este á Oeste forma en realidad dos grandes rios oceánicos distintos y separados por una ancha contracorriente que marcha en sentido opuesto. Esta última se extiende al Norte por casi toda la área polinésica, y se abre, por decirlo así, en la desembocadura del Archipiélago indio. Todo indica que ella ha desempeñado un oficio muy principal en lo relativo á la dispersion de las razas que ha tenido lugar en todas las provincias de la Oceanía y al Este de la Malaisia.

„ Finalmente, se sabe que los fenómenos atmosféricos distan mucho de ser absolutamente regulares no ménos en el Pacífico que en otras partes. Este mar tiene como los otros sus tifones, sus tempestades, que cambian instantáneamente la direccion de los vientos,

los cuales arrastran á los navíos á despecho de las corrientes. Las islas, los islotes de que está sembrado, han debido recibir hartas veces á marinos extraviados; y nosotros citaremos ejemplos de esto.

„ Léjos, por consiguiente, de ser *imposible* la poblacion de la Polinesia por navegantes salidos del Archipiélago indio, es relativamente fácil en ciertos momentos del año, con la sola condicion de que los navegantes sean atrevidos y no teman perder de vista la tierra. Ahora bien; cuán perfectamente respondan á esta condicion los malayos, es cosa que todos sabemos. Así es que los hombres que se han hecho cargo de estas condiciones, como Malte-Brun, Homme, Lesson, Rienzi, Beechey, Wilkes, etc., no han dudado un momento en mirar la Polinesia como poblada por gentes que han avanzado del Oeste al Este „ [1].

Aún mas; no sólo consta por las tradiciones dichas lo que acabamos de escribir, sinó tambien la época en que han sido pobladas varias islas principales de la Polinesia hasta entónces desiertas, y la clase de canoas con que fué ejecutada la travesía. A las Marquesas llegaron los naturales de Tonga hácia el año 419 de la era cristiana: los de Taití á Sandwich hácia el 701; Rarotonga fué colonizada á principios del siglo XIII, y la Nueva-Zelandia á principios del XV.

Las canoas en que se hacian estas emigraciones estaban formadas por dos piraguas muy fuertemente unidas entre sí, de suerte que podian llevar muy bien nada menos que 140 guerreros cada una. Ademas, en piraguas más sencillas, formadas de un solo madero, saben hacer los salvajes de la Polinesia viajes de 100, 200 y 400 leguas, guiados por las estrellas y llevados en alas de los alisios, que ellos conocen muy bien. Añádase á esto que, ya por una tempestad casual, ya por la costumbre bárbara de meter estos isleños á sus enemigos vencidos con sus mujeres é hijos en pobres piraguas, y de arrojarlos así á la merced de las olas, han llegado muchos de ellos á islas que de otra suerte jamás habrian sido habitadas de los hombres.

De la Melanesia no hay necesidad de escribir una sola palabra. La Australia se está dando la mano con la Nueva-Guinea, y ésta se halla en relacion muy fácil con la península de Malaca por medio de las Molucas, Macassar y Borneo, como lo puede observar cada uno echando una simple ojeada sobre una carta de la Oceanía.

Resta tan sólo el Nuevo Mundo, pues lo demas no ofrece la me-

1 Quatrefages, *L'espèce humaine*, chap. XVII, n. 2.

nor dificultad. Ahora bien; el Nuevo Mundo ha podido ser muy fácilmente poblado por habitantes del Antiguo, yendo á él por varios puntos. En primer lugar, es cosa muy sabida la proximidad de uno y otro continente por el estrecho de Behring. A uno y otro lado de dicho estrecho habitan gentes de una misma tribu, que viven desde muy antiguo en continua comunicacion, por medio de embarcaciones muy sencillas. Nada más fácil que el paso del uno al otro continente por esta parte. Además del mismo estrecho, donde los dos continentes están casi tocándose, por decirlo así, hay más abajo una cadena de islas llamadas *aleutias*, que ponen en comunicacion al Kamtchatka del Antiguo Mundo con la península de Alaska del Nuevo.

Fuera de esto, más al Sur todavía, la corriente de Tessan, llamada por los japoneses Kuro-Sivo (*Rio Negro*), abre un ancho camino á los navegantes para llegar á las costas de California. Esta corriente ha debido poner sin duda más de una vez en los tiempos antiguos en dichas costas á muchos pescadores contra su voluntad, como llegan hoy dia los cuerpos flotantes y los juncos abandonados por los orientales desde todos los puntos que baña el rio Negro.

Demas de esto, la corriente ecuatorial del Atlántico ofrece tambien otro camino para llegar de África á América, adonde sin duda han debido ser arrojados en tiempos antiguos algunos habitantes del territorio africano por alguna tempestad ó cosa semejante, como ha sucedido en los nuestros. En efecto, en 1770 un buque cargado de trigo, por un descuido de los marineros, fué arrebatado de esta corriente y llevado desde las Canarias hasta la costa de Guayra, cerca de Caracas. Lo mismo, pues, habrá podido suceder á otros en la antigüedad, que sin saberlo se pondrian en dicha corriente.

Finalmente, la Groenlandia presenta otro nuevo medio de comunicacion entre los dos continentes mencionados, y consta con certeza que los noruegos y los islandeses penetraron por esta parte en América, y tuvieron continuas relaciones con ella, á contar del siglo x de la era cristiana. A fines del siglo VIII, Gunnbjorn descubrió la Groenlandia; de aquellos mares, por medio de una tempestad imprevista, fué arrojado á las costas de Nueva-Bretaña, en 986, Bjarn Meriulfson, estando de vuelta para Groenlandia de una excursion que habia emprendido. Con esto se estableció una colonia escandinava en aquellas tierras, á las que fué dado el nombre de

Vinlandia, á causa del vino que en ellas se cogia. Desde aquella epoca, segun los cronistas islandeses, floreció en Groenlandia hasta el siglo XIV, bajo la tutela del obispo de Gardar, una colonia de 200 pueblos formados por colonos escandinavos que estaban en relacion continua por una parte con la madre patria, y por otra con sus compaisanos de Vinlandia.

Aún más: hoy dia es cosa ya averiguada que los chinos y japoneses, mucho ántes que llegasen á América los españoles, tenian frecuente comercio con los americanos. De América hablan los antiguos libros chinos, designándola con el nombre de *Fu-Sang*, cuando dicen que al Este del Celeste Imperio hay una region sumamente apartada donde se encuentra el oro, la plata y el cobre, pero no el hierro, cosa que no puede convenir al Japon, como habia imaginado Klaproth, y sí solamente al Nuevo-Mundo. Segun los referidos libros, hácia mediados del siglo V partieron del país de Ki-Pin á Fu-Sang misioneros de Budha con el fin de anunciar á sus habitantes la doctrina de este hombre famoso, y de ello hacen tambien mencion los libros de los japoneses. Y que llegaron en efecto á América los tales misioneros, parecen confirmarlo las semejanzas incontestables que existen entre los monumentos y figuras búdhicas del Asia y ciertos productos del arte americano, segun se desprende de las investigaciones hechas por M. G. d'Eichtal, y de la coleccion verdaderamente régia de los monumentos mejicanos, publicada por lord Kingsborough.

Ademas, como escribe á este propósito el cardenal Wiseman, "el cómputo del tiempo entre los americanos ofrece una coincidencia demasiado marcada en un método puramente arbitrario con el del Asia oriental, para que sea de todo punto accidental. La division del tiempo en grandes ciclos de años, subdivididos en porciones más pequeñas, cada una de las cuales lleva un nombre particular, es con ligera diferencia el plan adoptado entre los chinos, los japoneses, los kalmukos, los mogoles, los mantchurios, como tambien entre los toltecas, los aztecas y otras naciones americanas; y el carácter de sus métodos respectivos es precisamente el mismo, con particularidad si se comparan los de los mejicanos y japoneses. Pero la comparacion del zodiaco, como existe entre los thibetanos, los mogoles y los japones, con los nombres dados por esta nacion americana á los dias del mes, creo que satisfará á los más incrédulos.

"Los signos idénticos son el tigre, la liebre, la serpiente, el

mono, el perro y un pájaro; de todos los cuales es claro que ninguna aptitud natural podía haber sugerido su adopcion en los dos continentes. Esta extraña coincidencia se aumenta tambien con el hecho curioso que muchos de los signos mejicanos que faltan en el zodiaco tártaro se hallan en los shastras indios exactamente en las posiciones correspondientes; y no son ménos arbitrarios éstos que los primeros: una casa, una caña de azúcar, un cuchillo y tres huellas de pié„ [1].

Por donde se ve que no se equivocaron los españoles, compañeros de Francisco Vazquez Coronado, cuando al encontrarse en Quivira, á los cuarenta grados de latitud Norte, con dos "naos que traían arcatraces de oro y plata en las proas con mercaderías, pensaron ser del Catayo y China, porque señalaban haber navegado treinta dias„ [2].

Lo dicho baste para hacer ver á los poligenistas cómo los habitantes del antiguo continente pudieron penetrar en el nuevo sin dificultad alguna por diferentes partes del globo, si bien lo que parece más problable es que los lugares por donde principalmente ha sido poblada la América en un principio son el estrecho de Behring y las islas Aleutias. Por allí la comunicacion no ofrecia la menor dificultad; y encontrando los hombres las tierras desiertas, muy pronto pudieron llegar del uno al otro cabo, llevados de la curiosidad de ver nuevas tierras, y hallar en ellas lugares mejor acomodados para la vida. En solo cinco meses anduvieron el siglo pasado los kalmukos un espacio de 700 leguas, venciendo dificultades inmensas, ya por parte de la estacion, excesivamente fria, ya por parte de los lugares que atravesaron, ásperos y fragosos en extremo, ya, en fin, por parte de sus enemigos los rusos, que pretendian cerrarles el paso para que no pudiesen volverse á la China, de donde habian salido. "El *Exodo de los kalmukos,* escribe M. de Quatrefages, responde á todo cuanto se pudiera objetar en órden á la imposibilidad de las emigraciones primitivas por tierra. En ocho meses, á pesar de los rigores extremos del frio y del calor, á pesar de los ataques incesantes de sus implacables enemigos, á pesar del hambre y de la sed, este pueblo salvó un espacio igual en línea recta, poco más ó ménos, á la octava parte de la circunferencia terrestre.

1 Wiseman, *Discursos.* Discurso segundo; págs. 807-808 de las *Vindicias de la Biblia.*

2 Gomara, *Historia de las Indias*, etc. Quivira. Edic. de Rivadeneira, pág. 288.

Tomando en cuenta los rodeos que se vió obligado á hacer, quizá será preciso doblar esta cifra. Despues de un hecho de esta naturaleza, ¿cómo poner en duda la posibilidad de viajes más largos todavía respecto de una tribu que camina tranquilamente por grados, sin tener otros enemigos con quienes luchar sinó el suelo y las bestias feroces?" [1].

Concluyamos: aquí, como en las demas partes, el dogma cristiano queda triunfante y glorioso contra todos los ataques de los falsos sabios, valiéndose para ello de los mismos argumentos de la verdadera ciencia.

1 Quatrefages, *l. cit.*, cap. XVI, n. 5, pág. 137.

CAPÍTULO XXXI

EL CATOLICISMO Y LA CIENCIA EN ORDEN Á LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE. EXAMÍNANSE LOS DOCUMENTOS HISTÓRICOS Y LOS ARGUMENTOS GEOLÓGICOS DE LOS PREHISTÓRICOS.

¡La antigüedad del hombre! Aquí sí que se imaginan haber triunfado del Catolicismo los amigos de la razon independiente. Tan ufanos y orgullosos se presentan con sus descubrimientos *prehistóricos*, que por maravilla los vereis sufrir observacion alguna que vaya encaminada á sacarlos de sus regalados ensueños. "La cosa es evidente, exclaman con gran aire de triunfo; sólo un entendimiento ciego y fanatizado por las leyendas de una falsa revelacion sobrenatural dejará de ver el hecho hoy dia adquirido á la ciencia de que el hombre lleva ya una série interminable de siglos sobre la tierra. Los Católicos, claro está, jamás reconocerán esta verdad tan patente, porque esto sería suicidarse dando un eterno adios á las enseñanzas de la Biblia; pero ¿quién hace caso de católicos en estos tiempos de luz y de progreso, que han desterrado para siempre de las sociedades las negras tinieblas del sobrenaturalismo? La ciencia no se cura ya de esta gente meticulosa y apocada, sigue adelante con sus portentosos descubrimientos, y proclama á voz en grito la remotísima antigüedad del hombre."

En efecto, ¿qué son para estos novísimos sabios los seis ú ocho mil años que hasta ahora han venido dando los Católicos al género humano despues de su primera aparicion sobre la tierra? Una cosa insignificante. Quién lo hace subir hasta 30.000 años, quién hasta 50.000, 100.000 y 200.000, quién hasta 364.000. Algunos le atribuyen miles de siglos; otros, finalmente, no contentándose con esto, lo suponen de una duracion indeterminada y superior á todo cálculo

científico. Basta decir que muchos de ellos opinan haber vivido el hombre durante toda la época cuaternaria, que suponen haber sido inmensa, y aún extienden mucho más allá sus conjeturas, dándonos como una cosa muy probable el *hombre terciario*. ¿Y quién puede calcular el número de años que con todas estas afirmaciones pretenden conceder al género humano? El período glacial sólo comprende, segun Lyell, 224.000 años; Croll le atribuye 160.000, Zaborowski 224.000, Blandet 250.000, Julio Peroche 350.000. Este último afirma que desde el fin de dicho período hasta nosotros se han pasado nada ménos que 1.000 siglos. Calcúlese hasta dónde llegará la cifra de nuestra antigüedad, si á los números sobredichos se añade el incalculable de la época terciaria, pues en todo ese tiempo se supone que ha vivido el hombre.

Toda esta multiplicacion de siglos es muy natural en los secuaces de la prehistoria. La mayor parte de ellos, por no decir casi todos, procede en el supuesto de que el hombre es un simple bruto pulimentado, segun lo reclama la teoría de la evolucion profesada por Darwin. ¿Qué han de hacer, por consiguiente, sinó extender cuanto puedan la série de los siglos prehistóricos, para que á la sombra de sus tinieblas se elabore la transformacion lenta é insensible enseñada por el naturalista inglés? Por eso ponen primeramente estos autores una época larguísima, en que los hombres anduvieron en el estado de naturaleza errando por los bosques á guisa de fieras, distinguiéndose apénas de ellas, así en las costumbres y modo de vida, como en el desarrollo de la inteligencia. La piedra natural ó simplemente cascada era durante todo este tiempo el arma única de que se servian para defenderse, para cazar los animales y para los demas usos de la vida, porque su tosco entendimiento no alcanzaba á obras de mayor excelencia. Despues, segun ellos, se les fué avivando ésta poco á poco, y lograron fabricarse algunos toscos utensilios de pedernal bruto ligeramente labrado, dando orígen con esto á la época de la *piedra tallada*, y á las que se siguieron con el transcurso de los siglos, cuales fueron la de la *piedra pulimentada*, la del *cobre*, la del *bronce*, y la del *hierro*, hasta que, por fin, pudieron ya establecerse y formar grandes agrupaciones ricas en civilizacion é industria, dando principio á la verdadera historia.

Esta es la doctrina de nuestros modernos sabios, la evolucion darwinista forma el principio fundamental de ella: la prehistoria no es más que una consecuencia derivada *a priori* de este principio. Si les fuera posible defender el orígen monesco del hombre sin re-

currir á la multitud innumerable de siglos que con mano verdaderamente pródiga regalan al género humano, la antigüedad del hombre no iria de seguro en sus escritos más allá de 10.000 años; porque, como lo ha demostrado M. Chabas en su excelente obra intitulada: *Études sur l'antiquité historique*, 10.000 años son más que suficientes para explicar todos los fenómenos antropológicos de una manera satisfactoria. Pero la evolucion materialista del filósofo inglés no puede subsistir sin los años inmensos de la prehistoria, y la evolucion no es cosa que pueden abandonar como quiera estos amantes de lo terreno, y despreciadores de todo lo espiritual é invisible. Hay, pues, que sostener á todo trance la remotísima antigüedad humana, y hay que afirmar resueltamente por cien maneras la evidencia de la tal antigüedad, aunque los fenómenos de la antropología digan otra cosa.

Hé aquí la verdadera causa del clamoreo atronador que levantan sin cesar estos sectarios, pretendiendo ser ya una cosa demostrada la remotísima antigüedad del hombre, y añadiendo que las enseñanzas de la Biblia han sido cogidas en una falsedad manifiesta. Pero ambas proposiciones son absolutamente erróneas: ni los descubrimientos modernos nos obligan á poner en el género humano la antigüedad fabulosa que fingen estos escritores, ni áun cuando sin género de duda viéramos en ellos señales claras de haber existido sobre la tierra séres racionales en tiempos anteriores á lo que generalmente han creido los católicos, hallaríamos algo reprobado por la sagrada Biblia. Esto es lo que intentamos demostrar en este y en los tres capítulos siguientes, conforme al plan que nos hemos trazado en esta obra, de defender al Catolicismo contra los ataques de la escuela racionalista. Para ello trataremos separadamente de cada una de las dos proposiciones indicadas.

Y comenzando por la primera, es cosa muy sabida entre los que han saludado un poco la historia moderna que los incrédulos del siglo pasado, para convencer de error y falsedad á la sagrada Biblia en lo que cuenta acerca de la cronología, echaron mano de ciertos monumentos egipcios, caldeos, indios y chinos, así como tambien de ciertos zodiacos maravillosos que habian sido descubiertos en algunos templos antiguos de Egipto. Ahora ya han cesado los ataques por esta parte; la cronología comunmente recibida entre los católicos salió triunfante de todos estos argumentos, cuya fuerza fué bien pronto disipada como el humo, apénas se les aplicó la piedra de toque de la verdadera crítica.

Laplace[1] demostró que las observaciones astronómicas de los caldeos no subian ochocientos años más arriba de la era cristiana, y que otro tanto sucede á las de los egipcios. El mismo astrónomo hizo ver que las practicadas por los indios son más recientes todavía y posteriores al mismo Ptolomeo. Nada digamos de las chinas; Delambre juzga que los habitantes del Celeste Imperio fueron instruidos por los indios primeramente en la doctrina astronómica, y despues, más tarde, por los mahometanos. Fuera de que nada nos queda ya de dichas observaciones, porque perecieron ántes de la era de Cristo, y así poco pueden probar en contra de la cronología comun y vulgar de los seis ú ocho mil años. Mas aunque todavía se conserváran, ciertamente adelantaríamos muy poco; porque, como observa y demuestra el mismo Delambre, la ciencia astronómica nunca salió de la infancia tanto entre los chinos como entre los mismos babilonios y alejandrinos, los cuales no tenian sobre este ramo sinó conocimientos vulgares, y para llegar á este linaje de conocimientos tan imperfectos no se necesitan los innumerables siglos de la prehistoria. De los monumentos egipcios, ya ántes de Champollion constaba por los testimonios de Varron, Celso[2] y otros escritores gentiles, que su antigüedad no excedia sinó unos dos mil años á la de Nuestro Señor Jesucristo; pero despues que este célebre francés ha enseñado al mundo á descifrar los jeroglíficos que en ellos se encuentran, la cronología comun ha recibido una confirmacion maravillosa. "Yo he demostrado, escribe Champollion Figeac en una de sus cartas, publicada por el cardenal Wiseman, en cuyo poder obraba el original á la sazon, que ningun documento egipcio es realmente anterior al año 2.200 ántes de nuestra era. Esta es, en verdad, una antigüedad respetable, pero nada ofrece contrario á las tradiciones sagradas, y áun me atrevo á decir que en todos los puntos las confirma. Adoptando, en efecto, la cronología y sucesion dadas por los monumentos egipcios es como concuerda admirablemente la historia egipcia con los libros santos...

1 Laplace, *Exposition du système du monde*, lib. v cap. 1. Véase el discurso sétimo del cardenal Wiseman, donde se aducen los ilustres nombres de Bentley, Maskeline, Heeren, Cuvier y Klaproth en favor de esta misma doctrina. El último de estos autores se expresa en esta forma: "Las tablas astronómicas de los indios, á que se habia dado una antigüedad tan prodigiosa, se construyeron en el siglo VII de la era vulgar, y posteriormente se trasportaron por medio de cálculos á una época anterior." (Klaproth, *Memorias relativas al Asia*, Paris, 1824.)

2 V. Orígenes *contra Celso*, lib. I, n. 20.

„ El jefe de la dinastía de los Diospolitanos, la décimoctava, es el *rex novus qui ignorabat Joseph* de la Biblia; el cual, siendo de dinastía egipcia, no podia conocer á José, ministro de los reyes usurpadores. Él fué quien redujo á esclavitud á los hebreos. El cautiverio duró tanto como la dinastía decimoctava, y bajo el reinado de Ramsés V, llamado Amenófis, al principio del siglo xv, libró Moises á los hebreos. Esto pasaba durante la adolescencia de Sesóstris, quien sucedió inmediatamente á su padre é hizo sus conquistas en Asia, al mismo tiempo que andaban errantes en el desierto Moises y el pueblo de Israel por espacio de cuarenta años. Por eso no deben hablar los libros santos de este gran conquistador. Todos los otros reyes nombrados en la Biblia se encuentran en los monumentos egipcios en el mismo órden de sucesion, y á las mismas épocas precisas donde son colocados por los santos libros, y aun añadiré que la Biblia escribe mejor sus verdaderos nombres que los historiadores griegos „ [1].

Otros escritores han pretendido alargar bastante más la antigüedad egipciaca, haciéndola subir hasta 4.000 años antes de Jesucristo; pero sus cálculos no pasan de meras conjeturas. " La cronología egipcia, escribe Mariette, ofrece dificultades que hasta el presente no han sido vencidas... A toda data superior á la de Psamético I (665 ántes de Jesucristo) es imposible asignarle otra cosa que aproximaciones, las cuales se van haciendo más inciertas á medida que se sube en la série de los tiempos... La duda se aumenta cuanto más nos apartamos de nuestra era en términos que, considerados todos los sistemas ideados hasta el dia de hoy sobre esta materia, podemos hallar una diferencia de dos mil años sobre el tiempo en que comenzó la monarquía egipcia „ [2]. Otros afirman que ya han llegado por fin á disipar sus dudas acerca de la referida cronología, pero han confirmado con sus cálculos la cronología comun. " Combinando todo lo que hasta el presente ha sido descubierto, escribe á este propósito Riancey, ya sea en las autoridades históricas que nos han quedado, ya en el estudio de los monumentos, se puede asegurar que los testimonios un poco dignos de fe no hacen subir los anales humanos de Egipto más arriba de tres mil años sobre la

1 Puede verse esta carta íntegra en el discurso octavo del cardenal Wiseman, pág. 905-906 de las *Vindicias de la Biblia*. La opinion más fundada es que el Ramsés contemporáneo de Moises fué Ramsés II. Véase sobre esto á Vigouroux. *La Bible et les découvertes modernes*, tomo II, pág. 220 y siguientes.

2 Mariette, *Notice des monuments*, etc. Alexandrie. 1864.

era cristiana „ [1] Y luégo, en la nota, añade lo siguiente: " Esta es la opinion de M. Brugsch, si bien, conforme á un cálculo de Herodoto, la hace retroceder hasta el año 3400. Confiesa, sin embargo, que Diodoro presenta una data mucho más reciente. Esta es tambien la opinion del sabio M. Mariette, quien coloca hácia el año 2500 la construccion de la gran pirámide bajo Chu-Fu (Cheops), de la cuarta monarquía. „

San Agustin ha tratado tambien esta cuestion de la antigüedad egipcia, concordando con los cálculos comunes de la cronología vulgar. " Quid autem sapientiae, escribe en el lib. xviii, cap. xxxvii *De Civitate Dei*, esse potuit in Ægyptiis, ante quam eis Isis, quam mortuam tamquam deam magnam colendam putaverunt, litteras traderet? Isis porro Inachi filia fuisse proditur, qui primus regnare coepit argivis, quando Abrahae jam nepotes reperiuntur exorti. „ Y levantando la voz contra la audacia de ciertos hombres que atribuian á la monarquía egipcia nada ménos que cien mil años de antigüedad, comienza el capítulo xl del mismo libro con estas palabras: " Frustra igitur vanissima praesumptione garriunt quidam dicentes, ex quo rationem siderum comprehendit Ægyptus amplius quam centum annorum millia numerari. ¿In quibus enim libris istum numerum collegerunt qui non multum ante annorum duo millia litteras magistra Iside didicerunt? Non enim parvus auctor est in historia Varro, qui hoc prodidit. „

En esto de multiplicar los siglos, no han andado escasos ciertamente los pueblos de la antigüedad; la casta sacerdotal de Egipto daba á sus reyes quince mil años de existencia, y pretendia probar á los Atenienses, contra toda la voluntad de estos ilustrados ciudadanos, que Aténas era una colonia egipcia fundada por los habitantes de Sais 8.000 años ántes de la era cristiana: los indios multiplicaban los años hasta el infinito, dividiendo la cronología en cuatro edades, cada una de las cuales, excepto la última, que es la histórica, comprendia muchos miles de siglos: los chinos hacian otro tanto, recurriendo á sus fingidos cálculos de matemáticas.

Pero harto benigno se mostrará con todos estos pueblos quien conceda á su civilizacion una edad de tres mil años anteriores al establecimiento del Cristianismo. Ya hemos visto cuál es el parecer de los sabios en esta parte. Los papiros de Egipto concuerdan con Maneton, Herodoto, Diodoro y Eratóstenes en poner á Ménes á la

[1] Riancey, *Histoire du monde*, tomo i, liv. i. chap. viii, pár. ii, pág. 411.

cabeza de todas las listas de los reyes egipcios, y la data de Ménes puede ser fijada con razon hácia el año 2800 ántes de Jesucristo. En la India, ántes del *Caly-Yuga*, última de las cuatro edades en que dividen sus moradores el tiempo total del mundo; no queda nada de cierto, ni áun para la existencia del mismo mundo; ¿cuánto ménos del hombre? Esta edad es bien cierto que no va 3.000 años más allá de la era cristiana. César Cantú todavía pasa más adelante y afirma que "los hechos averiguados de la India no comienzan sinó hácia el año 1000 de la era vulgar," [1]. La historia de la China no la comenzó Confucio sinó por Yao, el cual vivia hácia el año 2557 ántes de Jesucristo; y todo lo demas que añaden los letrados de aquellas naciones es un tejido de fábulas ó una mezcla informe de hechos verdaderos y fantásticos, incapaces de ser deslindados los unos de los otros. Y áun la misma narracion de Confucio es muy insegura, ya porque no se escribió sinó unos cinco siglos y medio ántes de Jesucristo, ya tambien porque dos siglos ántes de nuestra era pereció totalmente en la devastacion general decretada contra todo libro chino por un emperador de aquella nacion enemigo de las letras. Posteriormente fué restablecida por un viejo que dicen se la sabía de memoria; pero ¿quién puede asegurarnos de su fidelidad? Añaden los chinos que un ejemplar de esta narracion compuesta por Confucio se salvó de la ruina universal en un sepulcro, y que por él se vió lo fiel que habia sido la memoria del referido viejo. Pero, ¿no tenemos razon para sospechar que esto no es sinó una nueva fábula china, ideada para dar autoridad á un libro cuya autenticidad era completamente nula?

Por lo que toca á los zodiacos de Denderah y de Esne, descubiertos por los franceses cuando hicieron su expedicion á Egipto, el petardo que con ellos recibieron los enemigos de la revelacion fué verdaderamente solemne. Los tales zodiacos presentaban las constelaciones mismas de hoy dia, pero distribuidas en diferente órden. Con esto ya tuvieron los enemigos de la Iglesia con que hacerle la guerra, diciendo que aquel estado del cielo á que correspondian los grabados debia datar lo ménos de unos siete mil años ántes de Jesucristo, y áun Dupuis llegó á sostener que eran más de veinte mil años anteriores á la era cristiana. Pero habiendo sido llevado á París el planisferio circular del zodiaco de Denderah, Biot escribió un

1 César Cantú, *Hist. univ.*, tomo II, época 2.ª, cap. XI, pág. 141, traduccion de D. Nemesio Fernandez Cuesta, Madrid, 1854.

libro para probar que no excedia su antigüedad mas de setecientos años á nuestra era, porque el estado del cielo en él representado era el que correspondia á las estrellas solamente siete siglos ántes de Jesucristo; y opinó ademas que el tal zodiaco habia sido hecho despues de la era cristiana. Con esto se dieron á sospechar los sabios que no era lo que se habia creido; copiáronse las inscripciones griegas grabadas sobre los dos templos dichos, Champollion recibió el encargo de descifrar las que estaban expresadas en jeroglíficos, y entónces se vió que los templos de Denderah y de Esne habian sido construidos bajo la dominacion romana; que el pórtico del uno de ellos estaba consagrado á la salud de Tiberio, y que el mismo planisferio llevaba el título de *autocrator*, nombre atribuido á Neron [1].

Como, pues, han visto los enemigos de la religion cristiana que por esta parte de los monumentos históricos no podian absolutamente conseguir su intento de derrocarla, convenciéndola de falsedad y mentira, han trasladado la guerra á otro terreno, dándose con ardor á las investigaciones geológicas y paleontológicas; y ahora, armados de sus nuevos descubrimientos, gritan con más ardor que nunca, diciendo que la causa del Cristianismo ha pasado ya por fin á cosa juzgada con gran derrota de éste, porque la antigüedad remotísima del género humano es más clara que la misma luz del dia.

¿Y en qué argumentos fundan tan fabulosa antigüedad? ¿qué descubrimientos tan maravillosos son esos adonde apelan para revolverse así contra la Iglesia? Mirada bien la cosa, los argumentos en que se apoyan no pasan de meras hipótesis, que, á no estar sus inventores llenos de incredulidad y deseosos por la mayor parte de que el Dios personal de los cristianos sea una simple invencion humana, tendrian muy poco valor. Los tales descubrimientos se refieren á ciertos restos humanos, considerados por estos escritores como muy antiguos, ya por la forma particular que ofrecen, ya por los terrenos en que han sido hallados, y que á su parecer no han podido formarse sinó con la accion lenta de interminables siglos.

Son innumerables los hechos que aducen para probar su aserto, y nos hariamos verdaderamente interminables si los hubiéramos de examinar uno por uno. Gracias que esto no es necesario para podernos formar en la presente materia un juicio exácto y razonado, porque todos ellos presentan ciertos caractéres generales, y así pueden ser reducidos á ciertas clases determinadas sin hablar de las co-

1 Véase á Riancey, *Histoire du monde*, t. I, *l. cit.*, pag. 407.

sas más en particular. Por otra parte, el género de escrito que hemos emprendido no nos permite tratar detalladamente de todos y cada uno de estos hechos, porque tal empresa nos haria pasar los estrechos límites de esta obra. Así, pues, siguiendo en esto el método que nos propone el P. Haté en el último de sus artículos relativos á la *prehistoria* [1], y dejando los pormenores para los que escriben detenidamente sobre este asunto, nos haremos cargo solamente de los hechos principales en que más confian nuestros adversarios, y que están comprendidos en los argumentos siguientes:

1.° El yacimiento de algunos restos del hombre ó de su industria en depósitos cuaternarios ó en los deltas de ciertos rios. (*Argumentos geológicos.*)

2.° Las estaciones prehistóricas en que aparecen los restos de la industria humana en todas las clases de su evolucion, tales como las cavernas osíferas, los monumentos megalíticos, los kjokkemmodingos, los palafitos, los turbales, etc. (*Argumentos arqueológicos.*)

3.° La coexistencia del hombre con ciertas especies, consideradas por estos autores como extinguidas en remotísimas edades. (*Argumentos paleontológicos.*)

4.° La craneología comparada, ó sea el estudio comparativo de los cráneos, correspondientes á las supuestas edades prehistóricas. (*Argumentos antropológicos.*)

Antes de dar principio á la refutacion de estos argumentos, bueno será traer aquí unas palabras del ilustrado abate Hamard, en que aparece al descubierto la nulidad de todos ellos, tanto que no ha tenido reparo en afirmar el sabio naturalista que la Arqueología prehistórica no ha hecho hasta el presente sinó andar en un continuo tanteo, edificando y destruyendo sin hallar nada estable. Es verdad que los santones de la *prehistoria* han levantado el grito hasta el cielo al verle razonar de esta suerte, porque les ponia el dedo verdaderamente en la llaga; pero, en lugar de razones para refutarle, no han proferido sinó injurias atroces; que no podian sacar otra clase de argumentos contra quien tan poderosamente patentizaba la nulidad de sus discursos. El ilustre oratoriano, sin embargo, no se ha intimidado con este proceder indigno de sus adversarios; y despreciando así sus ofensas como sus gratuitas afirmaciones, ha con-

1 Haté, *Les résultats des recherches préhistoriques d'après les travaux des congrès et sociétés savantes.* (Conclusion, fin.) (Publicado en los *Études religieuses*, en el mes de Setiembre de 1876.)

testado con nuevos argumentos que ponen en evidencia la verdad de su tésis. Dice, pues, en el prólogo de su preciosa obra, recientemente publicada: *Études critiques d' Archéologie*, etc.: "La arqueología prehistórica dista mucho de ser una ciencia positiva con principios ciertos, datos precisos y consecuencias indiscutibles. Todo está en ella por hacer. De ella se puede decir que destruye hoy lo que ayer edificó. Aun sus teorías más fundamentales y más universalmente recibidas, se hallan en oposicion con los hechos. Citemos algunos ejemplos. Hace muy pocos años era casi un dogma en arqueología el que las tres edades de la piedra, del bronce y del hierro se habian sucedido con regularidad en todos los lugares, y esto sin que la una usurpase nada á la otra. Mas hé aquí que una multitud de descubrimientos recientes nos ha mostrado objetos de estas tres categorías íntimamente asociados, y perteneciendo por lo mismo á una misma época. Hay más todavía: su sucesion, cuando existe, ha sido á veces producida en un sentido inverso al que acabamos de indicar. Así sucede que en el supuesto lugar de la antigua Troya M. Schlieman ha descubierto recientemente, encima de las ruinas de la antigua ciudad, ruinas por extremo ricas en instrumentos de piedra y de bronce, pero enteramente destituidas de hierro, otras capas en que no se descubre metal alguno, sinó ántes bien aparecen claras señales de la barbárie más extrema. Este descubrimiento tiene para nosotros un doble interés, pues nos muestra por una parte las edades de la piedra y del bronce, coexistiendo en Troya al tiempo de ser sitiada esta ciudad, y por otra revela haber existido más tarde una nueva edad de la piedra, desnuda de todo metal y posterior á la de los metales, al revés absolutamente del supuesto órden comun y universal.

„ De la misma manera, ayer se convenia en que las dos edades de la piedra tallada y pulimentada se hallaban por todas partes perfectamente distintas, y que un inmenso vacío, caracterizado por la desaparicion del hombre de nuestras regiones, llenaba el intervalo existente en medio de entrambas. La presencia del mammuth, del reno y otras especies llamadas cuaternarias, la ausencia total de animales domésticos, y en órden á la industria el uso exclusivo de los instrumentos generalmente silíceos de piedra tallada: tales eran, al decir de los arqueólogos, los caractéres de la primera de estas edades. La segunda estaba señalada por la desaparicion de las especies cuaternarias y el reemplazo de las mismas con nuestros animales domésticos, por el uso de instrumentos de piedra puli-

mentada, por la aparicion del arte del alfarero, por la construccion de los dólmenes y de los otros monumentos megalíticos. Por desgracia, hechos recientes han venido á desmentir estas concepciones teóricas. El reno ha parecido asociado á los instrumentos de piedra pulimentada; el caballo existia en Solutré, es decir, en plena edad de piedra tallada; el carnero, el puerco y otros animales domésticos han sido descubiertos por M. Dupont en las cavernas de Bélgica, juntos con los animales cuaternarios, y perteneciendo á su misma edad; una docena de estaciones han suministrado reliquias de una cerámica primitiva juntamente con restos de especies cuaternarias ó con instrumentos de piedra tallada. Semejantes hechos todavía no son muy numerosos, es verdad; pero ellos solos bastan para hacer más que improbable la existencia de las dos edades de piedra decididamente distintas, y sobre todo la existencia de un intervalo bien marcado que separe estas dos edades una de otra.

„ Si nos fuera permitido entrar en los pormenores de la teoría, llamar, por ejemplo, la atencion del lector hácia las subdivisiones introducidas por M. Mortillet en la edad de la piedra tallada, todavía hallaríamos contradicciones más notables. Se ha llevado el espíritu del sistema hasta querer que en la época en cuestion haya sido sucesivamente labrado el pedernal de cuatro modos ó tipos diferentes, representados por las estaciones prehistóricas de Saint-Acheul, de Mustier, de Solutré y de la Magdalena. El favor con que ha sido acogida esta hipótesis no iguala sinó á su inverosimilitud. Sin embargo, los hechos se han encargado de contradecirla, y recientemente un arqueólogo distinguido, M. d'Acy, le ha dado el golpe de gracia, demostrando que áun en el valle del Soma, donde M. Mortillet habia concebido sus ideas, los hechos no estaban en manera alguna conformes con la teoría.

„ Más temerarias todavía son las aserciones de la arqueología prehistórica, y más numerosas sus contradicciones, cuando, no contenta con su cronología relativa, pretende establecer la edad absoluta de los objetos que le sirven de base. Un americano, Dowler, apoyándose en el tiempo necesario para la formacion del delta del Mississipí, atribuyó 57.000 años de existencia á un esqueleto que habia sido en él descubierto. Abbot emprendió de nuevo estos cálculos en nombre del gobierno de los Estados Unidos, y despues de minuciosas observaciones practicadas durante varios años, concluyó que no se habian pasado sinó 4.000 años desde que el delta va avanzando dentro del golfo. Existen en Suiza ciertos depósitos flu-

viales que para formarse habian debido emplear, segun se decia, un gran número de miles de años: en ellos han sido descubiertas monedas que llevaban impresa la efigie de Emperadores romanos. Finalmente, en Francia de la misma manera creábanse siglos sin cuento para explicar la formacion de los terrenos diluviales del Soma: un geólogo inglés, Andrews, ha hallado que estos depósitos han debido, por el contrario, formarse en algunas horas, y esto porque los espacios vacíos considerables que se hallaban en el banco de cascajo habian debido estar ocupados poco ántes por las masas de hielo que desaparecieron con la nueva temperatura.

„Cuando una ciencia se contradice de este modo en los puntos mas esenciales, lo mejor es no hacer ningun caso de sus principios en la apreciacion de los hechos pertenecientes á su dominio. Solamente así, prescindiendo por completo de las ideas ya recibidas y renunciando á ellas, al ménos provisionalmente, podrán los sabios hacer que alcance algun progreso la arqueología prehistórica y sacar conclusiones legítimas de los hechos „ [1].

Aquí tenemos la arqueología tal y como se halla en el estado presente de los conocimientos humanos. Es un comienzo de ciencia, pero no una ciencia propiamente dicha; porque nada hay en ella cierto é inconcuso, ni áun sus mismos principios fundamentales siquiera. ¿Qué pueden, pues, valer sus argumentos contra la cronología vulgar, fundada racionalmente en el modo de hablar que tiene la Escritura al mencionar los patriarcas del pueblo hebreo; modo que nosotros debemos interpretar en la forma hasta aquí guardada, miéntras con poderosas razones no se nos fuerce á hacer lo contrario?

Pero veamos ya uno por uno los argumentos de la prehistoria arriba propuestos. El primero que viene en la série indicada es el argumento geológico; y como es primero en este sentido de venir á la cabeza de todos los demas, así lo es tambien en la fuerza probatoria que pueda tener para obligarnos á ensanchar algun tanto la cronología comunmente recibida hasta el presente. Es el único que se presenta con algun color y apariencia; aunque, por lo que atañe á su valor intrínseco, este valor es completamente nulo, como ya nos lo tiene probado el ilustre naturalista Hamard en las palabras que dejamos transcritas. Las diversas formas de instrumentos artísticos, y la coexistencia del hombre con los diferentes animales cua-

1. Hamard, *Études d'Archéologie*, *Avant-propos*, pág. VII-XI. Paris, 1880.

ternarios, podrán probar, cuando más, que en cierta localidad determinada se sucedieron las edades de la piedra bruta y pulimentada, del bronce, del hierro, del mammuth, del oso y del reno, pero no que estos fenómenos hayan tenido lugar en todos los puntos del globo uniformemente, ni que requieran infinidad de siglos. La Geología, con la consideracion de los estratos y de los vestigios del hombre dejados en ellos, puede raciocinar con mayor solidez. Pero es el caso que los terrenos cuaternarios donde aparecen estos vestigios no ofrecen nada de regular y cierto que se presente á la ciencia como sólido fundamento para la construccion de un cronómetro seguro. El presidente del Congreso de antropología prehistórica celebrado en Bruselas el año 1872, M. d'Omalius d'Halloy, se expresaba en una de las sesiones acerca del período cuaternario en estos términos: "La época más problemática de la Geología es la de esta grande inundacion cuaternaria, que ha cubierto toda la Europa y ha transportado masas tan considerables de guijarros." Y M. Contejean, en sus *Elementos de Geología y de Paleontología*, publicados en 1874, dice tambien: "La série de los terrenos cuaternarios es muy difícil de desembrollar. Es preciso repetirlo: cuanto más nos acercamos á los tiempos actuales, ménos claro vemos en el pasado. La extrema diversidad en los terrenos cuaternarios, su incoherencia, su débil espesor, la ausencia de relaciones directas entre ellos, oponen grandísimas dificultades á la reconstruccion de la historia en este período."

Pocos terrenos de esta clase podrán ser jamás examinados con tanta diligencia y esmero como el de Saint-Acheul en Francia; y sin embargo, despues de tantas investigaciones nada se ha podido sacar en limpio que se oponga á la cronología comun y vulgar. Se han hallado instrumentos de industria humana á ocho metros de profundidad en un *diluvium* gris, cubierto de algunas otras capas, y en un terreno que ahora se encuentra á la altura de unos 40 metros sobre el nivel del mar, y á la de unos 25 sobre el valle del rio Soma: todo aquel terreno de aluvion ha sido formado por la accion del agua. Mas ¿cómo ha tenido lugar esta formacion? Esto es lo que no han podido resolver con plena evidencia todavía los geólogos. Hasta doce teorías se han formulado para la explicacion de este fenómeno: algunas de ellas favorecen á los que pugnan por la antiquísima edad del hombre, pero otras tambien sostienen todo lo contrario, de suerte que entre tanta multitud de pareceres opuestos, es imposible saber de qué tiempo datan aquellos yacimientos, y por

consiguiente el hombre cuyos eran los instrumentos de piedra allí encontrados. Otro tanto sucede con el depósito cuaternario de Moulin-Quignon. En él han sido hallados á la profundidad de cuatro metros y setenta centímetros, entre el cascajo evidentemente arrastrado por el agua y cubierto de otras diferentes capas, varios pedernales trabajados por el hombre. Mas cómo se ha formado este banco de aluvion, y de qué tiempo data, no lo han podido averiguar los sabios. Tres diferentes hipótesis se han ideado para explicar este fenómeno, ninguna de ellas cierta. Elías de Beaumont sostenía la primera, Garrigou pugnaba por la segunda, y Hebert por la tercera, sin que ninguno de ellos lograse triunfar de sus adversarios. Lo mismo sucede con otros yacimientos semejantes, donde se encuentran restos humanos. No se sabe cómo han sido formados; porque en los terrenos cuaternarios todos los elementos andan confundidos, como formados por aluvion, que arranca de una parte una cosa perteneciente á tal edad, y de otra las que son propias de tiempos anteriores y posteriores, y luégo lo confunde todo en uno. Mucho han discutido los geólogos sobre el modo en que han sido formados los valles, por dónde tienen su curso los rios, notando que á lo largo de ellos, cuando son grandes, hay elevadas alturas de más de treinta metros, bancos de terreno de transporte, cascajos de los altos, de los bajos y de los medios niveles.

Entre otras hipótesis, ha merecido un favor particular la de los grandes hielos; el período glacial ha sido en estos últimos años la varilla mágica que servia para explicarlo todo. Pero ahora comienza ya á notarse que la hipótesis en cuestion tiene tambien sus dificultades, nada inferiores á los mismos fenómenos de que con ella se pretende dar razon. Hé aquí cómo, á propósito de ella, se expresa el geólogo Ch. Martins: "La multitud de cuestiones que suscita este problema (del período glacial) distan mucho de hallarse resueltas, y jamás lo serán por completo... La observacion atenta, seguida del análisis más sagaz, apénas será bastante á desembrollarlas. En presencia de los progresos que la geografía glacial ha hecho en estos últimos años, se podría pensar que las causas de la antigua extension de los montes de hielo son ahora ménos conocidas que hace ocho años. No se ha adelantado nada; ni un solo paso ha avanzado la cuestion. Léjos de esto, se complica en lugar de simplificarse. Hay lugar aún para preguntarse uno á sí mismo cuál sea el clima más favorable á la extension de las montañas de hielo... Es fuerza renunciar á la idea de una causa única y general de la extension de estos hielos.

¿Qué pensar, qué decir en presencia de estas contradicciones? Callarse y esperar. El estudio de las ciencias de observacion es una escuela de paciencia y de reserva„ [1]. ¡Oh! Si todos los geólogos observaran con exactitud esta regla de conducta trazada por M. Martins, no hablarian tanto ni con tan grande seguridad de cosas que están muy léjos todavía de la evidencia. ¿Pero cómo esperar esto de los que sólo buscan medios de hacer la guerra á la Religion católica? No todos, sin embargo, obran de este modo, y los que más brillan por su saber suelen respetarse á sí mismos, no dejándose arrebatar de tamañas exageraciones. A éstos ha querido prudentísimamente imitar el profesor A. Gaudry, quien en Mayo de 1876 escribia estas notables y elocuentes palabras: "El desacuerdo que existe entre los observadores más concienzudos muestra que el estudio de los tiempos cuaternarios está en sus principios; para establecerlo sobre bases sólidas será preciso reunir todavía muchos materiales„ [2].

Las bases sólidas de que habla el referido profesor las plantea Quatrefages en los siguientes términos, tomándolas del geólogo Forel, y confesando que hasta el dia de hoy no se han podido obtener en la práctica:

"1.ª En rigor, el fenómeno debe ser continuo y regular, cosa que no se presenta jamás. A lo ménos su accion debe poder ser mirada como dando una medida anual ó secular constante, á consecuencia de las compensaciones que se producen naturalmente.

„2.ª Cuando se toman por cronómetro las capas puestas una encima de otra, la edad de las que sirven de término de comparacion debe ser rigurosamente determinada; la naturaleza de los objetos comparados no debe dejar duda alguna.

„3.ª Débese tener certeza de que los objetos hallados en una capa son propios suyos realmente; de que no han sido sacados de su asiento por algun nuevo arreglo ó por su propio peso (*turba*).

„Con que una sola de estas condiciones haya dejado de cumplirse, el resultado ha de ser necesariamente falso. Ahora bien; hasta hoy no se ha podido satisfacer el programa puesto por M. Forel„ [3].

1 *Revue des deux Mondes*, 15 de Abril de 1875. (Citado por el P. Valroger, *Revue des quest. histor.*, Abril, 1876.)

2 *Matériaux*, Mayo, 1876.

3 Quatrefages, *L'espèce humaine*, lib. III, chap. XII, num. 4.

Esto confiesa M. de Quatrefages, y sin embargo, en el capítulo siguiente de la misma obra, por fenómenos que no satisfacen á estas mismas leyes, da ya por cosa cierta y averiguada la suma antigüedad del hombre, y hasta su existencia en la época terciaria; lo cual, segun sus propias teorías, exige una multitud de miles de años indefinida y tan grande, que no la podrian desear mayor los más rabiosos materialistas. Pero sigamos en nuestro argumento. Si la formacion de los valles por donde corren los grandes rios hubiera de explicarse por la accion lenta y uniforme de las crecientes en determinadas épocas del año, como pretenden algunos geólogos; cierto que se necesitaría una interminable multitud de siglos para este efecto. Pero esta doctrina no puede ser admitida en general; hay valles que evidentemente no han podido ser formados por el rio que corre por ellos, puesto que las aguas del tal rio son desproporcionadas para este efecto, ó tomaron aquella direccion cuando ya estaban formados. Los profundos valles debieron recibir su existencia en muchos casos de las aguas impetuosas del diluvio, que pudieron en breve tiempo producir grandes inundaciones, y levantar así las riberas á la altura en que ahora se encuentran. Las aguas en aquel cataclismo, dice la Escritura [1], *iban* y *venian*, y en aquel movimiento de acceso y retroceso podian formar diferentes depósitos, y colocar unas capas sobre otras con los diversos materiales de los vecinos terrenos. Así, bien pueden encontrarse pedernales labrados por el hombre sobre una capa de cascajo colocada á ocho metros de profundidad del suelo, y á veinticinco de elevacion sobre las aguas del rio, porque estos cuerpos los habia labrado ántes el hombre y dejado sobre la superficie de la tierra. Ademas, fuera del diluvio han podido existir turbiones extraordinarios que hayan juntado en uno con la fuerza de sus aguas los elementos pertenecientes á diversas formaciones, depositando de esta suerte en aquellos lugares productos orgánicos de edades muy distantes, y dejando los instrumentos de la industria humana junto á los restos de otros séres mucho más antiguos.

Ya lo hemos dicho al hablar del diluvio bíblico; con aquella terrible inundacion se debió enfriar y humedecer extraordinariamente la atmósfera, resultando de aquí los hielos y las inundaciones que constituyen el período cuaternario, ó al ménos una cierta renovacion de aquella época tumultuosa. ¿Quién sabe si entónces fué cuando se

1 Génes., cap. VIII, ver. 3.

formaron todos estos depósitos cuaternarios, que tan distantes quieren poner de nosotros los amantes de la prehistoria?

A estos turbiones de época muy recientes apelaba no há muchos años el ilustre geólogo M. Elías de Beaumont, cuando para explicar el famoso depósito de Moulin-Quignon se expresaba en estos términos: "Yo espero, decia en la sesion de 18 de Mayo de 1863, que mis apreciables y sabios cohermanos, M. Milne Edwards y M. de Quatrefages, querrán conocer que no falto á la urbanidad manifestando la opinion de que el terreno de trasporte explotado en la cantera de Moulin-Quignon no pertenece al *diluvium* propiamente dicho. En mi opinion, el terreno detrítico de apariencia clísmica debe ser contado entre los que yo he señalado con la denominacion de *depósitos movibles sobre pendientes*. Los depósitos de esta naturaleza son contemporáneos del aluvion turboso, y de la misma manera que la turba pueden encerrar productos de la industria humana y huesos de hombre. Mas en estos mismos depósitos, especie de *post-diluvio*, puesto que están compuestos de cosas removidas y arrastradas por los agentes atmosféricos (*tempestades, heladas, nieves*), se puede tambien hallar contenido al mismo tiempo todo cuanto se encuentra en los pequeños depósitos diluviales esparcidos por todas partes en la superficie, y principalmente en los ángulos de las rocas, sobre todo dientes y huesos de elefantes, de hipopótamos, etc.; los cuales se cuentan en el número de las materias que el trasporte y la accion de los agentes exteriores destruyen con más dificultad. Los hombres y los elefantes, cuyos huesos habrian sido confundidos en un depósito de esta especie, no deberán ser por necesidad contemporáneos, y el diferente estado de conservacion de su materia gelatinosa bastaria, á mi ver, para advertir que pertenecen á épocas distintas„ [1].

Posteriormente un geólogo inglés, Mr. Alfredo Tylor, ha hecho un estudio profundo sobre este depósito, y sobre todos los otros que tienen relacion con él en el valle de Soma, y ha dado á luz una memoria intitulada: *Sobre el cascajo de Amiens*, en que prueba con razones inconcusas la formacion reciente y casi histórica de todos ellos. En el capítulo relativo al diluvio hemos citado sus palabras, notando ademas que á iguales conclusiones han sido conducidos M. Belgrand en sus particulares investigaciones sobre el Sena, M. de Chambrun de Rosemont en sus notables estudios sobre el Var y el

1 *Comptes rendus de l'Académie*, sesion de 18 de Mayo de 1863.

Ródano, y el profesor Rossi en su luminoso trabajo sobre el Tíber; de lo cual consta cuán ajeno de la verdad habia andado Lyell al decir que el Soma y otros rios parecidos se habian ido cavando poco á poco los cauces por donde ahora caminan; pues estos cauces ya estaban anteriormente abiertos, segun lo demuestran las conclusiones de los referidos geólogos. El último de ellos, el ilustre Rossi, en una Memoria publicada y leida el 12 de Agosto de 1871 en la Academia de los Nuovi Lyncei, despues de haber observado que es un hecho positivo, irrecusable y averiguado la existencia de armas de pedernal en los depósitos cuaternarios de dicho rio, demuestra que los tales depósitos fueron, al ménos en parte, formados durante la época de la destruccion de Troya, y al tiempo de establecerse Eneas en Italia; y que las armas dichas pertenecieron á los naturales del país, conocidos en la historia, ó á sus predecesores más cercanos. Para lo cual aduce en primer lugar los nombres de *Albula, Serra* y *Rumon*, que daban aquellos moradores á este rio por la blancura de sus aguas espumantes, debida á los guijarros que arrastraba en sus avenidas, y por la gran fuerza de erosion que entónces tenia en su precipitada carrera.

Luégo hace notar que Eneas desembarcó en la embocadura primitiva de este rio, cuando todavía andaba formándose el referido depósito cuaternario; y por fin habla de las frecuentes y crecidas inundaciones con que en aquellos tiempos se desbordaba, al revés de lo que suele acontecer en los actuales. "En cuanto á las inundaciones del valle del Tíber, dice sobre esto último, estamos en posesion de documentos que nos permiten afirmar haber sido en los tiempos antiguos mucho más numerosas, y tales que llegaban á niveles, mucho más elevados. No era entónces raro ver llegar las aguas á alturas de 18 metros y más. Desde 1400 hasta la época actual las grandes inundaciones tienen lugar en la proporcion de cinco ó seis por cada siglo. Cuando Roma estaba gobernada por la república, desde el año 505 hasta el 531 de su fundacion, las grandes avenidas estaban en el número de los *prodigios*. Ahora bien; aunque se han perdido muchos documentos, en este corto espacio de tiempo (veintiseis años) hallamos trece inundaciones que pasaron el nivel de veinte metros. La diferencia entre estos números y los de los tiempos modernos es tan grande, que revela condiciones diferentes en el régimen del rio y en el clima del país. En el solo año de 565 el Tíber salió de madre doce veces. Se sabe ademas con cuánta frecuencia han hecho mencion los historiadores en este mismo tiempo

de nevadas extraordinarias que presentaban un espesor grandísimo, y en algunas ocasiones permanecian intactas hasta cuarenta dias. En el quinto siglo de la fundacion de Roma el Tíber se heló dos veces. Estos fenómenos tan frecuentes y tan encadenados no permiten dudar que en esta época la marcha del rio era muy distinta de la presente, y que correspondia á un clima muy riguroso y húmedo, el cual lo hacia rico por extremo en aguas. La abundancia de éstas puede haber contribuido al estado arborescente del suelo; pero yo creo más bien ver en todo este conjunto de cosas una consecuencia natural de haberse hallado esta época muy próxima á aquella en que el rio conservaba su naturaleza cuaternaria. El período cuaternario no ha acabado de un golpe, y el principio del moderno no es sinó su prolongacion debilitada. „

Por fin, despues de hacer un breve resúmen de toda su doctrina, concluye en esta forma: " En realidad el conjunto de todas estas observaciones conduce invenciblemente á la consecuencia de que el período cuaternario del Tíber, al ménos en su última fase, esta encerrado en los tiempos históricos. Estas conclusiones, esta teoría, pueden parecer hoy dia muy atrevidas; pero pronto quizá un exámen más detenido y más riguroso de todos los hechos relativos á esta cuestion les dará el caracter de certeza absoluta, y hará sean aceptadas por todo el mundo „ [1].

Señal es manifiesta de la poca distancia que media entre nosotros y la época cuaternaria del norte de Europa, la temperatura por extremo rigurosa que reinaba en toda esta region en tiempo de los romanos, y áun en los primeros siglos del Cristianismo. El abate Hamard ha reunido con grande diligencia en la obra anteriormente citada los documentos de los escritores antiguos, que comprueban el rigor extremo que reinaba á la sazon en la temperatura de las Galias, de la Germania y de otras partes de nuestro hemisferio ahora templadas y apacibles. Nosotros citaremos algunos de ellos solamente, ya que su grande multitud nos impide darles á todos cabida en este escrito. En el cuarto siglo anterior á la era cristiana, refiere Aristóteles que en la Galia no se criaban asnos *por el excesivo frio de esta region* [2]. Hácia la misma época cuenta Teofrasto que en Grecia no se podia cultivar el olivo á 400 estadios de la

1 *Les Mondes*, número del 12 de Junio de 1873.

2 Aristóteles, *De Generat. animal.*, cap. II.

mar por la misma causa [1]. Fenestella escribia en tiempo de Augusto que la cultura de esta planta no se conoció en Italia hasta el reinado de Tarquino el Antiguo [2]. Julio César, que tenia bien conocido el clima de las Galias, escribe en sus *Comentarios* que los inviernos eran en ellas muy rigurosos (VIII, 4-5); que las muchas nieves las hacian intransitables en las estaciones frias á los mismos particulares (VIII, 8), razon por la cual no emprendia él sus expediciones sinó en el estío (I, 54; III, 9; IV, 20, 22, 36; V, 22; VIII, 46); que el reno, hoy dia retirado á las regiones hiperbóreas, habitaba entónces á la latitud de Francia en la Selva Hercinia ó Negra de Alemania (VI, 26); que por todas partes estaban las Galias cruzadas de lagos, lagunas y pantanos, siendo por esta causa muy difícil el acceso á las ciudades (IV, 38; V, 52; VI, 5; VII, 19, 57; VIII, 7).

Ciceron en pleno Senado pregunta si se conoce *cosa alguna más rigurosa que esta region* [3]. Diodoro de Sicilia habla sobre este país en la forma siguiente: "El invierno es allí *largo y extremadamente frio*. En esta estacion, durante los dias nebulosos, cae mucha nieve en lugar de lluvia; y cuando el cielo está sereno, se forman masas de hielo compacto en términos que los rios se convierten en verdaderos puentes naturales. No sólo los viajeros aislados, sinó tambien los ejércitos enteros con sus carros y bagajes, pasan por ellos con entera seguridad. La Galia está atravesada por rios grandes y numerosos; *casi todos ellos se hielan* y forman puentes naturales " [4].

Virgilio en sus *Geórgicas* (IV, 135-136) afirma que á los mismos pies de la ciudad de Taranto, situada en el país más cálido de Italia, *el triste invierno rompe los peñascos con el frio y detiene con el hielo las corrientes de los rios*: y en otra parte de la misma obra (III, 354-383) nos da una descripcion de los frios, nieves y hielos horrendos que reinaban en las riberas del Danubio, en términos que los vestidos se ponian tiesos y erizada la barba, el vino habia que partirlo con una hacha, los ciervos quedaban clavados en la nieve helada y eran cogidos con las manos por los habitantes de aquellas comarcas que vivian en cuevas debajo de la tierra, sin necesidad de perseguirlos con los perros. Nada de esto se ve hoy dia

1 Appleton, *History of Rome*, pág. 191.

2 Southall, *The recent origin of man*, pág. 382.

3 Ciceron, *Orat. de provinciis consularibus*, pár. 2.

4 Diodoro de Sicilia, *Histor.*, cap. V, lib. 25.

en aquellas regiones; un frío de esta especie sólo se nota en las regiones hiperbóreas.

Estrabon cuenta que el Var, " poco considerable en el estío, ocupaba en el invierno una extension de siete estadios; " [1] que el Ródano " descendia de los Alpes con tanta fuerza que su impetuosa corriente se hacia sentir dentro del lago Leman, en un espacio de varios estadios. " [2]. Horacio nos pinta el Tiber llenando de terror á Roma con sus furiosas avenidas, cubierto el Soracte de nieve, y suspendido con los hielos el curso de los rios [3].

Ovidio describe los fríos horribles que asolaban en su tiempo las llanuras inferiores del Danubio, situadas á la latitud del mediodía de Francia. " La primavera, dice, jamás se corona de flores; los segadores jamás se quitan sus vestidos; el otoño jamás produce uvas ni frutas. Un viento frío reina todo el año; los hielos del invierno dan al suelo la dureza y blancura del mármol; hiélase la nieve y resiste al sol y á las lluvias. Los vientos del Norte la condensan y la hacen eterna; antes de fundirse la primera nevada viene otra, y con frecuencia se ve nieve de dos años. El mismo Danubio con toda la anchura de sus aguas, se hiela y endurece en términos que entra sin ser visto en el Ponto Euxino, etc. " [4].

1 Estrabon, *Hist.*, lib. IV, cap. I, pár. 3.

2 Id., *ibid.* pár. II.

3 Horacio, *Odas*, lib. I, od. 1.ª y 9; lib. IV, od. 7.ª

4 Ovidio, *De Ponto*, lib. I, eleg. 2, 3 y 8; lib. II, eleg. 2; lib. III, eleg. I y 8; *Tristium*, lib. III, eleg. 10 y 12; lib. V, eleg. 2. He aquí unos cuantos versos de la elegía 10 del lib. III de *Los Tristes:*

Saepe sonant moti, glacie pendente, capilli;
    Et nitet inducto candida barba gelu.
Udaque consistunt formam servantia testae
    Vina: nec hausta meri, sed data frusta bibunt.
Quid loquar, ut vincti concrescant frigore rivi,
    Deque lacu fragiles effodiuntur aquae!
Ipse papyrifero qui non angustior amne,
    Miscetur vasto multa per ora freto,
Caeruleos ventis latices durantibus, Ister
    Congelat et tectis in mare serpit aquis.
Quaque rates ierant, pedibus nunc itur et undas
    Frigore concretas ungula pulsat equi.
Perque novos pontes, subter labentibus undis,
    Ducunt Sarmatici barbara plaustra boves.
Vix equidem credar; sed cum sint praemia falsi
    Nulla, ratam debet testis habere fidem.
Vidimus ingentem glacie consistere pontum,
    Lubricaque immotas testa premebat aquas.
Nec vidisse satis: durum calcavimus aequor,
    Undaque non udo sub pede summa fuit.

Plinio dice que el deseo del vino fué el que empujó á los galos á echarse sobre Italia (XII); que la ballena, hoy dia retirada á los mares polares, frecuentaba en su tiempo los golfos de Gascuña y de Lion (IX, 6); que la Galia era notablemente húmeda (XVIII, 8); que en su costa meridional habia numerosos estanques (III, IX), etc., etc.

Este estado de fría humedad, que persistió en Francia y en otros países del Norte durante varios siglos de la era cristiana, como lo prueban los numerosos testimonios aquí citados, y otros varios que trae Hamard en la obra ántes nombrada [1], dan bien á entender que la época glacial con todos sus hielos, nieves, aguaceros y aluvion cuaternario no se halla tan distante de nosotros como se han complacido en pintárnosla los amantes de la prehistoria para dar algun colorido á su favorita teoría del hombre mono, sinó que, por el contrario, tuvo lugar en los dos ó tres mil años que se siguieron al diluvio bíblico.

Por donde de ninguna manera puedo aprobar la idea emitida por M. Jean d'Estienne en la *Revue des questions scientifiques*, en el número de Julio de 1881, donde concede con Credner á la época glacial y cuaternaria una duracion de muchos miles de años, y afirma que el hombre existia quizás ya al principio de esta edad inmensa [2]. ¿Qué hicieron los hombres durante tan enorme número de siglos, que ninguna memoria se ha conservado de la tal existencia? Todas las artes que existen en el mundo son de moderna invencion, en términos que no hay una sola cuya data se esconda en las tinieblas de la antigüedad. Lo mismo sucede con el orígen de los imperios, de las leyes y de la civilizacion de los pueblos. En tiempo de Ovidio todavía se ignoraba que estuviese habitada la zona tórrida; de la esfericidad de la tierra nada se sabia entónces con certeza; la existencia de los antípodas ha permanecido oculta hasta Colon. Deberáse, pues, afirmar que nuestros antepasados, durante todo ese numeroso período de tiempo, llevaron vida de verdaderas bestias, sin conciencia de sí mismos, sin aptitud para progresar en las ciencias ni en las artes, es decir, como se los fingen los partidarios del hombre-mono. Este argumento de la reciente data de todo lo humano es de tanto peso, que no pudo ménos de hacer grandísima fuerza

1 Hamard, *Études critiques*, etc. *Supplément au gisement du mont Dol*. cap. II, pár. VI, pág. 223 y siguientes.

2 Véanse las páginas 151, 152 y 153 de la citada Revista, en el número que acabamos de nombrar.

al incrédulo Lucrecio, quien por esta causa escribió los versos siguientes:

> Praeterea, si nulla fuit genitalis origo
> Terrai, et coeli semperque aeterna fuere,
> Cur supra bellum thebanum et funera Troiae
> Non alias alii quoque res cecinere poetae?
> Quo tot facta virum toties cecidere? nec usquam
> Aeternis famae monumentis inclita florent?
> Verum, ut opinor, habet novitatem summa recensque
> Natura est mundi; neque pridem exordia cepit.
> Quare etiam nunc quaedam artes expoliuntur,
> Nunc etiam augescunt; nunc addita navigiis sunt
> Multa; modo organici melicos peperere sonores [1].

Que los cantos erráticos esparcidos por las inmensas llanuras del norte de Europa en una extension lo ménos de 40.000 millas cuadradas hayan llegado al lugar que ahora ocupan en la manera expuesta por Credner conforme á la teoría de los grandes ventisqueros, es una mera hipótesis y nada más. Por ella no hay razon ninguna para rechazar como improbable la ingeniosa idea del abate Gainet, que atribuye á la accion inmediata del diluvio la dispersion de los referidos cantos; que las aguas del diluvio tambien pudieron depositar fango en algunas partes, y restos de rocas y cantos erráticos. Antes el tal modo de dispersion defendido por Gainet nos parece mucho más aceptable que el de Credner, porque no tenemos por admisible la época glacial caracterizada con las proporciones enormes que le atribuyen sus defensores. Ya en otro capítulo hemos impugnado con el P. Haté esta pretendida época, que no es sinó un puro sueño, entendida como la proponen los secuaces de la prehistoria.

La sola existencia de los cantos erráticos en algun lugar no es razon suficiente para que por ella hayamos de admitir el paso de los hielos por aquella region. Dice muy bien Hamard á este propósito: «Las rocas pulimentadas, estriadas, rizadas, las *morenas* y los cantos rodados, cuando concurren en un mismo lugar, son motivos suficientes para pensar que allí ha habido un ventisquero; pero tomados aisladamente, constituyen una probabilidad y nada más. Sin duda los hielos en movimiento pulen los guijarros, surcan y cincelan la roca subyacente, acumulan sobre sus flancos y en su base detritos heterogéneos con que están formadas las *morenas* ó canchales,

1 Lucrecio, *De natura rerum*, lib. v, vers. 323 y siguientes.

transportan, finalmente, á veces á grandes distancias, fragmentos de rocas que han recibido en las cimas de las montañas; pero si es permitido hablar así, ellos no tienen el monopolio de estos diversos fenómenos. El agua en el estado líquido, sobre todo cuando se halla cargada de arena, puede tambien pulir y producir estrías. A veces tambien estas estrías pueden ser debidas á la desaparicion de los delgados filetes de carbonato de cal que estaban como embutidos primitivamente en la roca. M. Ebray lo ha comprobado con respecto á los guijarros que habia él mismo tomado por glaciales en un principio. El agua acarrea igualmente y acumula materiales que pueden presentar el aspecto de las morenas; como su fuerza de transporte crece con la velocidad y en una proporcion prodigiosa, puede en el estado torrencial arrastrar enormes cantos, que se confundirán despues con los transportados por los hielos, y esto con tanta mayor facilidad, cuanto que la corriente no habrá tenido lugar para desmoronarles los ángulos „ [1].

Con lo que acabamos de observar sobre la data reciente de la época cuaternaria se abre el paso para la solucion de una dificultad que contra la cronología comun suele moverse por los defensores del hombre terciario. Claro está que el hombre terciario, con las montañas inmensas de siglos que cargan sobre sus espaldas los secuaces de la prehistoria, es un puro fantasma creado por la fecunda imaginacion de los que en todas partes quieren hallar rastros del hombre-mono.

Pero entendido de tal suerte que con estas palabras no se signifique sinó la breve demora del género humano sobre el terreno terciario en los tiempos anteriores al diluvio, léjos de presentar inconveniente alguno, encierra, por el contrario, una doctrina sumamente probable. Si toda la época cuaternaria, ó á lo ménos gran parte de ella con sus inmensos aluviones y avenidas, ha sido una consecuencia natural del estado atmosférico producido con la extraordinaria y sobrenatural inundacion del diluvio, claro está que los antediluvianos debieron de vivir sobre el terreno terciario. En este supuesto nada tiene de extraño el que alguna vez se encuentren restos del hombre sobre este mismo terreno, sin que por eso hayamos de admitir el fantástico hombre terciario imaginado por el abate Bourgeois, y defendido con tanto calor por los andantes de la prehisto-

1 Hamard, *l. cit.*, pág. 245-246. Véase sobre este asunto un importante artículo del P. Hate publicado en los *Études* de 1879, pág. 111 y siguientes.

ria. Los antediluvianos tambien enterrarian sus cadáveres como nosotros, y viviendo sobre el terreno terciario claro está que sus sepulturas se habian de internar en él algun tanto.

Por eso, aunque supusiéramos contra toda probabilidad ser verdaderas obras de industria los pedruscos hallados por el ábate Bourgeois en el terreno terciario de Thenay, nada se seguiria en contra de la cronología vulgar, porque el mencionado terreno ha sido formado con el acarreo de las aguas, por confesion del mismo Bourgeois, y éstas han podido dejar en el fondo del banco acarreado lo que habian tomado de la superficie [1]. Ciertamente, Mr. Dally, el más incrédulo de los antropólogos, como le llama Moigno [2], no ha dudado en escribir á propósito del hallazgo del abate Bourgeois: " Parece que en Inglaterra se ve en los pedernales tallados una tendencia al papismo. " Y con razon; porque la edad fabulosa que señalan al hombre terciario los secuaces de la prehistoria es absolutamente increible; por donde, si alguna vez se llegára á probar que, en efecto, el hombre ha vivido en el terreno terciario, lo cual no se ha demostrado todavía, en lugar de envejecer al hombre, habria que remozar al sobredicho terreno. Y esto es lo que ha hecho sapientísimamente M. Chabas, al hablar de ciertos hallazgos que pretenden haber obtenido algunos en los terrenos terciarios, escribiendo las siguientes líneas: " Si estos descubrimientos merecieran confianza, sería preciso hacer subir la edad del hombre hasta la época miocena; habria sido contemporáneo del dinotherio, el más antiguo entre los colosos del reino animal; habria asistido á grandes fenómenos geológicos, tales como el levantamiento de los Alpes. Nosotros sacaríamos de aquí la consecuencia de que la época miocena es mucho ménos antigua de lo que generalmente se cree; pero todavía no hay motivos suficientes para que se pueda establecer cuestion séria sobre este terreno; es preciso esperar averiguaciones más seguras, más científicamente practicadas, sobre la tal coexistencia " [3].

Pero volvamos á los aluviones cuaternarios causados por las grandes crecidas de los rios, que es donde la cuestion ofrece mayor dificultad. Las observaciones del Sr. Rossi, de que hemos hecho

1 Véase sobre esta materia el abate Moigno *Les Splendeurs de la foi*, t. II, pág. 733 y siguientes; y Chabas, *Études sur l'antiquité historique*, pág. 560 y siguientes.

2 Moigno, *l. cit.*, pág. 746.

3 Chabas, *l. cit.*, pág. 566.

mencion más arriba, juntamente con la de los otros autores citados, y con las que todavía se pudieran aducir, arrojan una vivísima luz para conocer lo acaecido en otros ríos semejantes, á que suelen apelar los partidarios de la prehistoria. En primer lugar, en los depósitos del Nilo, que recubren el pedestal de la estatua de Ramsés II, han creido hallar un argumento suficiente para concluir que el hombre ya debe llevar, cuando ménos, 12.000 años de existencia sobre el valle del mencionado rio. Porque, dice Horner, habiendo sido erigida en Menfis la estatua de Ramsés II, segun Lepsio, hácia el año de 1360 ántes de Jesucristo, y hallándose ahora su pedestal hundido en la arena tres metros y algunos centímetros, resulta que el alzamiento secular del valle del Nilo es de nueve centímetros nada más. Por donde, habiendo sido hallados en dicho valle á más de doce metros de profundidad ciertos fragmentos de una vasija de arcilla y algunos ladrillos todavía más abajo, es claro que esta vasija y estos ladrillos fueron cubiertos por el fango de dicho rio en una edad distante de la nuestra lo ménos 12.000 años.

Lo que hay de claro en este argumento es que está basado en varias suposiciones gratuitas y aun falsas. Supone primeramente el Sr. Horner que las inundaciones del Nilo han sido siempre uniformes, y que en los tiempos pasados han dejado en el valle la misma cantidad aluvial, ni más ni ménos, que deja en los tiempos presentes, y esto es completamente falso; porque las avenidas de los ríos no tienen nada de regular, y por otra parte en los tiempos antiguos, cuando los terrenos no estaban tan lavados como ahora, y en todo el periodo cuaternario, la materia acarreada por dicho rio no pudo ménos de ser incomparablemente mayor que la de los tiempos actuales. Segun la relacion de Herodoto, el Nilo, en los nueve siglos que acababan entónces de pasar, habia levantado el terreno unos tres ó cuatro metros [1] Supone ademas que el rio siempre ha abandonado sus depósitos en todo el valle sin mezclarse en esta operacion la industria del hombre, y esto tambien es enteramente erróneo; porque los egipcios en las crecidas pequeñas lo hacian subir por medio de canales y de diques, segun cuenta Estrabon, tanto como en las más grandes avenidas, y así depositaba en el valle cada año mucho más fango del que hubiera dejado sin la direccion é industria del hombre. Supone en tercer lugar que las inundaciones llegaron siempre hasta donde estaba la estatua de

1 Herodoto, lib. II, cap. X, Traduccion de Larcher.

Ramsés II, y esto no pudo ser, porque los egipcios impedían que las inundaciones penetrasen en los lugares habitados, como la ciudad de Menfis, donde estaba la referida estatua; razon por la cual no deben repartirse los tres metros de arena que cubren el mencionado pedestal entre los 3.247 años transcurridos desde su ereccion, sinó entre los 1.400 que han pasado desde que fué destruida esta ciudad, á los 500 años de la era cristiana. Esto señala un aumento regular más del doble del que se había imaginado Horner. Aún más: 600 años bastan para este aumento, porque la misma cantidad de arena recubre el pedestal de la estatua de Ramsés II erigida en Méhahenny, y sin embargo, este pedestal estaba descubierto hace 600 años [1]. Supone, finalmente, que los fragmentos sobredichos fueron depositados por el hombre en el lugar donde han sido hallados cuando la superficie del suelo no llegaba sinó á aquella altura, y esto es enteramente gratuito, porque los tales fragmentos se han podido ir hundiendo en la tierra fangosa por su propio peso, y han podido tambien ser allí enterrados por el mismo Nilo con la fuerza de su corriente. Dice muy bien á este propósito Fergusson: " De lo dicho se infiere cuán falaces deben ser así las conclusiones sacadas de las excavaciones que se practican en los estratos de los deltas, como los cálculos fundados en los depósitos locales. Yo mismo he visto los ladrillos que formaban los cimientos de una casa edificada por mí ser arrebatados por la corriente y esparcidos á lo largo del fondo del rio, á una profundidad de 30 ó 40 piés debajo de la superficie del terreno. Posteriormente el rio se ha retirado de allí; ahora existe un nuevo pueblo en el lugar donde estaba mi casita, cuarenta piés en alto sobre sus ruinas, y todo el que quiera cavar en dicho sitio podrá encontrar en él mis reliquias, y formar la teoría que se le antoje sobre la antigüedad de las mismas " [2].

El Nilo no guarda una uniformidad tan constante en el modo de sus crecidas que no podamos sospechar razonablemente alguna muy extraordinaria de siglo en siglo, y capaz de producir efectos semejantes al presenciado por Fergusson. Aún en nuestros días se muestra á veces amenazador, y en Octubre de 1863 tomó proporciones verdaderamente desastrosas.

Considerado por una parte lo que de Egipto nos han dejado es-

1 Moigno, *Les Splendeurs de la foi*, tomo II, pág. 790.

2 James Fergusson, *Journal of the Geological Society*, pág. 327, Agosto 1863.

cian los antiguos; y por otra lo poderoso que es aún hoy día el Nilo en el valle que atraviesa su corriente, bien podemos asegurar que el comienzo del delta no sube más arriba de 5 á 6.000 años. En tiempo de Homero, la única ciudad notable era Tebas. Herodoto cuenta, como ya tengo dicho, que en 900 años subió el nivel del terreno en el valle del Nilo de siete á ocho codos, que vienen á ser unos tres ó cuatro metros. La lengua de tierra donde Alejandro edificó á Alejandría, no existía en tiempo del cantor de Troya. La ciudad de Roseta, que fué fundada hace mil años á orillas del mar, dista ahora de él ocho kilómetros. En veinticinco años ha recibido una prolongacion de dos kilómetros el cabo de esta misma ciudad.

El mismo Fergusson, cuyas palabras citábamos poco ha, resume en los siguientes términos las observaciones que acerca del Ganges hizo él mismo durante su larga permanencia en las Indias: "Largos estudios, dice, hechos sobre estos lugares, me han convencido de que todo el delta y la forma actual del valle del Ganges son de orígen muy reciente, y todas estas transformaciones han debido hacerse con mucha rapidez. Tres mil años antes de Jesucristo, el único punto habitable de la llanura de Bengala era la parte que se extiende entre el Sutledge y Jumne; hácia la época del nacimiento de Cristo no hubiera sido posible todavía edificar ciudades sinó en las colinas meridionales y al pié del Himalaya; hasta mil años despues de Jesucristo no estuvo bastante seca la llanura regada por el Ganges para que se pudiese edificar allí, á alguna notable distancia de las colinas, una ciudad como Gour; el delta propiamente dicho no se hizo habitable hasta el siglo XIV, y en el siglo pasado se dieron trazas todavía para poder aprovechar mucho terreno que ántes estaba hecho un cenagal lleno de juncos."

Los amantes de la prehistoria opondrán sin duda á la reciente formacion de este delta la del Mississipí, que al doctor Dowler le pareció antiquísima, nada ménos que de 57.007 años. En el moderno delta de este rio cerca de Nueva Orleans, haciendo unas excavaciones, ha sido hallado un esqueleto humano á diez y seis piés de profundidad, debajo de cuatro bosques sepultados en tierra y puestos uno encima de otro, segun cuentan los partidarios de la nueva escuela. Para la formacion de cada uno de estos bosques exige Vogt 14.000 años, por lo que el hombre allí enterrado debe pertenecer á una edad antiquísima. Sin embargo, la configuracion de su cráneo manifiesta que pertenece á la raza americana todavía existente de

los natchez, lo cual no ha debido influir poco en el ánimo de Lyell para que se mostrase receloso y no viese en este hecho confirmada la tésis de los prehistóricos.

Y cierto que no le faltaban razones para ello; porque es cosa sabida que este formidable rio en sus avenidas arrastra montes enteros de árboles, los cuales naturalmente han de ir á depositarse en la embocadura del mar, donde suelen formarse los deltas. En el Mississipí desembocan sus aguas otros rios de mucha consideracion, y éstos tambien llevan consigo en tiempo de grandes crecidas árboles infinitos en número; por donde con solas cuatro inundaciones extraordinarias que queramos suponer en el Mississipí, tendrémos más que suficiente para que este rio haya amontonado en su embocadura durante brevísimo tiempo los cuatro bosques que se imaginan nuestros adversarios, juntando en uno los árboles arrancados por sus aguas y los acarreados por sus afluentes en varios años á sus orillas.

Hé aquí en qué vienen á parar los cálculos fundados sobre la pura imaginacion de nuestros modernos sabios. Ya hemos visto mas arriba, citando las palabras del abate Hamard, cómo Abbot, comisionado por el gobierno de los Estados Unidos para estudiar dicho rio, de todas sus largas y diligentes investigaciones concluyó que no han pasado sinó unos cuatro mil años despues que el delta va entrando en el golfo. M. de Quatrefages todavía avanza más: apoyado en las tradiciones de los americanos, sacadas por el abate Brasseur de los libros sagrados de los quiches ó conservadas por Heckewelder, y comparadas con los hechos de la historia mejicana, sostiene que los pieles rojas no llegaron al Mississipí sinó entre los siglos VIII y IX de la era cristiana, viniendo despues más tarde á este mismo lugar las tribus algonquinas é iroquesas, las cuales atravesaron el valle del mencionado rio, echaron de allí al pueblo cuyos singulares monumentos forman hoy dia el estudio de los sabios, y avanzaron hasta la costa, y áun mucho más hácia el Sud, sin tener que combatir con nadie porque la region estaba desierta y ellos eran sus primeros moradores[1].

Si los depósitos de algun rio nos pueden servir de verdadero cronómetro para medir el tiempo que han debido pasar los hombres sobre la tierra, estos son ciertamente los estudiados por el ingeniero Kerviler en los aluviones de la ensenada de Penhoüet, en la des-

1 De Quatrefages, *L'espèce humaine*, cap. XVIII, núm. 5, pág. 153-154.

embocadura del Loira. Por dos métodos diferentes llevados con suma exactitud ha llegado á unas mismas conclusiones, hallando en los aluviones dichos la edad reciente de los hombres que en los tiempos pasados han visitado las riberas del mencionado rio. El depósito fangoso del valle de Penhoüet, al revés de lo que suele suceder en los aluviones de otros rios, presenta una serie de capas horizontales colocadas unas sobre otras. En una de estas capas, sita á unos cuatro metros debajo de las bajas mareas actuales, halló el citado ingeniero una gran multitud de objetos pertenecientes á la edad de bronce, como son ciertas armas de este metal, cuernos de ciervo trabajados, piedras de fondeaderos, vajilla de barro, huesos de buey, caballo, ciervo, carnero, etc. Haciendo nuevas excavaciones halló á 4^m una hacha de piedra pulimentada con su mango mismo; á $4^m,50$ una espada pequeña de bronce; á 5^m otra hacha de piedra pulimentada, encajada como la precedente en una vaina de cuerno de ciervo con mango de madera; á 6^m un manubrio de cuerno de ciervo para sostener el hacha y manejarla sin necesidad del mango.

Felizmente, para determinar el tiempo que habia empleado el rio en la deposicion de todas estas capas, halló varios objetos de la edad galo-romana en una capa situada $2^m,50$ encima de la otra que dijimos pertenecer á la edad de bronce, y entre ellos una medalla de Tétrico, quien tomó la púrpura en Burdeos el año 268 y voluntariamente se entregó al emperador Aureliano el año 275. "La capa galo-romana, escribe el ilustre ingeniero, se hallaba por consiguiente datada, y se podía concluir de ella que á mediados del siglo III de nuestra era el fondo de la bahía de Penhoüet estaba situado lo ménos un metro más abajo que las bajas mareas actuales... constando además que los seis metros de fango que existen encima de la capa galo-romana han empleado 16.00 años en formarse. Esto da por cada siglo una capa de aluvion de $0^m,37$ de espesor." [1].

Con esto ya tuvo los datos suficientes para demostrar con la más severa lógica que la sobredicha capa de la edad de bronce databa del siglo V anterior á nuestra era, y la pequeña espada del VI; no encerrando, por consiguiente, la edad de bronce en Saint-Nazaire más que 2.500 años.

"Mas ¿qué probabilidad próxima á la certeza—prosigue el mis-

1 Kerviler, *Le chronomètre historique de Saint-Nazaire*, publicado en la *Revue des questions scientifiques*, Janvier 1881, pág. 29.

mo autor—no se podria obtener si se llegase al mismo resultado por un método absolutamente diverso? Una feliz casualidad vino á principios del año 1877 á proporcionarme esta confirmacion. Recorriendo un dia el perímetro de la cantera en compañía de un arqueólogo muy conocido, M. du Chatelier, llamóme la atencion el aspecto del corte vertical del terreno fangoso, que, en lugar de ser liso y homogéneo, presentaba señales evidentes de estratificaciones regulares y muy unidas entre sí. Los estratos eran horizontales, y parecian tener 0m,003 de espesor...

„Un estudio atento me permitió reconocer que cada estrato se compone de tres hojas ó elementos, que se suceden siempre en el mismo órden: arena, arcilla, restos vegetales. Las capas de arena son las que varian más en espesor. Las pequeñas capas de vegetales compuestas de hojas, y sobre todo de restos herbáceos, indican el depósito anual del otoño y forman la superficie aisladora. En el intervalo la arena y la arcilla se separan por la densidad. Así, el espesor del conjunto de estas tres capas, que varía (en las profundidades de 6 á 7 metros) entre 0m,001 y 0m,005 (salvo los casos extraordinarios de depósitos arenosos), representa un depósito anual y regular; y el conjunto de 100 grupos de tres capas varía de 0m,33 á 0m,37. Se puede, por consiguiente, sin temor de equivocarse, señalar un espesor secular medio de unos 0m,35 á los aluviones que han llenado la ensenada de Penhouët y decir con seguridad:

„1.º Que en el siglo VI ántes de nuestra era estaban en uso todavía en la embocadura del Loira las hachas de piedra bruñida encajadas en el hueco de un cuerno de ciervo, y puestas en un mango de madera.

„2.º Que la introduccion del bronce en esta region data del siglo VII, esto es, de hácia los tiempos de la fundacion de Roma.

„3.º Que mil años ántes de nuestra era se usaban hachas de piedra pulimentada mucho más primitivas que las precedentes.

„Debo añadir que se ha podido proseguir la observacion exacta de la estratificacion abriendo al efecto un pozo de 30 metros de espesor total, es decir, hasta unos cuarenta siglos ántes de nuestra era...

„Tomando en cuenta la compresion inferior que daria un espesor secular medio de 0m,33 por siglo, se ha llegado á fijar en un máximum de seis mil años ántes de nuestra era el principio de los aluviones modernos del Loira, y por consiguiente, del período geológico actual. Este límite de data se aproxima mucho á la su-

putacion bíblica tradicional, á las cifras de Manethon y al mínimo indicado por M. Arcelin, estudiando los aluviones del Saona.

¡Qué triunfo éste para la cronología comun y vulgar! Los prehistóricos han bramado de rabia contra los razonamientos de Monsieur Kerviler, llenando de injurias á su autor; pero estos razonamientos han quedado victoriosos, sin tener quien los pueda debilitar ni aun lo más mínimo.

Al argumento de los deltas añade la nueva escuela otros fundados en las habitaciones lacustres, bautizadas con el nombre de *palafites*, en los conos de deyeccion de los torrentes, en los depósitos de turba, en las estalagmitas y estalactitas de las cavernas y en otras cosas semejantes; las cuales, á su parecer, han debido emplear un tiempo inmenso en su formacion lenta y sucesiva. Pero todos ellos son de levísimo peso.

Las habitaciones lacustres son pequeñas casas edificadas sobre estacas, que se hallan clavadas en el fondo de los lagos. Varias de estas habitaciones fueron halladas en Suiza y en otras partes, juntamente con algunos instrumentos de piedra; lo cual ha bastado á nuestros sapientísimos arqueólogos para fabricar en su fantasía un mundo de infinita duracion. Las habitaciones lacustres, sin embargo, por sí mismas nada dicen con relacion á la antigüedad del hombre: Herodoto [2] habla de un pueblo construido de este modo en la Tracia, sobre el lago Prasias, y todavía estaban en uso el siglo pasado en Suiza, segun Keller [3]. Por eso han recurrido á calcular el tiempo que se habrá debido pasar para que se fuesen retirando de ellas los lagos á la distancia en que hoy se encuentran; pero nada han podido todavía averiguar: todo se ha reducido á meras conjeturas, como lo había predicho ya Rütimeyer, profesor de Basilea, en Suiza [4].

La suputacion hecha sobre el cono de deyeccion del Tinière en el lago de Ginebra, es la que ha podido hacerse con más fundamento. El Tinière es un riachuelo que entra en el lago sobredicho, y que ha formado en una de sus riberas, con sus aluviones torrenciales, un cono de varias materias amontonadas confusamente. Este cono ha debido ser cortado para la construccion de una vía férrea: debajo de tres diferentes pisos, á una profundidad de 19 piés, se

1 Kerviler, *loc. cit.*, pág. 31-33.
2 Herod., lib. v, cap. vi.
3 Moigno, *Les splendeurs de la Foi*, tomo ii, pág. 863.
4 *Die Fauna*, etc., pág. 239.

han hallado vasijas muy bastas, carbon y algunos huesos de animales fracturados. Morlot calculó que la deposicion de todos estos objetos en aquel lugar debe datar cuando ménos de hace siete mil años. Pero Rütimeyer la cree de data más reciente, fundándose en que los animales cuyos huesos han sido allí depositados en nada difieren de los actuales. Vogt tiene por muy dudoso el principio de donde parte Morlot para sus cálculos, á saber: que el primero de los tres pisos dichos se remonte hasta el tiempo de los romanos, con lo cual quedaen el aire el valor de todo el argumento. Además, la regularidad en la formacion de los depósitos no es posible en un torrente formado por las lluvias, nieves y deshielos, cual es el Tinière. Un torrente de esta naturaleza puede en un solo día acarrear más materiales que un rio regular en muchos siglos.

Por eso Quatrefages ha acudido á los depósitos formados por el Ródano en el lago Leman, adonde entra muy turbio en las crecidas, saliendo despues con aguas muy clarificadas. Pero aquí tampoco se ha podido obtener un cronómetro seguro. Forel por una parte y Arcelin por otra han procurado hacer este cálculo, pero sus resultados han salido muy contradictorios.

Otros han apelado á las materias diluviales halladas en las cavernas, donde han aparecido huesos ó utensilios humanos, enterrados juntamente con huesos de animales, cuyas especies se hallan actualmente extinguidas, y cubiertos con una gruesa capa de estalagmitas, para cuya formacion creen que ha sido necesaria una multitud innumerable de siglos. Sobre todo la caverna de Kent, en Inglaterra, ha metido un ruido incalculable, deduciendo de ella los amantes de la prehistoria que el hombre ya vivía en aquella isla hace 264.000 años. Sin embargo, la poca consistencia del argumento basado en esta clase de lugares es reconocida por los buenos geólogos. "Los resultados de las excavaciones ejecutadas en las cavernas, dice Hamy[1], no tienen generalmente el valor demostrativo de las observaciones recogidas en los aluviones estratificados. La ausencia de relaciones geológicas ciertas en el mayor número de estas cavidades, entre el depósito osífero y los que le han precedido ó seguido en la sucesion de los tiempos; las dificultades que surgen cuando se trata de determinar las condiciones en que fueron abandonados allí aquellos objetos; la posibilidad de que hayan sido despues removidos, sin que esto sea fácil de averiguar, son la causa del desfavor en que

[1] *Précis de paléontologie humaine*, pág. 112.

se hallan hace ya mucho tiempo las investigaciones de las grutas y del poco crédito que todavía prestan algunos naturalistas á los descubrimientos en ellas practicados.

Todos los naturalistas saben que las capas de estalagmitas se deben á la accion del agua, que se carga de ácido carbónico al pasar por el carbonato de cal. Donde, pues, abunden estos tres elementos, es claro que al gotear del agua en las bóvedas de las grutas se ha de seguir naturalmente la formacion de estalagmitas poderosas en el suelo que la recibe. Grutas hay actualmente en el mundo donde, por esta razon, se forman con rapidez maravillosa grandes depósitos de carbonato de cal. La caverna de Kent, en el estado presente, tarda mucho en formarle, por carecer de la abundancia que en otros tiempos poseia; y así, los defensores de la grande antigüedad del hombre se han prevalido del argumento sofístico que este hecho les presenta, logrando hacer ruido en presencia de la multitud ignorante. Mas es cosa manifiesta que sus cálculos son absolutamente nulos, como fundados en una suposicion meramente gratuita y aun contraria á la realidad de los hechos. Suponen los tales que en los tiempos anteriores al nuestro la formacion de las estalagmitas procedia allí con la misma lentitud que al presente, cuando la misma posicion del terreno está clamando todo lo contrario. En efecto, en la actualidad falta el bosque que en los tiempos pasados existia sobre la caverna dicha, y por lo mismo no se puede formar el ácido carbónico con aquella abundancia de entónces, debida á la incesante putrefaccion de los muchos vegetales que allí se criaban. Resulta, por consiguiente, que el agua del suelo, al descender á la roca, no va ya cargada de ácido carbónico, y así cae de la bóveda sin descomponer el carbonato de cal.

En los tiempos antiguos abundaban el ácido carbónico y el agua, porque ambas cosas eran en grande cantidad suministradas por el frondoso monte que se extendía sobre la cueva, y por tanto se producian las estalagmitas con la misma rapidez con que hoy se producen en otras partes. Luego falsísimamente se infiere del tiempo que se necesita en la actualidad para la formacion de una capa incrustante en la sobredicha caverna, el que debió trascurrir en circunstancias enteramente diversas para la produccion del mismo efecto. El mismo raciocinio podemos aplicar á otra gruta cualquiera. Para probarnos algo los geólogos sobre esta materia, deben demostrarnos primero que las circunstancias locales en la formacion de las estalagmitas han sido siempre las mismas. Si bien

se advierte, en todos sus raciocinios siempre parten del principio gratuitamente establecido y nunca probado, de que los agentes naturales han obrado en todos los tiempos y lugares de la misma manera y con la misma intensidad. Como esto es absolutamente necesario para su ciencia y no lo pueden probar, por eso siempre lo suponen; mas lo que debieran hacer es convencerse de que la Geología, en esto de servir de cronómetro histórico á la evolucion del género humano, tarde ó nunca podrá salir con su intento, por serle imposible partir de un principio estable y científicamente demostrado.

No es de mayor consideracion el argumento que oponen recurriendo á cierta clase de objetos que se encuentran en los turbales, algunas veces á diez metros de profundidad. La nueva escuela afirma con mucha solemnidad que depósitos de esta especie requieren para su formacion muchos miles de años; pero funda todos sus cálculos en el aire, porque nadie sabe todavía de fijo cómo se produce la turba, y consta por otra parte que en algunos lugares se ha formado en muy poco tiempo. En una laguna de Escocia fué hallada una marmita romana en un turbal, á ocho piés de profundidad. En las lagunas de Hatfield y en otras partes se encuentran las calzadas romanas cubiertas con dos metros de turba; hasta hachas romanas se han hallado debajo de esta materia cenagosa clavadas en los árboles. En Groninga recogieron una medalla del emperador Gordiano bajo un turbal de treinta piés de espesor. Así es que Lyell no duda en afirmar en sus *Principios de Geología* que *todas las armas y utensilios hallados en los turbales de Francia y de la Gran Bretaña son romanos.* Y añade: "Hemos averiguado que la destruccion de un bosque por una tempestad á mediados del siglo XVII dió orígen á un turbal en Lochbroon, en el Ross-shire, y que los habitantes extraian de allí la turba cuando todavía no había transcurrido medio siglo despues que fué derribado el bosque."

Por otra parte, la turba á veces se halla en un estado líquido, y permite á los objetos pesados llegar hasta el fondo; otras se solidifica y resiste áun á las piedras, conservándolas en la superficie. Nada, por consiguiente, se puede sacar en claro para la cronología con la sola consideracion de los objetos hallados en el fondo de los turbales. Una clase de éstos, sin embargo, llamada por los geólogos *skovmoser*, ó turbal de los bosques de Dinamarca, podria ofrecer alguna dificultad. Consisten estos turbales en unas pequeñas excavaciones de unos diez metros de profundidad, con un depósito de

turba en el fondo. El agua ha llenado estas cavidades, y como se hallan en medio del bosque, los árboles han ido creciendo á sus orillas, y despues, por la fuerza de las lluvias y de otros agentes de la naturaleza, han sido precipitados en el fondo de las mismas. Por la clase de árboles caidos se ve que tres distintas generaciones de flora se han sucedido unas á otras. Como en lo más hondo se encuentra una turba fangosa y amorfa de un metro de espesor, y debajo de ella aparecen instrumentos de la industria humana, y por otra parte, la formacion de las tres faunas diferentes requiere bastante multitud de años, han concluido de aquí algunos geólogos que el hombre en Dinamarca debe contar una antigüedad excesivamente dilatada.

Este argumento, empero, flaquea, como todos sus compañeros, por la parte del tiempo que se exige *gratuitamente* y contra los hechos de la experiencia para la formacion de las tres faunas dichas. El P. Haté [1] hace un extracto de un artículo de M. Oscar Leclerc-Thouin, publicado en la *Maison Rustique du XIX siècle*, tomo I, cap. X, *des assolements*, donde se citan fenómenos de esta misma especie verificados en estos últimos tiempos en muy corto número de siglos. Así es que el mismo M. Steenstrup, defensor de la doctrina prehistórica, no se atreve á dar á esta clase de turbales más que cuatro mil años de duracion; lo cual, sin embargo, tambien se podria discutir, pudiendo bastar menor número de siglos para la renovacion de las faunas mencionadas.

Tambien han apelado nuestros modernos historiadores á otros fenómenos que sería largo de enumerar, pero cuya fuerza demostrativa en órden á la tésis de estos escritores es tan débil como la de los hechos ya presentados. Las innumerables conchas de ostras, por ejemplo, halladas en Suecia y Dinamarca sobre las costas del mar, juntamente con algunos instrumentos de piedra, si algo prueban en órden á la edad del género humano, más bien parece que deben considerarse como favorables á la cronología vulgar que contrarias á ella, al revés de lo que se figuran nuestros adversarios. Tan enorme multitud de conchas recogidas por el hombre no puede concebirse sin un pueblo muy numeroso, que viva en comunidad y carezca de aficion al aislamiento, propio de los salvajes. La razon en que funda Lyell la suma antigüedad de estos bancos de concha es rechazada por Vogt, el cual á su vez trae otra que no es mucho

[1] *Études religieuses*, Agosto de 1874, pág. 231, nota.

más valedera por cierto. Este naturalista sostiene que debe ser muy grande la antigüedad de los referidos bancos, porque, entre otros huesos de animales, aparecen tambien allí los del gallo silvestre; linaje de ave, que ya hace muchísimo tiempo debió haber desaparecido de aquellos lugares con la extincion de los abedules, cuyos tiernos renuevos le suministran el alimento en la primavera. En primer lugar, este ave, que todavía no ha desaparecido del globo, no sólo come los sobredichos renuevos, sino tambien otras muchas cosas [1], y por consiguiente, no hay razon para afirmar que la falta de los abedules le haya ocasionado la muerte en Dinamarca. Además, aunque en los tiempos históricos de esta region no broten árboles de esta especie, bien pudieron haber brotado en tiempos anteriores, cuando Dinamarca estaba sepultada en el salvajismo, y reinaba la civilizacion en Egipto y en varios pueblos de Oriente, tiempo que dista mucho de pertenecer á la imaginada antigüedad de nuestros prehistóricos.

Toda esta multitud de hechos geológicos que citan en favor de su tésis los partidarios de la nueva escuela, y otros varios que se pudieran todavía alegar, quedarán siempre sin valor alguno en órden á la prehistoria, constándonos por una parte que la época actual, no sólo sigue inmediatamente á la cuaternaria, mas tambien es una verdadera continuacion suya, segun se desprende de los fenómenos del globo terrestre, y siendo de mucha consideracion los efectos que aun en los tiempos históricos de la misma han sido producidos por los agentes de la naturaleza. Esta continuacion de entrambas épocas, unida á la magnitud de los fenómenos realizados en la segunda de ellas, áun en tiempos sumamente recientes, nos está diciendo á grandes voces que estos últimos son el remate de los primeros, y que por consecuencia, no puede ser muy grande la distancia que debe mediar entre unos y otros. Indiquemos algunos de estos fenómenos, pertenecientes á la época actual. El golfo de Botnia, que en tiempos pasados estaba unido al mar Blanco, ahora se halla separado de él por una grande extension de terreno, merced al levantamiento gradual de esta region, que todavía continúa en su movimiento ascendente de un centímetro por año, y aún más en algunos lugares, segun consta de observaciones practicadas con gran diligencia. Miéntras tanto, en estos últimos cuatro siglos se han

1 Véase *La Creacion, Histor. nat.*, tomo IV, pág. 179 y siguientes. Barcelona, 1872-1876.

ido abajando gradualmente las costas de la Groenlandia en una gran extension de terreno.[1] Los estudios de M. Moreau de Jonnes [2] han hecho ver cómo la mar juntaba á Sebastopol con San Petersburgo, y cubria las estepas de la Rusia en tiempos tan recientes, que fueron denominadas las aguas de esta vasta extension con el nombre de *Océano Escitico* por los hombres que las conocieron. Con sólo cincuenta centímetros que se haya levantado allí el suelo cada siglo, ó sea medio centímetro cada año, ya tendremos realizada la separacion de los dos lugares sobredichos, tal como se encuentra al presente, en el espacio de tres mil años. Es decir, que no concediendo al levantamiento gradual de esta region sinó la mitad del correspondiente al golfo de Botnia, mil años ántes de nuestra era el inmenso espacio comprendido entre las dos mencionadas ciudades estaba cubierto por las aguas. Las tradiciones en esto se hallan en perfecta armonía con las observaciones directas. Las practicadas por el capitan de Estado Mayor, M. Roudaire, demuestran que, en África, la cuenca de los chotts [3] no es sinó un sumidero de aguas, excavado por el viento, que ha arrebatado de allí las arenas tostadas por el grande ardor del sol, transportándolas al Mediterráneo ó al Océano. «Si se dejára á esta causa obrar, escribe Chabas á este propósito, sin contraponerle otras por medio del riego y de la cultura, en algunos centenares de años se verian formados con ella grandes mares sobre el continente africano. El fondo de estos nuevos mares ofreceria probablemente á los arqueólogos venideros problemas bien dificultosos si no quedára algun recuerdo acerca de su reciente formacion.»[4]

En Holanda, los movimientos del suelo han hecho que la mar se haya apoderado del territorio comprendido entre Wieringen y Medemblick, el cual era ántes un dilatado bosque, bañado por un rio que entraba en la mar cerca del Texel. Todo este gran fenómeno se produjo en el siglo XIII, entre los años 1205 y 1282.

En los diez y seis siglos que median entre el emperador Severo y nosotros, el territorio de Puzzolos, en Italia, se ha abajado lo ménos veintitres piés, y vuelto á subir otro tanto, como lo prueban los agujeros producidos por un molusco llamado *modiola Lithophaga*

1 Pozzy, *La terre*, etc., pág. 10.

2 Moreau de Jonnes, *Géographie préhistorique de l'Europe.*

3 Los chotts son unas lagunas fangosas, cuyas aguas tienen poca profundidad.

4 Chabas, *Études sur l'antiquité*, etc. *Stations préhistoriques*, pág. 555.

en las tres columnas todavía subsistentes del antiguo templo de Júpiter Serapis, restaurado por el sobredicho Emperador en el segundo siglo de la era cristiana. Estos animalillos no viven sinó en la parte más alta del mar, por donde, habiendo sido taladradas por ellos las mencionadas columnas á una altura que ahora se encuentra á veintitres piés sobre el nivel del mar, es claro que éste ha subido y bajado, durante el tiempo dicho, toda la altura comprendida entre la base y los agujeros más altos de las columnas; pues no es de creer que el templo fuera edificado en un principio dentro de las aguas, así como tampoco es probable que el emperador Severo, al restaurarlo, hubiera dejado con sus agujeros las columnas, si éstas se hubieran hallado perforadas á la sazon.

En 1707 apareció en el mar, cerca de la isla de Santorin, una isla que tenia cinco leguas de circunferencia y cuarenta piés de altura. En 29 de Setiembre de 1755, la montaña de Jorullo, en una superficie de cuatro millas cuadradas, fué vista por los habitantes de Méjico levantarse en forma de cúpula, entre el estruendo horrible de los fuegos subterráneos, á una altura de 1.670 piés, que todavía conserva; alrededor de toda la nueva montaña salian llamas en una extension de varias millas, y la superficie de la llanura subia y bajaba como las olas de un mar alborotado [1].

Tolentò, del país de Leon, duerme bajo las olas en la embocadura del Aber-Urach; las ruinas de Occismor yacen olvidadas á seis kilómetros de Lesneven, é Is, la Babilonia bretona, expia en el fondo de la bahía de Douarnenez la vida licenciosa de sus habitantes; una ciudad gala, habitada todavía en tiempo de los romanos, está ahora sepultada á la entrada del Paso de Calais, en un lugar invadido por la mar en las altas mareas [2].

En el monte Dol han tenido lugar fenómenos semejantes durante la era cristiana, como lo demuestra el abate Hamard [3].

En Gibraltar, el antiguo templo de Hércules está hoy dia cubierto por las aguas. En Italia, las partes cercanas á Gaeta se han abajado 9 metros en el discurso de nueve siglos, y se han levantado 6m,70 durante seis, como consta de las observaciones practicadas sobre estos lugares en todo este espacio de tiempo [4].

1 Pozzy, *La terre*, etc. *Exemples de soulevement*, pág. 9-10.
2 Chabas, *loc. cit.*, pág. 556.
3 Hamard, *Études critiques*, etc.
4 Id., *ibid.*, pág. 29 y siguientes.

El año 1881 el estrecho comprendido entre Tcheame y Chio se levantó en el espacio de algunas horas nada ménos que 30 brazas[1].

A todos estos fenómenos geológicos hay que añadir otro de gravísima importancia en la cuestion que vamos tratando, porque nos enseña muy á las claras con cuánta cautela deben ser recibidas las mismas indicaciones estratigráficas, que son las que más confianza suelen inspirar á los geólogos prudentes. El fenómeno consiste en que los instrumentos industriales tenidos por prehistóricos se encuentran á veces en la misma superficie del suelo ó en terrenos muy poco profundos, y, por el contrario, los verdaderamente históricos aparecen en capas sumamente profundas. Dice muy bien M. Chabas á este propósito: "Si hemos hallado á millares los utensilios considerados como prehistóricos en la superficie del suelo de las estaciones ó en capas sumamente someras, se hallan tambien á profundidades considerables multiplicados restos de la época romana y áun de tiempos más modernos. En el recinto que constituye el peribolo del templo de Éfeso, ha hallado Mr. Wood, á seis metros de profundidad, restos de sepulturas colosales; el camino que conducia de la ciudad al templo estaba cubierto con cuatro metros de tierra.

„En el promontorio meridional de Santorin, llamado *Acrotiri*, han aparecido, bajo una capa de pepeetino que no tenía ménos de 20 y 30 metros de espesor, habitaciones dadas de cal, y luégo pintadas encima de encarnado muy subido, vasijas delicadamente trabajadas, y una sierra de bronce„[2].

Todo esto no data sinó del primer milenario ántes de nuestra era, lo cual nos puede dár alguna idea sobre lo que ha sido, áun en la época histórica, el poder de la accion volcánica que obra áun en nuestros dias con tan grande fuerza en el Nebraska y en Montana, donde los *geysers* lanzan torrentes de fango que se transforma en hermosa creta silicatada.

El hombre ha vivido durante todo el período cuaternario: esto es ya un hecho indubitable; pero no significa en manera alguna que haya vivido durante centenares de millares de años. En presencia de la eternidad, los siglos no son nada; para el hombre que obra, cien años son una porcion de tiempo considerable, y con la actividad á las veces fecunda y nutritiva de la naturaleza, mil años pueden encerrar en su seno grandes cambios. Así, nadie debe extrañarse

1 *Univers* de 15 de Abril de 1881. — *Dernières nouvelles.*

2 *Compte-rendu du Congrès préhistor.* Bologne, pág. 342.

de ver al Sr. Rossi, cuya autoridad en semejantes materias no puede ser puesta en duda, emitir la opinion de que, al llegar Eneas á Italia, el Tíber no desembocaba todavía sinó en su valle cuaternario, y no directamente en la mar „ [1].

“ Hé aquí, concluye el referido autor, el estado cuaternario, la época aluvial descubierta científicamente en el octavo siglo antes de nuestra era. Más allá de esta data, las exigencias históricas que al principio de esta obra hemos expuesto *(pero que con razon no admiten otros sabios, segun lo que dejamos indicado al principio de este capítulo)* nos dejan todavía más de siete mil años de márgen, y la cronología bíblica, en su cómputo más estrecho, tres mil años despues de aparecido el hombre sobre la tierra. ¿Está acaso bien demostrado que alguna de estas cifras es insuficiente? Nosotros no lo creemos así; los progresos llevados recientemente á cabo en la ciencia prehistórica han reformado ya notablemente las opiniones exageradas de los que han sido los primeros en este género de investigaciones; los nuevos progresos, con los cuales se puede contar de seguro, acabarán esta reforma „ [2].

Estos progresos ciertamente no han faltado, y entre otros los estudios del abate Hamard, citados por nosotros tantas veces en este capítulo, contribuirán no poco á derribar por el suelo el castillo de naipes levantado en el aire por los secuaces de la prehistoria.

1 Chabas, *Études sur l'antiquité historique*, pág. 558-559.

2 Idem, *l. cit.*, pág. 559-560.

CAPÍTULO XXXII

PROSIGUE LA MATERIA DEL CAPÍTULO PRECEDENTE. EXAMÍNANSE LOS ARGUMENTOS ARQUEOLÓGICOS DE LOS PREHISTÓRICOS.

Pasemos ahora á examinar el segundo argumento de estos señores, tomado de la Arqueología. Toda la fuerza que le atribuyen sus autores se halla en las siguientes palabras de Bucher de Perthes: " Cualquiera que sea el número de siglos en que se oculta un pueblo, hay un medio para interrogarle y conocer cuáles han sido su talla y su inteligencia: este medio consiste en medir su obra. „ De aquí infieren que, examinando la estructura de los instrumentos artísticos fabricados por los antiguos y conservados hasta nuestros dias, podremos averiguar á qué grado de civilizacion llegó cada uno de ellos y por qué camino fué subiendo el género humano al grado de perfeccion que presentan los pueblos históricos del globo. Porque es de saber que, como ya tenemos indicado más arriba, los defensores de la prehistoria proceden en el supuesto de que el estado primitivo y natural del hombre es el salvajismo; lo cual no podía ménos de ser así en la hipótesis darwinista, por casi todos ellos defendida, de ser el hombre una simple bestia perfeccionada. Así, se esfuerzan en probar por toda suerte de argumentos que los hombres fueron saliendo poco á poco, con el proceso de los tiempos, de su rudeza é ignorancia primitivas, y pasaron en todas partes, generalmente, por diferentes edades sucesivamente más perfectas. La escuela danesa no pone sinó tres distintas edades, que marcan otros tantos grados de civilizacion: la edad de la piedra, en que los hombres no conocian todavía los metales; la edad del bronce, en que ignoraban la manera de sacar el hierro; la edad, finalmente, del hierro, en que ya llegaron á inge-

niarse para hacer uso de este metal. La escuela francesa no se contenta con tan poca cosa: en la primera de estas tres edades vuelve á hacer otras nuevas divisiones para que el género humano proceda con más lentitud en el camino de sus progresos. La edad de la piedra la divide en primer lugar en *paleolítica* y *neolítica*, representando con la primera los tiempos más antiguos, y con la segunda los más recientes de la misma [1]. La paleolítica nuevamente la subdivide en otras cuatro, cada una de las cuales indica un modo particular que los hombres tenían de arreglar los instrumentos de piedra, único que conocían á la sazon, y en el cual está representado el grado de civilizacion de aquella época. Cada una de estas divisiones y subdivisiones contiene, en la doctrina de estos arqueólogos, un período de tiempo sumamente largo y distinto de todos los otros; de suerte que solas ellas, sin tomar en cuenta para nada la edad del bronce ni la del hierro, representan una série de siglos inmensa, y mucho mayor, por consiguiente, de lo que se la han imaginado hasta ahora los hombres de la cronología vulgar y comun. M. Mortillet, que es quien guía los escuadrones en esta escuela *arbitraria*, ha sido el inventor de estas subdivisiones. El abate Hamard nos ha dado un resúmen de toda esta doctrina, reduciéndola, para mayor claridad, á un cuadro sinóptico, que nosotros ponemos á continuacion:

1 *Paleolítica* es un nombre griego compuesto de παλαιὸσ, *antiguo*, y λίθοσ, *piedra*; la palabra *neolítica* asimismo se deriva de νέοσ, *nuevo*, y λίθοσ, *piedra*.

CUADRO ARQUEOLOGICO DE LAS GALIAS, SEGUN M. DE MORTILLET.

Edades.	PERÍODOS.	ÉPOCAS.	CARACTÉRES DISTINTIVOS.
	Eolítico ó terciario.	1 De Thenay (Loira y Cher)...........	Pedernales cascados por medio del fuego con pequeños retalles.
PIEDRA.	*Paleolítico, ó de la piedra tallada.*	2 De Saint-Acheul. (Soma). (Cuaternario)............	Industria reducida casi exclusivamente á un instrumento de pedernal de forma almendrada, llamado hacha de Saint-Acheul.
		3 De Moustier (Dordoña)..........	Forma más variada: raspadores más ó ménos grandes, puntas retalladas de un solo lado y áun de un solo extremo.
		4 De Soloutré (Saona y Loira)..........	Puntas de pedernal en forma de hojas de laurel, retalladas por los dos lados y en las dos extremidades; cabos de flecha en forma de peson.
		5 De la Madeleine (Dordoña).......	Gran desarrollo de hojuelas de pedernal; *aparicion de los instrumentos de hueso* y de cuerno de reno; flechas dentadas.
	Neolítico, ó de la piedra pulimentada.	6 De la Robenhausen (Zurich) ó de los *dólmenes*........	Hachas pulimentadas de rocas diversas; introduccion de la vajilla, muy basta á la sazon, hecha á mano, muy mal cocida; grutas sepulerales artificiales; primeras habitaciones lacustres.
BRONCE.	*Del bronce*.......	7 De Morges (Vaud).	Aparicion del bronce; objetos simplemente fundidos; hachas toscas; espadas cortas.
		8 De Larnaud (Jura).	Objetos martillados; flechas aladas y embutidas en un mango; grandes espadas; aparicion de la cruz como emblema.
HIERRO.	*De los túmulos*....	9 De Hallstatt (Austria superior)........	Aparicion del hierro; vasos de forma etrusca; aparicion de las hebillas, rodetes y navajas de afeitar de bronce; grandes espadas de hierro; túmulos.
	Galo...........	10 De la Marne.......	Aparicion de las monedas; espadas de hierro; tijeras; navajas de afeitar de hierro; vajilla negra, frecuentemente con adornos.
	Romano.........	11 De Leon. (Época romana superior)...	Llegada de la industria romana á la Galia; monedas consulares y galas; inscripciones; grandes monumentos; vajilla fina.
		12 Del campo Doliente (Sena y Oise). (Época romana superior).........	Decadencia del arte y de la industria; vajilla ménos fina que la anterior; monedas toscas.
	Merovingio......	13 De Waber. (Paso de Calais). (Época franca).........	Industria romana reemplazada con otra enteramente nueva; vasijas de pequeña dimension, hebillas con charnela; armas comunes, monedas raras, muy pequeñas y toscas.

Aquí tenemos el proceso de la civilizacion segun las ideas de nuestros modernos sabios. No se puede negar que está bellamente concebido: ni un solo punto le falta para su perfeccion; sólo que esta perfeccion es puramente ideal y fantástica, y lo que es peor, opuesta por extremo á la realidad de los hechos. Suponen, en primer lugar, estos autores sapientísimos que el hombre salió de las manos de Dios, ó mejor dicho (pues casi todos ellos son transformistas) de las entrañas del mono, en el estado de la rudeza más absoluta, considerando como una mera fábula lo que nos cuenta la Sagrada Escritura sobre el estado primitivo del hombre en el Paraíso. Pero ésta es una suposicion gratuita, y además contraria á las antiguas tradiciones del género humano. En todas ellas hallamos una misma idea fundamental, aunque transformada más ó ménos y revestida de diferentes caractéres particulares por las condiciones propias de cada pueblo, segun la cual el hombre en los dias primeros de su existencia, feliz á maravilla, vivia en amistad con Dios y recibia instrucciones de él inmediatamente; mas luégo cayó de esta sublime altura por su propia culpa, envolviendo á sus miserables hijos en su propia desgracia. Vea quien guste en Hettinger [1] los testimonios que comprueban esta universal tradicion de los pueblos, los cuales no hubieran podido convenir con tanta uniformidad en la creencia de un hecho histórico como este, si el hecho no hubiera sido verdadero. La universalidad del fenómeno revela la universalidad de su causa, y una causa universal en materia de hechos históricos no puede hallarse sinó en la misma realidad del hecho por todos universalmente creido.

Así, pues, los defensores del argumento en cuestion empiezan por suponer una cosa que forma la base fundamental de su sistema, y que nosotros no estamos obligados á admitir, ántes debemos rechazar á fuer de verdaderos filósofos, miéntras no nos demuestren que todo el género humano ha estado perpétuamente equivocado en órden al estado primitivo del primer hombre. Porque no parece muy racional que creamos más bien á cuatro incrédulos y ateos, sin pruebas de ninguna clase, que á todo el linaje humano, con quien se hallan en oposicion manifiesta; y que pensemos haber sido mejor conocidos los hechos históricos pertenecientes á los primeros tiempos por unos cuantos recien llegados, que por los pueblos y naciones de la antigüedad más remota.

1 Hettinger, *Apologia del cristianismo*, tomo III, cap. VI.

Por consiguiente, miéntras los defensores del hombre prehistórico no nos demuestren la legitimidad del punto de partida que toman para su argumento, estamos en el derecho y en el deber de rechazarlos. Tanto más, cuanto que la misma historia nos cuenta el tránsito de la civilizacion á la barbárie verificado en algunos pueblos. Buen testimonio tenemos de esta verdad en las antiguas naciones, así de Oriente como de Egipto, las cuales en otros tiempos vieron florecer en sus tierras las ciencias, las artes y la industria, y ahora vegetan en la inaccion más lastimosa. Y sin acudir á tiempos tan lejanos, la patria del famoso Aníbal rivalizó poco ántes de la era cristiana con la orgullosa Roma en civilizacion y poder, y animada más tarde con la vivificante lumbre del Evangelio supo producir hombres como Tertuliano, San Cipriano y San Agustin. Ahora yace en las tinieblas de la ignorancia bajo el peso humillante de la cimitarra musulmana.

¿Qué cosa más facil que este fenómeno? Sabido es que la civilizacion de los pueblos abandonados á sus propias fuerzas, y no socorridos de una manera especial por la benigna mano del Criador, tiene por último término la molicie; y con la molicie la corrupcion; la cual, como observa sabiamente Bonald, no necesita sinó andar un solo paso más para llegar al salvajismo. Y cierto que este paso es bien fácil de darse, una vez puestos los hombres en la pendiente de la inmoralidad asoladora. Cuando los pueblos entran en este período de civilizacion sibarítica, teniendo por norte y guía de todas sus acciones el placer y la vida de los sentidos; entónces bien pronto se desencadenan en los pechos de los ciudadanos las pasiones más aviesas, y todo el mundo desea empuñar el timon del Estado para disfrutar de los gajes y emolumentos del mando, y nadie aguanta el pesado yugo de la autoridad, y la nacion arde sin cesar en discordias civiles, y al suave cultivo de las letras suceden los rudos mandobles del sable, subiendo al trono la barbárie armada, y rigiendo desde allí con el látigo de la fuerza al pueblo convertido en un rebaño de fieras. ¿Qué sería de la infeliz Europa, en medio de la gran disolucion social que hoy dia la invade por todas partes, si no estuviera el Catolicismo de por medio sosteniéndola con su poderoso influjo, con su doctrina de órden, union y desinterés, con su sublime espiritualismo, con su caridad heróica, con su firmeza inquebrantable, con su abnegacion sin límites? Hasta los mismos protestantes juiciosos que discurren con frialdad, y ven los objetos con ojos desapasionados, confiesan ya que en este naufragio universal de ideas

y de cosas no queda otra tabla de salvacion sinó el Catolicismo. Y esto bien lo advierten los mismos revolucionarios y ateos, pues contra él exclusivamente convierten todos sus tiros, como si no hubiera otra cosa en el mundo que pueda hacer frente á sus anárquicos esfuerzos.

Por lo demas, no es la corrupcion de costumbres la única causa que pueda hacer caer á un pueblo civilizado en el estado de barbárie; la miseria é ignorancia que pudieron sobrevenir á algunos descendientes de Adan y de Noé, una vez arrojados por la emigracion á países incultos, aislados de todo centro civilizador y poco acomodados para la vida, tenían bastante poder para producir este triste fenómeno. Ahí están los habitantes de ciertas islas de la Oceanía, á quienes ha sucedido esto mismo que acabamos de observar. El espíritu aventurero los sacó del continente asiático donde reinaba la civilizacion; y luégo avanzando en el Pacífico de isla en isla, ora llevados del deseo de ver nuevas tierras, ora arrojados por alguna tempestad que los sorprendió en sus trabajos de pesca, ora lanzados á la mar en pobres piraguas por sus inexorables enemigos para ser arrastrados por la corriente ecuatorial combinada con los alisios y los monzones, llegaron á nuevas islas desiertas, donde una vegetacion exuberante y una fertilidad engañosa los decidieron á fijar definitivamente su morada. Allí, al cabo de algunas generaciones, sin otro ejercicio activo que las ocupaciones de la pesca, sin posibilidad de caza ni de cultivo agrícola, acosados muchas veces por el hambre cuando llegaron á escasear los víveres con la multiplicacion de sujetos, se degradaron de una manera lastimosa, así en lo físico como en lo moral, apoderándose la fealdad de sus cuerpos, y borrándose de sus almas muchas veces hasta las mismas tradiciones de familia. Toda vida es de importacion extranjera en aquellas islas formadas de arrecifes de coral; tanto las plantas como los animales y el hombre mismo, todo ha sido allí llevado de fuera; y sin embargo, el hombre á veces ningun recuerdo conserva de lo acontecido en otro tiempo á sus mayores, y tienen á su isla por la única parte habitada de la tierra.

"La isla lo ha recibido todo de fuera, escribe de estos isleños M. de Lapparent, refutando la idea-madre de nuestros prehistóricos, ó sea la evolucion transformista; sus vegetales son especies de un órden superior, que proceden, sin la menor duda, de granos importados por la mar ó por los vientos; las aves que vienen á pararse en sus bosques, han atravesado el Océano á fuerza de alas; entre

ellas y el salvaje que habita estas islas no hay un solo escalon, un solo tipo intermedio; delante de esta ausencia total de cuadrúpedos, áun de los antropoideos, de quienes se pueda querer derivar al hombre de estos arrecifes, los evolucionistas más furiosos no se negarán de seguro á confesar que aquí no ha podido haber sinó un caso de transmigracion, Ahora bien; este hombre tenía una patria, tradiciones, utensilios. De todo esto ningun vestigio le ha quedado. Empujado por el espíritu de aventura á un mundo desconocido, seducido al principio por la facilidad de alimentos y por el abrigo que le ofrecía una tierra vírgen todavía de todo contacto humano, ha visto despues poco á poco estrecharse su vida, y hacérsele cada vez más difícil; de generacion en generacion, el insular ha perdido hasta la nocion de todas las cosas que no se encuentran ya representadas á su alrededor; su existencia, desprovista por completo de todo lo imprevisto, así como de toda poesía, no tiene otras necesidades que satisfacer sinó las materiales; y cuando llega el instante en que el aumento de poblacion le deja entrever el peligro del hambre, el sentimiento de la *concurrencia vital*, esa poderosa palanca del transformismo, ¿le hará acaso realizar alguna maravilla? No; él buscará en el infanticidio el remedio al mal que le amenaza. „

"¡Hé aquí, sin embargo, á donde ha venido á parar este hombre por no haber guardado comunicacion alguna con el foco vivificador de donde había sido atropelladamente separado! En lugar de perfeccionarse se ha degradado, y para sacarle de este envilecimiento será preciso que se establezcan nuevos lazos entre él y aquellos que, con mejor acuerdo, no han roto jamás la cadena que les unía á lo pasado „ [1].

Con razon afirma, en vista de esto, á renglon seguido el sabio profesor de Geología de la Universidad católica de Paris, que existe una cierta analogía entre el estado de los que habitan esos arrecifes, y el de esas tribus que no nos han dejado otro recuerdo sinó los pedernales tallados y los huesos que aparecen en los aluviones y en las cavernas. "Comparemos, dice, primeramente sus situaciones respectivas: los primeros ocupan las extremidades del mundo habitable en el Pacífico, porque los *atolls* [2] forman, delante

1 Lapparent, *L'état de nature et les îles coralliennes;* artículo publicado en la *Revue des questions scientifiques* en Julio de 1877, pág. 124-125.

2 *Atoll* es una isla de forma anular, constituida por una faja estrecha de terreno, la cual separa del Océano, ya en todo, ya en parte, á una laguna interior, que más tarde, levantándose el arrecife circunstante sobre el nivel del mar, viene á convertirse en una superficie seca vestida de verdura.

de las islas propiamente dichas, una cadena avanzada, más allá de la cual solamente existen las profundidades casi insondables del Océano, pudiéndose por tanto decir de ellos que son los lugares marítimos más remotos donde puede el hombre establecerse, puesto que acaban de salir en cierto modo del fondo de la mar.

De la misma manera, ¿dónde suelen por lo regular encontrarse los vestigios de la edad de piedra? No ciertamente en los lugares donde la tradicion de los pueblos conviene en establecer la cuna del linaje humano y el teatro de los primeros albores de la civilizacion, sinó en Europa, y sobre todo en las partes occidentales y septentrionales de esta region, que es donde más abundan estos vestigios. Cuanto más pobre es un país en documentos históricos antiguos, más rico se muestra en restos de las diversas edades de la piedra. El interesante trabajo recientemente publicado por M. Arcelin en la *Revista* evidencia el hecho de que la época paleolítica, ó sea de la piedra simplemente tallada, ha dejado impresas sus huellas en Francia, España, Italia, Suiza, Alemania, Bélgica é Inglaterra; mas sobre el Asia Menor, y áun sobre la Grecia, no hay cuestion alguna. Así, bien se puede afirmar que las regiones donde ha existido la edad de la piedra tallada, formaban, alrededor de los países en que se desarrolló pronto la civilizacion, una zona exterior, una cierta especie de *aureola*, si es permitido aplicar á un cuadro tan triste un nombre de esta clase. Esta aureola retrocedia hácia el Norte á medida que iba ganando terreno la civilizacion y se hacian habitables las regiones septentrionales, apénas abandonadas por los hielos. Así, la Escandinavia, donde la época paleolítica no ha dejado vestigios, nos ofrece señales bien claras de que la edad de la piedra pulimentada ó neolítica, y la edad del bronce reinaban allí todavía, con exclusion de las otras, en los primeros siglos de nuestra era.

Esto supuesto, ¿qué cosa puede haber más natural que ver en los pueblos de la edad de la piedra, no unas tribus autóctonas que se levantan á duras penas y por grados del estado salvaje al de civilizacion, sinó á los descendientes de los aventureros, á quienes el deseo de independencia, el gusto por la caza y la aficion á lo desconocido han arrojado, como al pueblo de los atolls, fuera de los límites del mundo habitado? En los vastos bosques frecuentados por bestias salvajes que detenían hasta nueva órden el vuelo de la cultura, estos atrevidos aventureros, precursores de los cazadores americanos, han perdido poco á poco los usos de una civilizacion

cuyo yugo les pesaba. Viviendo incomunicados con el centro de su propio orígen, han debido improvisarse bien pronto una vida nueva, sin otras comodidades materiales que las suministradas por el medio ambiente donde se encontraban; el doble cuidado de buscar su alimento en la caza y pesca y de defender su vida de las bestias fieras, por las cuales se veían constantemente amenazados, es el que les ha hecho entrar en lo que llaman "estado de naturaleza." Este es el modo con que la lucha por la existencia (*struggle for life*) se impone al hombre que ha renunciado al beneficio de la grande sociedad humana, siendo para él una causa de degradacion, que no será disipada sinó con el influjo de una intervencion extranjera " [1].

Estas reflexiones de M. de Lapparent tienen tanta mayor fuerza, cuanto que, como él mismo observa en las últimas palabras que acabamos de citar, los pueblos, una vez caidos en la barbárie, no salen nunca de ella sinó cuando por una intervencion extranjera se hace prender en sus ánimos la llama vivificante de la civilizacion. Y muchas veces, y áun casi siempre, ¿qué trabajos no hay que sufrir para sacarles de este miserable estado? Porque ellos están contentos con su pobreza, y miran con desden el brillo de una manera de vivir que, si les trae grandes ventajas, tambien les es fuente de dolorosas privaciones; y si les ofrece el grande aparato y lujo de la riqueza, tambien les presenta los negros vicios é injusticias enormes de los hombres civilizados. Por eso los mejores, y áun más, los únicos civilizadores de esta clase de gentes son los misioneros; los cuales les hablan en nombre de Dios al anunciarles su propia religion, y de esta suerte logran sacarlos ante todo de la barbárie religiosa y moral en que yacen, y al mismo tiempo enseñarles las artes conducentes á los buenos usos de la vida. Así ha civilizado la Iglesia católica á todos los pueblos de América y á los del Norte de Europa, y así sigue civilizando todavía en África, Asia, Oceanía, y en todas cuantas regiones se encuentran estos desgraciados.

Es cosa tan manifiesta que el género humano no ha comenzado su existencia por el estado de salvaje, malamente llamado de *naturalesa* entre los secuaces de la prehistoria, que hasta los mismos racionalistas han visto levantarse en su propio campo filósofos que proclamen resueltamente esta verdad clarísima. Oigamos á Benja-

1 Lapparent, *loc. cit.*, págs. 125-127.

min Constant explicarse sobre esta materia: " En la cuestion de si el género humano, escribe, ha comenzado ó no por el estado salvaje, los filósofos del siglo XVIII con grande ligereza se han decidido por la afirmativa. Todos sus sistemas religiosos y políticos parten de la hipótesis de una raza reducida primitivamente á la condicion de los brutos, errante por los bosques y peleándose con ellos por el fruto de las encinas y de la carne de los animales. Mas si este ha sido el estado natural del hombre, ¿por qué medio ha logrado salir de él por fin?

„ Los razonamientos que se le atribuyen para hacerle adoptar el estado social, ¿no contienen una manifiesta peticion de principio? ¿No se mueven en un círculo vicioso? Estos razonamientos suponen ya existente el estado social: es imposible conocer los beneficios de este estado sin haber primero gozado de sus ventajas. La sociedad en este sistema sería el resultado del desarrollo de la inteligencia, miéntras que este mismo desarrollo no es á su vez sinó el resultado de la sociedad.

„ Invocar el acaso es tomar por causa una palabra vacía de sentido; el azar no triunfa de la naturaleza: el azar no há en manera alguna civilizado las especies inferiores, que, en la hipótesis de nuestros filósofos, habrian debido de hallar sus felices casualidades.

„ La civilizacion por los extranjeros deja el problema intacto. Usted me muestra unos maestros que están instruyendo á sus discípulos, pero nada me dice de los que han instruido á esos maestros: esto es dejar una cadena suspendida en el aire. Aún hay más: los salvajes rechazan la civilizacion cuando se les hace ofrecimientode ella.

„ Cuanto más próximo está el hombre al salvajismo, más estacionario se encuentra. Las hordas errantes que hemos hallado esparcidas en las extremidades del mundo conocido no han dado ni un solo paso en el camino de la civilizacion. Los habitantes de las costas que visitó Nearco son ahora todavía lo que eran hace dos mil años: entónces, como ahora, las hordas sacaban de la mar una subsistencia incierta: ahora como entónces sus riquezas se componen de huesos acuáticos arrojados á la ribera por las olas. La necesidad no les ha abierto los ojos; la miseria no los ha iluminado, y los viajeros modernos los han hallado tales como los observaba hace veinte siglos el almirante de Alejandro.

„ Lo mismo sucede á los salvajes descritos en la antigüedad por Agatárgidas, y en nuestros dias por el caballero Bruce. Rodeadas de naciones civilizadas, vecinas á ese reino de Meroe, tan conocido

por su sacerdocio, igual así en poder como en ciencia al sacerdocio egipcio, estas hordas han quedado en su embrutecimiento. Unas fijan su morada debajo de los árboles, contentándose con doblegar sus ramas y fijarlas en tierra; otras arman emboscadas á los rinocerontes y á los elefantes, cuyas carnes ponen á secar al sol; otras persiguen el pesado vuelo de los avestruces; otras, finalmente, recogen enjambres de langostas arrojadas por los vientos á los desiertos, ó los restos de cocodrilos y de caballos marinos que la muerte les abandona. Y las enfermedades que describe Diodoro, como producidas por estos alimentos impuros, afligen todavía á los descendientes de estas razas desgraciadas, sobre cuya cabeza han pasado los siglos sin traer para ellas ni mejoras, ni progreso, ni descubrimientos „ [1].

El hombre abandonado á sí mismo puede, *absolutamente* hablando, salir del estado salvaje con sus propias fuerzas; porque no está tan oscurecida su inteligencia que no pueda, *si quiere*, aplicarse á mejorar su suerte, trabajando un poco y entregándose á las fatigas corporales que suele llevar consigo la civilizacion. Pero, por lo que toca al *hecho*, bien seguros podemos estar de que no saldrá nunca de él si no es por intervencion extranjera; porque las gentes de esta clase se están muy contentas con su pobreza, y prefieren la holgazanería propia de su vida salvaje al duro trabajo de los que tienen con la civilizacion muchas más necesidades que cubrir. ¿No vemos esto en nuestro mismo reino, en esa raza extraña que anda siempre errante por nuestros campos y aldeas sin tener domicilio propiamente dicho, desnuda de todo y contenta con su miseria porque á ella va unida la vida holgazana y vagabunda, que es su ocupacion favorita? Si en este estado hubieran sido creados nuestros primeros padres, en él hubieran vivido perpétuamente sus hijos sin resolverse nunca á poner en prensa su ingenio para salir de lacería; porque esta lacería, juntamente con las otras cosas que suele llevar consigo en los salvajes, les hubiera sido mucho más estimada que el trabajo de nuestros jornaleros, necesario para el progreso de las artes y de las letras y de toda la civilizacion entera.

Por eso Dios Nuestro Señor, sapientísimo en todas sus obras, crió á nuestros primeros padres en un estado perfecto, tanto en lo moral como en lo físico, segun observa Santo Tomás [2], de suerte

1 Benjamin Constant, *De la Religion*, liv. I, chap. VIII; citado por Pozzy en *La terre et le récit biblique*, cap. XII, pár. 1, pág. 402-403.

2 S. Thom., 1 p., q. 94, art. III.

que no sólo pudiesen engendrar á otros, sinó tambien instruirlos y gobernarlos, enseñándoles todas aquellas cosas que son necesarias para la conservacion y progreso de una bien ordenada república. No quiere decir esto, sin embargo, que Adan recibiera la ciencia de nuestros matemáticos, ni de nuestros mecánicos, ni de nuestros filósofos, ni de nuestros teólogos. Ni áun significa siquiera que nuestro primer padre supiera por ciencia infusa la manera de beneficiar los metales, ó de cultivar las tierras, ó de domesticar los animales; que todo esto bien lo podian él y sus hijos inventar, una vez dotados por Dios del conocimiento y ciencia suficientes para ello.

Lo que significa solamente, es que todas estas cosas las recibió de Dios de una manera implícita ó virtual, siendo criado con suficiente instruccion para que por sí mismos pudiesen hacer él y sus hijos los inventos que llevan á cabo los ciudadanos de un pueblo puesto ya en las vías del progreso y de la civilizacion. En las cosas religiosas y morales lo instruyó sí largamente, dándole de ellas una ciencia infusa muy completa; mas en las otras bastaba que lo instruyese al modo dicho, haciéndolo como uno de nuestros campesinos bien impuestos en las cosas de la Religion, y armado de suficientes conocimientos para hacer progresos en las ciencias y en las artes, principalmente políticas y morales [1].

Por esta causa, ninguna dificultad hay en pensar que los primeros hombres, por algun breve espacio de tiempo, se sirviesen únicamente de instrumentos de piedra, de hueso y de madera, sin recurrir á los metales, y que ignorasen tambien algunas cosas de industria fáciles y caseras. La misma Sagrada Escritura nos da fundamento para pensar de este modo; pues nos dice en el cap. III del Génesis, vers. 21, que Dios Nuestro Señor, ántes de echar á Adan y á Eva del Paraíso, *fecit eis tunicas pelliceas et induit eos*, " les hizo unas túnicas de pieles y los vistió. „ Si tan adelantado hubiera estado Adan en la industria como los europeos de hoy dia, ¿á qué fin habia Dios de hacerles por sí mismo, ó por medio de sus ánge-

1 Esta es tambien la idea del P. Brucker, S. J.: el cual, en los *Études* de Noviembre de 1878, escribe lo siguiente: " Les savants se trompent fort de croire qu'une humanité ignorante de ce que sait aujourd'hui un simple bachelier ès sciences soit pour cela nécessairement barbare ou sauvage... Un degré élevé de vie religieuse n'a nécessairement pour corrélative un haut degré de culture scientifique, artistique ou industrielle. Il se peut donc fort bien que la première société humaine n'ait pas été plus *avancée* au point de vie de notre civilisation moderne qu'une famille de bons paysans de Bretagne ou de la vieille Suisse. „

les, los sobredichos vestidos de pieles? Más adelante, en el cap. IV, versículos 20, 21 y 22, se refiere que entre los nietos de Cain, dos, llamados Jabel y Jubal, fueron respectivamente padres, el uno de los que *habitan en tiendas*, y el otro de los que *cantan con cítara y órgano*, y que otro tercero, de nombre Tubalcain, el Vulcano, á lo que parece, de los gentiles, *fué forjador y artífice de toda clase de obras de cobre y de hierro.* Esto parece significar que á ellos se deben los inventos de las tales industrias, ó que al ménos ellos fueron los que les dieron el verdadero impulso.

Ademas, las mismas profesiones de los hijos de Adan tienden á probar lo mismo que vamos diciendo, porque de ellos no se lee que fuesen grandes matemáticos, ni grandes filósofos, ni grandes mecánicos, sinó que el uno, Abel, se dedicó al pastoreo de los ganados, y el otro, Cain, al cultivo del campo. *Fuit autem Abel pastor ovium et Cain agricola*, dice la Escritura [1]. ¿Y para qué queria Adan tal género de conocimientos, especulativos por la mayor parte, como son las Matemáticas, la Filosofía, la Astronomía y muchas cuestiones de Teología? Sin cosa alguna de éstas podia ordenarse á sí mismo y á sus hijos perfectísimamente á la consecucion de la bienaventuranza eterna, y enseñar á los primeros hombres las cosas más esenciales á la civilizacion naciente de un pueblo nuevo y puesto en felices vías de progreso. Por consiguiente, lo natural era que nada de esto le infundiese Dios sobrenaturalmente, sinó que dejase á la naturaleza humana desenvolverse y adquirir por sí misma esas perfecciones accidentales.

Cain fué el primero en edificar una ciudad; pero probablemente esta ciudad no contendria grandes prodigios de arquitectura, sinó que, por el contrario, estaria reducida á una simple agrupacion de pobres casuchas.

Lo que acabamos de escribir es más que suficiente para probar á los secuaces de la prehistoria que es completamente falso el supuesto sobre el cual edifican ellos su teoría particular del salvajismo imaginario de los primeros hombres. Veamos ahora qué hay de verdad en lo que afirman acerca de las edades de la piedra, del bronce, del hierro, etc.

Por algun breve espacio de tiempo es fácil, como dejamos observado, que los primeros hombres viviesen sin hacer uso de metal alguno, y esto mismo se podria conceder con respecto al uso del

1 Génes., cap. IV, vers. 2.

bronce, con exclusion del hierro; si bien no existe ningun argumento con que se pueda demostrar que el uso de todas estas cosas no haya existido desde un principio. En este sentido no hay ningun inconveniente en suponer las tres edades dichas, con tal que sean de corta duracion, en los principios del género humano. Tampoco se ve ninguna repugnancia en que los pueblos degradados, así ántes como despues del diluvio, por haberse aislado de su centro civilizador, cayendo miserablemente en el salvajismo hayan vivido largos años valiéndose solamente de las piedras, huesos, palos, etcétera, para su defensa y para los necesarios usos de la vida. Esto es lo que afirma M. Arcelin de una parte de Europa, y de algunos otros países salvajes *colocados fuera del movimiento* de la civilizacion del Viejo Mundo [1].

Mas todos estos pueblos coexistian con los civilizados, y así no podian formar una edad *absoluta* de la piedra, sinó relativa á otra que han podido tener ellos mismos. En este sentido, la época de la piedra es de todos los tiempos; pues tanto los libros sagrados como los profanos nos hablan del uso de instrumentos de piedra, y los historiadores griegos y romanos hacen mencion de pueblos salvajes que en su tiempo se servian de instrumentos de esta especie. Los salvajes de la Oceanía han sido hallados por nuestros navegantes en plena edad de piedra; si bien no les eran desconocidos los metales, ni ignoraban el modo de fabricar instrumentos de hierro. Aun ahora, segun me escribe de Méjico un misionero español de mi misma Religion, hay muchas familias y quizás pueblos enteros en cuyas casas no se encuentra un instrumento de hierro ni de bronce. Por consiguiente, todas estas cosas nada tienen que ver con las supuestas edades de los prehistóricos, los cuales sostienen que *todos* los pueblos generalmente han pasado, *en sus orígenes*, por el lento proceso de las tres edades dichas, de la piedra, del bronce y del hierro, empleando en cada una muchos miles de años; de suerte que ántes que naciese en el mundo la civilizacion, el género humano vivió, segun ellos, una multitud innumerable de siglos envuelto en las tinieblas del salvajismo, y luégo fué saliendo poco á poco de ellas con sus propias fuerzas. ¿Dónde tienen los partidarios de la prehistoria argumentos sólidos que hagan ni siquiera probable esta afirmacion? Los pueblos más antiguos de la tierra son el egipcio y

1 Adrien Arcelin, *La classification préhistorique*, párrafo 2; artículo publicado en la *Revue des questions scientifiques*, Abril de 1877, pág. 411.

los asiáticos; de ellos se han propagado los hombres á las demas partes del mundo, como consta por los documentos históricos y por las mismas tradiciones de las gentes. Pues bien; esos pueblos, desde los tiempos más remotos, aparecen haciendo uso juntamente de los metales y de los instrumentos de piedra. Esta verdad la ha demostrado hasta la última evidencia el ilustre egiptólogo M. Chabas, en su excelente obra intitulada: *Études sur l'antiquité historique d'après les sources égyptiennes et les monuments réputés préhistoriques*. En ella hace ver cómo el uso de los metales, incluso el mismo hierro, es en Egipto de todos los tiempos, sin que se pueda hallar allí una pretendida edad de piedra, y cómo este uso no impedia que al mismo tiempo fuesen empleados por los pobres de aquella nacion los instrumentos de piedra tallada. Lo mismo se debe decir de los pueblos asiáticos, los cuales, como dice M. Adriano Arcelin [1], *aparecen de repente en plena historia proveidos de un desenvolvimiento completo*. El abate Hamard ha demostrado esto largamente en sus interesantes artículos publicados en la *Controverse*, en los últimos meses del año próximo pasado 1881.

" Cuando se reflexiona, escribe el precitado M. Chabas, que desde el principio del antiguo Imperio los egipcios han grabado el basalto, la syenita y las piedras duras, no superficialmente, sinó en algunos casos á una grande profundidad y con una delicadeza que recuerda los procedimientos de la glyptica, se pregunta uno naturalmente con qué instrumentos pudieron llevar á cabo estas obras prodigiosas. Como observa M. Mariette, este trabajo tan ingrato parece haber sido muy fácil para ellos, puesto que han multiplicado sus productos, por decirlo así, hasta lo infinito. Un ensayo practicado en el Museo de Saint-Germain con instrumentos de bronce antiguo, ha demostrado que este metal se aplasta y achata sobre el granito sin hacer mella en la roca. Con hachas de pedernal se ha grabado en hueco una hacha sin mango y otra con él; pero evidentísimamente ni el pedernal ni el bronce más duro de fábrica egipcia pueden haber sido bastantes á tallar estátuas á veces colosales, inmensas arcas de sarcófagos, obeliscos de 40 metros cubiertos de signos jeroglíficos, los cuales tienen á veces nada ménos que quince centímetros de profundidad. Obras de esta naturaleza podrian acobardar á los escultores de nuestros dias armados de los mejores

1 Adrien Arcelin, *La classification préhistorique;* artículo publicado en la *Revue des questions scientifiques*, Abril de 1877, pág. 400.

instrumentos que existen. Es muy dudoso, en efecto, que con todos los recursos de la mecánica moderna se logre hoy dia sacar de la cantera, tallar, bruñir, esculpir, dorar y poner en su sitio dos obeliscos como los de Karnak en el espacio de 19 meses, como lo hicieron los obreros de la reina Hashepsu hace más de quince siglos ántes de nuestra era„ [1].

Con este y otros poderosos argumentos prueba el autorizado escritor que los egipcios conocieron y usaron el hierro desde el alba de su civilizacion; y no es maravilla, porque el modo de beneficiar el hierro y otra clase de metales ya fué conocido por los hombres ántes del diluvio, y este conocimiento se transmitió á los postdiluvianos por medio de la familia de Noé, muy rica y poderosa. Sin embargo, en el capítulo v de la misma obra, el cual lleva por epígrafe: *Usage et utils de pierre chez les égyptiens*, hace ver el referido autor cómo los instrumentos de piedra de todas clases fueron *siempre*, desde el principio de su civilizacion hasta el fin, así en tiempo de los lágidas como en el de los romanos, de uso muy frecuente. " El Egipto, nos dice en la página 337, no ha hecho uso solamente del pedernal bajo la forma de los instrumentos perfeccionados que acabamos de describir, sinó que nos presenta ademas esparcidos en los lugares próximos á las ciudades, á las rocas donde hizo sus excavaciones, á las necrópolis, y algunas veces al rededor de los mismos cofres funerarios y áun en el interior de ellos, todos los géneros de pedernales tallados, trabajados ó sin trabajar, que se encuentran en Francia y en otras partes en las estaciones llamadas de la edad de la piedra; hachas, cuchillos, punzones, martillos, raspadores, flechas, etc. Estos instrumentos, como lo ha averiguado M. Mariette, son todavía más abundantes en la época de los lágidas y de los romanos, al ménos en lo que concierne á los sepulcros, que en las épocas antiguas; sólo que el trabajo del pedernal es cada vez más descuidado. Los instrumentos más perfectos son los más antiguos, miéntras que los exploradores de las estaciones de la edad de la piedra consideran generalmente la tosquedad del trabajo como una señal de antigüedad.„

Esta inversion en el órden de las industrias no es cosa propia solamente de Egipto; M. Schliemann ha hallado un fenómeno igual en el solar de la antigua Troya, llenando de admiracion á los partidarios de la prehistoria, lo cuales pretendieron por lo mismo falsifi-

1 Chabas, *l. cit.*, chap. II, pág. 48-49. Paris, 1873.

car los hechos para no ver tan contrariado con ellos su bello ideal. M. de Schliemann protestó contra esta villanía escribiendo á los redactores de los *Materiales para servir á la historia natural y primitiva del hombre* una carta que ellos publicaron, haciéndole preceder la observacion siguiente: "Es cosa generalmente admitida hoy dia que la mayor parte de los pueblos han pasado, en el período de la infancia, por las mismas vicisitudes industriales. Los restos de la civilizacion rudimentaria de la edad de la piedra están siempre en la base de otras ruinas. ¿Habrá hallado M. Schliemann una excepcion á la ley general en las ruinas que él atribuye á la Troya de Homero? Segun dice, en sus excavaciones ha visto que "las señales de la civilizacion aumentan con la profundidad;" es decir, lo inverso de lo que se observa en las otras estaciones de la antigüedad, ó, por mejor decir, de lo que debería observarse segun la prehistoria" [1].

En esta carta decía M. Schliemann, entre otras cosas, lo siguiente: "Vuestra opinion sobre la edad de la piedra está refutada por los hechos que yo he presentado á vuestra vista. Las capas de escombros de la edad de la piedra deberian por necesidad hallarse en lo más profundo, sobre la tierra virgen, y debajo de todas las otras capas de las ruinas. Pero nada de esto sucede, como he tenido la honra de explicároslo más de una vez. Las señales de la civilizacion aumentan en el solar de Troya con la profundidad, y justamente las más hermosas vasijas están entre diez y quince metros debajo de la superficie del suelo. Las vasijas tienen siempre allí dos tubos á cada lado, y en la misma direccion una abertura en la boca, para ser suspendidas por una cuerda; todas las tazas tienen largos tubos horizontales de suspension. Esta vajilla, tanto por su calidad como por sus adornos, supera con mucho á todo cuanto se encuentra en las capas donde existen los restos de las naciones siguientes. Entre estos adornos, grabados y llenos de arcilla blanca para que hieran la vista, se encuentra representado el *swastika* [2] y la cabeza de mochuelo, lo cual es prueba de que esta primera nacion era de la

1 *Materiaux pour servir à l'histoire naturelle et primitive de l'homme,* 1874, p. 36.

2 El *swastika* es el *lauburu* de las Provincias Vascongadas, ó sea una especie de cruz de San Andrés, la cual se ve pintada en los navíos donde fué Râma á la conquista de las Indias y de Ceilan, en los templos indios, sobre las urnas y piedras sepulcrales célticas, y hasta en las Catacumbas y en la Cátedra de San Ambrosio de Milan. ¿Qué significaba esta cruz? Parece ser signo de alguna cosa religiosa; otros, sin embargo, como Cartailhac (*Materiaux*, tomo IX, pág. 369), no ven en ella sinó una cierta especie de romana para pesar los objetos.

raza arya. Allí he hallado cincuenta botones, un cuchillo de bronce ó de cobre dorado, una lindísima horquilla de plata, cien hermosas tijeras, hachas y otros instrumentos de piedra. Yo os juro que los escombros de esta capa enorme, de cuatro á seis metros de espesor, no se hallan en lo más mínimo mezclados con los de los verdaderos troyanos, entre diez y siete metros debajo de la tierra; porque no he hallado jamás en estas capas el menor vestigio de la hermosa cerámica de los primeros habitantes; ni entre éstos tampoco la menor reliquia de vajilla troyana. Entre los troyanos he hallado *lo ménos veinte veces más* instrumentos de piedra, y sobre todo de diorita, que en la primera nacion; y quizá tambien otras veinte veces lo ménos más de vajilla, pero de una clase enteramente diversa. Entre siete y cuatro metros se ve un pueblo del todo diferente. Yo creia haber descubierto en esta nacion la edad de piedra, porque se me presentaban allí á miles los instrumentos de esta materia; sólo las tijeras están excelentemente trabajadas; los demás instrumentos son todos muy toscos. Sin embargo, entre ellos los hay de cobre, aunque raros. Ademas, toda la vajilla muestra una inferioridad muy grande respecto de la troyana„ [1].

La explicacion natural de estos fenómenos es que la civilizacion y la barbárie han coexistido en otros tiempos, lo mismo que en los nuestros, y que en épocas anteriores á nuestra era hubo irrupciones de bárbaros, como las ha habido en la nuestra. Estos hechos, por consiguiente, no destruyen la hipótesis fundamental, pero sí la debilitan grandemente, haciendo ver que en ningun tiempo de los pa-

1 Schliemann, en los *Materiaux* arriba citados. El abate Hamard ha publicado en *La Controverse* (1.° de Octubre de 1881) un importante artículo sobre estos descubrimientos de M. Schliemann, donde, entre otras cosas, dice lo siguiente: "Estas afirmaciones reiteradas de M. Schliemann no han podido triunfar de las ideas preconcebidas. Sin embargo, no por eso queda ménos demostrado para todos cuantos miren este asunto sin pasion: 1.° Que los habitantes primitivos de la Tróada conocieron desde su orígen una civilizacion avanzada. 2.° Que durante varios siglos utilizaron simultáneamente el bronce y la piedra, sin que ninguna de estas dos sustancias fuese entre ellos de un uso exclusivo. 3.° Que si la piedra predominó un momento, esto no sucedió al principio, como lo quisiera la teoría, sinó despues de una civilizacion brillante, y cuando más unos ocho ó diez siglos ántes de nuestra era. 4.° Que la industria local tuvo una decadencia continua hasta la época griega. 5.° Finalmente, que el uso de la piedra no es en manera alguna incompatible con un estado social floreciente, puesto que en la parte mayor de nuestras capas prehistóricas hemos averiguado la presencia de objetos de esta naturaleza asociados á los productos de una industria más avanzada„.

sados aparece la barbárie *sola* y abandonada á sí misma para sacar de sus entrañas á la civilizacion, su hija.

Los secuaces de la prehistoria, sin embargo, pretenden ver en las estaciones prehistóricas de Francia y de algunas otras partes de Europa esta anterioridad absoluta de la barbárie. "Porque, dicen, la vida histórica y civilizada de Egipto y de los pueblos asiáticos, no es nada en comparacion de la alta antigüedad que requiere el salvajismo de ciertos pueblos europeos." Esto es lo que dicen; mas están muy léjos de poder probar su aserto. Toda esa parte de Europa á que apelan estuvo sumida en el salvajismo hasta la era cristiana; y áun más tarde, durante los primeros siglos de la Iglesia, los bárbaros la recorrian continuamente, acechando el momento oportuno para arrojarse sobre el Imperio romano. Hasta unos dos siglos ántes de Jesucristo, ni palabra sabian los griegos ni los romanos de lo que pasaba en el interior de todas esas tierras, segun nos cuenta Polybio, y así poco es lo que nos pudieron referir acerca de sus costumbres bárbaras y salvajes. Mas por lo que nos han dejado escrito, ya de ellos, ya de otros salvajes contemporáneos, bien podemos asegurar que el uso de la piedra se prolongó entre ellos, á pesar de tener conocimiento de los metales, hasta la era cristiana, y áun quizá mucho más adelante; razon por la cual es bien claro que la sola presencia y uso de los instrumentos de piedra en los referidos pueblos nada prueban en favor de su pretendida antigüedad prehistórica.

Diodoro cuenta de los trogloditas ictiófagos de la Persia meridional que mataban los peces con cuernos agudos, y los partían con piedras *cortantes* [1]. Segun el mismo autor [2], los escitas fabricaban con costillas de buey raspadores para arrancar la piel de las cabezas de sus enemigos vencidos, y convertian en copas los cráneos aserrados. Este uso de emplear los cráneos en lugar de copas era tambien comun á los tracios, segun refiere Amiano Marcelino [3]. Sin embargo, los escitas conocian todos los metales. Segun el mismo Diodoro, cierta clase de etíopes mataban las bestias feroces con palos endurecidos al fuego, con piedras y con flechas (III, 24); otros, llamados *strusófagos*, ó comedores de avestruces, atacaban á sus enemigos con cuernos de antílope muy afilados (III, 27); otros, de

1 Diodoro, *Bibl. hist.*, lib. III, cap. 15.
2 Idem, *ibid.*, lib. IV, 64-65.
3 Libro XXVII, 4.

nombre *trogloditas*, ó habitantes de las cavernas, al Oeste del mar Rojo, comenzaban el combate arrojándose piedras, y luégo venian á las flechas (III, 33); y, finalmente, otros que habitaban en la region del elefante, se servian de los colmillos de este animal para abrir sus cisternas (III, 28).

Herodoto dice que los árabes, para solemnizar sus contratos, se herian las palmas de las manos con piedras afiladas; que los egipcios, para embalsamar los cadáveres, les hacian en el costado una abertura con una piedra de Etiopía; finalmente, que los etíopes, en el ejército de Jerjes, con sus largos arcos de palmera arrojaban piedras afiladas, y en sus venablos ponian cuernos de corzo puntiagudos [1]. El mismo Herodoto escribe que los libios mandados por Massagés, hijo de Oario, tambien en el ejército de Jerjes, no llevaban sinó venablos endurecidos en el fuego; siendo así que los mismos libios, algunos siglos ántes, tenían armas de metal muy temibles, y carros de guerra [2].

Los germanos, en tiempo de Tácito, no vivian sinó en familias aisladas, y construian sus casas con sola madera en bruto [3]. Segun el mismo Tácito, los éstios conocian el hierro, pero no se servian de él sinó raras veces, siendo sus armas habituales unos palos [4], y los fenos no llevaban otra arma que el arco flechado con puntas de hueso [5]. Los bárbaros del Norte, segun Plinio [6], iban armados con picas, que llevaban en la punta un cuerno de uro.

Los bretones, segun Julio César [7], llamaban *oppidum* á un lugar de mucha espesura, fortificado con un parapeto y un foso. El mismo autor refiere de los galos que delante de Alesia hacian uso de las piedras y de las hondas [8].

Pausanias cuenta que los sármatas situados al este del Don no tenian hierro ni comercio alguno, sirviéndose únicamente para sus guerras de huesos en forma de lanza [9]. Amiano Marcelino refiere la misma cosa de los hunos, diciendo que usaban agudos dardos de

1 Herodoto, *Hist.*, III, 8; II, 86; VII, 69.
2 Idem, *ibid.*, cap. VII, lib. LXXI.
3 *Germania*, párr. 16.
4 Tácito, *Germania*, párr. 45.
5 Idem, *ibid.*, párr. 46.
6 Plinio, *Hist.*, lib. XI, cap. XXXVII.
7 César, *De bello gallico*, lib. V.
8 Idem, *ibid.*, cap. VII, lib. LXXXI.
9 Pausanias, lib. I, 2.

hueso, maravillosamente entrelazados (*acutis ossibus pro spiculorum acumine arte mira coagmentatis*)[1]. M. de Ampère, en su *Histoire littéraire de la France avant le douzième siècle*, cita un fragmento épico del siglo v, donde dos héroes aparecen combatiéndose con dos hachas de piedra. San Ouen, en el siglo vii, habla tambien de hachas de piedra en la *Vida de San Eloy*. Los anales de Irlanda traen de la misma manera á colacion los proyectiles de piedra, á propósito de una batalla dada contra los dinamarqueses cerca de Limerick, hácia el año 920[2].

Chabas, despues de citar algunos de estos testimonios y otros semejantes, relativos á los pueblos salvajes que existian en tiempos de los romanos y de los griegos, continúa en esta forma: " Se podrian, analizando las relaciones de los historiadores, multiplicar estos indicios de un estado de cosas que reproduce ciertos caractéres particulares de la edad de la piedra, pero en una época que no está apartada de nosotros sinó unos diez y ocho ó veinte siglos. Más recientemente todavia, en el siglo iv de nuestra era, los hunos, imberbes y disformes, semejantes á unos animales de dos piés, ó á monstruosas cariátides, vivian de raíces ó de carne apénas calentada entre sus muslos; no tenian necesidad alguna de fuego, ni de casas, ni áun de chozas de cañas, aunque llevaban espadas de hierro, peleaban tambien con flechas armadas de huesos afilados; vivian vida de nómadas en carros cubiertos con cortezas de árboles, y llevados por ellos á los lugares donde les convenia acampar. Los alanos tenian, poco más ó ménos, las mismas costumbres; pero eran grandes y hermosos, y se vestian con más cuidado.

Así, pues, si no nos atuviéramos á otra cosa que á las fuentes históricas, nos hallaríamos autorizados á negar que haya existido jamás una edad de la piedra. Esta edad, sus subdivisiones y las otras edades reputadas prehistóricas, son concepciones teóricas apoyadas en descubrimientos numerosos, pero con frecuencia demasiado contradictorios para que al presente se puedan hallar en ellos los elementos de una clasificacion cronológica indiscutible[3].

Bien puede ser que todos estos pueblos europeos de que vamos hablando hubiesen vivido algun tiempo sin hacer uso alguno de

1 *Hist.*, lib. iii, cap. i.

2 Southal, *The recent origin of man*, pág. 420.

3 Chabas, *Études de l'antiquité historique*, etc., cap. viii, párrafo segundo, página 496.

los metales; pero tambien es cierto que el uso de las armas de piedra duró entre ellos, juntamente con el de los metales, por lo ménos hasta la era cristiana. Así es que las mismas investigaciones arqueológicas han confirmado con la mayor evidencia esta verdad, pulverizando por completo la tésis de nuestros adversarios.

El abate Hamard, en el libro anteriormente citado, trae gran multitud de hechos de esta especie, que no dejan lugar á la menor duda [1]. La mayor parte de los lugares de las Galias donde habitaron los romanos, como la antigua Bibracto, Gergovia, Alise-Sainte-Reine, Alaisa, Novalaise, el monte Ganelon, el monte de Noyon, Rhuis, la ciudad de Limes, sita á cuatro kilómetros de Dieppe, Izel, y finalmente, todas las vías romanas han ofrecido á cuantos han querido hacer en estos lugares observaciones diligentes, objetos de piedra mezclados con otros de industria más avanzada, como medallas, monedas, instrumentos de bronce y áun de hierro, finamente trabajados [2]. El mismo fenómeno se ha observado en una gran multitud de sepulcros antiguos, cuyos lugares nombra el citado Hamard, refiriendo brevemente las piezas de piedra y de otras materias más finas en ellos encontradas, y poniendo por remate de su enumeracion las palabras siguientes: "Es verdad que los instrumentos de piedra han sido hasta una época muy reciente, y lo son aún hoy dia en algunas regiones, objeto de un culto supersticioso; lo cual basta, al ménos en ciertos casos, para dar razon de su presencia en los sepulcros... Pero no creo, sin embargo, que sea posible explicar de esta suerte todos los hechos que acabo de señalar. Frecuentísimamente estos utensilios de piedra se encuentran con otros objetos de uso ordinario; es de creer que unos y otros fueran utilizados realmente por el difunto en las necesidades domésticas. Lo cual es tanto ménos dudoso, cuanto que los pedernales y las hachas de piedra se encuentran, no sólo en las sepulturas de la época galo-romana, sinó tambien en las estaciones que están á cielo descubierto, donde los galos, los romanos y los francos han dejado rastros de su industria privada" [3].

A la coleccion de sepulturas añade el mencionado autor á renglon

1 Hamard, *Supplément au gisement du Mont Dol*, pág. 153 y siguientes de su obra intitulada: *Études critiques d'Archéologie*, etc., París, 1880.

2 Para todas estas estaciones se pueden ver las obras de Chabas, *Études sur l'antiquité historique*, etc., páginas 539-547, y los artículos del P. Haté en los *Études religieuses* de 1876.

3 Hamard, *l. cit.*, páginas 157-158.

seguido una lista muy larga de campamentos antiguos de las Galias, donde han sido recogidos en gran número objetos de la misma clase, observando que "sería fácil prolongar en cierta manera hasta lo infinito el catálogo empezado, si se hicieran investigaciones en este sentido, y sobre todo si no se hubieran las más veces descuidado los investigadores en indicarnos la asociacion de este género de objetos" [1]. "Porque, dice, conviene tener en cuenta que hasta hace unos quince años los arqueólogos no hacian caso de los trozos de pedernal, y si encontraban alguno en sus excavaciones, rara era la vez que hacian mencion de él. Hoy sucede lo contrario; hay una escuela que no ve sinó los pedernales, lo demas le es indiferente. Ahora bien; todo el mundo sabe que las cosas indiferentes fácilmente se nos pasan inadvertidas. Es preciso no olvidar esto, cuando se trata de interpretar los descubrimientos que no han sido severamente examinados" [2].

Por lo que dejamos escrito, se verá cuán infundado es lo que los enemigos de la cronología vulgar nos dicen acerca de las diversas edades prehistóricas, dividiéndolas y subdividiéndolas conforme á sus propios caprichos, atribuyendo á cada una de ellas la extension que se les antoja, y poniendo entre unas y otras un cierto vacío intermedio que las divida perfectamente. La piedra tallada y la pulimentada, y áun los mismos instrumentos de piedra y de metal, han coexistido durante mucho tiempo generalmente entre los pueblos europeos, donde pretenden vanamente fijar sus reales los secuaces de la prehistoria, y esta coexistencia ha durado hasta bien entrada la era cristiana. Aún más: es muy probable que los franceses se sirvieran de estos instrumentos de piedra en una gran parte de la Edad Media, cuando, por efecto de mil calamidades públicas, se vieron muchas veces reducidos los pueblos á la miseria. "¿Quién nos dirá, escribe á este propósito el citado Hamard, cuáles eran los utensilios de estos pueblos rurales infortunados, cuando la barbárie iba tomando entre ellos aquellas nuevas creces causadas con las invasiones de los germanos y de los normandos; con las mil y una calamidades que en diversas épocas consumieron á Francia; con las turbulencias, los latrocinios, las guerras civiles, las hostilidades perpétuas, que pusieron con frecuencia á los habitantes en la necesidad de buscar refugio en las montañas y abrigo en las cavernas;

1 Hamard, *ibid.*, pág. 163.

2 Idem, *ibid.*

con aquellas epidemias y carestías, en fin, que obligaron más de una vez á los miserables hambrientos á alimentarse con la yerba de los campos, con las cortezas de los árboles, y lo que apénas se puede decir, con trozos de carne humana sacados de los sepulcros? „ [1].

Para muchas cosas los instrumentos de piedra valen tanto como los de metal, y cuando la dificultad de procurarse estos segundos es muy grande, ya por razon de la suma pobreza de los pueblos, ya por el subido precio á que deben comprarse habiendo de ser traidos de fuera, es muy natural que los pobres apelen á los primeros, y sólo los ricos se sirvan de los metales. Así pues, la suma miseria de los franceses en los tiempos mencionados por Hamard, y el alto precio de los utensilios metálicos en la época galo-romana, y más todavía en las épocas anteriores, harian que los pueblos europeos usasen juntamente los instrumentos de piedra y los de metal, y esto mismo debió acaecer con el uso de la piedra tallada y el de la pulimentada. Los que tenian más ocio y más vagar que otros pueblos vecinos puliriau sus instrumentos, y si eran ricos, los harian labrar ó los traerian bien trabajados de lejanas tierras. Por el contrario, los que vivian muy ocupados con los trabajos de la guerra, ó no tenian dinero ni tiempo para procurarse utensilios más elegantes, se servirian de otros más toscos, que el suelo donde vivian les proporcionaba sin gran dispendio. Sabemos que la civilizacion fué importada de Asia y de Egipto á los pueblos europeos por el Mediterráneo; las costas de este mar interior fueron las primeras en ponerse en comunicacion con los fenicios y con los egipcios; despues esta comunicacion fué extendiéndose más y más hácia el Norte mediante los grandes rios que venian á desaguar en el Mediterráneo, y que ofrecian libre paso á los que en pequeñas piraguas quisiesen navegar por ellos en toda la longitud de su corriente. Así, los salvajes de Europa podian procurarse varios objetos de su gusto, elaborados en los puntos civilizados del Asia y del Egipto, dando en cambio á los que con ánimo mercantil se acercaban á sus tierras otras cosas que ellos miraban con poco aprecio. Esto mismo es lo que sucede hoy dia con los diferentes salvajes del globo, de lo cual pueden dar buen testimonio los ingleses. Por eso se encuentran entre los instrumentos de piedra usados por los antiguos europeos algunos cuya materia está indicando claramente su procedencia oriental, no hallándose sinó en el Asia piedras de aquella especie. El jade, por ejemplo, no se encuentra en

1 Hamard, *l. cit.*, pág. 167.

el antiguo continente sinó en las tierras de Asia; y sin embargo, ha sido hallado entre otros instrumentos de piedra usados por los pueblos septentrionales de Europa. Las mismas flechas aladas de pedernal, ¿qué otra cosa son sinó un remedo de las metálicas, fabricadas en esta forma? Los salvajes veian estas flechas metálicas, y sabian muy bien por su triste experiencia su mortífera actividad; siéndoles á ellos difícil el procurarse otras de la misma materia, daban á las suyas de piedra una forma semejante para obtener el mismo efecto.

Los etruscos, cuyos navíos llevaron la guerra á Egipto bajo el reinado de los Ramsés, fueron tambien uno de los pueblos que importaron á los países habitados por estas gentes los objetos de la industria usada en otros lugares más civilizados. "Un descubrimiento reciente de una sepultura etrusca, escribe á este propósito el egiptólogo y naturalista M. Chabas, verificado en Eygibilsen, cerca de Tongres, á la ribera izquierda del Mosa, prueba que los etruscos habian atravesado la Europa ó dado la vuelta al rededor de ella con sus navíos ántes que hubiese tomado vuelo el poder romano. De aquí la pregunta de cómo este pueblo, que conocia el hierro, no habia de comunicarlo jamás á sus correspondientes septentrionales, y la respuesta ha sido poner en cuestion la série de las edades prehistóricas con que ha sido embarazada la ciencia„ [1].

Así, los salvajes de Europa, puestos en comunicacion con estas gentes más civilizadas, y con otras de Asia y de Egipto que se llegaban á comerciar con ellos, no podian ménos de participar algo de los adelantamientos industriales llevados por ellas á cabo; si bien, como es regular, los objetos de industria traidos de fuera tendrian entre ellos un precio muy subido, y por lo mismo serian usados de pocos, los cuales tendrian gran cuidado en conservarlos. Esto explica cómo en ciertas estaciones llamadas prehistóricas no se encuentra hierro ni otros metales; el sumo precio de los utensilios metálicos importados de fuera por los traficantes extranjeros, hacia que estas cosas fuesen guardadas por aquellos hombres antiguos con la misma diligencia que ahora se emplea para no perder el oro y la plata. Fuera de que las piezas de hierro tenian ademas otro inconveniente para poder llegar hasta nosotros: el hierro se gasta fácilmente con la roña, convirtiéndose en óxido terroso; de aquí el que en las capas de la época romana se encuentren objetos de este me-

1 Chabas, *Études sur l'antiquité historique*, etc., cap. VIII. párrafo tercero, pág. 524.

tal casi del todo destruidos con no poca frecuencia, los cuales hubieran desaparecido por completo á haber mediado circunstancias más favorables para la oxidacion, ó si hubiera transcurrido un tiempo más largo.

Entre estos mismos salvajes, los unos se hallarian en continuo contacto con los habitantes de las colonias extranjeras, que se internaban poco á poco en sus tierras siguiendo el curso de los rios; pero miéntras tanto los otros vivirian retirados en las montañas vecinas, ya por odio á los nuevos usos y costumbres importados de fuera y enteramente contrarios á los suyos, ya por el deseo de verse libres de las persecuciones que contra ellos moverian los recien llegados. De donde resultaria que en una misma comarca habria dos civilizaciones yuxtapuestas, y áun mezcladas la una con la otra. Esto es lo que sucedia en los tiempos de Tácito entre los romanos y los germanos, pues de estos últimos sólo los que vivian más próximos á las provincias romanas apreciaban el oro y la plata. Los demas, metidos en lo interior de sus bosques, no tenian en mayor estima estos metales que la arcilla de su país, por más que viesen con sus propios ojos los presentes de oro y plata regalados por los romanos á los grandes de su tierra, y se servian muy poco de la espada, de la coraza y del casco para los usos de la guerra [1].

Los partidarios de la prehistoria se levantan contra tal género de razonamientos, que les arrancan de las manos la série interminable de siglos reclamada por el hombre-mono, y arguyen diciendo que de tan reciente uso de la piedra entre los referidos países no hacen mencion los historiadores clásicos. Pero es vana por completo semejante reclamacion; ya porque es falso que no hagan la mencion indicada, como lo dejamos probado; ya tambien porque, áun cuando así fuera, ninguna fuerza tendria este silencio contra los hechos positivos que prueban manifiestamente la verdad de nuestra tésis, segun lo hemos evidenciado más arriba.

Dice muy bien Chabas á este propósito: "El silencio de la historia no tiene sinó muy poca importancia en esta cuestion. Ningun historiador ha sabido reparar en los monumentos megalíticos que nos consta haberse hallado esparcidos en todo el mundo antiguo, y que recientemente han sido descubiertos, así en el nuevo continente como en ciertas islas del Pacífico. Las personas que han visto las alineaciones de Carnac ó el Stonehenge de Salisbury, ó que han

1 Tácito, *Germania*, párr. 5 y 6.

leido las descripciones de estos monumentos extraños, podrian fácilmente dejarse convencer de que en tiempo de César no habia allí dólmenes ni menhires, pues este historiador no se ha dignado consagrarles ni áun una ligera mencion. Todos los otros historiadores han guardado la misma reserva. Los geógrafos han hecho lo mismo, no diciendo de ellos palabra.„ [1].

"El otro género de monumentos que debieran haber llamado vivamente la atencion de los antiguos, continúa el mismo escritor, son las habitaciones lacustres. Herodoto ha hablado de oidas sobre las del lago Prasias (lib. V, 16). Mas desde la época del padre de la historia los palafitos de los lagos de Suiza, de Italia, de Saboya y del Delfinado han durado cerca de diez siglos, sin atraer sobre sí los ojos de los geógrafos ni la atencion de los historiadores. Algunas de estas ciudades extrañas estaban todavía ocupadas en los tiempos merovingios y áun en la época carlovingia.

„No nos extrañemos, pues, de que sean tan poco conocidos en la historia los utensilios de piedra y de otras materias duras, que durante largo tiempo han debido ser el recurso ordinario de los pueblos que, conociendo muy bien los metales, no tenian bienes suficientes para procurarse instrumentos de esta clase ya labrados, ni habilidad para fabricárselos.„ [2].

A propósito de monumentos megalíticos y de palafitos, sabido es que los secuaces de la prehistoria dan á unos y otros una antigüedad extrema. En favor de la suma antigüedad de los primeros han aducido la tosquedad de los sobredichos monumentos y la naturaleza de los objetos hallados en ellos, y una cosa parecida han venido á decir acerca de los segundos. Pero nada más fútil que semejantes razonamientos. La tosquedad de una cosa nada prueba en favor de su antigüedad: al lado de un artífice muy excelente puede muy bien hallarse otro que haga obras de poco ó ningun mérito artístico, acomodándose á las condiciones de las personas que las desean. En todos tiempos ha habido pobres y ricos, y el pobre no puede ménos de obrar en todas partes conforme á los recursos de su pobreza. La vajilla fina de los ricos y los grandes palacios en que habitan, ¿suprimen acaso en nuestros tiempos los toscos cacharros, ni las miserables chozas de los pobres? Esto mismo ha sucedido siempre en los tiempos anteriores.

1 Chabas, *l. cit.*, pág. 497.
2 Idem, *ibid.*, pág. 498.

Pues de la naturaleza de los objetos mencionados nada digamos. En los dólmenes se encuentran casi en la misma proporcion los instrumentos de piedra tallada y bruñida, y los metales se hallan tambien en ellos con frecuencia. Sobre un total de excavaciones tomadas al acaso por Hamard en los *Materiaux*, y practicadas en los dólmenes, menhires y caminos cubiertos, que son otros tantos monumentos megalíticos, ha observado este ilustre arqueólogo que se hallaban 83 veces objetos pertenecientes á la edad neolítica ó de la piedra pulimentada, y 74 relativos á la paleolítica ó edad de la piedra tallada [1]. El mismo autor asegura que "sobre un total de 192 excavaciones hechas en los dólmenes descubiertos ó soterrados, y cuyos resultados han sido publicados con conocimiento suyo, 82 han dado bronce y 23 hierro;" y añade que la proporcion sería aún mucho mayor, si se tomára en cuenta todo el conjunto de monumentos megalíticos, cuales son los dólmenes, menhires, crómleches y túmulos; porque "entónces en 320 excavaciones se presentan 141 veces el bronce ó el cobre, y 63 el hierro" [2].

Todos estos hechos demuestran con plena evidencia que los tales monumentos entran en el terreno de la historia, siquiera se llamen prehistóricos con respecto á los lugares donde han sido hallados. Añádase á esto que entre los utensilios de piedra mencionados hay algunos de jadeita y cloromelanita importados del Asia por medio del comercio, y cuyo destino, así como el de otros muchos de piedra bruñida, llamados por los latinos *ceraunias*, y *piedras del rayo* por la gente vulgar de nuestros tiempos, ha sido servir como objetos de mero lujo ó adorno, y no como instrumentos de accion alguna, pues muchos de ellos son muy pequeños y ménos aptos para este oficio que los pedernales en bruto. Fuera de que ninguna señal muestran de haber sido empleados jamás para cortar cosa alguna, y así bien dan á entender que el fin de sus posesores no fué el que les señalan los amigos de la prehistoria. Todo esto indica que los pueblos de los sobredichos monumentos se hallaban en un grado de civilizacion bastante avanzada, pues el comercio y el lujo no son cosas sinó de gente que va ya entrando en vías de civilizacion y de progreso.

Todavía hay otro argumento gravísimo que pone en manifiesta evidencia esta verdad, porque en estos monumentos se han encon-

1 Hamard, *Études critiques d'Archéologie*, pág. 132.

2 Idem, *Ibid.*, pág. 193.

trado monedas y vasijas de la época galo-romana, las cuales indican lo reciente de su data. Hamard [1] cita un gran número de lugares de esta clase donde han sido hallados tal género de objetos; y añade con mucha razon que tendríamos noticia de muchas más á no haber sido violados por los antiguos, que se debieron llevar cuantas medallas se les presentaron en sus excavaciones, y á no haber procedido los exploradores modernos con la idea preconcebida de que los tales monumentos son excesivamente antiguos; pues esto ha hecho que cuantas veces han venido á sus manos los objetos galo-romanos, los han despreciado teniéndolos por cosas de una época muy posterior, y así no los han dado á conocer al público. Uno de ellos, sin embargo, ha procedido con más exactitud y ha escrito las palabras siguientes: "En ciertos dólmenes de Locmariaquer, sin hablar de objetos más modernos, han sido hallados, áun á una notable profundidad, ladrillos con rebordes, monedas imperiales, fíbulas de bronce, vasijas y estatuas de tierra blanca que no van más allá de la época galo-romana„ [2].

Y para que no se diga que estos objetos han sido depositados allí en épocas posteriores á la que vió levantar los tales monumentos, basta saber que M. Miln ha hallado hace algunos años debajo de algunos menhires de Carnac numerosos fragmentos de tejas con rebordes, y de vasijas rojas llamadas samias, las cuales estaban " entre las piedras que servian de base á estos monumentos „ [3], y por consiguiente, por fuerza han debido ser colocadas allí ántes de su fabricacion. Ademas, bajo las ruinas de una villa ó quinta galo-romana próxima á las alineaciones de Carnac ha descubierto el citado M. Miln el mismo mueblaje de los dólmenes, á saber: lanzas y pedazos de pedernal quebrado, ceraunias de diversas clases, vasijas toscas hechas á mano, gargantillas de ámbar ó de otras materias, y junto á todas estas cosas ha hallado objetos de mármol, de bronce y de hierro, medallas y vasijas romanas, señal manifiesta de que todos estos utensilios formaban el ajuar del señor de la quinta, siendo los primeros usados por los criados y los segundos por los de la familia „ [4].

¿No indica esto claramente que los mencionados dólmenes per-

1 Hamard, *Études critiques d'Archéologie*, pág. 195.

2 Idem, *ibid.*, pág. 197.

3 Miln, *Fouilles faites à Carnac*, 1877.

4 Hamard, *l. cit.*, pág. 201.

tenecen á la misma época que la sobredicha quinta, y que por lo mismo no tienen la antigüedad extrema que vanamente les atribuyen los secuaces de la prehistoria? La mayor parte de las monedas halladas en los monumentos megalíticos de Carnac son de los últimos tiempos del Imperio romano; y así, es muy probable que no han sido erigidos sinó despues de haber sido ocupados aquellos lugares por los romanos. San Gregorio de Tours [1] refiere que en el siglo VI los bretones todavía conservaban la costumbre de erigir túmulos; los cuales en su mayor parte, por estar compuestos de criptas formadas con piedras brutas eran verdaderos dólmenes, sólo que no estaban soterrados como éstos, sinó dispuestos al aire libre. Los túmulos de Dinamarca, como los sepulcros de Gorm y de la reina Thyra sobre la costa oriental de Jutlandia, y el de Harald en la isla de Seeland, son tambien monumentos *megalíticos* en toda la fuerza de la palabra, y sin embargo pertenecen al siglo X de la era cristiana [2]. En Irlanda todavía se erigian dólmenes en el siglo V de nuestra era.

Lo mismo se diga de los *hunnebedden*, ó sepulcros de los hunos de Holanda, los cuales consisten en cámaras formadas con piedras brutas de grandes dimensiones, recubiertas con un gran monton de tierra en forma de montículo. Los proclamadores de la extrema antigüedad del género humano habian afirmado que estos montecillos, atendida su construccion sumamente tosca, y considerada la naturaleza de los objetos en ellos sepultados, debian contar una multitud muy grande de siglos; pero los estudios practicados sobre estos lugares han inducido á los sabios á juzgar que la mayor parte de estos monumentos no son anteriores á la época romana, y M. Pleyte, uno de los observadores que con más diligencia los ha examinado, hace descender algunos de ellos hasta el siglo V de la era cristiana [3]. Ántes de la llegada de los romanos casi todo el país de Holanda era anualmente inundado; despues se fué levantando con los depósitos abandonados por los bancos de hielo venidos de Noruega, y con los que acarreaban á aquellos lugares el Rin, el Mosa, el Escalda, el Ems y el Issel, y comenzó á ser habitado por los que construyeron los referidos monumentos, *gente bárbara y feroz*, como los llama Julio César [4]. A estos primeros habitantes su-

1 *Histor. Franc.*, IV, 4.
2 Fergusson, *Les monuments mégalithiques de tous les pays*, págs. 297 y 311.
3 Chabas, *Études sur l'antiquité historique*, etc., págs. 532 y siguientes.
4 César, *De bello gallico*, lib. IV.

cedieron más tarde los bátavos, sin arrojarlos empero del territorio; pues los vencidos vivieron mezclados con los vencedores, como consta de los túmulos fabricados por aquéllos en los primeros siglos del Cristianismo. Los objetos que se encuentran en estos túmulos son pedernales, ya casi del todo brutos, ya elegantemente pulimentados, y vasijas toscas y groseras en union con otros objetos de una civilizacion mucho más avanzada, y comprendida, segun escribe M. Pleyte, entre el primero y sexto siglo de la era cristiana [1].

La Sagrada Escritura nos ofrece tambien en el pueblo hebreo otra prueba de que este género de monumentos no lleva consigo la antigüedad que á su antojo han querido señalarles los partidarios de la prehistoria. Basta examinar algunos lugares de la Biblia para convencerse de esta verdad. Vea quien guste los siguientes: Genes., XXVIII, 18, XXXI, 45-52; Deuteron., XXVII, 2-5; Josué, VII, 26; VIII, 29; XXIV, 26; II Reg., XVIII, 17, donde hallará casi todos los monumentos de esta especie. El primero de estos lugares nos ofrece un *menhir* levantado por Jacob en honor de Dios Nuestro Señor. Cuando los hebreos pasaron el Jordan, tomaron del álveo del rio doce piedras, que despues fueron puestas en un lugar vecino como testimonio de aquel acontecimiento por órden del Señor, formando así un verdadero *cromlech*. Y como recuerdo de este mismo hecho, Josué mandó poner otras doce en aquella parte del rio donde los sacerdotes habian estado sustentando en hombros el arca santa [2].

Aún más: hoy mismo se usa este linaje de monumentos entre los indios [3]. Y esto nada tiene de extraño, porque es muy natural que hayan sido construidos en todos tiempos. Como observa muy bien el abate Hamard, " la idea de acumular piedras para perpetuar el recuerdo de un suceso, y sobre todo para fijar el lugar preciso donde descansan los restos venerandos de un pariente ó de un amigo, es la cosa más óbvia del mundo, y en todos los tiempos ha debido ocurrir á los hombres " [4].

Finalmente, para concluir esta cuestion de los monumentos megalíticos, basta nombrar el pueblo que los ha construido en Europa, y con esto solo se conocerá que no pueden datar de una época muy antigua. Este pueblo es sin género de duda el de los celtas, como

1 Chabas, *lugar citado*.
2 Josué, IV, 5-20. V. Chabas, *l. cit.*, págs. 484-489.
3 V. *Materiaux*, año de 1876, pág. 185.
4 Hamard, *Études critiques*, etc., pág. 85.

con argumentos irrefragables lo ha demostrado el abate Hamard [1], confirmando con ellos lo que ya se venia creyendo desde tiempo inmemorial entre los hombres. Nosotros no nos extenderemos en estas consideraciones por no hacernos excesivamente prolijos: véalas quien guste en el lugar que dejamos apuntado.

Por lo que mira á los palafitos, ninguna necesidad tenemos de añadir nada á lo dicho sobre los monumentos de que acabamos de tratar, siendo poco más ó ménos idénticos los objetos arqueológicos que en ellos han sido hallados. Basta notar que entre estos objetos tampoco han faltado las monedas romanas del tiempo de los Emperadores; que la fauna y la flora de estas estaciones, falsamente llamadas *prehistóricas*, son las mismas de hoy dia, señal manifiesta de que no ha debido transcurrir gran número de siglos entre ellas y nosotros.

Allí tambien, así como en los dólmenes, se han visto aparecer varias sustancias preciosas, como el jade, la jadeita, la callais y el ámbar, llevadas á aquellos lugares por los comerciantes del Asia; y en los palafitos tambien, como en los monumentos megalíticos, se ha observado la data sumamente reciente de algunos de ellos, pues en el lago Paladrú (Isère) duró el gusto de morar en habitaciones lacustres hasta la época de los Carlovingios, y Abulfeda menciona los palafitos de los cristianos en Siria en el siglo XIII [2].

Pues bien, se dirá: todo esto no prueba sinó que la edad neolítica se extendió en los pueblos septentrionales de Europa hasta la era cristiana, y que además, juntamente con la piedra bruñida, se usó entre ellos durante algunos siglos el pedernal sin pulimento alguno. Pero ántes de esto, ¿cuántos años no debieron transcurrir con sólo la piedra tallada? Los cuatro tipos que ha designado Mortillet requieren un tiempo inmenso para que lentamente se fuesen sucediendo entre los salvajes de Francia; porque los pueblos de esta especie no abandonan como quiera los usos y costumbres en órden á la forma de sus instrumentos, tanto bélicos como domésticos. ¿Y de dónde consta que los tales tipos se hayan sucedido el uno al otro? Todo eso no existe sinó en la fecunda imaginacion de nuestros adversarios,

1 Hamard, *Etudes critiques*, etc., págs. 81-84. (Véase el párrafo segundo de la disertacion preliminar puesta por el mismo autor á la traduccion francesa de la obra de Fergusson, intitulada: *Monuments mégalithiques*)

2 Véase en la *Revue des questions scientifiques* de Abril de 1877, pág. 417, el artículo de M. Arcelin *La classification préhistorique*.

que se forjan á placer sucesiones de formas paleolíticas para dar más extension á su pretendido hombre prehistórico. Que en alguna localidad hayan venido, una en pos de otra, algunas de las formas indicadas por Mortillet, bien se puede conceder, que en esto cabe tambien la moda, como en otras muchas cosas indiferentes; pero que esta sucesion se haya verificado en una extension considerable como la Francia, y por el motivo que alegan nuestros nuevos historiadores, fundando todos sus cálculos en la ineptitud de los salvajes mencionados para dar á sus instrumentos las tales formas en un breve espacio de tiempo, esto es lo que de ninguna manera es admisible. Por consiguiente, siendo por una parte muy nuevo el uso de la piedra pulimentada unido al de los pedernales sin labrar, y constando, por otra, que las formas de estos segundos han coexistido todas juntas en los lugares aludidos, es cosa manifiesta que no puede distar mucho de nuestra era la época de la piedra tallada perteneciente á los pueblos europeos, porque entre esta época y la siguiente no hay interrupcion alguna.

El hombre no tiene la procedencia monesca que una gran parte de estos autores aseguran, y así no carece de inteligencia para dar á las cosas de su uso la forma que más le agrade: basta que le venga en voluntad el hacerlo, teniendo tiempo para ello. Por tanto, dará esta forma ú otra á sus utensilios, segun le acomode, y áun buscará en algunos de ellos la elegancia, puliéndolos si tiene tiempo suficiente para ello. Así es que los hechos arqueológicos, como hemos visto, demuestran la coexistencia durante mucho tiempo de los simples pedazos de perdenal con las piedras pulimentadas, y áun con el bronce y el hierro. La de las múltiples formas de la edad paleolítica se ve por los datos siguientes, reunidos con este objeto por el abate Hamard: " En diversas localidades de las Landas, escribe el ilustre arqueólogo, han sido hallados *in situ*, y en los mismos yacimientos, los tipos de Saint-Acheul, de Moustier y de la Magdalena *(Revue Antropologique*, 1875, II.ᵉ *livr.)* En la gruta de Germolles, perteneciente á la comun de Mellecey (Saona y Loira) las hachas de Saint-Acheul, los raspadores de Moustier y los huesos tallados, característicos de la Magdalena, han aparecido todos juntos; lo que hace creer á Mortillet que ha habido allí alguna nueva recomposicion del terreno; tal es la manera ordinaria empleada por su escuela para explicar los hechos de esta naturaleza *(Ibid.*, 1875; I.ᵉʳ livr.) En Thorigné-en-Charnie (Mayenne), el abate Maillard ha hallado reunidos los raspadores de Moustier y los cuchillos de la

Magdalena (*Matériaux*, 1876, pág. 287). En el mismo Saint-Acheul, localidad cuyo estudio ha sido el punto de partida para la clasificacion de M. Mortillet, la forma mousteriana coexiste con la forma de almendra (*ibid.*, 1875, pág. 281). A orillas del Vezère, en Dordoña, las mismas grutas que se traen como características de las diversas épocas paleolíticas han presentado á M. Reverdit una frecuente mezcla de los diferentes tipos „ [1].

Así continúa el referido escritor designando la reunion de las sobredichas formas paleolíticas en Belcayre-Haut y Belcayre-Bas, en Balutie, en Arcy-sur-Cure, en Coincourt, en Sauvigny-les-Bois, en el mismo Museo de Saint-Germain, á pesar de las ideas preconcebidas con que ha sido dispuesto; en las estaciones cuaternarias de Pontlevoy, de Thenay y Sauvigny; en la gruta llamada de Excideuil (Dordoña), y finalmente en Solutré; donde dice que han sido hallados, juntamente con los objetos característicos de esta estacion, varios huesos tallados, hojas, raspadores, y hasta un silbato de falange de reno, absolutamente como en Laugerie-Basse y en Bruniquel, que son dos estaciones pertenecientes á la época magdalénica.

Añade más el mismo autor: " El órden de sucesion, dice, cuando existe, parece ser á veces lo inverso del propuesto por Mortillet. Así en Clichy, si hemos de creer á M. Reboux, las de la Magdalena se encuentran *debajo* del tipo de Saint-Acheul „ [2]. Despues de esto, concluye Hamard diciendo que " sería inútil insistir más en este punto de la clasificacion prehistórica, porque los numerosos contradictores que ha encontrado en el seno mismo de la escuela muestran bastante su inanidad „ [3].

En los mismos términos se expresa M. Chabas, diciendo: "Se encuentran en Solutré, estacion de la época del reno y del mammuth, cuchillos de pedernal, lanzas y raspadores, cuya perfeccion no ha sido superada en ninguna parte. La generalidad de los pedernales tallados, recogidos en el campo de Catenoy por M. Ponthieux, no presentan trazas de un trabajo más delicado que los de las grutas-abrigos de Rully y de Germolles, los cuales se hallan caracterizados por los restos del mammuth y del oso de las cavernas, y sin embargo, la estacion de Catenoy abunda en hachas pulimen-

1 Hamard, *Études critiques*, etc., págs. 125-126.
2 Idem, *ibid.*, págs. 126-127.
3 Idem, *ibid.*, pág. 127.

tadas. Los vastos talleres de Charbonnières, en el Maconnais, notados por M. de Ferry, y atribuidos á la época paleolítica, proporcionan en abundancia las hachas de piedra tallada del tipo cuaternario de Abbeville, y una multitud de objetos de este género, de un trabajo generalmente más tosco que el de los depósitos del Soma y del diluvio parisiense; pero al mismo tiempo se encuentran en la misma localidad, repartidos sobre la vasta superficie hoy dia desmontada, cuchillos, puntas, lanzas, flechas, y, sobre todo, raspadores de un trabajo perfecto„ [1].

Estos hechos hacen ver hasta la última evidencia la falsedad de la teoría ideada por M. de Mortillet. Así es que M. Arcelin, que en Abril de 1877 habia manifestado alguna adhesion á la clasificacion arqueológica de este naturalista [2], tres años más tarde, vistos los trabajos de M. Acy, dirigidos á refutar las ideas del fundador de las edades paleolíticas, ya se expresa en otra forma. "Las explicaciones de M. Acy, escribe en Abril de 1880, despues de insertar una larga carta que este sabio le había dirigido refutando las ideas de Mortillet, me parecen decisivas en lo concerniente al valle del Soma„ [3]. Por lo demas, M. Arcelin, tanto en uno como en otro artículo, dice que "el argumento arqueológico por sí solo es absolutamente insuficiente„ [4], y que "la sucesion entre las diversas edades prehistóricas no puede ser probada si no es por la stratigrafía„ [5]. Ya hemos visto cuál es el valor de la stratigrafía en la cuestion que al presente nos ocupa.

Con lo que dejamos escrito acerca del argumento arqueológico, bien podemos asegurar que, léjos de prestar apoyo alguno á los partidarios de la prehistoria, nos ofrece, por el contrario, motivos poderosos para afirmar que el uso de la piedra tallada en Europa por sí solo no nos autoriza para atribuir al género humano más que unos dos ó tres mil años anteriores á nuestra era. En efecto; si el empleo de los instrumentos de piedra bruñida y sin bruñir se extiende casi generalmente por todo el milenario anterior á la venida de Jesucristo, como de lo dicho se infiere, y con argumentos

1 Chabas, *l. cit.*, págs. 548-549.

2 *La classification préhistorique* par M. Adrien Arcelin; artículo publicado en la *Revue des questions scientifiques*, Abril 1877, pág. 403.

3 *La classification archéologique appliquée à l'époque quaternaire*, par M. Adrien Arcelin, en la citada *Revue* de Abril de 1880, pág. 624.

4 *La classification archéologique*, etc., pág. 627.

5 El mismo, en el artículo de Abril de 1877, *Revue des quest. scient.*, pág. 404.

irrefragables prueba M. Chabas [1], harto tiempo ciertamente dejamos á los referidos pueblos para que durante el milenario anterior, ó algunos siglos de él, usasen solamente la piedra tallada, si es que ha tenido jamás lugar en época alguna. Porque el uso de pulir los instrumentos es muy natural, y así no puede suceder que exista largo tiempo pueblo alguno sin pulirlos en alguna manera, siquiera sea imperfectamente. Pero ya es tiempo de que pasemos á examinar el tercer argumento de nuestros adversarios, fundado en los datos de la Paleontología.

1 Chabas, *Études sur l'antiquité historique*, etc., cap. VIII, págs. 158 y siguientes.

CAPÍTULO XXXIII

PROSIGUE LA MISMA MATERIA. DISCÚTENSE LOS ARGUMENTOS PALEONTOLÓGICOS DE LOS PREHISTÓRICOS.

El argumento paleontológico expuesto en toda su forma es el siguiente: El hombre ha sido contemporáneo de los grandes carniceros y paquidermos que constituyen la fauna cuaternaria de Europa, y que actualmente, ó no existen, ó se hallan confinados en climas muy diversos. Bien se atienda al tiempo transcurrido en adquirir la fauna pleistocena ó cuaternaria todo el desarrollo que nos revelan sus restos; bien al tiempo necesario para verificarse la emigracion y extincion de tantas especies; bien, finalmente, al inmenso espacio qne nos separa de la extincion definitiva de muchos tipos, no puede ponerse en duda que el hombre cuenta innumerables siglos de existencia. La coexistencia del hombre con los mamíferos emigrados; el espacio que suponen la evolucion, extincion y emigracion de muchas especies; el tiempo pasado desde la extincion completa de otras, son los tres argumentos generales sacados de la Paleontología para probar la remotísima edad del género humano sobre la tierra. Veamos cuál es su pretendida fuerza, examinando una por una las cuestiones que en sí encierran.

La coexistencia del hombre con las especies extinguidas ó emigradas comprende tres cuestiones: 1.ª ¿El hombre ha sido acaso contemporáneo de estas especies? 2.ª La evolucion, emigracion y extincion de los referidos tipos, ¿exigen los vastísimos períodos que se suponen? 3.ª ¿Cuál es el espacio transcurrido desde la extincion completa de muchas especies hasta nuestros dias? La respuesta á estas tres preguntas nos dará la solucion del argumento que del campo de la Paleontología nos traen los amantes de la prehistoria. Procuraremos darla con la mayor claridad posible.

Tres puntos se pueden considerar en la primera de las tres cuestiones propuestas. El primero es como sigue: La simultaneidad de yacimiento en los depósitos cuaternarios ¿prueba la coexistencia de las especies en el tiempo y en el espacio? Claro está que no: los fenómenos extraordinarios que se llevaron á cabo en el período cuaternario, y el modo especial de obrar que por precision debieron tener las corrientes diluviales, removiendo los terrenos por donde pasaban, arrastrando los restos en ellos contenidos, alterando y mezclando cosas que pertenecian á muy distantes edades y regiones, prueban hasta la última evidencia que la simultaneidad en el yacimiento cuaternario no lleva consigo la coexistencia dicha. Los aluviones no sólo barren los objetos que encuentran en la superficie, sinó que ademas abren grandes surcos en los lugares por donde pasan, y ejecutan un grande trabajo de erosion en las riberas de los arroyos y en las partes salientes que ponen obstáculos á su precipitada carrera. Con esto se ponen bien pronto al descubierto los terrenos de diferentes edades, y son arrebatados por las aguas torrenciales, que los dejan mezclados y confundidos en otros lugares muy distantes, como si todos ellos hubieran pertenecido á una misma época y se hubieran hallado en una misma localidad ántes de ser trasladados. Ademas, muchas veces sucede que por la accion de los varios agentes de la Naturaleza se corren las tierras superficiales depositadas en las vertientes de las montañas, y entónces aparecen otras de muy distintas épocas, las cuales son arrastradas con gran furia con los aluviones que de nuevo sobrevienen. Lo que hacen los corrimientos, ejecutan tambien los terremotos, los levantamientos y hundimientos, y otras mil causas existentes en la Naturaleza, y señaladas por los geólogos. Véanse sobre el particular, entre otros, á Cuvier [1], Paul de Gervais [2] y Philips [3], quienes tratan con más detencion esta materia.

El segundo punto se reduce á saber si el hombre ha coexistido ó no con *todas* las especies cuyos restos aparecen en los depósitos cuaternarios. En el estado presente de la ciencia, difícil es probar con argumentos convincentes ni una ni otra cosa. Los datos con que se cuenta para resolver esta cuestion no parecen del todo suficientes ó seguros. Es verdad que los huesos de estos animales han

1 Cuvier, *Les revolutions de la surface du globe*, pág. 131.

2 Paul de Gervais, *Recherches sur l'ancienneté de la période quaternaire*, p. 36.

3 V. Philips, *Addresse inaug. à l'Instit. Crit.*, 1868.

sido hallados en los mencionados depósitos juntamente con elementos paleontológicos ó arqueológicos humanos; pero ya hemos visto en el punto anterior que esta simultaneidad no lleva necesariamente consigo la coexistencia de que vamos tratando.

En opinion de M. Mortillet [1], "la simultaneidad del hombre y de las últimas especies extinguidas está ámplia, sólida é irrevocablemente probada con el descubrimiento de los productos industriales del hombre, mezclados en grande abundancia con los restos de los animales extinguidos ó emigrados en *capas cuaternarias intactas* y en los depósitos de cavernas nunca removidos por nadie." Pero, como observa sábiamente Moigno [2], ora hayan quedado intactos, ora no los tales depósitos, todos ellos son terrenos de transporte, acarreados las más de las veces por las aguas; donde por lo mismo la coexistencia en el yacimiento no es señal infalible de la simultaneidad en el tiempo ó en el espacio. Los materiales amontonados por los rios sumamente crecidos por fuerza deben pertenecer á diferentes épocas geológicas, ordinariamente hablando; porque las aguas en tales casos con su elevada altura se encuentran en el camino con capas de edades muy diversas. Esta es la causa por qué se suelen hallar en los tales terrenos dientes de estos animales, y no sus esqueletos. Dice muy bien á este propósito M. Barth. Gastaldi, citado por Mortillet en los *Materiaux* (t. III, p. 384), que haciendo abstraccion de los pedernales tallados con que á veces se encuentran mezclados los dientes del elefante primitivo, y considerando á estos últimos bajo el aspecto puramente paleontológico, se llega á la conclusion de que los tales dientes deben estar fuera de su lugar, y en un yacimiento que no es el suyo propio. "Porque si no, escribe, ¿cómo es que se encuentran solamente molares, y no esqueletos ó miembros enteros? En estas condiciones de esqueletos ó de miembros enteros es como se presentan por regla general los vertebrados, y más particularmente los mastodontes, los rinocerontes, los hipopótamos del valle del Arno en terrenos verdaderamente geológicos y depositados en su asiento con regularidad, los baleanópteros y los sirenoides de las capas pliocénicas en las lignitas de Leffé, los antracocerios de las miocénicas, los paleocerios del gipso, los saurios de los terrenos secundarios" [3].

1 *Materiaux*, tomo v, pág. 429.
2 *Les splendeurs de la Foi*, tomo II, pág. 874.
3 Moigno, *l. cit.*

Los que están por la simultaneidad mencionada dicen que además de esa coexistencia de yacimiento, hay otro argumento muy poderoso, cual es el haberse encontrado en algunos terrenos cuaternarios dibujos de mammuths y de otros animales coetáneos; lo cual, añaden, no ha podido hacerse sinó teniendo á la vista el animal delineado. Este argumento sería, en verdad, decisivo si pudiera probarse que los tales dibujos pertenecen realmente á la época que se les atribuye, y que no han sido trazados por algun falsario de nuestros tiempos. La perfeccion, empero, y valentía con que están hechos dan grandes motivos para sospechar esto segundo; no son una obra maestra en su género ciertamente, pero revelan no poco aprovechamiento en el arte de dibujar. ¿Cómo puede compaginarse esto con los toscos pedernales y demas instrumentos de piedra meramente cascada, ó simplemente tallada, propios de aquellos tiempos, segun el mismo parecer de estos antropólogos? Tanto más que en otros varios casos consta con toda certeza haberse cometido fraudes de esta especie, así en el presente como en los pasados siglos [1].

Pero, en fin, demos á nuestros adversarios, aunque sea sin pruebas irrefragables, lo que con tanta firmeza nos aseguran. Entre los mismos católicos no faltan autores verdaderamente graves y respetables que dan esta simultaneidad por un hecho cierto y averiguado. Oigamos al sabio egiptólogo y naturalista M. Chabas explicarse sobre este asunto: "Las dudas, escribe, que podia dejar en pié la presencia de huesos humanos ó de objetos industriales del hombre en los terrenos movibles del cuaternario antiguo, han desaparecido por completo con los descubrimientos, hoy dia tan numerosos, de estaciones donde los restos de la primera fauna cuaternaria se hallan asociados á huesos labrados, á pedernales tallados y á otros productos en que es imposible desconocer el trabajo del hombre. En la mayor parte de estas estaciones, principalmente en las grutas, no se puede atribuir esta asociacion á fenómeno geológico alguno posterior. Es preciso, por consiguiente, reconocer como cierto, y nosotros ya lo hemos reconocido, que el hombre ha sido contemporáneo del mastodonte, del mammuth, del oso y de la hiena gigantescos, y de otras clases de animales ahora extinguidas. No está menos comprobado que otros animales todavía existentes han habitado, al mismo tiempo que el hombre, en países donde al presente

1 V. Moigno, en el lugar citado.

no aparecen; tales son el reno, el hámster, el antílope, el leon, el canis lagopus, etc.

La comprobacion de estos hechos no modifica en nada los datos de la cuestion relativa á la antigüedad del hombre sobre la tierra; todavía nos queda que investigar si la desaparicion de ciertas razas animales implica necesariamente ó no una larga série de siglos „ [1].

Hasta aquí el citado autor; sus últimas palabras nos indican el punto capital de la cuestion. Ántes de entrar en él, sin embargo, es preciso que digamos dos palabras sobre el tercer punto, que, segun tengo dicho, se contiene en la que venimos tratando. El punto es el siguiente: dado que el hombre haya coexistido con las especies sobredichas, la contemporaneidad del hombre con estas especies ya extinguidas, ¿se extiende á todo el período de las mismas, ó sólo á su última época? Razones ciertas tampoco aquí las tenemos para afirmar lo uno ni lo otro. Pero si atendemos por una parte á los pocos hechos bien é imparcialmente observados que se presentan para probar la contemporaneidad de nuestra especie con los tipos extinguidos, y por otra á la falta completa de huesos humanos en los aluviones antiguos, parece bastante probable que el hombre no coexistió con los referidos animales en los tiempos primeros de las mencionadas especies. Aunque á decir verdad, este argumento, fundado en la ausencia de los tales huesos, tampoco lo tenemos por concluyente. Tambien los restos del mammuth y de los demás animales cuaternarios hallados en los susodichos terrenos son de un valor insignificante, por no presentar miembros enteros y por haber sido conducidos á aquellos lugares por las corrientes impetuosas de las aguas; y así, bien pudo suceder que el hombre coexistiera con las tales especies en toda la duracion de las mismas, sin que á los terrenos de aluvion antiguo hayan llegado huesos de hombre, como no han llegado tampoco esqueletos ni miembros enteros del mammuth ó de los otros animales. Aunque todas estas especies extinguidas hayan coexistido con el hombre desde su primera existencia en el mundo, ó cuando ménos desde el principio del período cuaternario, producido probablemente por el diluvio mosáico, segun dejamos observado en otra parte [2], no por eso deberán hallarse nece-

1 Chabas, *Études sur l'antiquité*, etc., cap. VIII, pár. 5, págs. 566-567.

2 Véase lo que dejamos escrito sobre este particular en el cap. XVI al hablar del diluvio.

sariamente los huesos humanos en los aluviones más profundos. Estos, naturalmente, deben contener en su seno á los objetos más pesados, cuales son sin duda los instrumentos de piedra usados á la sazon por el hombre, y los molares del mammuth; y sólo más arriba, encima de los referidos objetos, pueden aparecer los huesos humanos, los cuales son relativamente mucho más ligeros, y por lo mismo, al ser arrastrados por las aguas juntamente con los molares y los pedernales en cuestion, han debido quedar sobrepuestos á entrambos en el término de su carrera.

A esto podríamos añadir que no es del todo absoluta, segun algunos, la ausencia de huesos humanos en estos lugares; pero nos abstendremos de aducir este argumento, porque la mandíbula de Moulin Quignon, hallada por M. de Perthes cerca de Abbeville, en Francia, y otros objetos semejantes que se alegan á este propósito, tienen muy poco valor científico; ya por ser considerados entre los sabios como supositicios y fraudulentos [1], ya tambien porque probabilísimamente han sido introducidos en ellos más tarde por la mano del hombre, ó por los agentes de la naturaleza, que han removido de nuevo los terrenos y los han dejado en un órden enteramente invertido.

En resúmen: de todo lo visto en esta primera cuestion se infiere que, habida consideracion de los fenómenos pertenecientes al *solo* período cuaternario, nos es imposible saber con certeza si el hombre y los animales susodichos han coexistido ó no durante el mencionado período ú otro cualquiera, y que esta nuestra ignorancia se extiende hasta no poder determinar á punto fijo si los restos de las especies ya extinguidas y los elementos arqueológicos humanos se refieren á animales y á hombres del referido período ó de una época más antigua. La razon de ello es porque los aluviones juntan en uno objetos de lugares y tiempos muy diversos; y así ha podido suceder muy bien que los animales sobredichos estén separados en el tiempo de los hombres llamados cuaternarios por medio de una

1 La famosa mandíbula de Moulin Quignon, que tanta materia dió á las discusiones de los sabios los años pasados, puede ser ya considerada como una moneda de mala ley fraudulentamente introducida en el campo de la ciencia por quien, ó deseaba adquirir con ella moneda verdadera, ó se quiso divertir á costa de los que andaban en busca de hallazgos de esta especie. El doctor Evans, en su obra intitulada: *Ancient stone implements*, pág. 617, decia el año de 1872: "Yo ya he pronunciado sobre ella mi *requiescat in pace* en el *Athenaeum* de 4 de Julio de 1869. No hay que tratar ya de este objeto. . V. Moigno *Les splendeurs de la Foi*, tomo II, pág. 764-768.

gran serie de siglos, ó que unos y otros hayan vivido juntos así ántes como despues del diluvio.

Pero para que no digan nuestros adversarios que andamos con ellos por extremo rigurosos, démosles muestras de verdadera generosidad concediéndoles cuanto sin pruebas suficientes tienen por cierto, á saber: que el hombre ha existido con las especies ya extinguidas del período cuaternario desde el principio de dicho período. Con esto empero no habrán adelantado nada todavía en el asunto de que vamos tratando, si no nos prueban al mismo tiempo que este período ha sido de muy larga duracion; lo cual no podrán conseguir jamás, porque consta precisamente lo contrario, segun se infiere de lo que dejamos escrito. Más arriba, en efecto, hemos traido pruebas irrefragables sobre este asunto, y hemos citado además en nuestro favor los nombres de respetabilísimos geólogos, cuyas conclusiones científicas concuerdan perfectamente con nuestras ideas. Uno de ellos, el ingeniero Belgrand, resume así sus completos y concienzudos estudios sobre el Sena: " El relieve actual del álveo del Sena es debido á unas grandes corrientes de agua, probablemente *de muy corta duracion*, que han surcado el valle de arriba abajo, despues de haber sido depositados los terrenos miocenos. „ Chabas tambien resume los suyos sobre el Saona, diciendo que " estos yacimientos no pueden remontarse más allá del año 1000 ántes de nuestra era „ [1].

Pero aún tenemos otra razon poderosa que tiende á confirmar esto mismo, la cual se halla contenida en la enunciacion de la segunda cuestion que nos hemos propuesto tratar acerca del argumento paleontológico. En efecto, esta proposicion es la siguiente: Ni la evolucion numérica, ni la emigración y extincion de las especies cuaternarias, exigen un espacio de tiempo muy extenso; ántes bien las especies domésticas, cuyos restos se hallan confundidos con los de las otras llamadas cuaternarias, prueban la corta duracion del mismo. Comencemos por la primera parte de esta proposicion. La evolucion numérica de una especie no es proporcional al tiempo en que se la quiera hacer existir, sinó á las condiciones de existencia en que se halla colocada. Si estas condiciones son favorables, en breve tiempo puede adquirir un grande desarrollo. Buen ejemplo tenemos de esto, entre otros muchos que se pudieran aducir, en las especies domésticas importadas en América por los europeos. Los

1 Chabas, *Études sur l'antiquité historique*, etc., págs. 518-519.

bueyes adquirieron en aquellos países tan prodigiosas proporciones en la propagacion de su especie, que en pocos años se vieron inundadas de ellos las campiñas. Lo mismo sucedió con los caballos, los cuales, recobrado el estado de su primera libertad, se multiplicaron en breve de una manera portentosa. Pero no tenemos necesidad de recurrir á estos fenómenos para explicar la evolucion que tuvieron las mencionadas especies en los tiempos cuaternarios. Los restos de ellos hallados en los terrenos pertenecientes á aquella época, no indican que fuese á la sazon muy grande el número de sus indivíduos. Por consiguiente, bien podemos pasar á la segunda parte de nuestro aserto, relativa á la extincion y emigracion de las especies sobredichas.

Mas ¿qué pueden probar ni una ni otra en favor de la suma antigüedad del hombre, cuando sabemos que en brevísimo espacio de tiempo han desaparecido del globo faunas enteras, ó emigrado á otro país puesto en mejores condiciones para la conservacion de su existencia? Dos solos siglos han bastado para que la fauna del África, perfectamente semejante á la cuaternaria del Norte de Europa, desapareciese merced á la influencia del hombre civilizado. Cuando los colonos ingleses llegaron al Cabo de Buena Esperanza, habitaban todavía en aquellos países el leon, el elefante, el rinoceronte, el anta y otros mamíferos que ahora ya han desaparecido. Aunque los salvajes del Norte hayan empleado en la destruccion de las especies mencionadas, no dos siglos, ni doce, sino veinte, ó sea dos mil años, que harto concederles es para obtener el mismo objeto, no teniendo en todo ese tiempo otro oficio que el de la caza, ni hallando en otro género de vida medios de subsistencia; no hallaremos ser necesario un grande espacio de tiempo para la explicacion del fenómeno que vamos examinando.

En ménos de dos siglos, como lo ha demostrado Mr. Milne Edward en una memoria intitulada: *Recherches sur la faune ancienne de l'île Rodrigues*, y presentada por el célebre naturalista á la Academia de Ciencias, una muy grande multitud de especies vivientes, así animales como vegetales, ha quedado extinguida, y casi en el estado de fósil [1]. Ocho ó diez siglos han bastado para hacer desaparecer completamente al elefante de la Mesopotamia, acantonándolo en la region de la India [2]. En la isla Mauricio, próxima á

1 Véase sobre esto la obra de Hamard: *Études critiques. Supplément*, etc., página 66.

2 Chabas, *Études sur l'antiquité*, etc. *Stations préhistoriques*, pág. 576.

la isla Rodriguez, de que acabamos de hablar, y situada como ella en el Océano Índico, desapareció el *dronte* en el siglo XVII, y en una época enteramente reciente ha quedado extinguido el *moa* en Nueva-Zelandia. Aún más: el leon, tan abundante en tiempo de los romanos, que reunian centenares de estos animales para los juegos del circo, ahora ha desaparecido conpletamente de Europa; y en los lugares donde habita va mermando cada dia su número, merced á la accion destructora del hombre; de suerte que no tardará mucho en desaparecer por completo, si no se pone especial cuidado en conservarlo. Esto mismo sucederá bien pronto á la ballena, que en tiempo de San Alberto Magno se veia perseguida por los pescadores en el estrecho de la Mancha, y ahora se halla arrinconada en los helados mares del Norte, próxima á perecer por completo. Desde ahora mismo se puede prever la época, dice Mr. Alfonso Milne Edward, en que tanto una gran multitud de aves apteras y de grandes cetáceos, como ciertas especies de focas y de otarias ó leones marinos, serán del todo aniquiladas por el hombre. Ni puede ser ménos, porque un solo navío americano capturó unas 20.000 otarias en las costas de la Patagonia en dos meses el año de 1821.

La rhytina, perteneciente á la familia de los sirenidos, y descubierta en los mares del Norte en 1741, ha desaparecido en veintisiete años [1]. Si el reno permanece hoy todavía en las regiones boreales de Europa, esto se debe á que el hombre ha juzgado más conveniente conservarle la vida que aniquilarlo; de otra suerte, ya hace muchos siglos que hubiera pertenecido á las especies extinguidas.

Estos hechos sirven para probar la suma brevedad de tiempo en que ha podido ser llevado á cabo, con la mano mortífera del hombre, así el exterminio completo de las especies mencionadas, como el parcial, resultando de aquí que ó no existiesen ya en parte alguna animales de esta clase, ó quedasen acantonados en alguna determinada region, donde, no sufriendo una persecucion tan viva por parte del hombre, se propagasen libremente por espacio de varios siglos con una constitucion orgánica acomodada tan sólo á aquel determinado pais. Esto es lo que ha sucedido con el reno y con otros linajes de animales que en los tiempos pasados ocupaban una área de habitacion mucho más dilatada que la presente, y que ahora se hallan contenidos en lugares más limitados, siendo esta la causa de que algunos digan que *han emigrado*. Si el reno no hubiera sufri-

[1] Véase la *Revue de Deux Mondes*, 1866, tomo LXIV, pág. 221.

do en Francia y Alemania la persecucion que allí le acarreó la muerte, hubiera vivido ahora en estas regiones como vivia en tiempo de Julio César [1]. Si el que vive hoy dia no puede pasar en Rusia del paralelo 63, esto no se debe sinó á que sus progenitores siempre vivieron en las heladas regiones del Norte, no sólo en tiempo de Julio César, sinó tambien mucho ántes. Buena prueba de ello es el que en las Tongusas baja hasta el paralelo 50, y aún más al Sur todavía, y en América hasta el 45, ó sea á la misma latitud que ocupaba en la Selva Negra al llegar á ella con sus legiones el sobredicho Emperador romano.

" En vista de esto, escribe Chabas, no será necesario hacer hipótesis muy atrevidas sobre las variaciones climatológicas de Europa, ni sobre los cambios de la especie animal, para admitir que el reno ha vivido hace unos dos mil años á 49 y áun 44 grados de latitud en el Mediodía de Francia. Su emigracion hácia el Norte en veinte siglos no lo ha llevado más léjos que la suya al hipopótamo en siete hácia el Ecuador. Aclimatado en las regiones tropicales el hipopótamo, no viviria hoy ya en las embocaduras del Nilo sinó mediante nuevos períodos de aclimatacion, los cuales serian tambien indispensables para traer á nuestras regiones el reno polar " [2].

En efecto, el hipopótamo, que no pasa hoy dia del grado 19 de latitud, era cazado por los antiguos egipcios en las lagunas del bajo Egipto; y en tiempo de Abd-el-Latif, vivia todavía en el brazo de Damieta. Otro tanto sucede al cocodrilo; hoy no pasa del 27 paralelo, miéntras que hace unos treinta siglos habitaba en las bocas del Nilo.

Aún más: en tiempos históricos abundaba la Macedonia en leones, aurochs y osos, así como tambien en boas la Calabria; y ahora estos animales se hallan confinados á otras regiones. Y para citar un ejemplo todavía más reciente, apénas se han pasado dos siglos desde que los habitantes de Aulas obtenian de su señor permiso para cazar en los Cevennes (Francia) el ciervo, el jabalí, el oso, el lobo, etcétera [3]. Por lo cual se ve cuán infundadamente exigen los partidarios de la prehistoria una inmensa multitud de años para la extincion universal ó local de las especies llamadas cuaternarias. Basta que el

1 César, *De bello gallico*, lib. VI, cap. XXVI.

2 Chabas, *l. cit. Stations préhistoriques*, pág. 570.

3 Cazalis de Fondouce, *Derniers temps de l'âge de la pierre polie dans l'Aveyron* pág. 72 (Citado por Chabas, *l. cit.*, pág. 570).

hombre se empeñe en ello, y se empeña siempre que de su accion destructora reporta alguna utilidad notable, para que en breve tiempo acabe con las fieras que habitan en la comarca donde él ha querido fijar su residencia. Por eso se dice con razon que á medida que en un lugar van aumentando las especies domésticas, disminuyen las salvajes; porque el hombre no halla interés, sinó por el contrario muchos inconvenientes en que sigan viviendo, y áun procura darles caza hasta que llega á extirparlas por completo. Y esto cabalmente es lo que nos cuentan las historias de los pueblos, envueltas á veces en las ficciones de la fábula. De Hércules y otros héroes antiguos se escribe que limpiaron la tierra de mónstruos, y lo mismo se dice de otros personajes históricos. Estos mónstruos no eran sinó las fieras alimañas que infestaban las comarcas, y que por consiguiente, al entrar en ellas el hombre, debian desaparecer bajo el influjo de su mortífera accion como séres dañinos que estaban contínuamente poniendo en grave peligro su vida.

Pero hemos dicho ademas que las especies domésticas, con las cuales se hallan mezcladas en los depósitos cuaternarios antiguos, son una señal inequívoca de la data reciente de estos animales. Efectivamente, las especies domésticas indican un estado social bastante avanzado en el hombre que las propaga, por confesion de nuestros mismos adversarios; y siendo las mismas que ahora poseemos, revelan una época separada de la nuestra por un espacio de tiempo tan breve, que no puede contar sinó, cuando más, algunos cuantos miles de años. Ahora bien; juntamente con las especies llamadas cuaternarias han aparecido en los yacimientos más antiguos gran multitud de nuestras especies domésticas. El buey, el carnero, el puerco, la cabra, la oveja, etc., han sido hallados en estos depósitos al lado de las otras especies en cuya extincion ó emigracion pretenden fundar nuestros filósofos flamantes la remotísima antigüedad del hombre. Oigamos á los señores Steenstrup y Dupont discurrir sobre esta materia: "Entre los huesos, objetaba el primero de ellos al segundo en el Congreso de Bruselas de 1872 (*Compte-rendu*, pág. 211), entre los huesos que, juntamente con los de los antiguos paquidermos, han sido extraidos de las capas pertenecientes á las edades del mammuth y del reno, á las de los restos de cocina y de la piedra pulimentada, se encuentra un número bastante considerable de los que caracterizan á los animales domésticos, como el buey, la cabra, la oveja, el puerco. Yo, por mi parte, no he podido hallar distincion alguna entre estos huesos y los de las especies actuales, ni

cuando los examiné durante mi permanencia en Bélgica, ni cuando más tarde comparé mis notas con las colecciones de Copenhague. En presencia de estos hallazgos, que para mí son hechos zoológicos, y en presencia de estas estratificaciones en las cavernas, que son para nuestro amigo Dupont hechos geognósticos sobre los cuales establece este sabio su cálculo cronológico en órden á los restos orgánicos de las cavernas, yo no puedo llegar sinó á este resultado: es preciso admitir que los restos de los animales domésticos suben hasta la misma época, y que por tanto los pueblos del mammuth y del reno han poseido tambien la mayor parte de nuestros animales domésticos ó han podido procurárselos de los pueblos vecinos, por ejemplo, robándolos. Mas de cualquiera manera que los animales domésticos hayan llegado á sus manos, la presencia de estos restos en las cavernas prueba, á mi ver, que la civilizacion del período del mammuth y del reno no puede en modo alguno tener la fisonomía que se le atribuye, ni ir tan allá como se supone.„

A esto responde M. Dupont (*l. cit.*, pág. 211): " Es cierto que afirmar la existencia en Bélgica de cincuenta y dos especies de mamíferos durante una misma época, la época del mammuth, declarar que juntamente con las especies hoy dia existentes en este país habitaban otras veintiocho, cuyos tipos genéricos ó específicos no viven ya, ó viven sólo en regiones distintas, es plantear un problema de geografía bien extraño y evidentemente de los más complicados. Sin embargo, estos son hechos definitivamente demostrados, cuya explicacion debemos intentar sin atrevernos á negar su posibilidad. „ Más adelante, en la pág. 225, hace extensivo Dupont este fenómeno á otros muchos puntos de Europa, diciendo: " No se debe perder de vista que la fauna llamada de la edad del mammuth, y que comprendia en Bélgica más de cincuenta y dos especies de mamíferos, no era especial á nuestra region. Es cosa sabida que se la encuentra en los aluviones exteriores y en las cavernas de Inglaterra y Francia, en las del Norte de Italia y de Austria, en los alrededores de Odessa, en Alemania y hasta en la misma Siberia „ [1].

Estos descubrimientos notados por Steenstrup y Dupont, no sólo indican la edad reciente de los depósitos cuaternarios en cuyo seno han sido halladas las especies extinguidas ó emigradas de que vamos tratando, sinó que ademas quitan á nuestros adversarios un arma á que se les ha visto recurrir con gran frecuencia para confirmar sus

1 Moigno, *Les splendeurs de la Foi*, tomo II, pág. 880.

propias ideas. Esta es la multiplicidad de edades sucesivas que solían establecer en las faunas antiguas, de la misma manera que en la industria de los hombres correspondiente á cada una de ellas. La edad del mammuth, la edad del oso gigantesco, la edad del reno, puestas una en pos de otra por los paleontólogos Lyell, Lartet, Lubbock, Dupont y otros, han venido á confundirse en una sola por hallarse juntos en unos mismos yacimientos los restos de los animales pertenecientes á todas ellas; como hemos visto refundirse tambien en una sola todas las edades arqueológicas, hallando la piedra con toda su variedad de formas asociada á los metales en una gran multitud de estaciones reputadas prehistóricas. Oigamos á M. Fraas explicarse sobre este asunto en los siguientes términos: "Háse hablado, dice, de la época glacial, de la edad del *elephas antiquus*, del mammuth, del reno. Esto se habrá visto quizás en Francia, mas en Alemania no sucede así: allí no hay ni edad del mammuth, ni edad del oso, ni edad del reno. Todos estos animales vivian y eran comidos por el hombre en la misma época. Sus restos están mezclados en la gruta de Hohlenfels, y lo que allí falta es la fauna moderna: el ciervo, la bicerra, el carnero, etc. Se ha hablado de pedernales cuaternarios. ¿Qué es eso? Bien se puede ver en Bélgica que no ha faltado la vajilla en los tiempos del reno y del mammuth, y que las cosas han pasado allí como en Alemania y en Francia " [1].

Estas palabras de M. Fraas, y las que á este propósito escribe el P. Haté en el artículo que acabamos de citar, nos ponen en camino para resolver la tercera de las tres cuestiones propuestas al comenzar el exámen del argumento paleontológico. ¿Cuál es el espacio, decíamos entónces, transcurrido desde la extincion completa de muchas especies hasta nuestros días? Desde luego se advierte que no habiendo existido sinó en la imaginacion de los afiliados á la escuela moderna sucesion alguna de edades paleontológicas, ni arqueológicas, el tiempo transcurrido desde que perecieron por completo ciertas especies llamadas cuaternarias no puede ser muy grande. El doctor Fraas es de parecer que todavía vivian en Alemania en tiempo de Julio César. " En 1860, escribe el P. Haté [2], M. Fraas descubrió en el Hohlenfels, caverna del valle del Ach, en Suabia, pedernales de forma reciente, y pedazos de vasijas mezclados con

1 Véase sobre esta misma materia un excelente artículo del P. Haté, publicado en los *Études* de 1875, livraison d'Avril, pág. 545 y siguientes.

2 *Études religieuses*, etc., *l. cit.*, pág. 561, nota.

una grande cantidad de huesos, todo en la misma capa. Los huesos, algunos de los cuales llevan señales evidentes de percusion, hicieron claramente reconocer la fauna del mammuth y la del reno. Así, los habitantes del Achthal vivian con el mammuth, el reno, el oso de las cavernas, el leon, etc. A pesar de esto, el sabio osteólogo no cree que su emigracion á Alemania suba más arriba de mil años ántes de la era cristiana. Por lo demas, él opina que el mammuth y el leon han debido subsistir áun en el periodo histórico, en tiempo de los germanos y de César. „ Luégo trae á renglon seguido el testimonio de otro naturalista aleman, M. Thomé, nada sospechoso de clericalismo, el cual confirma plenamente las ideas de este autor. " Hé aquí, escribe, cómo juzga otro sabio al Dr. Fraas en la *Revue trimestrielle des sciences naturelles*, publicada por la Redaccion del periódico científico *La Gaea*.„ (t. I, *Histoire primitive* par Th. (Thomé) 1873.) " A M. Fraas, dice, pertenece la gloria de haber sido el primero en combatir con razones científicas y con grande fuerza las teorías exageradas que tendian á hacer muy anteriores á la aurora de la historia de Asiria y de Egipto los productos de industria hallados en las cavernas (Pág. 121). „ En cuanto á sus conclusiones, añade el P. Haté: " M. Thomé las adopta enteramente diciendo que al presente no es ya posible dudar que los cazadores de renos de las cavernas de Suabia, y generalmente de la Europa central, hayan vivido en una época que presentaba en otras regiones del globo Estados ya regularmente constituidos con una civilizacion avanzada. Con mucha más razon es preciso decir esto mismo de la edad que nos ha dejado los kjokkenmoddingos, los restos sepultados en los turbales y en las construcciones lacustres. Podemos proclamarlo muy alto: las datas atribuidas en los principios á estos objetos no han sido sinó *una colosal fantasmagoría* (Pág. 128). „ Así el aleman arriba citado, nada sospechoso de clericalismo. Lo mismo ha opinado Mr. Schaafhausen, uno de los más distinguidos naturalistas de Alemania, en el Congreso de Antropología celebrado en Salzbourg (Austria) recientemente[1].

A todos estos ilustres sabios alemanes hay que añadir el gran egiptólogo y no menor naturalista francés M. Chabas, quien para probar precisamente esta verdad ha compuesto y publicado un libro cuyas páginas han sido con frecuencia citadas en este escrito. Al tratar especialmente sobre esta materia, nota muy bien el distinguido

1 V. *La Controverse*, Janvier 1882, pág. 60.

autor que "ni la masa de tierra caida con que estaba cubierta la entrada de las grutas de Rully y de Germolles, donde han sido hallados los restos del mammuth y del oso gigantesco asociados á los del reno, ni el espesor del terreno de transporte que existe ante estas grutas, exigen gran multitud de siglos para su formación„ [1]: á lo cual añade que "en Chassey, para recoger las hachas bruñidas, las hermosas flechas aladas y la variada vajilla de tierra, pertenecientes, sin género alguno de duda, á la época céltica ante-romana, se cava hasta sesenta ú ochenta centímetros de profundidad, y á veces todavía más„ [2]. Observa en seguida que "á esta misma profundidad aparecen delante de las gradas de Rully y de Germolles los restos del mammuth, del oso de las cavernas, del reno, etc., y que no es necesario cavar más hondo en Solutré„ [3]. Finalmente, despues de advertir que "en todo caso, ni el relleno de las cavernas, ni el levantamiento del suelo costanero obedecen á leyes fijas, no siendo por lo mismo posible hallar en ellos señales cronológicas que ofrezcan el más mínimo viso de certidumbre„ [4], pasa á otro género de reflexiones que puedan arrojar una luz más viva y esplendorosa sobre este asunto. Las emigraciones recientes de algunos animales, la desaparicion completa del elefante del Asia central y occidental, no muy diferente del mammuth, llevada á cabo en tiempos posteriores á Totmes III, de la décimoctava dinastía egipcia, y otros argumentos no ménos poderosos son las razones principales en que funda la reciente extincion del mammuth, del oso de las cavernas y de otros animales, moradores en otros tiempos de varias regiones de Europa.

Nada ménos que ciento veinte elefantes, dice un oficial del sobredicho Rey, cazaron de una vez en el territorio de Nínive, segun se halla escrito en una inscripcion de Egipto de aquellos tiempos citada por el referido escritor [5], para que se vea lo abundantes que eran entónces en aquella region estos animales. Y no se crea que sólo Nínive los criase; porque, como observa muy bien el mismo autor á este propósito, en la inscripcion "no nos es señalada la region de Nínive como un último límite, sinó solamente como un punto sobre el cual era entónces comun el elefante; pudiéndose por

1 Chabas, *Études de l'antiquité historique*, etc. *Stations préhistoriques*, pág. 567.
2 Idem, *ibid.*
3 Idem, *ibid.*
4 Idem, *ibid.*, pág. 568.
5 Idem, *ibid.*, pág. 574.

consecuencia inferir legítimamente de este hecho que dicho animal penetraba á la sazon hasta el Tauro, y probablemente hasta las riberas del mar Negro, y áun hasta las orillas del Mediterráneo, en la Alta Siria, en el Asia Menor, en la Armenia, etc.„ [1]. Por lo cual, con razon, podemos suponer que los tales elefantes pertenecian á la misma variedad del mammuth, porque el elefante en las regiones frías necesita de un buen manto velloso que lo proteja contra los rigores del invierno, como vemos haberlo poseido el mammuth, y las regiones que acabamos de nombrar eran sumamente frías en aquella época, tanto que áun mil setecientos años más tarde, en tiempo de Ovidio, una gran parte del mar Negro se helaba de suerte que podian caminar sobre él los hombres á caballo, y áun los mismos bueyes con sus carros [2].

Ciertamente, cuando se considera que los huesos del mammuth se encuentran asociados á los de nuestras especies domésticas, así en Alemania, como en Bélgica, Francia, y sobre todo en Inglaterra, como consta de lo que llevamos escrito, y de los testimonios de Lyell [3] y de Southall [4]; cuando se atiende al hecho incontestable de que los yacimientos de los mismos son, no sólo los terrenos antiguos, sinó tambien los de data muy reciente, como el lehem de nuestros valles, y los aluviones relativamente modernos de nuestros rios; cuando se advierte que en los depósitos auríferos de California han sido hallados los restos de este animal juntamente con los del mastodonte, asociados á objetos de industria humana tan notables como los morteros con sus manos correspondientes, las cucharas de esteaita, las puntas de lanza, los anillos, flechas y agujas de piedra, etc., y que en la Luisiana estaban dos piés más abajo que las hachas de piedra, que las horquillas de madera, que los restos de cuerda, y que los fragmentos bien conservados de un cesto de caña [5]; cuando se piensa, finalmente, en los mammuths enteros y frescos que nos ha revelado en este mismo siglo la Siberia, y en los muchos huesos de cuadrúpedo que existen en el Norte de América sobre la superficie, todavía despidiendo olor y recientemente despojados de su carne; bien se puede asegurar con pleno asentimiento

1 Chabas, *Études de l'antiquité historique*, pág. 575.
2 Ovidio, lib. III *Tristium*, eleg. 10.
3 Lyell, *Principes de Géologie*, trad. franc., tomo I, pág. 710.
4 Southall, *The recent origin of man*, 1875, pág. 325.
5 *Comptes-rendus du Congr. préhist.* Paris, 1867, págs. 100-101. (Citado por Chabas, *Études*, pág. 572.)

que si el mammuth no vive todavía en el globo, no debe hacer muchos siglos que ha desaparecido de él, porque tal conjunto de circunstancias no permite juzgar otra cosa.

Tanto más que el reno y el uro ó buey primigenio, pertenecientes á los mismos tiempos de este animal, habitaban la Selva Hercinia en la época de Julio César, como con argumentos irrefragables lo prueba Hamard en el *Suplemento* á sus *Estudios críticos de Arqueología* [1]; y del uro hay que añadir ademas que su existencia se prolongó en las Galias hasta entrada la Edad Media, y quizá hasta el fin de ella, pues hacen mencion de él en el siglo VI, como de un animal existente á la sazon, San Gregorio de Tours y Venancio Fortunato. Carlo Magno lo cazó en 805 en la Selva Negra [2], y consta por numerosos testimonios recogidos por Gérard [3] que en Alemania duró, juntamente con el bisonte ú orochs, lo ménos hasta el siglo XVIII.

Lo que acabamos de escribir del mammuth lo podemos asegurar en la misma forma del rinoceronte, inseparable compañero del elefante en todos tiempos. "La historia, escribe Hamard, permanece muda en órden á la presencia de este animal en nuestras regiones; pero la Arqueología nos lo ha mostrado, como al elefante, en las tierras heladas de la Siberia, todavía revestido de su carne, de su piel y del manto que lo defendía del frío„ [4].

En cuanto al oso de las cavernas, su diferencia de los actuales no se funda sinó en la talla: era más corpulento que los de ahora, lo cual no es razon para que lo consideremos como de especie distinta, sinó como una simple variedad, y éste era tambien el juicio del gran naturalista Blainville. Ahora bien; los osos duran todavía en Asturias, en los Pirineos, en los Alpes y en Francia; ademas, numerosos documentos atestiguan que se conservó en los Vosgos y en Alsacia hasta el siglo XVIII. La mayor corpulencia le debió provenir sin duda al oso de las cavernas del mayor salvajismo de los lugares en que habitaba, de la mayor libertad que entónces disfrutaba, y de las otras circunstancias de lugar y tiempo que pudieron contribuir á un desarrollo especial de todos sus miembros; circunstancias que duraron ciertamente por todo el Norte de Europa,

1 Hamard, *Études critiques*, etc. *Supplément*, etc., pág. 173 y siguientes.
2 Eckhart, *Franc. orient.*, cap. II, pág. 32.
3 Gérard, *Essai d'une faune historique*, pág. 383.
4 Hamard, *l. cit.*, págs. 172-173.

inclusas las Galias, en todo el tiempo anterior á la era cristiana y áun durante algunos siglos de ella.

Finalmente, por lo que respecta al hipopótamo, ya hemos observado que por los tiempos de Abd-el-Latif vivia en Egipto, en el brazo de Damieta, es decir, más al Norte del 30° paralelo. Bien pudo ser que en los tiempos cuaternarios ocupase una área de habitacion más extensa, existiendo en Europa y en la India algunas variedades de este animal acomodadas á las condiciones topográficas del país, como sabemos haber sucedido esto mismo con el mammuth, que es una simple variedad de la especie elefantina, segun opina Blainville, y no una verdadera especie aparte [1]. Despues, la persecucion viva que sufriria por parte del hombre acabaria con estas variedades, quedando solamente la que ahora existe en el Nilo.

1 Hamard, *Études critiques*, etc., págs. 11 y siguientes.

CAPÍTULO XXXIV

CONCLUYE LA MATERIA RELATIVA Á LA ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE. DISCÚTENSE LOS ARGUMENTOS ANTROPOLÓGICOS DE LOS PREHISTÓRICOS. CRONOLOGÍA DE LA BIBLIA.

Vengamos ya al cuarto y último argumento de nuestros adversarios, sacado de la craneología comparada. Sobre él poco tenemos que observar, habiendo refutado en los dos capítulos antecedentes las ideas darwinianas ó evolutistas que le sirven de principal apoyo, y habiendo probado en ellos con hechos positivos, pertenecientes tanto al reino animal como al humano, que se pueden muy bien formar las razas en un corto número de siglos. M. de Quatrefages, que tan hermosamente ha combatido en sus escritos las doctrinas de Darwin, aquí, al tratar de la antigüedad del hombre, parece que se olvida de sí mismo, y asienta que la multiplicidad de razas en el género humano no se puede explicar sin un desarrollo lento é insensible, ejecutado por el hombre en un número incalculable de años. Así es que llega á admitir sin dificultad alguna hasta el hombre terciario. Este proceso lento, sin embargo, en la formacion de las razas humanas, es para este sabio una mera suposicion *a priori*, y nada más. De Quatrefages no la prueba con argumentos científicos, ni puede probarla tampoco, porque la experiencia le es contraria en muchos casos; y si en otros puede parecer algun tanto favorable á sus ideas, esto no proviene sinó de que no se pone la debida atencion en la naturaleza así de los hechos como de las causas que los producen.

Una vez formados los tipos, no es tan fácil transformarlos como cuando todavía no ha sido determinada la accion de la naturaleza, haciéndole seguir alguna direccion particular. Cuando un rio no tiene madre, y corre al acaso por cualquier lugar que se le presen-

ta, entónces es cosa fácil marcarle una direccion determinada, abriéndole un cauce que lleve encajonadas sus aguas sin permitirles divagar por otras partes; pero una vez abierto este cauce, y ahondado más y más con el proceso de los siglos, se necesitan no pequeños trabajos para hacerle tomar otra vereda. Las razas se formaron prontamente en los descendientes de Noé con los diversos usos y costumbres que introdujo en ellos la dispersion por todo el globo. Despues, cada familia fué tomando sus costumbres propias, acomodadas á las condiciones topográficas del terreno donde por eleccion ó por necesidad le habia tocado vivir durante algun espacio de tiempo; y á lo particular de sus costumbres se siguió consiguientemente lo peculiar de su fisonomía, creándose con esto la distincion de razas, que cada vez se fueron asentando más y más en algunos, y diversificándose en otros, segun el modo de vida que cada uno de ellos llevaba, constante y uniforme, ó múltiple y vario, en los lugares donde moraba. Las razas asentadas desde largos siglos tienen profundamente grabada en su seno la accion que la naturaleza ha ejercido en ellas siempre en un mismo sentido; y así no es tan fácil convertirlas en otras, como si se las hubiera tomado en sus principios.

A pesar de todo esto, sabemos que varios pueblos, con la mudanza de costumbres y trabajos, han transformado grandemente su fisonomía en un pequeño número de siglos. ¿Cómo, pues, se podrá decir que en un principio, cuando no había estas dificultades que vencer por parte de la naturaleza con respecto á los tipos que había de crear, no los pudo formar en brevísimo tiempo puesta en convenientes circunstancias?

Ademas, M. de Quatrefages exagera notablemente las cosas para hacer más razonable su doctrina. Dice que ya en la época cuaternaria se advierten tres razas principales, de dolicocéfalos, braquicéfalos y mesaticéfalos, y luégo otras subrazas comprendidas entre estos tres extremos. Todo esto es puramente hipotético: los huesos que se han encontrado en los depósitos cuaternarios no son suficientes para formular proposiciones de esta especie. La dolicocefalia, la braquicefalia, la mesaticefalia y las otras formas craneanas intermedias, las hallamos hoy dia en individuos de una misma raza. ¿Con qué derecho, pues, se puede afirmar que los cráneos hallados en los referidos depósitos pertenecen á personas de diferentes razas, cuando pueden ser simples variedades de una misma? En las mismas razas hoy dia existentes es muy difícil determinar la forma

predominante del cráneo, teniendo tanta multitud de individuos en quienes se pueden tomar las medidas; ¿y por unos cuantos cráneos que se han descubierto en los terrenos cuaternarios, muchos de ellos mutilados y casi del todo informes, ya se quiere concluir resueltamente que en tal ó cual region ha habido esta ó aquella variedad de razas?

Seamos más justos apreciadores de las cosas, y miremos los objetos con lógica más severa. Cuando más, se podrá decir que entre los hombres de la época cuaternaria existia *probablemente* una raza de dolicocéfalos y otra de braquicéfalos. Pero poner entre ellos nada ménos que seis razas diferentes por cuatro huesos humanos que han sido hallados en los depósitos de aquella época, nos parece exageracion exorbitante.

Por lo que toca á los de la *nueva escuela*, que fundan la suma antigüedad del género humano en la teoría de la evolucion, y en consecuencia hacen progresar lentamente al cráneo del mono hasta que llegue á la perfeccion del cráneo humano de los europeos, despues de haber recorrido en la infinita série de los siglos las etapas del negro bozal y del malayo, citaremos solamente las palabras de M. Chabas, que ponemos á continuacion. "Se hace memoria, escribe, de la importancia atribuida á la mandíbula de Moulin-Quignon, á la de la Naulette, á los cráneos de Engis, al de Neanderthal, el más bestial de todos ellos; no se han echado en olvido tampoco las ardientes discusiones sobre la perforacion de la cavidad olecraneana del húmero. ¿Qué es lo que ha salido de todo esto? Apreciaciones contradictorias sobre los cráneos en cuestion, dejar fuera de combate el de Neanderthal, averiguar que la perforacion del olecrano [1] no es en manera alguna un carácter monesco, ni áun siquiera un signo de inferioridad de raza. Despues vino la cuestion magna de las razas braquicéfalas y dolicocéfalas, resuelta en el sentido de que los cráneos de los monos presentan uno y otro carácter, de que ni la longitud ni la anchura del cráneo influyen en las facultades mentales, y de que en definitiva puede haber bajo este aspecto más semejanza entre un dolicocéfalo y un braquicéfalo que entre dos individuos del mismo índice craneoscópico [2]. Ademas de esto, se puede acudir en tal cuestion á la

1 Olecrano (ὠλέκρανον) es la cabeza saliente del hueso del codo.

2 De dos hermanos que han logrado alcanzar un puesto elevado en las ciencias exactas y que se asemejan en todos sentidos, el uno ha sido hallado por M. Pruner-

ciencia antropológica para verla contradecirse y rectificarse á sí misma. Todavía conviene seguir sus evoluciones y examinar sus descubrimientos. Si las sepulturas exploradas por el Sr. Dr. A. Baudin, en Angy (Oise), no hubieran sido clasificadas con una certeza absoluta en la época merovingia, ¿qué cementerio tan admirable de razas salidas de los primates no se hubiera visto en esta reunion de esqueletos de cráneos dolicocéfalos con protuberancias superciliares muy salientes, senos frontales desarrollados y prognatismo, que presentan la fisonomía bestial de las viñetas aquí copiadas?„ [1].

Lo que hasta aquí llevamos escrito en este capítulo nos demuestra que ni las exigencias históricas de los pueblos, ni los fenómenos de la geología, arqueología, paleontología ó craneoscopia estudiados con tanto ardor hasta el presente, son bastantes para obligarnos á abandonar la cronología vulgar constantemente seguida de los sabios hasta este siglo, y que el estudio diligente y concienzudo de todas estas cosas va, por el contrario, disipando de dia en dia entre los hombres doctos y prudentes los fantasmas de antigüedad maravillosa señalada en estos últimos tiempos al género humano por los amigos de la prehistoria. Pero áun cuando hubiéramos de renunciar á aquella para dar á los dias ya transcurridos del humano linaje una extension de ocho ó diez mil años y áun más, si fuere menester por reclamarlo así *con absoluta imperiosidad* los hechos *ciertos* de la historia del hombre, no por eso nos pondríamos en pugna con las enseñanzas de la sagrada Escritura, como se imaginan los enemigos de nuestra sagrada Religion, ni ésta quedaría convencida de haber abrazado algun error en sus creencias. Esto es lo que vamos á demostrar ahora brevemente, cumpliendo lo que tenemos prometido sobre este asunto. No necesitaremos ciertamente escribir largas páginas para conseguir nuestro intento.

Supongamos que, en efecto, nada hemos dicho en las páginas precedentes; supongamos que los defensores del hombre prehistórico hayan demostrado ya, ó lleguen á demostrar un dia, la existencia del hombre en tiempos muy anteriores á los admitidos por la cronología vulgar. ¿Habrá resultado con esto algun verdadero conflicto entre la ciencia y la Religion católica? No, ciertamente; porque ni la Iglesia ha determinado nada sobre la edad del género

Hey, compás en mano, decididamente dolicocéfalo, y otro marcadamente braquicéfalo. (*Nota del mismo Chabas.*)

[1] Chabas, *Études sur l'antiquité*, etc. *Stations préhistoriques*, pág. 584-586.

humano, ni la Escritura en esto nos habla en términos tan precisos que no podamos ampliar la cronología hasta aquí comunmente recibida sin oponernos á sus divinas enseñanzas. La Iglesia ha tenido siempre en grande estima la Version griega del Pentateuco hecha por los Setenta intérpretes, y áun en la actualidad le conserva este mismo aprecio. Ahora bien; entre la Vulgata latina declarada auténtica por el Concilio Tridentino y la Version de los Setenta hay no pequeñas diferencias en materia de cronología. Aún más: segun la cronología de la Vulgata, el diluvio sucedió unos 2.500 años, y la creacion del hombre unos 4.200 ántes de Jesucristo; y segun el Martirologio romano nació en Belén "5.199 despues de la creacion del mundo y 2.957 despues del diluvio." Sin embargo, uno y otro libro están aprobados por la Iglesia, la cual no juzgó conveniente reformar estas cifras del Martirologio cuando declaró auténtica la Vulgata.

Y es que la Iglesia sabe muy bien que en estas cosas no relacionadas ni con el dogma ni con la moral, los libros sagrados han podido sufrir algun detrimento así en el original hebreo como en las versiones griega y latina por descuido de los copistas é intérpretes. El Espíritu Santo ha inspirado las Sagradas Escrituras para que nos sirviesen de norma segura en el camino de la salvacion, enseñándonos las verdades de la religion y de la moral, y por lo mismo ha cuidado en todos tiempos la integridad de las mismas en este punto. Mas en lo perteneciente á la cronología, que es una cosa muy secundaria en órden á la vida eterna, no ha sido necesario este cuidado; porque importaba muy poco que se conservase ó no íntegro el texto primitivo en esta parte. Así tambien la Iglesia, al declarar auténtica la Vulgata latina, no ha definido que se halle encerrado en ella con perfecta exactitud el mismo número de años que fué escrito en el original primitivo por los inspirados autores de las Santas Escrituras; sinó que se ha contentado con decir que existe su integridad en lo relativo á los dogmas y á la moral. Esto era lo que hacía al caso, que esotro de la cronología, el saber si han pasado tantos ó cuántos años despues que tuvo lugar la catástrofe del diluvio, ó despues que fué criado el primer hombre, importaba muy poco para que fuésemos muy santos y muy perfectos en esta vida.

Y á esto tambien sin duda debe atribuirse el que la sagrada Biblia no contenga una cronología propiamente dicha. Sólo se dice en ella que tal ó cual patriarca vivió tantos años, y que á tal edad engendró á tal hijo, sin dársenos jamás un número total que comprenda

todo el tiempo transcurrido desde la aparicion del primer hombre hasta un determinado acontecimiento de la historia. Para tener una cronología basada en la Biblia, es preciso formarla sumando las diferentes partes de tiempo en que cada uno de los individuos allí nombrados vivió ántes de tener hijos. De esta manera han calculado los cronólogos cristianos la edad del género humano, siendo empero tan poca la seguridad que han podido obtener en sus procedimientos, que la diferencia entre unos y otros resultados ha llegado hasta 2.343 años nada ménos. En efecto: unos ponen entre Adan y Jesucristo 3.968 años, y otros 6.311. Y esta diferencia, que se advierte en la totalidad del tiempo transcurrido desde Adan hasta Jesucristo reina tambien en varias cantidades parciales de este mismo tiempo; lo cual da bien claramente á entender que en la Biblia, tal como ha llegado hasta nosotros, no tenemos un cronómetro seguro para medir con toda exactitud los años que nuestros antecesores han llevado sobre la tierra.

Añádase á esto que, como observa Reusch con Reinke (*Beiträge zur Erklärung des A. T.*, I, 1), "en muchos lugares es claro y manifiesto que los textos de la Biblia no han sido conservados en su integridad, por lo que respecta á la cronología, y que muchas datas han padecido alguna alteracion" [1]; lo cual hace muy creible que esto mismo haya sucedido á otras muchas cifras del texto hebreo, cuya variacion nos es desconocida. Nada más fácil ciertamente que este género de alteraciones; varias letras del alfabeto hebráico tienen grandísima semejanza entre sí, y por lo mismo áun los más diligentes copistas han podido escribir una en lugar de otra, variando de este modo, sin intentarlo, las cantidades significadas con ellas; pues los hebreos, como otros muchos pueblos, en la numeracion se servian de letras.

Y no sólo poniendo una letra por otra, mas áun suprimiendo varios nombres y fechas, sin pensarlo, pudieron dar origen los amanuenses á la alteracion del texto primitivo. En algunos capítulos que se componen de nombres y de fechas casi en su totalidad, esto puede suceder con la mayor facilidad del mundo, sobre todo cuando la integridad en esta parte no ofrece grande interés al que hace la copia. Aún más: no es inverosímil que las listas genealógicas descritas por Moises fuesen mucho más largas de lo que al presente aparecen en la Biblia, y que posteriormente hayan sido reducidas de

1 Reusch, lec. XXXI, págs. 540-541.

intento por alguno que sólo quiso conservar los nombres más principales. En el capítulo xi del Génesis el texto griego trae la generacion de Cainan, padre á los 130 años, la cual no se encuentra en los otros. Como San Mateo en la genealogía de Jesucristo contó los ascendientes del Salvador de manera que en las generaciones comprendidas entre Abraham y David, entre este gran rey y la transmigracion de Babilonia, entre esta transmigracion, finalmente, y el nacimiento de Cristo apareciese siempre el mismo número catorce; así tambien el mismo Moises, al escribir en un principio las genealogías, y más tarde otro cualquiera al transcribirlas, pudieron llevar el marcado propósito de reducirlas á nueve ó diez generaciones principales, haciendo caso omiso de otras ménos importantes ó indignas de ser contadas por los pecados de los comprendidos en ellas. Así, San Mateo, en su genealogía, omitió de intento tres generaciones; porque, como con San Jerónimo escribe el angélico Doctor [1] *Joram se habia mezclado con el linaje de la impiísima Jesabel;* y por la misma causa es omitida por San Juan en el Apocalípsis la tribu de Dan en la lista de los escogidos pertenecientes al pueblo hebreo [2].

Por estas y otras razones semejantes escribió hace ya algunos años con juiciosísimo criterio el ilustre naturalista P. Bellynk, de la Compañía de Jesus, las siguientes palabras: "No hay cronología en la Biblia *(ántes de Abraham)*. Las genealogías de nuestros sagrados libros, de donde han sido sacadas varias séries de fechas, presentan á veces vacíos. ¿Cuántos son los anillos que faltan á esta cadena interrumpida? Es imposible saberlo. Bien puede, por tanto, la ciencia atrasar el diluvio cuantos siglos le sean necesarios para explicar sus fenómenos" [3].

" Mucho ántes que el P. Bellynk, escribe á este propósito Monsieur Cosquin despues de haber citado las mencionadas palabras, uno de los más ilustres sabios de este siglo, Silvestre de Sacy, manifestaba la misma opinion" [4]. Y apropiándose unas palabras del P. Valroger, que toma de su obra intitulada: *L'âge du monde et de l'homme* (páginas 66-67), dice con él en estos términos: " Silvestre de Sacy era ciertamente excelente juez en las cuestiones que al presente nos ocupan. Ninguno de nuestro tiempo le ha igualado en el

1 S. Thom., 3, q. 31 á 3 ad 4.
2 S. Juan, *Apocal.*, cap. vii.
3 *Études relig.*, Avril 1868, pág. 578.
4 M. Emmanuel Cosquin en la *Revue des quest. scientif.* Janvier 1880, pág. 286.

estudio comparativo de las lenguas y literaturas semíticas. Tanto más convencido del carácter divino de la Biblia, cuanto más perfecto conocedor así de la Biblia misma como de la historia profana, no pensaba, sin embargo, que se debiese nadie inquietar por defender la cronología bíblica. Y una de las razones que daba, á lo que se dice, para calmar á los cristianos que se turbaban con este motivo, era que para las épocas primitivas no hay cronología bíblica„ [1]. Nosotros no iremos tan adelante como estos escritores en tales afirmaciones; bástanos observar que en la Biblia *puede* haber algun vacío en la cronología de los Patriarcas [2].

Véase, pues, si estando así las cosas por parte de la Iglesia y de la Escritura en órden á la cronología, tendremos algo que temer contrario á nuestra sagrada Religion en ningun tiempo. En el estado actual de la ciencia no hay razon todavía suficiente para que extendamos la cronología vulgar, dando al género humano una edad mayor que la que hallamos en la Version de los Setenta intérpretes, ó sea unos ocho mil años. Aún más; ni siquiera nos vemos precisados á hacerla pasar de seis mil, apartándonos de la Vulgata, porque ningun monumento geológico, ni arqueológico, ni histórico, nos lleva con certeza más allá del tiempo marcado actualmente por el texto hebreo. Pero si la ciencia llegase un dia á demostrar la necesidad de reconocer en los días pasados del género humano algunos siglos más de duracion; bien tranquilos podemos concedérselos en la cantidad que fuere necesario, sin temor de causar el más mínimo perjuicio á la autoridad de las Santas Escrituras: porque la oscuridad del sagrado texto es mucha en esta parte, y la conducta constantemente observada por la Iglesia en este género de materias es dejar opinar á sus hijos de la manera que mejor les pareciere. Así vemos que ha dejado correr libremente la poco fundada sentencia de Alfonso el Sabio, que ponia entre Adan y Nuestro Señor Jesucristo seis mil novecientos ochenta y cuatro años, al paso que ninguna palabra de censura ha tenido tampoco para el ilustre veneciano del siglo XVI, Luis Lippomano, quien reducia este espacio de tiempo hasta tres mil seiscientos diez y seis, es decir, á ménos de la mitad [3].

1 M. Emmanuel Cosquin en la *Revue des quest. scientif.*, Janvier 1880, pág. 286.

2 Todas estas reflexiones que acabamos de hacer sobre la cronología sacada de los libros santos las hace tambien el sabio y prudente Vigouroux en el primer tomo de su *Manuel biblique*, núm. 314 y siguientes.

3 Reon, *Estudios de Cronologia universal*, parte primera, tit. IV, cap. II, pág. 114.

La prudencia dicta, sin embargo, que miéntras no se nos traigan razones más poderosas en contrario, permanezcamos firmes en la cronología seguida hasta aquí por los cronólogos cristianos. Esta cronología está basada en fundamentos nada despreciables, y tiene en su favor, ademas de los innumerables sabios que han brillado en los siglos pasados, el respetabilísimo derecho de la prescripcion; que tambien entre las doctrinas reina este principio, como nota sapientísimamente nuestro Balmes.

Finalmente, si otra razon no tuviéramos para salvar la cronología bíblica y poner nuestra sagrada Religion en buen recaudo contra los ataques de la impiedad, diríamos que Moises en el sagrado texto cuenta solamente la historia de la especie humana procedente de Adan y Eva, sin proferir una sola palabra sobre los otros séres racionales que hayan podido habitar en nuestro globo ántes que tuviese principio la série de las generaciones presentes. El sagrado texto no se opone á que hagamos esta suposicion; ántes podríamos apelar á él para sospechar que en épocas anteriores á la nuestra estuvo poblado el mundo por otros séres racionales que parecieron ántes de Adan, sin que éste ni otro alguno de los hombres hoy dia existentes sobre el globo se hallen unidos con ellos por medio de un vínculo genético. Esto es lo que sospechó el sabio cardenal Wiseman, con otros católicos, en órden á la vida de los demas vivientes que poblaron el mundo en las edades geológicas; lo mismo podríamos sospechar nosotros en órden á otra generacion de séres racionales distinta de la nuestra. El *tohu vabohu* del primer capítulo del Génesis nos ofreceria suficiente fundamento para ello. Pero no hay ninguna necesidad de apelar á este recurso extremo; baste el haberlo indicado solamente para advertir á los enemigos de la Revelacion que se fatigan en vano esforzándose por sacar mentirosas las enseñanzas de nuestra Religion adorable.

CAPÍTULO XXXV

EL CATOLICISMO Y LA CIENCIA TOCANTE AL PODER CIVIL.

Explicado ya el orígen del género humano, resta tratar ahora del poder social con que los hombres son gobernados y tienden juntos á la consecucion del fin que les dió la naturaleza. Aquí tambien la falsa ciencia, la ciencia impía y atea, que pretende desterrar del mundo la idea de Dios, clama furiosa contra el Catolicismo, porque esta sagrada religion enseña que la autoridad civil y política viene de Dios, y que por tanto no es lícito oponerle resistencia en lo que legítimamente manda. Nada más comun entre los filósofos panteístico-materialistas de nuestros dias, que negar el orígen divino de la autoridad y erigir en principio la Revolucion, ó sea el derecho de rebelarse contra las autoridades legítimas, las cuales son consideradas como simples dependientes del pueblo soberano. No se quiere que Dios éntre para nada en el gobierno de los hombres: se sostiene que éstos vivieron al principio en un cierto estado de naturaleza salvaje, departiendo con las fieras, sus cohermanas; que luego se reunieron en sociedades por mera comodidad y por un acto libérrimo de su voluntad, al modo que un comerciante, por ejemplo, se hace miembro de una sociedad mercantil; que los hombres así reunidos *crearon* la autoridad; que ésta, por consiguiente, debe considerarse como una obra *meramente humana*, y los gobernantes como unos *puros funcionarios públicos y ministros* de la nacion, la cual sola es *esencialmente soberana*, y puede derrumbar los tronos á su antojo, despachando á sus gobernantes como despide un amo á sus criados.

La Iglesia católica, por el contrario, ha condenado enérgicamente esta doctrina, enseñando con San Pablo [1] *que todos deben estar*

1 Rom., cap. XII, vers. 1-2.

sujetos á las autoridades legítimas, porque toda potestad de esta especie viene de Dios, y siendo tal, está ordenada por el mismo Dios: por donde el que resiste á las potestades legítimas hace resistencia á la ordenacion divina y se merece con ello la condenacion eterna. Como se ve, entre aquella ciencia impía y revolucionaria y la Religion católica existe en efecto verdadero antagonismo; mas esta oposicion, léjos de amenguar la grandeza y dignidad de nuestra sagrada Religion, la realza por el contrario y la ennoblece. Antes no sería religion verdadera, si aprobára tamaños desatinos. En efecto: la filosofía á que nos referimos no profiere tan horribles abominaciones sinó porque juzga con Proudhon, que Dios es el mal, y establece con Hobbes y Rousseau que la moralidad es una cosa puramente convencional entre los hombres. Está visto; la sociedad moderna respira ateismo por todas partes; no hay error de alguna consideracion en ella, que no presente, bajo una ú otra forma, el ateismo que la consume. A esto llaman nuestros flamantes sabios *el espíritu de la época*, la tendencia marcada de la sociedad actual. Si á la profesion franca y abierta de esta infernal doctrina llegára algun dia el género humano, ¡desgraciada humanidad! Este dia habria traido á los hombres un horror semejante al descrito por el gran profeta de Idumea; horror espantoso que habita en la region de las tinieblas, y no permite otra cosa en el mundo sinó devastacion y anarquía. Una sociedad de ateos es una manada de fieras que rugen furiosas y van corriendo por todas partes buscando á quien devorar. Una sociedad de hombres que tienen los preceptos del Decálogo por una mera convencion humana está muy pronta á deshacerse de todos ellos, proclamando en su lugar los usos y costumbres del mono para llevar una vida semejante á la suya y volver al salvajismo de los tiempos antiguos. Ya estamos oyendo el clamoreo de estos hombres sanguinarios, que miran muy cercana la presa, y se acuerdan de los magníficos festines, celebrados hace casi un siglo por sus progenitores los discípulos de Voltaire y de Rousseau. Ya se agitan nuevamente para sepultar en un lago de sangre á la Europa entera, como sepultaron el siglo pasado á la desventurada Francia. Ya se sienten de nuevo los gritos de los jacobinos, que suspiran con ardor diabólico por el pronto advenimiento de la *liquidacion universal*. La irrupcion de los bárbaros modernos nos amenaza con todos sus horrores, las fuentes del abismo están próximas á abrirse para hundir en sus infernales aguas á los moradores de la tierra. La Revolucion está ya tocando el último término de su carrera. Comen-

zó en Lutero, manifestó la impetuosidad de su juventud en Voltaire y Rousseau, y ahora amenaza en su edad madura atar á su triunfante carro el mundo entero con la franca y abierta profesion del ateismo y con la inmunda y bestial *deificacion de la carne*.

Hé aquí la consecuencia natural y espontánea de haber querido desterrar á la Divinidad de las sociedades. La idea de Dios y de la moralidad fundada en sus santísimos preceptos es tan necesaria á las repúblicas humanas como el agua al pez y á nosotros la atmósfera que nos rodea. Los proclamadores del ateismo se han empeñado en sacar á la sociedad de este su vital elemento, y la sociedad, en consecuencia, se desorganiza y va entrando en un estado de corrupcion y muerte, cual se desorganiza el pez cuando se le saca fuera del agua. Negada la existencia de Dios por los ateos metafísicos, y hecha abstraccion completa de ella en el gobierno de la sociedad por los ateos políticos, defensores del ateismo legal, la moralidad se ha quedado sin fundamento que la sustente, y ha comenzado á ser considerada por los hombres como un mero objeto de conveniencia, ó como una cosa de mera urbanidad reclamada por las leyes variables de la moda. Con esto, la ley santa de Dios es conculcada por muchos, maltratada vilmente y mirada como un vano espantajo que nos han legado la crasa ignorancia y las necias preocupaciones de nuestros mayores.

Mirada desde este punto de vista la moralidad, la idea de vivir los hombres sujetos á una autoridad cualquiera ha parecido muy disforme: el que uno goce de los honores, de las riquezas, del fausto y de la abundancia en las elevadas regiones del poder, miéntras otros gimen en la miseria y arrastran *desheredados* una vida vil, pobre y trabajosa, se ha considerado como el mayor de cuantos mónstruos han aparecido sobre la tierra. La *nivelacion*, pues, absoluta y general, el *anarquismo* más completo han sido su fruto espontáneo. Sin Dios, sin respeto al órden moral, sin esperanza en la otra vida, ¿qué pueden hacer los hombres sinó proclamar con todas sus fuerzas la guerra contra todo privilegio, contra toda superioridad, contra toda autoridad, contra toda fuerza que tienda á contener el desbordamiento brutal de los instintos más aviesos, de las más bajas pasiones?

¡Ah! ¡Cuánto deben las humanas sociedades á la Religion católica por haberse ella opuesto con tanta firmeza y teson al torrente devastador de estos principios infernales! Sin el catolicismo el mundo civilizado no sería en la actualidad sinó un vasto monton de ruinas

formado por los salvajes de la incredulidad, mucho más feroces y desoladores que los antiguos bárbaros del Norte. Ella fué en otro tiempo la más indestructible barrera contra los ímpetus asoladores de aquellas hordas sanguinarias, ignorantes y embrutecidas; y ella lo está siendo tambien al presente contra los ataques de la Revolucion descreida, materializada y atea. Esta Religion sacrosanta es la que mantiene firme, en medio de este naufragio universal de las verdades filosóficas, los saludables principios que sirven de asiento á la sociedad, sin los cuales nada puede existir entre los hombres sinó confusion, horror y espantosa carnicería. Ella nos enseña á creer en la existencia de Dios, en su providencia universal, en los bienes imperecederos de la otra vida reservados á la virtud, y en los males sin cuento que acompañan para siempre á la perversidad del vicio. Ella nos anima á despreciar lo presente y á arrostrar las miserias de esta vida breve y pasajera, fortaleciendo nuestro corazon para que se levante sobre sí mismo y aspire por medio de las buenas obras á la corona inmarcesible de la gloria. Ella robustece la debilidad del pobre, esforzándole á resignarse en sus trabajos y miserias, con la esperanza de ver coronada dentro de muy breve tiempo su perseverante paciencia en el reino de los cielos, al paso que ablanda la dureza del rico excitándole á ser misericordioso y liberal con los necesitados para hallar luégo en la gloria centuplicados sus tesoros. Ella predica la obediencia fiel y respetuosa á las autoridades legítimas en lo que legítimamente ordenan, al mismo tiempo que inculca á éstas la estrictísima obligacion que les incumbe de guardar la justicia con los ciudadanos y de procurarles con diligencia aquel grado de felicidad y bienandanza que la misma naturaleza les impele á buscar en el estado social. Ella condena, finalmente, la rebelion en los súbditos, y advierte á los soberanos que sobre todas las potestades de la tierra existe un Poder sumo y absoluto, el cual les ha de pedir un dia cuenta estrechísima de sus acciones, juzgando á las mismas justicias.

Sentadas estas saludables y consoladoras doctrinas, la Religion católica levanta con razon su voz poderosa en el mundo, diciendo á cuantos gozan la dicha de tenerla por maestra: *Toda alma esté sometida á las potestades superiores; porque no hay potestad sinó de Dios; y las que son de Dios, son ordenadas. Por lo cual el que resiste á la potestad, resiste á la ordenacion de Dios. Y los que le resisten, ellos mismos atraen sobre sí la condenacion. Porque los príncipes no son para temor de los que obran lo bueno, sinó lo malo.*

¿Quieres tú no temer á la potestad? Has lo bueno, y tendrás alabanza de ella. Porque es ministro de Dios para tu bien. Mas si hicieres lo malo, teme; porque no en vano trae la espada. Pues es ministro de Dios: vengador en ira contra aquel que hace lo malo. Por lo cual es necesario que le esteis sometidos, no solamente por la ira, mas tambien por la conciencia [1].

Nada más sabio, ni más grande, ni más verdadero al mismo tiempo que esta admirable doctrina de nuestra Religion sacrosanta. En ella está encerrado todo cuanto de noble y sublime puede encontrar con su propia razon la humana sabiduría. En ella se enseña el orígen divino del poder civil y el verdadero fundamento del derecho que tienen los gobernantes legítimos en las humanas sociedades para hacer guardar en ellas el órden y armonía sin los cuales no podrian subsistir. Al enseñar la Iglesia á los hombres que la autoridad política viene de Dios, fuente suprema de todo órden y de toda armonía, ya al súbdito no se le hace humillante é ignominioso sujetarse por medio de la obediencia á otro igual suyo; porque en esto no obedece el hombre al hombre, sinó el súbdito al ministro de Dios. Con esto queda desterrada del mundo la abominable ley del más fuerte, ese principio bárbaro y salvaje, propio de los bandidos y de las fieras, pero proclamado naturalmente por los secuaces de la Revolucion materialista y atea. En las enseñanzas sobredichas se designa ademas el blanco adonde deben mirar en todas sus leyes y demas actos gubernativos los representantes de la autoridad, á saber: el bien general de la nacion, no el particular suyo propio ó de algunas personas determinadas, con lo cual quedan condenadas la arbitrariedad y la tiranía en los gobernantes.

Inútil parece nos detengamos á demostrar la verdad de todas estas doctrinas para hacer ver que en ellas la Religion cristiana, léjos de tener conflicto alguno con la ciencia al profesarlas, no enseña sinó lo mismísimo que con sus luces naturales demuestra la verdadera filosofía. Ya el incomparable Balmes las ha desarrollado, con la claridad y profundidad propias de su talento, en su obra inmortal *El protestantismo comparado con el Catolicismo*, á quien parece ha querido imitar en contrario sentido el positivista Draper en su infamante libelo intitulado: *Los conflictos entre la ciencia y la religion*, probando con ello una vez más que el diablo simple es la *mona de Dios*, como dijo sabiamente Tertuliano. Indiquemos, empero, si-

1 Rom., cap. XIII, vers. 1-5.

quiera algunas razones para hacerlas palpables á todo el mundo, presentando brevemente los fundamentos en que se apoyan.

En primer lugar, la divinidad de orígen atribuida por la Religion católica á la autoridad civil es una verdad sencillísima, que hasta por los más ignorantes puede ser entendida. Se ha metido mucho ruido en el siglo pasado declamando contra el derecho divino de los reyes, como si la Iglesia enseñára que éstos son una cierta especie de divinidades infalibles é impecables, enviadas del cielo por el mismo Dios para tener á los pueblos bajo su dominacion soberana y gobernarlos á su antojo en nombre suyo. Pero en esto, como en otras cosas, no se ha hecho sinó calumniar á la Religion de Jesucristo, la cual en esta parte se limita á *confirmar* lo establecido por la misma ley natural, sin poner ninguna nueva obligacion á los hombres. Así es que cuando dicen los Católicos ser la autoridad civil de orígen divino, no pretenden significar con esto otra cosa sinó que se halla contenida en el mismo órden natural, en términos que no es lícito á los hombres el destruirla y vivir en sociedad sustraidos á su benéfica influencia, cual si no fuera uno de los elementos sociales este principio ordenador á cuyo cargo se halla encomendada la guarda del bien público. Nada de sobrenatural profesan en esta parte; lo que hacen, sí, es confesar que Dios, por boca de su Apóstol, se ha dignado enseñarnos gratuita y liberalmente para bien nuestro aquello mismo que por medio de nuestra propia razon podemos descubrir nosotros mismos en la esencia íntima de las cosas. Ahora bien; ¿se quiere ver que la doctrina de la Iglesia en esta parte conserva perfectísima armonía con los dictámenes de la más sana razon natural? En verdad que no es difícil satisfacer este deseo. Bástanos para ello demostrar las dos proposiciones siguientes: 1.ª *El hombre por su propia naturaleza está inclinado á vivir en sociedad, ó sea la sociedad civil, no es una creacion meramente humana, un ser accidental formado por el mero capricho y libre albedrío del hombre, sinó una creacion divina, un sér natural, encerrado en el plan de la Providencia de la misma manera que los demas séres naturales del mundo universo.* 2.ª *La autoridad civil es una propiedad natural é innata de este sér colectivo, y por consiguiente, entra tambien en el plan divino; juntamente con el sér á que pertenece ó, como dice la Escritura, es una ordenacion divina, contra la cual no se puede ir sinó yendo al mismo tiempo contra el mismo Dios.*

Este es el orígen divino del poder profesado por los Católicos. Pues bien; ¿que persona medianamente instruida, ó para hablar con

más exactitud, qué hombre sensato, áun destituido de todo género de letras, no advierte, á primera vista y sin discurso alguno, la evidencia de estas dos proposiciones? Por la vida social de todos los hombres están clamando á voz en cuello todos sus instintos y propiedades naturales. El estado de sociedad política es necesario á todos los mortales, así para el completo desarrollo de sus potencias intelectuales, como para la fácil consecucion del alto y elevado fin á que están destinados por su propia naturaleza. Una familia aislada no puede cultivar por sí sola todas las artes necesarias á la vida, y así necesita para este objeto, enteramente natural, ponerse en relacion con otras varias que la ayuden con sus esfuerzos é industria, dando con esto principio á un cierto consorcio de familias, donde el bien particular esté subordinado al bien comun, y donde este segundo sea procurado por todos de comun acuerdo como un verdadero complemento del primero. Ademas, la facultad misma del habla, dada por la naturaleza á cada hombre, revela muy á las claras esta natural condicion de que vamos tratando. El habla no ha sido dada por Dios al hombre para que converse con los árboles ó departa con los animales, sinó para que se sirva de ella como de instrumento en la transmision de sus ideas siempre que ó por conveniencia ó por necesidad haya de tratar con sus semejantes. Los animales tambien tienen su especie de lenguaje con que se comunican mútuamente los afectos y las sensaciones agradables ó penosas; pero este lenguaje no es verdaderamente *palabra*, porque no expresa idea alguna *universal* en que se halle contenido un bien comun, capaz de mover á todos los individuos de la misma especie y apto para constituir aquel vínculo comun que da orígen á la unidad de tendencia en las verdaderas sociedades. La palabra del hombre es el vehículo del pensamiento, el ropaje exterior de la idea; el vínculo comun, por consiguiente, destinado á juntar á los hombres en unidad de aspiraciones y de tendencias para la consecucion de un bien conocido y querido por todos.

Los filósofos del siglo pasado se dieron á imaginar un cierto estado de naturaleza anterior al estado social, y semejante al de los brutos que andan errantes por los bosques sin órden ni concierto, con el perverso fin de formar una sociedad sin Dios, basada únicamente en las libres voluntades de los hombres. *El contrato social* de Rousseau fué su idea favorita, y de él se sirvieron como de palanca poderosa para derrumbar los tronos de los reyes, que habian sido asentados en las edades pasadas sobre los saludables cimientos del

principio cristiano. Pero con todos los encomios ardorosos, prodigados en sus escritos á este nobilísimo estado de libérrimo salvajismo, jamás se les vió abandonar la pesada vida de las ciudades para volverse á los montes, de donde habian venido sus abuelos, y llevar en ellos muy á su sabor la vida solitaria y salvaje, dictada por la madre naturaleza. La fuerza de ésta podía más en ellos que todas sus declamaciones; y así, contra todas sus teorías, se quedaban entre sus semejantes, atraidos de la suavidad que se experimenta en el trato con los de su misma especie; y áun procuraban huír de los pueblos pequeños para engolfarse en los goces y placeres del gran mundo, á pesar de que nada hay más contrario á su imaginario estado primitivo que esta inmensa reunion de gentes.

Esa es la causa por que se nos hace tan difícil y penosa la vida aislada y solitaria, cuando por cualquiera razon tenemos que pasar algun tiempo separados del comercio de nuestros semejantes. La naturaleza nos ha hecho para vivir reunidos en sociedad, comunicándonos nuestras ideas y sentimientos, ayudándonos mútuamente con nuestras facultades é industrias, y ejercitando las virtudes políticas que reclaman las leyes de una bien ordenada república. Así es que un hombre separado del consorcio social, como dice sábiamente Aristóteles, es un verdadero mónstruo, ya sea en lo bueno, ya en lo malo; es decir, ó un ángel por sus virtudes extraordinarias y nada comunes á la generalidad de los mortales, ó un demonio por sus vicios detestables y costumbres facinerosas, que le hacen digno morador de las selvas, y celoso émulo de los animales salvajes, con los que se complace en habitar, cual si fuera uno de ellos.

De todas estas consideraciones y de otras muchas que se pudieran aducir, se infiere con toda evidencia la verdad de la primera proposicion por nosotros enunciada, en que decíamos ser el estado de sociedad civil una cosa verdaderamente necesaria para la generalidad de los hombres, y por consiguiente ordenada y dispuesta en los planes del Criador; de suerte que el vivir á lo salvaje, al modo ideado por el filósofo ginebrino, léjos de constituir un estado de verdadera naturaleza, es enteramente contrario á ella, y por consiguiente reprobado por las leyes de la sana prudencia.

No aparece ménos claro lo que dejamos escrito en la segunda, afirmando que la autoridad es una cosa necesaria á la república, y como tal ordenada tambien por Dios en el acto de querer criar al hombre para el estado social y político. Digamos algunas palabras sobre este particular, aunque en verdad de suyo es bien claro y no

necesita de muchas explicaciones. Sin un principio ordenador que tenga á su cuidado la guarda del bien público, que aguijonee á los perezosos cuando se descuidan en procurarlo, que castigue á los malvados cuando con sus acciones criminales tienden á destruirlo, que remunere á los honrados ciudadanos cuando con sus virtuosos esfuerzos se esmeran en fomentarlo, que ponga órden y armonía finalmente en todas las operaciones sociales, ¿cómo es posible que la sociedad política consiga su fin propio y peculiar de hacer felices á los ciudadanos? ¿Cómo es posible que ni áun subsista siquiera, y no perezca como una nave puesta en medio de las olas sin gobernalle y sin capitan que la dirija? Los hombres miran por lo comun á sus particulares intereses; cada uno tiene sus aspiraciones propias y peculiares; el bien público le mueve muy poco, lo que busca es lo suyo propio, y desgraciadamente, para conseguirlo, se vale de medios muchas veces reprobados por la sana razon y enteramente contrarios á la bienandanza de la república. ¿Qué ha de suceder, pues, en una sociedad donde no exista ninguno encargado de procurar el bien comun poniendo en práctica los medios convenientes para conseguirlo? Que los ciudadanos no reportarán de la sociedad las utilidades y ventajas que buscan en ella por impulso de la naturaleza, que con esto comenzarán á odiar tal género de vida, y que por fin se irá cada uno por su camino. No existiendo en la sociedad alguno que procure de oficio con atenta y constante diligencia el bien de la multitud, este bien no se conseguirá jamás; y esto traerá, como último y natural resultado, la disolucion total del cuerpo político.

Fuera de esto, áun cuando supusiéramos entre los hombres la mejor voluntad del mundo, lo cual ya se ve que es una hipótesis prácticamente absurda, habiendo siempre tantos díscolos y malvados en todas las sociedades políticas; todavía esta voluntad sería incapaz de producir en la república aquella armonía y órden que son necesarios para la uniformidad de las tendencias sociales, sin la cual la sociedad se hace imposible. En la supuesta hipótesis, la voluntad de los ciudadanos tendrá ciertamente uniformidad en el buen deseo de procurar el bien comun y de poner en práctica para conseguirlo aquellos medios que parezcan más convenientes; pero en la eleccion determinada de estos medios nacerá por fuerza entre ellos una discordancia indecible, teniendo uno por nocivo ó inútil lo que á otro parece muy conducente al bien comun y á la prosperidad pública. La inteligencia del hombre es de su propia condicion muy

limitada, y de esta limitacion nace el que los hombres, áun con la voluntad mejor dispuesta en cuanto al fin y en cuanto á la eleccion general de los medios convenientes para obtenerlo, discrepen grandemente en cuanto á la eleccion práctica y concreta de estos mismos medios. Lo que á uno parece bueno y útil, al otro se le representa como perjudicial y dañoso; y así se verifica que en toda reunion de hombres, áun animados de los mejores sentimientos y deseos, haya tantos pareceres cuantas son las cabezas: *quot capita, tot sententiae.*

Vése, pues, con toda evidencia que la sociedad necesita para la ordenada realizacion de sus actos públicos y comunes, y para que pueda tender eficazmente al fin propio de su naturaleza, una fuerza ordenadora semejante á nuestra razon individual. Por eso la autoridad política es llamada comunmente por los filósofos *razon social*, en contraposicion á la razon particular de los individuos humanos. Y si esta fuerza es necesaria al indivíduo moral, llamado *república*, como es necesaria la fuerza intelectiva al indivíduo físico; claro está que tanto la una como la otra son de orígen divino, porque los séres á que pertenecen tambien reconocen este orígen.

Llevemos más adelante la comparacion, que es muy exacta; como que la persona moral ó la república es una perfecta imitacion de la persona física. Así, pues, como á ninguno es lícito en conciencia ir contra los dictámenes de su propia razon en lo que de parte de Dios ordena, de la misma manera á ningun ciudadano es permitido ir contra los dictámenes de la razon social en lo que legítimamente manda; que no por otra causa es definida la ley *una ordenacion de la razon promulgada por aquél á cuyo cuidado está encomendada la comunidad*. Ir contra esta autoridad en la forma dicha, es lo mismo que inutilizarla por completo y atacar los planes é intentos del Criador. Porque inútil sería que el representante legítimo de la autoridad dictase cualquiera disposicion civil y política, si los miembros de la república quedasen tan libres como ántes para hacer todo lo contrario. La autoridad, para poder lograr su objeto, ha de tener fuerza de ligar los entendimientos y las voluntades de los súbditos; ó lo que se dice con otros términos, ha de llegar hasta la conciencia de los ciudadanos. Ella en sí no es sinó una fuerza moral, y por tanto debe tener por efecto propio y natural suyo una cosa tambien moral ó sea una *obligacion*, ó un deber, al cual no sea lícito resistir sin grave ofensa del Ordenador supremo, que es Dios, fuente de todo derecho y creador de todo órden en el cielo y en la tierra.

Los revolucionarios de nuestros tiempos, mal avenidos con todo género de deberes que tengan su razon última y fundamental en Dios, como ateos que son y materialistas y destructores de todo órden moral, se levantan contra esta doctrina, diciendo que la autoridad civil tiene su orígen en la voluntad del pueblo, y que por tanto reside esencialmente en la nacion, sin que pueda ésta enajenarla nunca. De lo cual infieren, que siempre queda libre el pueblo para rechazar las leyes excogitadas por sus gobernantes, y áun para derribar á éstos sin fundamento alguno del poder en el momento que se le antoje. No es posible ponderar en términos suficientemente eficaces los horribles estragos que ha producido en el mundo la Revolucion con este raciocinio tan apto para atizar el fuego de las más aviesas pasiones por una parte, y tan lleno por otra de engañosos sofismas, que hacen caer en perniciosos errores á las personas incautas y poco acostumbradas á las meditaciones filosóficas. Distingamos en él cosas de cosas, para que sea puesta de manifiesto la verdad en una materia tan importante y delicada como es la que al presente nos ocupa. Dicen, en primer lugar, que la autoridad civil tiene su orígen en la voluntad nacional. ¿Qué se pretende significar con semejantes palabras? ¿Que los hombres son tan libres en vivir vida de ciudadanos como pueden serlo en pertenecer á una sociedad de comercio ó de bellas letras? ¿Que queriendo vivir reunidos en sociedad y formando un verdadero pueblo, pueden prescindir por completo de la autoridad política sin curarse para nada del buen órden y armonía en la república, y sin poner otro freno á los antojos de cada uno que las solas fuerzas físicas de sus vecinos? Una cosa y otra son absurdos manifiestos, y su falsedad, tan obvia y patente por otra parte, queda ya abundantemente evidenciada en lo que dejamos escrito. La vida civil es una cosa natural al hombre; y el estado salvaje, por el contrario, le repugna en tales términos, que no puede ser considerado sinó como una degradacion adquirida con actos más ó ménos libres. La autoridad política es tambien á su vez inherente á la naturaleza del estado social, como es inherente la razon á la naturaleza humana, y como son inherentes en general á todos los séres las fuerzas con que hayan de ejecutar sus operaciones. Por tanto, nadie puede decir con verdad en ninguno de los dos sentidos indicados, que la autoridad civil tenga su orígen en la voluntad del pueblo.

Las palabras referidas, sin embargo, tienen un cierto sentido verdadero, y por esto causan ilusion en los ánimos de los que, sin su-

ficiente discernimiento, las pronuncian. Significan, en efecto, que cada uno de los ciudadanos vive *de hecho* vida social porque así lo quiere libremente con su voluntad *física*; y que por tanto, el hecho de vivir en sociedad con todas las otras cosas que lleva naturalmente consigo este estado, depende en realidad de verdad de las libres voluntades de los hombres. Si todos ellos quisieran irse al monte, y vivir allí separados unos de otros; cierto que ni existiría la sociedad, ni sería tampoco un hecho la autoridad política, la cual es una fuerza natural de la República. Mas esto no prueba lo que intentan los revolucionarios dichos, los cuales, con las citadas palabras, quieren significar algo más, á saber: que la autoridad política es una cosa enteramente humana y absolutamente derivada de la voluntad del hombre. ¿Quién diria, por ejemplo, que el calor del fuego tiene su orígen en la libre voluntad humana, porque el hombre, de hecho, puede encenderlo ó apagarlo á su antojo; ó que la autoridad doméstica tiene su orígen en la voluntad de los cónyuges porque éstos han querido, de hecho, celebrar matrimonio? El calor es una propiedad natural é inherente á la esencia constitutiva del fuego, y esto mismo sucede á la autoridad, tanto civil como doméstica, respecto de la sociedad y de la familia. Por tanto, no dependen estas cosas *directa* y *expresamente* del hombre que con sus actos libres contribuye á la produccion de estos efectos, sinó cuando más, de una manera *indirecta*, á saber: poniendo las causas naturales en convenientes condiciones para que con sus fuerzas propias los produzcan. De lo contrario, debiéramos decir tambien que nuestra alma, forma física y sustancial de nuestro propio cuerpo, tiene su orígen en la libre voluntad de nuestros padres porque ellos libremente nos engendraron; lo cual no puede ser más absurdo.

Fuera de que ni áun esta misma dependencia indirecta que tiene la autoridad civil en cuanto á su existencia con respecto á los hombres es tan absoluta, que á la sola voluntad humana deba su conservacion y subsistencia. Ya hemos visto cómo, áun en esto mismo, la causa principal de la conservacion dicha es la naturaleza misma de los hombres, que los impele fuertemente á vivir en esta forma, sin que nadie, moralmente hablando, pueda resistir á sus suaves y poderosos impulsos. Cada uno tiene, en verdad, libertad física para abandonar la sociedad y dirigirse á los bosques, donde goce de la felicidad de las fieras; pero bien seguros estamos de que serán muy pocos en el mundo los que se resuelvan á tomar una determinacion de esta especie; porque tal género de vida está en abierta pugna

con las inclinaciones innatas y con las comunes necesidades de la humana naturaleza. Tanto más que, por regla general, el hombre nace atado con mil géneros de lazos sociales, que le es imposible romper de una manera absoluta; y así, forzosamente, tendrá que vivir en sociedad, áun cuando por una de esas rarezas singulares quisiera morar como los salvajes en las selvas. Por eso, aunque el hecho de permanecer en sociedad es en cada uno de los hombres libre, físicamente hablando, no lo es hablando de necesidad moral; y así, sería una grandísima locura pensar que los hombres han de dejar un dia el agradable estado de sociedad civil en que al presente viven reunidos, para irse en busca de la miserable independencia que gozan los salvajes en los bosques. Esto sería un verdadero mónstruo en materia de acciones morales y físicamente libres, y un mónstruo sin igual en todas las especies de mónstruos; porque éstos no afectan jamás á una especie entera, sinó á alguno que otro individuo de ella, siendo, por lo mismo, una cosa rara y extraordinaria.

Lo que acabamos de escribir en órden á este primer axioma de la Revolucion, tiene tambien lugar en el segundo. La autoridad, dicen los revolucionarios, reside *esencialmente* en la nacion; es una propiedad *esencial* suya, su alma ó forma sustancial, y por lo mismo debe hallarse siempre necesaria é irresistiblemente difundida por todo el cuerpo político, al modo que el alma humana, por ser la forma sustancial del cuerpo físico, se halla siempre y por necesidad difundida por todas y cada una de sus partes, sin que sea posible impedir esta separacion de otra manera que destruyendo el compuesto. Por tanto, concluyen, la nacion es esencialmente soberana, y tiene derecho para dar y quitar los tronos á su antojo á quien quiera y cuando le parezca conveniente.

Hé aquí otro sofisma de los revolucionarios; sofisma mucho más temible que el anterior por los estragos espantosos que cada dia está produciendo en el mundo. En él descansa como sobre ancha base todo el sistema de la revolucion impía, haciendo de esta suerte imposible todo Gobierno firme y estable en el mundo, convirtiendo á los príncipes políticos en *meros representantes* de la nacion, y no admitiendo en la sociedad otros súbditos que los mismos gobernantes; porque estos son los únicos que deben obedecer ejerciendo la autoridad en nombre del pueblo soberano, y procurando acomodarse cuanto puedan á los gustos y caprichos manifestados por medio de la opinion pública.

Separemos tambien aquí lo verdadero de lo falso, y hagamos luz

para que cada cosa aparezca en el lugar que real y verdaderamente ocupa. ¿Es verdad que la autoridad política es la forma sustancial, el alma misma de la nacion? En estos últimos tiempos no han faltado ciertamente filósofos cristianos que han opinado de esta suerte. Apoyados en este principio, que á ellos les ha parecido verdadero é inconcuso, han pretendido derribar por el suelo la célebre doctrina de los Escolásticos, relativa al sujeto *natural* de la autoridad política, diciendo que toda ella estaba fundada en un simple paralogismo por ser la autoridad uno de los elementos constitutivos de la nacion, anterior, por consiguiente, á la nacion misma, é incapaz de ser recibido en ella como en sujeto. Al opinar de este modo, sin embargo, han procurado evitar con gran cuidado la consecuencia que de aquí podian sacar, y sacan en efecto, los revolucionarios, sosteniendo que por esto mismo la autoridad debe estar siempre, necesaria é irremisiblemente, difundida por todo el cuerpo social; como lo está el alma humana por todo el cuerpo físico, so pena de causarle irremisiblemente la muerte. Para esto han puesto entre la materia y la forma del compuesto social y político una union sustancial de tal naturaleza, que sola una parte insignificante de la primera haya de ser en realidad de verdad animada por la segunda, quedando todo lo demas sujeto á los movimientos puramente mecánicos impresos en todas direcciones desde aquel determinado punto. Es decir, que en lo que hace á la union sustancial de los dos elementos mencionados han seguido los tales filósofos la doctrina que algunos sostienen en órden á la constitucion intrínseca del compuesto humano, designando al alma en esta persona moral un asiento particular y determinado, desde donde debe dictar sus órdenes á todos los demas puntos del individuo y hacerse presente á ellos, no con su misma sustancia ó realidad, sino con la sola eficacia de su virtud; sólo que le conceden la facultad de fijarse ya en un punto ya en otro de dicho cuerpo, trasladando, como quien dice, la Corte á donde más le acomoda.

Libre es cada uno de adoptar esta opinion, si así le place; puesto que nada ha dicho en contrario la Iglesia; ántes, así en ésta, como en otras cosas semejantes, sabe dejar gustosa ancho campo á las especulaciones de sus hijos para que cada uno defienda las verdades católicas y reveladas como mejor le pareciere. Nosotros, empero, nos hallamos muy distantes de abrazarla, porque tenemos por verdadera la antigua y solidísima doctrina de los Escolásticos; los cuales no suelen cometer paralogismos tan burdos y exorbitantes

como el que aquí se les achaca; ántes acostumbran fundar sus teorías en razones fuertes y poderosas, sobre todo cuando no es uno ú otro, sino toda la escuela entera, como aquí sucede, quien unánimemente las proclama.

La autoridad no es la esencia de la sociedad, sino un atributo emanado de ella. Por eso los Escolásticos, al sostener que el sujeto natural del poder civil no es alguna persona determinada, sinó el cuerpo entero de la nacion, estaban muy léjos de incurrir en el vergonzoso paralogismo que falsamente se les atribuye. Su doctrina será lo que se quiera, pero por esta parte se presenta bien limpia é inmaculada. Basta considerar para convencerse de ello estas solas palabras del Angélico Doctor: " Cum minus principale sit propter principalius, materia est propter formam substantialem; sed e converso forma accidentalis est propter completionem subiecti " [1]. Si la autoridad es la forma sustancial de la nacion, ella será lo más noble y principal de todo el sér político, y al bien de la autoridad deberá ser subordinado el bien de todos los ciudadanos y de la sociedad entera, como deben ser subordinados al bien del alma en el hombre los bienes particulares de los miembros y áun el universal de todo el cuerpo. Porque, como lo ménos principal sea por lo que es lo más en el mismo género, y la forma sustancial en todo compuesto supere en perfeccion y dignidad á la materia; es evidente á todas luces que en la mencionada hipótesis todo cuanto hay en el cuerpo político deberá ir encaminado al bien y pujanza del poder que sustancialmente lo anima. ¿Pero quién no ve que en la autoridad sucede precisamente todo lo contrario, y que, léjos de estar subordinado á ella el bien de todos los ciudadanos, ella es la que ha de dirigir todos sus actos al bien de la sociedad y estar consagrada perpétuamente al complemento y perfeccion de la república, como debe precisamente suceder, siendo un simple atributo emanado de su esencia, y no la esencia misma ó la forma constitutiva del compuesto?

La misma causa por que es considerada como necesaria la autoridad en la república, está diciendo claramente que ella no es la forma constitutiva del sér social, sinó un simple atributo suyo, una fuerza emanada de la esencia. En efecto: ¿para qué es necesaria la autoridad? ¿Para unir simplemente las inteligencias y las voluntades de los ciudadanos en la intencion del bien comun, en lo cual

1 Santo Thom., 1. p., q. 77, a. 6.

está constituida la esencia de la sociedad civil? No, ciertamente; esta union de las inteligencias y de las voluntades, ya la tienen todos los hombres producida por la misma naturaleza, merced al impulso general que ella imprime á todos y cada uno de los hombres, moviéndolos á querer la vida social con todas las cosas inherentes á ella. El oficio propio de la autoridad no es producir esta union, sinó idear los medios *prácticos* con que conviene *tender de hecho* á la prosecucion de dicho fin, é intimarlos á los ciudadanos para que los ejecuten, haciendo efectivo lo que ya habian intentado de una manera general al querer vivir reunidos en sociedad. Es decir, que la autoridad, con todos sus actos y funciones, pertenece al órden ejecutivo y no al intentivo, y produce, por consiguiente, armonía y órden en las acciones prácticas de la vida política, pero no en la vida misma sustancial y anterior á estas acciones, la cual es efecto de la misma naturaleza humana.

Acaece en esto lo mismo que en los actos prudenciales del hombre físico. Para excogitar lo que debemos hacer en cada momento determinado, hemos sido dotados por el cielo de la razon práctica, que es la que debe entender en estas cosas; pero esta razon supone en nuestra naturaleza una inclinacion general hácia el bien, y una voluntad, tambien general, de poner en ejecucion todos cuantos medios nos fueren dictados por ella como necesarios para alcanzar la felicidad. Porque á nuestra razon práctica pertenezca poner órden en estos actos determinados, ¿quién puede decir con verdad que ella es la forma sustancial de nuestro sér, el elemento constitutivo más principal de nuestra propia esencia? Esto equivaldria á decir que la esencia del hombre está constituida por la prudencia; pues la razon práctica es lo mismo que esta virtud. Pues dígase lo mismo de la razon prudencial de la república, que es la autoridad: tanto la una como la otra son simples fuerzas emanadas de la esencia; fuerzas que tienen sus propias y peculiares funciones, como todas las fuerzas de los séres. ¿Cuándo se ha visto que el elemento constitutivo de un sér sea una fuerza? Las esencias de los séres están formadas por elementos que no son formalmente activos, aunque son fuente primera de toda actividad. Si la autoridad política fuera la forma sustancial de la sociedad humana, ella en sí misma, y sin las fuerzas emanadas del sér social, no debiera de ser activa, como no lo es en nosotros la esencia de nuestra alma.

Pero aún hay otra razon muy poderosa, que demuestra hasta la última evidencia la tésis que estamos defendiendo. La forma sustan-

cial en los séres es fuente y raiz de todas las fuerzas y operaciones pertenecientes á estos mismos séres. Ahora bien; es cosa del todo manifiesta, que hay fuerzas y operaciones en la sociedad civil que no emanan de la autoridad, sinó de otro principio más alto; tales son las leyes constitutivas y la voluntad general que tienen los hombres de vivir reunidos, ayudándose mútuamente en la prosecucion de un mismo fin. Luégo es tambien evidente que no es la autoridad el alma y forma sustancial de la república, sinó una cosa muy diferente. Que las leyes fundamentales no emanen de la autoridad, lo confiesan claramente varios de los autores contrarios á la doctrina escolástica que estamos defendiendo; si bien otros de la misma escuela son más lógicos en afirmar, conforme á su teoría, que áun estas mismas leyes son creaciones propias de la autoridad, porque las leyes, por ser fundamentales, no dejan de estar real y verdaderamente contenidas en la categoría de fuerzas sociales. Mas esto es un absurdo intolerable, porque hace de los pueblos una mera máquina puesta al servicio de la autoridad, y proclama el absolutismo puro, atribuyendo á los gobernantes cuantos derechos pueden poseer los ciudadanos, lo cual de ninguna manera se puede admitir. Y asimismo, que la voluntad general, uniforme y constante, que todos los hombres tienen de vivir en sociedad, no sea fruto de la autoridad política, lo ve y siente en sí todo el mundo. Porque cada uno advierte en su propia conciencia, que, si tiene obligacion de vivir reunido con otros de su misma especie, esta obligacion no nace de que así lo manden las autoridades civiles, sinó de la sola ley natural, fundada en la necesidad que de este género de vida comunmente suelen tener todos los hombres.

Es, por consiguiente, del todo manifiesto, que la autoridad en la república no tiene el lugar que en el hombre físico ocupa el alma ó la forma sustancial, sinó otro más inferior. Porque ningun carácter de cuantos corresponden á la forma sustancial del compuesto es propio de la autoridad política: no el estar *esencialmente* difundida por todo el cuerpo; no el ser lo más noble, á cuyo bien y pujanza hayan de ser ordenados todos los actos de los ciudadanos que forman el elemento material de la república; no el ser formalmente inactiva; no, finalmente, el ser fuente y orígen de todas las fuerzas sociales, llamadas vulgarmente *derechos*.

Si pues la autoridad política no es el alma misma de la sociedad, sinó una fuerza emanada de su esencia, y dirigida á servirle de instrumento en la ordenada y constante prosecucion de su fin; claro

está que la sociedad podrá localizar esta fuerza donde mejor le acomode, desprendiéndose de ella en todo ó en parte, segun juzgue serle más conveniente, entregándola para siempre ó para determinado tiempo á alguno ó algunos de los miembros de la nacion, los cuales la hagan funcionar en el sentido propio que á su naturaleza corresponde, ó sea buscando en todas sus acciones el bien público, y no el particular y exclusivo de algunos ciudadanos. Haciendo esto, no quedará la nacion convertida en un puro autómata, y destituida de la vida social; porque su alma y forma sustancial verdadera permanecerá siempre difundida por todos los miembros, reinando en ellos la voluntad general, impresa por la naturaleza, de seguir formando una corporacion verdadera. Ni se suicidará la república porque se desprenda de la autoridad, localizándola en alguna familia determinada por medio de sus leyes fundamentales; puesto que, obrando de esta suerte, no hará más que ceder á uno de sus miembros un derecho que á ella naturalmente le pertenece; como no se suicida un hombre particular que ha nacido libre, y quiere hacer cesion de su independencia entregándose á otro en clase de esclavo, por juzgar que esto es lo que más conviene á sus intereses personales. El derecho de gobernarse por sí mismo, llamado *autonomía*, conviene por naturaleza á todos los hombres que han llegado ya á cierto grado de madurez, por el cual se hallan puestos fuera de la autoridad paterna. De este derecho se pueden desprender voluntariamente cuando les conviene, poniéndose para siempre, ó para un tiempo determinado, bajo la dependencia de otro que los gobierne y dirija segun razon. Pues esto mismo puede hacer todo pueblo, despojándose de su autonomía natural, y poniéndose bajo la obediencia de alguna persona ó familia que, con leyes sabias y prudentes, lo gobierne, promoviendo con cuidado y diligencia el bien público.

Y esto es lo que, en sentir nuestro, conforme á la doctrina de los Escolásticos, hacen efectivamente las diversas naciones al elegirse un superior que las gobierne. De esta manera, en una parte los hombres dan á la sociedad por ellos compuesta la forma política *republicana*, en otra la *aristocrática*, en otra la *monárquica*, en otra la de un compuesto mixto de estas tres diferentes formas simples, segun lo estiman más conveniente al interés de la nacion, al bien comun de todos los ciudadanos. En esta cesion de derechos la nacion pierde tanto de su autonomía natural é innata, cuanto derecho de mandar deposita en la persona ó personas que comienzan á ser en

ella superiores; pero su esencia sigue siempre la misma, puesto que los ciudadanos permanecen unidos por medio de la misma forma sustancial que junta en uno sus entendimientos y voluntades. Esta forma consiste en la voluntad habitual y constante de vivir juntos y tender unidos todos los ciudadanos á la consecucion del bien público y universal con la práctica de aquellos medios que fueren designados por la persona ó personas en quienes se hallare depositada la autoridad. Por tanto, no se localiza en ninguna parte, sinó que permanece siempre difundida en la masa entera de la nacion á manera de alma que todo lo invade, sin dejar una sola partícula destituida de la vida social; ni deja de existir en instante alguno animando á los ciudadanos, porque en todos los momentos está obrando en ellos la misma naturaleza humana, por la cual se sienten impelidos y moralmente necesitados á querer perseverar en la asociacion dicha.

Y porque esta forma ó voluntad general está siempre difundida por todo el cuerpo, no sucede jamás que indivíduo alguno de la república se halle muerto socialmente ó destituido de vitalidad intrínseca, y convertido en mera masa inerte, en mero autómata, que necesite ser movido extrínsecamente por el alma localizada en algun miembro particular, como deben enseñar por fuerza los que sostienen ser la autoridad política el alma de la nacion. Todos y cada uno de los miembros sociales están internamente animados de esta voluntad habitual, comun á todos ellos y propia al mismo tiempo de cada uno. Ni áun entre las mismas discordias civiles ó en el tiempo de anarquía cesa de animar al cuerpo social; lo que sucede entónces, es que la fuerza principal de la república, la autoridad, no funciona con la regularidad debida. La sociedad se encuentra entónces en estado de convulsion, en una especie de delirio que, si se prolonga demasiado, puede acarrearle la muerte.

Por eso juzgan los de la opinion contraria, que la autoridad es en la nacion lo que el alma en el cuerpo; pero no van más derechos en esta manera de discurrir de lo que iria quien hiciese consistir la esencia del hombre en la facultad digestiva, porque, perturbada ésta gravemente en sus funciones, es muy capaz de acabar con el indivíduo entero. La falta de orden y regularidad en las operaciones sociales hace ménos firme aquella voluntad general que tienen los ciudadanos de vivir reunidos en un solo cuerpo, y en que consiste la forma sustancial de la nacion; y á medida que esta falta se prolonga y aumenta, la firmeza de la voluntad dicha va menguando, hasta que por fin llega un momento en que desaparece por comple-

to, y la persona moral muere, formando los individuos otras agrupaciones distintas de la primera. Así acarrea la muerte á la nacion la falta de regularidad en el ejercicio del mando, no dejando éste de animar á los ciudadanos, sinó omitiendo todas aquellas funciones vitales sin las cuales no puede durar mucho tiempo la vida sustancial del organismo político; es decir, dejando de conservar por medio de sus funciones operativas en el elemento material de la república fuertes y vigorosas aquellas disposiciones prévias que se requieren para que la verdadera forma sustancial persista en su union con la materia.

Cedida la autoridad por la república á las personas que de una manera tácita ó expresa se nombra siempre ella misma, ya no le es lícito quitársela ó dejarles de obedecer en lo que estas personas legítimamente mandan; puesto que las tales personas se hallan ya en posesion de un verdadero derecho político, del cual nadie es capaz de despojarlas sinó es faltando abiertamente á las leyes morales impresas por Dios de un modo indeleble en las conciencias de todos los hombres. Ni la república, ni persona privada alguna pueden ir jamás en contra del referido derecho; y así la rebelion contra el legítimo soberano, ora sea éste una cámara de diputados con su presidente á la cabeza, ora una junta de personas principales ó nobles de la nacion, ora en fin una sola persona llamada rey ó emperador, queda gravemente prohibida por la ley natural dictada por el mismo Dios, rey y señor universal, así de súbditos como de soberanos, y juez supremo de todos cuantos se atreven á quebrantarla.

La doctrina que acabamos de exponer se halla enseñada manifiestamente por todos los doctores escolásticos, sin excepcion alguna. Santo Tomás aduce para probarla esta clarísima y sencilla razon: "La ley, propia y principalmente, tiene por punto de mira el bien comun. Ahora bien; ordenar una cosa al bien comun es propio ó de toda la comunidad, ó de aquel que tiene sus veces en este oficio. Por tanto, el establecimiento de la ley pertenece á toda la multitud ó á la persona pública que tiene el cuidado de la multitud entera, porque *lo ordinario y constante en todos los séres es que la ordenacion de los medios al fin corresponda á aquel mismo cuyo es este fin*" [1]. Segun estas palabras, la facultad legislativa, en la cual

[1] Lex proprie primo et principaliter respicit ordinem ad bonum commune. Ordinare autem aliquid in bonum commune est vel totius multitudinis vel alicujus gerentis vicem multitudinis. Et ideo condere legem vel pertinet ad totam multitu

principalmente está colocada la autoridad civil, pertenece propia y primariamente á la nacion, y de una manera secundaria y derivada á la persona ó personas que de ella tienen las veces por haber sido nombradas superiores, recibiendo así por voluntad tácita ó expresa de los ciudadanos una autoridad que no les viene del derecho natural. Y da la razon de ello Santo Tomás diciendo que *en todo sér el moverse hácia el fin corresponde al mismo sér cuyo es este fin.* Suarez tambien se expresa en los mismos términos. "La potestad legislativa, escribe [1], por la sola naturaleza de las cosas no existe en particular alguno sinó únicamente en la comunidad. Esta conclusion es comun y cierta."

En esto todos los teólogos convenian sin excepcion alguna; solamente reinaba entre ellos alguna diversidad sobre una cuestion secundaria, que tiene poquísimo interés, una vez supuesta la verdad de la otra principal por nosotros enunciada [2]. Consistia esta cuestion secundaria en averiguar si los reyes, emperadores, cuerpos legislativos de una república y demas personas revestidas de verdadera autoridad en las diferentes naciones, segun la diferente forma política que ellas mismas se hayan dado, tienen su autoridad *inmediatamente* de Dios ó sólo de una manera mediata, á saber, por el intermedio de la nacion que se la cede. En esto la generalidad de los teólogos estaba por la comunicacion mediata; de suerte que Suarez no duda en llamar esta opinion "egregium Theologiae axioma" *egregio axioma de Teología* [3]. Algunos empero, aunque muy raros, sostenian la comunicacion inmediata, sin que por esto negasen la otra doctrina comun que Suarez sapientísimamente llama cierta, y que consiste en afirmar no hallarse nunca la autoridad política en persona alguna particular por la sola naturaleza de las cosas, sinó únicamente en la nacion. Para que un particular cualquiera éntre en posesion de aquel grado de autoridad, que conforme á las leyes fundamentales suelen tener los gobernantes en los diferentes pueblos,

dinem vel pertinet ad personam publicam, quae totius multitudinis curam habet; *quia et in omnibus aliis ordinare in finem est ejus, cujus est proprius ille finis.* (S. Thom., 1-2, q. 90, art. 3.)

1 "Dicendum ergo est, hanc potestatem *(legislativam)* ex sola rei natura in nullo singulari homine existere, sed in hominum collectione. Conclusio est communis et certa. (Suarez, *De Legibus*, lib. III, cap. III, n. 3.).

2 En *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, cap. LI, desarrolla perfectamente Balmes este pensamiento.

3 Suarez, *Defensio fidei catholicae*, lib, III, cap. II, n. 10.

es preciso, segun la doctrina de todos los Escolásticos sin excepcion, que la sociedad ceda primero aquella autoridad, y quiera verdaderamente desposeerse de ella, nombrando la persona en que ha de ser depositada, y revistiéndola de aquella potestad restringida por las leyes fundamentales. Es decir que, segun la enseñanza indicada, ningun particular puede venir á ser dueño legítimo de cualquier derecho de mandar en una nacion sinó con el consentimiento, tácito ó expreso, de la nacion misma, y queriendo ella estar desposeida de este mismo derecho. Ahora, la diferencia entre unos y otros versaba sobre si este consentimiento *creaba* aquel derecho, ó era sólo una *mera condicion esencial* para que Dios mismo, y no la nacion, lo confiriese á la persona dicha.

Los que en estos últimos tiempos han combatido á los Escolásticos, no han sabido distinguir estas dos cuestiones, tan diferente la una de otra; han confundido las dos en una sola, y consiguientemente han afirmado que la doctrina por ellos combatida no era comun á todas las escuelas. Este error, sin embargo, hubiera podido ser fácilmente disipado, si los tales autores hubieran leido con atencion y diligencia las obras de los Escolásticos mismos. Así Molina, por ejemplo, en su excelente tratado *De justitia et jure*, tomo primero, disputacion 22, tratando del orígen de la potestad civil expone la doctrina de Victoria y de Soto en estos términos: "Victoria en la releccion sobre la potestad civil desde el número 6, y Soto en el libro IV *De justitia*, q. 4, a. 1, afirman, que por el solo hecho de juntarse los hombres en un solo cuerpo de república nace naturalmente en la comunidad la potestad de gobernar á cada una de las partes, dictándoles leyes, sentenciando sus causas, é imponiéndoles penas y castigos. Por donde dicen que como Dios es el autor del derecho natural, esta potestad viene inmediatamente de Dios, á quien corresponde dar forma y sér á la naturaleza, si bien el reunirse los hombres en cuerpo de nacion es una condicion sin la cual la tal potestad no resultaria" [1].

1 Victoria in *Relectione de potestate civili*, a. n. 6, et Sotus 4. *De justitia*, q. 4, a. 1, asseverant, eo ipso quod homines ad integrandum unum reipublicae corpus conveniunt, jure naturali oriri potestatem corporis totius reipublicae in singulas partes ad eas gubernandum, ad leges illis ferendum, jusque illis dicendum et ad eas puniendum. Quare, inquiunt, cum Deus optimus maximus auctor sit juris naturalis, sane hujusmodi potestas immediate est a Deo naturam instituente; tametsi hominum adunatio in unam rempublicam conditio sit, sine qua ea potestas non resultaret. (Molina, *De just. et jure*, t. 1, d. 22.)

Esta doctrina de los dos ilustres dominicos se refiere á la primera de las dos citadas cuestiones, y á ella se adhiere Molina como todos los demas teólogos. Sin embargo, el ilustre jesuita más adelante en la cuestion 26 de la misma obra plantea en términos expresos la segunda cuestion con estas formales palabras: *Utrum regia potestas de iure naturali sit.* Antes de resolverla aduce en favor de los que están por la afirmativa, entre los cuales se encuentra el mismo Victoria, las dos razones siguientes: " La potestad de la república sobre cada una de las partes es de derecho natural, como se ha demostrado en la disputacion 22. Es así que esta misma potestad es la trasladada por la república al rey; puesto que, creado el rey, no quedan dos potestades, una en la república y otra en el rey, sinó solamente la de este segundo que ha entrado en el poder con la abdicacion de la primera. Luego, etc... En segundo lugar, no sólo nace del derecho natural la potestad de la república, sinó que ademas el entregarla á uno ó á muchos proviene tambien de la misma lumbre y derecho natural; porque la república no puede ejercerla por sí misma en toda su colectividad; luégo, ya sea que la república se elija el régimen real, ora prefiera la aristocracia, ó la democracia, la suprema potestad elegida por ella, segun mejor le pareciere, será siempre de derecho natural " [1].

Hé aquí cómo los mismos que sostenian entre los antiguos la comunicacion inmediata en órden á la potestad civil de los reyes y demas personas particulares, se hallaban muy léjos de negar la doctrina generalmente recibida de que primera y principalmente sólo la república recibe, por comunicacion inmediata del mismo Dios, la potestad sobre cada uno de sus miembros. Antes bien, como se ve por las palabras de Molina que acabamos de copiar, en la misma doctrina general se fundaban para decir que tambien á las particulares personas confiere Dios por sí mismo la autoridad cuando de ella hace cesion y abdicacion la república.

1 " Suaderi autem id potest. Primo, quoniam potestas reipublicae in singulas partes est de jure naturali, ut disputatione 22 ostensum est; sed eadem est potestas quam respublica transfert in regem; quippe cum, creato rege, non maneant duae potestates, una in republica et altera in rege; sed abdicante a se republica suam potestatem eamque in regem transferente, remanet una sola potestas regis; ergo... Secundo, non sola potestas reipublicae oritur ex jure naturali, sed etiam quod eam alicui vel aliquibus committat, proficiscitur a lumine ipso jureque naturali; eo quod respublica tota nequaquam secundum se totam possit illam exercere; ergo sive respublica sibi eligat regium regimen, sive aristocratiam, sive democratiam, sane suprema civilis potestas, quam pro suo arbitratu elegerit, semper erit de jure naturali. " (Id. *ibid.*, disp. 26.)

Sin embargo, áun en esto mismo muy raros fueron los que siguieron á Victoria. Molina no cita sinó á Covarrubias; despues asienta su proposicion por la contraria con Durando, Driedon y Alfonso de Castro. Y esta doctrina de Molina sobre la comunicacion mediata de la potestad civil á los reyes y demas personas particulares, es lo que llama Suarez *egregio axioma de Teología* y *verdad evidentemente demostrada y enseñada generalmente por los doctores.* Para lo cual no faltaban ciertamente al profundo teólogo granadino razones poderosas, algunas de las cuales quiero poner aquí, copiando sus mismas palabras; " Ex vi rationis naturalis, dice, nulla potest excogitari ratio cur haec potestas determinetur ad unam personam, vel ad certum numerum personarum infra totam communitatem, magis quam ad alium; ergo ex vi naturalis concessionis solum est immediate in communitate. Declaratur denique, quia ex vi solius rationis naturalis non determinatur principatus politicus ad monarchiam, vel aristocratiam simplicem vel mixtam, quia nulla est ratio quae definitum modum regiminis necessarium esse convincat. Quod usus ipse confirmat: nam propterea diversae provinciae vel nationes diversos etiam gubernationis modos elegerunt, et nulla illarum contra rationem naturalem aut contra immediatam Dei institutionem operatur. Quare signum est potestatem politicam non esse a Deo immediate donatam uni personae, principi, regi, aut imperatori; alioqui illa esset monarchia immediate a Deo constituta; vel uni, vel alicui particulari senatui, aut particulari congregationi paucorum principum, alioqui illa esset aristocratia a Deo immediate instituta; idemque argumentum de quacumque mixta gubernatione fieri poterit " [1].

Los que en estos últimos tiempos han opugnado la doctrina escolástica, han creido ser falso lo que aquí afirma el eximio Doctor al escribir que " nulla est ratio quae definitum modum regiminis necessarium esse convincat; " y han visto, ora en el hecho de la paternidad, ora en el del dominio territorial, esta razon convincente que se escapó á la perspicacia de nuestro insigne filósofo. Pero la nulidad de entrambos títulos en la presente cuestion salta á la vista con sólo fijar un poco la atencion en ellos. Bien se echa de ver esto en la misma conducta observada por estos escritores; porque, á ser verdad lo que con tanta firmeza aseguran, tendrian más uniformidad en sus juicios. Los unos recurren á la paternidad creyendo ser poco

1 Suarez, *Defens. fidei*, lib. III, cap. II, núm. 7.

fundado el argumento del dominio territorial aducido por los otros; los cuales, á su vez, tienen por insubsistente el formado por los primeros. ¿No es esto una señal manifiesta de que ambos títulos son verdaderamente nulos para la cuestion de que se trata?

Por lo que hace al segundo de ellos, el gran Suarez, ni siquiera lo creyó digno de ser nombrado. Tan clara y evidente le pareció su insuficiencia. La obligacion que tiene de poner órden en su territorio el dueño de una finca cualquiera es un mero deber de caridad, que no obliga sinó cuando se puede cumplir sin grave detrimento propio, y que persiste áun entre los hombres constituidos en sociedad, y puestos bajo la jurisdiccion del que legítimamente manda. ¿Qué tiene, pues, que ver el derecho fundado en esta obligacion con el de poner órden en las acciones sociales, el cual pertenece á la justicia y no á la caridad, y obliga áun con grave detrimento del que lo posee? ¿Quién ha pensado jamás que la obligacion de caridad que todos tenemos de impedir los pecados de nuestros prójimos, cuando buenamente podemos, y que nos da derecho para ejercer con ellos la correccion *fraterna*, nos eleve alguna vez á la altura de verdaderos *superiores* suyos para corregirlos, no fraternalmente, sinó como verdaderos legisladores y como dueños absolutos de vida y muerte? A ser verdadera esta doctrina, no el que fuese dueño del territorio, sinó el que tuviera mejores puños para hacer cumplir su voluntad á sus semejantes, sería el que por disposicion de la naturaleza deberia ejercer el derecho de superior en una reunion cualquiera; porque ninguno mejor que él puede cumplir con el deber de caridad que se nos pretende dar en ciertos casos como verdadera alma de la república. Mas esto ya se ve á dónde conduce: á proclamar nada ménos que el derecho de la fuerza, hoy dia, por desgracia, demasiado triunfante en el mundo.

El título fundado en la paternidad ya tiene alguna mayor apariencia, y por eso el Doctor eximio tuvo buen cuidado de examinarlo. Pero lo encontró falto de solidez, y por tanto pudo escribir con verdad las palabras precitadas, diciendo que " nulla est ratio quae definitum modum regiminis necessarium esse convincat. „ Ciertamente, si á algun padre hubiera podido corresponder por derecho de naturaleza la soberanía política, éste hubiera sido nuestro padre Adan; y sin embargo, de él dice expresamente Suarez, que la sola paternidad no le pudo conferir otra potestad sinó la económica ó señorial. Oigamos la razon en que funda su aserto, que á nuestro juicio es demostrativa. " Ex vi solius creationis et originis naturalis,

dice, solum colligi potest habuisse Adamum potestatem aeconomicam, non politicam; habuit enim potestatem in uxorem et postea patriam potestatem in filios quamdiu emancipati non fuerunt; potuit etiam discursu temporis habere famulos et completam familiam et in ea plenam potestatem, quae *aeconomica* appellatur. Postquam autem coeperunt familiae multiplicari et separari, singuli homines, qui erant capita singularum familiarum, habebant eamdem potestatem circa suam familiam. Potestas autem politica non coepit donec plures familiae in unam communitatem perfectam congregari coeperunt. Unde sicut illa communitas non coepit per creationem Adae, nec per solam voluntatem eius, sed omnium qui in illa conveniunt; ita non possumus cum fundamento dicere Adamum ex natura rei habuisse primatum politicum in illa communitate „ [1].

El argumento contenido en estas palabras se reduce á lo siguiente: La sociedad política es una reunion de familias independientes entre sí, por donde los hijos de Adan no pudieron formar con él verdadera sociedad política miéntras se hallaban bajo la autoridad paterna, sino cuando se emanciparon de ella y comenzaron á formar familias separadas, de las cuales fuesen ellos sus respectivos jefes. Ahora bien; en razon de cabeza de familia, Adan no tenia más autoridad que sus hijos, porque cada uno era perfectísimo señor en su propia casa. Luego no entrando Adan á constituir la república *como padre de los hijos emancipados*, *sinó como cabeza de su propia familia*, y no llevando en esto segundo ventaja alguna á los demás, ninguna *razon de justicia* podía alegar para que recayese el mando por derecho de naturaleza en su propia persona. No sucede así en la sociedad conyugal, á la cual suelen apelar algunos para poner en el padre el derecho de preeminencia política. En esta sociedad el hombre entra *esencialmente como varon*, y la mujer *como hembra*, y así la misma naturaleza de los elementos que la componen establece la preeminencia en uno de ellos, haciéndolo superior nato de la familia.

Este argumento del Doctor eximio lo ilustra, como suele, con su esclarecido ingenio, el gran filósofo de este siglo, nuestro insigne Balmes, cuyas palabras no podemos ménos de citar aquí, por ser de grande peso en la presente materia. "La naturaleza misma, escribe, ha señalado las personas en quienes reside la potestad patria; las necesidades de la familia marcan sus límites; los sentimientos del

1 Suarez, *De legibus*, lib. III, cap. II, núm. 3.

corazon le prescriben el objeto, y regulan su conducta. En la sociedad acontece de otra manera: el derecho del poder civil anda revuelto en el torbellino de los acontecimientos humanos: aquí reside en uno, allá en muchos; hoy pertenece á una familia, mañana habrá pasado á otra; ayer se ejercia bajo cierta forma, hoy bajo otra muy diferente. El niño llorando en el regazo de su madre le está recordando bien claro la obligacion de alimentarle y cuidarle; la mujer flaca y desvalida está diciendo al varon que ella y su hijo han menester amparo, y la infancia, débil, sin fuerzas para sostenerse, sin conocimiento para guiarse, enseña al padre y á la madre el deber de mantenerla y educarla. Allí se ve clara la voluntad de Dios; el órden mismo de la naturaleza es su expresion viva; los sentimientos más tiernos, su eco y su intérprete. No hay necesidad de atender á otra cosa para conocer la voluntad del Criador; no hay necesidad de cavilaciones para buscar el conducto por donde ha bajado del cielo la patria potestad. Derechos y deberes de padres y de hijos, escritos están con caractéres tan claros como hermosos. Pero ¿dónde encontraremos esa expresion tan inequívoca en lo tocante al poder civil? Si el poder viene de Dios, ¿por qué medios le comunica? ¿De qué conductos se vale? Esto lleva á otras cuestiones secundarias, pero encaminadas todas al esclarecimiento y resolucion de la principal.

„¿Hay algun hombre, ó le ha habido nunca, que por derecho natural, se hallase investido del poder civil? Claro es que si esto se hubiese verificado, no habria tenido otro orígen que el de la patria potestad; es decir, que el poder civil debiera en tal caso considerarse como una ampliacion de esa potestad, como una transformacion del poder doméstico en poder civil. Por de pronto, salta á los ojos la diferencia del órden doméstico al social, el distinto objeto de ambos, la diversidad de las reglas á que deben estar sujetos, y que los medios de que se echa mano en el gobierno del uno son muy diferentes de los empleados en el otro. No negaré que el tipo de una sociedad no se encuentre en la familia, y que la primera sea tanto más hermosa y suave, cuanto más se aproxima, así en el mando como en la obediencia, á la imitacion de la segunda; pero las simples analogías no bastan á fundar derechos, y queda siempre como cosa indudable que los del poder civil no pueden confundirse con los de la patria potestad.

„Por otra parte, la misma naturaleza de las cosas está indicando que la Providencia, al ordenar los destinos del mundo, no estable-

ció la potestad patria como fuente del poder civil: pues que no vemos cómo hubiera podido transmitirse semejante poder, ni por qué medios sea posible justificar la legitimidad de los títulos. Fácil es concebir el pequeño reino de un anciano, gobernando una sociedad compuesta únicamente de dos ó tres generaciones de su descendencia; pero en el momento en que esta sociedad crece, se extiende á varios países, y por consiguiente se divide y subdivide, desaparece el poder patriarcal, su ejercicio se hace imposible, y no se acierta á explicar cómo los pretendientes al trono alcanzarán, ni á entenderse entre sí, ni con los demas, para legitimar y justificar su mando. La teoría que reconoce en la patria potestad el orígen del poder civil podrá ser tan bella como se quiera; podrá reclamar el apoyo que parecen darle los gobiernos patriarcales que observamos en la cuna de las sociedades; pero tiene en contra dos cosas: 1.ª que afirma, pero no prueba; 2.ª que es inútil para el objeto que se propone de solidar los gobiernos; pues ninguno de estos puede probar su legitimidad, si se pretende apoyarla en semejante título. El primer monarca como el último vasallo saben que son hijos de Noé, nada más. Ni en Santo Tomás, ni en otro de los principales teólogos he podido encontrar esta teoría; y subiendo más arriba, no sé que se la pueda fundar tampoco en la doctrina de los Santos Padres, en las tradiciones de la Iglesia, ni en la Sagrada Escritura„ [1].

No podia ménos de sentir así un ingenio tan claro y tan profundo que tenía tan bien estudiadas las doctrinas de los Escolásticos. Con razon dice este gran pensador, que semejante teoría, sobre ser enteramente infundada, no sirve para el fin que se proponen sus autores. En efecto: ¿cómo explicar con ella la transmision del poder? El derecho puramente personal del padre ¿con qué razon habia de poder ser transmitido á un hijo cualquiera? Y en los casos tan frecuentes de intrusion en el mando con el despojo del legítimo poseedor ¿cómo legitimar lo que en un principio fué una injusticia? En vano apelan al derecho de prescripcion, adquirido con el tiempo, los defensores de esta doctrina. En la ley puramente natural no hay prescripcion que valga, y al cabo de cien mil años el derecho usurpado será siempre ajeno, si no cede voluntariamente el dueño del tal derecho. ¿Es esto lo que sucede en materia de autoridad política? Claro está que no; y esto prueba la falsedad de esta opinion de una manera manifiesta.

1 Balmes, *El protestantismo comparado con el Catolicismo*, etc., cap. XLVIII.

Como nuestro filósofo de Vich han pensado entre otros en estos últimos años el P. Fr. Zeferino González, actual Cardenal de Sevilla [1]; el sabio canónigo M. Fernando J. Moulart, profesor ordinario de Teología en la Universidad católica de Lovaina, y M. Augusto Nicolás. El segundo de estos tres autores en su obra intitulada, *L'Église et l'État*, Louvain, 1879, págs. 79-80, se expresa en los siguientes términos: " Aunque ni la fe ni el órden social se hallan interesados en este debate, no podemos ménos de observar, sin embargo, que la opinion de la comunicacion mediata se concilia incomparablemente mejor con los hechos de la historia. Los cambios tan numerosos y tan varios que en todas las épocas y en todos los pueblos han sufrido los gobiernos y sus constituciones, no se explican de una manera verdaderamente satisfactoria, sinó suponiendo que la sociedad misma es quien hace la delegacion del poder. La otra opinion es insuficiente para resolver los problemas fundamentales de la ciencia.

a) Como veremos dentro de poco, todo el mundo conviene en que por medio *del pacto de union ó contrato político* la sociedad puede limitar el poder, sometiéndolo á tales ó cuales condiciones ó garantías. Ahora bien; ¿cómo explicar esto, si no es la sociedad misma la encargada de delegar la autoridad? Sería necesario afirmar que Dios interviene personal é inmediatamente en cada cambio, en cada combinacion y de algun modo en cada artículo de las constituciones políticas. La sabiduría divina, siempre sencilla en sus caminos, no nos permite pensar nada que á esto se parezca: el Criador ha dado para siempre á los hombres con la naturaleza todo lo que es necesario para constituir la sociedad y el poder.

b) Ademas, limitar el poder, ponerle condiciones ¿no es por ventura ejercer un acto de jurisdiccion, de soberanía? ¿Qué fundamento tendrá el pacto constitucional, si ántes no existe derecho alguno político en la comunidad? La grande querella que se mueve contra la teoría del derecho divino mediato se reduce á decir que con ella deberíamos estar siempre en el órden abstracto, sin poder jamás constituir realmente la sociedad y el poder. En efecto: la comunicacion de la soberanía, dicen, supone que el pueblo está ya constituido en cuerpo social, puesto que ántes de esto no hay sinó una multitud de individuos aislados; sin autoridad civil de los unos sobre los

1 Fray Zeferino González, *Philosophia elementaria*, tom. III. *Deontologia seu Ethica specialis*, cap. II, art. 1.º Thesis 2.ª, pág. 137. Madrid, 1868.

otros. Ahora bien; un cuerpo social constituido supone un jefe real; luego la comunicacion del poder en este sistema supone necesariamente ya hecha esta comunicacion. Hé aquí, concluyen, un círculo de donde es imposible salir.

Me parece, sin embargo, que se puede retorcer este razonamiento contra los defensores de la comunicacion inmediata. Si es verdad que el pueblo no es en ningun momento depositario de la soberanía; si es verdad por consecuencia que ántes de ser constituida la sociedad por la eleccion de un jefe no hay en el pueblo sinó una multitud de indivíduos aislados, sin autoridad civil ó política de los unos sobre los otros; es absolutamente imposible explicar cómo estos indivíduos (ó mejor dicho *la mayoría* de ellos) pueden elegir la persona del soberano, determinar la forma de gobierno, limitar las atribuciones del poder, etc., é *imponer su voluntad á la minoría de la nacion*. Es, pues, evidente que, una vez admitida esta segunda opinion, no se puede salir del órden abstracto, ni constituir el gobierno real. Los defensores del otro sistema se desembarazan de esta dificultad diciendo que es preciso concebir como existente, al ménos por un momento, el estado primitivo natural de la democracia absoluta. De esta suerte la comunidad universal, estando realmente en posesion de la soberanía, puede establecer una ú otra de las formas simples de Gobierno ó combinarlas en diferentes maneras „ [1].

El último de los tres autores citados, ó sea M. Augusto Nicolás, es mucho más enérgico en su manera de refutar esta opinion. No se contenta con desecharla simplemente, sinó que la llama *protestante* y *galicana* y la considera como la personificacion del despotismo, al paso que á la contraria le da el nombre de *católica*, presentándola ademas como la expresion más viva del sentido comun y de la cordura, que camina entre los dos escollos de la soberanía popular y del absolutismo de los reyes. Oigamos sus palabras, que son muy dignas de atenta consideracion: “ ¿Cómo se verificará, escribe, el desprendimiento, el tránsito y la encarnacion del poder en un jefe? Esta es la cuestion. „

“ Aquí hay dos sistemas, dos doctrinas; la doctrina católiea ultramontana, y la doctrina protestante y galicana. „

“ Estas dos doctrinas se hallan de acuerdo en este punto comun: que el poder proviene de Dios. Puede hacerse un soberano, pero no

1 Ferd. J. Moulart, *L'Église et l'État*, lib. 1, 2.ª seccion, c. 1, art. 2.°, párrafo II.

se hace la soberanía; y como no hay verdadero soberano sin soberanía, se está en el caso, ó de no tener sinó un jefe de aventura, de sorpresa ó de fuerza, sin raíces ni autoridad, á quien el movimiento facticio ó tumultuoso que lo ha elevado no cesa de amenazar hasta que lo arrebata, y el cual necesita hacerse tirano para resistir á él, ó bien de volver al principio superior de la soberanía verdadera, proveniente de la naturaleza divina, por medio del cual únicamente puede constituirse un legítimo y sólido gobierno. „

" Sobre este punto las dos escuelas están de acuerdo y reproducen la doctrina antirevolucionaria „.

" Pero ¿en qué difieren éstas? „

" Hélo aquí: „

" La escuela protestante y galicana profesa que los reyes reciben su poder inmediatamente de Dios; que por consiguiente no están sujetos á ninguna legislatura humana sinó en cuanto la juzgan á propósito; que son constituidos por sólo Dios, á quien únicamente deben dar cuenta de sus actos; que la nacion no se pertenece; que no existiendo sinó porque es gobernada, no existe más que en aquél por quien es gobernada, el cual no depende de potestad alguna del mundo, sinó de Dios solo. Esto es el legitimismo absoluto, el cual fué formulado en la famosa frase de Luis XIV: " El Estado soy yo. „

" Dos documentos memorables han inaugurado esta doctrina. El uno se produjo en la consagracion de Eduardo VII, hijo de Enrique VIII. El arzobispo apóstata Cranmer, con gran asombro de los ingleses, se atrevió en esta ceremonia á reemplazar la interrogacion del pueblo, interviniendo como parte estipulante, con una alocucion en que decia, que este príncipe tenia la corona, no de la voluntad del pueblo, sinó de su solo nacimiento, é inmediatamente de Dios. Esta doctrina fué sostenida en seguida teóricamente por Jacobo I. Es la doctrina del protestantismo, que, por lo demas, es consecuente en esto con su principio de la confusion de los dos poderes en la persona del soberano.„

" El segundo documento es la declaracion de 1682, en que se establecieron las premisas de esta doctrina. En este documento, en efecto, para libertar al Estado de la inspeccion de la Iglesia, que habia sido durante toda la Edad Media la patrocinadora de los súbditos contra los excesos de los soberanos, hubo que declarar que aquéllos debian á éstos una sumision absoluta, de la cual nada debia dispensarles, y que les era requerida por la emanacion inmedia-

tamente divina del poder real. Esta última doctrina respira en todo la *Política sacada de la Escritura* de Bossuet„ [1].

" Tal es la escuela galicana y protestante: no discuto; solamente expongo.„

" La otra escuela, la grande escuela, la escuela de Santo Tomás de Aquino, de Belarmino, de Suarez, etc., que se ha inspirado en la antigüedad y en la tradicion, tanto como en el sentido comun y en la naturaleza de las cosas, la escuela católica profesa, por lo contrario, que si el poder en su esencia es de Dios, no lo reciben los príncipes sinó de la nacion; que ésta tiene la provision de él en la naturaleza social de la humanidad, de donde hace su devolucion al gobierno que ella se da.„

" *No hay potestad que no provenga de Dios.* — ¿Qué decís á esto? — ¿Todo príncipe es, pues, constituido por Dios? — No digo esto, puesto que no hablo de ningun príncipe en particular, sinó de la cosa en sí misma; es decir, de la potestad. Afirmo que la existencia de los principados es obra de la Divina Sabiduría, y que ella es la que hace que todas las cosas no sean entregadas á una temeraria casualidad. Por esto el Apóstol no dice que no hay *príncipe* que no provenga de Dios, sinó que, hablando de la cosa en sí misma, dice: *No hay potestad que no provenga de Dios.* Así hablaba desde los primeros siglos San Juan Crisóstomo, y esta doctrina no ha variado en la gran corriente católica hasta nuestros dias. „

" Por derecho divino no debe, pues, entenderse en sana doctrina, que el hombre que ejerce la soberanía sea promovido á ella por una órden que emane inmediatamente de Dios. No. Dios sin duda suministra la soberanía, en cuanto la ha anexionado á la naturaleza social de la humanidad, de que es autor, y donde la ha puesto en potestad, como en su sujeto. Pero la nacion es la que la hace pasar en acto á su objeto, realzándola en tal principio ó tal otra institucion del poder, segun la forma de los Gobiernos. „

" Tal es el derecho divino mediato; *mediato*, en cuanto es la nacion quien lo confiere; *divino*, en cuanto es constituido sobre las leyes naturales y fundamentales de las sociedades de que es autor Dios, y de cuya inviolabilidad participa. „

1 En ella se leen, por ejemplo, proposiciones como éstas: *Cuando ha juzgado el rey, no há lugar á otro juicio. — Sólo Dios puede juzgar sus juicios y su persona. — La única defensa de los particulares contra el poder real debe ser su inocencia. — El príncipe se puede realzar por sí mismo cuando conviene en que obra mal; pero contra su autoridad no puede haber remedio sinó en su autoridad misma.*

" Para volver á nuestra comparacion sacada del árbol, el hombre planta, pero Dios suministra la virtud que hace que el árbol prenda. Así, respecto del poder, el pueblo nombra: pero la virtud que valida el mando, y que honra la obediencia es de Dios; el hombre coopera, pero Dios es quien opera. „

" De aquí dos consecuencias: la una, contraria al absolutismo real galicano; la otra, contraria á la soberanía revolucionaria del pueblo, „

" La consecuencia contraria al absolutismo real es que el poder, por inviolable que sea en cuanto es divino, no puede olvidar su extraccion nacional (lo cual, por lo demás, la Iglesia en la ceremonia de la consagracion no dejaba de recordarle), y asimismo que la nacion, por sometida que se halle, y por más que se le haya agotado su poder constituyente, retiene, no obstante, un derecho de representacion ó amonestacion y áun de concurrencia, que obliga é interesa moralmente al soberano á respetarla. Hay en esto varios temperamentos y un equilibrio que sería difícil describir, y cuyo juego normal nos ofrece la historia de Francia en aquel consorcio de los soberanos con la nacion, que ha estado durante tantos siglos exento, si no de turbaciones, al ménos de tiranía y de divorcio, y que se puede llamar, en la elevada y primitiva acepcion de la palabra, un régimen verdaderamente liberal. „

" La consecuencia contraria á la soberanía del pueblo es, que el pueblo no es la fuente, sinó el reservatorio de la soberanía; puesto que la confiere para hacer cesar su estado anárquico; y es en segundo lugar, que al ejercer este derecho de conferirla, la agota, y sólo dispone de ella para obedecer. Obedece, no á su representante y á su imágen, sinó á la imágen de Dios, que es el verdadero título del poder perfecto, porque es su única fuente. Obedece al poder, porque áun elevándolo sobre su cabeza no ha hecho más que obedecer á la ley de su naturaleza social que lo reclamaba, que para esto lo contenia, y de donde no ha hecho más que extraerlo. No es, pues, su autor, sinó su editor „ [1].

Bien es verdad que los católicos de nuestros tiempos que abogan por la comunicacion inmediata del poder están muy léjos, por regla general al ménos, de querer proclamar el absolutismo; sus intenciones son bien sanas por cierto, y nacen de un corazon verda-

1 *El Estado sin Dios*, por Augusto Nicolás, traducido al castellano por D. José Vicente y Caravantes, pár. VIII, págs. 145-150.

deramente noble, que aborrece la tiranía donde quiera que se encuentre, y sólo desea oponer un fuerte dique á los furiosos embates de la soberanía del pueblo. Pero con las intenciones más puras se pueden defender doctrinas altamente perniciosas, y que oculten en sus entrañas el mismo veneno que se quiere combatir en las contrarias. ¿No vemos haber sucedido esto al pié de la letra en nuestro mismo siglo con el tradicionalismo? Sus autores tambien llevaban las miras más sanas en proclamarlo; creian levantar con él una fuerte barrera contra las oleadas crecientes del racionalismo; pero lo que hacian en realidad era socavar los cimientos de la Religion misma hundiendo las inteligencias en la sima del escepticismo más absoluto. No diré yo que suceda otro tanto con la doctrina de la comunicacion inmediata; sus defensores por lo regular procuran salvarla de los absurdos á que por su intrínseca naturaleza conduce; y para conseguirlo, niegan á la autoridad el derecho de cambiar por sí sola las leyes fundamentales de los reinos. ¿Pero con qué razon proceden de esta manera? ¿Qué lógica les autoriza para hacer excepciones semejantes, despues de haber asentado que la autoridad es, no una propiedad inherente al ser social y espontáneamente emanada de su esencia, sinó la esencia misma de la sociedad, la forma sustancial del compuesto político? En esta suposicion es imposible, lógicamente hablando, no afirmar que todos los derechos sociales, inclusos los contenidos en las mismas leyes fundamentales de los reinos, son simples criaturas del poder civil. Y si son criaturas suyas, de él dependerá su conservacion en la República; y durarán en ella hasta que el soberano tenga por conveniente mudarlas. Si queremos proceder con rigurosa lógica, debemos decir que la autoridad, en la hipótesis de la comunicacion inmediata, lo puede todo en la nacion, y no reconoce otras barreras en el ejercicio de sus funciones sinó las que la ley natural presenta á todo hombre. Las leyes fundamentales al fin son leyes como las demas, y no pueden quedar sobre lo que constituye la esencia de la nacion, ántes deben estar sujetas y subordinadas á lo que es por su naturaleza la fuente de todo derecho social, ó sea el alma de la república, que en esta doctrina es la autoridad política.

Hénos, pues, aquí en el absolutismo de Jacobo I de Inglaterra y de los reyes galicanos, absolutismo que intentaban evitar los Escolásticos, cuando sostenian tan ardorosamente la doctrina de la comunicacion mediata. Ahora los tiempos han cambiado, y al absolutismo de los reyes protestantes y regalistas ha sucedido el absolu-

tismo de las masas populares, heredero plenísimo de sus arbitrariedades; y contra este segundo absolutismo quieren pelear hoy día los defensores de la comunicacion inmediata oponiéndoles la doctrina inventada precisamente por los defensores del primero!

Algo más sabia por cierto nos parece la conducta observada por aquellos grandes maestros del saber humano, que sostenian con fuerte brazo la libertad de los pueblos sin peligro de conducirlos con sus doctrinas á ninguno de los dos escollos precitados. ¿Y qué? ¿No pueden volver todavía á cambiar de nuevo las formas políticas de las naciones, entrando á mandar soberanos absolutos á lo Jacobo I, sin sombra alguna de subordinacion á la Iglesia? ¿Quién, pues, será capaz de poner entónces diques á su omnipotente soberanía, cuando las mismas leyes fundamentales queden á merced de su disposicion y arbitrio? No se ataca impunemente una teoría filosófica sostenida con tanta unanimidad y por espacio de tan largos años por las diferentes escuelas católicas. Lo que sucede en estos casos por lo regular es, que, al abandonarla, se cae en aquellos abismos profundos que precisamente para evitarlos habia sido ella inventada con grande razon y cordura.

Pero se dirá: en efecto, los Escolásticos evitaron perfectamente la sima del absolutismo, pero con ello dieron en la sima opuesta de la Revolucion; sus doctrinas sobre la comunicacion mediata del poder abrieron de par en par la puerta á la soberanía popular, que ahora está llevando por todas partes la devastacion y la muerte. Así lo han escrito, por desgracia, algunos defensores de la comunicacion inmediata, salvando empero, como era debido, la sana intencion de aquellos grandes maestros; pero sus afirmaciones inconsideradas distan mucho de la verdad, por no decir de ellas otra cosa. La doctrina de la soberanía popular no debe su orígen ciertamente á los Escolásticos, sinó á aquellos mismos que en los últimos siglos defendieron con tanto ardor la comunicacion inmediata. Ábranse las historias, y se verá con la mayor evidencia, que los verdaderos autores de la Revolucion fueron los protestantes y los galicanos con su proclamacion temeraria de la absoluta independencia de la soberanía política. ¿Quién enseñó á los revolucionarios de hoy dia á proclamar el absolutismo de las masas sinó los que en los siglos pasados levantaron hasta las nubes el absolutismo de los reyes? Los Escolásticos supieron muy bien hacer frente á uno y otro con sus prudentísimas enseñanzas, refutando con igual vigor así las arbitrariedades de éstos como las locuras de aquéllos.

Sabiamente escribe nuestro Balmes á este propósito acerca de aquellos grandes doctores. "Guiados, dice, por la sana filosofía, sin perder nunca de vista el norte de la revelacion, satisfacian con sus doctrinas los deseos de dos escuelas opuestas, sin caer en sus extravíos; eran democráticos sin ser anarquistas, eran monárquicos sin ser viles aduladores. Para establecer los derechos de los pueblos, no habian menester, como los modernos demagogos, destruir la Religion; con ella cubrian así los del pueblo como los del Rey. La libertad no era para ellos sinónima de licencia y de irreligion: en su concepto los hombres podian ser libres sin ser rebeldes ni impíos; la libertad consistia en ser esclavos de la ley, y como sin Religion y sin Dios no concebian posible la ley, tambien creian que sin Dios y sin Religion era imposible la libertad. Lo que á ellos les enseñaban la razon, la historia y la revelacion, á nosotros nos lo ha evidenciado la experiencia. Por lo que toca á los peligros que las doctrinas más ó ménos latas de los teólogos podian acarrear á los Gobiernos, ya nadie se deja engañar por afectadas é insidiosas declamaciones: los Reyes saben muy bien, si los destierros y los cadalsos les han venido de las escuelas teológicas„ [1].

Y es que los Escolásticos con justísima razon enseñaban, que la autoridad no es el alma de la nacion, sinó una propiedad natural de la misma; que por consecuencia, ni á la autoridad le compete ser fuente de todos los derechos sociales, ni hallarse necesaria é irremisiblemente difundida por toda la masa del pueblo; porque esto no sucede sinó á las propiedades que constituyen la esencia de la república, y son su verdadera alma ó forma sustancial. Es que en consecuencia de esta sanísima teoría juzgaban que la sociedad se puede desprender de su autonomía natural, cediendo a alguna persona determinada el derecho de armonizar en sus miembros ó ciudadanos las acciones públicas y sociales por medio de leyes sabias y prudentes, al modo que un hombre libre puede despojarse de su libertad natural buscando el género de servidumbre que le acomoda. Así oponian una firmísima barrera á los dos absolutismos, que tanto en su tiempo como en el nuestro forcejeaban por hundir en el profundo la hermosa barquilla de la libertad.

Respondiendo, pues, segun esta segurísima doctrina á los revolucionarios, les diremos que confunden torpemente lo *natural* con lo *esencial*, siendo la soberanía una propiedad *natural* de la nacion, y

1 Balmes, *El protestantismo comparado con el Catolicismo*, cap. LI.

no su esencia. Les añadiremos, que la forma sustancial del cuerpo político debe en efecto estar siempre difundida por todos sus miembros, pero no sus fuerzas, las cuales no ocupan sinó una parte determinada del individuo, como vemos suceder en todos los vivientes criados, por convenir así á las funciones propias de cada una y al bien general de todo el compuesto. A esto agregaremos que, conviniendo al bien general de la república el que ella pueda desprenderse de la autonomía con que primitivamente nace, y ponerse bajo la obediencia de alguna ó algunas personas determinadas, en sus atribuciones naturales se encuentra el hacer esta cesion nombrándose un superior que la gobierne, y revistiéndolo de toda aquella autoridad que estime conveniente para el bien público. Dice muy bien Suarez á este propósito: "Aunque la autoridad política es una como propiedad natural de la comunidad perfecta en cuanto tal, sin embargo no está en ella de una manera inmutable; sinó que, ó por quererlo así la misma comunidad, ó por otra justa causa, puede ser trasladada á otro, quedando en consecuencia despojada de ella la república. Esto se demuestra con el ejemplo ya aducido, ó sea con la proporcion que con él guarda lo que vamos diciendo; porque la libertad, contraria á la esclavitud, es una propiedad natural del hombre, y por eso se suele decir que viene de la misma naturaleza; y sin embargo, puede ser el hombre privado de esta libertad y reducido á servidumbre, ya por propia voluntad, ya tambien por alguna otra justa causa. Luégo de la misma manera la comunidad perfecta, aunque por la naturaleza de las cosas sea libre, y á ella pertenezca la potestad política, puede, sin embargo, ser despojada de la misma por alguno de los modos dichos. En lo cual es de considerar que, si las propiedades físicas que emanan de la naturaleza suelen ser de suyo inmutables, no sucede esto mismo con las políticas, las cuales se asemejan á las morales, y siguen la condicion de los dominios ó derechos, y por consecuencia pueden ser traspasadas de uno á otro por contraria voluntad, como ellos, por más que hayan sido recibidas de la naturaleza" [1].

Y un poco más adelante: "Esta potestad, dice, no es de institucion positiva, sinó que viene de la naturaleza, y por tanto es dada en aquella forma que cuadre bien con la naturaleza racional segun

1 Licet haec potestas sit veluti proprietas naturalis perfectae communitatis hominum, ut talis est, nihilominus non est in ea immutabiliter, sed per consensum ipsiusmet communitatis, vel per aliam justam viam potest illa privari et in alium transferri;

razon y sana prudencia. Ahora bien; la razon natural dicta no ser necesario ni áun conveniente siquiera á la tal naturaleza, que la sobredicha potestad permanezca inmutable en toda la comunidad, porque la comunidad apénas puede usar de ella, no determinándola ni modificándola en algun sentido. Luégo la naturaleza y su Autor se la conceden en tal forma, que pueda introducir en ella aquel género de mudanza que tenga por más conveniente para el bien público „ [1].

Nombrado así el superior, y adquirido por él legítimamente el derecho de mandar en la república conforme al modo establecido en las leyes fundamentales de la nacion, ningun derecho tiene ya ésta para negarle la obediencia en las cosas contenidas dentro del círculo de esta potestad, ni para privarle, ni en todo ni en parte, de este derecho. Porque la tal persona se halla en legítima posesion de una cosa que en realidad de verdad le pertenece, y no puede por consecuencia ser despojada de ella sinó con una infraccion grave y punible del sétimo precepto del decálogo.

Nótalo muy bien el eximio Suarez respondiendo á una dificultad que contra la comunicacion mediata enseñada por el cardenal Belarmino proponia el rey Jacobo de Inglaterra. Habia escrito este protestante coronado, que la doctrina escolástica relativa á la comunicacion dicha era *un perpétuo semillero de sediciones adonde acudirán con avidez los facciosos y rebeldes para negar la obediencia al príncipe cuando se les antoje, y para coartarle su autoridad y hasta desposeerle de ella totalmente.* A esto responde el ilustre filósofo español, que ninguna de las consecuencias mencionadas por el proclamador de la comunicacion inmediata se contienen en la doctrina referida; porque los hombres todos están sujetos á la ley natural, y ésta manda dar á cada uno lo que es suyo. Oigan los que en nuestros tiempos miran con malos ojos esta opinion por creer,

hoc satis constat ex usu, et ex sequentibus illationibus amplius explicabitur. Nunc ostenditur ex adducto exemplo seu proportione ad aliud; nam libertas a servitute proprietas est naturalis hominis, et ideo dici solet esse de jure naturae, et nihilominus per propriam voluntatem potest se homo illa privare, vel etiam ex justa causa illa privari, et in servitutem redigi; ergo simili modo communitas humana perfecta, licet ex natura rei libera sit, et potestatem in se habeat, potest aliquo modo ex praedictis illa privari: unde considerare licet quod, licet proprietates physicae manantes a natura soleant esse immutabiles naturaliter, nihilominus hae proprietates quasi morales, quae sunt veluti dominia seu jura, mutari possunt per contrariam voluntatem, quamvis a natura sint accepta. (Suarez, *De legibus*, lib. III, cap. III, núm. 7.)

1 Idem, *ibid.*, núm. 8.

como el rey Jacobo, que en ella se halla encerrado el principio de la Revolucion misma: "Respondemos, dice, que ninguno de los sobredichos inconvenientes se sigue de la resolucion propuesta. Y en primer lugar, ninguna ocasion ofrece al pueblo de rebeliones ó sediciones; porque, despues que el pueblo traspasó al rey su potestad, no puede ya con justicia, confiado en la misma potestad, recobrar su libertad primera á su antojo y cuantas veces quiera. Si cedió al rey una potestad que éste aceptó, ya el rey por esto mismo adquirió verdadero dominio sobre ella: por consiguiente, áun cuando el rey haya entrado en posesion de este dominio en virtud de una donacion ó contrato, ya no puede ser desposeido de ella sinó por medio de una injusticia. Como una persona particular, que hizo renuncia de su libertad vendiéndose en clase de siervo ó haciendo donacion de su persona, no puede ya despues eximirse de su esclavitud por su propio arbitrio. Lo mismo, pues, sucede con la persona moral, que es la nacion, despues que se ha despojado de su propia libertad. El pueblo con la cesion que hizo de la autoridad quedó privado de ella; luégo ya no puede justamente levantarse contra su príncipe, fiado en la potestad sobredicha; porque la tal potestad ya no le pertenece, y así el uso que hiciera de ella no sería un uso legítimo sinó una verdadera usurpacion" [1].

Y un poco más adelante: "Por la misma razon, escribe, no es lícito al pueblo, una vez que se halle puesto debajo de la obediencia, restringir la potestad del rey más de lo que haya sido restringida al tiempo de comunicársela; porque esto no lo permite aquella ley de justicia, segun la cual deben guardarse los pactos legítimos, y no se puede revocar ni en todo ni en parte la donacion ya ejecutada,

1 Respondemus, nullum ex his incommodis sequi ex resolutione sententiave proposita. Nam in primis negamus, ex ea occasionem rebellionum aut seditionum contra legitimos principes populo dari. Nam postquam populus suam potestatem in regem transtulit, non potest juste, eadem potestate fretus, suo arbitrio, seu quoties voluerit, se in libertatem vindicare. Nam si potestatem suam regi concessit, quam ille acceptavit, eo ipso rex dominium acquisivit; ergo quamvis rex habuerit a populo illud dominium per donationem vel contractum, non ideo licebit populo dominium illud regis auferre, nec libertatem suam iterum usurpare. Sicut particularis persona, quae suae libertati renunciavit, et se in servum vendidit aut donavit, non potest postea suo arbitrio se a servitute eximere. Idem ergo est de persona ficta seu communitate, postquam se alicui principi plene subiecit. Item postquam populus suam potestatem regi contulit, iam se illa privavit; ergo non potest illa fretus juste in regem insurgere, quia uteretur potestate quam non habet, et ita non erit usus justus, sed usurpatio potestatis. (Suarez, *Defens. Fidei*, lib. III, cap. III, n. 2.)

máxime cuando es onerosa. Todavía más: ni áun siquiera las leyes justas del príncipe puede el pueblo abrogar apoyado en su propia autoridad sinó solamente confiado en el consentimiento tácito ó expreso del mismo príncipe, como lo notó Santo Tomás, y nosotros tambien lo probaremos en otra parte. No es, pues, absolutamente verdadero que el rey dependa del pueblo en su potestad, aunque la haya recibido de él, porque puede ser que dependa de él en el recibirla, mas no en el conservarla; lo cual sucede siempre que la cesion por parte de aquél es absoluta y plena. Por lo cual, despues que uno ha sido constituido rey conforme á derecho, tiene el poder, áun cuando le haya venido por el intermedio de la nacion: porque esto es lo que exige la ley de la justicia, como lo dejamos declarado „ [1].

Así se ve con cuánta sabiduría vindicaba el Doctor eximio la doctrina escolástica de la infamante nota de revolucionaria con que pretendia denigrarla aquel rey protestante proclamador de la comunicacion inmediata. Por eso, mientras que los enemigos de la Iglesia católica quemaban públicamente en las plazas de Lóndres y de Paris el libro *De defensione fidei,* escrito contra el rey Jacobo, entre otras causas porque con la doctrina que aquí estamos tratando proclamaba la sedicion de los pueblos y perturbaba la tranquilidad de los reinos, el papa Paulo V llenaba de elogios esta misma obra escribiendo al P. Suarez la carta siguiente:

“DILECTO FILIO FRANCISCO SUAREZ PRESBITERO SOCIETATIS JESU.

„ PAULUS PAPA V.

„ Dilecte fili, salutem et Apostolicam benedictionem.

„ Accepimus librum a te pro Catholicae Religionis atque huius Sanctae Apostolicae Sedis defensione elucubratum. Libentissime illius lectione delectati sumus; nam a viro tantae pietatis et eruditionis nonnisi magnae utilitatis opus expectandum erat. Interim tibi, maximeque piis laboribus tuis benedicimus, etc. „

El mismo Papa, habiendo sabido lo ejecutado en Paris por el Parlamento francés, que, en ausencia del Rey, habia hecho quemar en la plaza pública como sedicioso el mencionado libro por sus doctrinas relativas á la comunicacion mediata del poder político,

1 Idem, *ibid.*, n. 4

escribió una carta llena de celo á sus Majestades Cristianísimas, para que tratasen de reparar el escándalo y restituyesen á su autor la fama quitada; lo cual ellos cumplieron con sumo gusto y religiosidad maravillosa. De todo lo cual bien se echa de ver cuán distante se hallaba el referido Pontífice del juicio que algunos católicos han formado en nuestros dias sobre esta doctrina, teniéndola, como los protestantes y galicanos, por favorable á la Revolucion y enemiga de la tranquilidad de los pueblos. No nos detendremos más tiempo en evidenciar la falsedad de este juicio; lo dicho es más que suficiente para que ningun hombre reflexivo pueda abrigar en su ánimo los más mínimos recelos contra ella.

No concluiremos este capítulo sin recomendar á nuestros lectores el estudio de la magnífica Encíclica *Diuturnum illud* de nuestro Santísimo Padre Leon XIII relativa al orígen del poder público. Medítenla con atencion y diligencia; en ella encontrarán argumentos poderosísimos para rebatir las doctrinas revolucionarias, que niegan en absoluto el orígen divino del poder, y contra las cuales únicamente va dirigida. Quizás alguno, sin embargo, se imagine ver en ciertas palabras de la misma la reprobacion de la teoría escolástica, por decirse en ellas que el pueblo al nombrarse soberano que lo gobierne "no le confiere los derechos de la soberanía, sinó que solamente designa la persona." Pero estas palabras no las dice Su Santidad para herir en lo más mínimo la doctrina referida, pues de ella no hace allí la más ligera mencion, sinó para significar que el pueblo *no crea* la soberanía por ser ésta una derivacion del Supremo Hacedor; lo cual nada tiene que ver con lo enseñado por los Escolásticos, pues todos ellos sostienen unánimemente que toda potestad es de Dios, y que por Dios reinan los reyes y hacen justicia los poderosos. Y esto baste para defender el orígen divino de la soberanía, y para volver por la honra de los Escolásticos injustamente ajada en esta materia; que son las dos cosas que nos habíamos propuesto en este capítulo. Quien desee más ámplias explicaciones, lea las dos obras de Suarez arriba citadas.

CAPÍTULO XXXVI

EL CATOLICISMO Y LA CIENCIA EN ÓRDEN Á LAS RELACIONES QUE MEDIAN ENTRE LA RAZON Y LA FE.

Inútil pareceria decir ya cosa alguna sobre esta materia despues de lo que dejamos escrito en los capítulos anteriores, principalmente en los relativos á la divinidad del Cristianismo. Sin embargo, diremos algo en éste todavía para completar lo ya expuesto é indicar al mismo tiempo las grandes ventajas que resultan á nuestra flaca razon de hallarse bajo la dependencia de la fe, una vez dado el hecho sobrenatural de la Revelacion divina.

Ya hemos visto al tratar del criterio de la verdad cómo la Revelacion sobrenatural, en cuanto á la certeza que tenemos de su existencia, depende en algun modo de nuestra propia razon; puesto que ésta, por las leyes mismas naturales que le sirven de norte y guia en todos sus actos, no puede dar un asentimiento pleno y absolutamente firme á las palabras de Dios Nuestro Señor, sin que primero se haya asegurado de la existencia de las mismas en términos que no le sea permitido ponerlas en duda. La fe en verdad es ciega en sí misma, por cuanto cree lo que no ve, lo que no penetra en su interna naturaleza; pero no lo es tal en el conocimiento de los motivos que asisten á la razon humana para que con sanísima prudencia la admita. Estos motivos no deben dejar duda alguna *prudente* sobre el hecho de la Revelacion, ántes producen en quien desapasionadamente los considera la segurísima certeza de que Dios ha hablado al hombre. Una vez adquirida esta certeza, la misma razon natural, apoyada en los principios y leyes esenciales de su modo ordinario de obrar, manda prestar el asentimiento dicho, que es precisamente el acto de fe, haciendo que la voluntad quiera creer y desprecie los vanos temores de error que todavía se le ofrecen

por no presentársele el hecho de la Revelacion iluminado con los fulgores de una evidencia rigurosa. Porque si la razon humana manda creer á los hombres pecables, flacos y falibles, cuando le consta con certeza que le han anunciado alguna cosa, y que siendo veraces en sus palabras saben ademas que no se equivocan, ¿cuánto más nos intimará esta obligacion cuando es moralmente cierto que Dios ha hecho alguna revelacion extraordinaria y cuando consta por la misma lumbre natural que ni puede engañarse ni engañarnos?

Por consiguiente, una vez que conste con seguridad el hecho de la Revelacion divina, la razon queda estrechísimamente obligada á someterse á ella y á trabajar con su mismo discurso natural por sacudir las dudas imprudentes que contra ella se le pueden ofrecer, sabiendo que Dios es infalible en sus juicios, y que su infinita veracidad le impide engañarnos y hace por lo mismo infinitamente dignas de fe sus sapientísimas enseñanzas. Ademas, la razon humana, con sólo considerar la condicion interna de la verdad en general, la cual consiste en tener su orígen y fundamento en Dios, sabe *a priori* que aquella verdad revelada no puede hallarse en pugna con verdad alguna del órden natural; porque Dios, verdad absoluta y unidad simplicísima, es sí, fuente inagotable de toda clase de verdades y perfecciones, pero no principio de contradicciones y absurdos.

Así, pues, cuando nos hallamos moralmente ciertos de que la Revelacion divina es un hecho real y verdadero, y por otra parte con nuestros raciocinios naturales llegamos á alguna proposicion que nos parece oponerse á la doctrina revelada, si queremos obrar con prudencia, debemos decir que, ó no hemos entendido bien el sentido de la divina palabra, ó en nuestros propios discursos se nos ha deslizado ocultamente algun error; y que por tanto la contradiccion entre uno y otro órden de cosas no es más que aparente. Esto dicta la sana filosofía y áun el mismo sentido comun y el consentimiento unánime de todos los mortales. Por eso los Racionalistas, que en su loca temeridad han procurado persuadirse de que toda revelacion sobrenatural es un puro mito, una vana imaginacion de personas ignorantes, ó una falaz superchería de perversos embaucadores, trabajan con todo empeño por demostrar que los dogmas cristianos pugnan con las verdades de la razon natural ó con los hechos reales y físicos, para sacar de aquí la consecuencia de que no han sido revelados por Dios á los hombres. Es decir, que estos incrédulos convienen tambien con todas las demas clases del género

humano en la idea que acabamos de expresar, afirmando con su conducta la absoluta imposibilidad de pugna alguna entre las doctrinas real y verdaderamente reveladas y las verdades del puro órden natural.

La razon humana es con respecto á los misterios revelados por la Razon divina lo mismo que un ciego de nacimiento en órden á los colores, el cual no puede formarse idea cabal y exacta de su naturaleza, y sólo puede adquirir noticia de su existencia por la relacion verídica de otros que tienen la dicha de contemplarlos con sus propios ojos. ¿No incurriria en una gravísima temeridad el que así se hallase destituido de la vista, si dijera con seriedad que él veía mejor aquellos objetos y tenía de ellos ideas más exactas y verdaderas que cuantos con los ojos sanos los estuviesen contemplando? Pues esto mismo haria la razon humana con respecto á la divina, si por unas leves apariencias, en que se le representa como falso lo que ella nos muestra como verdadero ó viceversa, desechase orgullosa las enseñanzas de Dios y pretendiese necia entender mejor las cosas que la Razon eterna de todas ellas. La Razon divina se halla en grado infinitamente superior á la razon humana; y así, cuando nos constan con certeza los juicios pronunciados por esta Razon soberana, la misma conciencia de nuestra limitacion propia nos dice que es prudencia verdadera someternos á ellos, y rematada locura por el contrario y perversísima malicia el no quere admitirlos, por más que nosotros con nuestro pobre entendimiento no los podamos comprender.

Esta deferencia de nuestros juicios, flacos y enfermos, á los divinos manifestados con certeza por la Revelacion es lo que han llamado los Teólogos católicos *subordinacion de la razon á la fe*, diciendo con grandísima sabiduria que aquella debe *servir á ésta y no mandarla, no prescribir lo que se ha de creer, sinó abrasarlo con obsequio racional; no escudriñar la profundidad de los misterios de Dios, sinó reverenciarla piadosa y humildemente*. Y esto mismo, con los propios términos que acabamos de usar, expresó el Papa Pío IX en su Breve al obispo Wratislaviense, cuando en 30 de Mayo de 1857, reprobando los errores de Gunther, le decia: "En verdad no sin dolor de nuestro ánimo paterno manifestamos que no pocas cosas ni de pequeña entidad se encuentran en los referidos libros (de Gunther), que tanto en las palabras como en la doctrina, se apartan no ligeramente de la verdad católica. En este número se cuenta principalmente lo que el autor defiende y afirma sobre la

augustísima Trinidad, sobre el sacramento de la Encarnacion, sobre la creacion, sobre las relaciones que deben mediar entre la Filosofía y la Teología, entre la ciencia y la fe. Porque no ha llegado á entender que *de la Filosofía es propio, en las cosas que pertenecen á la religion, no dominar, sinó servir; no dictar lo que ha de ser creido, sinó abrazarlo con racional obsequio; no escudriñar la alteza de los misterios de Dios, sinó reverenciarla piadosa y humildemente*[1].

Mas detalladamente nos enseña el citado Pontífice esta misma doctrina en el párrafo II del *Syllabus*, condenando las siguientes proposiciones del racionalismo moderado: " VIII. Como la razon humana se equipare á la misma religion, débense por esto tratar las teológicas disciplinas de la misma manera que las filosóficas. IX. Todos los dogmas de la Religion cristiana, sin distincion, son objeto de la ciencia natural ó filosofía; y la razon humana, perfeccionada tan sólo históricamente, puede con sus fuerzas y principios naturales llegar á la verdadera ciencia de todos los dogmas áun los más recónditos, con tal que le sean propuestos como objeto de consideracion. X. Siendo una cosa el filósofo y otra la filosofía, aquél tiene el derecho y obligacion de someterse á la autoridad reconocida por él mismo como verdadera; pero la filosofía ni puede ni debe someterse á autoridad alguna. XI. La Iglesia no sólo no debe castigar y purgar la filosofía, sinó tambien debe tolerar sus errores y dejarla que se corrija ella á sí propia. XIV. La filosofía ha de tratarse sin tener consideracion alguna de la Revelacion "[2].

1 Et re sane vera, quod non sine paterni animi Nostri dolore significamus, neque pauca neque levia in commemoratis libris reperiuntur, quae tum verbis tum rebus a catholica veritate non minimum discedunt. Quo quidem numero ea praesertim censentur, quae auctor tuetur et affirmat de augustissima Trinitate, de sacramento Dominicae Incarnationis, de rerum creatione, de habitu philosophiae ac theologiae, scientiae ac fidei. Neque enim satis intellexit, philosophiae esse, in iis quae ad religionem pertinent, non dominari, sed ancillari, non praescribere quid credendum sit, sed rationabili obsequio amplecti, neque altitudinem scrutari mysteriorum Dei, sed illam pie humiliterque revereri. (Pio IX en el Breve citado.)

2 VIII. Quum ratio humana ipsi religioni aequiparetur, idcirco theologicae disciplinae perinde ac philosophicae tractandae sunt.

IX. Omnia indiscriminatim dogmata religionis christianae sunt obiectum naturalis scientiae seu philosophiae; et humana ratio historice tantum exculta potest ex suis naturalibus viribus et principiis ad verum de omnibus etiam reconditioribus dogmatibus scientiam pervenire, modo haec dogmata ipsi rationi tamquam obiectum proposita fuerint.

X. Quum aliud sit philosophus, aliud philosophia, ille ius et officium habet se

Así, pues, segun las enseñanzas de la Religion católica, el filósofo para examinar los dogmas de la Revelacion no ha de acudir primero á su razon individual y preguntarse si aquellas doctrinas *fluyen ó no como consecuencias necesarias* de los principios naturales, como si fueran verdades de un órden puramente natural y se halláran encerradas por consiguiente dentro de la esfera de su propia inteligencia, y como si no pudieran existir otras cosas sinó las que la flaca y enfermiza razon del hombre sea capaz de comprender; sinó que debe mirar primeramente y ante todo si la Revelacion divina en lo que toca á estos misterios es un hecho cierto y averiguado; y luégo, adquirido que haya este conocimiento así del hecho de la Revelacion como del sentido de la misma, ha de abrazarlos humildemente como revelados por Dios, áun cuando se le presenten envueltos en impenetrables sombras y aunque le ocurran algunas dificultades en contrario. Porque dado el caso de que la Revelacion sea cierta y cierto tambien el sentido de la doctrina en ella contenido, es imposible de toda imposibilidad que estas dificultades sean otra cosa que objeciones, es decir, meras apariencias é ilusiones de la razon y no verdaderas demostraciones en que se *vea con evidencia ser falsa la doctrina revelada*. Ya hemos dicho al hablar sobre el criterio de la verdad que cuando consta con entera evidencia ser una doctrina positivamente contraria á alguna verdad natural claramente demostrada, entónces, por más prodigios que se aduzcan en favor de ella, no puede ser considerada como procedente de Dios, sinó ántes bien como un verdadero error, hijo del padre de la mentira. En tal caso los pretendidos milagros que la confirman son ó meras supercherías de algun hombre astuto y embaucador que espera sacar algun provecho de aquellos trampantojos, ú operaciones diabólicas dirigidas á persuadir á los hombres alguna cosa mala. La razon es clara; porque Dios, verdad por excelencia y fuente de toda veracidad, no puede inducirnos con sus milagros á que admitamos como verdadero lo que pugna manifiestamente con los principios de nuestra propia razon. Aún más: en semejantes ocasiones ni áun siquiera puede Dios permitir que el demonio nos envuelva tan arti–

submittendi auctoritati, quam veram ipse probaverit; at philosophia neque potest, neque debet ulli sese submittere auctoritati.

XI. Ecclesia non solum non debet in philosophiam unquam animadvertere, verum etiam debet ipsius philosophiae tolerare errores, eique relinquere ut ipsa se corrigat.

XIV. Philosophia tractanda est, nulla supernaturalis revelationis habita ratione. (Syllabus, pár. II, *Rationalismus moderatus.*)

ficiosamente en sus redes que admitamos *prudentemente* el error á que él nos empuja con sus acciones sobrenaturales; porque á la providencia divina corresponde no consentir entre los hombres, criaturas suyas hechas á su imágen y semejanza y destinadas á la posesion de la bienaventuranza, error alguno que nos aparte de esta bienaventuranza; sin haberle dado nosotros entrada en nuestra inteligencia libremente y faltando á las reglas de la sana prudencia.

Dice más todavía el soberano Pontífice en las palabras del *Syllabus* arriba citadas. En ellas nos enseña que, no sólo el filósofo, mas tambien la misma filosofía está subordinada á la fe; en lo cual profiere una verdad evidentísima aun á los ojos de la razon natural abandonada á sus propios conocimientos. Porque la fe, tanto por razon de su orígen como por razon de su objeto y de su intrínseca naturaleza, pertenece á un órden muy superior al que corresponde á la razon humana, y ésta por tanto debe subordinarse á aquélla, como á nosotros se nos subordinan todas las cosas del mundo material y sensible por la misma causa. La fe es en sí un hábito ó potencia sobrenatural perteneciente al órden de la vision intuitiva de la divina Esencia; miéntras que la razon humana, por mucho que se perfeccione con sus actos, jamás llegará á levantarse por sí misma á tan elevada esfera de poder contemplar á Dios en su intrínseca naturaleza y sustancia. El objeto propio de la fe son los misterios altísimos de la Divinidad, enteramente impenetrables á la razon humana; al paso que ésta, abandonada á sus propias fuerzas, sólo puede contemplar las humildes verdades que relucen en este mundo sensible y con dificultad alcanza en ellas algunos pálidos destellos de la lumbre soberana del Criador; á quien no puede conocer sinó por via de negaciones, sabiendo de Él lo que no es, y no penetrando jamás en el fondo de su divina Esencia. Ademas, el motivo por que se mueve la fe en la produccion de sus actos es la luz increada de la divina ciencia que resplandece en la infalible palabra del supremo Hacedor; por el contrario, este motivo en nuestros actos naturales es la luz pálida y descolorida de nuestra pobre razon, tan inferior en nobleza á la divina cuanto es inferior lo finito á lo infinito, ó sea la figura á la realidad y la criatura al mismo Dios. Finalmente, el principio de la fe es Dios en cuanto causa y autor de todos aquellos dones sobrenaturales que San Pedro llama *grandes y preciosos* [1] por hallarse contenidos en el órden divino y decir intrínseca

1 2. Petri, 1, 4.

relacion á la vista de la Esencia increada; mas el principio de la razon es el mismo Dios en verdad, pero obrando en un órden muy inferior, en el órden de estas cosas naturales y visibles, que distan tanto de las sobrenaturales y espirituales cuanto dista el cielo de la tierra.

Así, pues, es altamente filosófico el afirmar que no sólo el filósofo, sinó tambien la misma filosofía se halla subordinada á la fe; porque ésta por razon de su intrínseca sobrenaturalidad y por hallarse apoyada en la misma palabra divina pertenece á un órden de ciencias infinitamente superior al de las ciencias naturales, y representa á la misma Razon divina, infinita, suprema y absolutamente infalible, miéntras que los conocimientos humanos, por más perfectos y evidentes que sean, no representan sinó á la humana razon, limitada, dependiente de la divina é intrínsecamente falible. La ciencia humana con toda su excelencia y perfeccion no se libra jamás de su intrínseca defectibilidad; siempre es capaz de error, aunque accidental y debido á las influencias torcidas de las cosas que á veces por un incidente cualquiera la sacan de su camino. La fe, por el contrario, como ciencia de Dios y que afirma siempre aquello mismo que Dios ve con su inteligencia soberana, no puede caer jamás en error alguno, ni por su intrínseca naturaleza, ni por la influencia casual de los objetos extrínsecos.

Júzguese, pues, si no será filosófico hasta lo sumo afirmar que en las cosas de la religion pertenecientes al dominio de la fe y sobre las cuales puede tambien la razon adquirir alguna clase de conocimientos aunque imperfectos, la fe ha de corregir los errores casuales de la razon, y no imponer ésta sus dictámenes á aquélla. Cuando dos maestros tratan una misma materia, ¿quién es razon que lleve la preferencia, el infalible por esencia y superior en dignidad á todos los maestros posibles, ó el que se equivoca á cada paso y está palpablemente sintiendo su intrínseca debilidad en los errores portentosos con que en todos tiempos ha cubierto de ignominia sus enseñanzas? Enhorabuena que la ciencia, ántes de someterse y subordinarse al magisterio de la fe, investigue primero si existe ó no en el mundo ese infalible maestro, que se le presenta como mandado por Dios á los hombres para enseñarles con facilidad, seguridad y certeza las cosas pertenecientes á la salvacion eterna. Enhorabuena tambien que no se le subordine hasta habérsele certificado su existencia con la presentacion de las credenciales divinas que este maestro trae consigo. Esto es muy justo, no lo

negamos; ántes por el contrario, afirmamos que lo debe practicar todo filósofo ántes de ponerse á examinar los sagrados dogmas. Pero una vez cerciorada la razon humana de la venida de este maestro excelentísimo é infalible, debe por fuerza reconocer humildemente su intrínseca superioridad, acatar sus soberanas decisiones en las materias propias de su mision, aunque por su pobreza y miseria no las comprenda, deferir siempre á sus excelentísimas enseñanzas, servirse de ellas para discurrir con más acierto y seguridad en los mismos objetos sobre los cuales puede ella filosofar con sus propias y naturales luces, evidenciar, si puede, con sus raciocinios lo mismo que ese maestro sobrenatural enseña dogmáticamente y sin aparato alguno de demostraciones científicas, pero jamás levantarse contra su divino magisterio pretendiendo dictarle la ley ó habiéndose con él como si no existiese sobre la tierra [1].

La ciencia, pues, ó en otros términos la razon, al aparecimiento de la fe, queda sujeta á ésta naturalmente y pierde por esto mismo su libertad nativa, segun lo enseñan los mismos dictámenes de la sana prudencia y buen sentido; como pierde su absoluta y omnímoda soberanía en una provincia un gobernador, cuando se presenta en ella de parte del rey y supremo príncipe de la nacion otro enviado de superior dignidad, condecorado con atribuciones mucho más ámplias que las suyas. Mas esta subordinacion y dependencia ninguna perfeccion intrínseca le quitan, ningun daño le acarrean, ningun grado de grandeza le disminuyen en lo que la libertad tiene de bueno y racionalmente apetecible; ántes por el contrario la aquilatan y avaloran en gran manera trayéndole grande abundancia de verdaderos bienes, entre los cuales no es ciertamente el menor esa especie de infalibilidad que la reviste de maravillosa firmeza en la resolucion de los problemas filosóficos propios de su esfera, librándola de innumerables errores que de otra suerte dificultosamente evitaria, abriéndole camino seguro para nuevas excursiones en el campo de la ciencia, indicándole muchas veces el género de procedimiento que conviene practicar para llevar á cabo una demostra-

1 Sobre esta materia de las relaciones entre la fe y la razon, así como tambien sobre otras varias de las que llevamos tratadas en este nuestro trabajo, puede ser consultada y leida con fruto la obra del P. Caussette, Vicario general, superior de los sacerdotes del Sagrado Corazon de Tolosa de Francia, titulada: *Le bon sens de la Foi exposé en réponse aux objections philosophiques et scientifiques du jour*. Paris, 1872.

cion científica y avisándole otras que la tal demostracion no es imposible. Porque no es pequeña ventaja al emprender una investigacion cualquiera saber ya de antemano que es posible hallar lo que se busca; lo cual posée el filósofo cristiano con respecto á muchas verdades naturales de altísima importancia, merced á la lumbre sobrenatural de la fe que le da un conocimiento cierto de su existencia. Al saber con pléna certeza que aquellas verdades existen y que por consiguiente son accesibles á la luz de la razon, entónces el investigador se anima y trabaja con confianza, y seguro del éxito se esfuerza para hallar el camino que le ha de conducir á su posesion y no ceja hasta que por fin logra su intento; cuando por el contrario, si no hubiera estado cierto de que las tales verdades eran reales y macizas, desmayára fácilmente al cabo de algunas tentativas infructuosas y diera por imposible lo que se hallaba al alcance de sus propias fuerzas. Entónces el filósofo, para servirnos de una comparacion de Balmes [1], es como aquel que, seguro de la existencia de una mina en algun lugar, no gasta tiempo en vano para descubrirla; sinó que fijándose luego sobre el verdadero terreno, aprovecha ya desde un principio todas sus investigaciones y trabajos.

Buen ejemplo tenemos de todo esto en cuanto vemos acaecer á las dos filosofías cristiana y racionalista, ambas apoyadas en los solos principios de la razon natural siempre que tratan de elaborar sus argumentos, y sin embargo, muy diferentes la una de la otra en el resultado de sus investigaciones científicas. La filosofía racionalista discurre y se muéve mucho por todas partes, corre en busca de la verdad con una especie de agitacion febril, blasona siempre de luces, de progreso, de adquisiciones portentosas; pero en realidad no hace otra cosa que recorrer siempre un mismo círculo de errores, pasando del dogmatismo más absoluto al escepticismo más desesperante, del espiritualismo más exagerado al materialismo más grosero, acabando por la divinizacion de todo lo sensible y negacion de todo lo verdaderamente divino, y teniendo en consecuencia por vanas preocupaciones de los hombres todo cuanto en el mundo se cree

[1] *El Protestantismo*, etc., cap. LXIX. Ninguno que lea con ánimo desapasionado este excelente capítulo de nuestro insigne escritor y los demas restantes hasta concluir su obra, podrá ménos de reconocer los inmensos bienes que trae á la débil razon humana el hallarse subordinada al magisterio de la fe. La maestría incomparable con que está tratada en dicho lugar la cuestion que al presente nos ocupa nos dispensa de entrar aquí en más largas explicaciones sobre el asunto. Todo cuanto dijéramos nosotros sería muy pálido puesto al lado de tan hermosas y brillantes páginas.

sobre la excelencia del órden moral, sobre la belleza de la virtud y sobre las dulces esperanzas de la vida futura. Regístrense los escritos de todos los que desde el tiempo de Descartes hasta nuestros dias han cultivado la Filosofía sin tomar para nada en cuenta la Revelacion, y se verán en ellos profesados todos cuantos absurdos y delirios puede fabricar la más loca fantasía. No se advertirá en ellos otra cosa que una sustitucion continua de sistemas á sistemas, un perpetuo tejer y destejer, un eterno edificar sobre arena. Todos quieren traer algo nuevo al campo de la ciencia, el mérito consiste en decir lo que otros no han dicho, siquiera sea lo más desatinado del mundo; pero siempre y en todos los casos lo que se trae es aéreo, insubsistente, una flor efímera, que brilla por la mañana y por la tarde está sin vida.

¡Qué de cosas pudiéramos escribir sobre esta materia, si hubiéramos de soltar la rienda á nuestros pensamientos y dejar correr libremente nuestra pluma! Pero es preciso mirar algun tanto por la brevedad: baste lo que dejamos ya indicado sobre esta materia en cuanto llevamos escrito. Verdaderamente la Filosofía racionalista de nuestros dias con sus delirios é impiedades ha llegado á hacer que los hombres se formen acerca de la ciencia el mismo juicio que ántes de la venida de Jesucristo tenian de ella concebido los paganos. El nombre de filósofo ha venido á ser equivalente al de impío, de ateo, y de cuanto malo se puede excogitar sobre la tierra. La más alta y sublime de las ciencias naturales, la Metafísica, ha venido á ser postergada, pisoteada, vilipendiada y escarnecida, no logrando tener estimacion entre los sabios sinó unos cuantos conocimientos experimentales, más propios para recrear el ánimo de quien los contempla, que para formar lo que con título verdadero merece el nombre de ciencia. Enhorabuena que los hombres se den al estudio de las ciencias que llaman de observacion; los objetos materiales y sensibles los ha hecho tambien el Señor para que los contemplemos y en ellos admiremos los resplandores de su soberana belleza. Pero ¿por qué se ha de poner en esto toda la grandeza y sublimidad de la investigacion humana? ¿Por qué se ha de pensar y hablar de estos estudios, como si ellos fueran lo más noble y excelente á que se puede aplicar el humano entendimiento? ¿Por qué no hemos de reconocer y confesar que todos ellos valen muy poco puestos enfrente de los metafísicos, religiosos y morales, que ahora se posterga?

Se ha criticado con rigor y hasta con acrimonia á los antiguos, porque dirigian toda su actividad intelectual al estudio de las cien-

cias especulativas y descuidaban por completo las experimentales. En esto habrá lo que se quiera de razon, aunque no falta tampoco bastante de exageracion é injusticia. Pero si los antiguos faltaban en cultivar tan sólo las ciencias especulativas, ¿obramos mejor nosotros no cultivando sinó las experimentales? Aquéllos convirtieron todas sus fuerzas al estudio de cierto y determinado ramo del saber; otro tanto hacemos nosotros, pero con la tristísima desventaja de que ellos se tomaron la parte más noble y principal de la ciencia y la que importa más al hombre conocer, miéntras que nosotros nos hemos apasionado por la más baja y vil, por la que podrá servir más ó ménos á las comodidades de la vida, pero importa muy poco para la eterna bienaventuranza. La ciencia de aquellos tiempos levantaba el espíritu á Dios, le arrancaba de la tierra y le transportaba á aquellas mansiones celestiales donde mora la Divinidad con sus escogidos; permanecia ciertamente en el terreno de la especulacion, pero esta especulacion era lo más grande que el hombre puede apetecer en este suelo. Ni carecia tampoco por completo de su parte práctica, porque cultivaba con suma diligencia la moral, la más noble y digna de las ciencias prácticas y la que más importa al hombre conocer para vivir como racional y para conquistarse una corona de gloria inmarcesible en la patria de los bienaventurados con el ejercicio continuo de las virtudes cristianas. La ciencia que hoy dia anda en boga entre los sabios, deja sumergido al espíritu en el fango de la materia, jamás le transporta más allá de lo corporal y visible y no tiene otro objeto en todas sus investigaciones que el de proporcionar en abundancia los goces y comodidades de la tierra. La misma Astronomía, que entre las ciencias hoy dia reinantes es la más digna y la que más ensancha el espíritu con la revelacion de un espacio inmenso, poblado de innumerables astros, esa misma ciencia, repito, materializa tambien insensiblemente al espíritu por no presentar jamás á su consideracion sinó materia y pura materia puesta en continuo movimiento por las leyes indeclinables que la rigen. La tendencia de la Astronomía á materializar al hombre y á hacerle desterrar á Dios del universo, hundiéndole en la sima del ateismo, se nota fácilmente en las ideas que profesan tocante á la Divinidad no pocos astrónomos de nuestros tiempos. Gran parte de ellos son ateos, no viendo en todos los fenómenos del mundo sideral sinó la accion de las leyes mecánicas y fatalmente inmutables de la materia; lo cual viene observándose desde muy antiguo, pues ya Platon en su tiempo notaba como una preocupacion de la multi-

tud ignorante *la creencia de que todos cuantos se ocupan en el estudio de la Astronomía ó de las ciencias que tienen relacion con ella se hallan en la pendiente del ateismo*[1].

No merece tales inculpaciones por cierto tan apreciable ciencia, como ni tampoco las matemáticas, ni otro ramo cualquiera del saber humano de esos que hoy dia andan tan en boga entre los hombres. Porque con el cultivo de todas las ciencias se puede juntar muy bien la virtud y el amor más acendrado y puro respecto de las cosas divinas; de lo cual, gracias á Dios, se pueden traer muy gloriosos ejemplos. El mal está en la predileccion *exclusiva* que atribuyen hoy dia á esta clase de estudios generalmente los hombres, poniendo en ellos todo su afecto, como si nada hubiese en el mundo que igualase su grandeza. Harto se conocen tambien en esto el materialismo y sensualismo que cunden por todas partes y forman el alma, por decirlo así, de la sociedad presente. Las ideas de religion, de honestidad y de virtud se van desterrando de ella sistemáticamente por cierta escuela que en el fondo profesa el ateismo, y que con ardides y sofisterías ha logrado apoderarse más ó ménos de ciertas inteligencias influyentes en la opinion pública. En su lugar han entrado á reinar las pasiones más abyectas, el egoismo, la voluptuosidad, la sed insaciable de placeres y goces terrenales, el cuidado del cuerpo, el amor del dinero y otras cosas parecidas. Con tan depravados afectos, natural era que en materia de ciencias la sociedad moderna no apeteciese sinó aquellas cuyo resultado inmediato fuese proporcionar comodidades y delicias. Y esto es lo que ha hecho, en efecto; pues despreciando todo estudio perteneciente á la especulacion metafísica, se ha entregado total y exclusivamente á las ciencias de observacion, para sacar de ellas lo que en todas sus acciones busca, á saber: los goces y regalos de la vida presente, únicos sólidos y verdaderos conforme á su gusto estragado. La metafísica de hoy dia no es ya otra cosa que el *positivismo,* es decir, el estudio de lo palpable, para hallar con que satisfacer los apetitos de la carne.

Algo más elevada y noble ciertamente fué la sociedad en otro tiempo, cuando se hallaba sometida al influjo y direccion del Catolicismo en todas sus acciones. Descuidaba en verdad las comodidades del cuerpo, y se regía por reglas de costumbres más severas

1 Platon, *De Leg.*, XII, *Apolog. Socrat.*, pág. 18. Véase Hettinger, *Apolog.*, etc., t. I, pág. 143.

que las nuestras; pero era más espiritualista y ménos sensual que la presente, aspiraba á lo celestial y divino en todas sus empresas, cuidaba con sumo esmero de los bienes pertenecientes á la vida del alma y á la salud eterna, aunque no anduviese tan holgada en lo temporal y terreno. Así es que estas tendencias de los ánimos se reflejaban naturalmente en su marcada aficion á los estudios religiosos, á la Teología, á la Moral, al Derecho canónico, á la Metafísica y á todo lo verdaderamente noble. Hasta las mismas artes mecánicas y liberales consagraban todas sus fuerzas al servicio de la Religion, cantando cada una á su modo las divinas alabanzas en la fábrica de templos maravillosos, en la fundacion de Universidades y gimnasios, en la edificacion de monasterios y conventos, en la pintura de imágenes sagradas, en las armonías sublimes de la música eclesiástica, en las composiciones religiosas, cuyos versos celebraban las grandezas de Dios y las glorias de sus Santos.

Con razon escribia á este propósito el sublime marqués de Valdegamas: "A esa portentosa civilizacion se debe todo lo que admiramos y todo lo que vemos. Sus teólogos, áun considerados humanamente, afrentan á los filósofos modernos y á los filósofos antiguos; sus doctores causan pavor por la inmensidad de su ciencia; sus historiadores oscurecen á los de la antigüedad por su mirada generalizadora y comprensiva. La *Ciudad de Dios*, de San Agustin, es áun hoy dia el libro más profundo de la historia que el genio iluminado por los resplandores católicos ha presentado á los ojos atónitos de los hombres. Las actas de sus Concilios, dejando aparte la divina inspiracion, son el monumento más acabado de la prudencia. Las leyes canónicas vencen en sabiduría á las romanas y á las feudales. ¿Quién vence en ciencia á Santo Tomás, en génio á San Agustin, en majestad á Bossuet, en fuerza á San Pablo? ¿Quién es más poeta que Dante? ¿Quién iguala á Shakespeare? ¿Quién aventaja á Calderon? ¿Quién, como Rafael, puso jamás en el lienzo inspiracion y vida? Poned á las gentes á la vista de las pirámides de Egipto, y os dirán: "Por aquí ha pasado una civilizacion grandiosa y bárbara." Ponedlas á la vista de las estatuas griegas y de los templos griegos, y os dirán: "Por aquí ha pasado una civilizacion graciosa, efímera y brillante." Ponedlas á la vista de un monumento romano, y os dirán: "Por aquí ha pasado un gran pueblo." Ponedlas á la vista de una catedral, y al ver tanta majestad unida á tanta belleza; tanta grandeza unida á tanto gusto; tanta mesura junta con tanto atrevimiento, tanta morbidez en las piedras y tanta suavidad

en sus contornos, y tan pasmosa armonía entre el silencio y la luz, las sombras y los colores, os dirán: "Por aquí ha pasado el pueblo más grande de la historia, y la más portentosa de las civilizaciones humanas; ese pueblo ha debido tener del egipcio lo grandioso, del griego lo brillante, del romano lo fuerte, y sobre lo fuerte, lo brillante y lo grandioso, algo que vale más... lo inmortal y lo perfecto" [1].

Sabido es que al influjo del Catolicismo se debe todo el impulso literario y científico que recibió el mundo civilizado despues del advenimiento de Constantino. A datar de esta época, todo cuanto ha habido de más notable en las artes y ciencias ha sido producido por personas religiosas del clero secular ó regular. Basta hojear algun tanto la excelente Patrología de Migne, para ver en ella el rico y abundante minero que, en materia de literatura, historia, filosofía, teología y demás ciencias nos han dejado los Padres y los otros escritores de la Iglesia. Apénas comenzó á salir del caos la sociedad en Occidente despues de aquel grande cataclismo producido por los bárbaros del Norte, cuando al instante empezó la Iglesia su perseverante trabajo de reconstruccion social y política, presentando ante la faz del mundo un brillante foco de civilizacion en la docta y santa religion de San Benito, donde tuvieron su principal asiento las ciencias y las artes hasta el advenimiento de las Órdenes mendicantes de San Francisco y Santo Domingo. ¿Qué hubiera sido de las ciencias y de la literatura de Europa sin esta sagrada milicia de sabios cristianos? Los religiosos Benedictinos son los que nos han conservado las obras literarias de la antigua Roma y de la culta Grecia. No contentos con difundir sus luces por todas partes con la enseñanza de todo lo perteneciente á los diversos ramos del saber, empleaban aquellos santos monjes el tiempo que les dejaban libres sus ocupaciones religiosas en copiar los libros clásicos de la bella latinidad, para salvarlos del naufragio universal y transmitírnoslos íntegros á nosotros. Las Órdenes monásticas fueron en aquella época de barbárie, como observa un ilustrado escritor moderno de nuestra patria [2], *la institucion salvadora, que estaba destinada á conservar en inestimable depósito la luz de las ciencias y de las letras, que sólo podia resplandecer ya en el retiro.*

1 Donoso, *Ensayo sobre el Catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, lib. III, cap. III.

2 Amador de los Rios, *Historia crítica de la literatura española*, tom. I, lib. I, página 297.

Más tarde con las necesidades de los tiempos vinieron al auxilio de estos incansables operarios otros nuevos de refresco con la institucion de las Órdenes de Santo Domingo y San Francisco y con la de la Compañía de Jesus. Porque, como nota sapientísimamente nuestro insigne Balmes, ésta ha sido siempre la perenne fecundidad y profunda filosofía del espíritu católico, levantar una nueva institucion religiosa que tuviese por fin propio y peculiar atender á las necesidades particulares de alguna determinada época, armándola de pertrechos convenientes para el desempeño de la alta y civilizadora mision que habia de tener sobre la tierra. La Iglesia católica llevó de este modo la civilizacion y el cultivo de las ciencias á todos los rincones de Europa, á Inglaterra, á Francia, á España, á Alemania y aun á todas las partes del mundo por medío de sus misioneros. A medida que el imperio de Oriente iba declinando y cayendo en la barbárie mahometana por su necio empeño de formar congregacion aparte separándose del centro de la Iglesia y sustrayéndose al saludable influjo de los Papas, el de Occidente se robustecia y prosperaba colocado bajo la égida y proteccion del Papado, égida y proteccion que le eran tanto más eficaces, cuanto más sumisos se mostraban los emperadores á la Iglesia. Por todas partes se fundaban Universidades, en que se cultivaban toda clase de estudios; la mayor parte de ellas debia su institucion á la Iglesia y se mantenia con rentas de los eclesiásticos, los cuales en ninguna cosa pensaban emplear mejor sus rentas que en sostener estos focos de ilustracion para difundir la ciencia y demas conocimientos útiles entre sus conciudadanos. Y sabido es á cuán alto grado llegaron las ciencias religiosas, metafísicas y morales al impulso de este universal movimiento científico comunicado á la humana razon por la Iglesia.

Nunca la razon del hombre ha discurrido con mayor aplomo, facilidad y solidez sobre los puntos más árduos de la filosofía. El edificio científico construido por la razon humana bajo la guía y direccion de la fe es tan vasto, tan sólido y tan completo, que en vano han intentado los Racionalistas derribarle: ha resistido siempre inmoble á todos sus ataques, quedando firme en todas sus partes fundamentales; y si en algunas ménos importantes ha tenido que experimentar algunas variaciones, esto ha sido precisamente en aquellos puntos en que la fe habia abandonado á la razon á sus propias fuerzas. La física, la química, la astronomía eran ciencias naturales que poco ó nada tenian que ver con las enseñanzas de la Religion, porque el objeto á que ellas pertenecen se roza muy poco

con los dogmas revelados. Pues aquí es cabalmente donde la doctrina de los Escolásticos ha manifestado su parte flaca, donde la razon humana discurre únicamente con sus propias luces sin recibir influjo alguno de la Revelacion divina. ¿Se quiere prueba más manifiesta del inmenso beneficio prestado por la Religion católica á la razon humana en habérsela subordinado y hecho dependiente en las materias que dicen relacion á la salvacion eterna? La sola *Suma* de Santo Tomás, ese monumento imperecedero de sabiduría profunda, construido con arte maravillosa, donde reinan la amplitud de los conocimientos, la agudeza de los discursos, la claridad de los argumentos juntamente con un método admirable en toda la disposicion de sus partes, bastaria para hacer ver con la mayor evidencia el inestimable y nunca bastantemente ponderado beneficio que ha recibido la filosofía de la Religion católica.

Se ha ponderado mucho la *Crítica* de Kant en nuestros dias, y cierto que entre las obras filosóficas que ha producido en estos últimos tiempos el racionalismo aleman ésta es la única que tiene algun mérito [1]. Mas, quitado el idealismo que ha impreso el filósofo de Koenisberg á todos sus discursos, en el cual precisamente es donde se muestra Kant más infundado, más vulnerable y verdaderamente reprensible, ¿qué tiene la *Crítica de la razon pura* que no lo hayan enseñado ya los Escolásticos con Santo Tomás de Aquino? He tenido la paciencia de leer y estudiar con detencion esta obra tan ponderada del padre del racionalismo moderno; y en verdad que en toda ella no se me ha presentado otra cosa sinó la doctrina de los Escolásticos sobre el objeto propio del entendimiento humano, afeada empero con el subjetivismo é idealismo que de su propia cosecha le ha añadido el racionalista aleman. Los Escolásticos tambien dijeron como Kant que el objeto propio y proporcionado de nuestra inteligencia en este estado de union del alma con el cuerpo son los séres de la experiencia posible. Pero no por eso afirmaron como este filósofo que en ninguna manera podemos co-

1. Algunos tienen á Hegel por superior á Kant; confieso francamente que no veo en qué puedan fundar un parecer tan extraño. He leido la Lógica de uno y otro, encontrando en el segundo un verdadero pensador y en el primero un simple novelista. La Lógica de Kant merece una refutacion séria por estar llena de errores presentados con algunas apariencias de verdad; la Lógica de Hegel no merece á mi juicio sinó el desprecio, por no verse en ella sinó delirios, creibles tan sólo para quien tiene ganas de equivocarse. Kant discurre y yerra como filósofo; Hegel no hace otra cosa que disparatar, profiriendo sin prueba alguna los más estupendos absurdos.

nocer las cosas espirituales; ántes bien enseñaron con profundísima sabiduría y santísima prudencia que á lo espiritual podemos subir de lo material por medio de conceptos análogos, ó sea por via de remocion y de excelencia, salvando así el escollo del escepticismo que no ha sabido evitar el autor del *formalismo subjetivista*. Y es que los Escolásticos sentian en sus almas un elemento purísimo y nobilísimo que faltaba al filósofo racionalista; elemento por el cual quedaban libres sus corazones de ciertos afectos terrenos que suelen oscurecer la luz de los más nobles entendimientos, quedando para ellos envuelto en densísimas tinieblas lo que toda alma bien nacida ve claramente por cierto instinto de la naturaleza. Ese elemento era la fe, la cual fortificaba sus inteligencias anunciándoles que lo espiritual existe, y que *lo invisible de Dios puede ser conocido por la razon humana mediante el estudio y consideracion de las cosas criadas* [1].

Grandes son por cierto las ventajas que resultan á nuestra flaca razon de hallarse subordinada al principio sobrenatural de la fe en la investigacion de aquellas verdades naturales que tienen estrecho parentesco con todo cuanto dice órden á nuestra salvacion eterna. Los Racionalistas empero, á quienes los celestiales dones de la religion y de la bienaventuranza futura les parecen muy poca cosa por hallarse muy satisfechos con los terrenos, y por pensar que todo perece para el hombre con la muerte, desprecian la solidez y firmeza en el discurrir que á nuestro entendimiento le granjea la Revelacion divina; así como tambien consideran como cosa de muy poco valor esa especie de infalibilidad que de someterse á ella le resulta. A estos nuevos sabios les importa poco la posibilidad de equivocarse y áun el mismo hecho de caer en gravísimos errores pertenecientes á las cosas más sustanciales de la filosofía. Todo esto lo tienen en nada comparado con la preciosa libertad en que cifran toda su dicha para poder divagar á su antojo á manera de caballos indómitos por el inculto campo de la ciencia. A trueque de tener esta facultad de pensar y decir cuanto conciba y fabrique su loca fantasía, admitirán con gusto la posibilidad de equivocarse en las cosas más sustanciales, y la ignorancia de las verdades más apetecidas. Con el conocimiento claro y evidente de la verdad quedarian esclavizados, y ellos no quieren sufrir otro yugo que el de su propio desenfreno. Por eso claman contra el magisterio de la Iglesia, di-

1 *Ad Rom.*, I, 20.

ciendo que con él se corta el vuelo al pensamiento y se encadena la inteligencia. Mas este es el clamor del libertinaje, no de la razon severa, que de nada gusta tanto como de verse sojuzgada por la evidencia.

¿Qué libertad coarta la Revelacion á la razon humana, cuando le enseña en nombre de Dios una verdad que ántes no conocia? La libertad de vivir en la ignorancia ó en la duda con respecto á ella y nada más. Si la doctrina revelada es del órden sobrenatural, ó sea un misterio; la razon humana tan impotente quedará para demostrarla ó combatirla por los principios de la luz natural despues como ántes de la Revelacion, hallándose la tal doctrina en una esfera muy superior á la suya; lo que le habrá sucedido únicamente será adquirir un conocimiento cierto de su existencia, conocimiento con el cual quedará enriquecido el tesoro de las verdades por ella poseidas. Si, por el contrario, es del órden natural, tan libre y expedita se encontrará para emprender su demostracion científica apoyándose en los solos principios de la humana filosofía, como si nunca le hubiera hablado el cielo sobre aquella materia. Digo más: para hablar con más exactitud, la Revelacion en tal caso le facilitará la demostracion dicha, anunciándole la existencia de la verdad demostrable y áun indicándole quizá el camino que le conviene seguir para llegar con el ejercicio de sus propias fuerzas á su conocimiento perfecto.

Dicen muy bien á este propósito los Padres del Concilio Vaticano: "No sólo es imposible todo conflicto entre la fe y la razon, sinó ántes por el contrario ambas se prestan mútua ayuda. Puesto que por una parte la razon demuestra los fundamentos de la fe, ó ilustrada con la luz que de ella recibe, cultiva la ciencia de las cosas divinas; y por otra la fe libra y defiende á la razon de los errores, y la enriquece con multiplicidad de conocimientos. Por donde tan lejos está la Iglesia de oponerse al cultivo de las artes y disciplinas humanas, que ántes bien le es útil y lo promueve de muchas maneras. Porque no ignora ni desprecia las utilidades que de ellas resultan para la vida humana, ántes confiesa que así como tienen su orígen en Dios, Señor de las ciencias, así tambien debidamente tratadas llevan á Dios con el auxilio de su gracia. Y no prohibe ciertamente la fe, que estas disciplinas usen, cada una en su esfera, de sus propios principios y de su propio método; sinó que, reconociendo en ellas esta justa libertad, se limita únicamente á cuidar de que no caigan en algun error que las ponga en contradiccion con la divina doctrina, y á impedir que, traspasando sus propios límites, se apo-

deren de las cosas de la fe, y lleven á ellas la confusion y el desorden„ [1].

Nada se puede dar más justo ni más prudente que esta medida: en el derecho y en la obligacion de la Iglesia está el cuidar de que la razon humana con las limitaciones propias de su pequeñez, y con los extravíos á que la suelen arrastrar de contínuo las pasiones del corazon, no introduzca en el mundo errores contrarios á las verdades reveladas, metiéndose á dogmatizar en cosas que ni puede comprender, ni siquiera son de su incumbencia; puesto que obrando de otra suerte se seguiria entre los fieles una grande perturbacion de lo divino y humano con el consiguiente peligro de las almas que tanto han costado á su celestial Esposo, y que se hallan encomendadas á su custodia.

La Iglesia no puede abstenerse de dar pasto espiritual á sus hijos: renunciar á esto sería faltar gravemente á la elevada mision que ha recibido de su divino Fundador. Para ello ha sido dotada del don inestimable de la infalibilidad en las cosas que atañen á la fe y á las buenas costumbres; y así es justo que vigile por la pureza de entrambas, advirtiendo á los fieles de las aberraciones de la razon en esta clase de materias.

Aquí Draper, como siempre, siguiendo su ordinaria costumbre, se echa á proferir mil blasfemias contra la Iglesia. Complácese en pintárnosla como enemiga perpétua de la ilustracion, y ocupada de contínuo en impedir que se difunda por el pueblo el amor á las letras, á las ciencias y á las artes, recelosa de que, haciéndose apto con todas estas cosas para juzgar de su doctrina, descubra su falsedad y acabe con el dominio que viene injustamente ejerciendo en las humanas inteligencias. A esto añade, que nada vigiló con tanto cuidado en los siglos de la Edad Media como el que no estudiasen

1 Neque solum fides et ratio inter se dissidere numquam possunt, sed opem quoque sibi mutuam ferunt, cum recta ratio fidei fundamenta demonstret, ejusque lumine illustrata, rerum divinarum scientiam excolat; fides vero rationem ab erroribus liberet ac tueatur, eamque multiplici cognitione instruat. Quapropter tantum abest, ut Ecclesia humanarum artium et disciplinarum culturae obsistat, ut hanc multis modis juvet atque promoveat. Non enim commoda ab iis ad hominum vitam dimanantia aut ignorat aut despicit; fatetur imo, eas, quemadmodum a Deo, scientiarum Domino, profectae sunt, ita si rite pertractentur, ad Deum, juvante ejus gratia, perducere. Nec sane ipsa vetat, ne hujusmodi disciplinae in suo quaeque ambitu propriis utantur principiis et propria methodo; sed justam hanc libertatem agnoscens, id sedulo cavet, ne divinae doctrinae repugnando errores in se suscipiant, aut fines proprios transgressae, ea, quae sunt fidei, occupent et perturbent. (Concil. Vatic. *Constit. Dogmat. de Fide*, cap. IV.)

los fieles el griego ni el hebreo, para que no pudiesen consultar en sus originales las sagradas Escrituras; y se irrita sobremanera porque los sacerdotes, en lugar de dedicarse al estudio de las doctrinas religiosas y morales, no pasaban las noches y los dias como los caldeos y los babilonios contemplando los astros y resolviendo problemas de matemáticas. Está visto, el furor que le arrebata en su deseo de impugnar á la Iglesia católica le impide advertir los desatinos y vaciedades que profiere para denigrarla y oscurecerla.

¿La Iglesia católica enemiga de la ilustracion de los pueblos? ¿La Iglesia católica empeñada en fomentar la ignorancia, temerosa de que, penetrando entre los hombres el conocimiento de las lenguas y de las ciencias, quedase en descubierto la falsedad de la doctrina por ella profesada? ¿Pues quién enseñó todas estas cosas durante esos mismos siglos en todas las partes de Europa sinó las personas eclesiásticas? ¿Quién las introdujo hasta en los más ocultos rincones del mundo civilizado á la sazon sinó estas mismas personas que trabajaban por preparar de esta suerte á la Iglesia dignos ministros del santuario é ilustrados predicadores de la palabra divina? ¿Ignora acaso el profesor americano, que la Iglesia en todas las catedrales mandó crear una nueva prebenda con el título de *Maestre-escuela* para que se diese más calor y actividad á los estudios y floreciesen de esta manera por todas partes las letras humanas? ¿Que pasó todavía más adelante, mandando fundar en las Universidades clases de caldeo, de hebreo y de árabe, ademas de las del griego y del latin, para que pudiesen ser estudiadas con ventaja las letras sagradas y tuviesen los fieles con qué confundir á los caldeos, hebreos y musulmanes, valiéndose de la Escritura y del Koran como se hallan en sus mismos originales? Lean los amigos del maldiciente yankee el documento de la Edad Media que ponemos á continuacion y palparán con las manos, si entienden algo de latin, lo absurdo de semejantes afirmaciones. "Illius, cujus vicem in terris, licet immeriti, gerimus, decía el Papa Clemente V en su Constitucion *Inter sollicitudines*, inserta en el Derecho canónico (*Clement.*, libro 5, título 1), imitantes exemplum, qui ituros per universum mundum ad evangelizandum apostolos in omni linguarum genere fore voluit eruditos, viris catholicis notitiam linguarum habentibus, quibus utuntur infideles, praecipue abundare sanctam affectamus Ecclesiam, qui infideles ipsos sciant et valeant sacris institutis instruere, christicolarumque collegio per doctrinam christianae fidei ac

susceptionem sacri baptismatis aggregare. Ut igitur peritia linguarum hujusmodi possit habiliter per instructionis efficaciam obtineri; hoc sacro approbante Concilio scholas in subscriptarum linguarum generibus, ubicumque romanam curiam residere contigerit, necnon in parisiensi et oxoniensi, bononiensi et salmantino studiis providimus erigendas: Statuentes ut in quolibet locorum ipsorum teneantur viri catholici sufficientem habentes hebraicae, arabicae et chaldeae linguarum notitiam: duo videlicet uniuscujusque linguae periti qui scholas regant inibi et libros de linguis ipsis in latinum fideliter transferentes, alios linguas ipsas sollicite doceant; earumque peritiam studiosa in illos instructione transfundant; ut instructi et edocti sufficienter in linguis hujusmodi, fructum speratum possint, Deo auctore, producere, fidem propagaturi salubriter in ipsos populos infideles. „

La sola Religion dominicana bastaria para hacer callar á este desvergonzado calumniador con sus nunca interrumpidos estudios del árabe y hebreo que tan útiles han sido á la cristiandad. Para ceñirnos á nuestra España, sabemos que en 1287 abrieron curso de *arábigo* los hijos de esta sagrada Religion en Valencia, y en 1312 hicieron otro tanto en Játiva. Hoy mismo, como observa el erudito é ilustrado orientalista Sr. Simonet [1], los Dominicos de Mosul, en la Mesopotamia, tienen una imprenta árabe, donde salen á luz muchas obras de propaganda católica. Para prueba de esto mismo baste nombrar al sapientísimo Raimundo Martin, entre otros varios hermanos suyos que se señalaron en el conocimiento del hebreo y del árabe, de la Biblia, del Koran y del Talmud. Su libro de oro intitulado, " Pugio fidei „ *Puñal de la fe*, escrito para refutar á los mahometanos y á los judíos por medio de sus propios escritos, revela un conocimiento profundísimo de estas dos lenguas, y será en todos tiempos una de las mejores armas que podrán manejar los cristianos contra estos infieles. Nada digamos de la Compañía de Jesús enviada por Dios al mundo para hacer la guerra á los proclamadores de la falsa ciencia. Los innumerables y esclarecidos escritores que han brillado en el mundo durante estos tres últimos siglos con todo género de literatura, claman demasiado alto para que ningun enemigo de la Iglesia se atreva á tacharlos de ignorantes ú oscurantistas. Testigos tambien son bien abonados del amor que en todos tiem-

1 Artículo III *El Oscurantismo*, publicado por el referido autor en *La Ciudad de Dios*, tom. I, pág. 242.

pos ha profesado esta Religion á la ciencia, los colegios donde educa á la juventud, y cuya poderosa influencia en el adelantamiento del saber excita tanto las iras de los revolucionarios, que por esta causa los cierran siempre que pueden, aunque para ello sea preciso atentar contra las leyes más sagradas de la justicia. ¿Cuál ha sido sinó éste el verdadero motivo por que los sectarios del vecino reino, llevados de una rabia infernal, han cometido en nuestros dias con todo género de religiosos las abominaciones que todo el mundo conoce?

Se quiere que la Iglesia no influya de manera alguna en el Estado; y como las órdenes religiosas cultivan áun las mismas ciencias profanas con no ménos ardor que otro cualquiera, y por este medio hacen que la Religion ocupe su debido lugar en la república, los hijos de la Revolucion se esfuerzan por acabar con ellas, ó por impedir cuando ménos su accion, prohibiéndoles la enseñanza. ¡Así muestran estos hipócritas el amor que tienen á la ciencia! Incapaces de luchar con los religiosos en el terreno de la legalidad, apelan á los procedimientos que ellos mismos condenan, cerrando la boca de sus adversarios por medio de la fuerza. ¡Esta es la libertad de la Revolucion! Pero volvamos á nuestro asunto.

¿El clero enemigo de la ciencia? Cierto que el ilustre arzobispo de Toledo, D. Raimundo, se mostraba muy enemigo de la ciencia, cuando hacía con grande solicitud que fueran traducidas del griego al latin las obras de Aristóteles, por Juan Gundisolvi, su Arcediano, y por Juan el Hispalense, judío convertido; siendo luégo propagadas de nuestra patria á otras naciones, y logrando gran aceptacion entre los sabios de Europa. En verdad que la Iglesia profesaba mucho horror á la enseñanza de las lenguas orientales y á la propalacion de la doctrina de los mahometanos, cuando por la diligencia de un abad de Cluni, Pedro el Venerable, se hizo la primera traduccion del Alcoran al latin. ¿Y la célebre Políglota del cardenal Cisneros? ¿y los vastos conocimientos en las lenguas sabias de Arias Montano y de Erasmo? ¿y la excelente literatura de nuestro famoso Vives, etc., etc.? En verdad, estos ejemplos y otros innumerables que se podrían citar, prueban con clarísima evidencia el grande horror que la Iglesia ha profesado siempre á la difusion de los conocimientos lingüísticos. Como si para hacer la revolucion religiosa que se verificó en el Norte de Europa á principios del siglo XVI hubiera sido necesario á los hombres el conocimiento de las lenguas orientales, y no les hubiera bastado el latin, enseñado por la Iglesia.

Con éste y con el abundante fuego de deshonestidad que abrasaba á Lutero y á sus compañeros de apostasía salidos del santuario, con el otro fuego de la codicia inflamado en los grandes para apoderarse de los bienes de la Iglesia, y con el de la independencia y libertinaje de los príncipes políticos para sustraerse á la obediencia de su legítimo Soberano y Emperador, habia más que suficiente para que aquellos sectarios repitiesen el antiguo *non serviam* de Lucifer, y siguiesen sus propios antojos cubriéndolos con la brillante capa de *reforma*.

Por lo demas, nada inventó de nuevo el Protestantismo para producir su revolucion; repitió únicamente los errores proferidos por los Valdenses y por los otros herejes de los tiempos anteriores. ¿Qué tenía que ocultar la Iglesia que no lo hubiesen descubierto ya los sectarios de todos los tiempos, comenzando por Simon Mago y los ebionitas, contemporáneos de los mismos apóstoles? Fácil cosa es forjarse una calumnia á su modo allá en su magin, y luégo vomitarla al mundo para que los ignorantes y sencillos queden con ella trastornados. Pero la ciencia es algo más digno que todo eso; y no admite jamás otra clase de armas sinó las fabricadas con el noble y purísimo fuego de la inteligencia, esclava de la verdad y aborrecedora perpetua de la mentira.

Y ¿á qué viene irritarse contra la Iglesia, porque no tuvo en la Edad Media el peregrino gusto de convertir sus templos en observatorios astronómicos? ¡Como si ésta hubiera sido la mision que le encomendara el Padre celestial al ponerla en el mundo, mirar de hito en hito las estrellas! De un Rey sapientísimo de nuestra patria se cuenta que por andar mirando continuamente los astros se le vino al suelo la corona real que llevaba en la cabeza. Esto mismo hubiera sucedido á la Iglesia, si olvidada de su oficio propio, que es moralizar los pueblos, se hubiera entregado á la contemplacion de las estrellas y al estudio exclusivo de las Matemáticas. No despreciaba ella el cultivo de estas cosas, ni mucho ménos perseguia á los que á tales ciencias se dedicaban. Lo que persiguió únicamente fueron las necedades de la Astrología, sirviendo con ello en gran manera al género humano y á las ciencias mismas; porque tanto á éstas como á aquél perjudica muchísimo todo género de supersticion y en particular el de la Astrología. Entre los que se daban á esta clase de estudios, habia muchos que pretendian hallar en la revolucion de los astros la causa fatal é irresistible de los acontecimientos humanos ocultos bajo el velo del porvenir. La Iglesia se levantó con-

tra estos insensatos, que destruian con sus necios cálculos el dogma católico de la libertad humana. Hé aquí explicado todo el odio de la Iglesia contra las Matemáticas y la Astronomía. No iba ella contra estas dos hermosas ciencias, sinó contra el abuso que de ellas hacian los aficionados á la *astrología judiciaria*.

Otro tanto se diga así de la Física como de la Química. Por eso distinguian muy bien los antiguos entre la *magia blanca* y la *magia negra*, alabando y recomendando la primera porque su estudio era inocente y laudable, como que se limitaba únicamente á la observacion científica de los fenómenos naturales y á la resolucion de los problemas algebráicos, é hiriendo con el rayo de sus excomuniones á esta segunda por ser de condicion diabólica, y contener en su seno errores hereticales y nocivos. ¿En esto la Iglesia merece otra cosa que alabanza? La Astrología judiciaria, científicamente hablando, es una necedad, una cosa propia de gitanos que dicen supersticiosamente á los hombres la buena ventura; en el sentido teológico añade además varios errores contrarios á la religion y á la sana moral. La Iglesia, trabajando para desterrar del mundo esta vana supersticion, merecia bien de la ciencia y de la sociedad humana: de aquélla, porque le quitaba la escoria que la afeaba; de ésta, porque al defender de este modo nuestro libre albedrío protegia uno de los más sólidos principios que le sirven de base y fundamento.

No obraba así por cierto el mahometismo, que tanto encanta al autor de *Los Conflictos*, á causa de la aficion á las matemáticas que se apoderó de algunos pocos musulmanes. Estos fanáticos de ordinario no buscaban en sus ponderados cálculos la ciencia matemática, sinó únicamente el modo de adivinar por la cábala; eran astrólogos más que verdaderos cultivadores de la Astronomía. El mismo califa Almamun, que se mostró protector de los sabios, no era movido tanto del amor hácia las matemáticas, cuanto de la necia supersticion de la Astrología judiciaria, cuando rogó al emperador Teófilo que permitiese ir á su córte de Bagdad en clase de profesor al gran matemático Leon. Éste y Almamun estaban totalmente entregados á la investigacion del arte de adivinar por medio de las matemáticas; así como entre los filósofos cristianos hubo muchos que andaban enloquecidos con la invencion de la *piedra filosofal*, haciendo por esta causa innumerables experimentos de química.

Cuando las ciencias matemáticas y astronómicas se hallaban limpias de estos errores perniciosos, la Iglesia era la primera en fomen-

tarlas; si bien, como era justo, siempre daba la preferencia á los estudios propios de su profesion religiosa. Así es que no faltaban en las Universidades profesores de estas materias para quienes gustasen cultivarlas, y no dejaba de honrar la Iglesia á los que en ellas se distinguian. La mitra sagrada ornó en nuestra España al obispo llamado *Recemundo*, conocido entre los árabes con el nombre de *Rabí ben Zaid*, famoso por sus conocimientos astronómicos y filosóficos en el siglo de oro de la literatura arábigo-española, y superior á los sabios cordobeses. La tiara pontificia recompensó los méritos del monje francés Gilberto, despues de haber pasado de Francia al condado de Barcelona con el objeto de hacer allí sus estudios en las escuelas cristianas y de aprender las matemáticas bajo la direccion de *Hatto*, obispo de Vich. La dignidad cardenalicia fué el galardon de los estudios matemáticos y de otros géneros de ciencias concedido á Nicolas de Cusa, primer restaurador del sistema pitagórico en Astronomía y maestro del canónigo Copérnico. En 1435 dió á luz este ilustre sabio un libro intitulado *De docta ignorantia*, y dedicado al cardenal Cerarini, en el cual se afirmaba la realidad del movimiento de la tierra alrededor del sol. En el Concilio de Basilea señaló la necesidad de reformar el calendario, y luego más tarde en 1448, en atencion á sus méritos, le honró el papa Eugenio IV con la alta dignidad sobredicha.

Nada se diga del famoso Copérnico, el cual ha dado su nombre al sistema que ahora se sigue en Astronomía merced á su famosa obra astronómica *De revolutionibus orbium coelestium*. Ya canónigo, ejercia el oficio de profesor de matemáticas en Roma á principios del siglo XVI, y como á maestro en la profesion le consultó en 1512 el Concilio de Letran para hacer la reforma del calendario. Más: la reforma que acabamos de indicar, ¿quién la practicó sinó la Iglesia? Bien léjos estaba ésta por cierto de oponerse al estudio de las ciencias matemáticas y astronómicas, cuando así trataba á los que en ellas se distinguian. Y no podia ménos de suceder sinó que de esta manera se hubiese con cuantos brillaban con este linaje de conocimientos. Porque ademas de haber sido su constante y perenne costumbre honrar con lustrosas condecoraciones la ciencia, siempre que ésta se ha mostrado en un sujeto digno y no manchado con torpes vicios ó con errores contrarios á la religion, aquí habia una razon particular de utilidad para la cristiandad entera. A la Iglesia, en efecto, convenia mucho el que se hiciesen progresos en estas ciencias para poder arreglar el calendario y fijar con exactitud el

tiempo en que se habia de celebrar la Pascua, obra inmensa que requeria conocimientos no pequeños en este ramo.

Sobre esta materia de ciencias y literatura han ponderado algunos en extremo la civilizacion árabe, y hasta se han atrevido á darle la preferencia comparándola con la cristiana. Nuestro famoso yankee no se contenta con esto; sinó que se desata en denuestos contra la Iglesia de Jesucristo, porque en la Edad Media mantuvo á los pueblos cubiertos con el negro manto de la ignorancia, miéntras los árabes en Oriente y Occidente brillaban por sus muchos conocimientos. No negaré que el pueblo árabe, despues de sus rápidas y grandiosas conquistas, hubiese llegado á un cierto grado de civilizacion bastante desarrollada. Es este un efecto natural en la historia de las humanas sociedades, las cuales con el estruendo de las armas y con las victorias por ellas conseguidas suelen adquirir una cierta elevacion de temple que las hace propias para el cultivo de las letras. Pero lo que de ninguna manera puedo conceder, es que la religion de Mahoma ni el elemento indígena propios de los descendientes de este falso profeta, hayan sido los que dieron impulso á la civilizacion sobredicha. Los árabes, al emprender sus conquistas, no eran sinó un pueblo nómada y salvaje, que ignoraba por completo las ciencias y las artes. El contacto que por medio de las guerras y conquistas tuvieron con los cristianos, despertó en ellos ya victoriosos el deseo de saber; de suerte que con toda verdad debe decirse no haber sido los árabes los que introdujeron en region alguna del globo la civilizacion propia de su pais, sinó que por el contrario ellos fueron los que en todas partes la recibieron de los vencidos. En el Oriente los cristianos de Edesa, de Damasco y de Alejandría, los iniciaron en los conocimientos filosóficos, matemáticos y literarios que poseian ya ellos ántes de la invasion sarracena. Ellos fueron los que les dieron á conocer los autores griegos, cuya superioridad de conocimientos los sacó de las tinieblas en que yacian [1].

1 "El mismo Sedillot, observa el Sr. Simonet en el primero de sus eruditos artículos sobre la *Literatura arábigo-hispana*, publicados el año 1868 en *El Bien*, revista católica de Granada, considera á los nestorianos de la antigua escuela de Edesa como los maestros de los árabes en la literatura griega." "Pero no hay que olvidar, añade, la influencia de la escuela católica de Damasco, tan altamente representada por el gran filósofo y teólogo San Juan Damasceno, uno de los primeros doctores que con las armas de la razon y la fe combatieron los errores muslímicos. Cristianos finalmente fueron Isaac ben Honain, Costa ben Luca, Juan ben Mesué, los Serapiones, los Bajtixúa y otros filósofos y médicos insignes que, traduciendo é ilustrando las obras

En Occidente, ó sea en nuestra patria, la civilizacion la recibieron de los cristianos del país, donde reinaba á la sazon el pueblo godo con una cultura luxuriante hasta tal grado, que ya degeneraba en muelle y corrompida. En nuestra península entraron los mahometanos llenos de salvajismo y no de ilustracion. Berberiscos en su gran mayoría, y por lo tanto poco aptos para las ciencias de reflexion, ni siquiera fueron ellos los que hicieron brillar en la España árabe las ciencias y las artes; sinó que el tal brillo se debió á los indígenas cristianos, que vivian mezclados con ellos, ora permaneciendo fieles á la religión de Jesucristo con el nombre de *mozárabes*, ora pasándose á la religion de Mahoma para librarse de las vejaciones continuas que recibian de sus conquistadores, y tomando el nombre de *muladíes*. " Ni de árabes ni de africanos, escribe el distinguido arabista poco ha mencionado [1], vino á España bastante multitud para llenarla toda. Particularmente la raza árabe, superior en inteligencia y cultura á la berberisca, fué muy escasa en nuestro país; y así la mayor parte de la poblacion fué siempre española, ó sea hispano-romano-gótica con todas las ventajas y caractéres de estas distintas razas. Dominados por los musulmanes y muchos de ellos pasados al islamismo, los españoles contribuyeron poderosamente con su número y sus dotes, así físicas como intelectuales, al progreso y prosperidad que llegó á contar la España sarracena. Y como siempre lo más absorbe á lo ménos, la raza árabe y la berberisca llegaron casi á desaparecer entre la inmensa mayoría de la española; y del todo hubiesen desaparecido dentro de dos ó tres siglos, á no ser por las innumerables hordas de tribus africanas que acudieron á nuestra península el siglo X, sosteniendo el vacilante imperio musulman. A principios del siglo XIV de nuestra era, la poblacion de la ciudad de Granada se componia casi toda de raza española, pues contándose en ella doscientas mil personas, no se hallaban quinientas que fuesen moros de naturaleza, siendo todos los demas hijos ó nietos de cristianos, y subiendo á cincuenta mil el número de los renegados. Así lo afirmaron por cosa cierta los embajadores del rey D. Jaime II de Aragon al Sumo Pontífice Clemente V durante la celebracion del Concilio general de Viena, año de 1311, segun lo refiere el diligente Zurita. "

maestras de la ciencia griega, revelaron á los árabes un mundo desconocido de saber y civilizacion."

[1] Simonet, *l. cit.*, art. II, pág. 18.

Á esta causa se debe el que la civilizacion de los mahometanos españoles fuese muy superior á la de los mahometanos de Oriente. En España la gente muslímica predominante era originaria del mismo país; y aunque profesaba la brutal religion de Mahoma, conservaba siempre mucho del espiritualismo propio de la Religion cristiana, á que habian pertenecido sus abuelos, y de los hábitos y costumbres que habia heredado de la civilizacion antigua. Por otra parte, las cualidades físicas é intelectuales de esta raza eran muy superiores á las de las otras dos, árabe y africana, y la hacian infinitamente más apta que ellas para el cultivo de las ciencias, sobre todo las de reflexion. Así es que los más notables en los diferentes ramos del saber entre los mulsumanes españoles consta haber sido de raza indígena, así como tambien los que profesaron doctrina más pura y elevada. "Para realizar en pocos dias la obra ordinaria de los siglos, escribe Circourt, citado por el Sr. Simonet [1], Abderrahman I (el fundador del califato cordobés) tuvo necesidad de apoyarse en los mozárabes, de concederles honores y proteccion, y de obligar á los conquistadores á que contemplasen á los vencidos... El gran movimiento intelectual que fomentó este emir se habria desvirtuado, si no hubiese querido desde luégo desterrar las preocupaciones religiosas... Los árabes, nacidos ayer, no tenian arquitectura ni literatura, apénas historia: en Filosofía lo ignoraban todo... Abderrahman I se atrevió á tomar de los mozárabes y de sus aliados de Constantinopla el tesoro de la ciencia antigua. Á sus ojos y á los de sus súbditos todo cuanto venia de los cristianos era ciencia cristiana; y sin embargo, la escogió sin desconfianza, la echó en el crisol alquímico de los profesores de sus escuelas é hizo de ella algo oriental que en todos sus desenvolvimientos muestra la huella de la intervencion sostenida de los mozárabes."

Hasta la gran mezquita de Córdoba tiene por cierto el Sr. Simonet que fué hecha, así como tambien otros monumentos arábigos del reinado de Abderrahman I, por mano de arquitectos mozárabes que los fabricaron al estilo latino-bizantino, usado á la sazon en las iglesias cristianas. Fúndase para opinar de esta suerte en que las basílicas construidas por aquel tiempo en las Astúrias, merced á la religiosidad de los primeros reyes restauradores, presentan áun hoy dia el mismo género y estilo que el de los sobredichos monumentos muslímicos.

1 Circourt, *Histoire des Maures Mudexares et des Morisques.*

Quien desee adquirir ulteriores noticias sobre este asunto de la civilizacion árabe en nuestra patria, lea los citados artículos del referido autor; y se convencerá de que no fueron los árabes quienes vinieron á civilizar á los españoles, sinó éstos los que comunicaron su civilizacion á sus conquistadores en cuanto lo consentia la bárbara y brutal ley de Mahoma por ellos profesada.

La misma clase de autores que tanto han magnificado la civilizacion árabe para deprimir la cristiana han proferido mil blasfemias contra el espíritu represivo de la Iglesia, diciendo que con sus calabozos y con sus hogueras ha tenido aherrojado durante largo tiempo el entendimiento humano sin permitirle explayarse libremente por el campo de la ciencia. ¿Qué de sandeces y qué de calumnias no se han escrito á este propósito contra el tribunal del Santo Oficio y principalmente contra la Inquisicion española? No es nuestro intento vindicar en esta parte la inmaculada conducta de la Iglesia, puesto que plumas muy competentes han desempeñado perfectísimamente este oficio, así en nuestra patria como en el extranjero [1], y con dificultad se pueden decir cosas mejores que las ya escritas sobre esta materia. Pero sí afirmaré con toda la efusion de mi alma, que eso que los incrédulos y herejes y áun algunos católicos demasiado aficionados á las ideas modernas han considerado como un exceso de rigor y como una rémora para el progreso de las ciencias, ha sido en realidad de verdad lo que ha salvado á las ciencias mismas del universal naufragio á que con sus propias aberraciones las hubiera conducido la inteligencia humana arrastrada por las pasiones del corazon. Para discurrir bien no basta tener libertad, sinó que es necesaria ademas la influencia de un principio regulador que ponga freno á las inteligencias licenciosas y á los ingénios excéntricos, que no tienden de ordinario á otra cosa sinó á demoler hasta los mismos fundamentos de la humana ciencia. En la república de las letras, para que éstas puedan progresar con buen órden y concierto, no es ménos conveniente que en las sociedades políticas un centro moderador que las gobierne y dirija. Pues este centro nos lo ha deparado el cielo en el magisterio infalible de la Iglesia; y la Inquisicion, que ha sido el instrumento ordinario de que se ha servido nuestra santa Madre para llenar su cometido en esta parte, no merece de todo hombre justo y prudente sinó agradecimiento y elogios. Dejemos á

1 Entre otros es muy recomendable la del ferventísimo católico y distinguido escritor Sr. Ortí y Lara, la cual lleva por título: *La Inquisicion*.

los libertinos é impacientes de todo yugo declamar vanamente contra los excesos de este Santo Tribunal. Porque ¿qué otra cosa pueden hacer los ladrones y los malhechores sinó hablar mal de la justicia? Mas los justos apreciadores de las cosas no dudarán un momento en confesar deberse al tribunal de la Inquisicion en gran parte el adelantamiento de las mismas ciencias merced al cuidado que siempre ha puesto en cortar el vuelo á las aberraciones de la razon humana. La prudencia y cordura de la Inquisicion romana son proverbiales. Por eso los enemigos de la Inquisicion han dirigido sus tiros principalmente contra la española, motejándola de bárbara y enemiga de la ciencia. Pero áun esta misma Inquisicion bien puede presentarse con la cabeza erguida ante la faz de la ciencia, siendo cosa averiguada que nunca ha perseguido á nadie por el mero hecho de ser sabio, y que debe por el contrario decirse que los mejores dias para las letras españolas han sido precisamente aquellos en que ella ha desplegado su poder con mayor energía. Es esta una proposicion que ha sido en estos últimos años puesta fuera de toda duda por la docta pluma del jóven Menendez Pelayo en sus dos inmortales obras intituladas: *Historia de los heterodoxos españoles*, y *La ciencia española.*

No quiero poner fin á este capítulo sin decir siquiera dos palabras acerca de ciertos hechos desagradables que tuvieron lugar en Alejandría en tiempo de San Cirilo y de Teófilo, su tío. Draper, acudiendo siempre á su arma favorita de calumniar á nuestra Religion sacrosanta, quiere sacar de ellos partido para probar que la Iglesia es enemiga de las letras y de la civilizacion. ¿Pero qué pueden hacer sus impotentes iras contra la Esposa inmaculada del Cordero? Aun cuando fuese verdadero todo lo que él cuenta á este propósito, no lograría poner la más mínima mácula en la Iglesia de Jesucristo; lo que haria tan sólo sería manifestar que dos determinados Obispos faltaron á su deber cometiendo acciones reprobables y siempre condenadas por la doctrina católica. Los hechos son en sustancia los siguientes: El emperador Teodosio habia cedido al patriarca Teófilo un templo de Baco para que lo transformase en iglesia. Al querer hacer esta operacion el Obispo, halláronse en los lugares subterráneos unos ídolos indecentes; los cuales, puestos en pública exhibicion para que de ellos se avergonzaran los paganos, dieron orígen á un tumulto popular por parte de éstos. Los paganos, irritados, tomaron las armas y mataron á muchos cristianos. Heladio, sacerdote de Júpiter, se gloriaba de haber él solo quitado la vida á

nueve. El Serapeo, ó templo de Serapis, fué donde ellos se fortificaron. Los magistrados de la ciudad informaron á Teodosio de lo que pasaba, y el Emperador mandó demoler el templo; lo cual se ejecutó como habia sido ordenado, sin oponer ninguna resistencia los gentiles. Porque éstos, apénas tuvieron noticia de la órden del Emperador, al instante depusieron las armas. El otro hecho es la trágica muerte de la filósofa Hipatia, hija de Teon, gran matemático alejandrino. Era esta doncella de grandes prendas, así en el alma como en el cuerpo; habia acabado sus estudios en Atenas, y tenia abierta cátedra de filosofía en la ciudad de Alejandría con mucho séquito de personas que iban á oir sus elocuentes discursos. Un dia que salia de su casa para volver á ella dentro de poco, fué acometida de una tropa de furiosos capitaneada por un Lector llamado Pedro. Cogiéronla, y despues de haberla llevado arrastrando hasta la iglesia principal, allí la asesinaron torpemente, haciendo pedazos su cuerpo y cometiendo con ellos mil actos de salvajismo, hasta que por fin los quemaron en un lugar llamado cinaron [1].

Draper pretende que, con la destruccion del Serapeo, juntó el patriarca Teófilo la de la gran Biblioteca de la ciudad, *habiendo solicitado del emperador Teodosio el edicto para destruirla* [2]; y por lo que mira á la hija de Teon, afirma que fué asesinada por órden de San Cirilo. "¡Hipatia y Cirilo! escribe. La filosofía y el fanatismo no podian existir juntos, y reconociéndolo Cirilo obró segun esta idea. Cuando Hipatia se encaminaba á su academia, fué asaltada por las turbas de Cirilo" [3]. Empero ni Teófilo solicitó edicto alguno para destruir la Biblioteca de Alejandría, ni San Cirilo tuvo la más mínima parte en el asesinato de Hipatia. Ábranse los libros de los historiadores contemporáneos de estos sucesos, y se verá que no hay nada de verdad en cuanto escribe el profesor americano. Ni Sócrates, ni Sozómeno, ni Teodoreto hablan una palabra acerca de la Biblioteca de Alejandría, ni de solicitud alguna que hubiese presentado el patriarca Teófilo al emperador Teodosio para conseguir el mencionado edicto. Lo que únicamente nos cuentan de Teófilo estos autores, es que mostró grande celo en destruir la idolatría y en derribar los templos del paganismo. De lo cual cada uno puede

1 Sócrates, *Hist.*, lib. VII, cap. XIV; Tillemont, *Hist. eccles.*, tom. XIV: *Saint Cyrille d'Alexandrie*, art. III.

2 Draper, *Historia de los conflictos*, etc., cap. IX, pág. 106. (Trad. de Arcimis.)

3 Idem. *Ibid.*, cap. II, pág. 56.

cerciorarse por sí mismo consultando los lugares donde tratan de este asunto, y que ponemos á continuacion segun los hallamos en la *Patrologia* de Migne: Socrat. *Hist.*, *eccles.*, lib. III, cap. II, y libro V, cap. XVI; Sozómeno, *Hist. eccles.*, lib. VII, cap. XV; Theodoret. *Hist. eccles.*, lib. V, cap. XXII. Este último llama por esta causa á Teófilo varon *de suma prudencia y de ánimo esforzado*, ἀνὴρ πυκνός τε τὰς φρένας, καὶ ἀνδρεῖος τὸ φρόνημα. ¡Tan léjos está de echarle por esta parte en cara el menor defecto!

Lo único que ofrece alguna dificultad es un texto oscuro de Orosio (*Histor.*, lib. IV, cap. XVI), en que, refiriendo el incendio casual de la Biblioteca de Alejandría, acaecida en tiempo de Julio César, dice este escritor haber visto él con sus propios ojos en los templos de dicha ciudad algunos armarios de libros despojados por ciertos hombres, á quienes da el nombre de *nuestros* (*exinanita ea a nostris hominibus*). Quienes hayan sido estos *nostri homines*, si los cristianos con los cuales vivía en comunidad de religion, ó los hombres del Imperio romano, dentro del cual escribía su historia, no es cosa fácil de averiguar con entera certeza. Sin embargo, lo natural es pensar que con las mencionadas palabras no quiso designar lo primero, sinó lo segundo, porque en este último sentido las toma cuando las usa en otras partes de la misma obra. Así, poco más adelante, en el capítulo XVII del mismo libro VI, escribe hablando de las guerras civiles que se siguieron á la muerte de César: "*Nuestra Roma*, asesinado César, ¿qué de ejércitos armados no hizo brotar de sus cenizas?" [1] De la misma manera se expresa en otros lugares, refiriéndose, no á sus correligionarios, sinó á sus conciudadanos. Lo que se infiere, pues, de las palabras de Orosio es que los romanos despojaron los armarios que habia visto él vacíos en los templos de Alejandría; pero no que este despojo hubiese sido ejecutado por los cristianos, ni que los libros sacados de los tales estantes hubiesen sido destruidos por nadie. Quizás fueron llevados á otro lugar, donde se formó la nueva Biblioteca con los libros venidos de Pérgamo despues de incendiada la antigua. Porque es de saber que la Biblioteca quemada por los soldados de Julio César estaba en el Bruchium, cerca de la playa, y la que se formó despues con los libros llevados de Pérgamo se hallaba en unas casas contiguas al Serapeo. El mismo Draper asegura que el incendio no

1 *Nostra autem Roma*, Caesare occiso, quanta de cineribus ejus agmina armata parturiit? (Orosio, *Histor.*, lib. VI, cap. XVII.)

alcanzó á todos los libros de la Biblioteca quemada, sino solamente á más de la mitad [1].

Lo cierto es que el califa Omar, al apoderarse de Alejandría en tiempo de Juan Filopono, halló en aquella ciudad una biblioteca sumamente numerosa, de medio millon de libros, segun escribe el mismo Draper [2]. Tan grande era, que mandada quemar por aquel bárbaro mahometano, sirvió por espacio de varios meses para calentar los hornos de la ciudad. De alguna parte salió tan grande multitud de libros. Si los cristianos de Alejandria hubieran sido tan enemigos de la ciencia como finge Draper, no hubieran guardado con tanta diligencia tan rico tesoro. Quien desee ver más largamente tratado este asunto, lea el libro de Gorini, intitulado: *Défense de l'Église*, tomo I, cap. III, pág. 64 y siguientes.

El lamentable asesinato de Hipatia no fué sinó el resultado natural de la excitacion de los ánimos producida por los judíos y gentiles, enemigos de los cristianos. Los judíos habian quitado la vida en una conspiracion á una gran multitud de fieles, teniendo de su parte á los gentiles y confiando en la disposicion de ánimo en que se hallaba á la sazon el prefecto Orestes. Este representante del imperio estaba enemistado con el Obispo San Cirilo por la envidia que le causaba la confianza que de él hacía el emperador, y no quiso reconciliarse con él por más que el santo Obispo se lo habia rogado con grande instancia á peticion del mismo pueblo. Y como Hipatia frecuentaba la casa del prefecto, el pueblo se imaginó que ella tenía la culpa de su dureza é inflexibilidad en no querer avenirse con el Prelado; porque ella era gentil, y no parece que tuviera mucha intencion de abrazar el Cristianismo. Con esto comenzaron á mirarla con malos ojos, y no faltaron algunos fanáticos que osaron asesinarla. Estos fueron quizás unos monjes alborotados de las montañas de la Nitria; los cuales debieron de formar la perversa traza, capitaneados por el sobredicho Lector, sin saber nada de ello el santo Obispo Cirilo. Ya estos monjes en tiempo de Teófilo, tio de este Santo Prelado, habian cometido algunas tropelías saliendo de su retiro y marchándose á Alejandría. Ahora, oyendo sin duda los alborotos producidos en la capital por los judíos y gentiles, y la gran matanza de cristianos ejecutada por ellos, fueron á ella en número de quinientos; y hallando al mencionado prefecto en la calle, públi-

1 Draper, *Historia de los conflictos*, etc., cap. VI, pág. 106 de la edic. citada.
2 Lugar citado, pág. 107.

camente le llamaron gentil y áun lo apedrearon, hiriéndole en la cara uno de ellos llamado Ammon, el cual fué por esta causa sometido por Orestes al tormento en presencia de la multitud y tratado en él con tanta barbárie que de ello murió [1].

Exasperados así los ánimos de los cristianos con tantas vejaciones de los gentiles, nada tiene de extraño que cometiesen ellos tambien aquella tropelía con la infeliz Hipatia; á quien, con razon ó sin ella, consideraban como la causa principal de todos estos disturbios. Los paganos dicen que, como la casa de Hipatia estaba siempre llena de personas que iban á visitarla, San Cirilo tuvo envidia de aquella gloria con que brillaba una filósofa gentil, y concibió la abominable idea de hacerla asesinar. Mas esta acusacion, sin prueba de ninguna clase, hecha por los enemigos de la Religion cristiana, tiene caractéres manifiestos de una perversísima calumnia. La santidad del virtuosísimo Patriarca, su sabiduría, su moderacion y su desinterés reconocidos de todo el mundo le ponen á cubierto de tan detestables ataques, con que se ensañó en él la malicia de los gentiles y con que se ensañan hoy dia los Racionalistas, mucho más perversos sin comparacion que los sectaces del paganismo antiguo [2].

1 Véase á Tillemont en su *Histoire eccles.*, tom. XIV, *Saint Cyrille d'Alexandrie*, art. 3.º

2 Véase el mismo Tillemont en el art. 150 del lugar citado.

CAPÍTULO XXXVII

EL CATOLICISMO Y LA CIENCIA EN ÓRDEN Á LAS RELACIONES QUE DEBEN MEDIAR ENTRE LA IGLESIA Y EL ESTADO.

Lo dicho en el capítulo precedente nos abre el camino para tratar de la importante cuestion aquí propuesta, en que se consideran las esenciales relaciones que deben mediar entre la Iglesia y el Estado, una vez supuesta la existencia de estos dos poderes sobre la tierra. La Religion cristiana no es solamente un cuerpo de doctrina dogmática y moral enseñada por Dios á los hombres para que sepan hallar con certeza y sin peligro de equivocarse la senda de la salvacion eterna; es ademas una verdadera sociedad, en la cual por institucion divina deben hallarse todos los organismos que corresponden á una bien ordenada república. La potestad religiosa, por consiguiente, y la política deben ejercer sus actos con algun género de armonía y correspondencia mútua, que las haga funcionar ordenadamente y sin impedirse una á otra como lo exigen los mismos principios de la sana filosofía. Porque tanto la una como la otra han de imperar en unos mismos individuos y así éstos están obligados á obedecerles en todo cuanto legítimamente les es mandado por ellas; lo cual en ninguna manera puede suceder sinó cuando los mandatos de la una no pugnan con los mandatos de la otra, ó sea cuando las dos proceden ordenadamente. ¿Qué clase, pues, de relacion es la que debe intervenir entre estas dos potestades? Esto es lo que vamos á investigar en este presente capítulo.

Los protestantes, para legitimar de algun modo su revolucion impía, y poder proceder en el negocio de la salvacion eterna con aquel género de libertad que reclamaban sus brutales apetitos, negaron toda autoridad en materia de religion, y erigieron en princi-

pio el libre exámen. Esto equivalia á afirmar que Nuestro Señor Jesucristo no habia establecido en el mundo sociedad alguna verdadera, sinó que se habia contentado con predicar su doctrina, para que cada uno se la entendiese á su modo, sin dependencia de nadie. La razon es clara; porque en toda ordenada república, ya sea terrenal, ya espiritual, es preciso que exista un centro ordenador que regule los actos públicos y sociales; por donde negar la fundacion divina de este centro y admitir, esto no obstante, el origen divino de la sociedad cristiana, es incurrir en una contradiccion palpable y manifiesta. Los protestantes, al ménos los que entendian algo de lógica, no incurrieron en tan evidente contradiccion, y así negaron en redondo que Jesucristo hubiese establecido jamás sociedad alguna. Esto ciertamente encerraba una falsedad manifiesta, porque toda la esencia del Cristianismo está diciendo á grandes voces que nuestro adorable Salvador dió en efecto á su religion la forma orgánica de real y verdadera sociedad, adornándola con sus leyes fundamentales y demas cosas correspondientes; pero era absolutamente necesario para que pudiese subsistir el dogma fundamental del Protestantismo, segun el cual, como todo el mundo sabe, en el negocio de la salvacion eterna cada uno queda libre para vivir y gobernarse á su manera, sin otro superior que el Padre celestial, sin otro códice de leyes que la Biblia, sin otro juez y magistrado para examinar estas leyes y explicar los lugares oscuros de las mismas que la propia razon individual de cada uno. La cuestion propuesta por tanto en la hipótesis protestante no encierra sentido alguno. Cada uno de los cristianos vive, segun ella, unido espiritualmente á su cabeza Jesucristo; las asociaciones que demas de esto quiera formar, uniéndose con otros cristianos, son puramente libres y se asemejan por su naturaleza enteramente accidental á las sociedades de mera conveniencia, como lo son las de los músicos, las de los artesanos, las de los mercaderes, y otras infinitas. El protestante no tiene otro superior en lo espiritual sinó á Dios Nuestro Señor; y así no viviendo sujeto á autoridad alguna eclesiástica sobre la tierra, mal puede admitir que sea posible relacion alguna entre la potestad política de cada nacion y la autoridad universal de la Iglesia. La única cuestion posible para los secuaces de Lutero y Calvino es saber cuál sea el género de relacion en que deben hallarse los particulares ministros del culto propio de su *comunion* por ellos mismos creados y la autoridad civil. En lo cual ya se vé que toda la cosa depende exclusivamente de la voluntad de los mismos

protestantes, no de otra suerte que si vivieran bajo la sola ley natural; puesto que Jesucristo, en la opinion de estos sectarios, no ha establecido nada sobre el asunto.

Por lo que acabamos de escribir sobre las ideas de los protestantes acerca de la naturaleza del Cristianismo, se deja entender que, ántes de ventilar la cuestion propuesta en este capítulo, es preciso demostrar que hay verdaderas y propias autoridades instituidas por derecho divino en la Religion de nuestro adorable Salvador, ó en otros términos, que Jesucristo ha fundado una verdadera sociedad religiosa en que vivan los hombres bajo el gobierno de alguna autoridad visible á la cual estén sujetos todos ellos en lo espiritual, así como, en razon de ciudadano, debe vivir cada uno bajo la obediencia de las autoridades civiles y políticas. Esta cuestion preliminar no es difícil de resolver; los protestantes en este punto han manifestado ideas tan abiertamente falsas, que sólo esto bastaria para demostrarles lo absurdo de sus herejías y lo errados que andan en el camino de la salvacion eterna. "En el negocio de tu salvacion tú haces cuanto se te antoja, podemos decir á cada uno de estos infelices, y te complaces en no depender de nadie sinó de tu sola razon individual. Esto te será tan dulce y sabroso como quieras: pero en cuanto á servirte y aprovecharte para la vida eterna, no esperes que tal género de conducta te produzca otra cosa que infelicidad y desventura. Jesucristo al venir á este mundo no se ha contentado con enseñarnos algunas doctrinas saludables que nos sirvan de guía y norte en el camino de la salvacion eterna, sinó que ha establecido ademas una verdadera sociedad visible y palpable, bajo cuyas autoridades, tambien visibles y palpables, es preciso permanecer para cumplir sus santísimos mandamientos. Para agradar y servir á Dios verdaderamente no basta guardar alguno ó algunos de los preceptos que Él nos impone; es necesario cumplirlos todos sin infringir ninguno. Esto no sólo nos lo dicta nuestra propia razon, sinó que nos lo advierte ademas el Apóstol Santiago, diciéndonos: *Cualquiera que guardare toda la ley é infringiere un solo precepto suyo, se hace reo de todos. Porque el que dijo: No fornicarás, ha dicho tambien: No matarás; y si no fornicando matas, te has hecho trasgresor de la ley* [1]. De otra suerte, lo mismo podría decir el racionalista sosteniendo que para servir á Dios le basta la ley natural, y que por tanto no piensa inquietarse en manera alguna por cuanto

1 Jacob., II, 10-11.

enseña la Religion cristiana y se halla contenido en los santos Evangelios; con lo cual quedaria inutilizado por completo todo el magisterio de Nuestro Señor Jesucristo y condenada al mismo tiempo la conducta de los Apóstoles y de los mártires, quienes por no querer seguir este camino sufrieron tantos tormentos y áun la misma muerte. „

Nadie puede dudar cuál haya sido en este punto la mente de nuestro adorable Salvador, si fija un momento la atencion en lo que Él dijo é hizo mientras estuvo conversando con los hombres en este mundo. Frecuentemente llama en sus sermones *reino de Dios y de los cielos* á la Iglesia que venía á fundar sobre la tierra. Así, para no multiplicar sin necesidad los testimonios de la Escritura, en el Evangelio de San Mateo, cap. XXI, vers. 43, dice á los judíos: *Por tanto os digo que quitado os será el reino de Dios y será dado á un pueblo que haga los frutos de él*. Por donde el mismo Salvador, al ser interrogado por Pilatos si en realidad de verdad era rey como le acusaban sus enemigos, al instante confesó su imperio espiritual, añadiendo que su reino no era de este mundo, sinó celestial y divino [1]. Porque la Iglesia que Él habia venido á fundar es un reino muy superior á estos frágiles y mezquinos de los hombres, como eterno que es y universal, segun lo habian anunciado ya los Profetas [2]. Por esto le fué puesta en la cruz la causa de su condenacion en estas palabras: *Jesus Nazareno Rey de los judíos* [3]. Y el Evangelista San Juan, hablando de la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalen el dia de Ramos, escribe: *Y halló Jesus un jumentillo, y se sentó sobre él, como está escrito: No temas, hija de Sion; hé aquí tu Rey, que viene sentado sobre un pollino de una asna*. Las mismas palabras pone tambien San Mateo [4].

El reino del Mesías era una cosa tan sabida entre los judíos, que esta misma idea les perjudicó en gran manera para que no admitiesen á Nuestro Señor Jesucristo como tal. Porque no veian en él los caractéres del reinado que ellos se habian forjado en su imaginacion carnal y terrena torciendo el sentido de las santas Escrituras; pues éstas hablaban de la fundacion de un reino espiritual y lleno de riquezas celestiales que habia de ser establecido en toda la tierra por

1 Luc., XXIII, 3. Joan., XVIII, 37.
2 Isai., II. Dan., II, 14.
3 Joan., XIX, 19. Luc., XXIII, 38.
4 Matth., XXI, 5.

el Mesías, y ellos las entendieron de un reino temporal y terreno, empapado en sangre y manchado con el pillaje y carnicería, cuales suelen ser los reinos de los conquistadores mundanos.

A este su reino espiritual llama la divina Escritura unas veces *familia* [1], otras *ciudad colocada sobre un monte* [2], otras *ejército bien ordenado* [3], otras *redil y rebaño puesto bajo la direccion de un solo pastor* [4], otras finalmente, *casa* [5]. Nombres son todos estos que dan á conocer bien á las claras la unidad verdaderamente orgánica de este reino, basada en las leyes fundamentales que habia de dictar Nuestro Señor Jesucristo á su Iglesia, y conservada con las leyes orgánicas y disciplinares que habian de emanar de aquéllos á quienes Él encomendase el oficio de continuar su mision divina sobre la tierra, ó sea del Papa y del episcopado. ¿Cómo se podria llamar reino la Iglesia de Jesucristo, si cada uno de los cristianos pudiese forjarse á su manera su religion, entendiendo la Biblia como mejor le pareciera y trazándose á su arbitrio un modo de servir á Dios exclusivamente suyo, como si él solo estuviese en el mundo? ¿Puede acaso llamarse un reino la Europa, por ejemplo, porque entre todos los europeos se note cierta comunidad de ideas, de gustos y de costumbres? Pues con menor razon se podrá aplicar este mismo nombre á la Iglesia de Jesucristo, si por Iglesia hemos de entender ese agregado de sectas infinitas en que cada uno vive y practica la religion á su antojo y como más le place, sin tener otro vínculo con los pertenecientes á las demas que el odio comun por el cual todas ellas están animadas para hacer la guerra al Catolicismo.

Eso no es reino ni cosa que lo valga, por más que con loca temeridad quieran persuadirse de lo contrario los protestantes. No es reino, sinó algarabía, Babel espantosa, confusion de ideas y de creencias, imágen de la Babel infernal de Lucifer, donde nada de órden se advierte sinó confusion perpétua y horror sempiterno. Lo que es de Dios, es ordenado, como dice el sagrado texto [6]; y en la turba innumerable de sectas protestantes que cubren la haz de la tierra, no reina la menor apariencia de órden, todas se combaten y destrozan entre sí y no se unen sinó en una idea eminentemente *negativa*

1 Matth., xx, 1.
2 Id., v, 14.
3 Cant., vi, 3-9.
4 Joan., x, 16. Luc., xii, 32. Act., xx, 28. Petr., v, 2-3.
5 Luc., xiv, 23. Matth., vii, 24.
6 Rom., xiii, 1.

y destructora, que consiste en *protestar* contra los dogmas de la Iglesia católica. En esa turba de sectas por tanto no está Dios, sinó el demonio: ese horrible agregado de discordantes elementos no puede ser el reino de Jesucristo, sino la sinagoga de Satanás, para usar de una frase del Apóstol San Juan lanzada contra los protestantes de su tiempo [1].

Aún hay más: no sólo llama la sagrada Escritura con los referidos nombres á la Iglesia de Jesucristo, sinó que tambien nos da cuenta clara y terminantemente del organismo que por institucion divina debe reinar en ella hasta el fin del mundo. Porque por divina institucion debe haber en esta Iglesia mayores y menores, gobernantes y gobernados, diciendo el divino Salvador en el Evangelio de San Lucas (cap. xx, vers. 26): *El que es mayor entre vosotros, hágase como menor; y el que guia (ἡγούμενος), como el que sirve.* Por la misma ordenanza y disposicion de Dios debe tener la Iglesia prepósitos y súbditos, personas que manden y personas que obedezcan, unos que rijan y otros que sean regidos, unos que enseñen y otros que aprendan, unos que juzguen y otros que sean juzgados, pues leemos en las Santas Escrituras: *Obedeced á vuestros superiores y estadles sumisos* [2]; cuando pasaban por las ciudades San Pablo y su discípulo Timoteo, *les enseñaban que guardasen los decretos que habian sido establecidos por los Apóstoles y por los presbíteros que estaban en Jerusalen* [3]: *mirad por vosotros y por toda la grey, en la cual el Espíritu Santo os ha puesto por Obispos para gobernar la Iglesia de Dios, la cual Él ganó con su sangre* [4]: *id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado* [5]: *recibid el Espíritu Santo: á los que perdonáreis los pecados, perdonados les son; y á los que se los retuviéreis, les son retenidos* [6].

De aquí es que el Apóstol San Pablo, describiendo este organismo de la Iglesia, compara este cuerpo místico del Salvador al cuerpo humano, en el cual hay por naturaleza gran multitud de miembros dotados cada uno de ellos de su funcion propia para el bien de

1 Apoc., II, 9.
2 Heb., XIII, 17.
3 Act., XVI, 4.
4 Id., XX, 28.
5 Matth., XXV, 1, 19-20.
6 Ioan., XX, 22-22.

todo cuerpo. Luego sigue de esta manera: *Vosotros sois cuerpo de Cristo y miembros de Cristo, y así á unos puso Dios en la Iglesia en primer lugar Apóstoles, en segundo Profetas, en tercero Doctores, despues virtudes, luego gracias de curaciones, socorros, gobernaciones, géneros de lenguas, interpretaciones de palabras. ¿Por ventura son todos Apóstoles? ¿Son todos Profetas? ¿Son todos Doctores?* etc. [1]. Lo mismo repite á los Efesios, diciendo: *El que descendió, ese mismo es el que subió á los cielos para llenar todas las cosas. Y Él mismo á unos ha constituido Apóstoles, á otros Profetas, á otros Evangelistas, á otros Pastores y Doctores, á fin de que trabajen en la perfeccion de los Santos, en las funciones de su ministerio, en la edificacion del cuerpo místico de Cristo, hasta que arribemos todos á la unidad de una misma fe y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un varon perfecto, á la medida de la edad perfecta, segun la cual Cristo se ha de formar místicamente en nosotros. Por manera que ya no seamos niños fluctuantes, ni nos dejemos llevar acá y allá de todos los vientos de opiniones humanas por la malignidad de los hombres que engañan con astucia para introducir el error; ántes bien, siguiendo la verdad del Evangelio con caridad, en todo vayamos creciendo en Cristo, que es nuestra cabeza y de quien todo el cuerpo místico de los fieles, trabado y conexo entre sí con la fe y caridad, recibe por todos los vasos y conductos de comunicacion, segun la medida correspondiente á cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su perfeccion mediante la caridad* [2].

Por estas palabras del Apóstol San Pablo se ve tambien cómo el organismo comunicado por el divino Salvador á su esposa la Iglesia no era sólo para el tiempo de los Apóstoles, como vanamente imaginó Mosheim en sus *Instituciones mayores de la Historia cristiana* [3], sinó para todo el tiempo que dure la Iglesia hasta el fin del mundo, *hasta que todos lleguemos en la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios al estado de varon perfecto, segun la medida de la edad cumplida de Cristo;* lo cual se verificará cuando toda la Iglesia en cuerpo sea trasladada á la mansion celeste y bienaventurada, dejando para siempre este lugar de peleas y fatigas. Y da el santo Apóstol la razon de este organismo establecido por nuestro adorable Salvador, á saber, porque con él los fieles y discípulos de

1 I. Cor., x, 27-29.
2 Ephes., iv, 10-16.
3 Mosheim, *Institutiones Historiae christianae majores.*

Cristo no *andarán ya como niños fluctuantes, y no se dejarán llevar acá y allá por todos los vientos de opiniones humanas, levantados por la malignidad de los hombres que engañan con astucia para introducir el error.*

Este organismo de la Iglesia docente, fundado por Jesucristo para continuar su divina mision sobre la tierra, es el que mantiene firmes á los Cristianos en la verdadera doctrina, defendiéndolos de todo error en la fe y conduciéndolos con enseñanzas saludables á la salvacion eterna. Por eso nada hay tan recomendado en el Nuevo Testamento como la guarda fiel de esta celestial jerarquía por una parte y la exacta obediencia por otra que todos los fieles deben prestar á sus pastores, puestos por el Espíritu Santo para regir y gobernar la Iglesia de Dios [1]. *Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra*, dijo Jesus á sus discípulos al tiempo de subir á los cielos: *id, pues, y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado: y mirad que Yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo* [2]. Como si dijera: " Yo soy el plenipotenciario de mi Padre celestial: en virtud de estos mis poderes absolutos y omnipotentes, yo os encomiendo la mision de anunciar el Evangelio á todas las naciones de la tierra, de administrarles el bautismo con que se hagan miembros de mi Iglesia, de enseñarles á cumplir con vuestras exhortaciones y mandatos todo cuanto Yo os he encargado. Y mirad que esta mision no es para vosotros solamente, sinó tambien para todos cuantos en lo sucesivo hasta mi segunda venida recibirán de Mí por medio de vosotros y de los sucesores que eligiéreis, el mismo oficio de enseñar, regir y gobernar mi Iglesia. Porque Yo estaré, no sólo con vosotros, ayudándoos y esforzándoos en el buen desempeño del oficio que os encomiendo, sinó tambien con cuantos os sucedieren á vosotros legítimamente en el mismo cargo hasta el fin del mundo. „

Esta misma mision, dada por Jesucristo á los Apóstoles para que tuviesen sus veces en el oficio de regir y gobernar su Iglesia, predicando y dictando convenientes leyes á los fieles, y para que la trasmitiesen á sus legítimos sucesores, y principalmente á los que habian de ocupar la cátedra de San Pedro, se descubre tambien en las siguientes palabras del Salvador, proferidas al tiempo de man-

1 Act., xx, 28.
2 Matth., xxviii, 18-20.

darlos á predicar por todo el mundo. *Como el Padre me envió*, les dice, *así Yo tambien os envio... Recibid el Espíritu Santo: á los que perdonáreis los pecados, perdonados les son; y á los que se los retuviereis, les son retenidos* [1]. Esto equivale á decir: "Así como yo soy legítimamente enviado de mi Eterno Padre, y en consecuencia tengo plenos poderes para regir y gobernar la Iglesia que he venido á fundar con mi doctrina y preceptos; así tambien vosotros quedareis revestidos de estos mismos poderes, como representantes mios que sois en el oficio de predicar y de ordenar las cosas de mi Iglesia, y como encargados que os dejo de trasmitir á los sucesores que juzgueis competentes estas mismas facultades para que ellos hagan otro tanto hasta la consumacion de los siglos."

Por eso el Apóstol San Pablo repite en tantas partes esta mision del divino Salvador. En la epístola primera á los Corintios, dice: *Así nos tenga el hombre como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios* [2]. Y en la segunda escribe á los mismos: *Nos dió el ministerio de la reconciliacion, porque ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo, no imputándoles sus pecados, y puso en nosotros la palabra de la reconciliacion. Nosotros, pues, somos embajadores en nombre de Cristo, como que Dios os amonesta por nosotros* [3]. Y habiendo nombrado, tanto él como San Pedro y San Juan y los demas Apóstoles, en virtud de la mision recibida, Obispos que les supliesen en el mismo cargo de enseñar, regir y gobernar á los fieles, dice á los nuevos ordenados *in sacris*, segun dejamos apuntado más arriba: *Mirad por vosotros y por toda la grey, en la cual el Espíritu Santo os ha puesto por Obispos para gobernar la Iglesia de Dios, la cual Él ganó con su sangre* [4]. Á San Tito, á quien habia nombrado obispo de Creta, le escribe: *Yo te dejé en Creta para que arreglases lo que falta y establecieses presbíteros en las ciudades, como yo te lo habia ordenado* [5]. Luégo le amonesta acerca de la manera que habia de guardar en el gobierno de su diócesis, diciéndole que enseñase á cada una de las clases de sus súbditos lo que más le convenia, y que ejerciese con todos ellos la autoridad episcopal con suavidad y firmeza al mismo tiempo, y le añade: *Predica estas cosas y exhorta y reprende con toda autoridad.*

1 Joan., xx, 21-23.
2 I. Cor., iv, 1.
3 II. Cor., v, 18-20.
4 Act., xx, 28.
5 Epist. ad Tit., i, 5.

Nadie te desprecie[1]. En la misma forma se expresa escribiendo á su discípulo Timoteo, consagrado tambien obispo por el mismo Apóstol: *Protesto delante de Dios*, le dice, *y de Jesucristo que ha de juzgar vivos y muertos en su venida y en su reino, que prediques la palabra, que instes á tiempo y fuera de tiempo. Reprende, ruega, amonesta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina, ántes amontonarán maestros á sus deseos, teniendo comezon en las orejas; y apartarán los oidos de la verdad y los aplicarán á las fábulas: mas tú vela, trabaja en todas las cosas, haz la obra de Evangelista, cumple tu ministerio*[2]. Y para que los Obispos venideros, sucesores suyos y de los demas Apóstoles en el oficio creado por Jesucristo de doctrinar y gobernar á los fieles, no temiesen ejercer tambien su potestad vindicativa contra los díscolos que la mereciesen, quiso el santo Apóstol hacer por sí mismo uso de esa potestad, excomulgando al incestuoso de Corinto[3] y amenazando á los cristianos de esta ciudad que iria á ella armado de látigo y dispuesto á castigar sin remision á quien por sus escándalos estaba haciendo gran daño á los demas fieles y á la Iglesia entera. *Algunos andan hinchados*, les escribe, *como si yo no hubiera de ir á vosotros. Mas presto iré á vosotros, si el Señor quisiere, y examinaré, no las palabras de los que así andan hinchados, sino la virtud. Porque el reino de Dios no está en palabras, sino en virtud. ¿Qué quereis? ¿Iré á vosotros con vara y con caridad y con espíritu de mansedumbre?*[4].

Y en otra carta les dice: *Las armas de nuestra milicia no son carnales, sinó poderosísimas en Dios para destruir fortalezas, derribando consejos y toda altura que se levanta contra la ciencia de Dios, y reduciendo á cautiverio todo entendimiento para que obedezca á Cristo, y teniendo á la mano el poder para castigar toda desobediencia, cuando fuere cumplida vuestra obediencia. Mirad las cosas que son segun la faz. Si alguno está confiado que él es de Cristo, piense esto tambien dentro de sí; que como él es de Cristo, así tambien nosotros. Porque aunque yo me glorie algo más del poder que el Señor nos dió para vuestra edificacion y no para vuestra destruccion, no tendré por qué avergonzarme. Mas para que no parezca que*

1 Epist. ad Tit., II, 15.
2 II. Timoth., IV, 1-5.
3 I. Cor., V, 5.
4 I. Cor., IV, 18-21.

os quiero aterrar por cartas, porque en verdad las cartas, dicen algunos, son graves y fuertes, mas la presencia del cuerpo es flaca, y la palabra despreciable, el tal que así siente, entienda que cuales somos en la palabra por cartas estando ausentes, tales seremos en el hecho cuando estemos presentes [1].

Este es el ejemplo de cristiana energía que quiso dar el Apóstol San Pablo á los Obispos revestidos de la potestad de Jesucristo para el conveniente gobierno de sus Iglesias. Y como él en particular dió muestras á los cristianos de la autoridad espiritual que tenia recibida de Jesucristo, así tambien obraron de la misma manera los Apóstoles reunidos en Jerusalen en el primer Concilio de la Iglesia, que ha sido dechado y modelo de todos los demas Concilios posteriores. Reunidos allí para deliberar sobre ciertos negocios graves de la Iglesia universal, tiene primero la palabra San Pedro, como jefe de toda la Asamblea; hablan luégo los demas, exponiendo cada uno libremente su parecer, y por fin, formulado ya el decreto, lo envian á los fieles por medio de comisionados elegidos al efecto. El decreto fué concebido en estos términos: *Los Apóstoles y los presbíteros hermanos, á los hermanos que son de los gentiles y están en Antioquía, y en Siria y en Cilicia, salud: Por cuanto habemos oido que algunos que han salido de nosotros, trastornando vuestros corasones, os han turbado con palabras sin habérselo mandado: Congregados en uno nos ha parecido escoger varones y enviarlos á vosotros con nuestros muy amados Bernabé y Pablo, hombres que han entregado sus vidas por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Enviamos, pues, á Júdas y á Silas, los cuales os dirán tambien de palabra esto mismo. Porque ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros de no poner sobre vosotros más carga que estas cosas necesarias: que os abstengais de cosas sacrificadas á ídolos, y de sangre, y de ahogado, y de fornicacion, de lo cual si os guardáreis, harreis bien: Dios sea con vosotros* „ [2].

Hé aquí expresada en términos claros y sencillos la autoridad de que se creian revestidos los Apóstoles en el Concilio de Jerusalen para arreglar las diferencias suscitadas entre los fieles. El Espíritu Santo es el que juzga con los Padres reunidos en nombre de Cristo en el Concilio, lo cual ya habia sido prometido por el divino Redentor con las siguientes palabras dichas á sus discípulos: *Donde están*

1 II Cor., x, 4-11.
2 Act., xv, 23-29.

dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos [1]. Este ejemplo han seguido despues todos los Concilios generales, comenzando por el de Nicea á principios del siglo IV, y acabando por el Vaticano, celebrado en nuestros dias. Todos ellos se han considerado revestidos de la autoridad de Jesucristo, y ayudados de una asistencia especial del Espíritu Santo; y lo que ellos pensaban, esto mismo creian y tenian por cierto todos los fieles de la Cristiandad entera. En consecuencia de esta fe universal, enseñantes y enseñados, gobernantes y gobernados, Obispos y simples fieles, todos creian que los actos de los tales Concilios, tanto en materias disciplinares como dogmáticas, eran legítimos y ejercidos en nombre de Dios, de suerte que nadie pudiese en conciencia ir contra ellos; ántes por el contrario, todos sin excepcion estuviesen realmente obligados á conformar con los mismos su conducta religiosa.

Cuando un Concilio de esta especie deponia ó excomulgaba por sus crímenes ó por sus doctrinas religiosas á alguno de la Cristiandad, ésta al punto lo tenia por excomulgado y depuesto, y condenaba con el Concilio sus crímenes y sus doctrinas. Así anatematizó á Arrio y á sus sectarios, condenados en el Concilio de Nicea; á Macedonio y á otros herejes condenados en el Concilio general primero de Constantinopla; á Nestorio y á Dióscoro con todos sus secuaces, reprobados en el Concilio de Éfeso; á Eutiques, condenado en el Concilio de Calcedonia; y de esta misma suerte se hubo con los reprobados en los demas Concilios universales. Con todos estos sectarios quedaba al principio una cierta porcion, más ó ménos numerosa, de cristianos ignorantes y engañados; pero con el tiempo iban desapareciendo del mundo estas sectas cortadas de la gran vid plantada por Jesucristo y destituidas de vitalidad propia, quedando siempre fuerte y lozana la vid de donde habian sido separadas. Esto mismo ha sucedido tambien á la herejía protestante, hormiguero de sectas separadas de la Iglesia católica por las declamaciones de Lutero, Zuinglio, Calvino y Enrique VIII de Inglaterra. Al principio dió algunas señales de vida con la savia espiritual y divina que todavía le habia quedado de resultas de su union con la verdadera vid de Jesucristo, la Iglesia católica. Mas poco á poco esta savia ha ido desapareciendo, por carecer de vitalidad intrínseca esos míseros sarmientos ya cortados, y buenos solamente para el fuego, de forma que al presente, el protestantis-

1 Matth., cap. XVIII, vers. 20.

mo se halla ya seco, sin jugo alguno; y no tiene otro elemento de vida sinó la mano del gobierno civil que lo protege; allí donde éste lo maltrata ó abandona, el protestantismo acaba miserablemente. Tres siglos han sido necesarios para disolverlo: el racionalismo, nacido de sus entrañas, acabará de aniquilarlo por completo; y así, como siempre, quedará sola, firme y estable en el mundo la Iglesia católica dando cumplimiento á aquella magnífica profecía de su divino Esposo: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* [1].

Demostrada, pues, la fundacion divina de la Iglesia de Jesucristo en razon de verdadera sociedad religiosa, dotada de su autoridad central correspondiente, viene ahora naturalmente la cuestion con que hemos encabezado este capítulo, á saber: ¿En qué relacion se halla la autoridad religiosa de esta Iglesia con cada una de las autoridades civiles pertenecientes á las distintas sociedades políticas? A esta pregunta responden los partidarios del liberalismo de tres diferentes maneras, segun pertenezcan ellos mismos á una ú otra de las tres diferentes fracciones en que se halla dividida esta grande herejía de nuestros tiempos.

Los liberales *racionalistas* tienen por un puro mito la revelacion divina del Cristianismo, y en consecuencia le hacen guerra encarnizada para ver si lo pueden aniquilar. Con esto bien se deja entender cuál será el género de relacion que establecen entre la Iglesia y el Estado, entre la autoridad religiosa y la política. El Estado para ellos lo es todo, la Iglesia nada; aquél debe absorber en sí todas las fuerzas sociales; ésta debe ser desterrada de los entendimientos y voluntades de los hombres, aniquilada por completo; no tiene en la sociedad derecho de ciudadanía. La relacion, pues, que proclaman es la *absorcion* de la Iglesia por el Estado, con la aniquilacion de aquella y la divinizacion de éste. El Estado es el único Dios que admiten los liberales racionalistas; el Dios del cielo para ellos es una ranciedad del oscurantismo y de la ignorancia. La fuerza bruta es el único derecho con que gobierna esa nueva deidad; las delicias de la orgía el galardon que reserva para sus servidores.

La segunda fraccion liberal es la de los liberales *regalistas*. De éstos algunos creen en Dios y en la divinidad de la Iglesia; pero otros muchos son puros deistas y áun quizás ateos, tan ateos como los liberales racionalistas que acabamos de nombrar. No avanzan tanto como los primeros; se contentan con ménos, porque con mé-

[1] Matth., XVI, 18.

nos les basta: no quieren la destruccion completa de la Iglesia, pero sí su esclavitud. Ven que la Religion es un instrumento poderosísimo para tener á raya los pueblos, y procuran conservarla; pero la quieren esclava y no libre, sujeta á la dominacion del Estado, y no independiente de él en el ejercicio de sus funciones propias. Los Obispos y los párrocos son para esta clase de políticos meros funcionarios públicos, que dependen del Estado como los gobernadores de provincia y los guardias civiles. Con este título deben recibir su salario y ser multados de diversas maneras por la potestad política cuando no se quieren plegar á sus ordenanzas por no atropellar con los gritos de su propia conciencia. Hipócritas hasta lo sumo, hablan bien del Cristianismo por lo regular, y hasta aparentan no pocas veces tenerle verdadero afecto, llamándose más católicos que el Papa. Pero, entre tanto, procuran con mucho cuidado tener aherrojada á la Iglesia y no dejarle adquirir mucha influencia en la sociedad, temerosos, como dicen, de que no domine en ella la *teocracia*; conservan al Clero en un estado miserable de pobreza y abatimiento, y no le permiten mucha actividad en el cumplimiento de su cargo, con la excusa de que, de otra suerte, con sus exagerados fervores se alarman los ánimos y se inquietan las conciencias de los ciudadanos.

No muy léjos de éstos andan los pertenecientes á la tercera fraccion liberalesca, llamados liberales *católicos* y liberales *moderados*; *católicos*, porque afectan por lo ménos admitir y profesar todas las doctrinas de la Iglesia de Jesucristo; y *moderados*, porque en sus palabras y en sus obras aborrecen los términos extremos, al racionalismo puro por una parte, y al Catolicismo neto por otra. Forman estos mestizos una cierta especie de séres intermedios entre los liberales puros, que subordinan abiertamente la Iglesia al Estado, y los católicos tambien puros que subordinan el Estado á la Iglesia. Así, pues, los tales no quieren subordinacion alguna entre las dos autoridades, religiosa y civil; ántes proclaman su libertad é independencia mútua: no hacen al Estado superior á la Iglesia; pero tampoco dan á la Iglesia supremacía alguna sobre el Estado; á entrambos los consideran como iguales, como absolutamente independientes cada uno en su esfera, como dos potencias que nada se pueden mandar una á otra. Mas como la Iglesia y el Estado han de componerse de unas mismísimas personas, y éstas no se pueden mover ordenadamente cuando se hallan bajo la accion de dos fuerzas independientes y no subordinadas entre sí, por esta causa quieren que

una y otra potestad muevan á sus súbditos *armónicamente*, haciendo Concordatos en que se arregle la forma con que, cada una en su esfera, haya de ejercer el gobierno, y apelando á *transacciones* mútuas si no se puede obtener de otro modo la armonía deseada. Para que esta armonía no se turbe, dicen, quédese el Estado en lo civil, confeccione en sus Cámaras políticas las leyes gubernativas que le dictare su razon social, con abstraccion completa de la Religion católica; urja luégo su ejecucion, y no se meta en los negocios de la Iglesia. La Iglesia tambien, por su parte, celebre con plena libertad en sus templos las funciones religiosas; instruya allí á los católicos sobre los dogmas de la fe; impóngales, si gusta, sus leyes espirituales relativas á los ayunos, á la celebracion de las fiestas, etc., etc. Pero deje al Estado gobernarse á su manera; no se meta á juzgar y condenar sus disposiciones sociales; como si fuera un superior, y no turbe las conciencias de sus súbditos diciéndoles que tal ó cual ley, emanada de la autoridad civil, no tiene valor alguno, por ser injusta, ó ilícita, ó contraria al bien espiritual de los fieles, y que en conciencia no puede ser observada por ningun cristiano.

La Religion católica rechaza con energía estos tres grados de liberalismo; al *primero*, porque niega abiertamente el órden divino sobrenatural, con grande injuria del Criador que lo ha revelado; al *segundo*, porque admitiéndolo se mofa de él y trata á la Iglesia de una manera tan perversa oprimiéndola con una esclavitud indigna, y ademas porque obrando de esta suerte comete una ofensa gravísima contra Dios Nuestro Señor, que ha querido que sea libre su Hija primogénita la Iglesia en el desempeño de su mision divina; al *tercero*, porque hace casi lo mismo que el anterior, coartando no poco la libertad de accion que Dios ha concedido á su Iglesia y no queriendo sometérsele en cosas en que debe estarle sujeto; á *los tres juntos*, finalmente, porque desentendiéndose por completo de la Religion divina, aplican al gobierno de la sociedad el impío y absurdo *naturalismo* de que hemos hablado en el capítulo anterior y que consiste en negar la subordinacion debida á la fe por parte de la razon humana.

Contra los liberales racionalistas protesta la Iglesia en la Encíclica de Pio IX, expedida en 9 de Noviembre de 1846. Contra los liberales regalistas y contra los liberales católicos protesta en la Encíclica *Quanta cura* y en el *Syllabus*. Sobre la impiedad de los liberales racionalistas se expresa de la manera siguiente: "Conoceis, venerables hermanos, que los funestísimos enemigos del nombre cristiano,

arrebatados miserablemente por un cierto furor ciego de loca impiedad, llevan tan adelante su temerario atrevimiento en su manera de opinar, que, *abriendo con audacia nunca oida su boca para blasfemar contra Dios* (Apoc., XIII, 6), no se avergüenzan de enseñar á la vista de todo el mundo que son comenticios é inventados por los hombres los sacrosantos misterios de nuestra Religion, que la doctrina de la Iglesia católica es contraria al bien y á las utilidades de la sociedad humana, y áun no temen renunciar al mismo Cristo y Dios. Y para producir con más facilidad ilusion en los pueblos y engañar principalmente á los incautos é ignorantes, arrastrándolos consigo á los errores, fingen serles á ellos solos conocidos los caminos de la prosperidad, y no dudan en arrogarse el nombre de *filósofos*, como si la filosofía, que toda entera se ocupa en investigar la verdad de la naturaleza, debiese desechar las cosas que el supremo y clementísimo Dios, autor de toda la naturaleza, con singular beneficio y misericordia se ha dignado manifestar á los hombres, para que consigan ellos mismos la verdadera felicidad y salvacion. Por donde con un modo de argumentar prepóstero en verdad y sumamente falaz, nunca dejan de apelar á la fuerza y excelencia de la razon humana y de ensalzarla contra la santísima fe de Cristo, y atruenan con suma audacia los oídos diciendo neciamente que la fe se opone á la humana razon. Lo cual, en verdad, es lo más loco é impío que se puede pensar ó imaginar y lo más repugnante á la razon misma. Pues aunque la fe es superior á la razon, sin embargo, entre una y otra ninguna disension y ningun disidio se puede encontrar, naciendo ambas de una y misma fuente de inmutable y eterna verdad, Dios óptimo y máximo, y prestándose mútuo socorro, de tal suerte, que la recta razon demuestre, guarde y defienda la verdad de la fe, y ésta libre á la razon de todos los errores, y con el conocimiento de las cosas divinas maravillosamente la ilustre, confirme y perfeccione" [1].

1 Noscitis, Venerabiles Fratres, infensissimos christiani nominis hostes, caeco quodam insanientis impietatis impetu misere raptos, eo opinandi temeritate progredi, ut inaudita prorsus audacia *aperientes os suum in blasphemias ad Deum* (Apoc., XIII, 6), palam publiceque edocere non erubescant, commentitia esse et hominum inventa sacrosancta nostrae religionis mysteria, catholicae Ecclesiae doctrinam humanae societatis bono et commodis adversari, ac vel ipsum Christum et Deum ejurare non extimescant. Et quo facilius populis illudant, atque incautos praesertim et imperitos decipiant et in errores secum abripiant, sibi unis prosperitatis vias notas esse comminiscuntur, sibique philosophorum nomen arrogare non dubitant, perinde quasi philosophia, quae

Así habla la Iglesia por boca del Papa Pío IX, apuntando en seguida con brevedad la brillante multitud de argumentos que hacen evidentemente creible la verdad de la Religion de Jesucristo.

Contra los liberales regalistas profiere tambien las siguientes palabras: " Otros, instaurando los perversos y tantas veces condenados comentos de los novadores, osan con insigne desvergüenza someter al arbitrio de la autoridad civil la suprema autoridad de la Iglesia y de esta Sede Apostólica, dada á la misma por Cristo su Señor, y negar todos los derechos de la misma Iglesia y Sede cerca de aquellas cosas que pertenecen al órden exterior. Porque no tienen el menor reparo en afirmar que las leyes de la Iglesia no obligan en conciencia sinó cuando son promulgadas por la potestad civil; que los actos y decretos de los romanos Pontífices, relativos á la Religion y á la Iglesia, necesitan de la sancion y de la aprobacion ó á lo ménos del asentimiento de la potestad política; que las Constituciones Apostólicas en que se condenan las sociedades clandestinas, ora sea en ellas exigido el juramento de guardar secreto, ora no, y en que se decreta la pena de excomunion contra sus sectarios y fautores, no tienen fuerza en aquellas regiones del mundo donde son toleradas por el gobierno civil estas asociaciones; que la excomunion dada por el Concilio Tridentino y por los romanos Pontífices contra aquellos que invaden y usurpan los derechos y posesiones de la Iglesia, está fundada en la confusion del órden espiritual y del órden civil y político para la prosecucion de un bien puramente terreno; que la Iglesia nada debe decretar que pueda ligar las conciencias de los fiéles en órden al uso de lás cosas temporales; que á la Iglesia no compete el derecho de castigar con penas temporales

tota in naturae veritate investiganda versatur, ea respuere debeat, quae supremus et clementissimus ipse totius naturae auctor Deus singulari beneficio et misericordia hominibus manifestare est dignatus, ut veram ipsi felicitatem et salutem assequantur. Hinc praepostero sane et fallacissimo argumentandi genere nunquam desinunt humanae rationis vim et excellentiam appellare, extollere contra sanctissimam Christi fidem, atque audacissime blaterant eam humanae refragari rationi. Quo certe nihil dementius, nihil magis impium, nihil contra ipsam rationem magis repugnans fingi vel excogitari potest. Etsi enim fides sit supra rationem; nulla tamen vera dissensio, nullumque dissidium inter ipsas inveniri unquam potest, cum ambae ab uno eodemque immutabilis aeternaeque veritatis fonte, Deo optimo maximo oriantur, atque ita sibi mutuam opem ferant, ut recta ratio fidei veritatem demonstret, tueatur, defendat; fides vero rationem ab omnibus erroribus liberet, eamque divinarum rerum cognitione mirifice illustret, confirmet atque perficiat. (Enciclica *Noscitis, Venerabiles Fratres*, dada por la Santidad de Pío IX el 9 de Noviembre dé 1846.)

á los violadores de sus leyes; que es conforme á la sagrada Teología y á los principios del derecho público atribuir y adjudicar al gobierno civil la propiedad de los bienes que poseen las iglesias, las familias religiosas y otros lugares pios. Y no se avergüenzan de profesar paladina y públicamente el axioma y principio de los herejes, de donde nacen tantas perversas sentencias y errores. Porque andan diciendo que la potestad eclesiástica nó es por derecho divino distinta é independiente de la potestad civil, y que no puede ser conservada esta distincion é independencia sin que sean invadidos y usurpados por la Iglesia los derechos esenciales de la potestad política „ [1].

Asimismo reprueba la doctrina de los liberales católicos diciendo: “ Y no podemos pasar en silencio la audacia de aquellos que, no sufriendo la sana doctrina, pretenden que se puede, sin pecado y sin menoscabo alguno de la católica profesion, negar el asentimiento y obediencia á aquellos juicios y decretos de la Sede Apostólica, cuyo objeto se declara pertenecer al bien general de la Iglesia y á los derechos y á la disciplina de la misma, miéntras no pertenezca á

1 Ac vero alii, instaurantes prava ac toties damnata novatorum commenta; insigni impudentia audent Ecclesiae et hujus Apostolicae Sedis supremam auctoritatem a Christo Domino ei tributam civilis auctoritatis arbitrio subjicere, et omnia ejusdem Ecclesiae et Sedis jura denegare circa ea quae ad exteriorem ordinem pertinent. Namque ipsos minime pudet affirmare Ecclesiae leges non obligare in conscientia, nisi cum promulgantur a civili potestate; acta et decreta Romanorum Pontificum ad religionem et Ecclesiam spectantia indigere sanctione et approbatione, vel minimum assensu potestatis civilis; Constitutiones Apostolicas, quibus damnantur clandestinae societates, sive in eis exigatur, sive non exigatur juramentum de secreto servando, earumque asseclae et fautores anathemate mulctantur, nullam habere vim in illis orbis regionibus ubi ejusmodi aggregationes tolerantur a civili gubernio; excommunicationem a Concilio Tridentino et Romanis Pontificibus latam in eos, qui jura possessionesque Ecclesiae invadunt, et usurpant, niti confusione ordinis spiritualis, ordinisque civilis ac politici, ad mundanum dumtaxat bonum prosequendum; Ecclesiam nihil debere decernere, quod obstringere possit fidelium conscientias in ordine ad usum rerum temporalium; Ecclesiae jus non competere violatores legum suarum poenis temporalibus coercendi; conforme esse sacrae theologiae jurisque publici principiis bonorum proprietatem, quae ab Ecclesiis, a Familiis religiosis, aliisque locis piis possidentur, civili gubernio asserere et vindicare. Neque erubescunt palam publiceque profiteri haereticorum effatum et principium, ex quo tot perversae oriuntur sententiae, atque errores. Dictitant enim ecclesiasticam potestatem non esse jure divino distinctam et independentem a potestate civili, neque ejusmodi distinctionem et independentiam servari posse, quin ab Ecclesia invadantur et usurpentur essentialia jura potestatis civilis. (Encíclica *Quanta cura*, expedida por la Santidad de Pio IX el 8 de Diciembre de 1864.)

los dogmas de la fe y costumbres. Lo cual cuán contrario sea al dogma católico de la potestad plena, divinamente conferida al Romano Pontífice por el mismo Señor Jesucristo, de apacentar, regir y gobernar la universal Iglesia, nadie hay que no lo vea y entienda clara y abiertamente „ [1].

Por fin, contra el axioma comun á las tres clases de liberalismo citadas y dirigido á prescindir por completo de la Religion en el gobierno de las sociedades, levanta tambien su voz majestuosa la Iglesia con las siguientes palabras, las cuales, sin embargo, directamente no van encaminadas sinó contra los católicos liberales. " Bien conoceis, Venerables Hermanos, dice Pio IX, que en estos tiempos se encuentran no pocos que, aplicando al consorcio civil el impío y absurdo principio del *naturalismo*, como le llaman, se atreven á enseñar que la idea de una bien ordenada República y el progreso civil requieren absolutamente sea constituida y gobernada la humana sociedad prescindiendo por completo de la Religion, como si ella no existiese, ó por lo ménos no haciendo diferencia alguna entre la Religion verdadera y las falsas. Y contra la doctrina de las sagradas letras, de la Iglesia y de los Santos Padres, no dudan en afirmar que el estado más perfecto de una sociedad es aquel en que no se le reconoce al imperio el deber de refrenar con leyes penales á los violadores de la Religion católica, sinó en cuanto lo exige la paz pública. Por esta idea de régimen social enteramente falsa no temen fomentar aquella errónea opinion, perjudicial por extremo á la Iglesia católica y á la salvacion de las almas, llamada *delirio* por nuestro predecesor Gregorio XVI, de reciente memoria, á saber: que la libertad de conciencia y de cultos es un derecho propio de cada hombre, el cual en toda sociedad bien constituida debe ser proclamado y afirmado por la ley, y que á los ciudadanos compete el derecho á una libertad tan omnímoda, que por ninguna autoridad, ni eclesiástica, ni civil, pueda ser coartado; de forma que todos los

1 Atque silentio praeterire non possumus eorum audaciam, qui sanam non sustinentes doctrinam, contendunt illis Apostolicae Sedis judiciis et decretis, quorum objectum ad bonum generale Ecclesiae ejusdemque jura ac disciplinam spectare declaratur, dummodo fidei morumque dogmata non attingat, posse assensum et obedientiam detrectari absque peccato et absque ulla catholicae professionis jactura. Quod quidem quantopere adversetur catholico dogmati plenae potestatis Romano Pontifici ab ipso Christo Domino divinitus collatae, universalem pascendi, regendi, et gubernandi Ecclesiam nemo est qui non clare aperteque videat et intelligat. (Pio IX en el lugar citado.)

hombres puedan manifestar y declarar paladina y públicamente sus conceptos, sean ellos los que fueren, de palabra, ó por escrito, ó de cualquier otra manera. Mas al afirmar temerariamente tales cosas, no piensan ni consideran que predican la *libertad de perdicion;* y que, si es libre disputar siempre con persuasiones humanas, nunca podrán faltar quienes osen repugnar á la verdad y confiar en la locuacidad de la humana sabiduría, conociendo por la misma institucion de Nuestro Señor Jesucristo cuánto debe precaverse la fe y sabiduría cristiana contra esta perniciosísima vanidad „ [1].

Y esta misma doctrina la hallamos tambien condenada en el *Syllabus*, bajo el nombre de *Errores relativos al liberalismo de nuestros dias*, cuyas proposiciones son como siguen: LXXVII. *En esta nuestra edad no conviene ya que la Religion católica sea tenida como única Religion del Estado con exclusion de otros cualesquiera cultos.* LXXVIII. *De aquí que laudablemente se ha establecido por la ley en algunos paises católicos, que á los extranjeros que vayan allí les sea lícito tener público ejercicio del culto propio de cada uno.* LXXIX. *Es, sin duda, falso que la libertad civil de cualquiera culto, y lo mismo la ámplia facultad concedida á todos de manifestar abiertamente y en público cualesquiera opiniones y pensamientos, conduccan*

1 Etenim probe noscitis, Venerabiles Fratres, hoc tempore non paucos reperiri, qui civili consortio impium absurdumque *naturalismi*, uti vocant, principium applicantes, audent docere optimam societatis publicae rationem, civilemque progressum omnino requirere, ut humana societas constituatur et gubernetur, nullo habito ad religionem respectu, ac si ea non existeret, vel saltem nullo facto verum inter falsasque religiones discrimine. Atque contra sacrarum Litterarum, Ecclesiae, sanctorumque Patrum doctrinam, asserere non dubitant optimam esse conditionem societatis, in qua Imperio non agnoscitur officium coercendi sancitis poenis violatores catholicae religionis, nisi quatenus pax publica postulet. Ex qua omnino falsa socialis regiminis idea haud timent erroneam illam fovere opinionem catholicae Ecclesiae animarumque saluti maxime exitialem, a rec. mem. Gregorio XVI Praedecessore Nostro *deliramentum* appellatam, nimirum libertatem conscientiae et cultuum esse proprium cujuscumque hominis jus, quod lege proclamari et asseri debet in omni recte constituta societate, et jus civibus inesse ad omnimodam libertatem nulla, vel ecclesiastica vel civili, auctoritate coarctandam, quo suos conceptus quoscumque, sive voce, sive typis, sive alia ratione palam publiceque manifestare ac declarare valeant. Dum vero id temere affirmant, haud cogitant et considerant, quod *libertatem perditionis* praedicant, et quod si humanis persuasionibus semper disceptare sit liberum, nunquam deesse poterunt, qui veritati audeant resultare et de humanae sapientiae loquacitate confidere; cum hanc nocentissimam vanitatem, quantum debeat fides et sapientia christiana vitare, ex ipsa Domini Nostri Jesu Christi institutione cognoscat. (Pío IX en la Encíclica *Quanta cura*, ya citada.)

á corromper más fácilmente las costumbres y los ánimos, y á propagar la peste del indiferentismo. LXXX. *El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la moderna civilizacion* [1].

Enséñase por los liberales católicos en estas proposiciones, y lo mismo en las citadas palabras de la Encíclica *Quanta cura*, que la libertad de conciencia, la de cultos y la de imprenta sobre materias religiosas y morales son *en sí mismas* buenas y que por lo tanto deben ser expresamente aseguradas en la constitucion de toda sociedad bien ordenada; porque todo ciudadano tiene derecho esencial para opinar y hablar públicamente de estas cosas, sin que autoridad alguna, eclesiástica ó civil, pueda por esto imponerle algun castigo. Por donde se concluye en la citada doctrina liberal que es un verdadero progreso en los pueblos católicos el haber consignado en la ley la libertad de cultos; porque con esto no han hecho los hombres otra cosa sino acomodarse más exactamente al ideal de toda sociedad civil perfecta, reconociendo á los súbditos en la Constitucion un derecho que por la naturaleza misma les pertenece. Y respondiendo á la objecion que contra dicha doctrina oponen los católicos puros, diciendo que con ella se prepara el camino al indiferentismo escéptico, afirman los católico-liberales que no existe peligro alguno de que nazca tal linaje de indiferencia, y que por tanto el Papa puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso de la civilizacion moderna, la cual quiere que se gobierne *con abstraccion absoluta de la Religion, ó á lo ménos sin hacer distincion alguna entre la verdadera Religion y las falsas.*

Como se ve, entre los sectarios del liberalismo y la Religion ca-

1 LXXVII. Aetate hac nostra non amplius expedit Religionem catholicam habere tanquam unicam Status Religionem, caeteris quibuscumque cultibus exclusis. (Sacada de la Alocucion *Nemo vestrum*, de 26 de Julio de 1855.)

LXXVIII. Hinc laudabiliter in quibusdam catholici nominis regionibus lege cautum est, ut hominibus illuc immigrantibus liceat publicum proprii cujusque cultus exercitium habere. (Sacada de la Alocucion *Acerbissimum*, de 27 de Setiembre de 1852.)

LXXIX. Enimvero falsum est civilem cujusque cultus libertatem, itemque plenam potestatem omnibus attributam quaslibet opiniones cogitationesque palam publiceque manifestandi conducere ad populorum mores animosque facilius corrumpendos ac indifferentismi pestem propagandam. (Sacada de la Alocucion *Nunquam fore*, de 15 de Diciembre de 1856.)

LXXX. Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recenti civilitate sese reconciliare et componere. (De la Alocucion *Jam dudum cernimus*, pronunciada en 18 de Marzo de 1861.)

tólica existe un verdadero conflicto; nadie lo puede negar. ¿Mas este conflicto llega tambien por ventura hasta la misma ciencia, de suerte que no sólo la secta liberal, sinó tambien la ciencia verdadera estén en pugna con el Catolicismo en órden á esta importante materia? Si dirigimos esta pregunta á los liberales, claro está que obtendremos una respuesta afirmativa: los liberales se consideran como los únicos representantes de la ciencia, todos los demas para ellos no son sinó gente ignorante ó fanatizada, que no ve la verdad, ó porque no es capaz de percibirla á causa de su extrema rudeza é ignorancia, ó porque el fanatismo ciego le venda los ojos, si ya no es que el sórdido interés le impide confesarla.

Así piensan y hablan los sapientísimos liberales acerca de los católicos que piensan y hablan como el Papa; en lo cual ciertamente no dan grandes muestras de moderacion y modestia. Porque eso de decir que todos los cristianos de los siglos pasados por espacio de casi dos mil años han vivido fanatizados por esta *erradísima idea*, que ahora anima á los católicos puros, sin que ni los tormentos de los perseguidores, ni los estudios de los sabios hayan sido bastantes á disiparla, y que sólo los filósofos del siglo XIX, los cuales casi nada entienden de filosofía y gastan todo su tiempo en observar los fenómenos de la Naturaleza, han tenido la dicha de hacer un tan admirable descubrimiento, es escatimar no poco la honra al género humano para gozar el sabrosísimo placer de atribuírsela á sí propios. La modestia no es el carácter distintivo de la secta liberalesca: tan hermosa virtud parece demasiado frívola á estos positivistas, que tienen colocada toda su dicha en lo que se palpa aquí en la tierra. Por eso, en lugar de la modestia gustan más de escribir en su bandera aquellas palabras del Mantuano:

"*Audaces fortuna juvat, timidosque repellit.*"

La audacia vale más que la modestia para medrar y figurar en este mundo; y la conjugacion de estos dos verbos está muy en las entrañas de los amantes del progreso y de la civilizacion moderna.

Empero el que así piensen y hablen los partidarios de la secta liberal, es cosa de escasísima importancia en la cuestion de que vamos tratando; porque ni les asiste la autoridad, ni tampoco la Filosofía. Si por la primera hubiera de sentenciarse la causa, al instante deberian darse por vencidos. Los Católicos netos somos infinitamente mayores en número que los liberales, y así tenemos en nuestro favor el voto de la pluralidad. Y está por nosotros tan in-

mensa mayoría, porque contamos en nuestras filas, no sólo á los verdaderos católicos presentes, ya de suyo muy numerosos, sinó tambien á los infinitos millares que en la Iglesia nos han precedido por espacio de diez y nueve siglos.

Pero dejemos á un lado esta clase de argumentos y vengamos á los que nos suministra la sana Filosofía. Por de pronto hay que separar de este debate á los liberales racionalistas, cuyo sistema horrendamente impío y manifiestamente contrario á los principios de la sana razon ya queda refutado en los capítulos anteriores. Quedan, pues, los liberales regalistas y los católicos liberales, cuyas doctrinas, como nota sabiamente el Pontífice Pío IX en la Encíclica *Quanta cura*, poco há citada, *brotan de los errores racionalistas como de su propia fuente*, "ex eisdem erroribus, veluti ex fontibus erumpunt," y por lo mismo no pueden ménos de ser erróneas y de contener la ponzoña mortífera del liberalismo incrédulo.

Y comenzando por el liberalismo regalista, no puede ser más evidente su absurdidad y oposicion con los principios de la sana Filosofía. ¿En qué inteligencia rectamente dispuesta cabe pensar que Jesucristo, habiendo fundado una Iglesia sobrenatural y divina, la dejó despues subordinada y sujeta al Estado y á la potestad temporal, como si estos objetos fueran lo más grande y sublime que se puede excogitar sobre la tierra? ¿Cuándo se ha visto jamás que un edificador prudente subordine y dirija lo más noble y levantado á lo más bajo y humilde? Tanto la sociedad como la Iglesia vienen de Dios y van tambien á Dios por su propia naturaleza; pero ninguno que confiese la divinidad del Cristianismo dejará de reconocer en tiempo alguno que el fin y orígen de la Religion de Jesucristo son infinitamente más dignos que el fin y orígen de la sociedad política. Esta, áun en su parte más noble y excelente, que es hacer virtuosos y honestos á los ciudadanos, no mira de suyo sinó á un bien puramente natural; aquella, por el contrario, dirige todas sus operaciones á la consecucion de un fin superior á las naturales exigencias humanas, á la sobrenatural posesion de Dios en la gloria. La autoridad civil no puede de su propia condicion mandar á los ciudadanos sinó el ejercicio de las virtudes meramente políticas, mientras que la eclesiástica se extiende al de las mismas sobrenaturales y divinas.

Fuera de que todo el mundo sabe que la Religion por su propia naturaleza es la base y fundamento de la moral, y que por consiguiente el bien propio de la Religion está en un órden mucho más elevado y trascendental que el bien de las mismas virtudes morales,

las cuales tienen por último término de todos sus actos rendir culto y tributo de adoracion á la Divinidad con el cumplimiento de su santa ley, esto es, servir de algun modo á la Religion estando subordinadas á ella. Y si el bien propio y peculiar de la Religion es por su naturaleza más alto y sublime que el de las mismas virtudes morales en el órden de la pura y simple naturaleza, ¿quién no ve que las sobredichas virtudes deben estar en el ejercicio de sus actos sujetas y subordinadas á la virtud de la Religion áun en este mismo órden humano? Mas si esto es así, nadie puede dudar sinó que la autoridad política debe tambien estar subordinada á la religiosa áun en el mismo órden natural, sin tomar para nada en cuenta el otro infinitamente más elevado y sobrenatural, que es el que pertenece á la Iglesia. Porque si la autoridad civil en su parte más levantada y sublime, que es hacer virtuosos á los ciudadanos, tiene por último objeto preparar convenientemente los ánimos para el honesto ejercicio del culto y servir de esta manera á la Religion, ¿cómo no lo tendrá en todo lo demas, que es mucho ménos estimable y por consiguiente ménos digno de la naturaleza humana?

Y si esto sucede en el puro órden natural, ¿qué diremos hablando de la Iglesia, la cual se halla en otro órden infinitamente más elevado, cual es el sobrenatural, como que ha sido bajada del cielo por Nuestro Señor Jesucristo para ayudar á los hombres á subir á las mansiones eternas de la gloria? En el órden puramente natural se podria al fin tolerar que la autoridad política y civil se mezclase algun tanto en las cosas del culto, ordenando los actos de la Religion á la conservacion de la paz y tranquilidad pública. Esto, aunque imperfecto, no es intrínsecamente malo, como nota el Cardenal Cayetano, y así en el órden puramente natural bien pudiera ser permitido, atendida la flaca condicion de la generalidad de los hombres; los cuales, abandonados á sus propias fuerzas, suelen buscar de ordinario la utilidad propia, áun en la prosecucion del bien honesto, y raras veces hacen actos de caridad pura y absolutamente desinteresada. Pero en el órden sobrenatural, traido al mundo por Jesucristo con la fundacion de su Iglesia, esto es enteramente inadmisible. Jesucristo ha fundado su Religion sobre la caridad; esta hermosa virtud, segun la mente de nuestro divino Legislador, debe ser el alma que anime y vivifique todos los actos de los cristianos; lo imperfecto de la flaqueza humana desaparece en el divino plan con la abundancia de gracias y favores que derrama el Espíritu Santo de continuo sobre todos los miembros de su querida Esposa.

Jesucristo, pues, no consiente que exista jamás en el mundo la referida imperfeccion despues de fundada su Iglesia, y de ninguna manera permite que esta Jerusalén celestial, bajada por Dios del cielo á la tierra, como nos lo enseña el Apóstol San Juan [1], tenga por último término y remate de todos sus sudores la sola paz y tranquilidad pública, bienes puramente temporales. Jesucristo quiere, por el contrario, que á su Iglesia corresponda en el ejercicio de todos sus actos religiosos un objeto más alto y más sublime, cual es la práctica de las virtudes teologales, y especialmente de la caridad, que es vínculo de perfeccion y santidad y une á los hombres estrechamente, enseñándoles á vivir como verdaderos hermanos. Venía á establecer su reino celestial aquí en la tierra para que en él y por él adquiriesen todos los hombres la salvacion eterna: por eso dijo á sus Apóstoles que ellos eran *la luz del mundo y la sal de la tierra* [2]. ¿Habia, pues, de sujetar el ejercicio y operaciones propias de esta Iglesia al arbitrio y capricho de la autoridad humana? Los mismos representantes de la autoridad política, como ovejas del rebaño de Jesucristo é hijos de la Iglesia, habian de vivir sujetos en lo espiritual á la autoridad eclesiástica, ¿y luégo en estas mismas cosas religiosas habian de ser superiores á esta autoridad, teniéndola en perpetua tutela y bajo su dominacion soberana, como si la dignidad sacerdotal fuese una especie de apéndice y complemento del poder político? ¿No sería ésta la mayor monstruosidad del mundo? ¿Dónde habria estado en este caso la prudencia y sabiduría del Arquitecto divino al fundar su Iglesia sobre la arena movediza de los intereses humanos, y al conferir á la potestad civil el absoluto derecho de hacer y deshacer á su arbitrio en las cosas sagradas, ensanchando ó coartando la libertad de la autoridad eclesiástica en las funciones de su cargo, segun lo juzgase conveniente para los bienes materiales de la tierra?

Los que de esta manera hablan y discurren dan fundado motivo para sospechar que en su corazon nada creen de la divinidad del Cristianismo y que tienen á esta Religion celestial por un puro invento de los hombres, no ménos que los liberales racionalistas. Tan palmaria contradiccion no se concibe en personas suficientemente ilustradas, y así con razon podemos temer que su cristiandad es pura hipocresía. Descubran, pues, paladinamente la incredulidad de

1 Apoc., XXI, 2.
2 Math., V, 13-14.

su corazon, y digan sin rebozo á la faz de todo el mundo lo que oímos todos los dias proferir á los sectarios de la impiedad incrédula. Déjense ya de innobles é hipócritas disimulos condenados no ménos por la razon natural que por los celestiales principios de la Religion de Jesucristo. Si se atreven á llamarse cristianos, profesen con sinceridad lo que han creido siempre los discípulos del Crucificado, y no vengan á enseñar en punto de creencias á los que el mismo Jesucristo ha puesto para maestros en Israel.

Cuando mandó nuestro divino Salvador á sus discípulos á predicar su Evangelio por todo el mundo, ¿les dijo acaso que pidiesen primero la vénia á las autoridades civiles? ¿No les encargó al contrario que fuesen á anunciarlo á todas las gentes, áun contra la voluntad de los mismos tiranos? *Sereis llevados por mi causa,* les dice, *á los gobernadores y á los reyes para dar testimonio de Mí á ellos y á los gentiles. Y cuando os entregaren, no penseis cómo ó qué habeis de hablar; porque en aquella hora os será dado lo que habeis de hablar* [1]. Y los Apóstoles entendieron tan bien esta leccion celestial, á pesar de que era dura y repugnante á la carne, que contra toda la voluntad de los judíos y de los gentiles anunciaron el Evangelio de su Maestro. Y poco valieron las cárceles y las persecuciones decretadas contra ellos por las autoridades políticas; porque el sufrir por Jesucristo les era gloria y contento, y á los agentes del poder civil les respondian enérgicamente: "Obedire oportet Deo magis quam hominibus," *es menester obedecer á Dios ántes que á los hombres* [2].

¡Bueno hubiera sido por cierto que los Apóstoles hubiesen necesitado pedir permiso á los magistrados civiles ántes de dar principio á su mision celestial en cualquiera parte, y que no les hubiese sido lícito cumplir con su oficio sinó con la anuencia de las autoridades terrenas! De esta suerte la Iglesia de Jesucristo nunca se hubiera establecido sobre la tierra. Durante tres siglos enteros vivió y se propagó la Religion cristiana en medio de una sociedad hostil, á pesar de la furia y persecucion de todos los poderes temporales. ¿Habian de ir entónces los pastores del rebaño de Jesucristo á las autoridades civiles á pedirles permiso para ejercer sus funciones sagradas de enseñar, regir y gobernar á los fieles? ¿Habian de ser nulas las disposiciones emanadas de la autoridad eclesiástica, por-

1 Math., x, 18-19.
2 Act., v, 29.

que no llevaban el sello de la sancion civil, ese *pase régio*, que tantos dolores y llantos ha traido á la Iglesia aun ejercido por príncipes católicos?

No, no: Jesucristo, cuando encomendó á sus Apóstoles y en ellos á sus sucesores los Obispos, el oficio de apacentar, regir y gobernar á sus ovejas, no les dijo: *Enseñad y apacentad á los fieles y perdonadles sus pecados con dependencia de las autoridades políticas*, sinó: *Haced todas estas cosas con absoluta independencia de las mismas y á pesar de todas sus resistencias.* Jesucristo edificó su Iglesia sobre la roca firme é inexpugnable de Pedro y de sus sucesores los Pontífices Romanos, para que esta roca inquebrantable le sirviese de fundamento tal, que ni los vientos de las grandezas mundanas, ni los torrentes impetuosos de las pasiones de los malvados le pudiesen impedir el dar valor y esfuerzo á sus hijos con sus divinas enseñanzas, con sus leyes saludables y con las demas disposiciones eclesiásticas que hubiese de tomar en el mundo contra todos los poderes de la tierra. Armados los Obispos católicos y principalmente el Vicario de Jesucristo con estos mandatos y promesas de nuestro divino Redentor, repiten siempre con energía, contra todo imperante político que la quiere avasallar, aquellas palabras del gran Ósio, dirigidas al emperador Constancio: *No nos mandes en estas cosas, sinó apréndelas ántes bien de nosotros: á ti te ha encomendado Dios el imperio, á nosotros lo perteneciente á la Iglesia* [1].

Con la misma evidencia se demuestra la absurdidad del liberalismo católico ó moderado. Una vez admitido que la Iglesia haya recibido del cielo la sagrada mision de enseñar á los hombres las cosas concernientes á la salvacion eterna, es un error manifiesto el pensar que los Pastores y Obispos y mucho ménos el Vicario de Jesucristo se deben callar ante los que dicen mil injurias contra la Religion, como si fueran perros mudos é inútiles para guardar el rebaño de Jesucristo; sólo porque no es un particular quien las profiere, sinó un gobierno, ó un rey, ó una asamblea de diputados cualquiera. La Iglesia no puede transigir en esta parte; su mision celestial es preservar á sus hijos de todos los errores contrarios á la

1 Hállase esta epístola en la que dirigió San Atanasio á los monjes solitarios. En ella se contiene un perfectísimo modelo de la conducta firme y constante que deben observar los pastores del rebaño de Jesucristo contra todas las embestidas de las autoridades civiles que pretendan usurpar los derechos eclesiásticos. Como nota muy bien el Cardenal Aguirre, con sola su explicacion se podria formar un tratado completo sobre las relaciones que deben mediar entre ambas potestades.

fe y á la moral, sea quien quiera el que los propala, para que sin mácula en la inteligencia y sin perversidad en el corazon puedan caminar seguros al término dichoso de la salvacion eterna. Y mucho ménos le es permitido este linaje de transacciones cobardes, cuando los tales errores van envueltos en las leyes de una nacion católica; porque entónces pueden causar mucho mayor daño á las conciencias de los fieles que si naciesen de un particular cualquiera.

Hipócritamente claman los liberales católicos diciendo que esto es meterse en política, y que á la Iglesia no le corresponde entremeterse en los negocios seculares. Porque es de todo punto falso que con amonestaciones de esta especie la Iglesia se meta en política, sinó solamente en lo que es de su propia incumbencia, que es dirigir á los cristianos en las cosas morales y religiosas. Qué, ¿las disposiciones dictadas por un gobierno se sustraen acaso á las leyes de la moral ó á los principios de la Religion? Si la Iglesia se mete en juzgar de las disposiciones gubernativas de un reino cualquiera, no las juzga *en cuanto políticas*, sinó *en cuanto morales y religiosas*.

Tenemos aquí la misma cuestion que en el capítulo precedente acerca de las relaciones entre la razon natural y la fe. Por esta causa, así como hay un liberalismo moderado que sustrae la autoridad política á la potestad *directiva* de la Iglesia; así tambien existe un racionalismo del mismo género que separa á la ciencia del magisterio *directivo* de la fe. Y así como la esencia del liberalismo católico consiste en que la *razon social*, sin poner en duda, ántes admitiendo con sinceridad el orígen divino de la Iglesia católica, haga completa abstraccion de ella en el gobierno de la República, cual si no existiera en el mundo, y no sufra jamás que la Iglesia en esta parte le ponga trabas con sus amonestaciones ó con la anulacion de algunas de sus leyes contrarias al bien espiritual de los fieles; así tambien la esencia del racionalismo moderado, segun consta de lo que dejamos escrito en el capítulo anterior y cada uno puede ver en el párrafo segundo del *Syllabus*, se halla colocada en que la *razon individual* en sus filosóficos discursos, sin negar la existencia de la fe, prescinda absolutamente de ella y no consienta que venga la revelacion ó el magisterio doctrinal de la Iglesia á ponerle cortapisas con la condenacion de sus errores. "*La Iglesia*, dice el racionalismo moderado, *no sólo no debe corregir jamás á la Filosofía, sinó que tambien debe tolerar sus errores y dejar que ella se corrija á sí propia. La Filosofía debe tratarse sin mirar á la sobrenatural revela-*

cion „ [1]. “*La razon perfecta de sociedad pública*, dice á su vez el liberalismo tambien moderado, *y el progreso civil exigen que la humana sociedad sea constituida y gobernada no teniendo consideracion alguna á la Iglesia, como si ella no existiese, ó á lo ménos no haciendo distincion alguna entre la verdadera Religion y las falsas.— A los juicios y decretos de la Sede Apostólica, cuyo objeto se declare pertenecer al bien general de la Iglesia ó á los derechos de la misma, se les puede sin pecado negar el asentimiento y obediencia, siempre que este objeto no verse sobre cosas dogmáticas de fé ó de costumbres* „ [2]. “*En esta nuestra edad no conviene ya que la Religion católica sea tenida como la única Religion del Estado, con exclusion de otros cualesquiera cultos.— El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la civilizacion moderna* „ [3].

Si pues la cuestion del liberalismo moderado ó católico y la del racionalismo tambien moderado son una misma, ¿qué hay que concluir filosóficamente sinó que la razon social debe estar subordinada á la religiosa, ó sea el Estado á la Iglesia, en la misma manera que lo está á la revelacion la razon individual del filósofo? En ambos casos reina la misma proporcion; lo natural debe mostrarse sujeto y subordinado á lo sobrenatural, como la parte sensitiva del hombre á la racional, como lo corpóreo á lo espiritual, como lo temporal á lo eterno; en una palabra, como lo inferior á lo superior y como lo humano á lo divino.

No quiere decir esto, sin embargo, que el Estado pierda su autonomía propia, ni que se haga completamente ciego, de suerte que en la confeccion de sus leyes y en el gobierno de los ciudadanos no haga sinó ejecutar simplemente los decretos del Papa, como si éste y no la autoridad civil fuese quien gobierna la República. El Estado, por hallarse sometido en lo espiritual á la Iglesia, no pierde nada de sus atribuciones naturales, como tampoco la razon al someterse á la fe renuncia á sus naturales discursos. Lo que hace únicamente es subordinar todo lo natural suyo á lo sobrenatural de la Iglesia, no pudiendo tomar disposicion alguna civil que vaya en contra del bien espiritual de los fieles, y teniendo obligacion de dictar aquellas leyes que considere la Iglesia necesarias para la conservacion, prosperidad

1 Proposiciones XII y XIV del *Syllabus*, pertenecientes al racionalismo moderado.
2 Proposiciones del liberalismo católico en la Encíclica *Quanta cura*.
3 Proposiciones LXXVII y LXXX, relativas al liberalismo católico.

y aumento de este mismo bien espiritual. Este deber lo trae consigo la misma naturaleza de las cosas: las leyes civiles deben acomodarse al bien público y comun de toda la República, el cual bien debe por su intrínseca condicion ser algo sensible y del órden puramente natural; y como el bien sensible y del órden sobredicho debe en su prosecucion andar siempre regulado y moderado por el bien espiritual de la vida eterna, es cosa del todo manifiesta que el legislador terreno en la confeccion de sus leyes debe tener siempre puesta la mira en este bien espiritual de que cuida en el estado presente la Iglesia por disposicion divina.

Si los gobernantes civiles descuidan este bien espiritual ó prescinden de él por completo en el gobierno de los ciudadanos, olvidan la parte más principal de su oficio. Porque, en efecto, si el hombre ama naturalmente la vida social y política, no obstante ser grandes las cargas y molestias que esta vida social lleva consigo; esto no sucede sinó porque sólo en la vida política es como, juntando sus particulares esfuerzos con los esfuerzos de los demas, puede obtener la perfeccion propia que le falta y que espontáneamente busca. Ahora bien; la perfeccion primera y principal de todo individuo humano en esta vida se halla en el conocimiento de las verdades concernientes á su salvacion eterna y en la práctica de la virtud verdadera. Por tanto, á estos dos bienes principales debe mirar con especial esmero el gobernante político más que al amontonamiento de riquezas y á la abundancia de placeres materiales, si es que quiere usar de su autoridad como Dios manda y como nos lo intima nuestra propia razon por medio de los dictámenes de la conciencia. Las virtudes morales de los ciudadanos y la rectitud de doctrinas, que han de servir de guía á estas mismas virtudes para discernir entre lo honesto y lo inhonesto, son los dos objetos en que de una manera especialísima debe tener siempre puesta su atencion el que lleva en su mano el timon del Estado. Y supuesta la divina fundacion de la Iglesia con la mision que á ella le ha sido encomendada por Jesucristo de enseñar á las gentes el camino del cielo, ¿todas estas virtudes morales y toda esta rectitud de máximas reguladoras no entran tambien en el dominio de la Religion? ¿Cómo, pues, se puede afirmar que la potestad política para gobernar conforme á razon debe prescindir por completo de la Religion de nuestro Divino Salvador, de la Religion católica?

Enhorabuena que el Estado con sus luces propias y naturales busque lo que más le conviene para sus intereses materiales y terre-

nos; enhorabuena tambien que dicte sus leyes civiles acomodadas á la conservacion de la pública tranquilidad con el refrenamiento de los vicios y con la exhortacion á la práctica de las virtudes morales. Pero todo esto ha de ser con subordinacion al bien más alto y sublime á que deben atender por oficio los pastores del rebaño de Jesucristo, á saber, al bien sobrenatural contenido en las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que son el alma de la Iglesia.

Si bien se advierte, el liberalismo católico, de la misma manera que el regalista incrédulo, tiene en muy poco aprecio estos bienes espirituales; su aficion principal la reserva para lo material y sensible de esta vida, para el amontonamiento de riquezas, para la abundancia de goces y divertimientos sensibles, para la pujanza de la nacion en todo lo terreno y propio de este mundo caduco. Esto es lo que agitan siempre en su corazon los católicos liberales como si fuera lo mejor y lo más grande que el hombre puede apetecer sobre la tierra. De aquí el que les conmuevan muy poco los males que con el planteamiento de la libertad de cultos y de las demás libertades á ella consiguientes se pueden originar á las almas de los ciudadanos. Ellos no miran sinó á lo material, al progreso y aumento de todo esto sensible que sirve para las comodidades de la vida; son como un mercader que sueña día y noche en acrecentar sus caudales, teniendo por simples bagatelas todo cuanto no sea llenar sus arcas.

Así, pues, el liberal católico, si bien se le examina, se hallará que en el fondo profesa, muchas veces quizás sin saberlo, un verdadero indiferentismo en materia de Religion. Por eso el Papa Pío IX, en la Encíclica ya citada, dice con mucha verdad que este error es una espontánea emanacion del liberalismo racionalista, que no cree en Jesucristo. Si el católico liberal mirara los bienes inestimables de la Religion verdadera con los mismos ojos con que mira los caducos y mezquinos de esta vida, si estuviera íntimamente persuadido de que sólo con la práctica de esta Religion adorable se puede conseguir la felicidad eterna; entónces veria que todo lo terreno y temporal se debe sacrificar á lo espiritual y eterno, y que el criterio para juzgar de la felicidad y bienaventuranza de una república cualquiera no es la abundancia excesiva de riquezas y de los otros bienes temporales, sino el amor grande de los ciudadanos á lo que les puede hacer felices para siempre en la eternidad, es decir, el amor entrañable á la Religion verdadera.

El católico liberal, por consiguiente, considerado el órden lógico

de las ideas, es un puro indiferentista en materia de Religion; por eso quiere que de ella se prescinda enteramente en el gobierno de la república, ó que al ménos no se haga distincion alguna entre la verdadera y las falsas, diciendo que éste es el ideal de una bien ordenada república. Si mirara á la Religion católica como único medio para llegar á la gloria y bienaventuranza eterna, y en su consecuencia tuviera á todas las demas por falsas y por caminos de perdicion, ¿cómo podria afirmar que en el ideal de una bien ordenada república entra la libertad de cultos con todas las libertades á ella consiguientes de decir y de hablar públicamente en materias morales y religiosas lo que á cada uno se le antoje, sin que potestad alguna, eclesiástica ó civil, tenga derecho para refrenarle con sus penas? ¿No es esto proclamar abiertamente la aptitud de todas las religiones para llevar al hombre al reino de los cielos?

Los que tienen á la Religion verdadera por el único medio de alcanzar la salvacion eterna, los que reservan su predileccion favorita, no para los bienes caducos de la tierra, sinó para los imperecederos de la gloria, prometidos por esta Religion á sus fieles servidores, conocen muy claramente que la obligacion principal de un gobernador ó príncipe católico es procurar á sus súbditos los bienes preciosos de la Religion y santidad, siguiendo en el desempeño de su alto é importante cargo, no ménos que todos los demas cristianos en el cumplimiento de los suyos propios, las celestiales enseñanzas de la Iglesia y las amonestaciones de aquellos que, para procurar á los fieles el bien espiritual y divino de sus almas, han sido constituidos por Nuestro Señor Jesucristo pastores y maestros de su espiritual rebaño. El que con estos ojos purísimos contempla las cosas terrenas, y ateniéndose á los principios de la sana razon y prudencia trata de poner en práctica aquella celestial doctrina del Salvador, segun la cual *debemos buscar con preferencia el reino de Dios y su justicia con la segura esperanza de que todas las demas cosas nos serán dadas por añadidura* [1], este tal no se aficiona tanto á lo terreno, que juzgue *poder negar sin pecado el asentimiento ó la obediencia á aquellos juicios y decretos de la Sede Apostólica, cuyo objeto mira al bien general de la Iglesia ó á los derechos y disciplina de la misma, sin expresar formalmente un dogma de fe ó de costumbres*. Porque sabe perfectamente que la Sede Apostólica, en virtud de la mision divina que tiene de apacentar, regir y gobernar á

1 Matth., VI, 33. Luc., XII, 31.

los fieles en las cosas pertenecientes á la salvacion eterna recibe por parte de Dios *una asistencia especial* para desempeñar con acierto este cargo; asistencia que, áun prescindiendo del don de la infalibilidad, la hace sobremanera respetable en sus decisiones y decretos, en términos que ninguno puede ir contra ellos ó rechazarlos sin cometer un gravísimo pecado. Porque, en efecto, es más claro que la luz del dia, que todos los cristianos se hallan en el estrechísimo deber de adherirse á los tales decretos con voluntad plena y perfecta por la sencilla razon de que mientras no conste *positivamente* haberse engañado el superior en el ejercicio de sus funciones propias hay obligacion de obedecerle, *aunque no se vea con claridad la razon formal de su prudencia gubernativa.*

¿A dónde iríamos á parar, si los súbditos para obedecer á sus superiores hubieran de ver primero positivamente las razones con que se halla legitimado su mandato? Bástales, para obrar con prudencia, saber en general que el superior en lo que legítimamente ordena, representa por su autoridad á Aquél de quien toda potestad desciende; y que para cumplir dignamente este oficio de mandar á los demas recibe del cielo un auxilio especialísimo, el auxilio de la divina asistencia, que no á los particulares sinó sólo á los superiores está prometido. Con esto ya tiene el súbdito lo suficiente para obrar honestamente, sometiéndose al mandato de su superior, y áun se halla en la obligacion de obedecerle siempre que no le conste con certeza haber sido traspasados por él los límites de sus atribuciones propias.

¿No es una temeridad intolerable y un orgullo luciferino pretender que un simple particular entiende mejor que los Obispos y áun que el mismo Vicario de Jesucristo, puestos por Dios para regir y gobernar á los fieles cristianos, lo que es útil ó nocivo á estos mismos fieles? ¿Cuándo se ha visto jamás que las ovejas se pongan á dirigir á sus pastores, que los discípulos osen enseñar á sus maestros? Escándalo grande ha sido en la Iglesia de Dios el que hombres legos, ignorantes por completo en materias teológicas y religiosas, con sólo un ligero tinte de humana literatura, de política y de historia, se hayan atrevido á dar lecciones al Pastor supremo de la Iglesia en órden á ciertas doctrinas religiosas y morales íntimamente relacionadas con el bien universal de la Iglesia misma. Si se hubiera tratado, no de doctrinas generales, sinó de un caso práctico y concreto, relativo á lo que conviene hacer en un determinado punto de la cristiandad, despues de bien pesados todos los inconve-

nientes y ventajas, la osadía hubiera sido ménos intolerable. Aunque áun entónces mismo el atrevimiento no hubiera dejado de ser muy grande, por la razon que dejamos apuntada de ser una temeridad gravísima el que un simple súbdito, sin autoridad ninguna, pretenda sobreponerse á su superior en las cosas del gobierno eclesiástico. Pero ponerse á dar lecciones á la Cátedra pontificia, al Sucesor de Pedro, al Vicario de Jesucristo, al Padre y Pastor universal de todos los fieles sobre lo que se debe tener y creer en materias doctrinales relativas á la Religion y á la moral, esto ¿qué cristiano, qué hombre de seso lo puede soportar? En esto bien han manifestado los liberales católicos hallarse impregnados del mismo espíritu revolucionario que anima y da vida al liberalismo racionalista; puesto que convienen con estos impíos en proclamar la revolucion contra los actos de la autoridad eclesiástica que no son de su propio agrado.....

Los católicos nó negamos ciertamente que en alguna determinada nacion, por circunstancias accidentales, *dignas de lástima y no de alabanza*, pueda ser permitido alguna vez por la autoridad civil el ejercicio público de las falsas religiones. Lo que solamente negamos es que este culto pueda ser considerado como un bien absoluto, como una cosa que en sí misma es buena y apetecible con abstraccion de todo tiempo y lugar, como un elemento esencial de toda bien ordenada república. Esto es lo único que reprueba el Papa, y la falsedad de la doctrina por él condenada no puede ser más evidente. Porque el ejercicio público de las falsas religiones en sí mismo es intrínsecamente malo y por su propia naturaleza induce á los buenos á abandonar juntamente con el verdadero culto el camino de la salvacion eterna. Y no hace esto solamente, sinó que ademas es causa de que los hombres perversos proclamen doctrinas licenciosas, que forman la base de los cultos falsos y sirven de apoyo á las costumbres depravadas de gente impía y descreida, como continuamente lo estamos viendo en todos los ángulos del mundo civilizado con la civilizacion moderna.

La autoridad civil, por consiguiente, no puede permitir jamás estos cultos falsos, ni la libertad de hablar ó escribir públicamente en su favor, sinó como se permite *todo verdadero mal*, cuya prohibicion traeria otros males á la sociedad mucho mayores todavía que esas mismas libertades perversas. Las falsas religiones en una república son para los ciudadanos unas verdaderas casas de prostitucion espiritual, donde se entrega la parte más noble y excelente del hom-

bre, que es el alma, al padre de la mentira, y donde se fomentan toda suerte de vicios con grave daño de la moralidad y no menor peligro de la tranquilidad pública. Por consiguiente, de ninguna manera es lícito considerarlas como un bien para la patria, sinó como un verdadero y gravísimo mal, que solamente puede ser tolerado cuando de pretender impedirlo se seguirian otros sumamente perniciosos. ¿Quién sinó los licenciosos y libertinos afirmará jamás que los garitos, los lupanares y otros mil focos de corrupcion con que se pervierten las buenas costumbres en los Estados, son en sí mismos verdaderos bienes para estos Estados? Pues dígase otro tanto de las falsas religiones, las cuales no pueden ser consentidas en ninguna bien ordenada república, sinó como se consienten todas esas cosas, es decir, como un mal gravísimo que es preciso evitar cuanto se pueda.

Bien advierten los liberales católicos la exactitud y verdad de este razonamiento; pero el deseo de gobernar á sus anchuras, sin ningun género de trabas por parte de la autoridad eclesiástica, es el que les mueve a proclamar su absurdo naturalismo político. Porque ¿quién puede ignorar que las acciones políticas y sociales en los hombres que las ejecutan se hallan tan sujetas á las leyes de la moralidad como otras cualesquiera? La independencia de la razon en las materias sociales es su ídolo; quieren vivir sin freno en el gobierno de los pueblos, como los racionalistas moderados gustan de discurrir á su antojo en el campo de la humana filosofía. ¿Mas cómo no advierten que este apetito desordenado de la propia independencia es cosa que la llevamos todos encerrada en las entrañas de nuestra naturaleza corrompida, y que si ellos desean mandar en la república sin tener en lo espiritual un superior que censure la perversidad de sus acciones, la plebe tambien á su vez suspirará por sacudir el yugo de la potestad política? Los pueblos, al ver que sus gobernantes desprecian osadamente los avisos de la autoridad eclesiástica para hacer en la sociedad lo que mejor les pareciere, sin temor de que nadie les reprenda ó de que diga ser nulas é injustas sus acciones depravadas, imitan tambien á su vez el orgullo y licencia de quien los manda, y proclaman atrevidos el derecho de rebelion, y gritan á todas horas contra el que es bastante afortunado para llegar con sus artes al poder, y tienen así á la Europa entera en un estado de agitacion continua, poniéndola en los bordes del abismo.

De esta manera, por no querer las autoridades políticas someter-

se á la suave direccion de la Iglesia en el uso de su soberanía, como se lo manda Jesucristo, han venido los hombres á solevantar las más bajas pasiones de la plebe, en términos que no hay ya persona capaz de gobernarla sinó con el chasquido del látigo y con el brutal derecho de la fuerza. Todo el mundo aspira á vivir libre de todo freno que ponga coto á sus demasías. La autoridad es mirada con desprecio por todos los hombres, porque se ha perdido en el ejercicio de la misma la idea de la *legitimidad*. Al *derecho* ha sucedido la *fuerza bruta*, los representantes del poder público no tienen ya otro código para gobernar que el del cañon y de las bayonetas, y los pueblos no miran otro título para vivir sujetos á sus gobernantes sinó la imposibilidad de levantarse contra ellos. Así, la tiranía por parte de los unos y el furor y rabia por parte de los otros, han convertido á las humanas sociedades en ciertas manadas de fieras, refrenadas únicamente por el tremendo azote de quien con ojos aterradores las domina. Se ha eliminado de la sociedad el elemento divino de la Religion, que estaba destinado á penetrar por todos sus miembros y arterias, desde los más altos y sublimes hasta los más bajos y rastreros, y á hacer de esta manera suave la dureza del mando en los gobernantes, y dulce la amargura de la obediencia en los gobernados. Con esto los vínculos sociales han experimentado la relajacion consiguiente; y puesta la sociedad en un estado de perpétua convulsion y delirio, no presenta á los ojos de quien á la luz de la fria razon la contempla sinó las agitaciones precursoras de la muerte. ¿Salvaráse de este horrendo cataclismo que la amenaza, saliendo de él victoriosa y dominando las iras furibundas de los nuevos salvajes que alimenta en su seno? Sólo Dios sabe lo que le está reservado en los oscuros senos del porvenir. Lo que podemos, sí, asegurar con toda certeza y sin peligro de equivocarnos es, que, si la sociedad ha de ser salva, esto no lo ha de conseguir continuando la errada marcha con que locamente camina desde que se ha presentado en el mundo el liberalismo con sus máximas subversivas, esto es, haciendo la guerra á la verdadera Religion y apartándose cada vez más y más de sus doctrinas salvadoras. La sociedad presente no puede librarse de una universal disolucion que se le viene encima, sino volviendo á hacer las paces con esta Religion sacrosanta y poniendo en práctica sus máximas saludables.

Políticos todos de la escuela liberal, ¿os reis de estos vaticinios? ¿os obstinais en seguir repitiendo las tristes palabras que pronunció aquel infeliz griego de Constantinopla poco ántes de ser tomada esta

ciudad por los turcos?[1]. A pesar de que veis ya la sociedad en las garras de la Revolucion, ¿persistís todavía en afirmar que preferís las garras de esta bestia sangrienta á los brazos amorosos del Papa? Pues no lo dudeis; la Revolucion os recibirá en sus brazos; pero será para estrujaros, arrancándoos vuestras riquezas y vuestras vidas. Habeis logrado desprestigiar al clero despojándolo de sus bienes y hundiéndolo en la miseria para ser vosotros los únicos influyentes en la república. Con esto habeis conseguido colocaros solos frente á frente de la Revolucion sin las armas poderosas de la Iglesia. La Revolucion ahora os contempla orgullosa y espera el momento propicio para echarse sobre vuestros bienes, esos bienes que habeis arrancado tan malamente á la Iglesia. No son ya los clérigos lo que busca la Revolucion, son vuestras haciendas y vuestro boato, los cuales le dan en rostro, como á vosotros os le da el suave yugo de la autoridad eclesiástica. Dios se compadezca de nosotros y nos libre de tantos males como amenazan á nuestra ilustrada Europa, abriendo los ojos á los que tan aficionados viven á las deletéreas máximas del liberalismo, y arrancando de sus corazones las malas concupiscencias que las engendran.

Digamos ahora, para concluir, dos palabras sobre el *liberalismo práctico*. A veces se encuentran personas, y por desgracia hasta en el mismo clero, las cuales, haciendo pública profesion de su fe y confesando admitir sinceramente la doctrina de la Iglesia contenida en el *Syllabus* y en la Encíclica *Quanta cura*, luégo en la práctica obran siempre como si fueran liberales. Las tales personas dan fundado motivo para sospechar que sólo de palabra renuncian al liberalismo, ó que á lo ménos lo acarician todavía en su ambicioso seno como cosa que les gusta y de que pueden reportar algunos particulares bienes. No basta confesar con las palabras la doctrina católica; es preciso ademas que probemos con las obras que la tal confesion

1 Muy semejante á la judáica fué la ceguera de los griegos en rechazar la Religion católica al tiempo mismo en que se hallaban acometidos por los musulmanes. Así, la toma de Constantinopla fué tambien muy parecida á la de Jerusalen en los grandes horrores que en esta última cometieron los soldados del ejército romano. El gran duque Notáras, en medio de la multitud que se hallaba consternada con la vista de tanto infiel tendido alrededor de Constantinopla, se atrevió á gritar: *Más vale vivir bajo el turbante que bajo la tiara.* Tomada esta ciudad por el bárbaro Mahomet II, vió el infeliz lo que era vivir bajo el turbante, siendo degollado con sus dos hijos en la plaza pública delante de todo el pueblo por una órden expresa de Mahomet. Constantinopla perdió así su elevada cultura, y desde entónces acá su civilizacion ha quedado hundida en el fango mahometano.

es sincera, que sepamos despreciar por ella las grandezas y comodidades temporales, que no hagamos accion alguna por la cual podamos ser justamente considerados como *amigos de la civilizacion moderna*. De otra suerte con razon podremos temer aquella sentencia de Cristo Nuestro Señor, dicha á un propósito semejante: *No todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sinó el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos* [1]. Los cristianos tenemos un criterio muy bueno para conocer la sinceridad de este linaje de confesiones, como que nos lo ha dado el mismo Jesucristo. *Por sus frutos ú obras*, nos dice, *los conocereis. ¿Acaso*, añade, *se cogen uvas de los espinos ó higos de las sarzas? Así es que todo árbol bueno produce frutos buenos, y todo árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo darlos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego. Por sus frutos, pues, los podreis conocer* [2].

Por tanto, miéntras la conducta ordinaria de estas personas se conforme con la de los liberales descubiertos, miéntras en toda cuestion práctica veamos á estos católicos dudosos ó cobardes colocados en las filas liberalescas y opuestos á los que sin género de duda abogan por la causa del Catolicismo; con razon los podremos tener por *liberales prácticos*, por *fautores del liberalismo*, y áun por sospechosos de este error condenado por la Iglesia. La razon y la fe y áun el mismo sentido comun nos mandan dar más crédito á las obras que á las palabras.

Sin embargo, en una materia tan delicada como es la fe y todo cuanto se halla íntimamente ligado con los sagrados dogmas, debemos andar con muchísimo cuidado en no aplicar á personas particulares los ignominiosos calificativos de *liberales* ó *semiliberales*, ó cosas parecidas, por cualquier acto que, en nuestro juicio, parezca ir contra los intereses de la Iglesia y favorecer las miras de la Revolucion. No basta un acto cualquiera para juzgar de las ideas y de las costumbres de una persona, sinó que es necesario un cierto modo de obrar que forme hábito y revele la vida interior ordinaria de la misma. Ademas, para llamar *liberal* á uno se debe mirar primero por qué clase de principios se rige al poner en ejecucion las acciones que á nosotros nos parecen ménos convenientes. Quizás esos principios no son máximas liberalescas, sinó *meras apreciacio-*

1 Idem, ibid., 16-20.
2 Matth., VII, 21.

nes de hechos actuales, en que padece alguna equivocacion inocente. Quizás ni siquiera padece equivocacion clara y manifiesta en las apreciaciones de estos hechos; sinó que, permaneciendo enteramente católico en el terreno de las ideas y abrigando en su pecho ardentísimos deseos de servir á la Religion en la manera más adaptada, se guia en las apreciaciones dichas por razones solamente probables, creyendo que éstas son las más acertadas en tales momentos. En todos estos casos es preciso proceder con mucho tiento para no faltar á la caridad, denigrando con nuestro intempestivo celo la fama de personas sumamente respetables y cuya conducta ha sido siempre francamente católica, porque fácilmente las podemos ofender gravemente con nuestros intemperantes dicterios. Nuestra conducta en estas ocasiones ha de ser mesurada por extremo, esforzándonos en traer razones sólidas y concluyentes con que hagamos ver al que piensa de una manera diversa de la nuestra lo errado de sus juicios, y evitando con diligencia suma todo género de injurias y de envenenadas sátiras que en nada han de mejorar el estado de la causa católica, y sí manchar no poco la pureza de nuestras almas.

Oigamos lo que con celestial sabiduría dice á este propósito el sabio y prudente Pontífice Leon XIII en su notable carta dirigida á los Arzobispos y Obispos de las provincias eclesiásticas de Milan, Turin y Vercelli, el dia 25 de Enero del año 1882. "Hay en vuestras provincias, escribe, periódicos cuyos redactores observan los principios de la verdad y del bien, y defienden valerosamente los sagrados derechos de la Iglesia y la majestad de la Sede Apostólica y del Pontífice Romano. Éstos merecen los mayores elogios, y debe hacerse lo posible no solamente para que tales escritores tengan apoyo y favor, sinó para que se hallen tambien en todas partes muchos que, como ellos, combatan los cotidianos ataques de los malos, y compensen con la defensa del bien y de la Religion la licencia impune de tan grande parte de la prensa. Por esta razon más de una vez hemos aprobado su buena intencion, y les hemos exhortado vivamente á continuar sosteniendo con sus escritos la verdad y la justicia, y á no dejarse desmayar jamás en la empresa.

„ Mas en causa tan grave y tan noble conviene emplear igualmente un género noble y grave de defensa, más allá del cual no se debe pasar. Cierto que para aquellos que diariamente defienden con la pluma la causa de la Iglesia católica es bello el franco é intrépido amor de la verdad; pero es, no obstante, menester que ellos mismos

se guarden de todo lo que racionalmente pueda desagradar á un hombre honrado, y que no se aparten jamás de la moderacion, que debe ser compañera de todas las virtudes. En este punto, ningun hombre prudente querrá aprobar la excesiva vehemencia del estilo, ó el suscitar con demasiada ligereza sospechas contra alguno, ú otra cosa que aparte de la justa reverencia y de los miramientos debidos á las personas.

„ Tenga, ante todo, la prensa católica como sacrosanto el nombre de los Obispos, los cuales, puestos en alto como están en el órden jerárquico, deben ser respetados en razon de su grado. Y en órden á las resoluciones tomadas por los sagrados Pastores en virtud de su propio ministerio, no se crea que es lícito á las personas privadas hacerse sus jueces; porque de esto nacerían sin duda grandes desórdenes y confusion insoportable. Y este respeto, que es un deber en todos, en la prensa católica debe ser patente y ejemplar. Porque los periódicos, hechos precisamente para ser difundidos con profusion, pasan diariamente por las manos de todos, y no es pequeña la influencia que tienen sobre las opiniones y sobre las costumbres de las muchedumbres „ [1]. Hasta aquí las palabras de la Carta. En igual forma se ha expresado posteriormente repetidas veces en varios documentos oficiales.

Sin embargo, el temor de ofender á las sobredichas personas no ha de ser bastante á impedirnos defender con teson y entusiasmo lo que tenemos por más verdadero y por mas conducente al triunfo de la Religion católica, principalmente si vemos que se halla con nosotros la parte más sana y más entendida de la Iglesia. La causa del Catolicismo está muy por encima de cuanto puede pertenecer á un particular cualquiera. Guardando la caridad que debemos á nuestros hermanos, ninguno puede tachar racionalmente nuestra conducta porque con nuestras doctrinas y acciones nos pongamos en el punto más apartado del lugar donde habita la Revolucion; ántes ésta debe ser la gloria de todo católico ferviente: oponerse de extremo á extremo, y cuanto le sea posible, á las ponzoñozas tendencias del liberalismo. De esta suerte, ademas de defender valerosamente la causa católica, tendremos la gran ventaja de no caer en las redes que con tanta astucia suele tender esta pestífera secta á los incautos.

1 Carta de Nuestro Santísimo Padre Leon XIII á los Arzobispos y Obispos de las provincias eclesiásticas de Milan, Turin y Vercelli, segun se halla traducida á nuestra lengua en *El Siglo Futuro* en el número de 31 de Enero de 1882.

Vivimos en unos tiempos tan peligrosos, que la herejía liberal invade y penetra todo, emponzoñándolo con su mortífero aliento. Nunca como en nuestra época se ha palpado la verdad de aquel solemne vaticinio de nuestro adorable Salvador, segun el cual en el fin de los tiempos, cuando se haya manifestado al mundo el Hijo de perdicion y el Hombre del pecado, han de correr grande riesgo hasta los cristianos más fervorosos. Nuestros días son los que más se asemejan á los tremendos del Anticristo, que todavía están por venir: el peligro que en ellos corremos de ser engañados por las máximas fascinadoras del liberalismo es inmenso. ¿Qué hemos, pues, de hacer para librarnos de sus insidiosos ataques, sinó oponernos diametralmente á él en todo cuanto enseñá y ,practica?

Sigamos esta conducta y así podemos estar seguros de que con nuestros actos servimos á la Religion, y de que al mismo tiempo lograremos no ser devorados por esa fiera. Para saber cómo hemos de combatir al liberalismo, tanto práctico como doctrinal, miremos con gran diligencia la manera de pensar y de obrar que tiene el Papa y el Episcopado en toda la Iglesia universal, y qué es lo que dice y hace la parte más sana de los fieles en cuya nacion vivimos. Si todavía con esto quedamos confusos y perplejos, por no ver claramente á dónde se inclina la Iglesia, y qué es lo que piensan los católicos más puros, busquemos el juicio de personas virtuosas y entendidas, en cuya reconocida probidad y en cuya indubitable ciencia, así práctica de las cosas del mundo, como especulativa de las cosas de Dios, podamos descansar con seguridad entera. Estas serán tanto mejores para este propósito, cuanto, conociendo perfectamente los dogmas católicos, y brillando con el esplendor de sus virtudes, se hallen por una parte más apartadas de la política, que es fuente de erróneos y apasionados juicios, y vivan por otra más entregadas al servicio de Dios y ayuda de los prójimos. De esta suerte su consejo será seguro, y podremos pelear con acierto contra la terrible hidra del liberalismo las batallas de nuestra Religion sacrosanta.

Esto escribíamos en 1882, cuando se acababa de establecer en nuestra patria la union católica, causadora de tantas desuniones entre los católicos, cuando nuestras cosas religiosas andaban muy turbias y revueltas, cuando personas sumamente piadosas é ilustradas y animadas de la más sana intencion no veian todavía claro en la manera de defender la Iglesia. Posteriormente los sucesos han ido purificando poco á poco la atmósfera; los famosos *Casos de concien-*

cia sobre el Liberalismo, del profesor P. V.; la hermosa Carta pastoral de los prelados de la provincia eclesiástica de Búrgos y la no ménos excelente de los Sres. Obispos del Ecuador, dirigida contra el liberalismo, han arrojado mucha luz sobre esta materia. Pero lo que ha acabado de aclarar la cuestion ha sido el documento recientemente emanado de Roma con ocasion de la denuncia del precioso libro del Sr. Sardá y Salvany, *El liberalismo es pecado*, presentada á la Sagrada Congregacion del Índice por los que pretendían ver en él manifiestos errores. En la actualidad, los que todavía persistan en defender que no todo liberalismo es malo y dañino, sinó que ántes bien hay un cierto liberalismo lícito y honesto, como si el liberalismo sólo pudiera estar en un cierto órden de ideas y no en la política ni en el órden de los hechos, darán muestras muy claras de estar muy arrimados á su propio parecer y de ser hijos muy poco obedientes de la Iglesia. Al ver los elogios que la Sagrada Congregacion del Índice prodiga al citado libro del sabio y virtuoso señor Sardá y Salvany, ningun católico amante de su Religion podrá dejar de hacer suyas las siguientes palabras del Ilmo. Sr. Obispo de Tarazona: "Ya no hay confusion, gracias á Dios, porque no caben dudas, ni interpretaciones, ni tergiversaciones, ni recursos imaginarios, ni mucho ménos retóricas que sólo sirven, despues de haber hablado la Sagrada Congregacion, para patentizar más y más hasta dónde llega la soberbia humana" [1].

1 Carta del Ilmo. Sr. D. Cosme Marrodan, Obispo de Tarrazona, á sus fieles, publicada en el *Boletín eclesiástico* de la Diócesis, con fecha del 26 de Marzo de 1887, anunciándoles la decision de la Sagrada Congregacion del Índice sobre el citado libro del Sr. Sardá y Salvany.

Pueden verse sobre esta materia, entre otros, los libros siguientes: Suarez, *Defensio fidei catholicae*, lib. III; Liberatore, *La Chiesa e lo Stato*; Keller, *L'Encyclique du 8 Décembre de 1864 et les principes de 1789*; el P. At, *Le vrais et le faux en matière d'autorité et de liberté d'après la doctrine du Syllabus*, troisième édition, Tours, 1874; D. Gabino Tejado, *El Catolicismo liberal*; Valdegamas, *Ensayo sobre el Catolicismo, el liberalismo y el socialismo, considerados en sus principios fundamentales*, y finalmente la obra intitulada: *Casus conscientiae his praesertim temporibus accommodati propositi ac resoluti cura et studio* P. V., Moralis Theologiae Professoris.

CAPÍTULO XXXVIII

IMPOSIBILIDAD ABSOLUTA DE CONFLICTO ALGUNO ENTRE EL CATOLICISMO Y LA VERDADERA CIENCIA.

Lo que llevamos dicho en el discurso de esta obra sería más que suficiente para dejar evidenciada la tésis que con ella nos hemos propuesto demostrar en órden á la imposibilidad de conflicto alguno entre la verdadera Religion de Jesucristo y la justamente llamada ciencia. Hemos recorrido, en efecto, aunque no con la detencion debida á la importancia de la materia, los puntos más culminantes de la ciencia, donde se reunen como en otros tantos focos luminosos las verdades todas de la filosofía. En los tres grandes objetos del saber humano, *Dios*, *el mundo* y *el hombre*, hemos comparado las doctrinas capitales de la ciencia con las enseñanzas del Catolicismo; y, léjos de hallar oposicion alguna entre aquélla y éste, hemos demostrado en cada uno de dichos ramos, que el conflicto entre la verdadera ciencia y el Catolicismo, blanco de los ataques del autor de *Los conflictos*, es de todo punto imposible.

Sin embargo, para que la demostracion sea más completa y no deje ni siquiera sombra de duda á quien con ánimo desapasionado quiera contemplar la verdad de la Religion católica, vamos á probar de otra manera compendiada en este último capítulo la imposibilidad absoluta de todo conflicto entre los dos objetos indicados.

Claro está que para hacer esta comparacion en una forma conveniente, poniendo al uno enfrente del otro en toda la plenitud de sus particulares esencias, fuerza será que sigamos un camino enteramente opuesto al que hemos llevado hasta el presente. El raciocinio encerrado en la colectividad de los capítulos que dejamos escritos es el siguiente: *No puede haber oposicion alguna entre el Catolicismo y la verdadera ciencia, porque no la puede haber en ninguna*

de sus respectivas partes. El que ahora intentamos desarrollar presenta una forma enteramente inversa; porque, así como aquel primero sube de las partes al todo, así este segundo, por el contrario, desciende del todo á las partes, concluyendo de este modo: *No puede existir jamás conflicto alguno entre las doctrinas del Catolicismo y las de la verdadera ciencia, porque tanto la esencia de aquél como la de ésta consisten en no encerrar dentro de sí otra cosa que purísimas verdades.*

Para llevar á cabo nuestro propósito bastará que consideremos la esencia del Catolicismo; pues, por lo que hace á la ciencia, nadie negará que su condicion propia y esencial es no contener en su interior sinó verdad sin mezcla de error alguno. La ciencia, segun lo dejamos observado ya más arriba, no puede ser confundida con las meras opiniones, más ó ménos fundadas; es un conocimiento claro de verdades reales y macizas, obtenido con la evidencia de los discursos. En las opiniones puede haber error, y le hay de hecho muchísimas veces; en la verdadera ciencia no puede existir jamás, porque la evidencia no es capaz de producir otra clase de conocimientos, sinó los verdaderos ó sea conformes á la realidad de las cosas. Veamos, pues, cuál es la esencia del Catolicismo. En todo él no es posible hallar otra cosa más que verdad purísima é inmaculada sin mezcla del más mínimo error que lo apesgue ó empezca.

Dos razones incontrastables nos patentizan lo verdadero y exacto de esta proposicion. La primera se halla en el divino orígen del Catolicismo, la segunda en el don de la infalibilidad concedido por Dios á la Iglesia católica en órden á la enseñanza de las verdades que pertenecen á la salvacion eterna. Digamos algo acerca de estas dos razones, siquiera sea con brevedad suma, y apuntando más bien los fundamentos en que se apoyan, que desenvolviendo detenidamente todo su contenido conforme lo exigiria la dignidad del asunto. Si más quisiéramos hacer, este trabajo nos conduciria á reflexiones demasiado prolijas, y es necesario poner alguna vez término á estas páginas que se van ya extendiendo mucho más allá de lo que en un principio nos habíamos propuesto.

PRIMERA RAZON.

El Catolicismo es una Religion divina y por consiguiente verdadera porque Dios no revela sino verdades. ¿Tendremos necesidad

aserto, despues de lo que dejamos escrito sobre este asunto en los capítulos anteriores? En ellos queda evidenciado que la Religion de Jesucristo tiene un orígen verdaderamente divino, y que sus dogmas han sido revelados por el mismo Dios. ¿Y cuál es esta Religion de Jesucristo sinó la católica, á quien corresponde la gloria de descender de los mismos Apóstoles, y que es la única en presentar ante la faz del mundo las notas distintivas de la Esposa del Cordero?

Cierto que las sectas disidentes pretenden pertenecer tambien á la Iglesia de Jesucristo, despues de haber intentado temerariamente desgarrar su manto inmaculado é inconsútil con sus herejías y rebeliones sediciosas. Pero sus pretensiones no pueden ser más vanas ni más contrarias á la verdad. ¿Dónde aparecen en estas sectas las señales características de la Iglesia de Jesucristo, para que nos sea permitido ver en ellas las acciones sobrenaturales del soberano Espíritu que las rige y gobierna, animándolas con el soplo de su divina gracia, y sosteniéndolas con su mano poderosa para que no prevalezcan contra ellas las puertas del infierno? ¿Pueden mostrarnos las referidas sectas ni siquiera uno de estos caractéres? Sabemos, así por la Sagrada Escritura como por la perpetua y constante tradicion transmitida desde los primeros Apóstoles hasta los tiempos de Lutero, que las notas propias y peculiares de la verdadera Iglesia son la *unidad en el régimen y en la doctrina, la santidad en su manera de profesarla y defenderla contra los ataques del infierno, la catolicidad en el hallarse difundida por todo el mundo, llenando todos los ámbitos de la tierra con la grandeza de su gloria, su apostolicidad finalmente en la série no interrumpida de sus pastores, enviados por Jesucristo á regirla y gobernarla en su nombre con la enseñanza de su celestial doctrina y con el ejercicio de su autoridad divina derivada hasta ellos por medio de los Apóstoles.*

¿Dónde están, pues, semejantes notas en las sectas disidentes? ¿Cómo puede darse en ellas unidad de régimen, cuando su principio fundamental es que cada cristiano se arregle en las cosas de la Religion como mejor le parezca, sin tener otro vínculo de union con los demas sinó el que por su propio antojo se escogiere? ¿Cómo puede haber en ellas unidad de doctrina religiosa, cuando con dificultad se hallarán dos hombres en cualquiera de sus *comuniones* que piensen de una misma manera, regidos como están todos ellos por el puro individualismo de su razon privada, para forjarse cada uno la religion á su modo, hallando lo que le acomoda en la lectura de la Biblia?

En vano opondrán á esto los protestantes que ni les falta tampoco á ellos su unidad. Porque esta unidad que tienen algunos de ellos con sus presbíteros y obispos es enteramente *facticia*; nadie tiene obligacion de pertenecer á ella; no es unidad de *derecho*, sinó de *hecho*; ni difiere sustancialmente de la que pueden tener varios músicos, que quieran juntarse en uno por su libre y espontánea voluntad para ayudarse mútuamente en el ejercicio de su arte. Quien para vivir á su antojo, sin motivo alguno razonable que lo justifique, se ha levantado contra su legítimo superior, el Vicario de Jesucristo, lanzando el grito de rebelion, y proclamando á la faz del mundo la absoluta independencia de toda persona humana en las cosas espirituales, ¿con qué derecho podrá imponer despues el yugo de su autoridad á cristiano alguno de la tierra?

Con el mismo derecho con que se levantó el fundador del anglicanismo contra la Iglesia católica, cuyo súbdito era y cuyos mandatos habia ántes obedecido, se puede tambien levantar contra los obispos de Inglaterra el más ínfimo de sus adeptos y fundar contra ellos otra nueva iglesia. Al protestar contra ellos y proclamar su propia independencia, no hará más que repetir el mismo grito de rebelion que sus antecesores alzaron para separarse del centro de la cristiandad y formar una iglesia separada. Si pues permanece unido á ellos, es porque *quiere simplemente*, no porque tenga obligacion de hacerlo: forma unidad de *hecho*, mas no de *derecho*. Pero semejante unidad no es la de la Iglesia de Jesucristo; porque unidad de hecho la tienen tambien los ladrones y áun los mismos demonios. La unidad de la verdadera Iglesia ha de ser, no solo de hecho, sinó tambien de derecho, ó sea obligatoria; porque su divino Fundador ha querido que todos los fieles vivan unidos en un solo redil y bajo la obediencia de un mismo pastor y jefe visible, que es su Vicario, el sucesor de Pedro. Fuera de que la infinidad de agrupaciones que, segun el sistema anglicano, se podrian formar en la Iglesia, enteramente independientes las unas de las otras, destruye por completo la unidad determinada por Jesucristo. Porque de está manera la Iglesia será una, como es una la Europa, ó el Asia, ó la América, no constituyendo un solo reino de Dios, sinó una infinita multitud de reinos diminutos, que se odian y persiguen sin tregua ni descanso.

Otro tanto se diga de los cismáticos griegos: el patriarcado de Constantinopla no es sinó una simple creacion de la Iglesia romana, ni se remonta más arriba en la série de los siglos que la época de

Constantino. En sus primeros tiempos ni siquiera tenía el segundo lugar en la Iglesia, sinó el último absolutamente. El primer patriarcado del mundo estaba en Roma por hallarse allí la Sede de San Pedro, el cual había sido nombrado por Jesucristo Jefe y Cabeza de la universal Iglesia con la obligacion de transmitir este mismo oficio á sus sucesores, para que en la Cátedra por él fundada se hallase siempre el centro de unidad hasta la consumacion de los siglos. El segundo se hallaba en Alejandría, por haber sido creada aquella iglesia por el evangelista San Marcos, enviado á aquellas partes desde Roma por el príncipe de los Apóstoles. El tercero lo gozaba Antioquía, en atencion á que allí había tenido San Pedro su cátedra hasta que la trasladó á Roma para fijarla en ella definitivamente. El cuarto pertenecía á Jerusalen á causa de haber dado el Salvador junto á sus puertas la vida por la redencion del mundo, y porque el primer obispo de aquella ciudad fué Santiago, emparentado con nuestro Señor Jesucristo. El último, finalmente, era el de Constantinopla, muy posterior en el órden del tiempo á todos los otros, y erigido por la Sede romana para honrar la nueva corte del Imperio.

De aquí es que en los principios fué muy reducido: despues fué extendiendo poco á poco su dominacion, merced á las concesiones de los Romanos Pontífices. Quiso obtener, pasado algun tiempo, el segundo lugar en la Iglesia despues de la Sede de San Pedro; pero los Papas no lo consintieron, hasta que más tarde, y corriendo los años, uno de estos Papas vino en concedérselo. Así permaneció unida la sede de Constantinopla á la de Roma, y reconoció por largos años su jurisdiccion universal, acudiendo á ella en sus necesidades, y obedeciendo como todas las demas iglesias á sus espirituales mandatos. Su soberbia, sin embargo, la llevó á hacer varias tentativas para sacudir este yugo, que humillaba mucho su arrogancia; y al fin rompió definitivamente con la Iglesia romana, merced á los manejos y artificios del ambicioso Focio. Este tambien en un principio, lo mismo que Lutero en Alemania, reconoció públicamente, ántes de alzarse en rebelion abierta contra el Vicario de Jesucristo, el orígen divino del primado transmitido por medio de San Pedro á los obispos de Roma. Por donde se advierte que, por confesion de los mismos autores de la revolucion religiosa producida en Constantinopla, Alemania é Inglaterra, cuales son Focio, Lutero y Enrique VIII, en la Cátedra romana es donde se encuentra el centro de unidad de toda la Iglesia, por poseer ella los mismos derechos de San Pedro. Para que se vea que, si estos herejes rompieron despues la

unidad y proclamaron la revolucion, esto no tuvo orígen en otra cosa sinó en los vicios y orgullo que á todos ellos los dominaban.

Y si de la unidad pasamos á la santidad, que en todos tiempos debe ser uno de los distintivos más principales de la verdadera Iglesia, hallaremos que este atributo falta por completo en las sectas separadas. Las doctrinas profesadas por ellas son horribles é incapaces de hallarse juntas con la santidad verdadera. Conocido es aquel tan famoso dicho de Lutero, que resume en pocas palabras toda su doctrina en órden á las cosas de la gracia. "Crede firmiter et pecca fortiter,„ *cree firmemente y peca fuertemente*, decia aquel fraile corrompido. Y para poner en práctica su doctrina, y dar al mismo tiempo á sus secuaces ejemplos de lo que debian hacer, se unió públicamente en torpe concubinato con una monja, violando ambos el voto solemne de castidad que habian hecho al Señor de cielos y tierra. Sólo este principio detestable, comun á todos los proclamadores de la reforma, bastaba para introducir en el mundo la disolucion de costumbres más espantosa. Diciendo á todo cristiano que para ser justos y amigos de Dios les basta creer firmemente en Jesucristo, y que con esta fe ningun pecado les puede hacer daño, ántes por el contrario mucho provecho, ¿qué barrera habrá que se oponga al torrente de las malas pasiones, que nunca faltan en los hombres? ¿Qué sociedad puede subsistir con esta doctrina brutal y licenciosa?

¡Y esto era lo que llamaron *reforma* los libidinosos protestantes, encenagados en sus abominables torpezas! Hasta Lutero siempre se habia entendido por la palabra *reforma* un método de vida más espiritual y más abstraido de los sentidos; nunca se habia creido que reformar una casa ó un reino fuese soltar la rienda á las pasiones más bajas y vergonzosas de los domésticos ó de los ciudadanos. El fraile impuro juzgó conveniente obrar de otra manera, y llamó *reforma* al desenfreno más ignominioso. Desde entónces aprendieron sus secuaces á cambiar hipócritamente el sentido de las palabras para mejor alucinar á los incautos. A la irreligion é incredulidad diéronles á fines del siglo pasado los descendientes del Fraile Apóstata el pomposo nombre de *Filosofía;* y á la religion los ominosos apodos de *fanatismo* y *supersticion;* al libertinaje lo bautizaron con el halagüeño de *libertad*, y así sucesivamente. En el nuestro los partidarios del naturalismo político, siguiendo las huellas de su gran padre el heresiarca Lutero, han apellidado *liberales* á cuantos, atropellando con el sétimo precepto del Decálogo, se apoderan sin

escrúpulo de los bienes de la Iglesia, siendo así que liberal en los tiempos pasados no habia sido llamado nunca sinó el que se mostraba generoso en repartir de lo suyo á los demas.

Así entendian los protestantes la reforma; así santificaban la Iglesia; así la depuraban de su escoria para plantar en ella el gérmen precioso de la virtud. La tendencia de los reformistas hácia los bajos instintos fué tan marcada, que el mismo Erasmo, con toda su aficion á las ideas por ellos proclamadas, no pudo ménos de notarla, diciendo en su estilo zumbon y burlesco que todas las empresas protestantes acababan siempre, como las comedias, por un casorio.

Y no se crea que fué Lutero solamente el que ofreció al mundo el escándalo de una vida licenciosa. Las torpezas de Calvino son más para calladas que para nombradas siquiera, y la deshonesta y desenfrenada vida de Enrique VIII de Inglaterra es conocida de todo el mundo. Tal fué la santidad de la trinidad reformista, de donde ha tomado origen toda la innumerable multitud de sectas anticatólicas denominadas con el revolucionario nombre de *protestantes*. En las tres cabezas del protestantismo el orgullo y la obscenidad de la vida fueron las dos principales causas que obraron para el rompimiento con la Iglesia. ¡Y luégo nos vienen ahora los sectarios diciendo que su religion es mas proporcionada para las buenas costumbres que el catolicismo! Los que tienen por principio fundamental de su fe el "Crede firmiter et pecca fortiter," *cree firmemente y peca cuanto puedas*, ¿éstos pueden hablar sin vergüenza de buenas costumbres? ¿El protestantismo más apto que la Religion católica para la pureza de las costumbres? Sí; que los que abandonan nuestra sagrada religion para pasarse al protestantismo lo hacen con el objeto de ser más santos y perfectos, y no para vivir sin freno y á sus anchuras; y los que vienen del protestantismo á nuestras filas buscan en la profesion de la fe católica el desenfreno de sus pasiones. Porque el protestantismo es una religion más santa que la nuestra se pasan sin duda á ella los católicos á la hora de la muerte, no sucediendo esto jamás con los protestantes respecto de la Religion católica. ¿Cuándo se ha visto jamás este fenómeno, despues que el protestantismo está inficionando con su hálito ponzoñoso toda la redondez de la tierra? Muchos protestantes se han convertido á nuestra sagrada Religion, llegada la hora de su muerte, para conseguir su salvacion eterna; pero de pocos católicos se contará que hayan hecho otro tanto, pasándose al protestantismo en esa hora tremenda con el fin de hallarse más seguros ante el tribunal divino.

Aun en vida y en perfecta salud, ¿quién abandona el Catolicismo y comienza á ser protestante por otro motivo que por adquirir alguna utilidad material en este mundo? Bien necio habia de ser por cierto el que por amor de la santidad y de la perfeccion abandonase la Religion católica, y se abrazase con alguna secta protestante.

Y no es sólo el referido principio de creer mucho y pecar más el que forma una de las bases principales de todas las herejías reformistas: ademas de éste hay otro comun tambien á todas ellas, y tan inmoral y detestable como el primero. Este principio es el de que la gracia de Dios quita al hombre el libre albedrío para obrar el bien, así como la instigacion del demonio se lo quita tambien para obrar el mal. De modo, que en la doctrina protestante el hombre es una pura máquina en materia de moralidad; si el diablo le empuja á un lado, hácia él es arrastrado sin libertad alguna; y si es Dios quien le mueve, esto mismo sucede con respecto al bien.

" La humana naturaleza, dice Lutero en el libro que compuso con el título del *El albedrío esclavo*, está puesta en medio como un jumento. Si se sienta en ella Satanás, quiere y va á donde quiere Satanás: si se sienta en ella Dios, quiere y va á donde quiere Dios „ [1]; Y Calvino, en el libro segundo de sus *Institutiones*, cap. III, par. 10, escribe: "Dios mueve la voluntad, no como se ha enseñado y creido por espacio de muchos siglos; de modo que á nuestra eleccion pertenezca despues obedecer ó resistir á la mocion, etc. „ [2].

Con tan abominable doctrina, claro está que no puede subsistir la moralidad entre los hombres. Introducido por ella el fatalismo musulman, ninguno queda dueño ni responsable de sus propios actos. Si obra el bien, es porque la fatalidad le impele á ello; y si obra el mal, es porque le arrastra á la iniquidad una fuerza superior á que él no puede resistir. Desaparece aqui toda especie de lucha contra los malos instintos por parte del hombre; cuando éstos instigan y solicitan al mal, es fuerza rendirse á ellos. Porque no son sinó los aguijones del diablo, que entónces está sentado sobre el alma, dominándola y llevándola por el camino que se le antoja, como lleva el jinete á su caballo.

1 « Humana voluntas in medio posita est ceu jumentum. Si insederit Satan, vult et vadit quo vult Satan. Si insederit Deus, vult et vadit quo vult Deus. » (Luther., *de servo arbitrio*.)

2 « Voluntatem movet (Deus), non qualiter multis saeculis traditum est et creditum, ut nostrae postea sit electionis motioni aut obtemperare aut refragari. » Calv., lib. II *Inst.*, cap. III, pár. 10.)

Y á este fatalismo de las acciones presentes hacen seguir Lutero y Calvino otro fatalismo de nuestra suerte futura despues de la muerte; porque ambos enseñan que á unós los ha criado Dios para llevárselos á la gloria, y á otros para que sirvan de leña en el infierno. De manera que al hombre, en la horrible y desgarradora doctrina de estos sectarios, no le queda otro recurso en esta vida sinó dejarse llevar como materia inerte de la corriente fatal, que le arrebata para precipitarlo en el lugar de su destino.

Con tan horrendos principios de moral nada tiene de extraño el que los protestantes hayan hecho cosas por extremo lamentables en materia de honestidad. La maravilla está en cómo todos ellos no han hecho lo mismo. A veces se notan personas morigeradas entre ellos; pero, bien es preciso advertirlo, esta moderacion no se debe en manera alguna á los principios religiosos reinantes en su secta. A guiarse por ellos, debieran todos ser inmorales en extremo, y no hacer otra cosa sinó seguir ciegamente los bajos instintos de la carne. Pero en muchos puede más el sentido comun que las falsas teorías de sus maestros; ó bien reina una profunda ignorancia de ellas, no guiándose los tales, en consecuencia, sinó por los impulsos de su corazon naturalmente honesto. Esto mismo sucedia en la antigüedad á algunos paganos; tanto los unos como los otros han poseido y poseen algunas virtudes morales y políticas; pero siendo con esto mejores que la religion por ellos profesada, son buenos, no por su religion, sinó á pesar de ella. Es decir, que las sectas protestantes carecen del atributo esencial á toda religion verdadera, del atributo de la santidad, como carecian las religiones paganas; y poseen el enteramente opuesto, el de la inmoralidad, señal manifiesta de que tienen todas ellas por padre, no al Dios bueno y santo de los cristianos, sinó al diablo, jefe perverso de los malvados.

Y esta falta de santidad aparece, no sólo en los dos principios citados de la doctrina protestante, sinó tambien en el que es la base fundamental de ellos y de todos los demas que les puedan pertenecer. Porque el principio fundamental del protestantismo es, como el mismo nombre lo indica, protestar contra toda autoridad y magisterio en materias religiosas. A guiarse por él los protestantes, no debieran tener pastores ni doctores, y ninguno debiera osar entre ellos decir una sola palabra para dirigir á los demas. Cada protestante debe tener su Biblia y aprender en ella las cosas de la salvacion eterna por sí solo y sin mezcla de magisterio humano; sepa ó no leer, tenga ó no dinero para comprarla, esté cierto ó dudoso

de que es legítima la version del original á su lengua nativa, con otra multitud de cosas que, con dificultad, puede saber un hombre despues de haber estudiado mucho. Armado de su Biblia y acompañado del único maestro que Dios le ha dado para que le guie en el camino de su salvacion, debe desechar todo magisterio humano, el cual ya no es *pura palabra de Dios*, y desatender todo otro consejo ó mandato que no sea el de su propia razon individual. Así, para seguir el principio fundamental de su religion, debe ir el protestante contra la ordenacion divina que dispone haya en la Iglesia de Jesucristo pastores, doctores y prepósitos, á cuyas enseñanzas, amonestaciones y mandatos estén sujetos los fieles, para que de esta manera no sean llevados alrededor de todo viento de doctrina, ántes crezcan en perfeccion unidos firmemente entre sí, y formando un solo cuerpo compacto por toda juntura [1]. Al erigir el protestantismo á cada uno en rey independiente de toda autoridad en materia religiosa, lo impele y arrastra al individualismo absoluto, tendiendo en su consecuencia á producir en el mundo la disolucion plena y completa de todo el cuerpo social religioso fundado por Nuestro Señor Jesucristo.

No aparece ménos clara por cierto la ausencia de este divino carácter en el protestantismo, si ponemos los ojos en la falta completa de todas las señales externas de santidad que, como sabemos, han de distinguir siempre á la verdadera Esposa de Jesucristo, separándola de todas y cada una de las sectas falsamente llamadas cristianas. Como la Iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo, y la Esposa inmaculada del Espíritu Santo, naturalmente ha de estar adornada de dones y carismas tales, que la distingan con plena evidencia de las que, dándose á sí mismas vanamente estos mismos títulos, no son en realidad sinó verdaderos abortos del Infierno. De otra suerte no manifestaria Dios tener mayor afecto y cariño á su Hija muy querida, que á las falsas y supuestas, no condecorándola amorosamente con la hermosa librea que corresponde á los que viven unidos con Él en amistad estrecha. Ahora bien; estas gracias y carismas no consisten en otra cosa sinó en la fecundidad por una parte para formar verdaderos y grandes Santos dentro de su seno, y para procrear muchos hijos á Jesucristo por medio de la predicacion evangélica en tierras de infieles, y por otra en el don perenne de los milagros con que manifieste el Espíritu Santo estar dentro de

1 Ephes., IV, 11-14.

ella, animándola y vivificándola, y llenándola á la fáz de todo el mundo de la gloria y esplendor de santidad que corresponde á su verdadera Esposa.

¿Dónde aparecen, pues, estos dones y carismas en ninguna de las sectas protestantes? Despues que se han separado del Catolicismo, ¿qué varones esclarecidos por su santidad y milagros han presentado en su seno, para poder decir con verdad que en ellas habita el espíritu de Jesucristo? Los milagros de los primeros fundadores todo el mundo los conoce; aquellos hombres obscenos no presentaron otros milagros que los de la liviandad y de la carne. Sin duda se propusieron imitar á Mahoma; quien, viéndose incapaz de hacerlos, apeló al recurso de afirmar que su religion no se habia de extender con prodigios del cielo, sinó á fuego y sangre, llevando la guerra á todo el mundo.

Sabido es el dicho de Erasmo á este propósito. Decia de aquellos primeros fundadores con muchísima gracia y verdad, que ni siquiera habian podido sanar á un caballo cojo, para probar con un milagro la divinidad de su mision. Y por lo que mira á sus hijos y descendientes, todos ellos han afectado siempre tener un alto desprecio con respecto á esta clase de efectos. ¡Como si el Fundador del Cristianismo hubiese apelado á otro género de pruebas que las de sus milagros para probar á los judíos su mision divina! "Si no hubiera venido, decia nuestro adorable Salvador hablando de los judíos con sus discípulos, ni les hubiera hablado, no tendrian pecado; mas ahora no tienen excusa de su pecado. El que me aborrece, tambien aborrece á mi Padre. *Si no hubiese hecho entre ellos obras que ninguno otro ha hecho, no tendrian pecado:* mas ahora, y las han visto y me aborrecen á mí y á mi Padre [1]. Y á los discípulos de San Juan Bautista, que de parte de su Maestro habian ido á preguntarle quién era, les respondió: "Id y contad á Juan lo que habeis oido y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, y á los pobres les es anunciado el Evangelio" [2]. Afectan los miserables este desprecio, porque son incapaces de hacer milagro alguno. De aquí el que apelen al recurso de sus padres, al de Mahoma, al de la zorra de la fábula.

¿Y qué diremos de su fecundidad para engendrar hijos á Jesu-

1 Joan., XV, 22-24.
2 Luc., XI, 4-5.

cristo entre los infieles? No puede darse en sus misiones esterilidad más completa. Y no es milagro, porque sus misioneros nada presentan de sobrenatural y divino á los gentiles. Van á anunciarles la palabra de Dios con su buen salario, y acompañados de sus mujeres é hijos: dejan aparecer muy poco la mortificacion de Jesucristo en todo cuanto usan; comercian mucho más en bienes de la tierra que en los del cielo, y casi toda su mision la reducen á expender Biblias, que por lo regular no tienen entre aquella gente ciega sinó un paradero muy poco digno. ¿Qué efectos, por consiguiente, han de producir sus misiones entre aquellos infelices?

La fecundidad del protestantismo no se desarrolla sinó en medio de los Católicos. Aquí si que suelen producir á veces efectos maravillosos, barriendo hácia la sentina de sus sectas toda la inmundicia que entre los malos católicos crian las pasiones humanas. No es esto propio y exclusivo de nuestros sectarios; ya los del tiempo de Tertuliano hacian otro tanto á fines del segundo siglo de la Iglesia. " Siendo su ocupacion, escribia este autor en su famoso libro *De praescriptionibus*, cap. XVII, no la de convertir á los gentiles, sinó la de derribar á los nuestros, ponen con predileccion su gloria en traer la ruina á los que permanecen firmes, y no en levantar á los que yacen en el suelo. Porque su obra no consiste en fabricar un edificio que, como propiedad suya, les pertenezca, sinó en derribar por el suelo el ya fabricado: socavan lo nuestro para edificar lo suyo " [1]. Pero ni áun en esto ganan mucho, porque la herrumbre que con sus artes corruptoras sacan de nuestras filas no se hace mejor en las suyas, ni va propiamente á ellas, sinó á las del racionalismo y de la incredulidad. Católicos y Racionalistas: estos son los dos campos que hoy dia se presentan frente á frente. La lógica de los acontecimientos ha aclarado el órden de las ideas; el que quiere ser bueno se hace católico; el que quiere ser malo se hace racionalista. Los términos medios ya no sirven sinó de escala para llegar á los extremos: el que va de mal en peor, no pára hasta llegar á la impiedad del racionalismo; y el que busca de veras el bien, no pára tampoco hasta que se encuentra en el seno del Catolicismo. Esta es la verdad de los hechos; verdad que ha costado muchas penas y

1 Cum hoc sit negotium illis *(haereticis)*, non ethnicos convertendi sed nostros avertendi, hanc magis gloriam captant, si stantibus ruinam, non si jacentibus elevationem operentur; quoniam et ipsum opus eorum non de suo proprio aedificio venit, sed de veritatis destructione. Nostra suffodiunt ut sua aedificent. (Tertuliano, *de Praescript.*, cap. XVII.) Véase el P. Perrone, *De Religione*, parte segunda, prop. 10.

trabajos á la Iglesia católica; pero que, por una providencia especial de Dios Nuestro Señor, se va haciendo más y más palpable cada dia, para que de esta suerte la lucha entre los discípulos de Jesucristo y los secuaces de Lucifer se presente más grandiosa, y los triunfos del Catolicismo adquieran proporciones más considerables; pues sabemos que el racionalismo tambien á su vez correrá la suerte de todas las herejías, y vendrá por fin á aumentar con su derrota las glorias de la Iglesia católica.

Vése, pues, que las sectas separadas carecen de santidad en su orígen, en su doctrina y en sus miembros, y que se hallan destituidas de todos los dones y carismas que acompañan en todos tiempos á la verdadera Esposa del Cordero inmaculado, Jesucristo. Pero no es ménos evidente su falta completa de catolicidad, considerado el espacio diminuto que cada una de ellas ocupa en el mundo, y su ninguna importancia. Si se toman todas las sectas protestantes reunidas y como formando una sola religion, cierto que aparecerán difundidas por toda la haz de la tierra; pero no es esta la manera como se las debe considerar, porque cada una de ellas está perfectamente separada de las otras por la clase de doctrinas *positivas* que caracterizan y forman su *credo*. Lo que tienen de comun no es sinó el odio encarnizado que todas ellas profesan al Catolicismo; el cual es puramente *negativo* y de tal naturaleza, que por esa parte pueden formar sociedad con los masones y con todos los revolucionarios, y con el mismo príncipe de unos y otros, que es el demonio. Ahora bien; consideradas las sectas protestantes bajo el aspecto dicho, y en lo que cada una encierra de positivo, todas ellas se componen de muy pocas personas, y están reducidas á un círculo muy limitado. Se haria soberanamente ridículo cualquier protestante que pretendiese sostener con seriedad que su comunion se halla difundida por toda la tierra, y que encierra en su seno una inmensa multitud de fieles pertenecientes á todas las partes del mundo. Por eso ningun sectario osa tomar el nombre de *católico*, y se guardaria muy bien de conducir al templo de su propia secta al que, pasando por el lugar de su residencia, le preguntase por el templo de los católicos. Esta observacion es ya muy antigua; la hicieron los Padres en los primeros siglos de la Iglesia. "Tenenda est nobis christiana religio, escribia el grande Obispo de Hipona (*De vera relig.*, cap. VII), et ejus Ecclesiae communicatio, quae catholica est et catholica nominatur, non solum a suis, verum etiam ab omnibus inimicis. Velint nolint enim, ipsi quoque haeretici et

schismatum alumni, quando non cum suis sed cum extraneis loquuntur, catholicam nihil aliud quam catholicam vocant; non enim possunt intelligi nisi hoc eam nomine discernant, quo ab universo orbe nuncupatur. „ En la misma forma se expresa San Cirilo Alejandrino en la Doctrina 18, diciendo: " Si llegas por casualidad á alguna ciudad, no preguntes simplemente: *¿Dónde está la iglesia?* sinó: *¿Dónde está la iglesia católica?* Porque este nombre pertenece en propiedad á esta nuestra santa madre Iglesia, que es la Esposa de Nuestro Señor Jesucristo. „

Por esta causa decia tambien el mismo San Agustin que una de las razones más principales por las cuales permanecia firme y constante en el seno del Catolicismo, era este mismo nombre de *católica* que todos los hombres, amigos y enemigos, llevados de una fuerza irresistible, dan á la comunion de los fieles puestos bajo la obediencia del Pontífice Romano. Porque no cabe duda sinó que, cuando por todo el mundo y en todos tiempos se le viene dando á ella sola este glorioso nombre, ella sola es á quien por derecho propio le corresponde.

De la misma manera, á todas las sectas disidentes se les ha quedado el nombre de *protestantes*; y todo el mundo se lo adjudica espontáneamente; porque, en efecto, les cuadra á las mil maravillas, expresando tan plena y perfectamente la razon comun á todas ellas, que es *protestar* contra la autoridad legítima, *negar* las afirmaciones de la Iglesia. Quién niega más y quién ménos; pero todos niegan, y en esto sólo consiste su comun esencia. El que más niega es más protestante; y así, el protestante por excelencia es el racionalista puro, porque niega todas las afirmaciones del Catolicismo: por donde ya se ve que ninguno hay más perfecto protestante que el príncipe de las tinieblas.

De la apostolicidad de las sectas disidentes nada se diga: todas ellas son de ayer. Conocidos son los padres que les dieron el sér, el tiempo y circunstancias en que nacieron, las verdaderas causas que las motivaron, sin que aparezca en todo esto nada de apostólico ni cosa alguna semejante. Los que profesan doctrinas tan disolventes como las que hemos indicado más arriba, y como las que podríamos todavía citar, los que mudan continuamente de creencias no sabiendo hoy lo que han de creer mañana, mal podrán decir que permanecen en la doctrina de los Apóstoles, y que no se dejan llevar en derredor de todo viento de doctrina. Y los que han destruido el organismo de la jerarquía eclesiástica, instituido por Jesucristo,

por tener el gusto de forjarse cada uno para su propio uso una religion á su modo con sola la lectura de la Biblia, no podrán jactarse jamás con razon de que sus pastores vienen por via legítima y por órden de sucesion de los mismos Apóstoles. Por esta causa escribia ya con mucha razon Tertuliano contra los herejes de su tiempo: "Manifiéstennos los orígenes de sus Iglesias; expóngannos el órden de sus Obispos; de forma que, subiendo del uno al otro, á comenzar por los actuales, lleguemos al primero de todos, el cual sea algun Apóstol, ó al ménos, algun varon apostólico, que haya permanecido en unidad de comunion con los Apóstoles„ [1]. Algunos sectarios se han apropiado, es verdad, el nombre de *apostólicos*; pero esto ha debido ser sin duda por antífrasis. Su apostolicidad nada tiene de apostólica, y hace algunos siglos hasta carecia de capacidad para pretender este título; porque las tales sectas se hallaban entónces en los meros planes y trazas de Satanás, y no sobre la haz de la tierra.

Si en ninguna de las comuniones disidentes aparece la más mínima sombra de los caracteres que llevamos indicados, sin embargo de que la colectividad de los mismos es lo que constituye la fisonomía propia y característica de la verdadera Esposa de Jesucristo, ¿qué deberemos decir de todas ellas sinó que carecen completamente de título alguno para llamarse cristianas? Hijas del diablo son, como las nombra el apóstol San Juan, que no de Jesucristo; y así, bien seguros pueden estar sus secuaces de que en el dia del juicio á todos ellos les dirá nuestro adorable Salvador: *Jamás os he conocido por mios: apartaos de Mí, operarios de la maldad* [2].

Por el contrario, todas las mencionadas notas, sin faltar una sola, se encuentran claramente y con todo su vigor y lozanía en el Catolicismo. Su unidad jerárquica y de creencias es cosa que sorprende áun á sus mismos enemigos. Es ella tan fuerte y tan compacta, que el desventurado Draper, con su escuadron impío de Racionalistas, no ha dudado en atribuir á ella sola todo el influjo mágico de su conservacion maravillosa por espacio de tantos siglos, á pesar de los innumerables y recios combates que, sin tregua ni descanso, se ha visto siempre forzada á sostener contra sus poderosos é incansa-

1 Edant origines ecclesiarum suarum; evolvant ordinem episcoporum suorum, ita per successionem ab initio decurrentem, ut primus ille Episcopus aliquem ex Apostolis vel apostolicis viris, qui tamen cum Apostolis perseverarint, habuerit auctoritatem. (Tertul., lib. *De praescrip.*, cap. XXXII.)

2 Math., VII, 23.

bles enemigos. Este pensamiento, empero, de atribuir la extraordinaria conservacion del Catolicismo á la prepotente unidad de su jerarquía, sin auxilio alguno del Altísimo que cuide de sostenerla, es manifiestamente fútil; porque la misma organizacion de la Iglesia no hubiera podido subsistir en la tierra, á no ser sustentada por la mano misericordiosa del Todopoderoso. Todo lo humano está sujeto á la carcoma del tiempo, y más ó ménos tarde, por fuerte que sea su constitucion interna, al fin se derrumba y viene al suelo hecho pedazos. Poco hubiera valido el organismo de la Iglesia, si en ella no hubiera existido siempre una inteligencia sabia y previsora que supiese ejercer justicia en el gobierno de la Cristiandad, explicar de una manera racional la doctrina de Jesucristo, y satisfacer plenamente á las necesidades espirituales del comun de los fieles. Las formas orgánicas ayudan mucho, no lo dudamos, á la dilatada conservacion de un Estado; pero no son ellas propiamente las que en realidad lo mantienen en pié, sinó el espíritu reinante en los poseedores del poder y en los demás ciudadanos. Con la mejor organizacion del mundo se puede andar en perpétuas disensiones, si el espíritu que anima á los individuos de una nacion es malo y perverso. Este espíritu, pues, principalmente, y nó el organismo material, es el que ha conservado siempre firme y estable á la Iglesia católica contra los embates furiosos de tan encarnizados enemigos. Ahora bien; este espíritu, sin un auxilio especial del cielo que lo fomente perennemente de una manera especial, no es capaz de conservarse por sí solo tan sano, tan sabio, tan previsor y tan conforme á las exigencias racionales del pueblo cristiano por espacio de tantos años.

No han faltado por cierto en el seno de la cristiandad, durante el trascurso de los siglos, causas gravísimas de disolucion, bastantes á pervertir este buen espíritu, y tales que sin una providencia especial por parte del Todopoderoso, lo hubieran aniquilado de hecho dividiendo en mil partes la monarquía cristiana. Esta providencia especial Dios la había prometido á la Cátedra de Pedro, y á toda la Iglesia católica fundada sobre ella como sobre solidísima roca, diciendo Jesucristo al Príncipe de los Apóstoles: *Tú eres Pedro ó piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* [1]. Y como lo prometió, lo sigue cumpliendo; y nunca más que ahora se experimenta la verdad de esta promesa, porque nunca como hoy día desde los tiempos de las per-

1 Matth., xvi, 18.

secuciones paganas, ha hecho el infierno una guerra tan encarnizada á la Iglesia católica. No parece sinó que hemos llegado ya á aquellos tiempos prenunciados en el Apocalipsis con las siguientes palabras: "Y cuando fueren acabados los mil años, será desatado Satanás, y saldrá de su cárcel y engañará las gentes, que están en los cuatro ángulos de la tierra, á Gog y á Magog, y los congregará para la batalla, cuyo número es como la arena del mar. Y subieron sobre la anchura de la tierra, y cercaron los reales de los Santos y la ciudad amada. Y Dios hizo descender fuego del cielo y los tragó: y el diablo que los engañaba, fué metido en el estanque de fuego y de azufre; en donde tambien la bestia y el sabio profeta serán atormentados día y noche en los siglos de los siglos „ [1]. Porque la conspiracion del racionalismo contra la Iglesia es tan vasta, tan diabólicamente tramada y con tanto artificio conducida, que con dificultad parece puedan hacer mucho más los secuaces del Anticristo.

Y esta unidad católica, tan fuerte y tan admirable, no es facticia ni se halla fundada en la *revolucion* como la que presentan las falsas sectas; sinó que es innata, y está basada en la misma institucion divina del primado. Jesucristo, al querer edificar su Iglesia, estableció en ella las leyes fundamentales, inmutables y perpétuas, que le habían de servir de inmoble cimiento, sin que ningun poder de la tierra, ni áun el conferido por él mismo á su Vicario, las pudiese variar ó alterar en la série de los siglos. Estas leyes son los dogmas de la fe *en el órden especulativo*, los preceptos del Decálogo y los siete sacramentos con sus materias y formas correspondientes *en el órden práctico*, la jerarquía de los ministros, sacerdotes y obispos con el centro de unidad de todos ellos colocado en la Sede de Pedro *en el órden administrativo*. Es cosa cierta, y no puede caber sobre ella la menor duda, que á San Pedro fué dado por Jesucristo el Primado de su Iglesia, para que sobre él como sobre firmísima roca descansase siempre con solidez y firmeza este edificio, espiritual por una parte y visible por otra. El divino Fundador quería levantar el edificio de su Iglesia sobre la inquebrantable base de la unidad más perfecta, estableciendo en su reino la monarquía, como habia sido tambien establecida por Moises de parte de Dios en la Sinagoga judáica. Para este fin pudiera haber escogido ciertamente entre sus numerosos discípulos otro cualquiera distinto de San Pedro; pero quiso remunerar la fe y amor ardiente de este su Apóstol, prefirién-

1 Apoc., xx, 7-10.

dolo á los demas para que fuese su primer Vicario, y diese principio á la innumerable série de los que en el mismo oficio le habian de suceder revestidos de sus mismas atribuciones.

Esto significó Jesucristo al humilde pescador de Galilea, cuando, para recompensar la magnífica confesion que de su verdadera divinidad habia hecho con muestras de grandísimo fervor delante de sus compañeros, le dijo: " Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan; porque no te reveló carne ni sangre, sinó mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que *tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y á ti te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tiera, ligado será en los cielos; y todo lo que desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos* " [1].

Tanto la metáfora del *fundamento*, como la otra de las llaves que usa aquí el divino Salvador, significan abiertamente que la autoridad sobre toda la Iglesia por él conferida á Pedro no se le concedia para que en su muerte pereciese, sinó para que durase perpetuamente en su Sede, siendo ésta el centro de unidad de toda la Iglesia católica, y atando en ella Pedro y desatando á los fieles de todo el mundo hasta la consumacion de los siglos. Porque el fundamento ha de durar miéntras dure el edificio que sobre él está asentado; y asimismo, las llaves potestativas han de abrir y cerrar miéntras dure la espiritual ciudad fundada por Jesucristo, esto es, hasta el fin de los siglos.

Porque la Santa Iglesia tiene, por una parte, la celestial mision de salvar á los hombres de todos los tiempos y de todos los países, y por otra la divina promesa de que seguirá cumpliendo este encargo hasta que en el fin de los tiempos venga á juzgar Jesucristo á los vivos y á los muertos; por donde es claro que el edificio asentado sobre la roca de Pedro ha de durar perpetuamente.

De aquí es que hasta el siglo IX siempre vivieron los fieles de toda la cristiandad, tanto orientales como occidentales, en la íntima persuasion de que la Sede Apostólica de San Pedro, cual se halla establecida en Roma, era el centro de unidad de toda la Iglesia. A este centro acudian de todas partes para terminar sus diferencias desde los primeros siglos todos los que en materias de fe ó de disciplina universal tenian alguna controversia. No ménos los herejes que los ortodoxos ejecutaban esta operacion; sólo cuando perdian

1 Matth., XVI, 17-19.

su pleito, viendo ordenadas por el Papa reinante á la sazon sus erroneas doctrinas, apelaban al recurso de los revolucionarios, levantando furiosos bandera de rebelion y haciendo, ni más ni ménos, lo mismo que en estos últimos tiempos hizo el jefe de la famosa reforma, Fray Martin Lutero. Inútil juzgo traer aquí pruebas de estos hechos; son todos ellos tan palpables y evidentes en la historia de la Iglesia, que no pueden ser ignorados por ninguna persona que en materias eclesiásticas se halle medianamente instruida. Lo mismo se diga de los testimonios de los Padres, que atestiguan la fe unánime y perpetua de toda la cristiandad en órden á esta prerrogativa de la Iglesia romana. Véalos quien guste en Belarmino, en Suarez, en el libro *del Papa* del Conde de Maistre, en el tratado del romano Pontífice escrito por los hermanos Ballerini, en el P. Perrone y en otros autores que han escrito largamente sobre este asunto [1].

Así como es brillante y consoladora al mismo tiempo la unidad de la Iglesia católica, de la misma manera lo es tambien la santidad que en ella ha resplandecido en todos tiempos. Sabemos por la Escritura y por la tradicion que la verdadera Esposa del Cordero inmaculado ha de ser siempre *santa, sin mancha ni arruga, aceptable á los ojos de Dios, y obradora de buenas obras* [2]. Pues bien; esta hermosa cualidad, prenda peculiar y exclusiva de la verdadera Iglesia de Jesucristo, brilla de una manera absolutamente extraordinaria en la congregacion de los fieles cristianos que viven bajo la jurisdiccion y gobierno de los Pontífices romanos, en términos que ella sola bastaria para hacer vèr á todo el mundo, que la Iglesia fundada por nuestro divino Salvador y dotada de todas las celestiales prerrogativas con que se dignó condecorarla, es real y verdaderamente la Iglesia romana. Santa es su celestial doctrina, de suerte que ninguno puede con razon poner en ella la más mínima mácula, ántes por el contrario sirve de perfectísimo modelo para formar grandes santos á todos aquellos que quieran obrar segun sus máximas admirablemente puras. No sucede en el Catolicismo como en las sectas protestantes, que para ser bueno el cristiano y poder

1 Sobre la unidad de la Iglesia, ademas de los autores indicados, se pueden consultar el *Antifebronius* y el *Antifebronius vindicatus* del sabio jesuita P. Zaccharia, obras ambas muy apreciables. Puede tambien verse la obra de Moehler, intitulada en la traduccion italiana que tengo á mano: *Dell' unità della Chiesa, o sia del principio del Catolicismo secondo lo spirito dei Padri dei primi tre secoli de la Chiesa; opera di Giovanni Adamo Moehler, tradotta dal francese,* Milano, 1841.

2 Ephes., v, 27.

practicar la virtud haya de prescindir de sus máximas y doctrinas, siendo por consecuencia tanto más perfecto y santo, cuanto ménos se rija por ellas. En el Catolicismo el que es bueno consigue la perfeccion siguiendo el impulso de unos principios religiosos tan puros, que por su misma naturaleza empujan al hombre hácia la santidad más encumbrada; y jamás puede suceder que miembro alguno de la Iglesia católica sea más santo que la misma doctrina religiosa creida por él como revelada. La santidad, pues, de su doctrina es una cosa palpable. Sobre todo, la moral del Catolicismo es una cosa tan sorprendente por su pureza, que con razon es admirada hasta de los mismos incrédulos.

La Santidad del Catolicismo se hace tambien visible á todo el mundo en las personas admirables que, con su virtud verdaderamente heróica, lo han esclarecido en todos tiempos. Y de éstos no deben excluirse en verdad aquellos siglos en que los protestantes presentaban á la Iglesia como un lodazal inmundo de todos los errores y pecados, movidos por el perverso fin de cohonestar en algun modo su reprobable rebeldía cubriéndola con el vistoso manto de *reforma*. Basta citar en prueba de ello los nombres venerandos de un Ignacio de Loyola, de una Teresa de Jesús, de un Felipe Neri, de un Juan de la Cruz, de un Francisco Javier, de un Francisco de Borja, de un Pedro de Alcántara, de un Francisco de Sales, de un Alfonso María de Ligorio y de otros innumerables, que se han visto en estos últimos tiempos despedir los vivísimos fulgores de una santidad llevada hasta el último grado de heroicidad cristiana. Religion que produce dechados de perfeccion tan acabados y excelentes como estos, no puede ménos de ser tambien ella misma santa en extremo y digna por consiguiente de ser abrazada por todo el mundo.

Y no sólo en algunos de sus miembros resplandece gloriosa por su santidad esta sagrada Religion, sinó que ademas en todo el cuerpo de sus fieles ostenta su amor extraordinario hácia todo lo grande y sublime que se halla encerrado en la espiritualidad de las ideas cristianas. En la comunion católica hay, en verdad, pecadores, como no puede menos de suceder en toda reunion de hombres sujetos á las miserias de esta vida, por muy alta que sea la santidad por ellos profesada. Y que habia de suceder así, bien lo tenia previsto su mismo divino Fundador; pues por esta causa instituyó en la Iglesia uno de sus sacramentos para que en él se lavasen los fieles de las inmundicias contraidas con los pecados. El sacramento de la

Penitencia es una celestial piscina establecida por nuestro adorable Salvador para que por sus méritos limpien en ella los sacerdotes esta clase de manchas espirituales. Pero aunque se ven algunos pecados en muchos malos miembros de esta Iglesia santa, ¿qué grandeza de ánimo, qué amor á lo espiritual, qué fortaleza tan admirable no se nota en la generalidad de este cuerpo místico para defender lo que en su estimacion tienen los Católicos por santo y venerando? ¿Qué persecuciones no está sufriendo la Iglesia y no ha sufrido en los tiempos pasados por esta causa? Por no faltar á su deber, por no quebrantar la ley divina que ha confiado á su custodia su divino Esposo, ha visto con ojos enjutos la Iglesia separarse de su obediencia naciones enteras.

Se la ha acusado de ambicion, de proselitismo, de calculadas miras para imponerse por su política artera á todo el mundo: ¿qué medio más acomodado para conseguir todo esto que contemporizar con los hombres y con los pueblos, acceder con arte á sus caprichos, modificar la ley del divino Fundador para adaptarla á las circunstancias de los tiempos? Sin embargo, la Iglesia católica jamás ha querido entrar por este camino. Sabido es cuánta sangre, cuántos tormentos, cuántas penalidades le ha costado este género de conducta; pero el deber ha prevalecido siempre contra todas las comodidades de la vida. El " Yo no quiero, yo no puedo, yo no debo„ del gran Pontífice Pio IX, tan admirable ante los ojos de todo hombre imparcial y amante de lo honesto, no es otra cosa que la repeticion de otros innumerables hechos semejantes ejecutados por sus antecesores al verse en circunstancias parecidas.

Saben los Papas que su fuerza no está en los medios humanos; sinó en el auxilio de aquel que ha empeñado su palabra á Pedro para no permitir jamás que sea tragada su barquilla por las olas embravecidas de las pasiones humanas; y apoyados en esta áncora firmísima, luchan siempre valerosos contra la tempestad, seguros de que han de vencer, y de que su victoria ha de ser tanto más brillante, cuanto mayor sea su fidelidad en guardar la ley de su divino Maestro. Hé aquí la fuerza inexpugnable del Papado: fuerza grande é invencible en verdad; pero no terrena ni natural, sinó celestial y divina.

Y porque es sobrehumana la fortaleza que despliega esta Iglesia en conservar y defender todo cuanto ella considera como bajado del cielo, y como venido de su inmaculado Esposo por el intermedio de sus Apóstoles; por eso tambien Jesucristo la adorna y embellece con sus dones y carismas sobrenaturales, que no son pro-

pios sinó de sus amigos muy queridos y de su Esposa sin mancilla. En todos tiempos se ha visto brillar á esta Iglesia santa con su prodigiosa fecundidad en engendrar hijos á Jesucristo entre los infieles y con los muchos milagros que Dios se ha complacido en obrar para glorificarla. Sólo el Apóstol de las Indias, San Francisco Javier, ha hecho entrar en el sagrado redil del Catolicismo más almas que le arrebataran Lutero, Calvino, Enrique VIII y los demas patriarcas de la impiedad en toda Europa. Sus milagros fueron tan patentes, tan públicos, tan numerosos, tan estupendos, que los mismos sectarios se han visto obligados á confesarlos, reconociendo al mismo tiempo la santidad portentosa de este varon esclarecido. En nuestros mismos dias, ¿no se están haciendo prodigios innumerables en el santuario de Lourdes, donde ha querido mostrar nuestra Señora su cariñoso amor para con la cristiandad, y la complacencia grande con que ha visto definido por el Papa Pío IX el dogma de su Concepcion inmaculada? Hasta los turcos en Constantinopla han experimentado los benéficos influjos de esta Madre amorosa presenciando con estupor sus muchos milagros.

De la catolicidad de esta Iglesia no hay para qué digamos ni una sola palabra. Doscientos millones de católicos esparcidos por toda la redondez de la tierra, son más que suficientes para que con justísima razon pueda conservar ufana el augusto nombre de *católica*. Y téngase entendido, que esta su dilatacion admirable por el espacio no es cosa que le viene de ayer, sinó que la tiene desde muy antiguo; pues ya en tiempo de los mismos Apóstoles escribia San Pablo á los Romanos las siguientes palabras: *Doy gracias á mi Dios por medio de Jesucristo acerca de todos vosotros: de que vuestra fe es celebrada por todo el mundo* [1].

Cuando unas naciones se apartan de ella por la perversidad de algunos malvados, que las arrastran en pos de sí y las hacen apostatar, entran otras en su lugar atraidas por la luz esplendorosa de la fe predicada con abnegacion suma por sus ministros. Todo se cambia y se muda á su alrededor movido por el torbellino de las pasiones humanas; ella sola permanece siempre la misma en medio de estas transformaciones, imitando la eternidad de Dios y asemejándose á su divino Esposo, de quien dice San Pablo: *Jesucristo ayer y hoy: él mismo tambien en los siglos* [2].

1 Rom., I, 8.
2 Hebr., XIII, 8.

No brilla con menor fulgor su apostolicidad. Conocida es la série no interrumpida de Pontífices que se remonta hasta el primer Vicario de Jesucristo, San Pedro. Y que estos Pontífices hayan sido siempre constantes en guardar con suma diligencia las doctrinas tradicionales, es cosa manifiesta á la faz de todo el mundo. No se le podrá echar en cara con razon á la Iglesia católica el haber variado jamás en sus creencias. Siempre que sus enemigos han querido intentarlo, los católicos les han respondido que señalasen el momento de la historia en que tuvo lugar este fenómeno. Y al quererlo ellos designar, han quedado vergonzosamente derrotados; porque los católicos les han hecho ver con testimonios irrefagables que ya la Iglesia católica habia creido la doctrina en cuestion mucho ántes de la época por ellos nombrada. Algo de esto hemos hecho tambien nosotros para refutar las calumnias del impío Draper, probando que la Iglesia, en tiempos muy anteriores á los que él considera como épocas de mudanza en los dogmas, tenia ya por reveladas aquellas mismas doctrinas.

Los protestantes, para cohonestar su rebelion, suelen apelar á este medio de atribuir á la Iglesia católica novedad y variacion en algunos dogmas, y áun se atreven á poner en miserables librejos de propaganda el año en que pretenden haberse verificado la tal mudanza; pero las pruebas de sus asertos calumniosos nunca parecen. La Iglesia está en posesion de las doctrinas que viene creyendo desde los principios del Cristianismo como reveladas. Para apartarse de ella por novedad introducida en sus creencias, la razon dicta que se le pruebe primero la realidad de esta pretendida mudanza. No es la Religion católica á quien toca demostrar que los dogmas por ella enseñados y creidos datan del tiempo de los mismos Apóstoles: ella, al tenerlos por revelados, está en posesion de un derecho que viene poseyendo desde tiempo inmemorial, y que debe conservar siempre miéntras que con la evidencia de las razones en contrario nó sea de él desposeida. Estas razones están todavía por darse, y es bien cierto y seguro que no se darán jamás. Miéntras no las presenten los sectarios, la Iglesia católica tendrá siempre derecho á llamarlos *calumniadores*, *rebeldes*, *revolucionarios*, *hijos de perdicion*, y de aplicarles cuantos epítetos ignominiosos atribuyen la Escritura y los Padres á los herejes y cismáticos.

La sensacion que causa este fenómeno de la perseverancia de la Iglesia católica al través de tantos siglos en medio de tan fuertes agitaciones es inmensa. "Echando nuestras miradas, escribia Fede-

rico Hurter hace algunos años en el seno del protestantismo [1], hácia atrás y hácia adelante en la carrera de los siglos, y viendo cómo ha sobrevivido la institucion del Pontificado á todas las instituciones de Europa, cómo ha visto ella nacer y perecer todos los Estados, cómo en la infinita metamorfosis de las cosas humanas, ella sola ha conservado invariablemente el mismo espíritu, ¿debe acaso causar espanto el que muchos hombres la miren como la roca cuya inmoble cima se eleva sobre las mugientes olas del curso de los siglos?"

Estas consideraciones dejan fuera de toda duda la verdad de la proposicion que venimos demostrando en este capítulo. Porque si la genuina Religion de Jesucristo es toda ella verdad pura, en razon de haber sido revelada por el mismo Dios, y si la Iglesia católica es la expresion fiel de la Religion mencionada, de modo que el Catolicismo y el Cristianismo son una misma cosa, y las sectas separadas no llevan sinó el puro nombre de cristianas, *teniendo el nombre de vivas y estando en realidad muertas* [2]; aparece claro como la luz del dia que entre el Catolicismo y la ciencia verdadera no puede existir pugna ni conflicto alguno, sinó solamente supereminencia de aquél con respecto á ésta, á causa de las verdades sobrenaturales enseñadas por la revelacion é incomprensibles á la razon humana. Con lo que ahora vamos á decir sobre la infalibilidad de la Sede Apostólica recibirá todavía nueva luz la verdad de nuestro aserto.

SEGUNDA RAZON.

El magisterio de la Iglesia católica en las doctrinas pertenecientes á la salvacion eterna, ó sea de fe y de costumbres, está dotado por Dios del don sobrenatural de la infalibilidad. Este es un punto sumamente importante en la cuestion que traemos entre manos. El don de la infalibilidad en las materias propias de la enseñanza religiosa, ó sea conducentes á la salvacion eterna, pone á la Iglesia á cubierto de todo error, que de otra suerte pudiera sobrevenir á los fieles con la obediencia prestada al magisterio de sus pastores; así como tambien la libra de la posibilidad de todo conflicto con la

1 Hurter, *Vida de Inocencio III*, lib. I, pág. 76. Traduccion francesa del abate Saint-Chéront. Paris, 1838.

2 Apoc., III, 1.

razon humana en el campo de la filosofía. Esta infalibilidad es necesaria en el cuerpo social de la Iglesia para que con el tiempo no se vaya perdiendo insensiblemente el depósito de la revelacion divina, pereciendo con esto la obra que Jesucristo, á costa de tantos sudores y trabajos, ha planteado en el mundo para la salvacion eterna de los hombres. Porque es evidente á todas luces, sin que pueda caber sobre ello la menor duda, que, destruidas las bases fundamentales de esta sociedad divina, la obra del soberano Fundador recibiria una transformacion sustancial y completa, por donde dejaria consiguientemente de ser lo que ántes era, esto es, Iglesia de Jesucristo. Las bases fundamentales sobre las cuales descansa todo el edificio de la Iglesia, son por una parte los sagrados dogmas, y por otra todo cuanto nuestro divino Salvador ha establecido en ella para que durase perpetuamente. Destruidos, pues, estos dogmas, é introducidos otros en su lugar, la religion de Jesucristo no existiria sinó de solo nombre.

Era ademas necesaria esta infalibilidad por las razones que apunta el Apóstol San Pablo en su epístola á los Efesios, diciendo que Cristo puso en su Iglesia pastores y doctores *á fin de que trabajen en la perfeccion de los Santos, en las funciones de su ministerio, en la edificacion del cuerpo místico de Jesucristo, hasta que arribemos todos á la unidad de una misma fe y de un mismo conocimiento del Hijo de Dios, al estado de un varon perfecto, á la medida de la edad perfecta, según la cual Cristo se ha de formar místicamente en nosotros: por manera que ya no seamos niños fluctuantes, ni nos dejemos llevar aquí y allá de todos los vientos de opiniones humanas por la malignidad de los hombres, que engañan con astucia para introducir el error* [1].

Tres fines indica el Santo Apóstol en las precitadas palabras haber tenido Nuestro Señor Jesucristo al querer dotar á su Iglesia de pastores y doctores, que tuviesen el cargo y obligacion de gobernar á los cristianos é instruirles en las cosas de la salvacion eterna. El primero es santificar á los fieles en la obra del ministerio. Esto se halla significado por aquellas dos expresiones: *En la perfeccion de los Santos, en las funciones de su ministerio.* Porque *Santos* en este lugar viene á ser lo mismo que *cristianos*, siendo éste el nombre con que entónces se apellidaba á los fieles, y con que frecuentemente los llama San Pablo en virtud de la profesion

1 Ephes., IV, 11, 14.

de santidad que todos ellos hacen al alistarse en la milicia sagrada del Santo de los Santos, renunciando al mundo, al demonio y á la carne. Pues bien; este ministerio de santificacion pide infalibilidad en su ejercicio, de lo contrario, podria suceder á los Pastores y Doctores de la Iglesia aquello mismo que pone Horacio como un grande vicio en el artista:

Amphora coepit
Institui, currente rota cur urceus exit?

Comenzaste á hacer un cántaro; ¿por qué dando vueltas al torno sacas otra muy diferente vasija?

El error de los Pastores por necesidad se habia de comunicar al rebaño; y así, en lugar de conducirlo á los pastos saludables, lo llevarian á los venenosos y mortíferos. Es decir, que en lugar de trabajar en la edificacion de los Santos en su ministerio, les causarian con él su destruccion y muerte.

El segundo fin consiste en edificar el cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, haciéndole crecer en la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios hasta que llegue á la plenitud de la ciencia llena de perfectísima caridad, mediante el natural y progresivo desenvolvimiento de la doctrina contenida en la revelacion divina y con la exhortacion fervorosa á la práctica de las virtudes cristianas. De suerte que los fieles con este gobierno y magisterio de los Pastores y Doctores han de ir creciendo en conocimiento y amor del Hijo de Dios unidos entre sí y con los sobredichos Pastores y Doctores, al modo que Nuestro Señor Jesucristo fué creciendo en el cuerpo de su santísima Humanidad hasta que llegó á la edad perfecta, que es la que conocemos con el nombre de virilidad. Ahora bien; de sí mismo se deja entender que el cuerpo de los Pastores y Doctores en la Iglesia de Jesucristo no puede conseguir este fin, si Dios no los protege de una manera especial en el cumplimiento de este oficio, impidiendo con su brazo poderoso todo error doctrinal, que naturalmente habia de ser, no para edificacion, sinó para destruccion de los fieles cristianos. Sin este beneficio de la infalibilidad el magisterio católico quedaria, poco más ó ménos, en la misma categoría que el de los filósofos paganos, sin fuerza ni autoridad alguna; todo se reduciria á miserables luchas y contradicciones entre los diversos Pastores y Doctores; y en lugar de producirse en la Iglesia aumento de fe y conocimiento de Jesucristo en la unidad de las creencias, naceria, juntamente con la disolucion de esta

unidad, la pérdida continua de este mismo conocimiento, hasta que por fin se llegase al escepticismo pleno en las materias religiosas.

En verdad que para probar con hechos esta consecuencia, basada en la consideracion de nuestra flaca razon humana, falible ya de suyo y sujeta por otra parte á las corruptoras influencias de las pasiones, no necesitamos recurrir á tiempos muy remotos de los nuestros en la historia eclesiástica; bástanos abrir los ojos y mirar lo que actualmente está sucediendo en el protestantismo. En él no se ve sinó un hormiguero inmenso de errores que brotan sin cesar, engendrados los unos de los otros, apareciendo sucesivamente en la escena de este mundo con la rapidez del relámpago, para desaparecer del mismo modo. En el protestantismo no hay edificacion del cuerpo místico con el aumento progresivo del conocimiento de Jesucristo, llevado á cabo en la unidad de la fe, sinó una série continua de tumbos y revuelcos con que la humana razon camina á ciegas sin rumbo ni norte fijos, aprobando hoy lo que ha de rechazar mañana, y no teniendo nada cierto en el órden de las divinas verdades. Se ve allí mucho fuego, mucha actividad; pero fuego fátuo y actividad infructuosa, que no sirve sinó para destruir al momento la obra fabricada. ¡Cuán de otra manera procede la Religion católica con el magisterio infalible y sapientísimo del cuerpo de sus Obispos! Verdaderamente, con mucha razon podemos nosotros repetir de los Obispos católicos, al compararlos con los pastores de las sectas protestantes, aquello mismo que Horacio escribia en su *Arte poética* acerca del buen artista comparado con los malos:

> ¡Quanto rectius hic, qui nil molitur inepte!
> *¡Cuánto mejor lo hace éste, que nada edifica fuera de propósito!*

Nada fabrica en vano este venerable cuerpo, todo es sabiduría y prudencia celestial en sus definiciones conciliares. Á veces en estas asambleas, ántes de llegar al punto solemne de la definicion, ha habido grandes tempestades de disputas, movidas por las humanas pasiones para que se hiciese patente á la luz de todo el mundo, que en la discusion y exámen de las doctrinas habian gozado de la más completa libertad los deliberantes. Pero pasado el tiempo de la deliberacion y llegado el momento de definir, ¡qué tino tan admirable se ha observado siempre en el discernimiento de las doctrinas! ¡Qué armonía tan sorprendente de éstas con lo anteriormente determinado en otros concilios! En verdad que allí se ha visto cumplido al pié de la letra lo que con las citadas palabras enseña San Pablo acer-

ca del fin intentado por Nuestro Señor Jesucristo en la institucion del episcopado. Cada definicion dogmática es la colocacion de una nueva piedra sobre las que ya se hallaban artísticamente asentadas en el místico edificio de la Iglesia. Jamás se destruye allí nada de lo anteriormente fabricado; ántes de colocar la piedra en su lugar, se la trabaja y labra con particular esmero; luégo para encajarla definitivamente, se la compara mediante la segura plomada de la razon ilustrada por la fe con la parte del edificio ya construida; y entónces al ver que asienta perfectamente, se la deposita en su sitio correspondiente para no volverla á retocar jamás. Así es como crece el edificio con unidad y arte, con hermosura maravillosa y con solidez inquebrantable. Ciertamente al contemplar con los ojos de la inteligencia esta trabazon admirable que existe entre todos los dogmas del Catolicismo definidos por los diferentes concilios generales de la Iglesia, al ver cómo los unos se hallan tan conjuntos y enlazados con los otros, exigiéndose y explicándose mútuamente, perfectísimamente armonizados entre sí y exentos de toda sombra de error y de toda apariencia de oposicion, no obstante pertenecer todos ellos á materias tan abstrusas, tan múltiples y varias, donde es tan fácil tomar una idea por otra y caer en un laberinto de contradicciones; la mente, llena de estupor y arrebatada de tan grande maravilla, no puede ménos de prorrumpir en aquellas palabras de la Escritura: "Digitus Dei est hic[1]", *aquí está el dedo de Dios*, esta obra tan excelente y tan acabada no puede pertenecer á un arte puramente humano, los hombres no trabajan de esta manera, aquí sin duda alguna ha intervenido la poderosa diestra del Altísimo.

El tercer fin de Jesucristo en la institucion del episcopado finalmente, segun las citadas palabras del Apóstol, es para que los fieles *no sean ya niños fluctuantes, ni se dejen llevar acá y allá de todos los vientos de opiniones humanas por la malignidad de los hombres que engañan con astucia para introducir el error*. Puestos los fieles bajo la sabia é infalible direccion de sus pastores, y siguiendo con docilidad sus instrucciones, bien seguros están de no ser engañados por la malicia humana, que con astucia y maña los pretenda arrancar por medio de sus pestilentes doctrinas del redil de la Iglesia; en vano los agentes de Satanás procurarán llevarlos de error en error sin hacer asiento en ninguna parte. Mas si los pastores se muestran tan frágiles y miserables como sus ovejas en el discernimiento y

1 Éxodo, VIII, 19.

seleccion de los pastos saludables, si caen en error como sus súbditos, y andan zozobrando en el régimen y gobierno de la Iglesia, ¿qué confianza podrán inspirar á sus encomendados? ¿Cómo será posible que dejen de verse los cristianos puestos bajo su direccion y cuidado arrebatados acá y allá por todos los vientos de opiniones humanas?

No podía, pues, consentir Dios Nuestro Señor que en las cosas de la salvacion eterna tuviese jamás cabida error alguno en el cuerpo docente de su Iglesia, una vez que se habia propuesto conseguir en los fieles por medio de sus enseñanzas los tres fines arriba indicados. Así es que en términos expresos prometió Jesucristo á sus Apóstoles, y en ellos á cuantos les habian de suceder en el ministerio de apacentar, regir y gobernar la Iglesia, su asistencia sobrenatural con que quedasen preservados de todo error en esta materia. *Id, pues*, les dice al encomendarles la mision indicada, *y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado. Y mirad que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo*[1].

Encárgales primero que anuncien su Evangelio á las gentes, y que bauticen en el nombre de las tres divinas Personas á cuantos quieran entrar en el redil de su Iglesia. Añádeles que á los ya bautizados y hechos miembros de su místico cuerpo les enseñen á guardar cuantas cosas les habia Él encomendado, esto es, la pureza de la doctrina revelada y la santidad de la vida con la guarda de los divinos preceptos. Y para que no desconfien de sus débiles fuerzas en el cumplimiento de tan árdua y dificultosa empresa, les pone ante los ojos la continua asistencia que él les prestará en el desempeño de este oficio hasta el fin de los siglos, fortificando sus corazones contra todos los obstáculos que se les presenten, y preservando sus inteligencias de todo error en materia de doctrinas religiosas y morales.

La misma promesa les hacía, cuando poco ántes de su muerte les dijo estas palabras: *Si me amais, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro consolador, para que more siempre con vosotros el espíritu de la verdad á quien no puede recibir el mundo. El Consolador, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello*

1 Matt., XXVIII, 19-20

que yo os hubiere dicho [1]. El Espíritu Santo, espíritu de verdad, se dice que estará *siempre (in aeternum)* con los Apóstoles y con cuantos sucedan á los Apóstoles en el mismo oficio de apacentar y gobernar la Iglesia, enseñándoles y recordándoles todo aquello que Cristo predicó en este mundo. A causa de esta asistencia continua del Salvador y del Espíritu Santo, dice el Apóstol San Pablo que Jesucristo es *Esposo* de la Iglesia y *Cabeza* de este cuerpo místico. *Todas las cosas*, escribe á los Efesios, *puso* (el Padre) *bajo sus plantas*, *y lo ha constituido cabeza de toda la Iglesia*, *la cual es su cuerpo y en la cual aquel que lo completa todo en todos*, *halla el complemento de sus miembros* [2]. *Las casadas*, añade en la misma Epístola, *estén sujetas á sus maridos como al Señor*, *por cuanto es cabeza de la Iglesia*, *que es su cuerpo místico* [3].

Como cabeza, pues, de este cuerpo místico, y como superior nato de esta su querida Esposa, debe tomar á su cargo la direccion espiritual de la Iglesia, gobernándola y enseñándola de tal manera, por medio de sus ministros, que ninguna medida disciplinal ó doctrinal relativa á todo el cuerpo de los fieles conduzca de suyo á la destruccion de la misma Iglesia. Porque de lo contrario, este error, tanto en las cosas de la disciplina universal, como en las de fe y costumbres, sería con razon moralmente atribuido al mismo Jesucristo. Es decir que el Salvador, en razon de Esposo y superior de la Iglesia, cuida siempre de que sus pastores y doctores nada enseñen ni ordenen en materia de fe y de costumbres, que sea perjudicial á todo el cuerpo de los fieles cristianos.

De aquí es que el mismo Apóstol no duda en escribir á su discípulo Timoteo en órden á este mismo asunto, diciéndole resueltamente que la Iglesia *es columna y apoyo de la verdad*, " columna et firmamentum veritatis " [4]. Porque esta infalibilidad, comunicada por Dios al cuerpo docente de los Obispos unidos en fe y comunion con los sucesores de Pedro y mediante el magisterio de éstos á todo el cuerpo de los fieles, hace que toda la Iglesia en masa conserve firmísimamente la verdad enseñada por el Hijo del Eterno Padre, y que se mantenga siempre en la fe recibida, á pesar de todos los asaltos del infierno.

1 Joan., XIV, 15-26.
2 Ephes., I, 22-23.
3 *Ibid.*, V, 23-24.
4 I Timoth., III, 15.

Y esta misma infalibilidad tambien la prometió el divino Salvador cuando, despues de anunciar á San Pedro que sobre su Cátedra Apostólica como sobre firmísima é inquebrantable roca habia él de edificar su Iglesia, le dijo que *contra ella no prevalecerian nunca las puertas del infierno* [1].

Si el infierno con sus ardides lograra que el cuerpo docente de la Iglesia cayera en algun error concerniente á las cosas de la fe y costumbres, la Iglesia entera sería así engañada y vencida por el Padre de la mentira. Porque á los fieles corresponde, como simples ovejas que son del rebaño de Jesucristo, oir la voz de sus pastores, y seguirla con docilidad, no levantar cátedra contra ellos y ponerse á enseñarles las cosas de la Religion y convertirse en pastores suyos; y así, teniendo que obedecer al cuerpo docente en estas materias, y cayendo él en error, este mal se haria extensivo tambien á todos los cristianos é inficionaria á la universal Iglesia.

Así es que la Iglesia, tanto en los Concilios universales como fuera de ellos, ha mirado siempre como herejes ó cismáticos, enemigos de Dios é hijos abortivos del infierno, á todos cuantos no han querido someterse á los juicios y decretos del episcopado unido con la Cátedra de San Pedro. El primer Concilio celebrado por los Apóstoles en Jerusalen le ha servido siempre de norma para celebrar todos los demas; y por tanto, en sus definiciones doctrinales, no ménos que en sus medidas disciplinales, se ha creido siempre, á imitacion suya, asistida del Espíritu Santo. Como aquel primer Concilio han dicho despues todos los Concilios generales: *Nos ha parecido á nosotros y al Espíritu Santo, etc.* Y en consecuencia de esto todo el que despues no queria someterse á sus decisiones era considerado por la Iglesia universal como hereje ó cismático, segun fuese un punto doctrinal ó disciplinal la materia sobre que versaba su desobediencia.

En esto ciertamente no hacian otra cosa sinó cumplir al pié de la letra aquel mandato del Salvador que dice: *Si no oyere á la Iglesia, tenlo como un gentil y un publicano* [2], es decir, como un hombre perdido y puesto fuera de la Iglesia, despojado del hermoso ropaje de la gracia santificante y cubierto de vicios á la manera de los corrompidos publicanos. ¿Qué tribulaciones no tuvieron que padecer á veces los cristianos por esta causa, obstinándose los herejes en que

1 Matth., XVI, 18.
2 Idem, XVIII, 17.

habian de pertenecer á la Iglesia y persistiendo ésta en arrojarlos fuera de su seno? Basta recordar lo acaecido en tiempo de los arrianos. Estos malvados se empeñaban en destruir la fe de Nicea, alterando el símbolo que habia sido aprobado y decretado en aquel primer Concilio ecuménico. Para conseguir su intento, procuraron con diligencia lograr el auxilio de las potestades temporales; y desgraciadamente lo consiguieron en tanto grado, que llegaron á arrancar de la ciudad de Roma al Pontífice Liberio para que fuese conducido al destierro. Y no se contentaron con esto, sinó que al grande y esforzado San Atanasio, Patriarca de Alejandría, que era en aquella lucha el campeon más decidido de los católicos, lo persiguieron con todo género de atrocidades, haciéndole sufrir indecibles padecimientos, y vivir durante largo tiempo en el fondo tenebroso de un sepulcro para librarse de sus pesquisas. Aún más: echados de sus Sedes los obispos legítimos, pusieron por todas partes otros de su comunion, afectando siempre ser verdaderos cristianos y fieles discípulos de Jesucristo. Ya tenían todo cuanto podían desear; ya mandaban exteriormente en una grande multitud de iglesias. ¿Pero lograron con esto pervertir la fe de la verdadera Iglesia? De ninguna manera: la verdadera Iglesia sufria toda suerte de vejaciones por permanecer fiel á la doctrina y á los mandatos de su celestial esposo Jesucristo: los fieles, unidos á la Cátedra de Pedro y á todo el episcopado católico, se mantuvieron siempre firmes en no querer comunicar con los obispos arrianos, y con admirable fortaleza los trataron como á verdaderos herejes, mirándolos en todas partes como á emisarios del demonio. Otro tanto sucedió en los demás Concilios generales posteriores, y sucederá siempre hasta la consumacion de los siglos.

Lo que decimos de la Iglesia docente reunida en Concilio esto mismo se ha de entender tambien del magisterio por ella ejercido, hallándose esparcida por toda la superficie del globo. Los fieles han oido en todos tiempos sumisos su celeste voz, manifestándose prontos á seguir las amonestaciones de los obispos, siempre que las creian conformes á las enseñanzas del Pontífice romano. Donde quiera que se levantaba un novador, luego los obispos procedian contra él y contra sus secuaces en los Concilios particulares celebrados al efecto. Y si las resoluciones en ellos tomadas contra aquellos revoltosos no eran bastantes á aquietarlos, se llevaba la causa el Vicario de Jesucristo y sucesor de Pedro, y él ponia definitivamente término á la contienda; si no es cuando, teniendo por conve-

niente obrar de otro modo, hacia que se reuniese un Concilio universal, donde todos los obispos del orbe católico pudiesen dar su voto sobre el asunto, para que el error quedase confundido y deshecho de una manera mas gloriosa.

¿Y qué diremos de la íntima persuasion en que se hallaban los antiguos Padres en órden á la infalibilidad del Papa cuando, obrando como cabeza de la Iglesia, y en virtud de la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, comunicada al Apóstol San Pedro, da alguna definicion en materia de fe y de costumbres? Todos ellos, así griegos como latinos, la miraban como un dogma de fe evidentemente contenido en la tradicion y en las divinas Escrituras. "No conviene, escribe San Ireneo [1], buscar todavía entre otros la verdad que con facilidad puede ser tomada de la Iglesia, habiendo colocado en ella los Apóstoles como en rico depósito todo cuanto hay de verdad, para que todos cuantos quieran tomen de ella la bebida de la vida. Porque esta es la entrada de la vida: todos los demas son rateros y ladrones. Por lo cual es preciso evitarlos por una parte, y por otra amar con suma diligencia todo cuanto es de la Iglesia, siguiendo fielmente la tradicion de la verdad. Pues qué, si surgiera alguna disputa sobre alguna pequeña cuestion, ¿no deberíamos recurrir á las iglesias más antiguas, en que conversaron los Apóstoles y recibir de ellas, tocante á la cuestion mencionada, lo que es cierto y evidente?„ Orígenes, explicando aquellas palabras de San Mateo: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella:* "¿Quién es esta *ella?* escribe. ¿Es acaso la piedra sobre que edifica Cristo su Iglesia? ¿O es la misma Iglesia? Porque la locucion es ambigua. ¿O son, por ventura, la piedra y la Iglesia, como si fueran una y misma cosa? Esto último es lo que tengo por verdadero. Porque, *ni contra la piedra sobre la cual edifica Cristo su Iglesia, ni contra la Iglesia, prevalecerán las puertas del infierno* „ [2]. San Alejandro, obispo de Alejandría, expresaba tambien á principios del siglo IV este mismo pensamiento con las siguientes palabras: "Confesamos la existencia de Dios y de una sola Iglesia católica y apostólica, la cual en verdad es inexpugnable, aunque todo el mundo le mueva guerra, y saldrá vencedora de toda impía faccion de herejes que se levanten contra

1 S. Ireneo, lib. III, *Contra haeres.*, cap. IV, n. 1. (*Pat. gr.* de Migne, tom. VII, página 855.)

2 Orígenes, *in Matth.*, tomo XII, núm. II. (*Pat. griega* de Migne, tom. XIII, página 199.)

ella „ [1]. San Atanasio, que vivió por el mismo tiempo, para rechazar á los herejes, harto envalentonados en aquella época tan calamitosa, decia: " Basta responder á sus paradojas con estas palabras: *Estas cosas no son de la Iglesia católica, ni es esta la sentencia de los Padres* „ [2]. Y San Crisóstomo: " Nada, dice, hay más poderoso que la Iglesia: ¡Oh hombre! deja de moverle guerra; no consumas inútilmente tus fuerzas. No lleves la guerra al cielo... Si impugnas á la Iglesia, es imposible que venzas, porque Dios es más fuerte que todos „ [3]. San Isidoro Pelusiota, explicando las ya citadas palabras de San Mateo, escribe: " Por las puertas del infierno entiende Cristo las reuniones de los hombres impíos y las blasfemias de las herejías, las cuales cosas todas quebranta y expugna la Iglesia haciéndoles resistencia, sin que pueda ser vencida „ [4].

Y si de los griegos pasamos á los latinos, hallaremos á un San Cipriano escribiendo en su excelente libro *De la unidad de la Iglesia*, que *la Esposa de Cristo no puede cometer adulterio*, porque *está siempre intacta en su pudor virginal*; que *no conoce sinó una sola casa, y guarda con casto pudor la santidad de un solo lecho* [5]; que *á la Sede Romana no puede llegar la perfidia del error* „ [6]. Oiremos además á un San Jerónimo explicarse en los mismos términos que San Atanasio y decir que, *sin necesidad de razonamiento alguno, pueden todas las herejías ser abrasadas con el sol ardiente de la Iglesia* [7]. Este mismo doctor nos hará observar que *la Iglesia ha de ser en verdad trabajada con persecuciones hasta el fin del mundo; pero que jamás podrá ser vencida, porque Dios es quien sobre esto ha empeñado su palabra* [8]. Y ¿qué diremos de San Agustin, de este filósofo profundo, de esta águila de los doctores, que con tan alta penetracion ha expuesto las doctrinas cristianas? En varios lugares profesa abiertamente esta infalibilidad, dándola por una cosa tan cierta y averiguada, que el pensar lo contrario lo tiene por la mayor locura del mundo. En el sermon primero del Símbolo, ex-

1 S. Alexand., en la *Epist. de ariana haeresi ad Alexandrum Constantinopolitanum*, núm. 12.

2 S. Atanasio, *Epist. ad Epictetum Corinth. episc.*, núm. 3.

3 S. Crisóstomo, *Homil. ante exil.*, núm. 1.

4 S. Isidoro Pelusiota, lib. I, epist. 238.

5 S. Cipriano, lib. *De Unitate Ecclesiae*, núm. 6.

6 Idem, *Epist. 55 ad Cornelium contra Felicissimum et Fortunatum.*

7 S. Jerónimo, *Diálogo contra los luciferianos*, núm. 27.

8 Idem, *Commentar. in Amos*, lib. III, cap. IX.

plicando aquellas palabras, *la Santa Iglesia*, se expresa en estos términos: " El templo santo de Dios es la misma Iglesia verdadera, la Iglesia católica, que pelea contra todas las herejías. Ella puede ser combatida, pero nunca jamás vencida. De ella salieron todas las herejías como sarmientos inútiles cortados de la vid; pero ella permanece en su raíz, en su vid, en su caridad. Las puertas del infierno no la vencerán " [1]. En el libro primero contra Cresconio, cap. XXXIII, escribe: " Es tenida por nosotros la verdad de las Escrituras, cuando hacemos lo que ya de antemano viene aprobando la Iglesia, la cual por la autoridad de las mismas Escrituras es recomendada, para que, no pudiendo inducir á error la Escritura, todos cuantos en la oscuridad de esta cuestion temen equivocarse, consulten á aquella Iglesia, que sin ambigüedad alguna es designada por la Escritura. " Y en la epístola 118 [2], respondiendo á Januario sobre ciertas preguntas que le habia hecho, le da esta regla general para que sepa lo que debe pensar en toda materia religiosa. " A esto respondo, le dice, que si alguna de estas cosas está prescrita por la autoridad de la divina Escritura, no cabe duda sinó que debe ser hecha en la misma forma designada; de suerte que, en tal caso, ya no cabe cuestion alguna sobre el modo en que la tal cosa ha de ser hecha, sinó solamente sobre los misterios en ella encerrados. *Otro tanto debe observarse cuando esta es la práctica de la Iglesia universal. Porque por esto mismo seria una insolentísima locura el disputar sobre si debe obrarse ó no de esta manera.* " Es inútil multiplicar más los testimonios: como éstos, sin embargo, podrian traerse hasta lo infinito; que no podia ser otra cosa, hablando de ello con tanta evidencia las Santas Escrituras, segun sabiamente observa San Agustin en las palabras poco há citadas.

Si queremos ahondar ahora algun tanto en la naturaleza de este importantísimo dogma de la Religion cristiana, y considerar la manera con que Dios Nuestro Señor comunica á su Iglesia esta su infalibilidad en lo tocante á la salvacion eterna, bien pronto hallaremos que los simples fieles, en tanto participan de esta hermosa prerrogativa, en cuanto se unen y adhieren al magisterio divino del Episcopado, y que éste tambien á su vez recibe de la divina sabiduría este precioso don, por cuanto comunica y se hace una misma cosa, en el oficio de enseñar y gobernar la porcion del rebaño con-

1 S. Agustin, *Sermon I de Symbolo*, cap. VI. (Ed. maur., tom. VIII, pág. 1,607.)
2 Idem, *Epist.* 118 *ad Januarium*, cap. V. (Edic. maur., epist. 54.)

fiado á su cuidado, con el Pontífice romano, sucesor de San Pedro en el Primado y Vicario de Jesucristo aquí en la tierra. Por lo que toca á las relaciones que en las cosas de la Religion deben mediar entre los simples fieles y los Obispos, ya hemos hecho ver en este mismo capítulo cuál ha sido la mente é intencion de nuestro divino Salvador: el Obispo debe ser el modelo y dechado perpétuo del rebaño confiado á su vigilancia, y éste se halla obligado á seguir con docilidad las instrucciones, consejos, exhortaciones y mandatos de su pastor respectivo. Por eso miéntras al Obispo se le dice que *guarde el depósito de la doctrina recibida de Dios* [1], que *predique la divina palabra*, que *inste á tiempo y fuera de tiempo, reprenda, ruegue y amoneste con toda paciencia y doctrina* [2]; que *apaciente la grey de Dios encomendada, teniendo cuidado de ella, no por fuerza, sinó de voluntad segun Dios, ni por amor de vergonzosa ganancia, mas de grado, ni con algun aire de soberbio señorío sobre la clerecía, sinó hecho dechado de la grey con toda sinceridad* [3], y otras cosas á este tenor; á los simples fieles se les amonesta que *obedezcan con humildad y sumision á sus Prelados, estándoles sujetos* [4], y que *guarden y hagan todo cuanto ellos en sus instrucciones les encomienden* [5], seguros de que *quien desprecia y no atiende á los enviados de Jesucristo, desprecia y desatiende al mismo Jesucristo, y á su Padre celestial* [6]. En conformidad de lo cual, los Padres tambien enseñan que *la Iglesia está en el Obispo, y el Obispo en la Iglesia; de suerte que quien no está con el Obispo, tampoco está en la Iglesia* [7]; que *no es Iglesia la que no tiene sacerdotes* [8]; que *el consentimiento de todos los Obispos es la fe de la Iglesia católica* [9]; que *la palabra* Iglesia, *finalmente, en aquel texto de San Mateo,* Dilo á la Iglesia[10], *segun el cual se manda á los cristianos dar aviso de los pecados perjudiciales á la Cristiandad, cometidos por cristianos que de ellos no quieren enmendar-*

1 I ad Timoth., VI, 20.
2 II ad Timoth., IV, 2.
3 I Petr., V, 2-3.
4 Hebr., XIII, 17.
5 Matth., XXIII, 3.
6 Luc., X, 16.
7 S. Cipriano, *Epist.* 69.
8 S. Jerónimo, *Diálogo contra los luciferianos*, num. 21.
9 S. Cirilo Alejand., *Epist. synod. ad Nestorium.*
10 Matth., XVIII, 17.

se. significa, no la colectividad entera de los fieles, sinó únicamente el Prelado ú Obispo superior de aquella iglesia particular en que el pecado se comete [1].

Y pasando de esta consideracion á las relaciones que deben mediar entre el cuerpo Episcopal de toda la Cristiandad y el sucesor de San Pedro en órden á la participacion de la citada prerrogativa, no cabe la menor duda sinó que la Cátedra de Pedro es á todas las demas lo que cada una de ellas es á su rebaño respectivo. Jesucristo nos lo ha manifestado en términos claros y explícitos, que no admiten réplica ni tergiversacion alguna. En el Evangelio de San Mateo [2] nos dice que el edificio de su Iglesia habia de estar asentado sobre la roca inmóvil é inquebrantable de la Sede de Pedro, significándonos con esta metáfora que la Sede Apostólica del Príncipe de los Apóstoles habia de hacer en la Iglesia universal, con la asistencia particular y sobrenatural del Espíritu Santo, el mismo oficio que en una casa desempeñan los fundamentos, á saber: darle firmeza y solidez, mantenerla en la unidad de la fe y de la verdadera doctrina, y sacarla victoriosa de todo asalto que el infierno pretendiese dar contra ella, con sus persecuciones sangrientas y con sus errores perniciosos.

Y esto mismo tambien quiso dar á entender el divino Fundador cuando, al anunciar á sus Apóstoles en la noche de su Pasion los tormentos y muerte que iba á sufrir por la redencion del humano linaje, y cómo todos ellos le habian de abandonar, dejándole en manos de sus enemigos, y Pedro habia de cometer la villanía de negarle, dijo á este último: *¡Simon, Simon! Mira que Satanás va tras de vosotros para zarandearos como trigo; mas yo he rogado por ti, á fin de que tu fe no perezca; y tú, cuando te conviertas y arrepientas, confirma en ella á tus hermanos* [3]. La perseverancia é inmovilidad en la fe y en todas las demas verdades concernientes á la salvacion eterna, esto es lo que pidió y obtuvo Nuestro Señor Jesucristo de su Eterno Padre para su Apóstol y para todos los demas Obispos que en la série de los tiempos le habian de suceder en el oficio de apacentar á los fieles, y de regir la universal Iglesia. Por eso encargó á San Pedro, y en él á todos sus sucesores, que, conociendo en sí mismo por su propia experiencia lo flaco que es el

1 S. Crisóstomo, Teofilacto, Eutimio, etc., etc.
2 Matth., XVI, 18.
3 Luc., XXII, 31-32.

hombre en las cosas de Religion abandonado á sus propias fuerzas, cuidase de confirmar á sus hermanos en la fe, para que esto mismo hiciesen despues los demas Vicarios.

Por donde se ve que los sucesores de San Pedro en el Primado han recibido de Jesucristo la firmeza de la fe juntamente con la mision de comunicar esta misma prerrogativa á todos los Obispos de la Cristiandad, atrayéndolos á sí, unificándolos en sus enseñanzas, produciendo en toda la pluralidad de los doctores católicos la magnífica unidad de un solo magisterio, cosa tan necesaria en la Iglesia para preservarla de los cismas y de las herejías. Es decir, que los Obispos, en el magisterio cristiano, son infalibles por la union y comunicacion que deben tener en la doctrina con la Cátedra de Pedro, y ésta es verdadero centro de unidad con respecto á todos ellos, no ménos que respecto de todos los demas fieles de la Cristiandad entera.

En tres ocasiones durante su vida pasible habia hablado Jesucristo á San Pedro acerca de esta celestial prerrogativa; la *primera*, cuando le recibió en su compañía, mudándole el nombre de Simon en el de *Pedro*, para indicarle que tenia formada ya su resolucion de conferirle el Primado de su futura Iglesia; la *segunda*, cuando le prometió abiertamente que sobre él, como sobre firmísima roca, habia de edificar el edificio de su reino espiritual, cuyo fundamento y base habia de ser la Sede Apostólica de Pedro, reinando siempre en ella este Apóstol sobre toda la Cristiandad, por medio de sus sucesores, hasta el fin de los siglos; la *tercera*, finalmente, estando ya próximo á la muerte, cuando como á Pastor universal que habia de ser de todas sus ovejas, le encomendó el cuidado de confirmar á sus hermanos en la fe hasta que volviesen á verle glorioso y resucitado.

Pasada ya la deshecha tormenta de sus tribulaciones, y salido que hubo triunfante del sepulcro en la forma anunciada de antemano, cumplió á sus discípulos la palabra que les habia dado de volverles á ver, apareciéndoles repetidas veces y *hablando con ellos por espacio de cuarenta dias acerca del reino de Dios* [1], ó sea de la forma y trazas que habian ellos de guardar en el establecimiento y gobierno de su Iglesia. Entónces fué cuando cumplió tambien á San Pedro la promesa que le tenia hecha de nombrarle Jefe supremo de esta Iglesia, cometiéndole el encargo de apacentar las ovejas y los corderos de su futura grey, ó sea la universalidad de los fieles, hasta

1 Act., 1, 3.

que viniese al fin de los siglos á juzgar á los hombres, dando á cada uno de ellos su merecido. Y para ponderarle así la suma y alta importancia del oficio que le encomendaba, como el abrasado amor y celo que para ejercerle cual conviene se necesita, le preguntó tres veces si le amaba; y si le amaba, no con un amor vulgar y comun, cual puede ser bastante en la generalidad de los cristianos, ni con un grado de excelencia propio de los ordinarios Pastores, sinó con un ardor excelentísimo, superior al de todos los demas y proporcionado á la naturaleza de la mision que le encomendaba. Porque no le daba un encargo cualquiera, sinó que le constituía Pastor universal de su rebaño, para apacentar las ovejas y los corderos, sin excepcion de ninguna clase; para confirmar en la fe á sus hermanos; para atar y desatar á su arbitrio en su reino; para sostener, en una palabra, con su doctrina, amonestaciones y preceptos, la unidad del cuerpo místico de su Iglesia. Hé aquí cómo narra este suceso el apóstol San Juan en el último capítulo de su Evangelio: *Acabada la comida, dice Jesus á Simon Pedro: "Simon, hijo de Juan, ¿me amas tú más que estos?" Dícele: "Sí, Señor, tú sabes que te amo." Dícele: "Apacienta mis corderos." Segunda vez le dice: "Simon, hijo de Juan, ¿me amas?" Respondióle: "Sí, Señor, tú sabes que te amo." Dícele: "Apacienta mis corderos." Dícele tercera vez: "Simon, hijo de Juan, ¿me amas?" Pedro se contristó de que por tercera vez le preguntase si le amaba, y así respondió: "Señor, tú lo sabes todo; tú conoces bien que yo te amo." Díjole Jesus: "Apacienta mis ovejas."*

Con tan manifiestos testimonios de la Escritura, no es de admirar que los antiguos Padres, así en los Concilios universales como fuera de ellos, profesaran esta infalibilidad de la Sede Apostólica como uno de los dogmas cristianos. Así, oiremos á Orígenes decir que *ni contra la Iglesia, ni contra la Cátedra apostólica que le sirve de fundamento, prevalecerán jamás las puertas del infierno* [1]; y San Epifanio nos repetirá lo mismo [2]; y San Leon añadirá que *sólo el Anticristo ó el demonio se atreverá á conmover la inexpugnable firmeza de esta piedra, en vista de tan terminantes promesas del Salvador* [3]. San Agustin, para refutar á los donatistas, escribirá que *lo*

1 Orígenes, *in Matth.*, tomo XII, núm. II. (*Pat. gr.* de Migne, tomo XIII, página 199.)

2 S. Epifanio, *Ancorato*, núm. 9.

3 S. Leon, *Epist.* 75 *ad Leonem Augustum*, cap. II. (Edic. de Migne, *Epist.* 156.

Sede de Pedro es la piedra que no vencen las puertas del infierno [1]; y para apartar á los fieles de la herejía pelagiana, les dirá que *Roma ha dado ya su fallo contra ella, y que, por tanto, la causa está ya terminada* [2]. Y San Máximo [3], y Teodoro Studita [4], y Juan, Patriarca de Constantinopla [5], y San Pedro Damiano [6], y el Crisólogo [7]; y San Ignacio Constantinopolitano [8], y Posesor, obispo de Africa [9], y otros ciento, se expresarán en los mismos ó equivalentes términos.

San Ambrosio resumirá todas estas sentencias en una simple fórmula, diciendo: " Él mismo es quien me dijo: " Tú eres Pedro, etc., Donde, pues, está Pedro, allí está la Iglesia, y donde está la Iglesia, allí no hay muerte alguna [10]. " San Jerónimo será más enérgico todavía, y llamará al Pontífice romano *piedra de la fe* [11]; y San Crisóstomo usará este mismo lenguaje diciendo que *la Sede romana es base inmoble de la fe* [12]; y el Concilio general IV ampliará esta misma idea, diciendo que el *Pontífice de Roma es diamante de la fe, de suerte que no puede ser vulnerada su mente con las acometidas y conflictos de las opiniones ajenas á la verdad católica* [13]. El Concilio Constantinopolitano IV confesará explícitamente que *en la Sede Apostólica todos los dias se está cumpliendo con los hechos aquella promesa de Cristo hecha á su primer Obispo el Príncipe de los Apóstoles, en órden á la perpétua incorruptibilidad de su doctrina;*

1 S. Agustin, *in Ps. contra partem Donati*. (Opp., tom. XII, pág. 30. ed., Migne.)

2 El mismo, serm. 2, *De verbis Apostoli*, cap. X.

3 S. Máximo, *Epist. ad Marinum. (Patrol. griega* de Migne, tom. XCI, pág. 138.)

4 Teodoro Studita, *Epist.* 63 *ad Naucratium.* (Migne, *Patrología griega*, tomo XCIX.)

5 Juan Obispo Constant., *Libello ad Hormisdam.* Hállase entre las Cartas de este Papa. (Migne, *Patr. latin.*, tom. LXIII, y I de las *Obras de Boecio*, pág. 443.)

6 S. Pedro Damiano, *Opusc.* 38, cap. I (Migne, *Patr. lat.*, tom. CXLV, pág. 634.)

7 S. Pedro Crisólogo, *Epist. ad Eutychen.* (Migne, *Patr. lat.*, tom. LIV, página 740.)

8 S. Ignacio Constant., *Epist. ad Nicolaum.* (Encuéntrase en la Coleccion de Concilios de Harduino, *Concil. Constantinopol.*, IV, act. I, tom. V, pág. 791.)

9 Posesor, obispo de Africa, *Epist. ad Hormisdam.* (Migne, *Patr. lat.*, tom. LXIII, página 489.)

10 S. Ambrosio, *in Psalm.* 40, núm. 30.

11 S. Jerónimo, *Epist.* 15 *ad Damasum*, núm. 2.

12 S. Crisóstomo, *Homilia in illud* II *ad Timoth.* III. I. *In novissimis diebus*, etc. (*Patr. griega* de Migne, tom. LVI, pág. 275.)

13 Concilio IV, *Prosphonetico.* (Encuéntrase en la Coleccion de Harduino, tom. III, pág. 1419. A.)

porque en ella siempre se ha conservado inmaculada la Religion y celebrado la doctrina santa [1].

Sería nunca acabar, si hubiéramos de referir uno por uno todos los testimonios de la antigüedad con que viene expresada claramente la fe de la Iglesia universal sobre este asunto. Basta añadir á los dichos los de San Ireneo, San Cipriano, San Jerónimo y San Agustín, varones notabilísimos no ménos por su ciencia y por su erudicion que por su santidad excelsa. El primero de ellos se expresa de este modo tocante á la Iglesia romana: " A esta Iglesia, por razon de su principal primacía, es necesario se una toda la Iglesia universal, esto es, todos los fieles del universo; en ella ha sido siempre conservada por todos los indivíduos de la Cristiandad la tradicion que viene de los Apóstoles " [2]. San Cipriano, escribiendo al Papa Cornelio contra Felicísimo y Fortunato, le dice: " Se atreven á navegar y llevar de los cismáticos y profanos cartas á la Cátedra de Pedro, donde ha tenido origen la unidad sacerdotal; y no piensan que los romanos son tales, que su fe ha sido alabada por el mismo apóstol San Pablo, y que en ellos la perfidia no puede tener entrada " [3]. Y San Jerónimo: " Entre vosotros solos, escribe al Pontífice San Dámaso, se conserva incorrupta la herencia de los Padres: vosotros sois la luz del mundo; vosotros la sal de la tierra; á tu Beatitud, esto es, á la Cátedra de Pedro, me uno en comunion: sé que sobre esta piedra ha sido edificada la Iglesia. Quien quiera que no agrega contigo, esparce; esto es, el que no es de Cristo es del Anticristo. Decretad, si gustais, y no temeré decir tres *hipóstasis* " [4]. Finalmente el grande obispo de Hipona escribia tambien diciendo: " En las palabras de la Sede Apostólica es tan antigua y fundada, tan cierta y clara la fe católica, que á ningun cristiano católico es lícito dudar en ella " [5].

La misma práctica constante de la Iglesia manifiesta muy á las claras la persuasion íntima en que ha vivido siempre en órden á la existencia de esta prerrogativa en la Cátedra romana. En los tres primeros siglos fueron condenadas muchas herejías por los romanos

1 Concilio Constant. IV, act. I. (En la Coleccion de Harduino, tom. v, página 773, E.)

2 S. Ireneo, lib. III *adv. haeres.*, cap III.

3 S. Cipriano, *Epist.* 55 *ad Cornelium contra Felicis. et Fortunat.*

4 S. Jerónimo, *Epist.* 15 *ad Damas.*, núm. 2. (*Patr. lat.* de Migne, tom. XXII, página 355.)

5 S. Agustin, *Epist.* 157, núm. 23. (Edic. Maur., 190.)

Pontífices, sin Concilio alguno que para ello se reuniese; de suerte que pudo escribir con entera verdad San Agustin: "Son mucho mayores en número sin comparacion las herejías que han sido condenadas fuera de los Concilios que en los mismos Concilios" [1]. Y su condenacion fué absoluta é irrefragable; puesto que, una vez reprobada su doctrina por la Sede Apostólica, reprobada quedó para siempre, sin que ninguno osase poner correccion á este juicio. Y su fuerza de obligar no la recibia del consentimiento de la Iglesia universal, porque la sentencia del Papa comenzaba á producir su efecto inmediatamente despues de proferida, y ántes que pudiese tener de ella conocimiento toda la Cristiandad. Así fueron condenados los sectarios de Cerdon y Valentino el año 155 por el Papa Higinio, segun escribe Eusebio Cesariense [2]; los de Teodoto en 196, por el Papa Víctor, segun testimonio del mismo historiador [3]; los de Montano en 215, por el Pontífice Zeferino, como consta por relacion de Tertuliano [4]; los de Novato en 254, por el Papa Cornelio [5], y los de Paulo Samosateno en 273, por el Papa Félix [6].

Y no podía ser otra cosa, considerada la naturaleza de la fe, pues ésta exige, por parte de los fieles que la han de recibir, un criterio cierto é infalible, para poder ser discernida de las falsas doctrinas; y ademas, que este criterio sea universal, permanente y de rápida accion, para que con prontitud se pueda atender á las necesidades de la Iglesia difundida por todas las partes del globo. ¿Qué sería de la cristiandad si, para apagar el incendio levantado por la herética pravedad en alguna parte del mundo, hubiera de ser consultada primero toda la Iglesia, dejándolo entre tanto propagarse libremente?

La Iglesia de Jesucristo no hubiera sido sabiamente edificada, siendo colocada la fuente de la infalibilidad en la colectividad de los fieles, ó si se quiere, en la de los mismos Obispos. Este don divino habia de ser trasfundido y comunicado á todo el cuerpo, partiendo de un centro comun, que le diese la unidad en la profesion de su fe y en la práctica de las virtudes cristianas. Por eso el gran Padre de la Iglesia San Jerónimo, queriendo dar razon de las causas que movieron á Nuestro Señor Jesucristo á establecer el Primado, dice

1 San Agustin, lib. IV *ad Bonif.*, cap. ult.
2 Eusebio, *hist.*, lib. I, cap. X.
3 Idem, lib. V, cap. XXVII.
4 Tertuliano, *libro de Jejunio*, cap. I.
5 Eusebio, lib. VI, cap. XLIII.
6 San Cirilo, en la *Apología de sus Anatematismos*, anatem. VI.

estas notables palabras: " Aunque sobre todos los Apóstoles está igualmente asentada la firmeza de la Iglesia, sin embargo, entre los doce es elegido uno, para que, con el establecimiento de un superior ó cabeza, se quitase la ocasion del cisma „ [1]. Y en el *Diálogo contra los luciferianos* decia: " La salud de la Iglesia está cifrada en la dignidad del Sumo Sacerdote, sin cuya potestad extrema y por todos reconocida, habria tantos cismas cuantos son los sacerdotes „ [2]. Y San Cipriano: " Dotados, escribe, estaban ciertamente todos los demas Apóstoles de un honor y potestad iguales á los de Pedro; pero la colectividad procede de la unidad, y es dado á Pedro el Primado, para que la Iglesia se muestre una „ [3]. El mismo Santo, escribiendo al Papa Cornelio, le dice: " Todas las herejías y todos los cismas han tomado su orígen de no guardar la obediencia debida al Sacerdote de Dios, y de no considerar que existe en la Iglesia un Sacerdote y Juez visible para que haga las veces de Nuestro Señor Jesucristo „ [4].

La prerrogativa, pues, del Primado, fué instituida por Jesucristo para que la Iglesia tuviese unidad en la profesion externa de su fe y en las prácticas religiosas del culto, que habian de ser comunes á todos los cristianos. Esto es lo que intentaba significar el Santo Obispo de Cartago, cuando escribia que la institucion divina del Primado tiene por objeto hacer que la Iglesia muestre al exterior la unidad interna de que está animada con las virtudes sobrenaturales de la fe, de la esperanza y de la caridad, las cuales deben informar á todos y cada uno de los miembros del cuerpo místico de Jesucristo. La Iglesia muestra al exterior esta su unidad con la profesion externa de su fe, y con el uso tambien externo de los Sacramentos instituidos por nuestro divino Salvador; y tanto el uno como la otra deben ser regulados por el sucesor de Pedro, Vicario de Jesucristo aquí en la tierra. Y para que, guiada y dirigida la Iglesia por un pastor naturalmente flaco y falible, no diese consigo en el abismo de los errores contrarios al dogma y perjudiciales al bien espiritual

1 San Jerónimo, lib. 1, *contra Jovinianum*, núm. 26.

2 " Ecclesiae salus in summi sacerdotis dignitate pendet, cui si non exsors quaedam et ab omnibus eminens tribuatur potestas, tot in Ecclesia schismata orientur, quot sacerdotes. „ (Id., *ibid.*)

3 San Cipriano, lib. *de Unit. Eccles.*, núm. 4.

4 " Neque enim aliunde haereses obortae sunt aut nata sunt schismata, quam dum sacerdoti Dei non obtemperatur, nec unus in Ecclesia ad tempus sacerdos et ad tempus judex vice Christi cogitatur. „ (Idem, *Epist. 55 ad Pap. Cornel.*)

que ella busca, dió Cristo la infalibilidad á este su Pastor y Vicario en las doctrinas pertenecientes á la salvacion eterna; con lo cual cumplió al pie de la letra aquello que en la persona de sus discípulos habia prometido á la Iglesia entera diciendo: *Mirad que estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion del siglo* [1].

Jesucristo está efectivamente en su Vicario, rigiendo y gobernando á toda la Iglesia, inspirándole medidas sabias y prudentes para el gobierno de su espiritual rebaño, y preservándolo de todo error en todos los actos propios de su oficio pastoral, ora relativos á la fe y costumbres, ora á los derechos y disciplina universal de la Iglesia. Sin esta asistencia especialísima los Pontífices de Roma, al cabo de tantos siglos y con tanta variedad de cuestiones doctrinales tan abstrusas como en ellos se han agitado, no hubieran dejado de pagar á la flaqueza humana el tributo que vemos rendirle todos los hombres; se hubieran equivocado como todos los demas Obispos de las otras cátedras cristianas. Este tributo no lo ha rendido jamás la Sede de Pedro; de ella podemos repetir hoy dia aquellas mismas palabras proferidas por los Padres del Concilio IV de Constantinopla y VIII de toda la cristiandad en el último tercio del siglo IX, las cuales dejamos escritas más arriba: " Lo que Jesucristo dijo de la Sede de Pedro: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra*, etc., lo vemos comprobado con los hechos. Porque en esta Sede Apostólica siempre se ha conservado inmaculada la Religion católica, y se ha celebrado la doctrina santa. „

Quiera el Señor en su infinita misericordia herir con un rayo de su luz soberana á los innumerables que andan extraviados fuera del camino de la verdad, para que vean claramente lo que con su ceguera más ó ménos culpable no pueden reconocer. La existencia del divino Espíritu en la Iglesia católica, de ese Espíritu de verdad y santidad, *que no puede recibir el mundo, porque ni lo ve ni lo conoce* [2] *y porque todo él está poseido del mal espíritu* [3] ó sea del demonio, es un hecho sensible y palpable á todos los hombres de buena voluntad. La infalibilidad del Vicario de Jesucristo en sus actos pastorales relativos á las doctrinas de la fe, de las costumbres y de los derechos de la Iglesia, es cosa tambien tan manifiesta, que no puede ser negada sinó por quien voluntariamente ciego no quiere cono-



1 Matth., XXVIII, 20.
2 S. Juan, XIV, 17.
3 I Joan., V, 19.

cerla. Los racionalistas de nuestros tiempos se obstinan, como los judíos en tiempo de Jesucristo, en amar más las tinieblas que la luz *por cuanto sus obras son malas; pues quien obra mal, aborrece la luz, y no se arrima á ella para que no sean reprendidas sus obras* [1]. Quieren vivir y gobernarse á su antojo sin cuidarse de las cosas de la otra vida, y sin tener que sufrir las amorosas amonestaciones de un Padre que reprenda sus locos extravíos. Les causa hastío la Religion purísima y sobrenatural de Nuestro Señor Jesucristo, porque están enamorados de su *naturalismo* en Filosofía, de su *naturalismo* en Religion y de su *naturalismo* en Política; tres naturalismos que constituyen la esencia de la Revolucion, y en que se halla recapitulada toda la malicia y perversidad del Príncipe de las tinieblas. Cristianos: guardaos de estos tres naturalismos. Ellos son los *ídolos* de nuestros dias, las formas engañosas que en estos últimos tiempos han tomado las antiguas divinidades paganas.

Séame lícito por tanto concluir estas toscas páginas con aquellas palabras del apóstol San Juan [2], que me parecen sumamente acomodadas á este propósito: *Toda prevaricacion es pecado; mas hay un pecado que acarrea sin remedio la muerte eterna. Sabemos que todo aquel que es hijo de Dios no peca; mas el nacimiento que tiene de Dios por la gracia le conserva, y el maligno espíritu no le toca. Sabemos que somos de Dios, al paso que el mundo todo está poseido del mal espíritu. Sabemos tambien que vino el Hijo de Dios, y nos ha dado discrecion para conocer al verdadero Dios y para estar en su Hijo verdadero. Este es el verdadero Dios y la vida eterna, que esperamos. Hijitos mios, guardaos de los ídolos. Así sea.*

1 I Joan., III, 19-20.

2 Idem, *ibid.*, V, 17-21.

ÍNDICE

PÁGINAS.

INTRODUCCION

CAPITULO PRIMERO

La ciencia verdadera y la ciencia moderna.

CAPITULO II

El Catolicismo y la ciencia tocante al criterio de la verdad.

PÁGINAS.

CAPITULO III

El Catolicismo y la ciencia tocante á la idea de Dios.

CAPITULO IV

Vanas cavilaciones de Draper sobre la doctrina del capítulo precedente.

CAPITULO V

El Catolicismo y la ciencia tocante á lo sobrenatural.

CAPITULO VI

Realidad histórica de los milagros obrados en el establecimiento del cristianismo: vanas observaciones de Draper sobre esta materia.

PÁGINAS.

CAPITULO VII

Conformidad de los misterios del Catolicismo con la sana razon.

CAPITULO VIII

Falso orígen atribuido á los misterios de la religion cristiana por los racionalistas.

CAPITULO IX

Otros orígenes atribuidos falsamente por los racionalistas á los dogmas cristianos.

CAPITULO X

Falsísima imputacion hecha por Draper á la religion católica de haberse paganizado con el advenimiento de Constantino.

CAPITULO XI

Continúa la misma materia que en el precedente. — Demuéstrase cómo la Iglesia nada ha innovado jamás en los sagrados dogmas.

PÁGINAS.

CAPÍTULO XII

El Catolicismo y la ciencia tocante á la idea del mundo.

CAPÍTULO XIII

El Catolicismo y la ciencia moderna tocante al origen del mundo.

PÁGINAS.

CAPITULO XIV

El Catolicismo y la ciencia respecto á la antigüedad del mundo y particularmente de la tierra.

CAPÍTULO XV

El Catolicismo y la ciencia en órden al fin de la creacion del mundo.

PÁGINAS.

CAPÍTULO XVI

Imaginada victoria de la ciencia contra la Religion acerca del movimiento de la tierra.

CAPITULO XVII

El Catolicismo y la ciencia respecto al diluvio.

PÁGINAS.

CAPITULO XVIII

La Religion y la ciencia respecto á la Providencia de Dios en el gobierno del mundo.

PÁGINAS.

CAPITULO XIX

Prosigue la materia del capítulo anterior. Refútase la falsa doctrina de M. Julio Simon sobre el influjo de la oracion.

CAPITULO XX

Idea general acerca de la naturaleza del hombre.

CAPITULO XXI

El Catolicismo y la ciencia respecto de la naturaleza del alma humana.

PÁGINAS.

CAPITULO XXII

El Catolicismo y la ciencia respecto al orígen y destino del alma humana.

CAPITULO XXIII

Doctrina de la Iglesia respecto al orígen del hombre.

PÁGINAS.

CAPITULO XXIV

Doctrina del transformismo acerca del origen del hombre.

CAPITULO XXV

Falsedad de los principios generales en que se apoya el transformismo materialista para atribuir al hombre un orígen puramente terreno.

CAPITULO XXVI

Respóndese á las principales objeciones de los transformistas.

PÁGINAS.

CAPITULO XXVII

Recházase el orígen terreno del hombre con la consideracion de la sola estructura del cuerpo humano.

CAPITULO XXVIII

Recházase el orígen terreno del hombre con la consideracion de sus caractéres intelectuales, religiosos y morales.

PÁGINAS.

CAPITULO XXIX

Unidad de la especie humana.

CAPITULO XXX

Unidad de origen del género humano.

PÁGINAS.

CAPITULO XXXI

El Catolicismo y la ciencia en órden á la antigüedad del hombre. — Examínanse los documentos históricos y los argumentos geológicos de los prehistóricos.

PÁGINAS.

PÁGINAS.

CAPITULO XXXII

Prosigue la materia del capítulo precedente. Examínanse los argumentos arqueológicos de los prehistóricos.

CAPITULO XXXIII

Prosigue la misma materia. Discútense los argumentos paleontológicos de los prehistóricos.

PÁGINAS

CAPITULO XXXIV

Concluye la materia relativa á la antigüedad del hombre. Discútense los argumentos antropológicos de los prehistóricos. Cronología de la Biblia.

PÁGINAS.

CAPITULO XXXV.

El Catolicismo y la ciencia tocante al poder civil.

PÁGINAS.

CAPITULO XXXVI

El Catolicismo y la ciencia en órden á las relaciones que median entre la razon y la fe.

PÁGINAS

CAPITULO XXXVII.

El Catolicismo y la ciencia en orden á las relaciones que deben mediar entre la Iglesia y el Estado.

PÁGINAS

PÁGINAS.

CAPITULO XXXVIII

Imposibilidad absoluta de conflicto alguno entre el Catolicismo y la verdadera ciencia.

PÁGINAS.

PÁGINAS.